

CONN IGGULDEN

BEST SELLER INTERNACIONAL N°1

EL LOBO DE LAS ESTEPAS

LA HISTORIA ÉPICA DEL GRAN CONQUISTADOR
GENGIS KHAN

Lectulandia

El joven Temujin, segundo hijo del khan de la tribu de los Lobos, tenía solo once años cuando su padre murió asesinado en una emboscada. Su familia fue expulsada de la tribu y abandonada a su suerte, sin comida ni refugio, en las implacables estepas de Mongolia.

Fue una dura introducción a la vida, a un mundo repentinamente adulto y hostil; sin embargo, Temujin sobrevivió aprendiendo a combatir las amenazas naturales y las humanas. Reunió a otros marginados a su alrededor y creó una nueva identidad tribal. Fue durante ese difícil periodo cuando concibió la idea de unificar a las tribus de las estepas, hasta entonces enfrentadas entre sí, y formar un único y poderoso clan. De esta manera se convertiría en el khan del mar de hierba, Gengis.

Lectulandia

Conn Iggulden

El lobo de las estepas

Conquistador - I

ePub r1.2

Maki 13.10.14

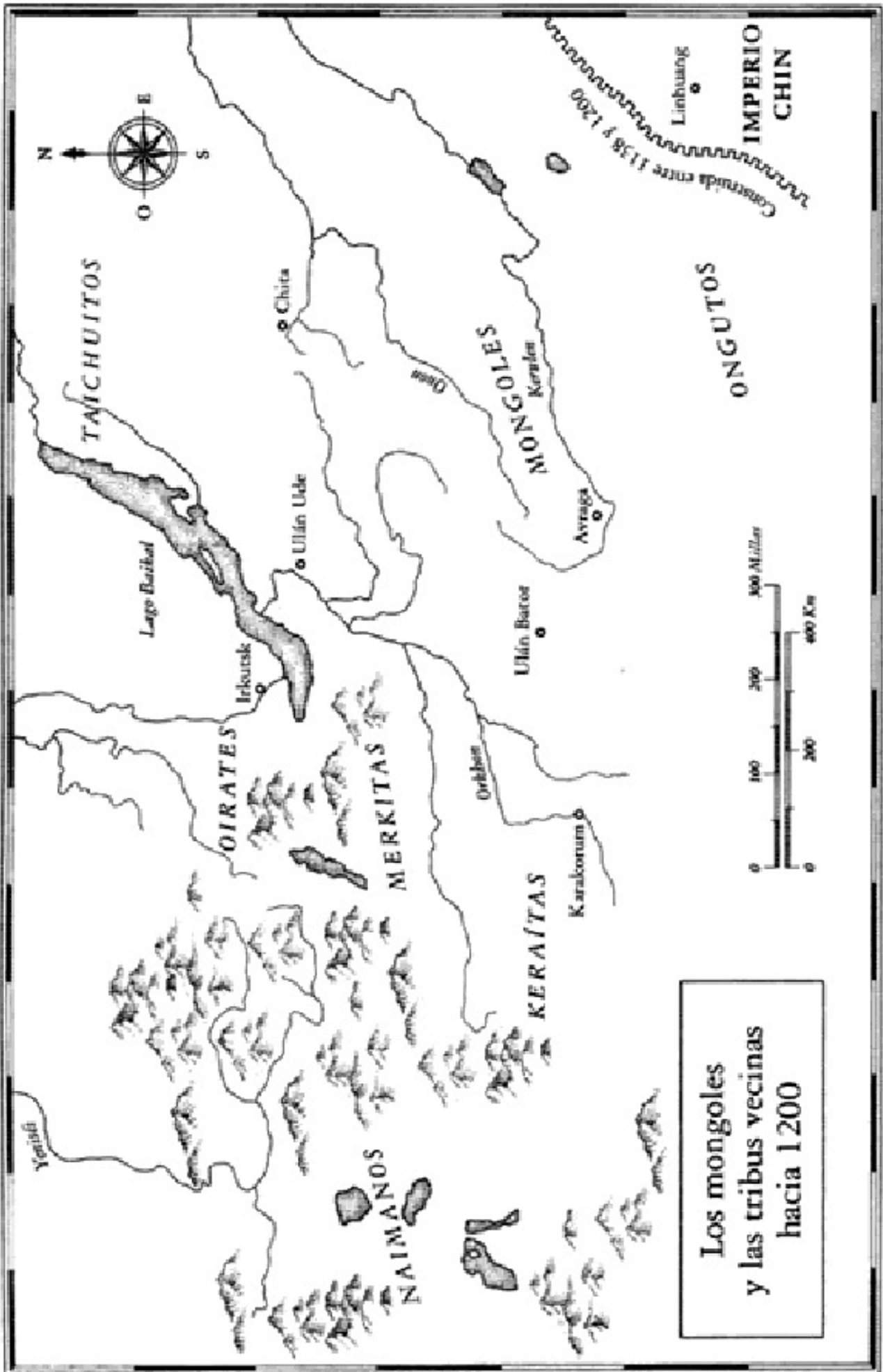
Título original: *Wolf of the Plains*
Conn Iggulden, 2007
Traducción: Teresa Martín Lorenzo

Editor digital: Maki
Revisor y corrección de erratas: simio y asunsao
Fuente/scan: maperusa
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

No podría haber escrito este libro sin la ayuda del pueblo mongol, que me acogió durante un tiempo y me enseñó su historia mientras tomábamos té salado y vodka, y el invierno iba dando paso a la primavera.

Quiero expresar mi especial gratitud a Mary Clements, por su pericia con los caballos, y a Shelagh Broughton, cuya inapreciable labor de investigación ha hecho posible gran parte de este libro.



PRÓLOGO

Cecía una cortina de nieve impenetrable mientras los arqueros mongoles rodeaban a los asaltantes tártaros. Los jinetes guiaban a los caballos con las rodillas, elevándose sobre los estribos para lanzar flecha tras flecha con implacable precisión. Guardaban un grave silencio, el único sonido que desafiaba los gritos de los heridos y el ulular del viento era el ruido de los cascos de sus caballos al galope. Los tártaros no podían escapar a la muerte que se abatía sobre ellos, silbante, desde los oscuros flancos de la batalla. Sus caballos se desplomaban de rodillas con un bufido y de sus ollares manaba sangre a brillantes borbotones.

Sobre una roca gris amarillenta, Yesugei observaba la lucha, al abrigo de sus pieles. El viento bramaba como un demonio en la llanura, rasgando su piel allí donde ésta había perdido la película de grasa de oveja. No exteriorizaba su malestar. Lo había soportado durante tantos años que no podía estar seguro de seguir sintiéndolo. Era sólo una realidad de su vida, como el hecho de contar con guerreros que, a una palabra suya, se subían a lomos de sus caballos, o de tener enemigos a los que matar.

Por grande que fuera su desprecio hacia los tártaros, no podía negar que no les faltaba valor. Vio cómo se reunían en torno a un joven guerrero y hasta él llegaron sus gritos, transportados por el viento. El tártaro llevaba una cota de malla que despertó su envidia y su codicia. Con secas palabras de mando, estaba impidiendo que sus hombres se dispersaran, y Yesugei supo que había llegado el momento de avanzar. Los nueve compañeros que formaban su escuadra lo intuyeron también, formaban un arban compuesto por los mejores de su tribu, hermanos de sangre y vasallos que se habían ganado la valiosa armadura que llevaban, fabricada con cuero cocido, y en la que aparecía grabada la figura de un joven lobo en pleno salto.

—¿Estáis listos, hermanos míos? —preguntó, notando cómo se volvían hacia él.

Una de las yeguas relinchó, nerviosa, su primer guerrero, Eeluk, se rió entre dientes.

—Los mataremos para ti, pequeña —prometió Eeluk, frotándole las orejas.

Yesugei clavó los talones en su montura y el grupo inició un suave trote hacia el clamor del campo de batalla, turbulento bajo la nieve. Desde su elevada posición podía ver cómo el viento desplegaba toda su fuerza y contempló, asombrado, cómo los brazos del Padre Cielo se alargaban y envolvían a los frágiles guerreros en inmensas estelas blancas cargadas de hielo.

Se lanzaron al galope sin que la formación se alterase, y sin necesidad de pensar para hacerlo: cada hombre llevaba décadas midiendo las distancias alrededor de su montura. Su único pensamiento era cuál sería el mejor modo de separar a los enemigos de sus caballos y obligarlos a moverse a pie en el frío de la estepa.

El arban de Yesugei se precipitó contra el núcleo de los combatientes, abriéndose

paso hacia el líder, que se había ido creciendo. Si se le permitía vivir, tal vez se convirtiera en una luz que seguiría toda su tribu. Yesugei sonrió mientras su caballo se arrojaba contra el primer adversario: eso no sucedería hoy.

El impacto rompió la espalda de un guerrero tártaro que se había vuelto para enfrentarse a la nueva amenaza. Yesugei sujetó la crin de su montura con una mano, mientras con la espada iba asestando a cada hombre un único tajo que lo derribaba como si fuera una hoja. Evitó dar dos golpes que podrían haber roto el acero de su padre, y en su lugar se sirvió de la empuñadura y de la embestida de su montura para aplastar a varios hombres. Había logrado pasar y alcanzar el prieto centro de la resistencia tártara. Los nueve miembros del séquito de Yesugei continuaban a su lado, protegiendo a su khan como habían jurado hacer desde niños. No necesitaba mirarlos para saber que estaban allí, guardándole las espaldas. Percibía su presencia en el modo en los ojos del capitán tártaro, que se movían inquietos de izquierda a derecha. A Yesugei le pareció que su enemigo estaba viendo su propia muerte en las sonrisas de aquellos rostros chatos, o tal vez en la enorme cantidad de cadáveres que lo rodeaban, rígidos y atravesados por las flechas. La incursión había sido sofocada.

Yesugei se sintió complacido cuando el tártaro se alzó sobre sus estribos y apuntó una larga hoja roja hacia él. En sus ojos no había temor, sólo ira y decepción porque el día hubiera quedado en nada. Aquellos cadáveres congelados no aprenderían la lección, pero Yesugei sabía que las tribus tártaras captarían el significado de lo sucedido. Encontrarían los huesos ennegrecidos cuando llegara la primavera y comprenderían que no debían atacar sus rebaños nunca más.

Yesugei se rió para sí, y el guerrero tártaro frunció el ceño mientras ambos sostenían la mirada. No, no aprenderían. Los tártaros podían morir de hambre mientras decidían de qué pecho de su madre mamar. Volverían y los perseguiría de nuevo con sus jinetes, hasta asesinar a un número aún mayor de su deshonesto estirpe. La perspectiva le agradaba sobremanera.

Se dio cuenta de que el tártaro que le había desafiado era joven. Yesugei pensó en su hijo a punto de nacer más allá de las colinas, al este, y se preguntó si un día él también se encontraría ante un guerrero mayor, entrecano, al otro extremo de una espada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Yesugei.

A su alrededor, la batalla había concluido y los mongoles caminaban ya entre los muertos, pillando todo cuanto podía resultar útil. Aunque el viento seguía rugiendo, el joven enemigo pudo oír la pregunta y torció el gesto.

—¿Cómo te llamas tú, pene de yak?

Yesugei rió para sus adentros, pero la piel expuesta a la intemperie le empezaba a escocer y estaba cansado. Llevaban casi dos días siguiendo el rastro de esa partida a través de sus tierras, sin dormir y sobreviviendo con poco más que una pequeña

ración diaria de cuajada seca. Su espada estaba lista para arrebatarse otra vida y levantó la hoja.

—No importa, muchacho. Ven hacia mí.

El guerrero tártaro debió de ver en sus ojos algo más certero que una flecha. Asintió, resignado.

—Mi nombre es Temujin-Uge —respondió—. Mi muerte será vengada. Soy hijo de una noble casa.

Tocó a su montura con los talones y el animal se irguió ante Yesugei. La espada del khan atravesó el aire con un único y certero golpe. El cuerpo cayó a sus pies y el caballo salió desbocado y cruzó el campo de batalla.

—Eres carroña, muchacho —afirmó Yesugei—, como todos los hombres que roban mi ganado.

Miró a su alrededor a los guerreros congregados. Cuarenta y siete habían abandonado el refugio de sus gers para responder a su llamada. Habían perdido a cuatro de sus hermanos ante la ferocidad del ataque tártaro, pero ni uno solo de éstos regresaría a su casa. El precio había sido alto, pero el invierno llevaba a los hombres al límite en todas las cosas.

—Acabad de prisa de desvalijar a los muertos —ordenó Yesugei—. Es demasiado tarde para volver con la tribu. Acamparemos al amparo de las rocas.

Los metales y los arcos de valor eran muy preciados para el trueque y para reemplazar armas rotas. Excepto por la cota de malla, el botín era muy pobre, lo que confirmaba la idea de Yesugei de que se trataba sólo de una partida de jóvenes guerreros que habían salido a explorar y probar su valor. No había entrado en sus planes luchar hasta la muerte en unas tierras duras como la roca. Cuando le lanzaron la ensangrentada prenda metálica, la tendió sobre la parte delantera de su silla. Era de buena calidad y detendría al menos la embestida de una daga. Se preguntó quién era aquel joven guerrero para poseer algo de tanto valor, y no dejaba de darle vueltas a su nombre en la cabeza. Se encogió de hombros. Ya no importaba. Cambiaría los caballos que le correspondiesen por una bebida fuerte y pieles cuando las tribus se reunieran para comerciar. A pesar del frío, que se le había metido en los huesos, había sido un buen día.

A la mañana siguiente, cuando Yesugei y sus hombres emprendieron el regreso al campamento, la tormenta todavía no había amainado. Sólo los batidores se movían mientras cabalgaban, manteniéndose alerta para prevenir un ataque por sorpresa. El resto del grupo iba tan envuelto en las pieles y tan encorvado bajo el peso del botín que se habían convertido en figuras informes, medio congeladas, recubiertas de grasa y escarcha sucia.

Las familias habían elegido bien la posición del campamento, a sotavento de una escarpada colina de roca y líquen malgrado por el viento, donde las gers quedaban

casi ocultas por la nieve. La única luz era un débil resplandor detrás de las preñadas nubes, pero la penetrante vista de uno de los muchachos que hacían guardia descubrió a los guerreros. El corazón de Yesugei se alegró al oír las voces aflautadas que avisaban de su llegada.

Pensó que las mujeres y los niños de la tribu apenas habrían empezado a moverse. Cuando hacía tanto frío, se arrastraban fuera de las camas sólo para encender las estufas de hierro. El momento de levantarse llegaba una o dos horas más tarde, cuando la gelidez abandonaba al fin el interior de las grandes tiendas de fieltro y mimbre.

Cuando los caballos estuvieron más cerca, Yesugei oyó un grito que se elevaba como humo gris de la ger de Hoelun y sintió que su corazón se aceleraba, adivinando la buena nueva. Ya tenía un hijo, un bebé, pero la muerte siempre rondaba a los más pequeños. Un khan necesitaba tantos herederos como sus tiendas pudieran albergar. En un susurro, rezó para que el recién nacido fuera otro niño, un hermano para el primer varón.

Oyó a su halcón imitar la alta nota en el interior de la tienda, mientras descendía de un salto de la silla, y avanzó hacia la ger, haciendo crujir su armadura de cuero con cada paso. Apenas vio al siervo, que aguardaba impasible envuelto en sus pieles para cogerle las riendas. Yesugei empujó la puerta de madera. Al entrar en su hogar, la nieve de su armadura se fundió casi al instante y empezó a gotear y formar charcos.

—¡Ja, ja! ¡Abajo! —pidió entre risas a sus dos perros que, nerviosos y alegres de verle, habían empezado a lamerlo y a saltar como locos a su alrededor.

Su halcón le dio la bienvenida con un chillido, que a Yesugei se le antojó más bien como un deseo de salir a cazar de nuevo. Su primer hijo, Bekter, gateaba desnudo en una esquina, jugando con cuajarones de queso duros como piedras. Registró todo aquello sin apartar la mirada de la mujer que estaba tendida sobre las pieles. Sofocada por el calor de la estufa, los ojos de Hoelun brillaban a la luz dorada de la lámpara. El sudor relucía en su enérgico y refinado rostro y tenía la frente manchada por un rastro de sangre que había dejado al tratar de secárselo con el dorso de la mano. La matrona estaba inclinada sobre un fardo de tela; Yesugei supo por la sonrisa de Hoelun que tenía un segundo hijo.

—Dámelo —ordenó a la matrona, dando un paso adelante.

La mujer se echó para atrás, frunciendo la boca irritada.

—Lo vas a aplastar con esas manazas. Deja que beba la leche de su madre. Ya lo cogerás luego, cuando esté fuerte.

La matrona tumbó al niño sobre la cama y se puso a limpiarle con un trapo. Yesugei no pudo resistirse a asomarse y alargar el cuello para ver a la criatura. Envuelto en sus pieles, el niño pareció verlo, y lanzó una feroz tanda de berridos.

—Me conoce —aseguró Yesugei, con orgullo.

La matrona resopló.

—Es demasiado pequeño —murmuró.

Yesugei no respondió. Sonrió al arrebolado infante. De pronto, sin previo aviso, agarró a la anciana matrona por la muñeca.

—¿Qué es eso que tiene en la mano? —preguntó, con voz ronca.

La matrona se disponía a limpiar los dedos del niño, pero ante la fiera mirada de Yesugei, abrió con delicadeza la mano del pequeño. A la vista quedó un coágulo de sangre del tamaño de un ojo que temblaba con el menor movimiento. Era negro y brillaba como el petróleo. Hoelun se había enderezado para ver qué parte de su bebé había llamado la atención de Yesugei. Cuando vio el bulto oscuro, se puso a gimotear.

—Tiene sangre en la mano derecha —susurró para sí—. Caminará junto a la muerte toda su vida.

Yesugei tragó aire y deseó no haber hablado. Era imprudente dar pie a una maldición sobre el niño. Se quedó pensando unos instantes. La matrona siguió envolviendo y limpiando al bebé, mientras el coágulo se agitaba refulgente sobre las mantas. Yesugei alargó el brazo y lo tomó en su mano.

—Ha nacido con la muerte en su mano derecha, Hoelun. No puede ser más apropiado. Es el hijo de un khan y la muerte será su compañera. Será un gran guerrero.

La anciana entregó por fin a su exhausta madre el niño, que comenzó a mamar con furia en cuanto ella le ofreció el pezón. El rostro de Hoelun se crispó de dolor, pero se mordió el labio.

La expresión de Yesugei seguía turbada cuando se volvió.

—Tira los huesos, anciana. Veamos si este coágulo es un buen o un mal augurio para los Lobos.

Su mirada era sombría: no era necesario que dijera que la vida del niño dependía del resultado. Era el khan, y la tribu esperaba que se mostrara fuerte. Quería creer las palabras que había usado para conjurar la envidia del Padre Cielo, pero temía que la profecía de Hoelun pudiera resultar cierta.

La matrona hizo una inclinación de cabeza, comprendiendo que algo temible y extraño había hecho su aparición en los rituales de nacimiento. Metió la mano en una bolsa de tabas de oveja que los niños de la tribu habían teñido de rojo y verde. Dependiendo de cómo cayeran, significaban un caballo, una vaca, una oveja o un yak; las combinaciones eran muchísimas. Los ancianos decían que su poder revelador era mayor cuando se arrojaban en el momento y lugar adecuados. La matrona encogió el brazo para lanzar, pero de nuevo Yesugei la frenó, agarrándola con tanta fuerza que le hizo daño.

—Este pequeño guerrero es sangre de mi sangre. Déjame a mí —dijo, cogiendo cuatro huesos.

La mujer no se resistió, impresionada por su fría expresión. Hasta los perros y el halcón se habían quedado inmóviles.

Yesugei lanzó las tabas; cuando se detuvieron, la anciana matrona soltó un grito ahogado.

—¡Cuatro caballos! Es un magnífico augurio: será un gran jinete. Conquistará desde su montura.

Yesugei asintió con gesto enérgico. Sentía un deseo incontenible por mostrar a su hijo ante la tribu, y lo habría hecho si la tormenta no estuviera rugiendo alrededor de la ger, tratando de introducirse en su cálido vientre. El frío era su enemigo, aunque aseguraba que las tribus se mantuvieran fuertes: los ancianos no prolongaban demasiado su vejez en inviernos tan crudos, y tampoco los niños tardaban mucho en perecer. Su hijo no sería uno de ellos.

Yesugei miró a aquel renacuajo que sorbía con ansia del suave pecho de su madre. Tenía los ojos de su mismo color miel, un amarillo tan luminoso que su mirada parecía la de un lobo. Hoelun alzó la vista hacia el padre y asintió con un gesto, tranquilizándose al percibir su orgullo. Estaba segura de que el coágulo era un mal presagio, pero las tabas habían logrado calmarla en parte.

—¿Has decidido qué nombre le vas a dar? —preguntó la matrona a Hoelun.

—Mi hijo se llamará Temujin —respondió sin vacilar Yesugei—. Tendrá la dureza del hierro.

Afuera, la tormenta bramaba, sin dar señal alguna de que fuera a cesar.

PRIMERA PARTE

I

Aquel día de primavera de su duodécimo año de vida, Temujin competía con sus cuatro hermanos en las estepas a la sombra de la montaña conocida como Deli'un-Boldakh. El mayor, Bekter, montaba una yegua gris con habilidad y gesto de concentración; Temujin cabalgaba a su ritmo, esperando una oportunidad para adelantarlo. Detrás de ellos iba Khasar, chillando como un loco mientras se acercaba a los dos que iban en cabeza. A sus diez años, Khasar era el favorito de la tribu, con su carácter tan alegre como hosco y malhumorado era el de Bekter. Su caballo de motas rojas bufaba y relinchaba persiguiendo a la yegua de éste, y el muchacho se reía, divertido. Kachiun era el siguiente, un niño de ocho años con un carácter desprovisto de la naturalidad de Khasar y que le daba un aspecto serio, hermético incluso. Rara vez hablaba y nunca se quejaba, hiciera lo que le hiciera Bekter. Tenía un don con los caballos que pocos podían igualar y era capaz de lograr que su montura se lanzara de repente a galope tendido cuando los animales de los demás estaban flaqueando. Temujin, en perfecto equilibrio sobre su montura, miró por encima del hombro hacia donde se había situado Kachiun. Éste parecía estar cabalgando sólo por pasar el rato, pero ya en otras ocasiones los había sorprendido a todos, por lo que prefería no perderlo de vista.

A cierta distancia del resto de los hermanos se oía la voz plañidera del más joven de ellos pidiéndoles que le esperaran. Temuge era un niño demasiado aficionado a los dulces y a haraganear, y eso se notaba en su forma de montar. Temujin sonrió al ver a su gordinflón hermano moviendo los brazos arriba y abajo para ganar velocidad. Su madre les había advertido que no debía participar en sus salvajes torneos; hacía muy poco, aún había que atarlo a la silla para que no cayera, y el pobre niño lloraba si lo dejaban atrás. Bekter todavía no había tenido una sola palabra amable para él.

Sus agudas voces resonaban sobre la llanura. Galopaban con el cuerpo echado hacia delante, apoyados en los lomos de los caballos como pájaros. Una vez, Yesugei los había llamado sus gorriones y había admirado con orgullo su destreza. A Temujin se le había ocurrido decirle a Bekter que estaba demasiado gordo para ser un gorrion, y se había visto obligado a pasar una noche entera escondido, para no ser víctima de la ira de su hermano mayor.

No obstante, en un día como aquél, el ánimo de toda la tribu era ligero. Las lluvias habían llegado, y los ríos volvían a fluir y serpentear por las llanuras donde pocos días antes sólo había barro reseco. Las yeguas daban su cálida leche para beber y hacer con ella queso y refrescante yogur. Las primeras pinceladas de verde ya aparecían en las colinas y, con ellas, llegaba la promesa del verano, de días calurosos. Aquel año, antes del invierno, las tribus se reunirían en paz para comerciar y enfrentarse en diversas competiciones. Yesugei había decretado que las familias de

los Lobos emprendieran un larguísimo viaje con el fin de aumentar sus mermados rebaños. La perspectiva de ver a los luchadores y a los arqueros bastaba para que los muchachos se esmeraran en su conducta. No obstante, eran las carreras lo que realmente los emocionaba y llenaba su cabeza de fantasías mientras cabalgaban. Excepto Bekter todos los chicos habían ido a ver a su madre a solas para pedirle que convenciera a su padre de que los dejara participar. Todos ellos querían probar su resistencia en las carreras de larga distancia o demostrar su velocidad en las de corto recorrido, y recibir los honores y la fama de los vencedores.

Aunque ninguno lo decía en voz alta, sabían que aquél que regresara a sus gers con un título como «jinete destacado» o «maestro de caballería» podría un día ocupar el puesto de su padre cuando se retirara a cuidar de su ganado. Con la excepción, tal vez, de Temuge, los demás no podían evitar soñar. A Temujin le daba rabia que Bekter diera por supuesto que él sería el elegido, como si un año o dos de diferencia tuvieran tanta importancia. Su relación se había vuelto muy tensa desde que su hermano había pasado el año de compromiso matrimonial fuera de la tribu. Aunque Temujin seguía siendo el más alto de los dos, Bekter había crecido muchísimo y había perdido todo rastro de sentido del humor.

Al principio a Temujin le había dado la impresión de que sólo estaba simulando, que fingía haber madurado. Su actitud más reflexiva, que hubiera dejado de hablar sin pensar y pareciera meditar cada palabra antes de permitir que saliera de sus labios sólo había servido para suscitar sus burlas. Pero había pasado todo un invierno y la actitud de Bekter no había cambiado lo más mínimo. Había momentos en los que Temujin no podía evitar reírse de la pomposa actitud de su hermano, pero había aprendido a respetar su carácter, claro que, en lo que a su derecho a heredar las tiendas y la espada de su padre respectaba, el asunto no era tan sencillo.

Temujin mantenía la mirada en Bekter mientras ambos cabalgaban, sin dejar que la distancia que los separaba aumentara. Era un día demasiado bonito como para preocuparse por el lejano futuro y fantaseó sobre cómo los cuatro hermanos monopolizarían el cuadro de honor en la reunión de las tribus. Su padre se llenaría de orgullo, y su madre los abrazaría uno por uno y los llamaría sus pequeños guerreros, sus pequeños jinetes. Hasta Temuge podría participar, aunque a sus seis años el riesgo de que se cayera era muy grande. Temujin frunció el ceño al pensarlo, en el mismo momento en el que Bekter volvía su mirada por encima del hombro para comprobar que seguía en cabeza. A pesar de sus sutiles maniobras, Yesugei todavía no les había dado su permiso para participar a ninguno de ellos y la primavera estaba cerca.

Hoelun estaba a punto de dar a luz de nuevo. A diferencia de los anteriores, esta vez el embarazo había sido duro. Su madre se pasaba los días vomitando en un cubo, hasta que la piel del rostro le quedaba salpicada de motas de sangre por el esfuerzo. Aquel día los chicos habían procurado no molestar a su padre, quien se paseaba

nervioso arriba y abajo en el exterior de las gers. Al final, harto de sus miradas y de su prudente silencio, el khan los había mandado a cabalgar y quitarles el frío a los caballos. Temujin había intentado añadir algo, y Yesugei lo había lanzado con una sola mano a los lomos de un caballo de cascos blancos. Temujin había sido capaz de dar una vuelta en el aire y aterrizar y emprender el galope en un solo movimiento. Pie Blanco era una bestia brusca y de mal genio, pero su padre sabía que era el favorito del muchacho.

Yesugei había observado cómo montaban los demás sin dejar que su ancho y oscuro rostro delatara el orgullo que sentía. Como su padre a su edad, no le gustaba mostrar sus emociones, en especial a sus hijos, temeroso de que su carácter pudiera debilitarse si lo hacía. Era parte de la responsabilidad de un padre despertar miedo en sus vástagos, aunque había veces en las que sentía un deseo casi irrefrenable de abrazar a los chicos. Saber qué caballo preferían era su modo de mostrar afecto, y estaba seguro de que ellos eran capaces de adivinar sus sentimientos por una mirada o un brillo de sus ojos, igual que su padre había hecho con él años atrás. Guardaba en su memoria el recuerdo de aquellos momentos tan raros y valiosos para él, aún tenía fresca la imagen del día en el que su padre por fin aprobó con un gruñido su forma de atar con cuerdas las cargas pesadas. Era un detalle sin importancia, pero Yesugei no podía evitar pensar en su anciano padre cada vez que tiraba de una cuerda para tensarla, apoyando la rodilla con fuerza contra las pacas.

Observó a los chicos que se alejaban bajo el sol radiante y, cuando éstos ya no pudieron verle, su expresión se relajó. Su padre había sido consciente de que en una tierra tan dura los hombres por fuerza tenían que ser duros. Yesugei sabía que sus hijos se verían obligados a sobrevivir a muchas batallas, al hambre y a la sed si querían convertirse en adultos. Sólo uno de ellos se convertiría en el khan de la tribu. Los otros se verían obligados a arrodillarse ante él o a marcharse a recorrer el mundo, con un mero rebaño de cabras y ovejas como presente. Yesugei negó con la cabeza ante aquella idea, y observó el rastro de polvo que dejaban los caballos de sus hijos. El futuro se cernía sobre ellos, pero para ellos sólo existían la primavera y las verdes colinas.

El sol calentaba el rostro de Temujin mientras galopaba. Estaba deleitándose en la sensación de cabalgar con un caballo veloz, mientras el viento azotaba su cara. Delante de él, la yegua gris de Bekter se había recuperado de un tropezón con un guijarro suelto. Su hermano reaccionó dándole un brusco golpe en la cabeza a su montura, pero había perdido parte de la ventaja, por lo que Temujin lanzó un grito de regocijo, como si se dispusiera a pasarle. Por supuesto, aún esperaría un poco más antes de hacerlo: acosar a Bekter le gustaba casi más que ir en cabeza.

Bekter ya tenía casi el cuerpo de un adulto: unos hombros anchos y musculosos y una inmensa resistencia. Su año con los olkhun'ut le había conferido un aura de

conocimiento mundano que nunca dejaba de explotar, lo que irritaba a Temujin como una espina clavada bajo la piel, sobre todo cuando sus hermanos lo atosigaban con preguntas sobre el pueblo de su madre y sus costumbres. Temujin también sentía curiosidad, pero decidió que, por mucho que le costara, esperaría a averiguarlo por su cuenta, cuando su padre lo enviara a él.

Cuando un joven guerrero volvía de su estancia con la tribu de su esposa, se le otorgaba por vez primera el estatus de hombre. Cuando la chica sangrara por primera vez, se la enviarían con una guardia de honor para poner de manifiesto su valía. Habría una ger lista para ella, frente a cuya entrada el joven esposo aguardaría para conducirla al interior.

Entre los Lobos existía la tradición de que el joven marido retara a los vasallos de su khan antes de ser aceptado por completo como guerrero. Bekter se había mostrado entusiasmado ante tal perspectiva y Temujin recordaba con asombro cómo se había dirigido a la hoguera de los mejores guerreros de su padre, cerca de la ger de Yesugei. Bekter les había hecho una señal con la cabeza y tres hombres se habían puesto en pie para comprobar si la temporada que había pasado con los olkhun'ut lo había vuelto débil. Temujin había espiado en silencio desde las sombras, con Khasar y Kachiun a su lado. Bekter había peleado con los tres, uno tras otro, y había recibido sus terribles golpes sin proferir una sola queja. El último había sido Eeluk, un guerrero grande como un caballo, un muro de puro músculo y enormes brazos que lo arrojó con tanta violencia contra el suelo que a su hermano le empezó a brotar sangre de un oído. Entonces, para su sorpresa, Eeluk ayudó a Bekter a levantarse y le acercó una taza de airag negro caliente a los labios. Bekter se atragantó al beber el amargo líquido mezclado con su propia sangre, pero, por lo visto, los guerreros no le dieron la menor importancia.

Temujin había disfrutado viendo cómo pegaban a su hermano mayor hasta casi dejarlo inconsciente, pero también había notado que tras aquello los hombres habían dejado de mofarse de él cuando se reunían en torno a las hogueras nocturnas. El valor de Bekter le había hecho ganar algo intangible y sumamente importante. Y desde aquel momento se había convertido en un obstáculo en su camino.

En las carreras que organizaban los hermanos a través de las llanuras bajo el sol primaveral no había ninguna indicación que sirviera de meta, como la habría en la gran reunión de las tribus: todos eran conscientes de que sus monturas aún no estaban a punto para correr al máximo. No debían agotarlos hasta que no hubieran llenado sus panzas de verde hierba y hubieran acumulado un poco de grasa estival. Aquella carrera era sólo un modo de alejarse de sus tareas y responsabilidades, y una buena excusa para discutir sobre quién había hecho trampas o quién debería haber ganado.

Bekter montaba erguido casi por completo, lo que le daba un aspecto extrañamente inmóvil mientras el caballo galopaba entre sus piernas. Temujin sabía

que sólo se trataba de una ilusión. Las manos de Bekter guiaban las riendas con sutileza y su yegua gris estaba fresca y llena de energías. Sería difícil vencerlo. Temujin cabalgaba como Khasar, reclinándose sobre la silla, casi tumbado sobre el cuello del caballo. El viento parecía soplar con algo más de fuerza y ambos chicos preferían esa posición.

Temujin notó que Khasar estaba avanzando por el flanco derecho. Le pidió a Pie Blanco que acelerara aún más en un último esfuerzo y el pequeño caballo resopló como si estuviera furioso mientras galopaba. Temujin veía el caballo de Khasar por el rabillo del ojo y consideró la posibilidad de hacer un viraje lo bastante ligero como para que pareciera involuntario. Khasar pareció adivinar sus intenciones y se alejó, lo que le hizo perder un cuerpo de distancia. Temujin sonrió: se conocían demasiado bien como para poder competir. Se percató de que Bekter se había girado a mirar y sus ojos se encontraron por un segundo. Temujin enarcó las cejas y enseñó los dientes.

—¡Ya voy! —gritó—. ¡Intenta detenerme!

Bekter le dio la espalda de nuevo con expresión de disgusto, tieso sobre su montura. Era muy poco habitual que Bekter cabalgara con ellos, pero Temujin notó que, si estaba allí, era porque había resuelto demostrarles a «los niños» cómo debía montar un guerrero. No aceptaría una derrota con facilidad y, precisamente por eso, Temujin recurriría a todas sus fuerzas para vencerle.

Khasar había ganado terreno respecto a ambos, y antes de que Temujin pudiera moverse para cortarle el paso, casi se había puesto a su altura. Los dos muchachos se sonrieron, confirmando que compartían la alegría del día y de la velocidad. El largo y oscuro invierno había quedado atrás y, aunque retornaría pronto, tenían ese momento y disfrutarían de él. No había forma mejor de vivir. La tribu comería gordos borregos y en los rebaños nacerían nuevos corderos y cabritos con los que alimentarse y comerciar. Pasarían las tardes poniendo plumas a las flechas o trenzando cerdas de las colas de caballo para hacer cordeles, cantando canciones o escuchando las leyendas y la historia de las tribus. Yesugei se enfrentaría a cualquier jinete tártaro que se atreviera a robar sus rebaños, y la tribu se movería ligera por las llanuras, de río en río. Habría trabajo, pero en verano los días eran lo bastante largos como para tener horas libres para derrochar, un lujo que en los meses fríos jamás lograban encontrar. ¿Qué sentido tenía salir de exploración cuando un perro salvaje podía encontrarte y atacarte durante la noche? Le había sucedido a Temujin cuando era sólo un poco mayor que Kachiun, y todavía no había superado el miedo.

De pronto, al volverse para ver si Kachiun estaba preparando una embestida en el último momento, Khasar descubrió que Temuge se había caído. Al ver que aquel bulto en el suelo no se movía, al instante avisó con un silbido agudo y grave a Bekter y Temujin de que se retiraba. Sus hermanos miraron atrás y luego más allá, donde

Temuge yacía desplomado e inmóvil. Temujin y su hermano mayor compartieron un instante de indecisión, ya que ninguno de los dos quería concederle al otro la victoria.

Bekter se encogió de hombros, como si no le diera más importancia, y tiró de las riendas para hacer dar la vuelta a su yegua, que dibujó un amplio círculo y comenzó a regresar por donde habían venido. Temujin lo imitó y ambos galoparon en pos de los demás.

Kachiun iba el primero, aunque Temujin dudaba que el muchacho le concediera la menor importancia a ese hecho. Kachiun sólo era dos años mayor que Temuge, con el que había compartido muchas y largas tardes en las gers, en las que le había enseñado los nombres de las cosas, demostrando una paciencia y una bondad insospechadas. Tal vez por eso, Temuge hablaba mejor que muchos niños de su edad, aunque era incapaz de hacer los nudos que los rápidos dedos de Kachiun trataban de enseñarle.

Cuando hubo alcanzado a los otros, Temujin saltó de la silla. Kachiun ya estaba en el suelo con Khasar, ambos incorporaron el cuerpo de Temuge para que se sentara.

El rostro del niño estaba pálido y amoratado. Kachiun le dio un suave bofetón, y torció el gesto al ver que la cabeza de Temuge caía hacia un lado, incapaz de sostenerse por sí sola.

—Despiértate, pequeño —le dijo Kachiun a su hermano, pero no hubo respuesta.

La sombra de Temujin cayó sobre ellos y Kachiun delegó en él de inmediato.

—No le vi caer —explicó Kachiun, como si haberlo visto hubiera servido de algo.

Temujin asintió y recorrió a Temuge con manos hábiles en busca de una herida o un hueso roto. Halló un bulto a un lado de la cabeza, oculto entre el cabello moreno. Lo palpó.

—Ha perdido el conocimiento, pero no me parece que tenga nada roto. Dame un poco de agua.

Alargó la mano. Khasar sacó un odre de piel de la mantilla y le quitó el tapón con los dientes. Temujin vertió el cálido líquido en la boca abierta de Temuge a pequeños chorros.

—No lo ahogues —advirtió Bekter, que no había desmontado, como si estuviera supervisando a los demás.

Temujin no se preocupó de responder. Estaba horrorizado pensando en qué diría su madre si Temuge moría. No podían darle una noticia así, no mientras llevara un niño en su vientre. Los vómitos la habían debilitado y el impacto de aquella noticia podría matarla, pero ¿cómo podrían ocultarlo? Hoelun adoraba a Temuge, al que siempre ofrecía trocitos de aruul dulce que habían dado al pequeño aquel aspecto rechoncho que lo caracterizaba.

De pronto, Temuge se atragantó y escupió el agua. Bekter emitió un resoplido irritado, cansado de esos juegos de niños. Los demás se miraron unos a otros esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

—He soñado con el águila —balbució Temuge.

Temujin asintió con la cabeza.

—Es un buen sueño —afirmó—, pero tienes que aprender a montar, pequeño. Nuestro padre se sentiría avergonzado delante de sus vasallos si se enterara de que te has caído. —Le vino a la mente otro pensamiento y frunció el ceño—. Si se entera, puede que no nos permita competir en la reunión.

Hasta Khasar perdió la sonrisa al oírle; preocupado, Kachiun apretó la boca, sin decir nada. Temuge se relamió, sediento, y Temujin le pasó el odre para que bebiera más agua.

—Si alguien te pregunta por el chichón, dile que estabas jugando y que te diste un golpe en la cabeza. ¿Entiendes, Temuge? Esto es un secreto. Los hijos de Yesugei no se caen.

Temuge notó que todos estaban esperando su respuesta, incluso Bekter, que parecía asustado. El pequeño asintió con vigor, el dolor hizo que se le crispase el rostro.

—Me di un golpe en la cabeza —dijo, aturdido—. Y vi el águila desde la colina roja.

—No hay águilas en la colina roja —respondió Khasar—. Estuve allí poniendo trampas para marmotas hace sólo diez días. Habría visto algo.

Temuge se encogió de hombros, un gesto que, en sí mismo, era poco común. El niño mentía fatal y, cuando le pillaban, se ponía a gritar como si por hablar más alto fueran a creerle. Bekter iba ya a hacer volverse a su caballo y alejarse cuando se quedó mirando al pequeño con expresión pensativa.

—¿Cuándo viste el águila? —preguntó.

Temuge se encogió de hombros otra vez.

—La vi ayer, volando en círculos sobre la colina roja. En mi sueño era más grande que un águila normal. Sus garras eran tan grandes como...

—¿Viste un águila de verdad? —interrumpió Temujin. Alargó la mano y le agarró el brazo—. Un águila de verdad, ¿tan pronto? ¿Has visto una?

Quería asegurarse de que no era una de las estúpidas historias de Temuge. Todos recordaban aquella noche en la que había llegado a la ger diciendo que le habían perseguido unas marmotas que se erguían sobre sus patas traseras y le hablaban.

La expresión de Bekter revelaba que estaba evocando el mismo recuerdo.

—La caída lo ha dejado atontado —afirmó.

Temujin se dio cuenta de que Bekter había agarrado las riendas con más fuerza. Con tanto sigilo como si se aproximara a un ciervo salvaje, se puso de pie y echó con disimulo un vistazo hacia su propio caballo, que estaba pastando. El halcón de su padre había muerto, y todavía lloraba la pérdida de la valerosa ave. Temujin sabía que Yesugei soñaba con poder cazar con uno de ellos, pero los avistamientos eran raros y

los nidos solían estar en precipicios tan altos y escarpados que disuadían al más resuelto de los hombres. Temujin vio que Kachiun había llegado hasta su caballo y estaba listo para partir. En el nido podía haber un aguilucho para su padre. Tal vez Bekter quisiera uno para sí mismo, pero los otros sabían que Yesugei se sentiría lleno de gratitud hacia el que le trajera el khan de las aves. Las águilas gobernaban el aire como las tribus gobernaban la tierra, y vivían casi tanto como los hombres. Sin duda, si le brindaban semejante regalo nadie les negaría el derecho de participar en las carreras de ese año. El que su padre recibiera un águila sería considerado un buen augurio y reforzaría su posición entre las familias.

Temuge se había puesto en pie, se tocó la cabeza y torció el gesto al verse los dedos manchados de sangre. Parecía aturdido, pero sus hermanos creían en lo que había dicho. La carrera de la mañana había sido algo sin importancia. Esto era un asunto serio.

El primero que se movió, rápido como un perro en una cacería, fue Temujin. Saltó sobre los lomos de Pie Blanco y exclamó «¡Arre!», nada más aterrizar sobre su grupa, ante lo que el malhumorado caballo echó a correr bufando. Kachiun se deslizó sobre el suyo con la limpieza y el equilibrio que caracterizaban todos sus movimientos, y Khasar, encantado, lo siguió sólo un instante después, riéndose a carcajadas.

Bekter ya se había lanzando hacia delante, y sintió la grupa de su yegua moverse debajo de él cuando la espoleó e inició el galope. En unos pocos segundos, Temuge se había quedado solo en la estepa, mirando con expresión desconcertada la nube de polvo que habían dejado sus hermanos. Sacudiendo la cabeza para aclarar su visión borrosa, se paró un momento a vomitar en la hierba el lechoso desayuno. Se sintió un poco mejor, se encaramó a la silla y obligó a su caballo, que estaba pastando, a levantar la cerviz. Tras arrancar una última brizna, éste resopló y también Temuge se puso en marcha, rebotando y saltando en pos de sus hermanos.

II

El sol estaba ya alto en el cielo cuando los muchachos llegaron a la colina roja. Tras el galope inicial, todos ellos habían adoptado un trote veloz que sus resistentes caballos podían mantener durante horas y horas. Bekter y Temujin habían firmado una tácita tregua y cabalgaban juntos al frente, Khasar y Kachiun los seguían de cerca. Para cuando avistaron la gran roca que las tribus llamaban la colina roja, todos estaban muy cansados. La colina roja era un peñasco inmenso rodeado por otras rocas de menor tamaño, como una loba con sus lobeznos. Los chicos habían pasado muchas horas allí escalando el verano anterior y conocían bien el terreno.

Bekter y Temujin estudiaron el horizonte con inquietud, buscando algún signo de otros jinetes cerca. Los Lobos no reivindicaban ningún derecho de caza en tierras tan separadas de las gers. Como tantas otras cosas en las estepas: el agua de los arroyos, la leche, las pieles, la carne, todo pertenecía a aquél que tuviera fuerza para cogerlo o, mejor aún, para conservarlo. Khasar y Kachiun no veían más allá de la emoción de encontrar un aguilucho, pero los dos mayores estaban listos para defenderse o salir huyendo. Ambos tenían cuchillos y Bekter llevaba un carcaj y un pequeño arco a la espalda que podía tensar con rapidez. Contra los chicos de otras tribus, podrían desenvolverse bien, se dijo Temujin. Contra guerreros adultos, en cambio, estarían en grave peligro y el nombre de su padre no les ayudaría.

Temuge volvía a ser sólo una mancha detrás de los otros cuatro, perseverando pese al sudor y a las moscas que zumbaban a su alrededor. Pensó con tristeza que sus hermanos, que cabalgaban en dos parejas perfectas, parecían pertenecer a una raza distinta, como si fueran halcones y él una simple alondra. Deseaba gustarles, pero eran todos tan altos y hábiles... En su presencia se sentía todavía más torpe que cuando estaba solo y parecía incapaz de hablar como quería, excepto a veces, cuando charlaba con Kachiun en la paz del atardecer.

Clavó con fuerza los talones en su montura, pero su caballo percibía su falta de habilidad y rara vez se ponía al trote, no digamos ya al galope. Kachiun le había dicho que era demasiado blando, y él había probado pegándole sin piedad a su montura cuando sus hermanos no le veían, pero a la perezosa bestia le había dado igual.

Si no hubiera sabido hacia dónde se dirigían sus hermanos, se habría sentido perdido y abandonado. Su madre les había dicho que no le dejaran solo jamás, pero ellos lo hacían de todos modos; Temuge sabía que, si se quejaba a ella, todos le darían coscorrónes detrás de las orejas. Cuando la colina roja estuvo a la vista, sintió una enorme pena por sí mismo. Aun desde la distancia, podía oír a Bekter y a Temujin discutir. Temuge rebuscó en los bolsillos para ver si tenía más aruul

azucarado y encontró unos restos viejos de la deliciosa cuajada seca. Antes de que los demás pudieran verle, se metió el palito blanco en el carrillo, escondiendo su dulce placer de la penetrante vista de sus hermanos.

Los cuatro aguardaban junto a sus caballos, mirando a Temuge, que se acercaba a ellos sin prisa ninguna.

—Podría llevarle a cuestras más rápido de lo que va él solo —dijo Temujin.

El último tramo recorrido hasta la colina roja se había vuelto a convertir en una carrera y habían llegado a galope tendido. Una vez allí, saltaron de los caballos y se dejaron caer en el polvo. Sólo entonces se les ocurrió que alguien tenía que quedarse con los caballos. Podían atarles las riendas a las patas, pero estaban lejos de la tribu y ¿quién sabía si no habría ladrones listos para presentarse a caballo y arrebatárselos? Bekter le había dicho a Kachiun que se quedara al pie de la colina, pero el muchacho, que era mejor escalador que los otros tres, se había negado. Tras unos minutos de discusión, todos ellos habían nombrado a alguno de los otros y Khasar y Kachiun habían llegado a las manos, hasta el punto de que aquél había acabado sentado en la cabeza de su hermano, mientras éste se debatía furioso. Cuando la cara de Kachiun se amorató, Bekter los había separado con una maldición y un par de tortazos. Esperar a que llegara Temuge era la única solución sensata y, en realidad, algunos de ellos habían mirado más despacio la escarpada pared de la colina y ya no estaban tan seguros de querer competir con sus hermanos a ver quién la subía antes. Más preocupante quizá que la roca desnuda era la ausencia absoluta de cualquier tipo de rastro del águila. Era demasiado esperar que hubiera excrementos, y ya no digamos ver al ave sobrevolando el nido o cazando. Al no encontrar ninguna prueba de su existencia, no podían evitar preguntarse de nuevo si Temuge les habría mentido o se habría inventado una historia para impresionarlos.

Temujin notó que su estómago empezaba a protestar. No había desayunado y, teniendo una dura escalada por delante, no quería arriesgarse a sentirse débil a mitad de camino. Mientras los demás contemplaban cómo se iba aproximando Temuge, cogió un puñado de polvo rojizo y lo convirtió en una pasta con unas gotas de agua del odre de su silla de montar. Pie Blanco enseñó los dientes y relinchó, pero no se resistió mientras Temujin ataba las riendas a un arbusto y sacaba su cuchillo.

Tardó sólo un momento en hacer un pequeño corte en una vena del hombro del caballo y pegar los labios a la herida. La sangre estaba templada y fluida. Temujin sintió cómo le calentaba el estómago vacío como el mejor airag negro y sus energías se incrementaban. Contó seis tragos antes de retirar la boca, y luego presionó la herida con un dedo ensangrentado. La pasta de polvo y agua ayudó a que la sangre se coagulara: sabía que, cuando regresara, allí sólo quedaría una postilla diminuta. Sonrió, mostrándoles a sus hermanos los dientes enrojecidos, y se limpió la boca con el dorso de la mano. Comprobó que el corte en la piel de Pie Blanco se estaba

cerrando, aunque una gota resbalaba aún lentamente por su pata. El caballo no parecía notarlo y siguió pastando en la hierba primaveral. Temujin ahuyentó a una mosca que se había acercado al rastro de sangre y le dio un par de palmadas en el cuello al animal.

Bekter también había desmontado. Al ver a Temujin alimentándose, se arrodilló, tomó la ubre de su yegua y dirigió un delgado chorro de leche tibia hacia su boca, relamiéndose ruidosamente. Temujin hizo caso omiso de la exhibición, pero Khasar y Kachiun le miraron esperanzados. Sabían por experiencia que si se lo pedían les diría que no, pero si no mostraban signos de sed, Bekter podría dignarse a darles un trago a cada uno.

—¿Quieres beber, Khasar? —dijo Bekter, alzando la cabeza de repente.

Khasar no esperó a que le preguntaran dos veces y acercó la cabeza como un potrillo a la oscura ubre que Bekter sostenía para él, reluciente de leche. Sorbió con codicia la rociada, que le cayó en parte en la cara y las manos. Se atragantó y resopló, y hasta Bekter sonrió antes de hacerle señas a Kachiun para que se aproximara.

Kachiun miró a Temujin y notó lo tieso que estaba. El pequeño entrecerró los ojos y luego negó con la cabeza. Bekter se encogió de hombros y soltó la ubre, echando una fugaz mirada a Temujin antes de enderezar la espalda y observar cómo el más joven de sus hermanos se bajaba del caballo.

Temuge desmontó con su precaución habitual. Para un niño de sólo seis veranos la distancia hasta el suelo era grande, aunque otros críos de la tribu se tiraban de la silla con toda la audacia de sus hermanos mayores. Temuge era incapaz de hacer una cosa tan simple como ésa, y sus hermanos frunció el ceño mientras le veían aterrizar tambaleándose. Bekter hizo un ruido seco con la garganta y el rostro de Temuge se sonrojó bajo el escrutinio de los otros.

—¿Es éste el sitio? —inquirió Temujin.

Temuge asintió.

—Aquí vi un águila que volaba en círculos. El nido está en algún sitio cerca de la cima —aseguró, alzando la vista hacia allí. Bekter hizo una mueca.

—Probablemente era un halcón —murmuró mientras seguía la mirada de Temuge con la vista.

Temuge se sonrojó aún más.

—¡Era un águila! ¡De color marrón oscuro y más grande que ningún halcón que haya existido jamás!

Bekter se encogió de hombros ante su arrebato y eligió ese momento para escupir una lechosa flema.

—Puede ser. Lo sabré cuando encuentre el nido.

Tal vez Temujin hubiera respondido al desafío, pero Kachiun se había hartado de sus peleas y pasó por delante de todos ellos, tirando de la tira de tela que sujetaba el

abrigo acolchado en su sitio. Dejó que él cayera al suelo y se quedó con tan sólo una camisa sin mangas y unos pantalones de lino. Se asió con las manos a un par de rocas e inició el ascenso. La blanda piel de sus botas se agarraba casi tan bien como los pies desnudos. Los otros se deshicieron de sus abrigos como antes había hecho Kachiun, comprendiendo que tenía sentido dejar abajo la prenda más pesada.

Temujin recorrió unos veinte pasos junto a la base antes de encontrar otro lugar desde el que empezar a subir y se escupió en las manos antes de agarrarse a la roca. Khasar sonrió, emocionado, y le lanzó las riendas a Temuge, que se sobresaltó al recibirlas. Bekter encontró asimismo un sitio, colocó sus fuertes manos y pies en unas hendiduras y se alzó con un ligero gruñido.

Al poco, Temuge se encontró otra vez solo. Al principio sintió de nuevo cierta tristeza y el cuello empezó a dolerle de tanto mirar para arriba a los escaladores. Cuando ya no eran más grandes que arañas, su estómago le recordó su existencia. Tras echar una última ojeada a sus enérgicos hermanos, se dirigió con paso lento a la yegua de Bekter para robarle una buena ración de leche. Había descubierto que ser el último a veces tenía sus ventajas.

Tras recorrer unos treinta pasos, Temujin fue consciente de que estaba a suficiente altura como para matarse si caía. Se detuvo jadeante para escuchar, pero no se oía ni se veía a sus hermanos en ninguna dirección. Se sujetó con la punta de los dedos y las botas, echándose hacia atrás cuanto podía para buscar una ruta por la que seguir ascendiendo. El aire parecía más frío y, por encima de su cabeza, el cielo estaba tan claro que hacía daño, sin una nube que destruyera la ilusión de que estaba subiendo hacia un cuenco azul. Unas pequeñas lagartijas se escabulleron veloces de entre sus dedos, que palpaban en busca de un asidero, y a punto estuvo de soltarse cuando una de ellas quedó atrapada y se retorció bajo su mano. Cuando los latidos de su corazón se hubieron calmado, apartó el cuerpo aplastado del animal del saliente donde había estado disfrutando el sol y observó cómo caía girando en el viento.

Mucho más abajo, descubrió a Temuge tirando de las ubres de la yegua de Bekter y deseó que fuera lo bastante sensato para dejar algo de leche. Bekter le daría una paliza si acababa con toda, y probablemente el pequeño glotón se la mereciera.

El sol caía con fuerza sobre su nuca y sintió que un hilo de sudor resbalaba hasta sus pestañas, lo que le hizo parpadear para aliviar el escozor. Negó con la cabeza, y se quedó sujeto sólo por las manos mientras buscaba otro sitio donde apoyar los pies. Tal vez Temuge hubiera conducido a la muerte a alguno de ellos con sus historias de águilas, pero era demasiado tarde para vacilar. Temujin ni siquiera estaba seguro de poder descender aquella empinada pendiente. A esa altura tan imponente, tenía que encontrar un lugar para descansar o iba a caerse.

Cuando se movió, la sangre borboteó en su estómago, recordándole la fuerza que le había conferido y haciéndole expulsar un amargo eructo. Temujin apretó los

dientes mientras subía un poco más. Sentía el miedo como un gusano que le agujereara el estómago y empezó a enfadarse: no iba a tener miedo. Era el hijo de Yesugei, un Lobo. Un día sería khan. No tendría miedo y no se caería. Empezó a murmurar esas palabras para sus adentros, una y otra vez, a medida que ascendía, pegándose a la roca mientras el viento soplaba con más fuerza, tirando de él. También le ayudaba imaginar la irritación de Bekter si conseguía ser el primero en alcanzar la cumbre.

Un golpe de viento le hizo temer que una ráfaga lo arrancara de la elevada roca y lo arrojara al vacío, y el estómago le dio un vuelco. Se imaginó aplastándose contra el suelo junto a Temuge. Notó que le temblaban los dedos cada vez que se asía a un nuevo saliente. Era el primer síntoma de debilidad, pero sacó fuerzas de su ira y continuó.

Le resultaba difícil calcular cuánto había subido, pero Temuge y los caballos eran apenas unas diminutas manchas al pie de la colina y los brazos y las piernas le ardían por el esfuerzo. Llegó a una cresta de roca donde podía refugiarse del viento y, jadeante, se detuvo allí a recuperarse. Al principio, no conseguía encontrar ningún modo de proseguir el ascenso y se asomó para mirar por encima de un saliente que le entorpecía la visión. No se habría quedado bloqueado allí mientras los otros encontraban itinerarios más fáciles para subir, ¿verdad? Sólo Kachiun era mejor escalador que él, y Temujin sabía que tendría que tomarse algún descanso para que reposaran sus músculos doloridos. Respiró hondo el cálido aire y disfrutó de la amplia vista que se le ofrecía. Alcanzaba a ver una interminable extensión de estepa. Le pareció que podía ver todo el camino que llevaba a las gers de su tribu y se preguntó si Hoelun habría dado a luz. Tenían que haber pasado muchas horas desde que llegaron a la colina roja.

—¿No sabes por dónde seguir? —oyó decir a una voz por encima de él.

Temujin maldijo para sí y vio la cara de Kachiun que atisbaba desde el saliente superior. Sus miradas se encontraron. Los ojos de Kachiun se entrecerraron con el esbozo de una sonrisa. Temujin avanzó arrastrando los pies por el saliente hasta que encontró un asidero aceptable. Tenía que confiar en que llevaría a otro punto de apoyo más arriba. Con Kachiun observándolo, se obligó a controlar la respiración y adoptó la expresión impertérrita del guerrero. Tenía que saltar para alcanzar el segundo asidero y, por un momento, le invadió el miedo. En el suelo no habría pasado nada porque la caída habría sido pequeña. Con el viento gimiendo entre los riscos, Temujin no se atrevió a imaginarse el vacío que se abría a sus espaldas.

Sus brazos y piernas temblaron cuando se elevó, ayudándose sólo de su propia fuerza y energía. Dejar de moverse significaba empezar a caer y Temujin rugió mientras ascendía hasta donde Kachiun le aguardaba acuclillado, observando con calma su progreso.

—¡Ja! ¡Los khanes de las montañas siempre saben por dónde seguir! —exclamó Temujin en tono triunfal.

Su hermano asimiló la información sin hacer ningún comentario.

—La colina se divide en dos justo encima de nosotros —informó—. Bekter ha tomado el collado sur hacia la cima.

Temujin estaba impresionado por la serenidad que mostraba su hermano. Lo miró mientras éste caminaba hasta el borde de la roca rojiza que él había escalado lleno de pánico, acercándose tanto al vacío que el viento tiró de su cabello trenzado.

—Bekter no sabe dónde están las águilas, si es que en realidad hay alguna —replicó Temujin.

Kachiun se encogió de hombros.

—Ha tomado el camino más fácil. No creo que un águila construya un nido en un sitio que pueda alcanzarse con facilidad.

—Entonces, ¿hay otro camino? —preguntó Temujin.

Mientras hablaba, subió gateando una cuesta de poca pendiente para ver mejor las cumbres de la colina roja. Había dos, como había dicho Kachiun, y Temujin vio a Bekter y Khasar en una de las paredes del sur. Aun desde la distancia, ambos identificaron la fornida figura de su hermano mayor, avanzando despacio, pero sin detenerse. El pico norte que se erguía ante Temujin y Kachiun era una roca puntiaguda aún más sobrecogedora que la pendiente inicial que habían escalado.

Temujin apretó los puños, sintiendo la pesadez en sus brazos y pantorrillas.

—¿Preparado? —le preguntó Kachiun, señalando con un movimiento de cabeza hacia la cara norte.

Temujin alargó la mano y agarró a su serio hermanito por la nuca con un rápido gesto de afecto. Vio que Kachiun había perdido la uña de uno de los dedos de la mano derecha. Había una mancha de sangre seca que le recorría todo el antebrazo hasta los nervudos músculos, pero el muchacho no dejaba traslucir el menor malestar.

—Estoy preparado. ¿Por qué me has esperado?

Kachiun emitió un suave resoplido y se volvió a agarrar a la roca.

—Si te caes, Bekter será khan algún día.

—Podría ser un buen khan —admitió Temujin a regañadientes.

No creía realmente que así fuera, pero recordó cómo había peleado contra los vasallos de su padre. Había aspectos del mundo adulto que todavía no llegaba a comprender del todo y, al menos, Bekter tenía actitud de guerrero.

Kachiun bufó al oír eso.

—Cabalga tieso como un palo, Temujin. ¿Quién puede seguir a un hombre que se sienta tan mal sobre el caballo?

Temujin sonrió mientras ambos retomaban el ascenso.

Era un poco más sencillo ahora que se ayudaban entre sí. Más de una vez,

Temujin empleó su fuerza para sujetar el pie de Kachiun mientras éste trepaba como una ágil araña. Era tan buen escalador como jinete, pero su joven cuerpo estaba empezando a dar muestras de agotamiento y, tras subir otros treinta pasos, Temujin se dio cuenta de que estaba palideciendo más y más. Ambos resollaban, y sentían brazos y piernas tan pesados que apenas podían moverlos.

El sol había iniciado su descenso hacia el oeste. Temujin comprobaba su posición cada vez que encontraba un lugar donde podían detenerse y recobrase un poco del esfuerzo. No debían dejar que la oscuridad los sorprendiera o ambos corrían el riesgo de caer. Más preocupante todavía era el denso muro de nubes que se avecinaba en la distancia: una tormenta los arrancaría a todos de la colina roja. Su temor por la suerte que pudieran correr sus hermanos se acrecentó cuando un resbalón de Kachiun a punto estuvo de hacerlo caer y arrastrarlo a él en su mortal caída.

—Ya te tengo. Busca otro asidero —resopló Temujin, sintiendo su aliento como una llamarada al salir por su boca.

Temujin no recordaba haberse sentido nunca tan cansado y, sin embargo, la cima seguía imposiblemente lejana. Kachiun logró retirar su peso de su brazo y, al volverse, descubrió las rozaduras sangrantes que su bota había dejado en la piel desnuda de su hermano. Luego dirigió su mirada hacia las llanuras, tenso ante la imagen de las nubes. Era difícil calibrar la fuerza del viento que soplaba en torno a los riscos, pero ambos tuvieron la impresión de que estaba avanzando directamente hacia ellos.

—Vamos, no nos paremos. Si empieza a llover, estamos muertos —masculló Temujin, empujando a su hermano hacia arriba.

Kachiun asintió en silencio, cerró los ojos un instante, mareado. A veces, a Temujin se le olvidaba lo joven que era. Sintió un inmenso orgullo por el pequeño y se juró que no lo dejaría caer.

El pico sur seguía estando a la vista mientras escalaban, pero no había rastro ni de Bekter ni de Khasar. Temujin se preguntó si habrían llegado a la cumbre, o si incluso estarían ya bajando, con el aguilucho a salvo bajo una túnica. Bekter se pondría inaguantable si conseguía llevar una de las grandes aves a las tiendas de su padre, y ese pensamiento bastó para dar nuevas fuerzas a los fatigados músculos de Temujin.

Ninguno de los dos supo al principio qué eran esos agudos sonidos. Jamás habían oído el chillido de una cría de águila y aquel insistente viento que no dejaba de golpear contra las rocas no ayudaba en absoluto a distinguirlo con claridad. Sin embargo, en aquellos momentos su mayor preocupación era encontrar un lugar donde resguardarse de la furia de las nubes, que cubrían ya todo el cielo. La mera idea de descender por la piedra resbaladiza a causa de la lluvia le daba vértigo. Ni siquiera Kachiun sería capaz de hacerlo, estaba seguro.

Tras avanzar pegados a las rocas, los dos muchachos llegaron al fin hasta una

grieta llena de ramitas y plumas. Temujin pudo oler el hedor a carne podrida antes de tener los ojos a la altura del nido. Aquella especie de silbido provenía en efecto de un par de aguiluchos, que observaban a los escaladores con enorme interés.

Sus padres debían de haberse apareado hacía un tiempo, porque los polluelos no tenían ese aspecto canijo e indefenso de las crías recién nacidas. Sobre el primer plumón, que ambos aún conservaban, asomaban algunas plumas marrón dorado; cuando tuvieran más, aquellas plumas les servirían para remontarse por encima de las montañas en busca de sus presas. Sus alas eran cortas y feas, aunque a ambos muchachos les pareció que jamás habían visto nada tan hermoso. Las garras, unas enormes extremidades terminadas en unas uñas negras que ya parecían capaces de desgarrar la carne, se antojaban demasiado grandes para sus diminutos cuerpos.

Kachiun se había quedado paralizado en el saliente por el asombro, sujetándose sólo con las puntas de los dedos. Una de las aves entendió su inmovilidad como una especie de desafío y emitió un agudo chillido ante él, extendiendo las alas en una demostración de valentía que hizo sonreír encantado al muchacho.

—Son pequeños khanes —dijo, con los ojos brillantes.

Temujin asintió, incapaz de hablar. Se estaba preguntando cómo podrían llevarse vivos a ambos polluelos con una tormenta a punto de estallar. Escudriñó el horizonte, temiendo de pronto que las águilas adultas llegaran a casa antes que las nubes. A esa altura y en un equilibrio tan precario, les costaría defenderse del ataque de un águila.

Temujin observó cómo Kachiun subía y se acuclillaba al borde mismo del nido, aparentemente indiferente a lo inseguro de la posición. Su hermano alargó la mano hacia los aguiluchos, pero Temujin le alertó con brusquedad.

—Las nubes están demasiado cerca para descender ahora. Déjalos en el nido, los bajaremos por la mañana.

Mientras hablaba, el estruendo de un trueno atravesó las llanuras y ambos muchachos miraron hacia allá. El sol seguía brillando sobre ellos, pero en la distancia alcanzaron a ver una densa cortina de lluvia que caía en oscuros hilos. Las sombras avanzaban veloces hacia la colina roja. Desde esa altura, la escena que tenían ante sí les inspiró a la vez admiración y miedo.

Se miraron un instante y Kachiun asintió, volviendo a pasar del saliente del nido al que estaba debajo.

—Nos vamos a morir de hambre —dijo, metiéndose el dedo herido en la boca y chupando la costra de sangre seca.

Temujin asintió a su vez, resignado.

—Mejor eso que despeñarse —aseguró—. La tormenta casi está aquí y quiero encontrar un sitio donde poder dormir sin caerme. Va a ser una noche horrible.

—Para mí no —dijo Kachiun, con suavidad—. He mirado a un águila a los ojos.

Temujin le dio un coscorrón afectuoso y lo ayudó a atravesar la cresta hasta un

lugar desde donde continuar el ascenso. Ante su vista apareció una hendidura entre dos pendientes. Allí podrían adentrarse y refugiarse para descansar al fin.

—Bekter se pondrá furioso —comentó Kachiun, disfrutando de la idea.

Temujin lo ayudó a penetrar en la grieta y lo observó retorcerse para adentrarse en ella. Molestas, un par de pequeñas lagartijas salieron de su escondrijo; una de ellas salió corriendo hacia el borde de la grieta y se dejó caer al abismo con las patas extendidas. Apenas había sitio para ambos chicos, pero al menos estaban resguardados del viento. Cuando anoheciera, estarían incómodos y sin duda intranquilos; Temujin sabía que tendría suerte si lograba dormir aunque fuera un poco.

—Bekter escogió el camino más fácil para subir —sentenció, agarrándose a la mano de Kachiun y apretando su cuerpo en la hendidura.

III

La tormenta azotó la roja colina durante todas las horas oscuras y no amainó hasta el amanecer. El sol volvió a brillar con fuerza desde el cielo despejado, secando las ropas de los hijos de Yesugei cuando emergieron de sus escondites. La tormenta había sorprendido a los cuatro demasiado arriba para arriesgarse a emprender el descenso. Habían pasado la noche temblando, mojados y abatidos, dormitando un rato, para despertarse al momento sobresaltados por un sueño en el que caían al abismo. Cuando la luz del amanecer alcanzó las cumbres gemelas de la colina, todos empezaron a bostezar, sentían sus cuerpos entumecidos y en sus rostros aparecían unas marcadas ojeras.

A Temujin y Kachiun la alegría por su hallazgo les había hecho menos dura la noche. En cuanto hubo luz suficiente, Temujin salió gateando de la hendidura y se hizo con el primer aguilucho. Casi perdió pie cuando una forma oscura llegó volando desde el oeste: un águila adulta que parecía casi tan grande como él mismo.

Al ave no le gustó toparse con dos intrusos tan cerca de sus crías y chilló, llena de furia. Temujin sabía que las hembras eran de mayor tamaño que los machos, por lo que pensó que tenía que ser la madre. Los polluelos aguardaban el alimento que les traía su madre, quien se alzó de nuevo y se quedó suspendida en el viento, vigilando la grieta de la roca que protegía a los dos chicos. Era a un tiempo terrorífico y maravilloso poder estar tan arriba y mirar a los ojos oscuros de la rapaz, que parecía flotar sobre el vacío con sus alas extendidas. Abría y cerraba las garras convulsivamente, como si estuviera imaginando cómo hendía la carne de sus enemigos con ellas. La visión provocó un escalofrío en Kachiun, que esperaba sobrecogido y atemorizado a que la enorme ave se lanzara de improviso sobre ellos como una flecha y los sacara de su agujero como habría hecho con una marmota en su madriguera. Sólo contaban con el patético cuchillito de Temujin para defenderse de un depredador capaz de romperle la espalda a un perro de un solo golpe.

Temujin observó cómo la cabeza dorada del águila se movía nerviosamente adelante y atrás. Sospechaba que podría permanecer allí todo el día y no le hacía ninguna gracia la idea de quedarse ese tiempo expuesto en el saliente bajo el nido. Un único ataque con su garra en aquella posición y caería al vacío. Trató de recordar todo lo que había oído sobre las aves salvajes. ¿Y si gritaba para alejar a la madre? Lo consideró, pero no quería alertar a Bekter y Khasar y que subieran al solitario pico, al menos hasta que tuviera a los polluelos envueltos en una tela contra su pecho.

Junto a él, Kachiun se aferraba a la inclinada roca roja de la grieta. Temujin vio que había cogido una piedra que estaba suelta y la sostenía en la mano, sopesando sus posibilidades.

—¿Puedes darle? —preguntó Temujin.

Kachiun se encogió de hombros.

—A lo mejor. Tendría que tener suerte para derribarla y ésta es la única que he podido encontrar.

Temujin maldijo entre dientes. El águila adulta había desaparecido por unos instantes, pero aquellas aves eran hábiles cazadoras, por lo que no cayó en la trampa de abandonar la seguridad de su posición. Dejó escapar un resoplido frustrado. Estaba hambriento y le esperaba un difícil descenso. Kachiun y él no merecían volverse con las manos vacías.

Se acordó del arco de Bekter allí abajo con Temuge y los caballos, y se maldijo a sí mismo por no haber pensado en traerlo, aunque probablemente Bekter tampoco le hubiera dejado cogerlo. Su hermano mayor era muy escrupuloso con aquella arma de doble curva, como lo era sobre el resto de arreos de un guerrero.

—Coge la piedra —dijo Kachiun—. Yo volveré al nido, si viene el águila, se la tiras para alejarla.

Temujin frunció el ceño. Era un plan razonable: él tenía muy buena puntería y Kachiun escalaba mejor que él. El único problema era que sería Kachiun quien habría cogido los aguiluchos, y no él, y no estaba dispuesto a que su hermano pudiera arrogarse mayor derecho sobre ellos por aquel motivo.

—Coge tú la piedra. Yo iré a por los polluelos —respondió.

Kachiun volvió sus ojos oscuros hacia su hermano mayor. Parecía que le estaba leyendo el pensamiento. Se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Tienes alguna tela para envolverlos?

Temujin utilizó su cuchillo para arrancar unas tiras del borde de su túnica. Había destrozado la prenda, pero el premio de las aves era mucho mayor, y bien merecía tal pérdida. Se ató una tira en torno a cada una de sus palmas, para tenerlas listas, y luego asomó la cabeza fuera de la hendidura en busca de una sombra móvil o una mancha girando en lo alto. El águila le había mirado a los ojos y sabía lo que pretendía hacer, estaba seguro. Había visto inteligencia en su mirada, tanta como en un perro o en un halcón, tal vez más.

Al salir a la luz del sol e iniciar su ascenso, sintió una punzada en sus agarrotados músculos. De nuevo podía oír los débiles chillidos saliendo del nido. Los polluelos estaban famélicos después de una noche solos. Sin duda, sin el cálido cuerpo de su madre para protegerlos de la tormenta, ellos también habían sufrido. Temujin se preocupó, creyó que sólo oía una llamada y temió que el otro polluelo hubiera perecido. Miró hacia atrás para comprobar si el águila adulta se elevaba sobre él para luego aplastarlo contra la roca. No vio nada y se encaramó al saliente superior, subiendo las piernas con esfuerzo hasta estar en cuclillas, como había hecho Kachiun la noche anterior.

El nido estaba situado bastante hondo, en un hueco en la pared ancho y con una

ligera pendiente descendente para que las activas crías no pudieran salir y caerse antes de aprender a volar. En cuanto vieron su rostro, los dos escuálidos aguiluchos se escabulleron, agitando sus alas desplumadas llenos de pánico y graznando para pedir ayuda. Una vez más, Temujin escudriñó el cielo azul y rezó una rápida oración al Padre Cielo para que lo protegiera. Se echó hacia delante, apoyando la rodilla derecha en la paja húmeda y las plumas caídas. Oyó crujir algunos huesecillos bajo su peso y percibió el nauseabundo hedor a carne podrida de las antiguas capturas.

Una de las aves se encogió ante sus dedos, pero la otra intentó morderle con el pico y le arañó con sus garras. Aquellas garras afiladas como agujas eran demasiado pequeñas para dejarle más que marcas en la piel y Temujin procuró ignorar el escozor mientras sostenía el ave frente a sí y la veía retorcerse en vano.

—Mi padre cazaré durante veinte años contigo —murmuró, desatándose una tira de una mano y atando al primer aguilucho por el ala y la pata.

El otro, asustado, casi había salido del nido, y Temujin se vio obligado a arrastrarlo hacia dentro por una de las garras amarillas, el polluelo comenzó a piar y a debatirse para intentar liberarse. Sus jóvenes plumas tenían un tinte rojizo entre las hebras doradas.

—Te llamaría el águila roja si fueras mía —le dijo, metiéndolos a los dos bajo su túnica.

Las aves parecieron calmarse al contacto con su piel, aunque podía sentir sus garras moviéndose contra su pecho. Se dijo que, para cuando llegara abajo, aquellas marcas parecerían fruto de haber caído en un arbusto de espinos.

Temujin vio aparecer al águila adulta como un parpadeo de oscuridad por encima de su cabeza. Se movía más rápido de lo que nunca habría creído posible y sólo tuvo tiempo para levantar un brazo antes de oír el grito de Kachiun y ver cómo su única piedra golpeaba contra el costado del ave, desviándola de su ataque. El ave chilló con una rabia tan real como nunca había oído en un animal, lo que le recordó que era un depredador, con instintos de depredador. El animal trató de batir sus inmensas alas y buscar apoyo en el saliente para recobrar el equilibrio. Todo cuanto Temujin podía hacer era agacharse en aquel estrecho espacio e intentar protegerse la cara y el cuello de las garras que se abalanzarían hacia él. La oyó chillar junto a su oreja y sintió las alas golpeándole, hasta que de repente el ave zozobró, sin dejar de piar encolerizada. Ambos niños observaron al águila caer en espiral más y más abajo, sin apenas controlar el descenso. Una de las alas permanecía inmóvil, pero la otra parecía retorcerse y aletear en la corriente ascendente. Temujin respiró más despacio, sintiendo cómo su corazón empezaba a enlentecerse. Ya tenía el águila para su padre, y tal vez le permitieran adiestrar a la roja a él mismo.

Para cuando inició su lento descenso, Bekter y Khasar ya se habían sumado a Temuge y a los caballos. Kachiun permaneció a su lado, ayudándole siempre que

podía para que no tuviera que encontrar a tientas un asidero o pusiera en peligro su valiosa carga. Aun así, cuando por fin tocó la llana superficie y elevó la vista hacia las alturas, éstas parecían imposiblemente lejanas, ya ajenas a ellos, como si hubieran sido otros los que las hubieran escalado.

—¿Encontrasteis el nido? —preguntó Khasar, leyendo su respuesta en su orgullo. Kachiun asintió con un gesto.

—Tenía dos crías de águila. Ahuyentamos a la madre y nos trajimos a las dos.

Temujin dejó que fuera su hermano pequeño quien contara la historia, consciente de que él sería incapaz de hacer entender a los otros lo que había sentido allí, acucillado con el mundo bajo sus pies y la muerte latiendo a sus espaldas. No era miedo lo que había sentido, a pesar de que su corazón había redoblado sus latidos y todo su cuerpo había reaccionado. Más bien había experimentado un momento de euforia, y le perturbaba demasiado hablar de ello, al menos por el momento. Tal vez se lo mencionara a Yesugei cuando el khan estuviera de buen humor.

Temuge también había pasado una mala noche, aunque había logrado resguardarse con los caballos y había tenido a su disposición algunos chorritos ocasionales de leche cálida con que alimentarse. A los Otros cuatro no se les ocurrió agradecerle que hubiera avistado el águila, al fin y al cabo no había subido con ellos. Todo lo que recibió de sus hermanos fue un tortazo de Bekter cuando descubrió que había vaciado las ubres de la yegua durante la noche. El niño aún seguía berreando cuando emprendieron la marcha, pero nadie le compadecía. Todos estaban muertos de sed y de hambre, e incluso el risueño Khasar miró a su hermano con el ceño fruncido, reprochándole su avaricia. Pronto lo dejaron atrás, mientras cruzaban al trote la verde llanura.

Los chicos vieron a los guerreros de su padre mucho antes que las gers de la tribu. Los habían descubierto apenas un instante después de que hubieran salido de la sombra de la colina roja, y de inmediato soplaron sus agudos cuernos, cuyo sonido atravesó la larga distancia que los separaba.

Los muchachos no mostraron su nerviosismo, aunque eran conscientes de que aquellos jinetes sin duda habían salido a buscarlos a ellos. Cuando vieron a Eeluk galopar hacia ellos sin una sonrisa en el rostro, sin darse cuenta comenzaron a cabalgar más cerca los unos de los otros.

—Vuestro padre nos ha enviado a buscaros —le dijo Eeluk a Bekter.

Temujin se irritó al instante.

—No es la primera vez que pasamos la noche fuera —respondió.

Eeluk clavó sus pequeños ojos negros en él y se pasó una mano por la barbilla. Meneó la cabeza.

—No sin avisar, no durante una tormenta y no mientras vuestra madre daba a luz —respondió en un tono brusco, como quien riñe a un niño.

Temujin vio que Bekter se sonrojaba por la vergüenza y se negó a dejarse llevar por la emoción.

—Pues ya nos has encontrado. Si nuestro padre está enfadado, eso es entre nosotros y él.

Eeluk volvió a negar con la cabeza y Temujin vio un brillo de maldad en sus ojos. Nunca le había gustado ese vasallo de su padre, aunque no habría sabido decir por qué. Había malicia en la voz de Eeluk cuando prosiguió.

—Vuestra madre casi pierde al niño por lo preocupada que estaba —dijo.

Sus ojos exigieron a Temujin que bajara la mirada, pero sólo sirvieron para que al niño lo invadiera la ira. El hecho de llevar las águilas junto a su pecho le infundía valor. Sabía que su padre les perdonaría cualquier cosa cuando viera las aves. Temujin alzó la mano para detener a los demás, incluso Bekter frenó a su lado, incapaz de seguir cabalgando sin más. Eeluk también se vio obligado a girar su caballo hacia ellos, con el rostro ensombrecido por la irritación.

—No cabalgarás con nosotros, Eeluk. Vuelve —le exigió Temujin. Vio cómo el guerrero se ponía recto y negó con la cabeza con deliberación—. Hoy cabalgamos sólo con águilas —dijo, sin que su expresión revelara su regocijo interior.

A su alrededor, sus hermanos sonrieron, disfrutando del secreto y del ceño que apareció en los duros rasgos de Eeluk. El guerrero miró a Bekter y vio que tenía la mirada perdida, clavada en el horizonte.

—Vuestro padre se encargará de meter un poco de humildad en esas duras pieles vuestras —resopló después, con la expresión oscurecida por la rabia.

Temujin observó con calma a aquel guerrero, incluso su caballo permanecía absolutamente inmóvil.

—No. No lo hará. Uno de nosotros será khan algún día, Eeluk. Piensa en ello y regresa como te he dicho. Entraremos solos.

—Vete —ordenó Bekter de pronto, con voz más grave que la del resto de sus hermanos.

Eeluk reaccionó como si le hubieran golpeado. Cuando aguijoneó a su montura, guiándola sólo con las rodillas, ocultó su mirada. No volvió a hablar, pero al final asintió con gesto brusco y se alejó cabalgando, dejándoles solos y temblando con una extraña tensión. No habían estado en peligro, Temujin tenía una certeza casi absoluta. Eeluk no era tan tonto como para amenazar con la espada a los hijos de Yesugei. En el peor de los casos, podría haberles dado una paliza y obligado a regresar a pie. Con todo, sentía que había ganado una batalla y notó la mirada de Bekter clavada en su nuca durante todo el camino hacia el río y el pueblo de su padre.

Percibieron el penetrante olor de la orina en el viento antes de ver las gers. Después de haber pasado el invierno a la sombra de Deli'un-Boldakh, el olor se había filtrado en el suelo en un enorme anillo que rodeaba las tiendas de las familias. Ésa

era toda la distancia que un hombre estaba dispuesto a avanzar en la oscuridad. Aun así, era su hogar.

Eeluk había desmontado cerca de la ger de su padre y era evidente que estaba allí esperando para ver cómo los castigaban. Temujin disfrutó al notar cómo merodeaba tratando de disimular su interés, y mantuvo la cabeza alta. Khasar y Kachiun se adelantaron, mientras que a Temuge lo distrajo el olor del guiso de cordero y Bekter adoptó su habitual expresión huraña.

Yesugei salió al oír que sus caballos daban la bienvenida a los otros miembros de la manada. Se ciñó la espada a la cadera y se puso una túnica azul y oro que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba las botas y los pantalones limpios y bien cepillados y parecía más alto de lo habitual. No había ira en su rostro, pero sus hijos sabían que se enorgullecía de la máscara de impasibilidad que todos los guerreros debían aprender a llevar. Para Yesugei evaluar a sus hijos según se acercaban cabalgando hacia él era el hábito de toda una vida. Se fijó en que Temujin protegía algo contra su pecho y en la emoción que embargaba a todos y que apenas podían controlar. Incluso Bekter estaba luchando por ocultar su alegría, y Yesugei empezó a preguntarse qué habrían traído sus chicos.

También se dio cuenta de que Eeluk rondaba por allí cerca, fingiendo que estaba cepillando a su caballo. Era sin duda algo insólito en un hombre que dejaba que la cola de su yegua se llenara de barro y espinas. Yesugei conocía suficientemente bien a Eeluk para percibir que su mal humor estaba dirigido contra los chicos, no contra él. Se habría encogido de hombros si no hubiera adoptado la quietud de un guerrero. Procuró alejar al guerrero de sus pensamientos y concentrarse en sus hijos.

Khasar y Kachiun desmontaron, ocultando a Temujin por un instante. Yesugei siguió observando con atención, y le pareció notar que algo se movía bajo la túnica de este último. Su corazón comenzó a latir más deprisa, pero no se lo pondría fácil.

—Tenéis una hermana, aunque el parto ha resultado más duro por vuestra ausencia. Vuestra madre casi se desangra por el miedo ante lo que hubiera podido sucederos.

Eso sí les hizo bajar la mirada. Frunció el ceño, sintiéndose tentado de mandarlos azotar por su egoísmo.

—Hemos estado en la colina roja —murmuró Kachiun, temblando bajo la mirada de su padre—. Temuge vio un águila allí y escalamos hasta el nido.

El corazón de Yesugei se regocijó ante esas noticias. Sólo podía haber una cosa retorciéndose junto al pecho de Temujin, pero ni siquiera se atrevía a albergar esa esperanza. Nadie de la tribu había capturado un águila durante tres generaciones o más, no al menos desde que los Lobos habían descendido desde el extremo oeste. Esas aves eran más valiosas que una docena de buenos sementales, sobre todo por la carne que podían conseguir con la caza.

—¿Lleváis el águila? —preguntó Yesugei a Temujin, dando un paso adelante.

El chico no podía contener su entusiasmo por más tiempo y sonrió con orgullo mientras rebuscaba en su deel.

—Kachiun y yo hemos encontrado dos —le dijo.

Al oírle, la fría expresión desapareció del rostro de su padre, que sonrió enseñando sus blancos dientes que destacaban contra su piel oscura y su rata barba.

Extrajo las dos aves con suavidad y las colocó en las manos de su padre. Al salir a la luz, los polluelos empezaron a gritar. Temujin sintió la pérdida de su calor en la piel tan pronto como estuvieron fuera. Miró al ave roja con ojos de propietario, vigilando cada movimiento.

Yesugei no lograba encontrar las palabras. Vio que Eeluk se había aproximado para ver los polluelos y los levantó con el rostro lleno de ilusión. Se volvió hacia sus hijos.

—Entrad a ver a vuestra madre, todos vosotros. Disculpaos por haberla asustado y dad la bienvenida a vuestra nueva hermana.

Temuge atravesó la puerta de la ger antes de que su padre terminara de hablar, y todos oyeron el grito de placer de Hoelun al ver a su benjamín. Kachiun y Khasar le siguieron, pero Temujin y Bekter permanecieron donde estaban.

—Una es un poco más pequeña que la otra —explicó Temujin, señalando a las águilas. Deseaba ansiosamente que no le mandara marchar—. Tiene un poco de rojo en las plumas, he estado llamándola el ave roja.

—Es un buen nombre —confirmó Yesugei.

Temujin carraspeó, repentinamente nervioso.

—Había pensado que tal vez me lo podría quedar, al aguilucho rojo. Como hay dos...

Yesugei miró a su hijo con una expresión inescrutable.

—Extiende el brazo —dijo.

Temujin levantó el brazo hasta la altura del hombro, desconcertado. Yesugei sostuvo al par de polluelos atados en la parte interior de uno de sus brazos y empleó el otro para presionar la mano de Temujin, bajándole el brazo.

—Cuando son adultas, pesan tanto como un perro. ¿Podrías sostener a un perro con la muñeca? No. Es un regalo maravilloso y te lo agradezco. Pero el ave roja no está hecha para un niño, ni siquiera para un hijo mío.

Temujin sintió el escozor de las lágrimas en los ojos al ver pisoteados sus sueños de la mañana. Cuando llamó a Eeluk, su padre parecía ajeno a la ira y desesperación que sentía.

A Temujin la sonrisa de Eeluk mientras se les acercaba le resultó maliciosa y desagradable.

—Has sido mi primer guerrero —le dijo Yesugei—. El ave roja es tuya.

Eeluk abrió los ojos de par en par. Tomó al ave con reverencia, y los niños quedaron olvidados.

—Es un gran honor —dijo, inclinando la cabeza ante su amo. Yesugei estalló en sonoras carcajadas.

—Tu servicio me honra —contestó—. Cazaremos juntos con ellas. Mañana por la noche celebraremos con música que dos águilas han llegado a los Lobos. —Se volvió hacia Temujin—. Tendrás que contarle al viejo Chagatai todo el relato de la escalada, para que pueda escribir la letra de una estupenda canción.

Temujin no respondió, incapaz de soportar por más tiempo la imagen de Eeluk sosteniendo el ave roja. Bekter y él se agacharon para atravesar la puerta y ver a Hoelun y a su nueva hermana, rodeadas por sus otros hermanos. Los chicos oyeron a su padre gritar a sus hombres que se acercaran a ver lo que sus hijos le habían traído. Esa noche habría un banquete y, sin embargo, de algún modo, no podían mirarse a los ojos sin sentirse incómodos. El placer de su padre significaba mucho para todos ellos, pero el ave roja era de Temujin.

Al atardecer, la tribu hizo fuego con los excrementos secos de ovejas y cabras y asó cordero en las hogueras y dentro de grandes ollas bullentes. Chagatai, el bardo, se puso a cantar la historia de dos águilas encontradas en una colina roja con una voz fantasmagórica que combinaba los tonos más agudos con los más graves. Los jóvenes de la tribu aplaudían los versos y Yesugei se vio obligado a mostrar los polluelos, que graznaban lastimeramente tras haber sido arrancados de su nido.

Los muchachos aceptaron taza tras taza de airag negro mientras escuchaban a Chagatai sentados alrededor de la hoguera en la oscuridad. Khasar palideció y se quedó en silencio tras la segunda taza y, al acabar la tercera, Kachiun dejó escapar un suave resoplido y cayó lentamente para atrás, derramando la bebida en la hierba. Temujin miraba fijamente las llamas, hasta deslumbrarse y quedarse momentáneamente ciego. No oyó a su padre acercarse y, aun así, no le habría importado. El airag le había calentado la sangre con extraños colores que podía notar corriendo por sus venas.

Yesugei se sentó junto a sus hijos, doblando sus poderosas piernas y poniéndose en cuclillas. Llevaba una túnica con un borde de piel contra el frío nocturno pero, debajo, su pecho estaba desnudo. El negro airag le calentaba lo suficiente, y siempre había sostenido que un khan era inmune al frío.

—No bebas demasiado, Temujin —advirtió—. Has demostrado que estás listo para ser tratado como un hombre. Mañana completaré mi deber de padre contigo y te llevaré con los olkhun'ut, el pueblo de tu madre. —Vio cómo Temujin levantaba la vista, pero no percibió en absoluto el significado de aquella mirada oro pálido—. Veremos a sus hijas más hermosas y encontraremos a una que te caliente la cama

cuando haya sangrado. —Dio unas palmadas en el hombro de Temujin.

—Y me quedaré con ellos mientras Eeluk adiestra al ave roja —respondió Temujin, con un tono monótono y frío que Yesugei advirtió pese a su borrachera.

—Harás lo que te diga tu padre —dijo, con el ceño fruncido.

Le dio un golpe, tal vez con más fuerza de la que pretendía. El golpe echó a Temujin hacia delante, pero se enderezó enseguida y siguió mirando fijamente a su padre. Yesugei ya había dejado de prestarle atención y se había vuelto a observar y a animar a Chagatai, que movía sus viejos huesos bailando, cortando el aire con los brazos como si fueran las alas de un águila. Al rato, Yesugei se percató de que Temujin le estaba mirando todavía.

—Me perderé la reunión de las tribus, las carreras —protestó Temujin cuando sus ojos se encontraron, luchando por contener las lágrimas de rabia.

Yesugei lo observó con rostro inexpresivo.

—Los olkhun'ut irán a la reunión, igual que nosotros. Te llevarás a Pie Blanco. A lo mejor te dejan correr con él contra tus hermanos.

—Preferiría quedarme aquí —dijo Temujin, preparándose a recibir otro golpe.

Parecía que Yesugei no le había oído.

—Vivirás un año con ellos, como hizo Bekter. Será duro para ti, pero después tendrás un muy buen recuerdo de tu estancia. No hace falta que te diga que te deberás fijar bien en sus fuerzas, en sus armas, en cuántos guerreros tienen...

—Los olkhun'ut no son enemigos nuestros —comentó Temujin.

Su padre se encogió de hombros.

—El invierno es largo —se limitó a responder.

IV

En la pálida luz del amanecer, mientras su padre y Eeluk cargaban los caballos con comida y mantas, Temujin sentía la cabeza a punto de estallar. Hoelun se movía de aquí para allá en el exterior de la tienda, con el bebé bajo el abrigo, mamando de su pecho. Yesugei y Hoelun intercambiaron algunas palabras en susurros y luego él se inclinó sobre ella y apoyó el rostro entre su cuello y su hombro. Un raro momento de intimidad que en ningún caso sirvió para disipar el pésimo humor de Temujin. Esa mañana odiaba a Yesugei con toda la fuerza y obstinación que un muchacho de doce años es capaz de reunir.

Adusto y silencioso, Temujin siguió engrasando las riendas y a continuación comprobó que las correas y el nudo del ronzal y de los estribos estaban bien sujetos. No le daría a su padre ninguna oportunidad para que pudiera criticarlo delante de sus hermanos, a los que, por otra parte, tampoco veía por ningún lado. La ger estaba muy tranquila tras la fiesta y el alcohol de la noche anterior. Se oía al dorado polluelo de águila pidiendo comida. Mientras Yesugei estuviera fuera, alimentar a aquel animal era tarea de Hoelun, que entró y le dio un pedacito de carne sanguinolenta antes de regresar para asegurarse de que su mando tenía todo cuanto necesitaba para el viaje.

Los caballos resoplaron y se saludaron unos a otros, dando la bienvenida a un nuevo día. Era una escena apacible, en la que Temujin, que estaba deseando encontrar la más mínima excusa para saltar, destacaba como un bulto sombrío. No deseaba ninguna esposa que diera leche como una vaca, lo que quería era criar sementales y cabalgar con el águila roja, hacerse tan célebre como temido. Aunque Bekter había hecho aquel viaje antes que él y había regresado, no podía evitar pensar en el hecho de que lo enviaran como en un castigo. Para cuando Temujin volviera, era muy posible que la prometida de Bekter estuviera compartiendo tienda con él y que éste fuera considerado un hombre por los guerreros.

En buena medida, Bekter era el motivo por el cual Temujin estaba de tan mal humor. Temujin sabía que, en su ausencia, Bekter sería tratado como el heredero. Después de un año, su propio derecho a heredar podría quedar prácticamente en el olvido.

Pero ¿qué podía hacer? Sabía lo que opinaba Yesugei de los hijos desobedientes: si se negaba a partir, sin duda recibiría una paliza, y si persistía en su negativa, incluso podía terminar expulsado de la tribu. Era una de las amenazas más frecuentes de su padre cuando los hermanos armaban demasiado jaleo o se peleaban con demasiada rudeza. Nunca sonreía cuando la profería, por lo que ninguno de sus hijos creía que se tratara de un farol. Temujin se estremeció con sólo pensarlo. Ser un nómada solitario y anónimo era un destino muy duro. No tener a nadie que vigile los rebaños mientras duermes, o que te ayude a escalar una colina. No le cabía duda de

que si él se quedara solo se moriría de hambre, aunque lo más probable era que lo mataran mientras atacaba a una tribu para obtener provisiones.

Sus recuerdos más antiguos eran de alegres empujones y peleas con sus hermanos en las gers. En su pueblo nadie estaba nunca solo y era difícil imaginar siquiera cómo podría ser estarlo. Temujin negó ligeramente con la cabeza mientras observaba cómo su padre cargaba las monturas. Sabía muy bien que no debía mostrar su descontento y que tenía que limitarse a mostrar indiferencia. Oyó a Eeluk y Yesugei que resoplaban a coro mientras apretaban tanto como podían las sillas de montar. La carga para sólo dos personas no era excesiva.

Temujin se quedó mirando hasta que ambos finalizaron su tarea y, a continuación, pasó junto a Eeluk y revisó los nudos de la silla de su propio caballo una última vez. El vasallo de su padre se puso tieso, pero a Temujin le daba igual herir sus sentimientos. Yesugei le había dicho demasiadas veces que un hombre no debe depender de la habilidad de otros de menos valía que él mismo. El temperamento de su padre era demasiado impredecible. Podría encontrarlo divertido o simplemente tirarle al suelo por su insolencia.

Temujin frunció el ceño al pensar en el viaje que tenía por delante, con su padre como única compañía, sin uno solo de sus hermanos para romper el silencio. Se encogió de hombros. Lo soportaría como cualquier otra incomodidad, sabía que era capaz de ello. ¿Qué era ese viaje sino una prueba más? No era la primera vez que debía aguardar a que pasara la tormenta, ya fuera Yesugei o el Padre Cielo quien la desencadenara. Había padecido sed y hambre hasta sentirse tentado de morderse el labio y probar el sabor de su propia sangre. Había vivido inviernos en los que los rebaños habían muerto de frío y un verano de sol abrasador que levantaba ampollas amarillas en la piel. Su padre había sobrellevado esas dificultades sin ninguna queja ni muestra alguna de debilidad, demostrando que poseía una resistencia ilimitada. Era consciente de que aquello confería ánimos a quienes lo rodeaban. Incluso la expresión de Eeluk se suavizaba en presencia de Yesugei.

Temujin aguardaba tan rígido y pálido como un joven abedul cuando Hoelun se agachó para pasar por debajo del caballo y lo abrazó. El chico sintió cómo la pequeña se movía junto a su pecho y le llegó el olor a leche dulce y a grasa de oveja. Cuando su madre lo soltó, su hermanita empezó a gimotear, con la cara roja, quejándose de la interrupción. Temujin observó a Hoelun mientras ésta colocaba de nuevo su seno en la ávida boca. Era incapaz de mirar a su madre a los ojos y ella se volvió hacia donde estaba Yesugei, callado y orgulloso, con la vista perdida en la distancia. Hoelun suspiró.

—Yesugei, ya está bien —dijo en voz alta.

Su marido dio. Un respingo y, cuando se volvió, un rubor encendía sus mejillas.

—¿Qué estás...? —comenzó a decir.

Hoelun lo atajó.

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. No le has dicho ni una sola palabra amable al niño, ¿pretendes cabalgar los próximos tres días en silencio?

Yesugei frunció el ceño, pero Hoelun aún no había acabado con él.

—Le quitaste el águila y se la diste a ese vasallo tuyo tan feo. ¿Esperabas que se riera y que te diera las gracias?

La pálida mirada de Yesugei oscilaba entre Eeluk y su hijo, evaluando su reacción ante ese discurso.

—Es demasiado pequeño —murmuró.

Hoelun hablaba silbando como una olla en el fogón.

—Es un chico a punto de prometerse en matrimonio. Es muy joven y demasiado orgulloso, igual que su tozudo padre. Se parece tanto a ti que ni siquiera eres capaz de verlo.

Yesugei hizo caso omiso de ese comentario y Temujin no supo qué decir cuando su madre lo miró otra vez.

—Está escuchando, aunque finja no hacerlo, Temujin —murmuró—. En eso es como tú. —Alzó la mano para darle un apretón en el carrillo con sus fuertes dedos—. Puedes confiar en las familias de mi pueblo. Son gentes de buen corazón, aunque deberás mantener la vista gacha cuando haya jóvenes cerca. Te pondrán a prueba, pero no debes tener miedo.

Los ojos de Temujin relampaguearon.

—No tengo miedo —dijo. Hoelun esperó y la expresión desafiante de su hijo se alteró sutilmente—. De acuerdo, también yo estoy escuchando.

Ella asintió, sacó del bolsillo una bolsita de aruul dulce y se la puso en la mano.

—Hay una botella de airag negro para el frío en la alforja.

Esto es para el viaje. Crece fuerte y sé amable con la chica que elijan para ti.

—¿Amable? —respondió Temujin.

Por primera vez desde que su padre le dijo que tenía que irse, sintió una punzada de nerviosismo en el estómago. En alguna parte había una extraña que iba a convertirse en su esposa y en la madre de sus hijos. No podía imaginar qué aspecto tendría, ni siquiera cómo quería que fuera.

—Espero que sea como tú —dijo, pensativo.

Hoelun sonrió de oreja a oreja y le dio un breve y firme abrazo que hizo que su hermanita se echara a llorar indignada.

—Eres un buen chico, Temujin. Serás un gran marido para ella —aseguró.

Ante la atónita mirada del muchacho, las lágrimas asomaron a los ojos de su madre, que se los restregó enseguida pese a que él también se había emocionado. Ella vio el temor de su hijo a resultar humillado delante de Yesugei y Eeluk. Los hombres que iban camino de prometerse en matrimonio no lloraban desconsoladamente junto a

sus madres.

Hoelun rodeó de nuevo el cuello de su hijo con los brazos durante un instante y luego dio media vuelta, intercambiando unos últimos susurros con su esposo. El khan de los Lobos exhaló un audible suspiro y asintió como respuesta mientras montaba. Temujin se subió con agilidad a su propia montura.

—¡Temujin! —oyó gritar.

Sonrió mientras hacía girar a su caballo de patas blancas con un leve tirón de las riendas. Aún somnolientos, sus hermanos habían salido a despedirle. Temuge y Khasar se apiñaron en torno a sus estribos con la adoración pintada en el rostro. Kachiun entrecerró los ojos por la luz mientras se detenía a inspeccionar uno de los cascos delanteros. Eran un grupo ruidoso y animado, y Temujin sintió que la presión de su pecho empezaba a disminuir.

Bekter salió de la ger sin alterar su chato rostro. Temujin lo observó y descubrió un destello de triunfo en la mirada. A su hermano también le parecía que su vida sería mucho más fácil cuando Temujin ya no estuviera allí. Era difícil no preocuparse por los más jóvenes, pero Temujin no los avergonzaría manifestando en voz alta su inquietud. Los huesos habían sido lanzados y el futuro estaba marcado para todos ellos. Un hombre fuerte podría doblar el cielo para lograr sus fines, pero sólo para sí mismo. Eso lo sabía bien Temujin. Estaban solos.

Levantó la mano en un postrero saludo a su madre y espoleó a Pie Blanco para que se pusiera al trote al lado del caballo de su padre. No se creía capaz de volver la mirada, así que no lo hizo. Los sonidos de la tribu, que se estaba despertando, y los relinchos quejumbrosos de los caballos se apagaron enseguida, y al poco sólo se escuchaba el ruido sordo de los cascos y el tintineo del arnés, mientras su pueblo quedaba atrás.

Yesugei cabalgaba en silencio mientras el sol se elevaba ante ellos. El pueblo de Hoelun estaba más cerca de lo que había estado en los últimos tres años y el viaje con su hijo duraría sólo unos días. Cuando terminara, sabría si el chico estaba hecho para gobernar la tribu. Con Bekter lo había sabido nada más acabar el primer día. Su hijo mayor no tenía un espíritu demasiado vivaz, eso era cierto, pero la tribu necesitaba una mano firme y Bekter se estaba convirtiendo en un hombre excelente.

Yesugei frunció el ceño para sí mientras cabalgaba. Una parte de su mente inspeccionaba la tierra que los rodeaba, por si aparecía un enemigo o un animal. Nunca se perdería mientras todas y cada una de las colinas estuvieran grabadas con nitidez en su mente y hasta la última oreja de cabra marcada le hablara de las tribus locales, como un dibujo extendido sobre la tierra.

Había disfrutado del viaje con Bekter, aunque se había esforzado por ocultarlo. Era difícil saber cómo convertir a un niño en el líder de un grupo de hombres, pero

Yesugei estaba seguro de que no era tratándole con mimos o fomentando sus debilidades. Alzó la vista al Padre Cielo pensando en Temuge, el gordinflón. Si el pequeño no hubiera tenido tantos hermanos con carácter Yesugei lo habría alejado de la influencia de su madre, tal vez lo habría llevado a que lo educaran en otra tribu. Quizás aún lo hiciera, a su regreso.

Yesugei se movió inquieto en la silla, incapaz de seguir dejando fluir sus pensamientos a la deriva con Temujin a su lado. El chico estaba demasiado alerta ante todo lo que lo rodeaba, y levantaba la cabeza ante cada nueva visión. Bekter había sido un compañero tranquilo, pero había algo en el silencio de Temujin que irritaba a su padre.

No ayudaba en absoluto que la ruta hacia los olkhun'ut pasara tan cerca de la colina roja, lo que obligó a Yesugei a considerar el esfuerzo de su hijo para atrapar los aguiluchos. Sintió que los ojos de Temujin se posaban sobre él mientras miraba las afiladas pendientes, pero el tozudo chico no le daba pie a hablar.

Yesugei gruñó con exasperación, sin entender por qué su humor estaba tan sombrío en un día tan excelente y luminoso.

—Tuviste suerte de llegar a un nido tan alto —le dijo.

—No fue suerte —respondió Temujin.

Yesugei maldijo entre dientes. Ese chico era realmente difícil.

—Tuviste suerte de no caerte, aunque Kachiun te estuviera ayudando.

Temujin entrecerró los ojos. La noche anterior parecía que su padre estaba demasiado borracho para escuchar las canciones de Chagatai. ¿Había hablado con Kachiun? Temujin no estaba seguro de cómo debía reaccionar, así que no dijo nada.

Yesugei lo observó y, al rato, negó con la cabeza y pensó en Hoelun. Tenía que volver a intentarlo, de lo contrario su esposa sacaría aquel tema una y otra vez.

—He oído que escalaste muy bien. Kachiun dijo que cuando el Águila volvió al nido a punto estuvo de hacerte caer de la roca.

La actitud de Temujin se suavizó un poco. Se encogió de hombros. Sentía un placer absurdo al ver que su padre mostraba interés por la historia, por mucho que éste se esforzara en ocultarlo.

—La obligó a descender con una piedra —respondió, cuidando de que su elogio fuera mesurado.

Kachiun era, con mucho, su hermano favorito, pero había aprendido a tener la prudencia de esconder sus preferencias a los demás, precaución que ahora, a sus doce años, se había vuelto casi instintiva.

Yesugei había vuelto a quedarse callado, pero Temujin rebuscó entre sus pensamientos algo que pudiera romper el silencio antes de que éste se asentara.

—¿Fue tu padre quien te llevó a los olkhun'ut? —preguntó.

Yesugei resopló, mirando a su hijo de arriba abajo.

—Supongo que ya eres lo bastante mayor para saberlo. No: encontré a tu madre con dos de sus hermanos un día que había salido a cabalgar. Vi que era bella y fuerte. —Suspiró y se pasó la lengua por los labios, sus ojos perdidos en el pasado—. Montaba una yegua pequeña y adorable, del color del agua de tormenta al amanecer. Llevaba las piernas desnudas, muy morenas.

Temujin no conocía aquella historia y acercó su caballo al de su padre para poder oírle mejor.

—¿Se la robaste a los olkhun'ut? —preguntó.

No debería haberse sorprendido: su padre disfrutaba con la caza y el pillaje y le brillaban los ojos cuando recordaba sus batallas. Si la estación era cálida y la comida abundante, enviaba a los guerreros vencidos de regreso con sus familias a pie, con abultadas marcas rojas en la piel de los golpes planos de las espadas. En invierno, cuando el alimento era escaso, ser capturado significaba la muerte. La vida era demasiado dura para mostrar generosidad en los meses oscuros.

—Hice huir a sus hermanos persiguiéndolos como a una pareja de chotos —dijo Yesugei—. Apenas había cumplido la edad de salir solo, pero me abalancé contra ellos mientras blandía la espada sobre la cabeza y les gritaba. —Inmerso en el recuerdo, echó la cabeza para atrás y dejó escapar un chillido ululante que acabó en una carcajada—. Tendrías que haber visto sus caras. Uno de ellos trató de atacarme, pero yo era el hijo de un khan, Temujin, no un perro cualquiera a quien acobardar. Le lancé una flecha que le atravesó la cadera y lo hice salir corriendo.

Suspiró para sí.

—Aquéllos fueron días magníficos. En aquella época pensaba que jamás sentiría el frío en los huesos, que nadie tendría que regalarme nunca nada, que conseguiría cuanto me propusiera sólo con mi ingenio y mi fortaleza. —Miró a su hijo con una expresión de pesar que Temujin sólo podía intuir—. Hubo un tiempo, hijo, en el que yo mismo hubiera subido por el águila.

—Si lo hubiera sabido, habría vuelto y te habría informado —empezó a decir Temujin, intentando entender a ese hombre enorme.

Yesugei negó con la cabeza, riéndose entre dientes.

—¡Ahora no! Soy demasiado pesado para andar dando saltos por estrechos salientes y grietas. Si lo intentara ahora creo que me estrellaría contra el suelo como una estrella fugaz. ¿Qué sentido tiene tener hijos si no pueden hacerse fuertes y poner a prueba su valor? Ésa es una verdad que recuerdo de mi padre cuando estaba sobrio. El valor no puede guardarse en una bolsa como unos huesos. Debe sacarse para que vea la luz y se haga más fuerte cada vez. Si crees que se mantendrá allí para cuando lo necesites, te equivocas. Es como cualquier otra parte de tu fuerza: si no le haces caso, te encontrarás la bolsa vacía cuando más la necesites. No, hiciste bien subiendo hasta el nido, y yo hice bien dándole el águila roja a Eeluk.

A Temujin le fue imposible esconder la repentina rigidez que invadió su cuerpo. Yesugei emitió una especie de ronroneo enojado, que vibró en lo profundo de su garganta como un gruñido.

—Es mi primer guerrero, y es un hombre mortífero, chico, debes creerme. Prefiero tener a mi lado a Eeluk que a otros cinco cualquiera de la tribu..., que a otros diez cualquiera de los olkhun'ut. Sus hijos no gobernarán las familias. Su espada nunca será tan buena como la mía, ¿entiendes? No, sólo tienes doce años. ¿Qué puedes entender de lo que te digo?

—Tenías que darle algo —espetó Temujin—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—No. No es que tuviera que saldar una deuda. Le honré con el ave roja porque es mi primer guerrero. Porque ha sido mi amigo desde que éramos niños y nunca se ha quejado de que su familia fuera inferior a la mía entre los Lobos.

Temujin abrió la boca para soltar una respuesta. El ave roja quedaría mancillada por las sucias y amarillentas manos de Eeluk. El águila era demasiado magnífica para aquel feo vasallo. Pero no habló, en vez de eso, se esforzó en asumir una expresión impasible que no revelara nada al mundo. Era su única defensa real contra la mirada inquisitiva de su padre.

Yesugei lo notó y bufó.

—Oye, muchacho, que yo ya ponía esa cara cuando tú aún no eras más que un sueño del Padre Cielo —le dijo.

Cuando acamparon esa noche junto a un sinuoso arroyo, Temujin se puso de inmediato a realizar las tareas que les ayudarían a conseguir el sustento para el día siguiente. Con la empuñadura de su cuchillo, separó algunos pedazos de un pesado bloque de queso duro y los introdujo en bolsas de cuero medio llenas de agua. Colocarían la mezcla húmeda bajo las sillas, de modo que quedara batida y calentada por la piel del caballo. A mediodía, su padre y él tendrían una cálida bebida de cuajada blanda, amarga y refrescante.

Cuando concluyeron la tarea, Temujin salió a buscar excrementos de oveja, que deshizo con los dedos para comprobar si estaban lo bastante secos para arder limpia y uniformemente. Hizo un montón con los mejores y golpeó un trozo alargado de pedernal con un viejo cuchillo para encender algunas hebras y convertir las chispas en llamas y luego en una hoguera. Yesugei cortó algunos pedazos de cordero seco y algunas chalotas y los mezcló con grasa de oveja, se les hizo la boca agua con aquel delicioso olor. Hoelun les había dado algo de pan, que pronto estaría duro, así que rompieron las planas hogazas y las metieron en el guiso.

Se sentaron uno frente al otro para comer, sorbiendo el jugo de la carne que resbalaba por sus dedos entre bocado y bocado. Temujin vio que la mirada de su padre se posaba en el paquete que contenía el airag negro y se lo acercó. Observó con

paciencia mientras el khan daba un largo trago.

—Háblame de los olkhun'ut —pidió Temujin.

La boca de su padre se curvó inconscientemente en una mueca de desdén.

—No son fuertes, aunque son muchos, como hormigas. A veces pienso que podría entrar allí a caballo y matar hombre tras hombre durante un día entero antes de que me derribaran.

—¿No tienen guerreros? —preguntó Temujin, incrédulo. Su padre era muy capaz de haberse inventado esa descabellada historia, pero parecía hablar en serio.

—No como Eeluk. Ya lo verás. Utilizan el arco más que la espada y se mantienen alejados de sus enemigos, sin aproximarse a ellos a menos que se vean obligados a hacerlo. Nuestros escudos los dejarían en ridículo, aunque matarían a los caballos con bastante facilidad. Son como picaduras de avispas, pero si cabalgas entre ellos, se dispersan como niños. Así es como me llevé a tu madre. Me acerqué sigilosamente y luego me abalancé sobre ellos.

—¿Cómo aprenderé a utilizar la espada, entonces? —quiso saber Temujin.

Había olvidado la manera como solía reaccionar su padre ante ese tono y apenas pudo esquivar la mano que le golpeó para inculcarle un poco de humildad. Yesugei prosiguió como si nada hubiera pasado.

—Tendrás que practicar por tu cuenta, chico. Sé que eso es lo que tuvo que hacer Bekter. Dijo que no le permitieron tocar ni un arco ni ninguno de sus cuchillos en todos los días que estuvo allí. Son unos cobardes, todos ellos. Aun así, sus mujeres son estupendas.

—¿Por qué tratan con el khan de los Lobos y te dan hijas para tus hijos? —preguntó Temujin, temiéndose otro capirotazo.

Yesugei ya estaba colocando su deel para dormir, tendido en la hierba mordisqueada por las ovejas.

—Ningún padre quiere hijas solteras abarrotando los gers. ¿Qué harían con ellas si no llegara yo con un hijo de cuando en cuando? No es tan raro, sobre todo cuando las tribus se reúnen. Pueden fortalecer su sangre con la simiente de otras tribus.

—¿Y a nosotros nos fortalece? —preguntó Temujin.

Su padre resopló sin abrir los ojos.

—Los Lobos ya somos fuertes.

V

La penetrante vista de Yesugei descubrió a los exploradores de los olkhun'ut en el mismo momento en que ellos lo vieron a él. Las graves notas de sus cuernos, con los que llamaban a los guerreros a defender sus rebaños y a sus mujeres, llegaron hasta la tribu.

—No hables hasta que se dirijan a ti —advirtió a su hijo—. Muéstrate impasible, pase lo que pase. ¿Entendido?

Nervioso, Temujin no contestó y tragó saliva. Los días y las noches pasados con su padre habían sido un periodo extraño para él. No recordaba haber contado en toda su vida con la total atención de Yesugei, sin que sus hermanos irrumpieran en algún momento para distraer la atención del khan. Al principio, había pensado que sería un suplicio tener que compartir todo un viaje a solas con él. No eran amigos y no podían serlo, pero hubo momentos en los que vio un destello nuevo en los ojos de su padre. En cualquier otro, habría dicho que aquel destello era de orgullo.

En la distancia, Temujin vio cómo se levantaba una nube de polvo de la seca tierra al paso de los jóvenes guerreros que habían ido subiendo de un salto sobre sus caballos y pidiendo armas. La boca de Yesugei se convirtió en una línea dura y delgada y se sentó muy erguido en su silla, con la espalda firme y derecha. Temujin lo imitó lo mejor que pudo, mientras observaba cómo crecía la nube de polvo a medida que aumentaba el número de guerreros que se acercaba a la solitaria pareja.

—No te vuelvas hacia ellos, Temujin —ordenó con brusquedad Yesugei—. Son niños que juegan y me avergonzarás si los honras.

—Entiendo —respondió Temujin—. Pero si te quedas quieto como una estatua, sabrán que eres consciente de su presencia. ¿No sería mejor hablar conmigo, reírnos?

Sintió cómo la mirada de su padre lo fulminaba y, por un instante, tuvo miedo. Aquellos ojos dorados habían sido la última visión de más de un joven miembro de la tribu. Yesugei se estaba preparando para enfrentarse a sus enemigos, y sus instintos se apoderaban de sus músculos y sus reacciones. Cuando Temujin se volvió para devolverle la mirada, vio que su padre hacía un esfuerzo de voluntad y se relajaba visiblemente. De algún modo los olkhun'ut no parecían estar tan cerca y el día se veía algo más luminoso.

—Quedaríamos como idiotas si nos derribaran de los caballos —explicó Yesugei, poniendo una mueca en forma de sonrisa que no habría estado fuera de lugar en un cadáver.

Temujin se rió ante su esfuerzo, que sinceramente le pareció divertido.

—¿Te duele algo? Intenta echar la cabeza para atrás mientras sonrías.

Su padre hizo lo que Temujin le sugería, y ambos estallaron en un ataque de risa irrefrenable. Los jinetes olkhun'ut llegaron y se detuvieron frente a Yesugei, que tenía

la cara roja y se secaba las lágrimas de los ojos, pronto rodearon a los dos forasteros con sus monturas. La nube de polvo flotante llegó con ellos, atravesando el grupo empujada por el viento y obligándolos a entornar los ojos.

El remolino de guerreros guardó silencio mientras Temujin y Yesugei recuperaban la compostura y fingían darse cuenta por primera vez de la presencia de los olkhun'ut. Temujin mantuvo su rostro tan inexpresivo como pudo, aunque apenas podía esconder su curiosidad. Todo era sutilmente distinto del mundo al que estaba acostumbrado. Los músculos de sus caballos eran fantásticos, y los propios guerreros vestían ligeras túnicas grises con dibujos bordados en hilo dorado en los pantalones marrón oscuro. De algún modo, eran más limpios y de aspecto más cuidado que su propio pueblo y Temujin sintió nacer en su interior un vago resentimiento. Su mirada se posó en uno que sin duda debía ser el líder. Los otros jinetes lo trataron con deferencia cuando se aproximó, esperando recibir sus órdenes.

Observó que el joven guerrero montaba tan bien como Kachiun, pero casi había alcanzado la edad adulta y vestía sólo una ligera túnica que dejaba al descubierto sus morenos brazos. Llevaba dos arcos atados a su silla con una correa y una buena hacha arrojadiza. No vio que nadie llevara espadas, todos portaban aquellas pequeñas hachas y Temujin se preguntó cómo se utilizarían contra hombres armados. Sospechaba que un buen acero podría hacerlas astillas en un par de golpes... a menos que las lanzaran.

Los olkhun'ut los examinaban a su vez. Uno de los hombres condujo suavemente su caballo hacia Yesugei. Una mano mugrienta se alargó para palpar la tela de su túnica.

Temujin apenas vio moverse a su padre, pero una línea roja apareció en la palma del hombre antes de que éste pudiera poner un solo dedo en las cosas de Yesugei. El jinete olkhun'ut aulló y se retiró, y de inmediato su dolor se transformó en ira.

—Te arriesgas mucho cabalgando hasta aquí sin tus vasallos, khan de los Lobos —dijo de pronto el joven de la túnica—. ¿Nos has traído otro de tus hijos para que los olkhun'ut le enseñen a ser un hombre?

Yesugei se volvió hacia Temujin y en sus ojos relucía una vez más ese extraño brillo.

—Éste es mi hijo, Temujin. Temujin, éste es tu primo Koke. Su padre es el hombre a quien herí en la cadera el día que conocí a tu madre.

—Y todavía cojea —confirmó Koke, sin sonreír.

Sin una señal visible, su caballo avanzó y el joven se aproximó a Yesugei para darle una palmada en el hombro. El khan se lo permitió, aunque había algo en su inmovilidad que sugería que podría no haberlo hecho. Los otros guerreros se relajaron cuando Koke se alejó de nuevo. Había demostrado que no tenía miedo del khan y Yesugei había aceptado que él no gobernaba donde los olkhun'ut montaban

sus gers.

—Debéis estar hambrientos. Los cazadores han traído unas marmotas de primavera muy gordas esta mañana. ¿Queréis comer con nosotros?

—Sí —respondió Yesugei por los dos.

A partir de aquel momento, los protegían las leyes de la hospitalidad y Yesugei perdió la rigidez que parecía indicar que preferiría estar empuñando una espada. Su daga había desaparecido en el interior de sus ropas. Por el contrario, Temujin sentía un agujero en el estómago. Hasta entonces no había sido del todo consciente de lo solo que se iba a sentir rodeado de extraños y, aun antes de que alcanzaran las tiendas exteriores de los olkhun'ut, ya estaba mirando a su padre a cada instante, temiendo que llegara el momento en que éste partiría y lo dejaría atrás.

Las gers de los olkhun'ut tenían un tono gris claro distinto al que Temujin le resultaba familiar. Los caballos descansaban en grandes corrales en el exterior de la agrupación de tiendas, demasiadas para poder contarlas. La prosperidad del pueblo era evidente por los rebaños de cabras y ovejas que pastaban en todas las colinas cercanas y, como Yesugei le había dicho, los olkhun'ut eran muy numerosos. Temujin vio a algunos niños de la edad de sus hermanos compitiendo entre sí en las afueras del campamento. Cada uno de ellos tenía un arco pequeño, y parecían disparar directamente contra el suelo, alternando chillidos y maldiciones. Todo le resultaba muy extraño y deseó que Kachiun y Khasar estuvieran allí con él.

Su primo Koke bajó de un salto de su caballo y le dio las riendas a una mujer menuda con la cara surcada de líneas como una hoja. Temujin y Yesugei desmontaron al mismo tiempo y se llevaron sus caballos para darles agua y comida. Los otros jinetes se dispersaron por el campamento, regresando a sus propias tiendas o reuniéndose en grupos para charlar. La presencia de forasteros en la tribu no era común y, cuando Koke condujo a los dos Lobos entre la gente de su pueblo a grandes zancadas, Temujin notó que cientos de ojos se posaban sobre él.

Yesugei gruñó, poco animado ante la idea de tener que caminar detrás del joven. Como respuesta, el khan caminaba muy despacio, parándose a inspeccionar los nudos con los que hasta la menos importante de las familias decoraba su ger. Con el ceño fruncido, Koke se veía obligado a esperar a sus huéspedes para no llegar a su destino sin ellos. Temujin sintió deseos de aplaudir ante la sutileza con la que su padre le había dado la vuelta a aquel jueguito de poder, cambiando las tornas a su favor. En vez de seguir al joven apresuradamente, habían convertido el trayecto en un recorrido por las tiendas de los olkhun'ut. Yesugei se había dirigido incluso a un par de personas, pero no con una pregunta, que podrían haberse negado a contestar, sino sólo con un cumplido o un simple comentario. Los olkhun'ut miraban fijamente a aquella pareja de Lobos y Temujin notó que su padre estaba disfrutando de la tensión como si estuvieran librando una batalla.

Para cuando se detuvieron delante de una ger con una puerta de un azul muy vivo, Koke estaba irritado con los dos, aunque no habría sabido explicar exactamente por qué.

—¿Está bien tu padre? —quiso saber Yesugei.

El joven guerrero, que ya se había agachado para entrar en la tienda, tuvo que parar a medio camino.

—Está más fuerte que nunca.

Yesugei asintió con un gesto.

—Dile que estoy aquí —le pidió, mirando inexpresivamente a su sobrino político.

Koke se sonrojó un poco antes de desaparecer en la oscuridad de la ger. Aunque no muy lejos todos les observaban, Temujin y Yesugei se encontraron solos por un momento.

—Cuando entremos, cumple las normas de la cortesía —murmuró Yesugei—. Éstas no son como las familias que conoces. Se darán cuenta de cada uno de tus errores y, si los cometes, se regocijarán por ello.

—Entiendo —repuso Temujin, moviendo los labios de modo imperceptible—. ¿Cuántos años tiene mi primo Koke?

—Trece o catorce —contestó Yesugei.

Temujin levantó la vista con interés.

—Entonces ¿existe sólo porque elegiste disparar a su padre en la cadera en vez de en el corazón?

Yesugei se encogió de hombros.

—No pretendía darle en la cadera. Quería matarlo, pero sólo dispuse de un instante para soltar la flecha antes de que el otro hermano de tu madre me lanzara un hacha.

—¿Está aquí él? —preguntó Temujin, mirando a su alrededor.

—No, a menos que consiguiera ponerse de nuevo la cabeza sobre los hombros —repuso Yesugei, riéndose.

Temujin se quedó callado mientras reflexionaba sobre lo que acababa de oír. Los olkhun'ut no tenían ninguna razón para amar a su padre y muchas para odiarle y, sin embargo, él les enviaba a sus hijos para buscar esposas. Las certezas que había conocido en su propia tribu se estaban desvaneciendo y se sintió perdido y asustado. Recuperó la determinación con un esfuerzo e intentó adoptar una expresión impávida. No le matarían, y todo lo demás era soportable, de eso estaba prácticamente seguro.

—¿Por qué no ha salido? —preguntó en susurros a su padre.

Yesugei emitió un gruñido y dejó de observar a unas jóvenes olkhun'ut que estaban ordeñando unas cabras para mirar a su hijo.

—Nos hace esperar porque cree que me sentiré insultado. Me hizo esperar cuando vine con Bekter hace dos años. Sin duda me hará esperar cuando venga con Khasar.

Es un idiota, pero todos los perros ladran a los lobos.

—Entonces ¿por qué es el primero al que vienes a visitar? —quiso saber Temujin, bajando la voz aún más.

—Los lazos de sangre garantizan mi seguridad cuando estoy entre ellos. Les fastidia darme la bienvenida, pero haciéndolo honran a tu madre. Yo desempeño mi papel y mis hijos tienen esposas.

—¿Verás a su khan?

Yesugei negó con la cabeza.

—Si Sansar me viera, tendría que ofrecerme sus tiendas y sus mujeres mientras estuviera aquí. Se habrá ido de caza, como haría yo si él fuera a visitar a los Lobos.

—Te gusta —afirmó Temujin, observando con atención el rostro de su padre.

—Tiene suficiente orgullo para no fingir que es amigo mío cuando no lo es. Le respeto. Si alguna vez decidiera robar sus rebaños, le dejaría quedarse con unas cuantas ovejas y un par de mujeres, tal vez incluso con un arco y una buena capa para protegerse del frío.

Yesugei sonrió imaginándose la escena y miró de nuevo a las chicas que se afanaban en acallar los balidos de su rebaño. Temujin se preguntó si sabrían que el Lobo estaba ya entre ellas.

El interior de la ger era sombrío, y el aire estaba cargado de olor a cordero y sudor. Al agacharse para atravesar el dintel, Temujin se dio cuenta por vez primera de lo vulnerable que era un hombre cuando entraba en el hogar de otra familia. Tal vez la pequeñez de las puertas tuviera otra función, aparte de servir de protección contra el frío invernal.

En los lados de la tienda había camas y sillas de madera tallada, y un pequeño brasero ardía en el centro. Temujin se sintió algo decepcionado por el ordinario aspecto del interior, aunque su atenta vista descubrió un hermoso arco en el muro del fondo, con doble curva, hecho de asta y nervios. Se preguntó si tendría la oportunidad de practicar el tiro con arco con los olkhun'ut. Si le prohibían utilizar armas a lo largo de todo el año, podría llegar a perder la destreza que tanto le había costado adquirir.

Koke estaba de pie, con la cabeza inclinada en señal de respeto, pero otro hombre, a quien el khan sacaba una cabeza, se alzó cuando Yesugei se acercó a saludarle.

—Te he traído a otro de mis hijos, Enq —anunció con formalidad—. Los olkhun'ut son amigos de los Lobos y nos honran grandemente dándonos esposas fuertes.

Temujin estudió a su tío con fascinación. El hermano de su madre. Era extraño pensar que ella había crecido allí, imaginarla quizá montando una oveja, como hacen a veces los bebés.

Enq era un hombre delgado como una lanza, con la carne pegada a los huesos y un cráneo afeitado que dejaba a la vista las venas que lo recorrían. A pesar de la

oscuridad de la tienda, la grasa de su piel relucía, al igual que el único mechón de pelo gris que colgaba delante de sus ojos. La mirada con la que recibió a Yesugei no era de bienvenida, aunque estrechó su mano para saludarlo y su mujer preparó té salado para que ambos se recobraran del viaje.

—¿Está bien mi hermana? —preguntó Enq, rompiendo el silencio que se había creado.

—Me ha dado una hija —respondió Yesugei—. Tal vez un día me envíes tú a mí un hijo de los olkhun'ut.

Enq asintió, aunque la idea no parecía agradarle.

—¿Ha tenido ya su primer sangrado, la chica que le buscaste a mi hijo mayor? —inquirió Yesugei.

Enq hizo una mueca mientras bebía.

—Su madre dice que no —contestó—. Irá cuando esté lista. —Dio la impresión de que iba a volver a hablar, pero luego cerró la boca con fuerza, y las arrugas alrededor de sus labios se marcaron aún más.

Temujin se sentó en el borde de una de las camas, tomando nota de la excelente calidad de las mantas. Recordó lo que había dicho su padre y cuando le ofrecieron el cuenco de té lo tomó con la mano derecha, colocando la izquierda bajo el codo derecho a la manera tradicional. Nadie habría podido criticar los modales que estaba exhibiendo frente a los olkhun'ut.

Los demás se acomodaron también y bebieron en silencio. Temujin empezó a relajarse.

—¿Por qué no me ha saludado tu hijo? —preguntó Enq a Yesugei con malicia.

Temujin se puso rígido cuando su padre frunció el ceño. Dejó el cuenco a un lado y se levantó de nuevo. Enq se puso de pie y Temujin se percató con satisfacción de que ambos tenían la misma altura.

—Es un honor conocerte, tío —dijo—. Soy Temujin, el segundo hijo del khan de los Lobos. Mi madre te manda saludos. ¿Estás bien?

—Sí, muchacho —respondió Enq—, aunque veo que todavía tienes que aprender la cortesía de nuestro pueblo.

Yesugei carraspeó suavemente y Enq se guardó lo que fuera que hubiera estado a punto de añadir. A Temujin no le pasó desapercibido el brillo de irritación en sus ojos. Se había metido de lleno en un mundo adulto de sutilezas y juegos y, una vez más, comenzó a temer el momento en que su padre le dejara solo.

—¿Qué tal tu cadera? —murmuró Yesugei.

Los delgados labios de Enq se tensaron en una sonrisa claramente forzada.

—Nunca pienso en ello —respondió.

Cuando tomó asiento de nuevo, Temujin notó que sus movimientos carecían de flexibilidad y experimentó un secreto placer. No tenían por qué gustarle esos

extraños. Comprendía que se trataba de otra prueba, como el resto de actividades que Yesugei imponía a sus hijos. La superaría.

—¿Hay una esposa para él en las gers? —preguntó Yesugei.

Enq hizo una mueca, apurando el cuenco de té y levantándolo para que se lo volvieran a llenar.

—Hay una familia que no ha sido capaz de encontrar un marido para su hija. Estarán contentos de que se alimente de la carne y la leche de otro.

Yesugei asintió.

—La veré antes de dejaros. Debe ser fuerte y capaz de darle hijos a los Lobos. Quién sabe, quizá un día sea la madre de la tribu.

Enq asintió a su vez, sorbiendo el salado líquido con expresión concentrada. Temujin estaba deseando alejarse de aquella lúgubre tienda y de su olor ácido, pero se obligó a sí mismo a permanecer quieto y escuchar cada una de las palabras que se pronunciaban. Al fin y al cabo, su futuro dependía de ese momento.

—Te la traeré —se ofreció Enq, pero Yesugei negó con la cabeza.

—La buena sangre proviene de una buena familia, Enq. Veré a sus padres antes de irme.

A regañadientes, Enq aceptó.

—Muy bien. Tenía que salir a orinar, de todas formas.

Temujin se puso en pie, quedándose detrás mientras su tío salía de la tienda. Casi enseguida empezó a oír el ruidoso chorro de líquido. De la garganta de Yesugei brotaron sonidos de risa, pero no era una risa amistosa. Comunicándose sin necesidad de palabras, alargó la mano y cogió a Temujin por la nuca, luego ambos salieron a la brillante luz del sol.

Los olkhun'ut parecían albergar una insaciable curiosidad por sus visitantes. Cuando los ojos de Temujin se acostumbraron a la luz, vio a varias docenas de personas reunidas en torno a la ger de Enq, aunque Yesugei apenas les concedió una mirada. Enq caminaba entre la multitud y quitó a dos perros amarillos de su camino de una patada. Yesugei le seguía y, por un instante, se volvió hacia su hijo y sus miradas se encontraron. Temujin sostuvo la mirada sin dejar traslucir sus sentimientos hasta que su padre le hizo una breve inclinación de cabeza, sintiéndose más tranquilo.

El agarrotamiento de Enq era mucho más visible ahora, mientras caminaban tras él, y cada paso revelaba su vieja herida. Al notar cómo lo examinaban, se sonrojó mientras les llevaba a través de las tiendas apiñadas hasta el borde del campamento. Los olkhun'ut los seguían charlando, mostrando su interés sin ninguna vergüenza.

El tronar de unos cascos resonó a la espalda del pequeño grupo y Temujin se sintió tentado de volverse a mirar. Vio a su padre echar una ojeada. Sabía que si había algún tipo de amenaza, el khan habría sacado la espada. Aunque sus dedos tocaron la

empuñadura, Yesugei simplemente sonrió. Temujin escuchó el sonido de los cascos que se acercaban más y más, hasta que la tierra tembló bajo sus pies.

De repente, en el último momento, Yesugei se hizo a un lado de un salto, alargó la mano y agarró al jinete. El caballo siguió avanzando con ímpetu salvaje, desprovisto de riendas y de silla. Al verse libre de su carga, corcoveó dos veces y luego se tranquilizó, bajando la cabeza para mordisquear la hierba seca.

Cuando su padre saltó, Temujin se había vuelto y alcanzó a ver cómo el fornido hombre dejaba a un niño en el suelo como si no pesara nada.

Podría tratarse de una niña, pero era difícil asegurarlo. Llevaba el pelo corto y la cara ennegrecida por la suciedad. Se debatió en los brazos de Yesugei cuando la bajó del caballo, entre escupitajos y berreos.

—Veo que los olkhun'ut las dejan crecer en estado salvaje —advirtió Yesugei.

La cara de Enq estaba crispada en un gesto que tal vez fuera de diversión. Se quedó mirando a la mugrienta niña mientras ésta se alejaba chillando.

—Sigamos hasta la tienda de su padre —dijo, lanzando una mirada fugaz a Temujin, antes de proseguir la marcha cojeando.

Temujin miró con atención la figura que se alejaba corriendo, y deseó haberla visto mejor.

—¿Es ella? —preguntó en voz alta. Nadie le contestó.

Los caballos de los olkhun'ut se encontraban fuera del irregular cerco del campamento de la tribu, relinchando y sacudiendo la cabeza por la excitación de la primavera. La última de las tiendas estaba situada sobre un terreno polvoriento junto a los corrales, recubierta de barro seco, sin ningún ornamento. Hasta la puerta estaba hecha de madera sin pintar, lo que sugería que los propietarios no poseían más que sus vidas y su lugar en la tribu. Temujin suspiró ante la idea de pasar un año junto a una gente tan pobre. Esperaba que le dieran al menos un arco para cazar. A juzgar por el aspecto de la ger la familia de su esposa tendría dificultades incluso para alimentarlo.

El rostro de Yesugei permanecía inexpresivo y Temujin trató de imitarle delante de Enq. Ya había decidido que no le iba a gustar aquel delgado tío que le había dado la bienvenida a regañadientes. No resultaba difícil que así fuera.

El padre de la niña salió a saludarlos, sonriendo y haciendo reverencias. Tenía la ropa negra por varias capas de grasa y suciedad que Temujin sospechaba que permanecían sobre su piel sin que importara en qué estación se encontraban. Al sonreír mostró una boca desdentada y Temujin observó cómo se rascaba una mancha oscura del pelo, quitándose un parásito con los dedos. Era difícil no sentir asco después de haber vivido toda su vida en la pulcra tienda de su madre. Un penetrante olor a orina flotaba en el aire y Temujin no vio ni siquiera una letrina en las proximidades.

Estrechó la sucia mano del hombre cuando éste se la tendió, y entró a beber otro cuenco de té salado, torciendo hacia la izquierda como hacían su padre y Enq. Cuando vio las camas de madera, rotas y sin pintar, su desánimo creció. Había un viejo arco en la pared, pero era un objeto pobre y había sido reparado en muchas ocasiones. El viejo despertó a su mujer con una fuerte palmada y le ordenó que pusiera agua a hervir en el hornillo. Era evidente que se sentía nervioso en presencia de extraños y murmuraba para sí incesantemente.

Enq no podía ocultar su alegría. Sonreía mientras miraba a su alrededor el fieltro desnudo y el entramado de madera parchado en cientos de sitios.

—Nos sentimos honrados de estar en tu casa, Shria —le dijo a la mujer, que hizo una breve inclinación de cabeza antes de servirles el té salado en unos cuencos poco profundos. Enq, cuyo buen humor seguía creciendo visiblemente, se dirigió entonces al marido—. Trae a tu hija, Sholoi. El padre del chico ha dicho que quiere verla.

El enjuto y nervudo Sholoi volvió a mostrar sus desdentadas encías y salió, subiéndose los pantalones sin cinturón a cada paso. Temujin oyó el chillido de una voz aguda y la cortante respuesta del viejo, pero fingió no enterarse y cubrió su consternación con el cuenco de té, mientras sentía que se le iba llenando la vejiga.

Sholoi volvió con la mugrienta niña, luchando con ella todo el camino. Bajo la mirada de Yesugei, le dio tres golpes, uno detrás del otro, en la cara y las piernas. A la pequeña se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque luchó para que no se lo notaran con la misma determinación con la que se había enfrentado a su padre.

—Ésta es Borte —dijo Enq con malicia—. Será una esposa buena y leal para tu hijo, estoy seguro.

—Parece un poco mayor —replicó Yesugei, no demasiado convencido.

La niña se escabulló de los brazos de su padre y fue a sentarse al otro lado de la tienda, tan lejos de ellos como pudo. Enq se encogió de hombros.

—Tiene catorce años, pero no ha sangrado aún. Quizá porque está delgada. Ha habido otros pretendientes, por supuesto, pero querían una chica plácida: ésta es demasiado fogosa. Será una madre excelente para los Lobos.

La chica en cuestión cogió un zapato y se lo tiró a Enq. Temujin estaba lo bastante cerca para atraparlo en el aire y ella le dirigió una mirada iracunda.

Yesugei cruzó la ger. Algo en su aspecto hizo que la niña se quedara quieta. Aquel hombre ya era alto para su propio pueblo, y mucho más para los olkhun'ut, que tendían a ser de constitución menuda. Yesugei alargó la mano y la tomó con suavidad por la barbilla, haciéndole alzar la cabeza.

—Mi hijo necesitará una mujer fuerte —dijo, mirándola a los ojos—. Creo que será hermosa cuando crezca.

La pequeña trató de golpearle la mano, pero Yesugei fue demasiado rápido para ella. Sonrió, asintiendo para sí.

—Me gusta. Acepto el compromiso matrimonial.

Enq escondió su descontento con una débil sonrisa.

—Estoy encantado de haber encontrado un buen partido para tu hijo —mintió.

Yesugei se puso en pie y estiró la espalda, descollando sobre todos los demás.

—Volveré a buscarlo dentro de un año, Enq. Enséñale disciplina, pero recuerda que un día será un hombre y puede que regrese para saldar cuentas con los olkhun'ut.

La amenaza no pasó inadvertida a Enq y Sholoi, y el primero apretó la mandíbula en vez de responder antes de lograr dominarse.

—La vida es dura en las gers de los olkhun'ut. Te devolveremos un guerrero, además de darte una mujer para él.

—No lo dudo —contestó Yesugei.

Casi se dobló por la mitad para atravesar la pequeña puerta y, con un súbito ataque de pánico, Temujin se dio cuenta de que su padre se iba. Le pareció que el resto de los hombres tardaban siglos en seguirle, pero se obligó a sí mismo a contenerse hasta que en la tienda sólo quedó la arrugada mujer y pudo salir. Para cuando se encontró en el exterior, parpadeando a causa de la repentina luz, ya habían traído el caballo de su padre. Yesugei montó con facilidad y observó a todos desde lo alto. Su firme mirada se encontró por fin con la de Temujin, pero no dijo nada y, un momento después, clavó los talones en su montura y se alejó al trote.

Temujin se quedó mirando fijamente a su padre, que retornaba cabalgando junto a sus hermanos, su madre, todo lo que amaba. Aunque sabía que no lo haría, Temujin deseó que Yesugei echara la vista atrás antes de desaparecer. Sintió ganas de llorar e inspiró profundamente para contener las lágrimas, sabiendo que a Enq le complacería ser testigo de su debilidad.

Su tío observó la marcha de Yesugei. A continuación, se cerró un orificio nasal con el dedo y yació el contenido del otro en el polvoriento suelo.

—Es un idiota arrogante, como todos los Lobos —dijo. Temujin se volvió con presteza, sorprendiéndole. Enq adoptó un aire despectivo.

—Y sus cachorros son peores que el padre. Bueno, Sholoi pega a sus cachorros con tanta fuerza como a sus hijas y a su esposa. A su lado todos saben cuál es su lugar. Ya aprenderás cuál es el tuyo mientras estés aquí.

Hizo un gesto a Sholoi y el hombrecillo cogió del brazo a Temujin con una fuerza insospechada. Enq sonrió al ver la expresión del muchacho.

Temujin guardó silencio, sabiendo que estaban intentando asustarle. Después de una pausa, Enq se volvió y se marchó, con una expresión avinagrada. Temujin notó que su tío cojeaba mucho más cuando Yesugei no estaba presente para verlo. En medio de su miedo y soledad, ese pensamiento fue un leve consuelo. Si le hubieran tratado con amabilidad, quizá no lo habría resistido. Tal como estaban las cosas, su creciente rechazo era como un trago de sangre de yegua en el estómago, y le nutría.

Yesugei no miró atrás mientras pasaba junto a los últimos jinetes de los olkhun'ut. Le dolía dejar a su querido hijo en manos de peleles como Enq y Sholoi, pero haber pronunciado aunque fuera unas pocas palabras de consuelo para Temujin hubiera sido visto como un triunfo para quienes deseaban ver precisamente ese tipo de cosas.

Mientras cabalgaba solo por la estepa, con el campamento ya lejos, se permitió sonreír, algo inusual en él. Temujin era un pequeño salvaje, sin duda más que ninguno de sus otros hijos. Tal vez allí donde Bekter se había retirado malhumorado, Temujin podría triunfar y demostrar que no era tan fácil humillar al hijo del khan. Fuera como fuere, su hijo sobreviviría a aquel año, y su experiencia y la esposa que traería a casa sin duda fortalecerían a la tribu de los Lobos. Yesugei recordó los bien nutridos rebaños que deambulaban en torno a las gers de la tribu de su mujer. No había descubierto ningún punto débil en sus defensas, pero, si el invierno era duro, podía imaginarse cabalgando de nuevo entre ellos, con guerreros a su lado. Su ánimo se aligeró al pensar en Enq huyendo de sus vasallos. Entonces no habría más sonrisas ni miradas malintencionadas de aquel flacucho personaje.

Espoleó a su caballo y atravesó a medio galope el paisaje vacío con la imaginación llena de agradables imágenes de incendios y gritos.

VI

Un par de manos arrancaron de su camastro a Temujin, quien se despertó de pronto al sentir su cuerpo golpear contra el suelo de madera. En la gers estaba tan oscuro que ni siquiera podía ver sus propios brazos o piernas, y todo le resultaba extraño. Oyó refunfuñar a Sholoi mientras andaba arriba y abajo y supuso que había sido el viejo quien lo había despertado. Sintió una nueva oleada de desagrado hacia el padre de Borte. Se puso en pie con dificultad, y ahogó un grito de dolor cuando se golpeó la espinilla contra algún obstáculo invisible. Aún no había amanecido, y todo el campamento de los olkhun'ut estaba en silencio. No quería que los perros empezaran a ladrar. Mientras bostezaba, se dijo que un poco de agua fría le quitaría la somnolencia. Alargó la mano hacia donde recordaba haber visto un cubo la noche anterior, pero no halló nada.

—¿Te has despertado ya? —preguntó Sholoi desde algún lugar cercano.

Temujin se volvió hacia ese sonido y apretó los puños en la oscuridad. Tenía un moretón que le cruzaba un lado de la cara del golpe que le había dado el anciano la noche anterior. Le había hecho verter vergonzosas lágrimas, y le había servido para comprobar que Enq había dicho la verdad sobre la vida en aquella casa miserable. Sholoi empleaba su huesuda mano para reforzar cada orden que daba, ya fuera para expulsar a un perro de su camino o para hacer que su hija o su esposa iniciaran una tarea. La mujer, que daba la impresión de tener mal genio, parecía haberse acostumbrado a callar con gesto hosco, pero Borte había sentido los puños de su padre bastantes veces esa primera noche, por el simple hecho de estar demasiado cerca de él en el reducido espacio de la tienda. Temujin pensó que, bajo la suciedad y la tela vieja, su piel estaría cubierta de cardenales. Habían hecho falta dos golpes secos para que él también mantuviera la cabeza gacha.

Temujin había sentido la mirada de ella sobre él, desdeñosa, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Matar al viejo? Le vino a la cabeza que, una vez que Sholoi hubiera proferido el primer grito de socorro, el resto de la tribu no tardaría en quitarle la vida a su huésped. Seguro que se deleitarían dándole un buen tajo si les daba el más mínimo motivo para ello. Su último pensamiento de la noche anterior, antes de quedarse dormido, había sido la imagen de Sholoi, sangrando mientras era arrastrado por su caballo, una imagen agradable, sin duda fruto de una fantasía nacida de la humillación. Se recordó con un suspiro que Bekter había sobrevivido, y se preguntó cómo se las había apañado el malhumorado de su hermano para contenerse.

Oyó el crujido de los goznes cuando Sholoi abrió la pequeña puerta, y una rendija permitió que la fría luz de las estrellas iluminara lo suficiente para que pudiera rodear el fogón y pasar junto a las figuras dormidas de Borte y su madre. En algún lugar cerca de allí había otras dos gers donde vivían los hijos de Sholoi y sus asquerosas

mujeres e hijos. Todos habían abandonado al viejo hacía unos años, dejando a Borte sola con él. Pero tuviera el carácter que tuviera, Sholoi era un khan en su propio hogar, por lo que Temujin debía resignarse a inclinar la cabeza y tratar de no ganarse demasiados coscorrones y bofetadas.

Nada más salir al exterior, empezó a temblar, cruzó los brazos sobre su túnica, intentando darse calor. Sholoi estaba vaciando la vejiga otra vez, como por lo visto necesitaba hacer cada hora durante la noche. Temujin se había despertado más de una vez con el ruido que hacía Sholoi al pasar a trompicones a su lado, preguntándose por qué lo habían arrancado del sueño en esa ocasión. Notó un dolor agudo en el estómago provocado por el hambre y albergó la esperanza de que le dieran algo caliente para comenzar el día. Estaba seguro de que un sorbo de té caliente bastaría para que sus manos dejaran de temblar, pero sabía que Sholoi se reiría y se burlaría si le pedía algo antes incluso de que las brasas estuvieran encendidas.

Temujin se puso a su vez a desaguar, observando el vapor que desprendía la orina y las oscuras siluetas del rebaño bajo la luz de las estrellas. Las noches todavía eran frías en primavera, una capa de hielo cubría el suelo. Sabía que la puerta estaba orientada al sur, por lo que no le resultó difícil encontrar el este para contemplar el amanecer. Todavía no había ni rastro del sol y Temujin se dijo que ojalá Sholoi no se levantara tan temprano todos los días. Puede que fuera un viejo desdentado, pero también era nudoso y nervudo como un palo, y el muchacho tuvo la deprimente sensación de que el día sería largo y difícil.

Se estaba metiendo la camisa por dentro de los pantalones cuando Sholoi lo agarró con fuerza del brazo y lo empujó. El viejo sostenía un cubo de madera y, en cuanto Temujin lo cogió, le entregó otro, poniéndoselo en la mano libre con un gesto brusco.

—Llénalos y vuelve enseguida, chico —ordenó.

Temujin asintió y se volvió hacia el sonido del río cercano. Deseó que Khasar y Kachiun estuvieran allí. Ya los echaba de menos y no le costaba imaginar la apacible escena del despertar en la ger, que se había repetido todos los días de su vida, cuando Hoelun los zarandeaba con suavidad para que empezaran sus tareas.

Regresó cargado con los cubos, eran terriblemente pesados, pero estaba hambriento y no quería darle a Sholoi la más mínima excusa para que lo dejara morir de hambre.

Cuando llegó la lumbre estaba encendida y ya no se veía a Borte entre las mantas. La adusta mujeruca de Sholoi, Shria, estaba inclinada sobre el fogón, alimentando las llamas con hojas antes de cerrar la puerta con un fuerte sonido metálico. No le había dirigido ni una sola palabra desde que había llegado. Temujin miró la tetera con sed, pero Sholoi entró en el mismo instante en que posaba los cubos en el suelo y lo llevó de nuevo a la silenciosa oscuridad del exterior, agarrándolo con dos dedos por el

brazo.

—Ya te unirás a los demás más tarde, cuando haya salido el sol. ¿Sabes esquilar?

—No, nunca he... —empezó a decir Temujin.

Sholoi hizo una mueca de disgusto.

—No me eres muy útil, ¿eh, chico? Puedo transportar los cubos yo mismo. Cuando haya luz recogerás excrementos de oveja para el fogón. ¿Sabes guiar al ganado?

—Eso sí lo he hecho —repuso Temujin de inmediato, y albergó la esperanza de que le dejaran montar su caballo para cuidar las ovejas y las reses, al menos eso lo mantendría lejos de su nueva familia un rato todos los días.

Sholoi notó su entusiasmo y su desdentada boca se curvó en una húmeda y sucia sonrisa.

—Quieres volver con tu mamá, ¿eh, chico? ¿Es eso? ¿Te da miedo un poco de trabajo duro?

Temujin negó con la cabeza.

—Sé curtir el cuero y trenzar cuerdas para bridas y sillas de montar. Sé tallar la madera, el cuerno y el hueso.

Se dio cuenta de que se había ruborizado, aunque lo más probable era que Sholoi no pudiera verlo en aquella oscuridad estrellada. Oyó cómo resoplaba.

—No necesito una silla para un caballo que no tengo, ¿verdad? Algunos de nosotros no hemos nacido entre hermosas sedas y pieles.

Temujin anticipó el golpe y lo esquivó, volviendo la cabeza. Sholoi no se dejó tomar el pelo y le golpeó hasta que cayó de lado en la zona más oscura de terreno, donde la orina había disuelto la escarcha. Mientras luchaba por levantarse, Sholoi le dio una patada en las costillas y Temujin perdió los estribos. Se puso en pie de un salto y entonces lo miró vacilante, súbitamente inseguro sobre qué hacer. El viejo parecía haber tomado la determinación de humillarlo con cada palabra que pronunciara, y no lograba entender qué quería de él.

Sholoi dejó escapar un sonido silbante de exasperación y luego escupió, alargando hacia él sus nudosos dedos. Temujin se retiró hacia atrás, absolutamente incapaz de encontrar una respuesta que satisficiera a su torturador. Agachó la cabeza y se protegió de una lluvia de golpes, pero algunos de ellos dieron en el blanco. Su instinto le decía que devolviera el golpe y, sin embargo, no estaba seguro de que Sholoi lo notara siquiera. Parecía que el viejo había crecido en la oscuridad, lo que le hacía temible en esas circunstancias, y Temujin no podía imaginarse cómo pegarle con la fuerza suficiente para detener su ataque.

—¡Basta! —gritó—. ¡Basta!

Sholoi se rió mientras sujetaba el borde del deel de Temujin con implacable fuerza y jadeaba como si hubiera corrido un largo trecho bajo el sol de mediodía.

—He domado a caballos mejores que tú, chico. Con más espíritu, además. No eres mejor de lo que pensé que serías.

Había un desprecio infinito en su voz y Temujin se percató de que podía ver los rasgos del anciano. La primera luz del sol se había asomado desde el este y la tribu había empezado a rebullir por fin. Ambos notaron al mismo tiempo que estaban siendo observados y, al volverse, encontraron a Borte mirándolos con fijeza.

Temujin se puso rojo y experimentó una vergüenza más dolorosa que los propios golpes. Notó cómo las manos de Sholoi se detenían bajo el silencioso escrutinio de Borte y el viejo pareció desconcertado. Sin una palabra más, lo empujó para pasar y desapareció en la fétida oscuridad de la ger.

Temujin sintió la cosquilla de una gota de sangre que resbalaba desde su nariz hasta su labio superior y con un gesto de enojo se la restregó extendiéndosela por la piel, hartado de todos ellos. El movimiento sorprendió a la hija de Sholoi, que dio media vuelta y escapó a la carrera hacia la penumbra del amanecer. Durante unos preciosos momentos se encontró a solas y se sintió perdido y triste. Por lo que había visto, los miembros de su nueva familia no eran mejores que los animales, y su primer día allí sólo acababa de empezar.

Borte corrió por entre las gers, esquivando los obstáculos y pasando a toda velocidad junto a un perro que se puso a ladrar e intentó darle caza. Con unos hábiles giros lo dejó atrás, y sus furiosos e impotentes gruñidos con él. Cuando corría, se sentía viva, como si nada en el mundo pudiera tocarla. Cuando se quedaba quieta, las manos de su padre podían alcanzarla o el látigo de abedul de su madre golpear su espalda. Todavía conservaba las marcas que le había dejado por derribar un balde de yogur frío dos días antes.

El aliento entraba y salía limpiamente de sus pulmones y deseó que el sol se congelara en el lejano horizonte. Si la tribu seguía durmiendo, podría encontrar un poco de paz y de felicidad, a salvo de sus miradas. Sabía lo que decían de ella, y había veces en que deseaba poder ser como las demás chicas de la tribu. Incluso lo había intentado cuando su madre lloró por su causa una vez. Un día bastó para que se cansara de coser y cocinar y aprender a fermentar el airag negro para los guerreros. ¿Dónde estaba la diversión en esas tareas? Incluso presentaba un aspecto distinto al de las otras muchachas, tenía una constitución delgada y sus senos eran apenas dos bultos sobre la plancha de costillas que era su pecho. Su madre se quejaba de que no comía lo suficiente para crecer, pero Borte había oído un mensaje diferente. No quería que le salieran esos enormes pechos de vaca colgando de ella sólo para que un hombre los ordeñara. Quería ser veloz como un ciervo y delgada como un perro salvaje.

Resoplaba mientras corría, regocijándose en el placer de sentir el viento. Su padre la había entregado al cachorro de Lobo sin pensárselo dos veces. El viejo era

demasiado estúpido para preguntarle si ella lo aceptaba o no, aunque lo que más la disgustaba era saber que, de todos modos, su respuesta no le habría importado. Ante su padre, lo único que cabía hacer era correr y esconderse, como había hecho ya miles de veces. Algunas mujeres entre los olkhun'ut le dejaban pasar la noche en sus tiendas cuando el viejo Sholoi estaba encolerizado. No obstante, eran refugios peligrosos si sus propios esposos habían bebido leche fermentada. Borte siempre escuchaba con atención sus voces: cuando notaba que arrastraban las palabras y emitían un aliento dulce, sabía que irían a buscarla al anochecer. La habían sorprendido una vez de esa manera y se dijo que sería la última, al menos mientras llevara su pequeño puñal consigo.

Pasó corriendo junto a las últimas tiendas de la tribu e, instintivamente, decidió llegar hasta el río, cuya serpenteante silueta brillaba bajo la luz del amanecer. Borte sintió que la velocidad seguía fluyendo por sus piernas, tal vez pudiera saltar y no regresar nunca al suelo, como una garza al alzar el vuelo. Se rió al imaginarse corriendo como esas aves desgarbadas, todo piernas y alas agitándose. En aquel momento llegó a la orilla, juntó los muslos y salió disparada hacia lo alto. Voló y, durante un momento de gloria, alzó la vista hacia el sol naciente y pensó que no tendría que descender. Sus pies alcanzaron el extremo más lejano de la sombría ribera y cayó sobre la hierba todavía crujiente por la escarcha, sin aliento por los vuelos de su propia imaginación. Envidiaba a los pájaros que podían elevarse del suelo. Cómo debían disfrutar de la libertad, pensó mientras buscaba en el cielo sus oscuras formas dirigiéndose hacia el amanecer. Nada le produciría más placer que ser capaz de extender las alas y dejar atrás a su madre y a su padre, reducidos a unos meros manchurriones en el suelo. Desde allí arriba parecerían pequeños, estaba segura, como insectos. Volaría hasta el sol y el Padre Cielo le daría la bienvenida. Hasta que él también levantara su mano contra ella y tuviera que marcharse volando otra vez.

Pero, en realidad, Borte no confiaba demasiado en el Padre Cielo. Sabía que los hombres, fueran de la clase que fueran, se parecían demasiado a los sementales que había visto montando a las yeguas de los olkhun'ut, siempre excitados, antes y durante el acto, con sus largos miembros balanceándose bajo su vientre. Después, pastaban como si nada hubiera ocurrido, sin el menor asomo de ternura. El acto no tenía ningún misterio para ella después de haber vivido siempre en la misma ger que sus padres. Cuando decidía atraer a Shria hacia él por las noches, a su padre le traía sin cuidado la presencia de su hija.

Borte exhaló hondo, tendida en el frío suelo. Si creían que el cachorro de Lobo la iba a montar del mismo modo, se sorprenderían al ver el muñón que le iba a dejar en el lugar de su miembro viril. Se imaginaba llevándolo en la mano como un gusano rojo mientras él la perseguía y le exigía que se lo devolviera. No pudo evitar reír entre dientes al pensar en aquella imagen. La tribu se estaba despertando. Había mucho

trabajo por hacer con los rebaños. Sin duda su padre estaría ocupado con el hijo del khan, pero Borte decidió no alejarse demasiado, por si acaso le ordenaba trabajar las pieles sin curtir o preparar la lana para hacer fieltro. Todo el mundo participaría en el trabajo hasta que todas las ovejas estuvieran esquiladas, y si se le ocurría no aparecer en todo el día sin duda se merecería otro azote con la rama de abedul.

Se sentó sobre la hierba y arrancó un tallo para masticarlo. «Temujin». Dijo su nombre en voz alta, fijándose en cómo se movía su boca al pronunciarlo. Significaba hombre de hierro, un buen nombre si no le hubiera visto encogerse bajo la mano de su padre. Era más pequeño que ella y un poco cobarde, ¿y ése iba a ser su marido? ¿Era ése el muchacho que le daría hijos e hijas fuertes que podrían correr como ella?

—¡Jamás! —gritó, mientras miraba el flujo del agua.

En un impulso, se inclinó sobre la superficie y se quedó mirando la borrosa visión de su rostro. Pensó que podría ser cualquiera. Cualquiera que se cortara los cabellos con una navaja y fuera tan sucia como todos los pastores. No era ninguna belleza, eso era cierto, pero era capaz de correr lo bastante rápido como para que ninguno de ellos la cogiera.

Bajo el sol del mediodía, Temujin se limpió el sudor de los ojos, mientras oía cómo le sonaban las tripas. La madre de Borte era tan antipática y desagradable como su esposo y tenía una mirada igual de penetrante. Le aterró pensar que podría llegar a tener una mujer tan fea y malhumorada como aquélla. Como desayuno, Shria le había dado un cuenco de té salado y un trozo de queso del tamaño de su pulgar y duro como un hueso. Se lo había metido en la boca contra un carrillo para chuparlo, pero a mediodía apenas había logrado ablandarlo. Sholoi había recibido tres bolsillos calientes de pan sin levadura y cordero especiado, y se estaba pasando los grasientos víveres de una mano a otra para protegerse del frío matutino. Al olerlos, a Temujin se le había hecho la boca agua, pero Shria le había pellizcado la barriga y le había dicho que podía permitirse perderse unas cuantas comidas. Era un insulto, pero ¿qué importaba uno más?

Mientras Sholoi engrasaba el cuero y comprobaba los cascos de todos los caballos de los olkhun'ut, Temujin había llevado unos enormes fardos de vellón al lugar en el que las mujeres de la tribu los disponían sobre viejas esteras para hacer fieltro. Los fardos eran lo más pesado que jamás hubiera transportado, pero había logrado atravesar el campamento tambaleándose, atrayendo las miradas y provocando el parloteo animado de los niños pequeños. Las pantorrillas y la espalda le empezaron a arder antes de acabar el segundo viaje, pero no se le permitía parar. A la décima bala, Sholoi había dejado de engrasar para observar su vacilante progreso y Temujin notó que algunos hombres sonreían y hacían apuestas entre ellos. Parecía que los olkhun'ut estaban dispuestos a apostar por cualquier cosa, pero hacía mucho que ya nada le importaba, y por fin cayó, porque sus piernas ya no le sostenían. Nadie se

acercó a levantarlo. Pensó que nunca se había sentido tan infeliz como en ese momento de silencio, durante el cual los olkhun'ut observaban sin más cómo se ponía de nuevo en pie. No había piedad ni humor en ninguno de sus duros rostros y, cuando por fin se levantó, sintió que su desprecio alimentaba su espíritu y le ayudaba a erguir la cabeza. Aunque le escocían los ojos por el sudor y sentía un calor abrasador en el pecho cada vez que respiraba, les sonrió. Para su regocijo, algunos incluso desviaron la mirada, aunque la mayoría entrecerraron los ojos.

Supo que alguien se estaba aproximando por la manera en que sus expresiones cambiaron. Temujin se colocó el fardo sobre un hombro y levantó ambos brazos para estabilizarlo. No le gustó la sensación de vulnerabilidad de su posición y se volvió a ver quién había llamado la atención de la multitud. Cuando reconoció a su primo, vio que Koke estaba disfrutando de ese momento. Los puños le colgaban a ambos costados, pero era fácil imaginarlos golpeando su desprotegido estómago. Temujin intentó tensar la barriga y sintió cómo temblaba por el agotamiento. El peso de la bala lo aplastaba y seguía sintiendo una extraña debilidad en las piernas. Cuando se le acercó, adoptó una expresión imperturbable, haciendo cuanto podía para desconcertar al muchacho, que competía en su propio terreno.

No funcionó. Koke llegó primero, pero tras él venían otros chicos de la misma edad, con ojos brillantes y aspecto peligroso. Por el rabillo del ojo, Temujin vio que los adultos se daban codazos los unos a los otros y se reían. Gruñó para sí y deseó tener un puñal para borrar la arrogancia de sus caras. ¿Habría sufrido Bekter de esa manera? Nunca lo había mencionado.

—Recoge ese fardo, chico —dijo Koke, con una mueca que quería ser una sonrisa.

Cuando Temujin abrió la boca para responder, sintió un empujón que desequilibró la bala, y casi se cayó con ella. Se tambaleó y chocó con Koke, que lo empujó con violencia para quitárselo de encima. Había participado en demasiadas peleas con sus hermanos para dejar pasar algo así y le lanzó a Koke un puñetazo que le echó la cabeza hacia atrás. Al instante, los dos estaban rodando por el suelo polvoriento, olvidándose del fardo caído. Los otros muchachos no animaron a Koke, pero uno de ellos se acercó corriendo y le dio a Temujin una patada en el estómago, cortándole la respiración. Éste dio un grito de rabia, pero mientras se soltaba de Koke y trataba de levantarse otro de los chicos le dio una patada en la espalda. A Koke le sangraba la nariz, aunque no era más que un hilillo de sangre que ya se estaba coagulando en el polvo. Antes de que Temujin se hubiera puesto de nuevo en pie, Koke volvió a agarrarlo y le apretó la cabeza contra la tierra mientras otros dos chicos se sentaban sobre su pecho y sus piernas, aplastándolo con su peso. Después de tanto tiempo cargando fardos, Temujin estaba demasiado cansado para quitárselos de encima. Se debatía como un loco, pero tragaba polvo cada vez que respiraba y al

poco notó que se estaba ahogando y empezó a clavarles las uñas con todas sus fuerzas. Uno de los chicos le había agarrado por la garganta y Koke le daba puñetazos en la cabeza para que los soltara. Después de eso, se produjo una especie de vacío en su mente y el ruido pareció alejarse.

No es que se despertara exactamente, ya que tampoco había dormido, pero cuando le vaciaron un cubo sobre la cabeza, recobró la consciencia como si regresara de un sueño. Temujin dejó escapar un grito ahogado al recibir el agua fría que recorría su cuerpo dibujando surcos de sangre diluida y barro sucio. Sholoi lo mantuvo enderezado y Temujin vio que el viejo había hecho huir por fin a los chicos, que seguían burlándose y riéndose de su víctima. Temujin miró a Sholoi a los ojos y no vio más que irritación cuando el viejo chasqueó los dedos ante él para llamar su atención.

—Tienes que ir a buscar más agua ahora que he vaciado este cubo —oyó decir a Sholoi mientras se alejaba—. Después de eso, ayudarás a vear la lana hasta que comamos. Si trabajas bien, te daremos carne y pan caliente para que recuperes fuerzas. —Por un momento, pareció disgustado—. Creo que sigue mareado. Éste necesita un cráneo más duro, como su hermano. Aquel chico tenía la cabeza como un yak.

—Te estoy oyendo —dijo Temujin, irritado, olvidando cuán débil se sentía.

Agarró el cubo con gesto brusco, sin preocuparse de ocultar su ira. No veía a Koke o a los demás, pero se prometió que terminaría la pelea que habían empezado. Había soportado el trabajo y las burlas de los olkhun'ut, pero una paliza pública era demasiado. Sabía que no podía abalanzarse sin más contra su primo. Como el niño que era lo deseaba, pero como guerrero, sabía que tenía que esperar su momento. Ya llegaría.

Mientras cabalgaba por un amplio valle verde entre dos picos, Yesugei vio las figuras de varios jinetes en la distancia. Apretó los labios con firmeza. Desde tan lejos, no conseguía distinguir si los olkhun'ut habían enviado a algunos guerreros para seguirle hasta que retornara a sus gers, o si se trataba de una partida de asalto de alguna tribu nueva en la zona. Su esperanza de que fueran pastores se evaporó en cuanto echó una ojeada a las vacías pendientes de las colinas. No había ovejas perdidas en las proximidades y tuvo la sombría certeza de que sería una presa fácil si el grupo daba media vuelta para darle caza.

Observaba sus movimientos por el rabillo del ojo, con cuidado de que no percibieran una diminuta cara blanca mirando en su dirección. Esperaba que no se tomaran la molestia de perseguir a un solo jinete, pero resopló entre dientes al descubrir que se habían dado la vuelta y ponían sus caballos al galope. Los escoltas más avanzados de sus Lobos seguían estando a dos días de camino, por lo que tendría

que deshacerse de los asaltantes en ese terreno tan abierto. Puso a su caballo castrado al galope, alegrándose de que fuera tan fuerte y estuviera bien descansado. Tal vez las monturas de sus perseguidores estuvieran fatigadas y pudiera dejarlos atrás.

Yesugei no miraba por encima de su hombro mientras cabalgaba. En un valle tan abierto, alcanzaba a ver y era visto a una enorme distancia. La persecución no sería larga, y, a menos que tuviera mucha suerte y encontrara un refugio, le cogerían. Sus ojos recorrieron febrilmente las colinas, viendo los árboles erguirse en las altas crestas de las montañas, como pestañas lejanas. Pensó que no podrían ocultarlo. Necesitaba un valle abrigado donde los bosques se extendieran sobre la dura tierra, cubriéndola de hojas viejas y verdes agujas de pino. Había tantos lugares así... pero le habían descubierto lejos de cualquiera de ellos. Con la irritación gruñendo en su pecho, siguió cabalgando. Cuando por fin se volvió, los jinetes estaban más cerca y vio que eran cinco. Sabía que la persecución habría enardecido sus ánimos. Imaginaba que irían dando gritos, aunque éstos se perdían en la distancia. Enseñaba los dientes al viento mientras cabalgaba. Si supieran a quién estaban siguiendo, no serían tan imprudentes. Tocó con la mano el puño de su espada, colocada en diagonal sobre los cuartos traseros del animal, golpeando su piel. El largo acero había pertenecido a su padre e iba sujeto por una correa de cuero, para que no resbalase. Su arco estaba bien atado a su silla, pero podía tensarlo en un instante. Bajo su deel, el peso de la vieja cota de malla que había obtenido en una razia le confortaba: si lo provocaban se encargaría de despedazarlos a todos, pensó con una punzada de antigua emoción. Era el khan de los Lobos y no temía a hombre alguno. Vendería cara su vida.

VII

El rostro de Temujin se crispó cuando la vasta lana hirió sus dedos enrojecidos por enésima vez. Había visto hacer ese trabajo en el campamento de los Lobos, pero normalmente era tarea de chicos mayores y mujeres jóvenes. La costumbre entre los olkhun'ut era distinta: los niños más pequeños transportaban cubos de agua para salpicar cada una de las capas de los vellones, manteniéndolos siempre húmedos. Koke y los demás chicos ataban los vellones a pieles tendidas en vertical sobre armazones y los golpeaban con largas varas flexibles durante horas hasta que sudaban a chorros. Temujin había hecho su parte, aunque la tentación de romperle el palo a Koke en su sonriente cara se le había hecho casi insoportable.

Una vez que los vellones se habían ablandado, las mujeres utilizaban el ancho de sus brazos extendidos para medir un ald y luego los marcaban con tiza. Una vez medidos, los extendían sobre las telas para hacer fieltro, suavizando y cardando los enganchones y las fibras sueltas hasta que se convertían en una única estera blanca. Con ayuda de más agua, el tosco fieltro iba amontonándose en capas, pero era necesario poseer auténtica destreza para lograr el grosor exacto. Temujin había visto cómo se le enrojecían y se le llenaban de llagas las manos a medida que avanzaba el día, mientras trabajaba con los demás, con Koke burlándose de él y las mujeres riéndose de su malestar, pero no le importaba. Ahora que había decidido aguardar su momento, se dio cuenta de que podía soportar los insultos y las burlas. De hecho, experimentaba un sutil placer al saber que llegaría el momento en el que estuvieran solos y podría darle a Koke un poco de lo que se merecía. O más que un poco, se dijo. Pese al escozor de sus manos y las dolorosas llagas que le llegaban hasta los codos, esa idea le resultaba muy agradable.

Cuando las esteras estaban suaves y uniformes, y con ayuda de un caballo, enrollaban la enorme extensión de lana blanca en un largo cilindro, perfectamente pulido por la labor de generaciones. Temujin lo habría dado todo por ser el elegido para arrastrarlo y alejarse de aquellas gentes. Pero encargaron el trabajo al socarrón Koke, quien Temujin no tardó en descubrir que era un personaje popular en la tribu, quizá porque hacía sonreír a las mujeres con sus travesuras. No podía hacer más que mantener la cabeza gacha y esperar a la siguiente pausa y al siguiente trago de leche de yegua y la siguiente ración de verdura y cordero. A cada movimiento, notaba sus doloridos brazos y sentía como si en la espalda le hubieran clavado un cuchillo que estuvieran retorciendo, pero aguantó el dolor, y permaneció de pie junto a los demás, dispuesto a levantar la siguiente tanda de vellones y colocarlos sobre la tela para hacer fieltro.

No era el único que sufría. Sholoi parecía supervisar el proceso, aunque Temujin

no creía que poseyera ninguna oveja. Cuando un niño pequeño se aproximaba demasiado corriendo y echaba polvo sobre los vellones, Sholoi le cogía por el brazo y lo golpeaba sin piedad con un palo, haciendo caso omiso de sus gritos hasta que éstos no eran más que un lloriqueo. Los vellones tenían que mantenerse limpios o el fieltro resultaría débil, y Temujin tenía cuidado de no cometer tal error. Se arrodillaba en el borde mismo de la estera y no permitía que ninguna piedrecita o mota de polvo estropeará su parte.

Borte había estado trabajando enfrente de él durante una parte de la tarde, y Temujin había aprovechado la oportunidad para estudiar más despacio a la chica que su padre había aceptado para él. Estaba tan delgada que parecía un saco de huesos, tenía una mata de pelo negro que le caía sobre los ojos y mocos pegados bajo la nariz. Le resultaba difícil imaginar una chica menos atractiva que ella y, cuando lo pilló mirando, carraspeó para escupir antes de recordar los vellones y tragarse el escupitajo. Movi6 la cabeza asombrado, preguntándose qué podría haber visto su padre en ella. ¿Era posible que el orgullo de Yesugei le hubiera forzado a aceptar lo que le ofrecían, avergonzando así a miserables como Enq y Sholoi? Temujin tenía que hacer frente al hecho de que la chica que iba a compartir su ger y a darle hijos era tan salvaje como un gato montés. Parecía coincidir con su experiencia de los olkhun'ut hasta la fecha, pensó con tristeza: no eran un pueblo generoso, si estaban dispuestos a entregar una chica, sería aquélla de la que deseaban librarse, para que se fuera a causar problemas a otra tribu.

Shria le pegó en ambos brazos con la vara para el fieltro y Temujin soltó un aullido. Por supuesto, las otras mujeres se rieron y una o dos llegaron incluso a imitar el sonido, lo que le hizo ponerse rojo de furia.

—Deja de soñar, Temujin —advirtió la madre de Borte, como había hecho montones de veces ya.

El trabajo era tedioso y repetitivo y las mujeres o bien parloteaban sin cesar o bien trabajaban casi en trance, pero ése era un lujo que no se le permitía a un recién llegado. El menor despiste era castigado, y el calor y el sol parecían inmutables. Incluso el agua potable que repartían a los trabajadores estaba templada y salada, con lo que daba arcadas. Le parecía que llevaba toda la vida metiendo el palo en la maloliente lana, quitando piojos o enrollando y transportando lana. Le costaba creer que seguía siendo su primer día.

En algún lugar al sur, su padre iba de camino a casa. Temujin se imaginaba a los perros saltando a su alrededor y el placer que experimentaría al enseñar a las águilas a cazar y a retornar a su muñeca. Sus hermanos participarían en el adiestramiento, estaba seguro, y les permitirían sostener pedacitos de carne en los dedos temblorosos. No tenía ninguna duda de que Kachiun no se encogería cuando el ave roja cogiera el señuelo. Envidiaba el verano que les esperaba.

Shria le golpeó de nuevo y Temujin se movió como un rayo, le quitó el palo de las manos y lo dejó con suavidad en el suelo, a su lado. Ella lo miró boquiabierta por un instante y luego alargó la mano para cogerlo, pero él apoyó la rodilla sobre la vara y negó con la cabeza, sintiéndose exaltado, con el corazón latiendo con fuerza. Vio cómo sus ojos se volvían hacia Sholoi, que se encontraba muy cerca, vigilando la nueva tanda de vellones húmedos que iban colocando en el suelo. Temujin esperaba que chillara, pero, para su sorpresa, se encogió de hombros y tendió la mano pidiéndole el palo. Fue un momento extraño, pero tomó una decisión y se lo devolvió, listo para esquivar el golpe. Shria lo sopesó en sus manos unos instantes, evidentemente indecisa, y luego, sin más, se dio media vuelta y se alejó. La mantuvo en su campo de visión un rato más, mientras sus dedos reanudaban la labor de suavizar y tirar, pero no regresó y, un poco después, estaba de nuevo absorto en su trabajo.

Fue Enq, su tío, el que trajo un jarro lleno de leche fermentada para darles la fuerza necesaria para terminar la tarea. Cuando el sol tocó las colinas en el oeste, todos recibieron un cucharón del claro líquido conocido como airag negro, que parecía agua pero quemaba como el fuego. Estaba más caliente que el té con leche de las gers y Temujin se atragantó y rompió a toser. Se limpió la boca y dejó escapar un grito ahogado de dolor cuando el líquido tocó su piel herida y le abrasó. Koke estaba lejos, enrollando el fieltro detrás de su caballo, pero Sholoi lo vio y se rió, tanto que Temujin pensó que le iba a dar un ataque y moriría allí mismo, delante de él. Deseó que sucediera, pero el viejo sobrevivió para poder arrancar más lágrimas de sus ojos y se fue resollando a buscar otra cucharada de la jarra. Era difícil no molestarse al ver que alguien que no había hecho prácticamente nada se tomaba una segunda copa, pero a nadie pareció importarle. La luz fue apagándose poco a poco y la última estera de fieltro fue enrollada en un cilindro y atada detrás de otro caballo.

Antes de que nadie pudiera objetar nada, Borte se encaramó de un salto a la silla, sorprendiendo a Sholoi, que sostenía las riendas. No intercambiaron la menor palabra, pero la boca desdentada del viejo se movió como si se hubiera encontrado entre los dientes un cartílago que no podía sacar. Tras un momento de indecisión, dio una palmada a la grupa del caballo y lo envió hacia la penumbra para aplanar y fortalecer el fieltro. Serviría para aislar las tiendas del frío, para hacer mantas pesadas y para cubrir los caballos. Las partes sin trabajar las utilizarían los niños, demasiado pequeños para usar las letrinas sin caerse dentro. Temujin se puso en cuclillas y estiró la espalda, cerrando los ojos para olvidarse de los dolores. Su mano derecha se había quedado insensible, lo que le preocupaba. Empleó la izquierda para que la sangre le retornara a los dedos, pero cuando regresó, el dolor hizo que se le saltaran las lágrimas. Pensó que nunca había trabajado tanto y se preguntó si eso serviría para hacerlo más fuerte.

Se estaba poniendo en pie con gran esfuerzo cuando llegó Sholoi. Temujin se sobresaltó ligeramente al notar la presencia del anciano. Odiaba su propio nerviosismo, pero había recibido demasiados golpes imprevistos para no desconfiar. El trago de leche fermentada le hizo soltar un eructo agrio cuando Sholoi lo cogió con esos dos dedos que ya empezaba a conocer bien y le señaló el camino de vuelta a la ger.

—Come ahora y vete a dormir. Mañana cortarás madera para el invierno.

Temujin estaba demasiado cansado para responder y le siguió aturdido y exhausto, con una enorme pesadez en los miembros y en el espíritu.

Yesugei había encontrado un lugar para acampar que parecía seguro. Había llegado al otro extremo del valle y había salido galopando en dirección a un corto paso entre colinas, con la esperanza de encontrar un refugio para despistar a sus perseguidores. Sabía que no sería difícil seguir su rastro en el polvoriento terreno, pero no podía continuar avanzando toda la noche y arriesgarse a que su caballo se rompiera la pierna al pisar la madriguera de una marmota, así que desmontó y guió por las riendas al pequeño y valiente animal por una empinada cuesta, hacia una irregular línea de árboles.

Era un ascenso difícil y peligroso y, cuando los cascos del caballo resbalaron en el mantillo suelto, la pobre bestia abrió de par en par los ojos, lleno de terror. Yesugei se movió con presteza: ató las riendas al tronco de un árbol y se agarró con desesperación hasta que el caballo logró hacer pie. Aun así, para cuando llegó a la cima, los músculos de los hombros y el pecho le dolían terriblemente y los resoplidos de su caballo eran tan ruidosos que podían oírse desde lejos. Estaba convencido de que no le seguirían por entre los árboles cuando cayera la noche. Todo lo que tenía que hacer era permanecer escondido y dejarlos buscar en vano el rastro que había desaparecido en la capa de agujas secas de pino. Se habría reído al imaginárselo, si hubiera sido capaz de verlos. El vello erizado de la nuca, sin embargo, le decía que sus perseguidores seguían cerca, y mantuvo la vista y el oído alertas para descubrirlos. Le preocupaba que su montura relinchara a los otros caballos y delatara su posición, pero tras la subida y la larga marcha, el animal estaba demasiado fatigado. Con un poco de suerte, y una noche sin hoguera, abandonarían la búsqueda y seguirían su camino a la mañana siguiente. Después de todo, no importaba si volvía a las gers de los Lobos un día más tarde.

En lo alto de la cresta de la colina, unió dos arbustos raquíuticos y ató las bridas a ellos, observando divertido que el caballo se dejaba caer de rodillas y descubría que no podía tumbarse porque las riendas estaban demasiado tirantes. Dejó la silla en la grupa por si tenía que moverse con rapidez, pero soltó un par de nudos de la cuerda trenzada de la panza. El caballo bufó para agradecer la atención y se puso tan cómodo

como pudo. Un rato después, le vio cerrar los ojos y adormilarse, con el suave morro abierto y revelando una hilera de fuertes dientes amarillos.

Yesugei aguzó el oído para tratar de determinar si sus perseguidores se habían dado por vencidos. En un terreno tan accidentado, les resultaría difícil aproximarse sin alertarle. Desató la correa de cuero que sujetaba su espada a la funda, la extrajo con un movimiento suave y fluido y examinó la hoja. El acero era de calidad y, por sí solo, era premio suficiente para convertirle en el objetivo de unos ladrones, Si Eeluk hubiera estado con él, habría retado a aquellos hombres en la estepa, pero cinco eran demasiados incluso para él, a menos que fueran muchachos inexpertos a quienes pudiera asustarse con un grito y unos pocos tajos rápidos. La hoja de su padre estaba tan afilada como siempre, afortunadamente. No podía arriesgarse a que le oyeran golpearla con una piedra esa noche. Tomó un par de tragos de su odre de agua y su liviandad le hizo torcer el gesto. El caballo tendría sed cuando llegara la mañana. Si los arroyos cercanos se habían secado, el día sería duro, tanto si le descubrían los jinetes como si no. Se encogió de hombros: había sobrevivido a situaciones peores.

Yesugei se estiró y bostezó, sonriendo al caballo dormido mientras sacaba un poco de cordero seco de la alforja y se ponía a masticarlo, gruñendo de placer al paladear el picante sabor. Echaba de menos a Hoelun y a los chicos y se preguntó qué estarían haciendo en ese momento.

Cuando se tumbó y metió las manos de nuevo en su abrigo para dormir, deseó que Temujin tuviera temple suficiente para soportar al pueblo de Hoelun. No era fácil saber si el muchacho era lo bastante fuerte a una edad tan temprana. No le hubiera sorprendido descubrir que Temujin había huido, aunque esperaba que no lo hiciera. Le tomarían el pelo toda la vida por una cobardía así y la historia se propagaría entre las tribus en menos de una estación. Rezó en silencio por su hijo. Sabía que Bekter había sufrido. Su primogénito hablaba con escaso aprecio de los olkhun'ut cuando Hoelun no estaba cerca. Era el único modo posible de hablar de ellos, desde luego. Yesugei resopló suavemente para sí y dio gracias al Padre Cielo por darle unos hijos tan magníficos. Sonrió al pensarlo y con esa sonrisa en los labios se quedó dormido. Hijos y ahora una hija. Había sido bendecido con una fuerte simiente y una buena mujer para cuidar de su prole. Sabía de otras mujeres que habían parido un mísero cuajarón de carne roja por cada hijo vivo que habían dado a luz, pero todos los hijos de Hoelun habían sobrevivido y habían crecido fuertes. Y gordo, en el caso de Temuge, un problema al que tendría que poner solución. Por fin le venció el sueño y su respiración se tomó lenta y regular.

Cuando abrió los ojos de golpe, en el este asomaba la primera luz del alba, una raya de oro en las colinas lejanas. Amaba esa tierra y, durante un instante, dio gracias por haber vivido para ver una nueva continuación, oyó a unos hombres moviéndose en

las proximidades y el aliento se congeló en su garganta. Se separó del suelo helado, arrancándose algunos cabellos que habían quedado prendidos en la escarcha. Había dormido con la espada desenvainada bajo la túnica y sus dedos buscaron la empuñadura y la asieron. Sabía que tenía que ponerse en pie para que no pudieran abalanzarse sobre él mientras aún estaba anquilosado, pero todavía no sabía si le habían visto. Desplazó la mirada a izquierda y a derecha y aguzó los sentidos, buscando la proveniencia del ruido. Tal vez fuera sólo un pastor que iba en pos de una cabra perdida, pero sabía que no era probable. Oyó resoplar a un caballo a poca distancia y luego su propio animal se despertó y relinchó, como había temido. Uno de sus perseguidores montaba una yegua, que respondió a la llamada a no más de cincuenta pasos a su derecha. Yesugei se alzó como el humo, haciendo caso omiso de la punzada en las rodillas y la espalda. Sin vacilar cogió el arco de la silla y lo tensó, sacó una larga flecha de su carcaj y la colocó junto a la cuerda. Sólo Eeluk podía lanzar una flecha más lejos que él, y confiaba en su vista. Si eran hostiles, podría derribar a uno o dos antes de que estuvieran suficientemente cerca para utilizar la espada. Sabía identificar a los líderes para dirigir contra ellos esos primeros golpes veloces y dejar sólo a hombres que pudiera eliminar con su acero.

Ahora que conocían su posición, el grupo guardó silencio, y Yesugei esperó con paciencia a que se presentaran ante él. Se situó con el sol a sus espaldas y, tras pensárselo un momento, se desabrochó el deel y se lo puso del revés. Cuando dejó la espada y el arco en el suelo, tenía el corazón en un puño, pero la tela oscura del forro se confundiría mejor con los arbustos que el azul y les sería más difícil alcanzarle. Se percató de que estaba tarareando para sí y se calló. El sueño había quedado atrás y la sangre fluía veloz por sus venas. A pesar del peligro, se dio cuenta de que estaba disfrutando de la tensión.

—Saludos al campamento —dijo una voz a su izquierda.

Yesugei maldijo para sus adentros, adivinando que se habían dispuesto en círculo. Sin pensárselo dos veces, dejó atrás a su caballo y se adentró entre los árboles, dirigiéndose hacia la voz. No se dejaría matar fácilmente, juró, fuera quien fuera su enemigo. Le cruzó la mente la idea de que quizá no supusieran una amenaza, pero sería estúpido si arriesgaba su vida, su caballo y la espada de su padre por no haber sido lo bastante prudente. En las estepas, incluso un hombre fuerte necesitaba ser precavido para sobrevivir, y era consciente de que era una presa valiosa para una partida de asalto, tanto si lo sabían como si no.

Un hilillo de sudor le resbaló desde el nacimiento del pelo mientras aguardaba.

—No le veo —dijo otra voz a sólo unos pasos.

Yesugei se puso en cuclillas y tensó el arco, que emitió un leve crujido.

—Pero su caballo está aquí —intervino una tercera voz, más grave que las otras.

A Yesugei le pareció que todas pertenecían a gente joven, pero se preguntó si

serían hábiles rastreadores. Aunque estaban muy cerca, no les oía moverse.

Con un enorme cuidado, volvió la cabeza para mirar a sus espaldas. A través de los matorrales, vio a un hombre tirando del nudo con el que había atado las riendas del caballo. Frunció el ceño en silencio. No podía permitir que le robaran el caballo y lo dejaran allí.

Respiró hondo y se enderezó todo lo alto que era, sobresaltando al extraño que estaba junto a su montura. Su mano buscó un cuchillo con presteza, pero luego vio el arco tendido y se quedó inmóvil.

—No buscamos pelea, viejo —dijo el desconocido en voz alta.

Yesugei sabía que estaba alertando a sus compañeros y el crujido que se oyó al poco a su derecha aceleró aún más los latidos de su corazón.

—Entonces sal donde pueda verte, y deja de arrastrarte con sigilo a mis espaldas —dijo Yesugei, haciendo que su voz resonara en el claro.

El sonido cesó y el joven que permanecía tan tranquilo bajo la amenaza de su arco asintió.

—Haz lo que dice. No quiero que me atravesase una flecha antes de desayunar esta mañana.

—Avisad antes de moveros —añadió Yesugei—, o morid, elegid. Hubo un largo silencio y el joven suspiró.

—Salid al claro, todos vosotros —ordenó, mientras iba perdiendo visiblemente la tranquilidad al ver que la punta de la flecha no se desviaba ni un instante de su corazón.

Yesugei observó con ojos entornados a los otros cuatro que salían de entre la maleza con un seco frufú del roce de las hojas y las ramas rotas. Dos de ellos llevaban sendos arcos con las flechas montadas y listas. Todos estaban armados y vestían túnicas bien almohadilladas, el tipo de prenda diseñada para impedir que las flechas penetren demasiado profundo. Yesugei reconoció el bordado y se preguntó si ellos, a su vez, habrían reconocido quién era él. Por mucha despreocupación que mostrara el joven que estaba junto a su caballo, eran tártaros en una incursión de asalto, y Yesugei sabía reconocer en cuanto lo veía a un hombre duro dispuesto a robar todo cuanto pudiera.

Cuando todos estuvieron a la vista, el que había hablado primero hizo una inclinación de cabeza.

—He avisado de que me acercaba al campamento, viejo. ¿Nos concedes el derecho de hospitalidad mientras comemos?

Yesugei se preguntó si las normas de cortesía seguirían vigentes cuando dejaran de estar amenazados, pero al ver que dos de ellos llevaban sus propios arcos, asintió y aflojó la tensión de la cuerda. También los jóvenes se relajaron visiblemente y su líder sacudió los hombros para aliviar la tensión.

—Me llamo Ulagan, de los tártaros —se presentó el joven con una sonrisa—. Tú eres de los Lobos, a menos que hayas robado esa túnica y esa espada.

—Lo soy —respondió Yesugei, y añadió en tono formal—. Estáis invitados a compartir la comida y la leche de mi campamento.

—¿Y tu nombre? —quiso saber Ulagan, enarcando las cejas.

—Eeluk —contestó Yesugei, sin vacilar—. Si enciendes fuego, puedo ir a buscar una copa de airag negro para calentaros la sangre.

Todos los hombres se movieron despacio, mientras empezaban a preparar la comida, con cuidado de no sobresaltar a los demás con un movimiento brusco. Tardaron más de lo normal en reunir rocas y encender una llama con pedernal y acero, pero cuando salió el sol, estaban disfrutando de una buena comida compuesta por la carne seca de las alforjas de Yesugei y una extraña miel que Ulagan sacó de una bolsa que llevaba bajo la ropa. Su dulzura le resultó maravillosa a Yesugei, que no había probado nada dulce desde que la tribu encontrara un panal salvaje hacía tres años. Se chupó los dedos para aprovechar hasta la última gota del dorado fluido, lleno de fragmentos cerosos, pero sus manos no se alejaron ni un solo momento de su espada y la flecha seguía estando lista delante de él. Había algo inquietante en los ojos de Ulagan mientras le observaba comer, aunque sonreía cada vez que sus miradas se cruzaban. Ninguno de los otros pronunció una sola palabra mientras desayunaban, y la tirantez se mantuvo en todo momento.

—¿Habéis terminado? —preguntó Ulagan poco después.

Yesugei notó que se ponían tensos cuando uno de ellos se hizo a un lado y se bajó los pantalones para defecar en el suelo. No intentó esconderse y Yesugei vislumbró su miembro viril colgando mientras se esforzaba en hacerlo.

—Los Lobos mantenemos el excremento lejos de la comida —murmuró Yesugei.

Ulagan se encogió de hombros. Se puso de pie y Yesugei lo imitó para no estar en desventaja. Contempló asombrado cómo Ulagan se dirigía al montón humeante y desenvainaba.

Antes de haber tomado una decisión consciente, la espada de Yesugei estaba en su mano, pero nadie le atacó. En vez de eso, vio cómo Ulagan clavaba su hoja en aquella masa maloliente hasta que toda la superficie metálica estuvo impregnada.

Ulagan arrugó la nariz y alzó la vista hacia el hombre cuyos esfuerzos habían creado el montón.

—Tienes las tripas enfermas, Nasan, ¿te lo había dicho?

—Sí —contestó Nasan sin humor, repitiendo el gesto con su propia hoja.

Fue entonces cuando Yesugei comprendió que aquél no había sido un encuentro casual en las estepas.

—¿Cuándo me has reconocido? —preguntó suavemente. Ulagan sonrió, aunque su mirada era fría.

—Sabíamos que eras tú desde que los olkhun'ut nos dijeron que habías ido a verlos con uno de tus hijos. Le pagamos buen dinero a su khan para enviar un jinete a nuestro pequeño campamento, pero no fue difícil persuadirle. —Ulagan se rió entre dientes—. No eres un hombre popular. Ha habido momentos en los que pensé que no vendrías nunca, pero el viejo Sansar ha cumplido su palabra.

A Yesugei se le cayó el alma a los pies y temió por Temujin. Mientras evaluaba sus posibilidades, trató de hacer que el enemigo siguiera hablando. Ya había concluido que Ulagan era un idiota. No tenía ningún sentido charlar con el hombre al que vas a matar, pero aquel joven guerrero parecía estar deleitándose con el poder que tenía sobre él.

—¿Por qué mi vida es tan importante como para enviaros a buscarme? —preguntó Yesugei.

Ulagan sonrió.

—Mataste a la persona equivocada, Lobo. Mataste al hijo de un khan que fue lo bastante tonto como para robar tus rebaños. Su padre no es hombre que olvide fácilmente.

Yesugei asintió, como si escuchara con atención. Vio que los otros tres tenían la intención de envenenar sus hojas en la misma inmundicia y, sin previo aviso, saltó hacia delante y atacó, haciendo un corte profundo en el cuello de Nasan mientras se volvía de nuevo hacia ellos. Mientras su primera víctima caía con un grito, Ulagan arremetió con su espada contra el pecho de Yesugei, rugiendo de furia. Su movimiento fue veloz, pero la hoja resbaló en la cota de malla que llevaba bajo la túnica y sólo le arrancó un trozo.

Yesugei atacó deprisa para disminuir la proporción a su favor. Los otros tres se abrieron en abanico en torno a él y las hojas chocaron dos veces: sintió la fuerza de sus hombros. Les iba a enseñar qué significaba ser el khan de los Lobos.

Amagó una embestida y luego retrocedió tan rápido como pudo, con tres leves pasos, salió del círculo justo antes de que éste volviera a formarse a su alrededor. Uno de sus asaltantes se volvió y descargó su espada dibujando un amplio arco, pero Yesugei le clavó el acero en el pecho por debajo del hombro, sacando la espada de su padre mientras el tártaro se desplomaba. Entonces sintió un dolor agudo en la espalda, pero dando otro paso adelante, se liberó de la hoja y derribó a otro del grupo arrancándole media mandíbula con un rápido tajo.

Ulagan avanzó hacia él, su rostro reflejaba su rabia ante la muerte de tres de sus hermanos de armas.

—Tendrías que haber traído a más guerreros para acabar con un khan —le provocó Yesugei—. Cinco es un insulto para mí.

Se dejó caer sobre una rodilla para esquivar el golpe de Ulagan. Con un salto salvaje, Yesugei logró clavar su hoja en la espinilla del joven. No era una herida

mortal, pero la sangre empapó la bota de Ulagan y de pronto el guerrero tártaro ya no se sentía tan seguro de sí mismo.

Cuando Yesugei se puso en pie, dio un paso a la izquierda y luego hacia la derecha, desconcertando a ambos rivales. Su entreno diario con Eeluk y sus vasallos le había enseñado que esos movimientos eran la clave en la lucha con espadas. Todo el mundo podía alzar una espada por encima de su cabeza, pero el juego de piernas era lo que distinguía a un hombre de un maestro. Sonrió mientras Ulagan le seguía cojeando, y le hizo gestos de que se acercara. El tártaro hizo una señal de cabeza al guerrero que quedaba con vida.

Yesugei vio cómo éste se movía hacia un lado para atacarle. Ulagan midió bien el tiempo y Yesugei se encontró sin espacio para escabullirse. Enterró la espada en el pecho de aquel hombre anónimo, pero el arma se enganchó en sus costillas y Ulagan aprovechó ese momento para atacarle con todo su peso, clavando la punta de su hoja en la cota de malla de Yesugei y haciéndola penetrar hasta el estómago. Yesugei soltó la espada, que cayó lejos de él. El dolor que sintió por sus hijos era peor que el que el arma le había causado, pero aún tuvo fuerzas para sujetar a Ulagan con la mano derecha, mientras con la izquierda sacaba una daga de su cinturón.

Ulagan vio su movimiento y se debatió, pero la mano de Yesugei era férrea. Miró al joven tártaro y le escupió en la cara.

—Tu pueblo será arrasado por esto, tártaro. Quemarán vuestras gers y vuestros rebaños quedarán desperdigados por las estepas.

Con un rápido tajo, cortó la garganta del joven y lo empujó para que cayera. Al derrumbarse, la hoja del tártaro salió del cuerpo de Yesugei, que aulló de dolor mientras caía de rodillas. Sentía correr la sangre por los muslos y utilizó su puñal para cortar una larga tira de su túnica, gritando y maldiciendo por el dolor, con los ojos cerrados ahora que nadie podía verle. Nervioso, su caballo tiraba de las riendas y relinchaba. El animal estaba asustado por el olor a sangre y Yesugei se obligó a sí mismo a hablar con calma. Si el caballo se soltaba y echaba a correr sabía que nunca conseguiría volver a su pueblo.

—No pasa nada, pequeño. No me han matado. ¿Recuerdas cuando Eeluk se cayó sobre el arbolillo roto y le atravesó la espalda? Sobrevivió porque le echaron suficiente airag hirviendo en la herida.

Su rostro se crispó al pensarlo, recordando cómo el valiente Eeluk había gritado como un niño. Por suerte, su voz pareció tranquilizar al caballo, que dejó de tirar del nudo.

—Eso es, pequeño. Quédate conmigo y llévame a casa.

Estaba a punto de desmayarse, pero apretó la tela alrededor de su cintura y ató los nudos fuertes y tirantes. Levantó las manos y se las olió, arrugando la nariz por el hedor a heces humanas de la hoja de Ulagan. Ésa había sido una acción malvada,

pensó. Merecían morir.

Sólo quería mantenerse de rodillas con la espalda derecha. La espada de su padre estaba cerca de su mano y se sintió confortado por el tacto del frío metal. Pensó que se quedaría allí un buen rato y vería salir el sol. Parte de él sabía que no podía hacerlo si quería que Temujin viviera. Tenía que llegar hasta los Lobos y enviar a sus guerreros a buscar al muchacho.

Sentía el cuerpo pesado e inútil, pero logró reunir fuerzas una vez más.

Con un grito desesperado, se puso en pie y se acercó tambaleante al caballo, que le observaba con los ojos muy abiertos. Apoyando la cabeza en el flanco del caballo, introdujo la espada en la correa de la silla, cogiendo breves bocanadas de aire en un esfuerzo por aliviar el dolor. Sus dedos deshicieron los nudos de las riendas con torpeza, pero de algún modo consiguió encaramarse a la silla. Sabía que no podía descender por la empinada cuesta por la que había subido, pero la otra ladera era más suave y clavó los talones en su caballo, fijando la vista en la lejanía, en su hogar y su familia.

VIII

Cuando cayó la noche, Bekter llevó a su yegua a pastar, mientras él se sentaba en un risco elevado a observar la estepa, aguardando el regreso de su padre. Estaba cansado y le dolía la espalda por haber pasado todo el día a caballo, con los rebaños. Al menos no había sido aburrido. Había rescatado un cabritillo que había quedado atrapado en una zona pantanosa junto al río. Con una cuerda atada a la cintura, se había introducido en el negro fango para sacar al aterrizado animal antes de que se ahogara. Se había debatido con fiereza, pero lo había arrastrado por una oreja y lo había depositado en la orilla seca, donde el animalito le había lanzado una intensa mirada de odio, como si el suplicio hubiera sido culpa suya. Mientras su vista recorría lentamente la llanura, se rascaba sin darse cuenta una costra de barro negro de la piel.

Le gustaba estar lejos del parloteo y ruido de las gers. Cuando su padre no estaba, sentía una sutil diferencia en el modo en que los demás hombres lo trataban, sobre todo Eeluk. Se mostraba muy humilde cuando Yesugei estaba allí para exigir obediencia, pero cuando estaban solos, había una arrogancia en el vasallo que inquietaba a Bekter. No era algo que pudiera mencionarle a su padre, pero se movía con cautela y se reservaba su opinión cuando Eeluk estaba cerca. Había llegado a la conclusión de que la mejor estrategia era sencillamente guardar silencio y ser tan bueno como los guerreros en el trabajo y los ejercicios de adiestramiento para la batalla. Allí, al menos, podía mostrar sus habilidades, aunque tener la mirada de Temujin clavada en la nuca mientras tensaba el arco no ayudaba en absoluto. Cuando su hermano se marchó con los olkhun'ut no había sentido más que alivio. De hecho, se había regodeado pensando en que, a fuerza de palizas, le iban a enseñar un poco de sentido común, un poco de respeto por sus mayores.

Bekter recordó con satisfacción cómo Koke le había hostigado el primer día. Su primo, de menor edad, no podía competir con Bekter en fuerza o ferocidad, así que lo había derribado y le había propinado varias patadas cuando estaba inconsciente. Los olkhun'ut parecieron escandalizarse ante aquella violencia, como si en su tribu los chicos no se pelearan. Bekter escupió sobre el recuerdo de sus acusadoras caras de borrego. Koke no se había atrevido a provocarlo de nuevo. Había sido beneficioso darle esa lección tan temprano.

Enq le había dado bien, por supuesto, con una de las varas para hacer fieltro, pero Bekter había soportado los golpes sin un quejido, y cuando Enq estaba jadeante y cansado, había alargado la mano y le había quitado el palo, demostrándole lo fuerte que era. Después de eso le habían dejado tranquilo y Enq había aprendido que no debía hacerle trabajar en exceso. Los olkhun'ut eran tan débiles como Yesugei había dicho, aunque sus mujeres eran suaves como la mantequilla blanca, y cuando pasaban

por su lado, no había podido sentirse atraído por ellas.

Pensó que su prometida sería ya una mujer fértil, aunque los olkhun'ut no la habían enviado. Se acordaba de cómo salieron a cabalgar por la llanura y cómo la había hecho tumbarse junto a la orilla de un arroyo. Se había defendido un poco al principio, cuando se dio cuenta de lo que pretendía Bekter, que había sido algo torpe en sus acercamientos. Al final la había tenido que forzar, aunque no había tomado nada a lo que no tuviera derecho. No debería haberle rozado al cruzarse en la ger si no quería que sucediera algo, se dijo, sonriendo al recordarlo. Aunque había llorado un poco, después pensó que también había un brillo diferente en sus ojos. Notó cómo su pene se endurecía al evocar su desnudez, y se volvió a preguntar cuándo se la enviarían. El padre de ella le había cogido antipatía, pero los olkhun'ut no osarían rechazar a Yesugei. No se la darían a otro cuando él había derramado su simiente en su interior. Puede que estuviera embarazada, incluso. Creía que no era posible antes de que comenzara la luna llena, pero sabía que había misterios en ese ámbito que no acababa de comprender.

La noche se estaba poniendo demasiado fría para seguir atormentándose con fantasías y sabía que no debía distraerse de su vigilancia. Las familias de los Lobos aceptaban que él los gobernaría un día, estaba casi seguro, aunque en ausencia de Yesugei todos recurrían a Eeluk para recibir órdenes. Había sido él quien había organizado a los exploradores y a los vigías, pero era lo que se esperaba hasta que Bekter tomara esposa y matara a su primer hombre. Hasta ese momento, seguiría siendo un niño a los ojos de aquellos curtidos guerreros, al igual que sus hermanos se lo parecían a él.

En la creciente penumbra, avistó una mancha oscura que se movía en la llanura, por debajo de su posición. Bekter se puso en pie al instante y extrajo el cuerno de entre los pliegues de su túnica. Vaciló mientras se lo ponía en los labios, buscando con la mirada una amenaza mayor que un único jinete. La altura que había elegido le permitía divisar una gran extensión de pastos y, quienquiera que fuera el jinete, parecía cabalgar solo. Bekter frunció el ceño, deseando que no fuera uno de los idiotas de sus hermanos que había salido sin decírselo a nadie. Si interrumpía la comida de los guerreros por nada, su estatus no mejoraría precisamente.

Decidió esperar mientras observaba cómo se aproximaba el jinete. Era evidente que no tenía ninguna prisa. Bekter vio que el caballo avanzaba casi sin rumbo, como si el hombre que llevaba sobre su grupa vagara sin destino fijo.

Ese pensamiento le hizo torcer el gesto. Había hombres que declaraban que no estaban aliados con ninguna tribu en particular. Vagaban entre las familias de las llanuras, intercambiando un día de trabajo por una comida o, de vez en cuando, con mercancías para comerciar. No eran personajes populares y siempre existía el peligro de que robaran lo que se les pusiera al alcance y luego desaparecieran. Bekter sabía

que no se podía confiar en un hombre sin tribu. Se preguntó si aquel jinete era uno de ellos.

El sol se había ocultado detrás de las colinas y la luz se apagaba con rapidez. Bekter se dio cuenta de que debía tocar el cuerno antes de que el extraño desapareciera en la oscuridad. Se lo llevó a los labios y vaciló. Algo en la distante figura le movió a detenerse. No podía ser Yesugei, ¿verdad? Su padre nunca cabalgaría tan mal.

Casi había esperado demasiado, cuando por fin sopló la nota de alerta. El sonido sonó largo y triste al reverberar a través de las colinas. Los cuernos de otros vigías situados alrededor del campamento le respondieron y guardó el instrumento en su túnica, satisfecho. Ahora que había dado la alarma, podía bajar a ver quién era el jinete. Montó su yegua y comprobó que su cuchillo y su arco estuvieran a mano. En el silencio del anochecer se oían los gritos de respuesta y el ruido de los caballos de los guerreros que salían corriendo de las gers. Bekter espoleó a su caballo para que bajara la pendiente y deseó llegar antes que Feluk y los demás. Sentía una especie de derecho de propiedad sobre ese jinete solitario. Al fin y al cabo, lo había descubierto él. Cuando llegó a la llanura y se puso al galope, los pensamientos sobre los olkhun'ut y su prometida se desvanecieron de su mente y su corazón se aceleró. El viento nocturno era fresco y estaba ansioso por demostrar a los otros hombres que podía ser su líder.

Los Lobos salieron a caballo del campamento, con Eeluk a la cabeza. En los últimos momentos de luz, vieron a Bekter poner a su caballo al galope y le siguieron, sin haber descubierto todavía el motivo por el que había dado la alarma.

Eeluk mandó una docena de jinetes a izquierda y a derecha para bordear el campamento y protegerlo de un ataque proveniente de otra dirección. No dejaría las gers indefensas mientras salían por algo que podía ser un error o una maniobra de distracción. Sus enemigos eran suficientemente astutos para alejar a los vigías de sus puestos para luego atacar, y los últimos momentos de luz eran perfectos para causar confusión. A Eeluk le resultaba extraño cabalgar sin Yesugei a su izquierda, pero se dio cuenta de que disfrutaba al notar que los demás hombres esperaban que él los guiara. Dio unas cuantas órdenes y el arban se formó en torno a él, dejándolo en cabeza en la carrera detrás de Bekter.

El cuerno volvió a sonar un poco más adelante y Eeluk entrecerró los ojos, esforzándose por distinguir algo. Apenas veía en la penumbra y lanzarse al galope en esas circunstancias pondría en riesgo la vida de su yegua y la suya propia, pero aun así la azuzó, sabiendo que Bekter no habría hecho sonar el cuerno a menos que el ataque fuera real. Eeluk desató su arco y colocó una flecha en la cuerda guiándose por el tacto, como había hecho cientos de veces antes. Los demás hombres a su alrededor lo imitaron. Quienquiera que hubiera osado atacar a los Lobos se

encontraría con una silbante lluvia de flechas en cuanto estuvieran un poco más cerca. Cabalgaban en adusto silencio, de pie sobre los estribos, en perfecto equilibrio, pese al subir y bajar de sus caballos. «Que oigan el estruendo de los cascos aproximándose, pensó. Que teman las represalias».

En la oscuridad, los guerreros estuvieron a punto de chocar con los dos caballos que pastaban solos en el terreno abierto. Eeluk casi llegó a disparar la flecha que tenía preparada, pero oyó gritar a Bekter y, haciendo un esfuerzo, se sentó en la silla y destensó la cuerda. La emoción de la batalla seguía latiendo en su sangre y sintió una furia repentina al ver que el hijo de Yesugei los había hecho salir para nada. Dejando el arco enganchado a la silla, Eeluk saltó con ligereza al suelo y sacó la espada. La noche había caído sobre ellos y todavía no sabía qué estaba pasando.

—¡Eeluk! ¡Ayúdame a moverlo! —suplicó Bekter, con voz aguda y tensa.

Eeluk se encontró al muchacho agarrando por los hombros a Yesugei, que yacía desmayado en el suelo. El corazón le dio un doloroso vuelco, y los últimos rastros de ira lo abandonaron mientras se arrodillaba junto a ambos.

—¿Está herido? —preguntó, inclinándose para tocar a su khan.

Apenas podía ver nada, pero se frotó el índice y el pulgar y los olió. El estómago de Yesugei estaba vendado con fuerza, pero la sangre había calado la tela.

—Se cayó, Eeluk. Se cayó en mis brazos —dijo Bekter fuera de sí—. No he podido sujetarlo.

Eeluk colocó una mano en el hombro del chico para calmarlo antes de ponerse en pie y silbar para que los demás vasallos del arban se aproximaran. Agarró las riendas de uno de los oscuros jinetes.

—Basan, ve hasta los olkhun'ut y averigua la verdad de lo que ha pasado.

—¿Es la guerra? —preguntó el guerrero.

—Puede ser. Diles que si no te dejan marchar libremente, iremos tras de ti y reduciremos a cenizas sus gers.

El guerrero asintió y salió al galope. Al poco, el tamborileo de los cascos de su caballo se había perdido en la noche.

Yesugei abrió los ojos y gimió, presa de un súbito terror ante las sombras que se movían a su alrededor.

—¿Eeluk? —susurró.

Eeluk se acuclilló a su lado.

—Estoy aquí, mi khan.

Aguardaron que siguiera hablando, pero Yesugei había vuelto a perder la consciencia. El rostro de Eeluk se crispó.

—Tenemos que llevarlo de vuelta para que le vean la herida. Échate a un lado, muchacho, nada puedes hacer por él aquí.

Bekter se puso en pie, aturdido, incapaz de asimilar que su padre estaba allí,

desvalido, tendido a sus pies.

—Se cayó —repitió, atontado—. ¿Se va a morir?

Eeluk miró al hombre que yacía derrumbado ante él, el hombre a quien había seguido durante toda su vida adulta. Con tanta suavidad como pudo, tomó a Yesugei por las axilas y lo cargó al hombro. El khan era un hombre corpulento, más pesado todavía por la cota de malla, pero Eeluk era fuerte y no pareció notar su peso en absoluto.

—Ayúdame a montar, Bekter. Todavía no está muerto y debemos llevarlo a un lugar caliente. Si se queda una noche a la intemperie, todo habrá terminado. — Cuando acomodó a Yesugei en su silla, con los largos miembros casi tocando el suelo, se dio cuenta de algo—. ¿Dónde está su espada? —preguntó—. ¿Puedes verla?

—No, debe de haberla perdido con la caída.

Eeluk suspiró al montar. No había tenido ocasión de pensar en lo que estaba pasando. Podía sentir el calor de la sangre de Yesugei contra su pecho cuando se inclinó para hablar con el hijo del khan.

—Marca de alguna manera el lugar para poder encontrarla cuando haya luz. No te estará muy agradecido si pierdes la espada de tu abuelo.

Bekter se volvió sin pensar hacia otro de los vasallos de su padre, que estaba allí al lado estupefacto ante lo que estaba presenciando.

—Te quedarás aquí, Unegen. Debo regresar a las gers con mi padre. Empieza a buscar en círculos tan pronto como puedas ver y tráeme la espada cuando la encuentres.

—Haré lo que dices —repuso Unegen en la oscuridad.

Bekter se dirigió a su caballo para montar y no vio la expresión de Eeluk mientras pensaba en sus palabras. El mundo estaba cambiando en esos momentos y Eeluk no sabía qué les depararía el día a ninguno de ellos.

Hoelun se limpiaba las lágrimas de los ojos cuando salió a hablar a los vasallos de su marido. Los hombres y mujeres de los Lobos se habían acercado a ella, deseosos de saber qué había pasado en cuanto se propagó la noticia de que el khan estaba herido. Habría querido poder decirles algo más, pero Yesugei no había vuelto a despertarse y estaba tumbado en el interior del ger entre las frías sombras, la piel le ardía. Ninguno de ellos se había separado de la tienda de su khan mientras avanzaba el día el sol se elevaba sobre sus cabezas.

—Sigue vivo —dijo—. Le he limpiado la herida, pero todavía no se ha despertado.

Eeluk asintió y a Hoelun no se le pasó por alto que los demás guerreros estaban pendientes de su reacción. Kachiun y Temuge estaban allí con Khasar, asustados y pálidos por la figura de su indefenso padre. Yesugei parecía más pequeño bajo las

sábanas, y su debilidad aterraba a sus hijos más que nada que hubieran visto nunca. Había representado una fuerza tan importante en sus vidas que parecía imposible que pudiera no volver a despertar. Temía por todos ellos, aunque no se atrevía a decirlo en voz alta. Reconoció el brillo de la codicia en los ojos de los demás hombres ante la idea de que Yesugei no estuviera allí para protegerlos. Sobre todo Eeluk, que se le dirigía con palabras deliberadamente corteses tras las que parecía esconder una sonrisa.

—Os avisaré si se despierta —informó a los guerreros, mientras entraba de nuevo en la tienda para alejarse de su frío interés.

Su hija, Temulun, lloraba en la cuna, molesta por la humedad que sentía entre sus piernas. El sonido parecía reproducir el grito que percibía en su interior y que apenas lograba reprimir. No podía dejarlo salir, no mientras sus hijos la necesitaran.

Temuge había entrado con ella en la tienda, con labios temblorosos. Hoelun lo abrazó y trató de acallar sus lágrimas, pero empezó a llorar con tanta fuerza como él. Ambos sollozaron al lado de Yesugei. Hoelun sabía que el khan no podía oírles.

—¿Qué pasará si se muere? —preguntó Temuge.

Iba a responderle cuando la puerta se abrió con un crujido y entró Eeluk. Hoelun sintió que le inundaba la ira por haber sido vista en esa situación y se restregó los ojos con fiereza.

—He enviado al resto de sus hijos a cuidar los rebaños durante lo que queda del día, para que no piensen en su padre —explicó Eeluk.

Puede que fueran imaginaciones suyas, pero de nuevo le pareció ver un destello de satisfacción en sus ojos cuando miró la inmóvil figura de Yesugei, que enmascaró enseguida.

—Te has mostrado fuerte cuando la tribu lo necesitaba, Eeluk —dijo Hoelun—. Mi marido te lo agradecerá cuando vuelva en sí.

Eeluk asintió distraído, como si no la hubiera oído bien, y cruzó la ger hacia donde estaba Yesugei. Alargó la mano, la posó en la frente del khan y dejó escapar un suave silbido por lo caliente que estaba. Olió la herida y Hoelun supo que había percibido la podredumbre que contaminaba su carne.

—He derramado alcohol hirviendo sobre la herida —le dijo Hoelun—. Tengo hierbas para hacer bajar la fiebre.

Sentía que tenía que hablar para romper el silencio. Eeluk parecía haber cambiado sutilmente desde el regreso de Yesugei. Caminaba con un porte más arrogante entre los hombres y sus ojos la desafiaban cuando le hablaba. Hoelun sentía la necesidad de mencionar a Yesugei cada vez que decía algo, como si su nombre fuera a mantener a su esposo en este mundo. La alternativa la aterrorizaba demasiado para poder siquiera considerarla, y no se atrevía a mirar hacia el futuro. Yesugei tenía que vivir.

—Mi familia ha estado ligada a él desde su nacimiento —dijo Eeluk con suavidad

—. Siempre le he sido leal.

—Él lo sabe, Eeluk. Estoy segura de que puede oírte ahora y sabe que eres el primero entre sus hombres.

—A menos que muera —continuó Eeluk sin alzar la voz, girándose hacia ella—. Si muere, mis votos quedan anulados.

Hoelun lo miró aterrorizada. Mientras no se pronunciaran esas palabras, el mundo seguiría avanzando y ella podría contener su miedo. No se atrevía a hablar otra vez por temor a lo que Eeluk pudiera decir.

—Sobreviviré a esto, Eeluk —afirmó. Su voz tembló, traicionándola—. La fiebre pasará y sabrá que te has mantenido leal a él en los momentos decisivos.

Un pensamiento atravesó la mente del vasallo de su esposo. Eeluk se sacudió y la mirada cautelosa desapareció de sus ojos.

—Sí. Es pronto todavía —admitió, observando la palidez del rostro y el pecho de Yesugei. Los vendajes estaban manchados de sangre oscura. Los tocó y se separó del khan con una marca roja en los dedos—. Aun así, tengo un deber de lealtad hacia las familias. Deben permanecer fuertes. Debo pensar en los Lobos y en los días que vendrán —prosiguió casi para sí mismo.

Al ver cómo se desmoronaban todas las certidumbres de su vida, a Hoelun le faltó el aliento. Pensó en sus hijos y no pudo soportar la expresión calculadora en el rostro de Eeluk. Eran inocentes y sufrirían.

Eeluk se marchó sin decir nada, como si la cortesía ya no le importara. Tal vez fuera así. Había visto el deseo de poder en su rostro y ya no había modo de cambiar eso. Aunque Yesugei se levantara curado de la cama de un salto, las cosas ya no volverían nunca a ser iguales, no ahora que el corazón de Eeluk se había despertado.

Oyó el llanto de Temuge y abrió los brazos para acogerlo en ellos una vez más, agradeciendo el consuelo de su cercanía. Su hija también lloraba en la cuna, desatendida.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó el niño entre sollozos. Hoelun negó con la cabeza mientras lo acunaba. No tenía respuesta.

Bekter vio al guerrero al que habían ordenado buscar la espada de su padre. Caminaba con prisa entre las gers con la cabeza gacha, pensando. Bekter lo llamó, pero pareció no oírle y siguió avanzando velozmente. Frunciendo el ceño, corrió detrás de él lo cogió por el codo.

—¿Por qué no has venido a verme, Unegen? —preguntó—. ¿Has encontrado la espada de mi padre?

La mirada de Unegen se clavó en algún punto por encima de su hombro y, al volverse, Bekter vio a Eeluk, que los estaba observando.

Unegen rehuyó mirarle a los ojos cuando se volvió de nuevo.

—No, no la he encontrado. Lo siento —dijo.

Se liberó de la mano del chico, que aún le agarraba la manga, y siguió su camino.

IX

Bajo la blanca luz de las estrellas, Temujin escudriñó la lejanía a través de la alta hierba. Había sido fácil escabullirse de la tienda de Sholoi y la orina todavía humeaba a sus espaldas. La mujer y la hija de Sholoi dormían profundamente y el viejo había salido a trompicones para aliviar su vejiga hacía sólo un momento. Temujin sabía que disponía de poco tiempo antes de que notaran su ausencia, pero no se había atrevido a acercarse a los corrales de los caballos. Los olkhun'ut vigilaban a sus monturas y, aunque no lo hubieran hecho, habría sido casi imposible encontrar a su caballo en la oscuridad, entre todos los demás. No importaba. Su presa iba a pie.

Las llanuras relucían plateadas mientras Temujin avanzaba con cautela a través de la hierba, con cuidado de no golpear una piedra y alertar al chico al que seguía. No sabía a dónde se dirigía Koke. Tampoco le importaba. Cuando vio aquella figura moviéndose entre las gers, la había observado con detenimiento, poniéndose en pie y quedándose completamente inmóvil. Tras siete días entre los olkhun'ut, conocía bien los andares de Koke. Al reconocerlo, se había deslizado con sigilo en pos de su primo y había agudizado sus sentidos, dispuesto para la caza. No había planeado vengarse de él esa noche, pero sabía que no debía desperdiciar esa ocasión perfecta. El mundo estaba dormido, y en la pálida penumbra sólo dos figuras se movían por entre el mar de hierba.

Temujin examinó al chico con intensa concentración. Caminaba a grandes zancadas, con pasos ligeros, listo para agazaparse si Koke percibía su presencia. A la luz de la luna, se imaginó durante un rato que estaba siguiendo a un fantasma que había sido atraído por los espíritus oscuros con el fin de robarle la vida. Su padre le había contado historias de hombres que habían sido encontrados muertos, congelados, tras haber permanecido con los ojos fijos en algún horror lejano, mientras el invierno penetraba en sus pechos y detenía su corazón. Temujin se estremeció al recordarlo. La noche era fría, pero su ira le calentaba. La había alimentado y atesorado a lo largo de los difíciles días en la tribu, mientras le insultaban y le pegaban. Ardía en deseos de agarrar un cuchillo y clavárselo, pero pensó que era lo bastante fuerte para vencer a Koke con las manos desnudas. Aunque su corazón latía con fuerza, sentía a la vez euforia y temor. Eso es estar vivo, se dijo a sí mismo mientras continuaba avanzando. Sentía el poder de ser el cazador.

Koke no caminaba sin rumbo. Temujin vio que se dirigía a una compacta sombra al pie de una colina. Los vigías apostados por los olkhun'ut estarían observando el exterior del campamento para avistar posibles enemigos y no verían a ninguno de los chicos en esa oscuridad más honda de la sombra, aunque a Temujin le preocupaba poder perder a su presa. Cuando Koke atravesó la línea negra y pareció desvanecerse,

inició el trote. Su respiración se aceleró, pero se movió con cuidado como le habían enseñado, sin permitirse hacer ningún ruido aparte de los pasos de sus blandas botas. Justo antes de cruzar la frontera de la sombra, vio un montón de piedras sueltas junto al sendero, un mojón para los espíritus. Sin pensárselo dos veces, se detuvo y cogió una del tamaño de su puño, sopesándola con un placer siniestro.

Parpadeó al pasar a la oscuridad completa, entornando los ojos para buscar algún signo de Koke. Todo se arruinaría si chocaba contra él o, peor, contra un grupo de chicos olkhun'ut que se hubieran escabullido con un odre de airag negro robado. Aún más perturbador resultaba pensar que Koke lo estuviera guiando de forma deliberada hacia otra paliza. Temujin sacudió la cabeza para librarse de ese pensamiento. Había tomado una decisión y ahora no se desviaría de su camino.

Oyó hablar en voz baja delante de él y se paró en seco, esforzándose para ver de dónde procedía el sonido. Con la montaña tapando la luna, apenas veía nada, y el sudor perló su piel mientras se acercaba con pasos cautelosos. Oyó la risa baja de Koke y luego otra voz, que respondía con un tono más ligero. Temujin sonrió para sus adentros. Koke había encontrado a una chica que estaba dispuesta a arriesgarse a despertar la ira de sus padres. Tal vez ya estuvieran revolcándose y pudiera pillarlos desprevenidos. Controló el deseo de dar un par de zancadas y atacar y decidió esperar a que Koke tomara el camino de vuelta al campamento. Sabía que las batallas podían ganarse con sigilo además de con velocidad y fuerza. No podía distinguir con exactitud dónde se encontraba la pareja, pero estaban lo bastante cerca como para oír a Koke, que empezaba a jadear rítmicamente. El sonido le hizo sonreír, y se recostó en una roca, esperando paciente a que llegara el momento de atacar.

No tardó demasiado. La sombra de la luna se había desplazado el ancho de una mano, alargando la oscura mancha al pie de la colina, cuando oyó voces una vez más y, a continuación, la risa sofocada de una chica. Se preguntó cuál de las jóvenes habría salido a la oscuridad, y se encontró rememorando las caras que había llegado a conocer durante la preparación del fieltro. Una o dos de ellas tenían cuerpos ágiles y tostados por el sol. Había notado cierta inquietud cuando lo miraban, pero supuso que era únicamente lo que todos los hombres sentían ante una mujer bonita. Era una pena que no pudiera sentir eso por Borte, a la que sólo parecía provocar irritación. Si hubiera sido esbelta y grácil, podría haber sentido algún tipo de alegría por la elección de su padre.

Temujin oyó pasos y contuvo el aliento. Alguien avanzaba por el sendero, se apretó contra la roca para que no notaran que estaba allí. Se dio cuenta demasiado tarde de que debería haberse escondido entre la hierba. Si pasaban juntos, tendría que atacarlos a los dos o dejarlos ir. Sus pulmones parecían a punto de reventar y sintió su pulso resonar como un gigantesco tambor en sus oídos. Tuvo la sensación de que su aliento se expandía dentro de él mientras su cuerpo pedía aire a gritos y las figuras

invisibles se aproximaban.

Observó en una postura insoportablemente incómoda cómo la primera pasaba a sólo un par de pasos de él. Estaba casi seguro de que no era Koke. Sus pasos eran demasiado ligeros y la sombra no era lo bastante grande para ser su enemigo. El corazón le latía con violencia mientras esperaba a que pasara la chica, tras lo cual dejó salir el aliento despacio. Por un momento, se sintió mareado por el esfuerzo. Después se volvió hacia donde sabía que aparecería Koke y salió al camino para esperarle.

Oyó más pasos, y dejó que el muchacho se aproximara, antes de hablar, disfrutando del impacto que su voz iba a causar.

—¡Koke! —susurró Temujin.

La sombra saltó atemorizada.

—¿Quién es? —musitó Koke entre dientes, con la voz alterada por el miedo y la culpa.

Temujin no le dejó recuperarse y le lanzó la piedra que tenía en el puño. En la oscuridad, el golpe fue poco preciso, pero hizo tambalearse a su primo. Temujin sintió un impacto en el estómago, tal vez un codo, y entonces empezó a dar puñetazos con furia salvaje, su ira por fin desatada. No podía ver a su enemigo, pero esa ceguera le daba poder y sus puños y pies golpearon una y otra vez sin parar hasta que Koke cayó y Temujin se arrodilló sobre su pecho.

En la silenciosa lucha, había perdido la piedra. La buscó a tientas mientras mantenía sujeta a la oscura figura. Koke trató de pedir ayuda, pero Temujin le golpeó dos veces en la cara antes de reanudar su búsqueda de la piedra. Sus dedos la encontraron y la asieron, y sintió cómo crecía su ira cuando la alzó en el aire, lista para aplastar el rostro de su torturador y quitarle la vida.

—¡Temujin! —exclamó una voz que salía de la oscuridad.

Ambos muchachos se quedaron inmóviles, aunque Koke gimió al oír ese nombre. Temujin reaccionó de forma instintiva, alejándose rodando de su enemigo y abalanzándose sobre la nueva amenaza. Chocó contra un cuerpo pequeño, que lanzó un grito conocido cuando lo tumbó. A sus espaldas, oyó cómo Koke se levantaba y salía corriendo, haciendo saltar ruidosamente las piedras sueltas del camino.

Temujin sujetó los brazos de la nueva figura, percibiendo su nervuda delgadez. Maldijo entre dientes.

—¿Borte? —Susurró, aunque conocía la respuesta—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he seguido —respondió ella.

Creyó poder ver el brillo de sus ojos, que reflejaban algún leve rayo que la montaña no podía extinguir. Estaba jadeando por el miedo o por el esfuerzo y Temujin se preguntó cómo habría sido capaz de seguirle el rastro sin que él la viera.

—Has hecho que se escapara —dijo Temujin.

Por un instante, siguió aplastándola contra el suelo, furioso por lo que le había quitado. Cuando Koke le contara al resto de los olkhun'ut lo que había ocurrido, le darían una paliza o incluso le enviarían a casa con deshonor. Su futuro había cambiado debido a una sola palabra. Con una maldición, la soltó y oyó cómo se incorporaba y se frotaba los brazos. Notaba la mirada acusadora de Borte sobre él y, como respuesta, arrojó la piedra tan lejos como pudo, escuchando cómo caía en algún punto lejano.

—¿Por qué me has seguido? —preguntó, ahora en un tono más normal.

Quería oírla hablar de nuevo. En la oscuridad se había dado cuenta de que su voz era cálida y grave, más dulce sin su figura esquelética y su mirada hostil a la vista.

—Pensé que te estabas escapando.

Se puso en pie y él la imitó, no queriendo que se perdiera esa proximidad, aunque no habría sabido explicar por qué.

—Habría jurado que te alegraría verme escapar —adujo él.

—No... No lo sé. No me has dicho una sola palabra amable desde que te instalaste con las familias. ¿Por qué iba a querer que te quedaras?

Temujin pestañeó. En unos pocos segundos se habían dicho más que en todos los días anteriores. No quería que aquello terminara.

—¿Por qué me has detenido? Koke irá corriendo a ver a Enq y a tu padre. Cuando descubran que me he ido, se pondrán a buscarnos. Nos va a caer una buena.

—Koke es un estúpido. Pero matarlo habría sido una maldad.

En la oscuridad, Temujin alargó la mano a ciegas y tocó su brazo. El roce los confortó a ambos y ella volvió a hablar para ocultar su confusión.

—Tu hermano le dio una paliza que casi lo mata, Temujin. Lo sujetó y le dio patadas hasta que lloró como un niño. Te tiene miedo, por eso te odia. Estaría mal hacerle daño otra vez. Sería como pegarle a un perro que ha perdido la vejiga. Su espíritu ya ha sido destruido.

Temujin tomó aliento lentamente y dejó que el aire escapara temblando de sus labios.

—No lo sabía —dijo, pero muchas cosas habían cobrado sentido con las palabras de Borte, como huesos encajando en su memoria.

Koke se había portado mal con él, pero cuando pensó en ello, recordó que siempre tenía una mirada en los ojos que estaba muy próxima al miedo. Por un momento, no le importó y deseó haber dejado caer la piedra contra él, pero entonces Borte acercó su mano y la colocó en su mejilla.

—Eres... extraño, Temujin —dijo. Antes de que él pudiera responder, ella se alejó y se internó en la noche.

—¡Espera! —la llamó—. Podríamos regresar juntos.

—Nos van a pegar a los dos —aseguró—. Quizá me escape para que no me

peguen. Quizá no vuelva jamás.

Se dio cuenta de que no podía soportar la idea de que Sholoi le pegara y se preguntó qué diría su padre si se la llevaba antes de tiempo a las gers de los Lobos.

—Entonces, ven conmigo. Cogemos mi caballo y cabalgaremos hasta mi casa. —Se quedó callado esperando su respuesta, pero no la hubo—. ¿Borte?

Echó a correr, de nuevo bajo la luz de las estrellas, mientras sentía cómo le palpitaba el corazón a toda prisa. Se había alejado ya un buen trozo cuando vio la figura de Borte, que corría como una flecha, aceleró el paso, hasta casi volar por encima de la hierba. Le vino de pronto el recuerdo de cuando lo obligaron a correr arriba y abajo por las colinas con la boca llena de agua, que debía escupir cuando llegara a la meta, para demostrar que en todo momento había estado respirando por la nariz. Corría con facilidad, sin esfuerzo, mientras su mente pensaba ya en el día que le quedaba por delante. No sabía qué iba a hacer, pero aquella noche había hallado algo valioso. Pasara lo que pasara, no iba a permitir que le hicieran daño de nuevo. Mientras corría, oyó a los vigías que hacían sonar sus cuernos en las colinas circundantes, dando la voz de alarma a los guerreros para que salieran de sus tiendas.

El campamento se encontraba en estado de caos cuando Temujin llegó hasta allí. Estaba amaneciendo, pero habían encendido varias antorchas que desprendían una grasienta luz amarilla que revelaba figuras a la carrera. Mientras se acercaba, por dos veces le dieron el alto parejas de hombres nerviosos, armados con sus arcos. Los guerreros, en sus monturas, levantaban polvo y sembraban el caos. A Temujin le sorprendió lo desorganizados que parecían, como si nadie supiera a quién debía obedecer. Si se hubiera tratado de los Lobos, Yesugei habría tomado de inmediato las riendas y hubiera enviado a los guerreros a proteger a los rebaños de los asaltantes. Por primera vez, Temujin vio lo que su padre había entendido desde el principio: los olkhun'ut eran numerosos y eran unos arqueros y cazadores excelentes, pero no estaban organizados para la guerra.

Vio a Enq, que apareció renqueando entre las gers, y lo cogió del brazo. Rugiendo furioso, su tío se soltó, y luego, sobresaltado, alargó a su vez la mano para agarrar a Temujin.

—¡Está aquí! —gritó Enq.

El instinto de Temujin le hizo liberarse, y le dio un empujón a su tío por la espalda. Vislumbró a varios guerreros que se dirigían hacia él, antes de poder echar a correr, sus poderosas manos le habían sujetado y prácticamente lo estaban transportando sin tocar el suelo por el campamento. Dejó de debatirse, como si se hubiera desmayado, con la esperanza de que le agarraran con menos fuerza durante un instante y poder liberarse, aunque pronto comprobó que era en vano. No entendía lo que estaba sucediendo, ni tampoco le resultaban familiares los hombres que lo sujetaban. Si pudiera hacerse con un caballo, tendría una oportunidad de escapar de

cualquiera que fuese el castigo que le esperaba. Atravesaron un espacio alumbrado por la luz de las antorchas y Temujin tragó saliva al ver que sus captores eran vasallos del khan, sombríos y oscuros bajo sus corazas de cuero.

Su amo, Sansar, era un hombre al que sólo había visto desde lejos mientras estaba con las familias. Sin poder evitarlo, se debatió, y uno de ellos le dio un golpe en la cabeza que le nubló la vista. Lo arrojaron sin ceremonias a la puerta de la tienda del khan. Antes de permitirle entrar, otro lo cacheó con ruda eficiencia y luego lo lanzó a través de la abertura al interior, donde aterrizó boca abajo sobre un suelo de pulida madera amarilla, que relucía dorada bajo la luz de las antorchas.

En el exterior proseguían los relinchos de los caballos y los gritos de los guerreros, pero la escena que se encontró Temujin al ponerse de rodillas era de silenciosa tensión. Además del propio khan, había tres de sus guerreros, que hacían guardia con las espadas desenfundadas. Temujin miró los rostros de los extraños que lo rodeaban: en ellos vio furia y, para su sorpresa, también miedo. Se habría mantenido callado, pero su mirada recayó en alguien que conocía, y dejó escapar una exclamación asombrada.

—¡Basan! ¿Qué ha pasado? —inquirió, poniéndose en pie del todo. La presencia del vasallo de su padre le hizo sentir un miedo que le atenazaba el estómago.

Nadie contestó, y Basan retiró la vista, avergonzado. Temujin se acordó de su situación y se sonrojó. Incluyó la cabeza ante el khan de los olkhun'ut.

—Mi señor khan —saludó, con formalidad.

Sansar era de complexión menuda comparado con las moles de Eeluk o Yesugei. Estaba de pie, con los brazos a la espalda y una espada en la cintura. Su expresión era serena, y Temujin sufrió bajo su escrutinio: Por fin, Sansar habló con voz fuerte y seca.

—Tu padre se sentiría avergonzado si te viera con la boca abierta —lo regañó—. Contrólate, niño.

Temujin hizo lo que le decía, controló su respiración y enderezó la espalda. Contó hasta diez en su mente y luego volvió a levantar la cabeza.

—Estoy preparado, mi señor.

Sansar asintió, mientras su mirada lo evaluaba.

—Tu padre ha sido herido de gravedad, chico. Es posible que muera.

Temujin palideció levemente, pero su rostro permaneció impasible. Percibió cierta maldad en el khan de los olkhun'ut y súbitamente decidió que no mostraría la menor debilidad ante él. Sansar guardó silencio, puede que esperando alguna reacción. Al no haberla, volvió a hablar.

—Los olkhun'ut comparten tu dolor. Daré una batida en las llanuras para encontrar a los nómadas que se han atrevido a atacar a un khan. Su sufrimiento será inmenso.

El brío de su tono puso de manifiesto la falsedad de sus palabras. Temujin se permitió un breve gesto de asentimiento, aunque la cabeza le daba vueltas y quería chillar a esa vieja serpiente que ni siquiera lograba ocultar el placer que le producía su dolor.

Parecía que a Sansar el silencio de Temujin le resultaba irritante. Lanzó una mirada hostil a Basan, que estaba sentado a su derecha, inmóvil como una estatua.

—Parece que no vas a completar tu año con nuestro pueblo, niño. Estamos en una época peligrosa, en la que se pronuncian amenazas que deberían callarse. Aun así, es justo que regreses para llorar a tu padre.

Temujin apretó la mandíbula. No podía permanecer callado más tiempo.

—Entonces ¿se está muriendo? —preguntó.

Sansar tomó aliento con un ruido siseante, pero Temujin hizo caso omiso de él, girándose a mirar al guerrero de su padre.

—¡Respóndeme cuando te pregunto, Basan! —exclamó.

El vasallo lo miró y alzó ligeramente la cabeza, en señal de evidente tensión. Temujin estaba poniendo en peligro la vida de ambos al faltar el respeto debido en la ger de otro khan, aunque fuera tras recibir una noticia como aquélla. En los ojos de Basan se leía que conocía el riesgo que corría. Pero él también era un Lobo.

—Las heridas eran muy graves —respondió Basan, con voz firme—. Gracias a su inmensa fortaleza, consiguió regresar hasta las familias con vida, pero... han pasado tres días. No lo sé.

—Casi ha amanecido —contestó Temujin. Fijó la mirada en el khan de los olkhun'ut y volvió a inclinar la cabeza—. Como has dicho, mi señor, debo regresar a gobernar a mi pueblo.

Sansar se quedó inmóvil al oír estas palabras y sus ojos relampaguearon.

—Vete con mi bendición, Temujin. Aquí dejas a tus aliados.

—Comprendo —repuso Temujin—. Rindo honor a los olkhun'ut. Con tu permiso, me retiraré para ocuparme de mi caballo. Me aguarda un largo camino.

El khan se acercó y dio a Temujin un abrazo formal, que sobresaltó al muchacho.

—Que los espíritus guíen tus pasos —añadió.

Temujin hizo una última reverencia y salió a la oscuridad, seguido por Basan.

Cuando se hubieron marchado, el khan de los olkhun'ut se volvió hacia sus vasallos de más confianza, haciendo crujir los nudillos de una mano con la otra.

—¡Tendría que haber sido limpio! —espetó—. En vez de eso, las tabas están volando y no sabemos dónde caerán. —Tomó un odre de airag de un gancho y vertió un hilo del áspero líquido en su garganta, tras lo que se restregó la boca con furia—. Tendría que haber sabido que los tártaros ni siquiera serían capaces de matar a un hombre sin sembrar el caos —continuó—. Se lo puse en bandeja. ¿Cómo han podido dejarlo con vida? Si hubiera desaparecido sin más no habría indicios de nuestra

participación. Si vive, se preguntará cómo supieron los tártaros dónde encontrarle. La sangre se derramará antes del invierno. ¡Decidme qué debo hacer!

En los rostros de los hombres que lo acompañaban se advertían expresiones perdidas y preocupadas. Sansar los miró con desprecio.

—Salid y tranquilizad al campamento. Aquí no hay más enemigos que los que hemos invitado a entrar. Recemos porque el khan de los Lobos ya esté muerto.

Temujin caminaba a grandes zancadas, sin ver a través de las gers, luchando por mantener la calma. Lo que le habían contado era imposible: su padre era un guerrero nato, no había entre los lobos dos hombres que pudieran vencerlo con la espada. Sabía que debía pedirle a Basan que le diera más detalles, pero temía lo que podía llegar a oír. Mientras no hablara, aún podía tratarse de una mentira o un error. Pensó en su madre y en sus hermanos y, entonces, se detuvo de repente, haciendo que Basan tropezara con él. No estaba preparado para enfrentarse a Bekter si las noticias eran ciertas.

—¿Dónde está tu caballo? —preguntó al guerrero.

—Atado en el lado norte del campamento —respondió Basan—. Lamento traer estas noticias...

—Primero, ven conmigo. Tengo algo que hacer antes de marcharme. Sigue mis órdenes.

No se volvió a mirar cómo reaccionaba, y tal vez por ello Basan asintió y obedeció al joven hijo de Yesugei.

Temujin avanzó a grandes zancadas entre los olkhun'ut, que correteaban de un lado a otro y empezaban a recuperarse de la tensión vivida. La alarma había sonado cuando habían visto a Basan aproximarse, pero su única reacción había sido dejarse llevar por el pánico. Temujin se burló para sus adentros, preguntándose si un día dirigiría el ataque de un grupo de guerreros contra esas mismas gers. Por fin había salido el sol, y cuando llegó al exterior del campamento vio la encorvada figura de Sholoi de pie, a la puerta de su tienda, con un hacha de madera en la mano. Temujin no vaciló y se acercó a una distancia donde sabía que el arma podía alcanzarle.

—¿Está Borte aquí? —preguntó.

Sholoi entrecerró los ojos ante el cambio de maneras del muchacho, que se debería sin duda al sombrío guerrero que tenía a su lado. Sholoi alzó la cabeza con gesto tozudo.

—Todavía no, chico. Pensé que a lo mejor estaba contigo. Tu hermano intentó lo mismo con la chica que le habían dado. Temujin vaciló, perdiendo su ímpetu.

—¿Qué?

—Tomó a su chica antes de la hora, como si fueran una pareja de cabras. ¿No te lo dijo? Si has hecho lo mismo, te cortaré las manos, chico, y no creas que me preocupa el vasallo de tu papá. He matado a hombres mejores sólo con mis manos.

Con esta hacha soy capaz de acabar con los dos.

Temujin oyó el sonido del acero que resbalaba por la funda cuando Basan sacó su espada. Antes de que asestara el golpe, Temujin le puso una mano en el hombro y lo detuvo.

—No le he hecho ningún daño. Detuvo mi pelea con Koke. Eso es todo.

Sholoi frunció el ceño.

—Le dije que no saliera de la tienda, chico. Eso es lo que importa.

Temujin se aproximó un paso más al viejo.

—He sabido más esta noche de lo que nunca habría querido saber. Ya sea verdad o mentira lo que cuentas, yo no soy mi hermano. Volveré por tu hija cuando haya sangrado por vez primera. La tomaré como esposa. Hasta entonces, no quiero que vuelvas a ponerle la mano encima. Seré tu enemigo si le haces un solo cardenal, anciano, y no te conviene que lo sea. Si me das razones, los olkhun'ut sufrirán.

Sholoi le escuchó con expresión avinagrada, moviendo la boca de modo inconsciente. Temujin esperó con paciencia a que meditara sobre lo que le había dicho.

—Necesita un hombre fuerte que la controle, chico.

—Recuérdalo —insistió Temujin.

Sholoi asintió, mientras veía a los dos Lobos alejarse. La espada fuera de su vaina hacía huir a los niños de los olkhun'ut a su paso. Se colocó el hacha al hombro y se arremangó los pantalones, sorbiendo por la nariz.

—Sé que estás escondida por aquí cerca, niña —gritó al aire. No hubo respuesta, pero el silencio se tomó tenso y sonrió para sí, descubriendo sus negras encías—. Creo que has conseguido uno bueno, si sobrevive. Aunque yo no apostaría por ello.

X

Temujin oyó el sonido de los cuernos de los Lobos cuando Basan y él entraron al galope en el campo de visión de los centinelas, con el sol poniente a sus espaldas. Una docena de jinetes cabalgaron hacia ellos en perfecta formación para interceptarlos: una vanguardia de curtidos guerreros listos para enfrentarse a una partida de asaltantes. No pudo evitar comparar aquella respuesta instantánea con el pánico de los olkhun'ut que había dejado atrás. No fue fácil reducir el galope de su caballo al paso, pero sólo un tonto se arriesgaría a ser asesinado antes de que le reconocieran.

Miró de reojo a Basan y percibió en él una nueva tensión que se superponía al agotamiento. Temujin le había presionado mucho para recorrer la distancia hasta su hogar en sólo dos días. Ambos habían pasado la noche en vela, tomando únicamente agua y sorbos de yogur amargo. El tiempo que habían pasado juntos cabalgando no les había permitido entablar amistad y, de hecho, a medida que se aproximaban a su territorio la distancia entre ellos no había hecho más que incrementarse. El guerrero se había mostrado reacio a hablar, lo que a Temujin le causaba más inquietud de lo que se atrevía a admitir. Se le ocurrió que tal vez los guerreros del arban fueran ahora sus enemigos, pero no tenía manera de saberlo, todo lo que podía hacer era sentarse con la espalda recta y la cabeza alta, como su padre hubiera querido, mientras seguían cabalgando hacia su destino.

Cuando los guerreros estuvieron al alcance de la voz, Basan alzó el brazo derecho para mostrar que no sostenía espada alguna. Temujin reconoció a Eeluk entre ellos y, al instante, se dio cuenta de que los demás seguían todas y cada una de sus indicaciones. Fue él quien dio la señal de alto, y algo en su confianza casi hizo que a Temujin le brotaran lágrimas de humillación. Había llegado a casa, pero todo había cambiado. Se negó a llorar delante de todos ellos, pero sus ojos brillaban.

Con gesto dominante, Eeluk agarró las riendas del caballo de Temujin. Los demás los rodearon y salieron al trote a la vez, y la montura de Temujin los imitó sin una orden por su parte. Era un detalle sin importancia, pero le daban ganas de arrancarle las riendas en un arrebató de ira infantil. No quería que lo guiaran de vuelta a la tribu de su padre como si fuera un niño pequeño, pero su mente estaba demasiado nublada para reaccionar.

—Tu padre sigue vivo —dijo Eeluk—. Su herida estaba envenenada y ha delirado durante muchos días.

—Entonces ¿ha despertado? —preguntó Temujin, casi sin atreverse a albergar esperanzas.

Eeluk se encogió de hombros.

—De vez en cuando grita y lucha contra enemigos que sólo él es capaz de ver. Es

un hombre fuerte, pero no come y la piel se le ha pegado a los huesos como si no tuviera carne. Deberías prepararte. No creo que viva mucho.

Temujin dejó caer la cabeza sobre el pecho, vencido por la emoción. Eeluk retiró la vista para no avergonzarle en ese momento de debilidad. Sin previo aviso, Temujin alargó la mano y le quitó las riendas.

—¿Quién es el culpable? ¿Lo ha dicho?

—Todavía no, aunque tu madre se lo ha preguntado cada vez que se ha despertado. No la reconoce.

Eeluk suspiró para sí; Temujin vio su propia tensión reflejada en él. Los Lobos estarían aturridos y aterrorizados con Yesugei delirando y próximo a la muerte. Querrían encontrar un líder fuerte.

—¿Y mi hermano Bekter? —quiso saber.

Eeluk frunció el ceño, adivinando tal vez el discurrir de los pensamientos del muchacho.

—Ha salido con los guerreros a rastrear las llanuras. —Entonces titubeó, como si estuviera decidiendo cuánto debería compartir con el chico—. No deberías tener esperanzas de encontrar a los enemigos de tu padre ahora. Los que sobrevivieron se habrán dispersado hace días. No nos esperarán para que los encontremos.

Su rostro era como una máscara sin expresión, pero Temujin percibió en él cierta ira escondida. Era obligado emprender aquella búsqueda, y su hermano era la elección más adecuada, pero a Eeluk no le hacía ninguna gracia que Bekter pudiera forjar nuevas lealtades lejos de su influencia. Temujin tenía la sensación de que podía leer la mente del vasallo de su padre, por mucho que éste intentara ocultar sus pensamientos. Tendría que ser un idiota para no pensar en la sucesión en aquellos momentos: los hijos de Yesugei eran demasiado jóvenes. Con el apoyo de Eeluk, cualquiera de los dos podría gobernar a los Lobos, pero existía otra alternativa, tan obvia como escalofriante. Temujin esbozó una sonrisa forzada cuando miró a aquel hombre, que suponía una amenaza mucho mayor que cualquiera de los olkhun'ut que había dejado atrás.

—Has amado a mi padre, incluso como yo mismo, Eeluk. ¿Qué querría él para los Lobos si muere? ¿Querría que «tú» los lideraras?

Eeluk se puso rígido, como si le hubieran golpeado, y miró con expresión asesina al chico que cabalgaba a su lado. Temujin no se encogió. Se sentía un poco mareado, pero en ese momento le daba igual si Eeluk lo mataba o no. No le importaba lo que le deparara el futuro: podía devolverle la mirada sin rastro de miedo.

—He sido leal toda mi vida —dijo Eeluk—, pero el tiempo de tu padre termina ya. En cuanto se corra la voz, nuestros enemigos estarán esperando el menor signo de debilidad para atacarnos. Los tártaros vendrán en invierno y robarán nuestros rebaños, puede que junto con los olkhun'ut o los keraítas, sólo para comprobar si

somos capaces de seguir defendiéndonos.

Apretó las riendas con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y se volvió hacia Temujin, incapaz de seguir soportando sus ojos amarillo pálido sobre él.

—¿Sabes lo que él habría querido, Eeluk? ¿Sabes lo que debes hacer?

—No, no lo sé, chico. Sé lo que estás pensando, y ésta es mi respuesta: eres demasiado joven para liderar a las familias.

Temujin tragó con dificultad su amargura y su orgullo.

—Entonces, que sea Bekter. No traiciones a nuestro padre, Eeluk. Te trató como a un hermano toda su vida. Hónrrole ayudando a su hijo.

Para asombro de Temujin, Eeluk espoleó su montura y se adelantó, alejándose del grupo con la cara roja de furia. Temujin no se atrevió a mirar a los hombres que le rodeaban. No quería ver sus expresiones, sabía que su mundo se había desmoronado. No vio las miradas inquisitivas que intercambiaron, ni tampoco su dolor.

El campamento de los Lobos estaba en calma y en silencio cuando Temujin desmontó junto a la ger de su padre. Respiró hondo, se sentía como si hubiera pasado años fuera. La última vez que había estado en ese mismo lugar, su padre se encontraba lleno de energías, era el auténtico valladar que sustentaba la vida de todos ellos. Se le hacía imposible pensar que aquel mundo había desaparecido y que ya no podrían recuperarlo.

Permaneció en el exterior, paralizado, contemplando las tiendas de las familias. Habría podido decir el nombre de todos los hombres, mujeres y niños con sólo echar un vistazo al dibujo de sus puertas. Eran su pueblo y siempre había sabido cuál era su lugar entre ellos. La incertidumbre suponía una nueva emoción para él, y le hacía sentir como si hubiera un enorme hueco en su pecho. Comprendió que tenía que reunir todo su valor para entrar en la ger. Se habría quedado allí más tiempo si no hubiera visto que, coincidiendo con la llegada del atardecer mientras los rayos de sol perdían su fulgor, la gente empezaba a reunirse. No se sentía capaz de soportar su piedad; con una mueca, se agachó para atravesar la baja puerta y la cerró dejando fuera los rostros que lo observaban.

El fieltro todavía no cubría el agujero para el humo que tenía sobre la cabeza, pero el calor en la ger resultaba sofocante, y lo inundaba un hedor que le dio ganas de vomitar. Vio la palidez de su madre cuando se volvió hacia él y sus defensas se derrumbaron: corrió hacia ella y se echó en sus brazos. Empezó a llorar incapaz de controlarse, y ella lo acunó en silencio mientras él observaba el cuerpo consumido de su padre.

Yesugei se sacudía como un caballo que espantara las moscas. Tenía el estómago envuelto en vendajes con costras, que se habían quedado tiesos y acartonados al secarse la sangre purulenta. Temujin vio un hilo de pus y sangre serpentear por su

piel como un gusano antes de caer sobre las mantas. Su padre llevaba el pelo bien peinado y reluciente, pero se notaba que había perdido mucho, y en los mechones que llegaban hasta sus pómulos había más canas de las que recordaba. Temujin reparó en que las costillas se le marcaban con claridad. Tenía el rostro hundido y grisáceo: una máscara mortuoria del hombre que conocía.

—Deberías hablarle, Temujin —dijo su madre. Cuando levantó la cabeza para responder, advirtió que los ojos de su madre estaban tan enrojecidos como los suyos —. Ha estado pronunciado tu nombre, no sabía si llegarías a tiempo.

Asintió, limpiándose una estela de mocos plateados que se extendía de su nariz a su manga, mientras miraba al hombre que había pensado que viviría para siempre. Las fiebres habían consumido los músculos que recubrían sus huesos. Temujin apenas podía creer que fuera el mismo poderoso guerrero que, lleno de confianza, había entrado a lomos de su caballo en el campamento de los olkhun'ut. Lo miró fijamente durante un largo tiempo, incapaz de hablar. Casi ni se dio cuenta de que su madre humedecía un paño en un cubo de agua fría y se lo ponía en la mano. Guió sus dedos hacia la cara de su padre y, juntos, le mojaron los ojos y los labios. Temujin respiraba anhelosamente, luchando contra las náuseas que sentía. El hedor de la carne enferma era insoportable, pero su madre no mostraba desagrado alguno, y trató de ser fuerte por ella.

Yesugei se movió al notar su tacto y abrió los ojos. Los miró fijamente a ambos.

—Es Temujin, esposo, ha llegado a salvo a casa —explicó Hoelun con suavidad.

La mirada perdida no desapareció de sus ojos y Temujin sintió que se le saltaban las lágrimas de nuevo.

—No quiero que mueras —le pidió a su padre, empezando a sollozar con espasmos—. No sé qué hacer.

Bruscamente, el khan de los Lobos tomó aliento y sus costillas se elevaron como una jaula. Temujin se inclinó sobre él y le apretó la mano. Tenía la piel terriblemente caliente y seca, pero no la soltó. Vio que la boca de su padre se movía y agachó la cabeza para escuchar.

—Estoy en casa, padre —dijo.

La presión de los dedos creció hasta hacerle daño. Temujin acercó su otra mano para asir los dedos de su padre; por un momento, sus miradas se encontraron y pensó que le había reconocido.

—Los tártaros —susurró Yesugei.

Le pareció que su garganta se cerraba sobre las palabras y el aire contenido salió en un enorme suspiro que terminó en un ruido seco. Temujin aguardó la siguiente inspiración y, cuando no se produjo, se dio cuenta de que la mano que sostenía había perdido su fuerza. La sujetó aún con más energía, en un ataque de desesperación, ansioso por volver a percibir la respiración de su padre.

—No nos dejes aquí —suplicó, pero sabía que ya no le oía.

Su madre emitió un sonido ahogado detrás de él, pero no podía separarse del rostro hundido del hombre que adoraba. ¿Se lo había dicho? No recordaba haber pronunciado esas palabras, y de pronto tuvo miedo de que su padre se marchara a reunirse con los espíritus sin saber cuánto había significado para sus hijos.

—Todo lo que soy proviene de ti —susurró—. Soy tu hijo y nada más. ¿Puedes oírme?

Sintió la mano de su madre sobre la suya.

—Te estaba esperando, Temujin. Ahora se ha ido —le dijo. Se sentía incapaz de mirarla.

—¿Crees que sabía cuánto le quería? —preguntó.

Sonrió a través de las lágrimas y, por un instante, su rostro fue tan hermoso como tenía que haberlo sido en su juventud.

—Sí. Estaba muy orgulloso de ti; solía decir que le iba a estallar el corazón de tanto orgullo como albergaba en él. Siempre me miraba al verte cabalgar, pelear o discutir con tus hermanos. Y yo lo veía en su sonrisa. No quería mimarte, pero el Padre Cielo le dio los hijos que quería y tú eras su orgullo, su íntima alegría. Sí, lo sabía.

Aquello era más de lo que Temujin podía resistir y se echó a llorar sin tratar de ocultarlo.

—Tenemos que decirle a las familias que se ha ido —dijo Hoelun.

—¿Y ahora qué? —Preguntó Temujin, limpiándose las lágrimas—. Eeluk no va a apoyarme para convertirme en líder de los Lobos. ¿Será Bekter el nuevo khan?

La miró, buscando algo de consuelo, pero sólo vio el agotamiento y el dolor que habían vuelto a empañar sus ojos.

—No sé qué sucederá, Temujin. Si tu padre hubiera vivido unos años más, su respaldo no importaría, pero ¿ahora? Ningún momento es bueno para morir, pero éste...

Comenzó a llorar; Temujin apoyó la cabeza de su madre en su hombro. Nunca había imaginado que sería él quien la consolara, pero surgió de manera natural, y de algún modo aquello le dio fuerzas para afrontar lo que estuviera por venir, fuera lo que fuera. Sintió su juventud como una debilidad, pero al notar cerca de él el espíritu de su padre, supo que tenía que encontrar el coraje para enfrentarse a las familias. Su mirada recorrió la ger.

—¿Dónde está el águila que le traje?

Su madre sacudió la cabeza.

—No podía cuidarla. Eeluk se la llevó a otra familia.

Temujin luchó contra el creciente odio que sentía por el hombre en quien su padre había confiado en todo momento. Se separó de su madre, que se levantó y miró el

cuerpo sin vida de Yesugei. Mientras Temujin observaba, Hoelun se inclinó sobre su marido y lo besó con suavidad en la boca abierta. Todo su cuerpo se estremeció. Con dedos temblorosos, le cerró los ojos y, a continuación, echó una manta sobre su herida. El aire estaba cargado de calor y de muerte, pero Temujin se percató de que el olor ya no le molestaba. Respiró hondo, llenándose los pulmones con la esencia de su padre mientras se ponía en pie. Se salpicó la cara con agua del cubo y luego se la secó con un retazo de tela limpia.

—Saldré a decírselo —pronunció.

Su madre asintió, con la mirada atrapada aún en un pasado distante, y él se dirigió a la pequeña puerta, se agachó y salió al aire cortante de la noche.

Las mujeres de las familias elevaron sus voces quejumbrosas al Padre Cielo para que supiera que un gran hombre de las estepas había fallecido. Los hijos de Yesugei se reunieron para presentar sus respetos a su padre por última vez. Cuando llegara el alba, lo envolverían en una tela blanca y lo trasladarían hasta una alta colina: allí entregarían su carne desnuda a los halcones y los buitres que tanto amaban los espíritus. Los brazos que les habían enseñado a tensar un arco, su enérgico rostro, todo lo que él era sería desgarrado en pedazos para volar en mil aves distintas bajo la mirada del Padre Cielo. Ya no estaría atado a la tierra como ellos lo estaban.

A medida que la noche iba cayendo, los guerreros se reunieron en grupos, yendo de tienda en tienda hasta que todas las familias hubieron hablado. Temujin no participó, aunque deseó que Bekter estuviera allí para ver la ceremonia bajo el cielo. Por poco que le gustara su hermano, sabía que le dolería haberse perdido las hazañas y leyendas que se contaron de la vida de Yesugei.

Nadie durmió. Cuando salió la luna, encendieron una enorme hoguera en el centro del campamento, y Chagatai, el viejo narrador de historias, aguardó mientras se congregaban, con un odre de airag negro listo para protegerse del frío. Sólo los exploradores y los vigías permanecieron en las colinas. Todos los demás hombres, además de las mujeres y niños, se reunieron a escuchar y a llorar abiertamente, honrando a Yesugei. Todos sabían que cada lágrima derramada sobre la tierra llegaría un día a formar parte de los ríos que saciaban la sed de los rebaños y las familias de todas las tribus. No había deshonor en llorar por un khan que los había mantenido a salvo durante los crudos inviernos y había convertido a los Lobos en una poderosa fuerza de las llanuras.

Al principio, Temujin estaba sentado a solas, aunque muchos se aproximaron a tocarle el hombro y pronunciar unas pocas palabras de respeto. La cara de Temuge estaba roja de tanto llorar, pero apareció con Kachiun y se sentó al lado de su hermano, compartiendo su dolor en silencio. También Khasar llegó para escuchar a Chagatai, lánguido y pálido, y abrazó a Temujin. La última en llegar fue Hoelun, con su hija Temulun dormida entre los pliegues de su vestido. Abrazó a sus chicos uno

tras otro y luego se quedó mirando fijamente a las llamas, con expresión perdida.

Cuando toda la tribu estuvo allí, Chagatai carraspeó y escupió en el intenso fuego que ardía a su espalda.

—Conocí al Lobo cuando era un niño y sus hijos eran sólo sueños del Padre Cielo. No fue siempre el hombre que gobernó a las familias. Cuando era pequeño, entró a escondidas en la ger de mi padre y robó un panal de miel envuelto en un trapo. Después escarbó la tierra y ocultó allí la tela con su contenido, pero en aquellos días tenía un perro, un sabueso amarillo y negro, y el animal desenterró el fardo y se lo entregó justo cuando negaba saber siquiera dónde estaba la miel. ¡No pudo volver a sentarse durante días! —Chagatai se detuvo mientras los guerreros sonreían—. Cuando alcanzó la hombría, con sólo doce veranos, se puso al frente de las partidas de guerreros, atacando a los tártaros una y otra vez para hacerse con caballos y ovejas. Cuando Eeluk quiso tomar esposa, fue Yesugei quien robó los caballos para el padre de la novia, tres yeguas rojas y una docena de reses en una sola noche. La sangre de dos hombres relucía en su espada, pues, aun a tan temprana edad, pocos podían igualarle con el acero o el arco. Era el azote de esa tribu y, cuando se convirtió en khan, aprendieron a temer a Yesugei y a los hombres que cabalgaban con él.

Chagatai tomó un largo trago de airag y se lamió los labios.

—Cuando se celebraron los funerales de su padre, Yesugei reunió a todos los guerreros y se los llevó fuera durante numerosos días, obligándolos a subsistir con sólo unos puñados de comida y apenas suficiente agua para humedecerse la garganta. Todos los que participaron en aquel viaje regresaron con el pecho henchido de pasión y el corazón lleno de lealtad hacia él. Él los hizo sentir orgullosos de sí mismos, y el cordero y la leche fortalecieron y engordaron a los Lobos.

Temujin escuchó mientras el anciano contaba las victorias de su padre. La memoria de Chagatai seguía siendo lo bastante despierta para recordar lo que se había dicho y cuántos habían caído bajo la espada o el arco de su padre. Tal vez exagerara las cifras, no podía estar seguro. Los guerreros asentían y sonreían al escuchar los recuerdos y, mientras vaciaban los odres de airag, empezaron a emitir exclamaciones apreciativas mientras Chagatai describía las batallas ante ellos una vez más.

—Eso fue cuando el viejo Yeke perdió tres dedos de la mano derecha —continuó Chagatai—. Fue Yesugei quien los encontró en la nieve y se los devolvió. Al ver lo que traía, Yeke se lamentó y dijo que habría que dárselos a los perros, y entonces Yesugei le respondió que sería mejor atarlos a un palo, así podría seguir utilizándolos para rascarse.

Esa anécdota hizo reír a Khasar, que, como el resto de sus hermanos, estaba pendiente de cada palabra del viejo. Era la historia de su tribu, las vidas de los hombres y mujeres que los habían convertido en quienes eran.

La actitud de Chagatai cambió sutilmente tras beber de nuevo del odre.

—Ha dejado tras de sí a cinco hijos fuertes que seguirán sus pasos, y habría querido que Bekter o Temujin le sucedieran. He oído cuchichear a las familias. He oído las discusiones y las promesas, pero por sus venas corre sangre de khan y, si existe el honor entre los Lobos, no deberían avergonzarse a su khan en su muerte. Ahora mismo nos está observando.

El campamento se quedó en silencio, pero Temujin escuchó el murmullo de aprobación de algunos de los guerreros. Sintió cientos de ojos posarse sobre él en la oscuridad alumbrada por las llamas. Comenzó a ponerse en pie, pero, en la distancia, todos oyeron el quejumbroso sonido de los cuernos de los vigías atravesar las colinas y los guerreros se despertaron súbitamente de su embriagado trance. Se levantaron al instante, poniéndose en estado de alerta.

Eeluk apareció bajo la luz, mirando malévolamente a Chagatai. Temujin vio lo frágil y cansado que el narrador de historias parecía ahora que el hechizo de su voz se había roto. Una brisa le revolvió los blancos cabellos, mientras se enfrentaba a Eeluk sin mostrar miedo alguno. Ante la atenta mirada de Temujin, Eeluk hizo un brusco gesto de asentimiento con la cabeza, como si algo se hubiera decidido. Trajeron su caballo y montó con un ágil movimiento. Se adentró al galope en la oscuridad sin mirar atrás.

Los cuernos cesaron al poco, cuando averiguaron que el grupo que habían avistado era la partida de exploradores que regresaba. Bekter llegó a la cabeza de una decena de guerreros. Cabalgaron hasta la hoguera y desmontaron. Temujin vio que llevaban corazas y armas distintas a las que conocía. A la luz de la enorme fogata, vio que de la silla de Bekter colgadas por el pelo, había varias cabezas en proceso de descomposición. Temujin sintió un escalofrío que cruzaba su cuerpo de arriba abajo ante la visión de aquellas bocas abiertas, desencajadas como si aún estuvieran gritando. A pesar de que la carne estaba negra y cubierta de moscas, sabía que estaba viendo las caras de los asesinos de su padre.

Sólo su madre había escuchado a Yesugei susurrar el nombre de su enemigo en la tienda, y ni ella ni Temujin habían compartido la información con nadie más. En cierto modo, fue espeluznante oír cómo los guerreros que acababan de volver nombraban otra vez a los tártaros. Llevaban arcos y túnicas salpicados de sangre seca, y las familias los rodearon con horrorizada fascinación, alargando la mano para tocar aquellos rostros descompuestos.

Bekter avanzó con grandes zancadas hacia la luz de la hoguera como si el liderazgo de la tribu ya estuviera decidido. En la imaginación de Temujin, aquella había sido una escena amarga pero, tras sus siniestros temores, sintió un placer salvaje. ¡Que fuera su hermano quien asumiera el mando de la tribu!

Al principio, la gente entabló ruidosas conversaciones y se oyeron exclamaciones de espanto ante la descripción de lo que habían encontrado: cinco cadáveres

podriéndose en el lugar donde habían tendido la emboscada al khan de los Lobos. En las miradas que se volvieron hacia los hijos de Yesugei relucía el asombro y, sin embargo, se callaron cuando apareció Eeluk, que descendió con un ligero salto de su silla y se dirigió a los hermanos. Con deliberada determinación, Temujin se puso junto a Bekter, y Khasar y Kachiun se acercaron también. Todos ellos se situaron frente a Eeluk y aguardaron a que éste hablara. Quizá fue ése su error, porque Eeluk era un guerrero fornido y, a su lado, todos parecían los muchachos que en realidad eran.

—Tu padre se ha ido, Bekter —anunció Eeluk—. No fue una muerte fácil, pero ya ha terminado.

Los ojos entornados de Bekter observaron al vasallo de su padre, consciente del desafío y el peligro al que se enfrentaba. Alzó la cabeza y habló, presintiendo que su posición nunca tendría tanta fuerza como en aquel momento.

—Me sentiré orgulloso de llevar a los Lobos a la guerra —dijo con claridad.

Algunos de los guerreros lo vitorearon, pero Eeluk negó despacio con la cabeza; su confianza en sí mismo intimidó a los pocos que le habían expresado su apoyo. De nuevo reinó el silencio y Temujin se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—Yo seré el khan —afirmó Eeluk—. Está decidido.

Bekter movió la mano hacia su espada y los ojos de Eeluk brillaron de satisfacción. Fue Temujin el primero que detuvo el brazo de su hermano, aunque Kachiun lo agarró casi con igual rapidez.

—Te mataré —le dijo Temujin, cuando Bekter trató de librarse.

—O le mataré yo por ser la escoria traidora que es —espetó Bekter en respuesta.

Enzarzados en su propia lucha, ninguno de ellos tuvo tiempo de reaccionar cuando Eeluk sacó la espada y, empleando la empuñadura como un martillo, derribó a Bekter con un violento golpe. Temujin y él cayeron hechos un ovillo, mientras Kachiun se lanzaba desarmado hacia el siervo de su padre, intentando evitar que utilizara la espada para matar a sus hermanos. Detrás de ellos, Hoelun gritó aterrorizada, y ese sonido pareció atravesar a Eeluk cuando avanzó y se sacudió a Kachiun de encima con un solo movimiento del brazo. Los fulminó a todos ellos con la mirada y luego enfundó la espada.

—En honor a vuestro padre, no derramaré sangre esta noche —dijo, aunque su rostro estaba cargado de ira. Levantó la cabeza para que todos pudieran oír con claridad su voz—. ¡Los Lobos cabalgarán! No me quedaré donde la sangre de mi khan mancha la tierra. Reunid los rebaños y los caballos. Cuando el sol señale el mediodía, viajaremos hacia el sur.

Avanzó un paso hacia Hoelun y sus hijos.

—Pero no con vosotros —dijo—. No quiero tener que vigilar mi espalda para guardarme de vuestros cuchillos. Os quedaréis aquí y llevaréis el cadáver de vuestro

padre a las colinas.

Hoelun se balanceó ligeramente en la brisa, con la cara blanca y fatigada.

—¿Nos dejarás aquí, para que muramos?

Eeluk se encogió de hombros.

—Vivos o muertos, no perteneceréis a los Lobos. Está decidido.

En aquel momento, Chagatai se aproximó a Eeluk por detrás; Temujin vio que el viejo le cogía del brazo. Eeluk alzó la espada en un acto reflejo, pero Chagatai hizo caso omiso de la hoja desnuda que tenía a unas pulgadas de su cara.

—¡Eso es una crueldad! —exclamó Chagatai, enfadado—. Estás deshonrando la memoria de un gran hombre, dejándolo sin nadie que dé muerte a sus asesinos. ¿Cómo podrá descansar su espíritu? No puedes dejar a sus hijos solos en las estepas. Eso es tan horrible como matarlos tú mismo.

—Lárgate, viejo. Un khan debe tomar decisiones difíciles. No derramaré la sangre de niños o mujeres: si mueren de hambre, mis manos estarán limpias.

Una furia silenciosa oscureció el rostro de Chagatai, que comenzó a aporrear la coraza de Eeluk con sus manos desnudas. Cuando quiso arañarle el cuello, la reacción de Eeluk fue inmediata. El guerrero clavó su hoja en el pecho del anciano y luego lo empujó para sacarla, arrojando a su agresor al suelo. Un borbotón de sangre manó de la boca de Chagatai. Hoelun cayó de rodillas, llorando y meciéndose adelante y atrás, mientras sus hijos se quedaban estupefactos. Se oyeron gritos de horror ante aquel asesinato. Varios guerreros se interpusieron entre Eeluk y la familia de Yesugei, con las manos listas para blandir sus espadas. Eeluk se sacudió y escupió sobre Chagatai mientras la sangre de éste empapaba el suelo reseco.

—No deberías haberte entrometido, viejo estúpido —farfulló, enfundando la espada, y se alejó enderezando la espalda.

Los guerreros ayudaron a Hoelun a levantarse y unas mujeres la acompañaron de vuelta a la ger. Evitaron mirar a los niños, que lloraban, y a Temujin, atónito y desolado ante todo lo que había sucedido esa noche. Las familias los habían abandonado. Estaban solos.

Cuando las dismantelaron, las gers de los Lobos dejaron negros círculos en el duro suelo, junto a restos de huesos viejos y trozos de cuero y cerámica rota. Los hijos de Yesugei observaron todo el proceso como extraños, inmóviles junto a su madre y su hermana. Eeluk se había mostrado implacable y Hoelun había necesitado la ayuda de todos los demás para sujetar a Bekter cuando los siervos ordenaron que su tienda y todo cuanto ésta contenía se recogiera como las demás. Algunas mujeres habían gritado para denunciar esa crueldad, pero muchos más habían guardado silencio; Eeluk había hecho caso omiso de unos y otros. La palabra del khan era ley.

Temujin negó con la cabeza, incrédulo, mientras cargaban los carros y con palos y golpes ponían en marcha a los rebaños. Había visto que Eeluk llevaba la espada de

Yesugei cuando atravesó el campamento. Bekter había apretado las mandíbulas cuando reconoció el arma, mostrando abiertamente su furia. Eeluk sonrió para sí al pasar por su lado, deleitándose en sus impotentes miradas de odio. Temujin se preguntó cómo había podido mantener esa ambición escondida durante tantos años en su interior. La había percibido cuando Yesugei le dio el águila roja, pero ni aun entonces habría creído posible que Eeluk los fuera a traicionar de aquel modo. Negó con la cabeza al oír los gritos de los aguiluchos cuando les ataron con fuerza las alas para el viaje. No podía asimilarlo. La imagen del cuerpo despatarrado de Chagatai aparecía frente a sus ojos una y otra vez, recordándole la noche anterior. Iban a dejar al anciano en el mismo sitio donde había caído, un crimen que a todos ellos les pareció tan terrible como todo lo demás.

Los rostros de sus hijos estaban pálidos de desesperación, y la propia Hoelun irradiaba una ira fría que fulminaba a cualquiera que fuera tan imprudente como para mirarla a los ojos. Ni siquiera Eeluk se atrevió a hacerlo cuando se presentó ante ellos para ordenar que desmontaran la tienda del khan; mientras duró el proceso había preferido fijar la mirada en un punto lejano. Desataron y enrollaron las amplias capas de pesado fieltro y, tras cortar los nudos de los nervios con rápidos tajos, desarmaron el entramado de madera. Cogieron todo lo que había dentro, desde los arcos de Yesugei a los deel de invierno con sus bordes de piel. Bekter maldijo y gritó cuando vio que los dejaban sin nada, pero Hoelun simplemente negó con la cabeza ante la despreocupada crueldad de Eeluk. Las túnicas eran muy hermosas, demasiado valiosas para desperdiciarlas con unos seres que iban a morir. El invierno, con la llegada de las primeras nieves, les arrebataría la vida con tanta precisión como una flecha. Sin embargo, Hoelun se enfrentó a las familias con dignidad, con expresión orgullosa y sin lágrimas.

No tardaron mucho. Todo había sido concebido para ser transportado con facilidad. Cuando el sol estuvo sobre sus cabezas, los círculos negros estaban ya vacíos y los carromatos cargados; los hombres tiraron de las cuerdas para que todo quedara bien amarrado.

Cuando el viento empezó a soplar con más fuerza, Hoelun se estremeció. Ahora que se habían llevado las gers, ya no tenían ningún tipo de refugio y se sintió desprotegida y entumecida. Sabía que Yesugei habría cogido la espada de su padre y habría arrancado una decena de cabezas si hubiera estado allí para verlo. Su cuerpo yacía sobre la hierba, envuelto en una tela. Por la noche, algún miembro de las familias había ceñido el marchito cadáver de Chagatai con un viejo trozo de lino para ocultar su herida. Yacían uno junto al otro; Hoelun era incapaz de soportar mirar a ninguno de los dos.

Cuando Eeluk hizo sonar su cuerno, los pastores empezaron a gritar, utilizando

palos más largos que un hombre para poner a los animales en movimiento. El ruido se incrementó con el balido de las ovejas y las cabras, que comenzaron a correr para evitar los golpes, y la tribu inició su marcha. Hoelun y sus hijos los observaron partir: les parecieron un bosque de abedules. Temuge sollozaba bajito para sí y Kachiun le cogió la mano, por si acaso el pequeño intentaba salir corriendo detrás de la tribu.

La distancia pronto se tragó los gritos de los pastores y el ruido de su cargamento. Hoelun se quedó mirándolos hasta que estuvieron lejos, respirando al fin, aliviada en parte. Sabía que Eeluk era capaz de enviar a uno de sus hombres de vuelta para dar un final sangriento a la familia abandonada. Tan pronto como la distancia fue demasiada para que pudieran verlos, se volvió hacia sus hijos y los reunió a su alrededor.

—Necesitamos refugio y comida, pero sobre todo tenemos que marcharnos de este lugar. Pronto vendrán carroñeros a rebuscar entre las cenizas de las hogueras, y no todos caminarán sobre cuatro patas. ¡Bekter! —Su tono brusco despertó a su hijo, que miraba fijamente las distantes figuras en una especie de trance—. Necesito que cuides de tus hermanos.

—¿Qué sentido tiene hacerlo? —Respondió, volviéndose a observar la llanura—. Estamos todos muertos.

Hoelun le dio un fuerte bofetón y Bekter se tambaleó con los ojos centelleantes. La herida que le había hecho Eeluk la noche anterior empezó a sangrar de nuevo.

—Refugio y comida, Bekter. Los hijos de Yesugei no avanzarán resignados hacia su propia muerte como quiere Eeluk. Ni su mujer tampoco. Necesito tu fuerza, Bekter, ¿lo entiendes?

—¿Qué haremos con... él? —preguntó Temujin, mirando el cadáver de su padre.

Hoelun dudó un instante, mientras siguió su mirada. Apretó los puños y tembló de ira.

—¿Era demasiado que nos dejaran un simple caballo? —musitó. Se imaginó a los hombres sin tribu tirando de la sábana que cubría el cuerpo desnudo de Yesugei entre carcajadas, pero no había elección—. Es sólo carne, Temujin. El espíritu de tu padre la ha abandonado. Hagamos que nos vea sobrevivir y se sentirá satisfecho.

—¿Se lo dejamos a los perros salvajes, entonces? —se horrorizó Temujin.

Fue Bekter quien asintió.

—Es lo que debemos hacer. Da igual perros o aves. ¿Cuánta distancia puedes recorrer con él a rastras, Temujin? Ya es mediodía y necesitamos llegar a una arboleda.

—La colina roja —intervino Kachiun de repente—. Allí podemos refugiarnos.

Hoelun negó con la cabeza.

—Está demasiado lejos para llegar antes de que caiga la noche. Hacia el este hay una hendidura que nos servirá hasta mañana. Allí hay bosques. En las llanuras

moriríamos, pero en los bosques... escupiré en la cara de Eeluk dentro de diez años.

—Tengo hambre —gimoteó Temuge.

Hoelun miró a su hijo menor, y sus ojos se llenaron de lágrimas brillantes. Rebuscó entre los pliegues de su túnica y sacó una bolsa de tela con aruul dulce, su comida favorita. Cada uno de ellos cogió un trozo o dos, con tanta solemnidad como si estuvieran prestando juramento.

—Sobreviviremos a esto, hijos míos. Sobreviviremos hasta que seáis hombres y, cuando Eeluk sea viejo, cada vez que oiga cascos en la oscuridad se preguntará si sois vosotros que os acercáis.

Todos se quedaron mirando su rostro con asombro y lo que encontraron fue una feroz determinación, la suficiente energía para hacerles desterrar parte de su desesperación, y sintieron que recobraban las fuerzas.

—Ahora, ¡caminad! —les gritó—. ¡Primero un refugio, luego comida!

XI

Una fina lluvia caía sobre Bekter y Temujin, que estaban sentados uno junto al otro, muy pegados y empapados hasta los huesos. Antes de oscurecer, habían llegado a una hendidura arbolada en las colinas, donde un arroyo serpenteaba a través de un terreno húmedo y pantanoso. En el estrecho pliegue de la tierra crecían pinos de tronco negro y abedules plateados tan pálidos como huesos. El eco del agua cayendo sonaba extraño y aterrador a los muchachos, que temblaban dentro de un gran nido formado por raíces oscuras.

Hoelun les había dado instrucciones de coger ramas caídas y arrastrar largos troncos rotos de madera podrida a través de las hojas y el barro y alzarlos y colocarlos en la horquilla de un árbol bajo, antes de que se fuera la luz. Se arañaron los brazos y el pecho, pero ella no les dejó descansar. Hasta Temuge había ayudado transportando brazadas de agujas secas que había apilado sobre las ramas más pequeñas, haciendo un viaje tras otro hasta que el rudimentario refugio estuvo terminado. No era lo bastante grande para Bekter y Temujin, y Hoelun los había besado a ambos con gratitud, por lo que se habían sentido muy orgullosos, y entró a gatas con el bebé. Khasar se acurrucó como un perrito tembloroso entre sus piernas y Temuge los siguió a cuatro patas, llorando suavemente para sí. Kachiun se había quedado unos instantes junto a sus hermanos mayores, balanceándose un poco por la fatiga. Temujin le había cogido por el brazo y le había empujado con los otros. Apenas quedaba sitio ni siquiera para él.

Hoelun agachó ligeramente la cabeza hacia su pecho para dar de mamar al bebé. Temujin y Bekter se alejaron con tanto sigilo como pudieron, buscando cualquier cosa que pudiera proteger sus rostros de la lluvia para poder dormir un rato.

No encontraron nada. La maraña de raíces había parecido una opción algo mejor que tenderse sencillamente sobre el húmedo suelo, pero los bultos y protuberancias apenas visibles se les clavaban se colocaran como se colocaran. Cuando por fin consiguieron dormirse, sentían a cada rato el agua helada cayendo sobre su cara; se despertaban a cada instante preguntándose dónde estaban. Parecía que aquella noche iba a durar eternamente.

Cuando Temujin se despertó por enésima vez y movió las piernas para aliviar los calambres, pensó en el día anterior. Había sido raro dejar atrás el cadáver de su padre. Todos se habían vuelto a ver cómo la mancha blanca se iba haciendo cada vez más pequeña. Hoelun había notado las miradas de pesar y se había enfadado con ellos.

—Siempre habéis tenido a las familias a vuestro alrededor —había dicho—. Antes no teníais que esconderos de ladrones y vagabundos. Ahora sí. Hasta un solo

pastor podría matarnos a todos, y entonces no habrá justicia.

La dureza de la nueva realidad los había dejado tan desolados como la lluvia que había empezado a caer, desalentándolos aún más. Temujin pestañeó para librarse de unas gotas. No estaba seguro de haber dormido en absoluto, aunque sentía que había pasado el tiempo. Le dolía el estómago vacío y se preguntó qué harían para conseguir víveres. Si Eeluk les hubiera dejado siquiera un arco, al menos podría haber cazado marmotas para alimentarse. Sin él, podían morir de hambre en unos pocos días. Alzó la vista y vio que las nubes de tormenta habían pasado y el brillo de las estrellas iluminaba la tierra. A su alrededor los árboles seguían goteando agua, pero confió en que la mañana sería más cálida. Estaba completamente empapado y tenía la ropa cubierta de hojas y barro endurecido. Notó la mugre resbaladiza en sus dedos al apretar un puño pensando en Leluk. Una aguja de pino, o puede que una espina, se le clavó en la palma, pero ni se inmutó mientras maldecía en silencio al hombre que había traicionado a su familia. De forma deliberada, apretó el puño hasta que todo su cuerpo tembló y vio destellos verdes bajo los párpados.

—Mantenlo con vida —susurró al Padre Cielo—. Mantenlo fuerte y con buena salud. Mantenlo con vida para que pueda matarlo.

Bekter gruñó en sueños a su lado, y Temujin cerró los ojos de nuevo, ansioso de que las horas que quedaban hasta el amanecer pasaran rápido. Quería lo mismo que los más pequeños: que su madre lo cogiera en sus brazos y resolviera todos sus problemas. En vez de eso, sabía que tenía que ser fuerte, tanto por ella como por sus hermanos. Una cosa era segura: sobrevivirían y un día daría con Eeluk, lo mataría y tomaría de su mano muerta la espada de Yesugei. Siguió acunando esa idea en su mente hasta que se quedó dormido. Se levantaron en cuanto hubo suficiente luz para ver las caras sucias de los demás. Hoelun, con los ojos hinchados y amoratados de agotamiento, reunió a sus hijos a su alrededor y vigiló mientras la única botella de agua pasaba de mano en mano. Su hijita estaba inquieta y manchada con sus propias heces. No había ropa limpia y el bebé empezó a gritar con la cara roja, con una fuerza que no parecía aminorar. Lo único que Hoelun podía hacer era no prestar atención a sus gritos, pero el bebé rechazó su pecho una y otra vez. Al final la paciencia de la madre se agotó, y soltó su pecho desnudo mientras la niña apretaba los puños y lloraba desencajada hacia el cielo.

—Si queremos vivir, tenemos que ir a algún sitio seco y empezar a pescar y cazar —les dijo—. Enseñadme lo que lleváis con vosotros, para que todos podamos verlo. —Se dio cuenta de que Bekter vacilaba y se volvió hacia él—. No escondas nada, Bekter. Podríamos estar muertos en un solo ciclo lunar si no conseguimos cazar y calentarnos.

Al amanecer fue más sencillo encontrar un lugar donde, aunque el grueso manto de

agujas estuviera mojado, al menos no estuviera calado del todo. Hoelun se quitó el deel y empezó a temblar. Todos vieron la oscura mancha en uno de sus costados donde su hermanita había evacuado durante la noche. El olor se extendió por el aire y los alcanzó a todos. Khasar se cubrió el rostro con una mano. Hoelun frunció la boca, irritada, y no le hizo ningún caso. Temujin notó que le estaba costando mantener la calma mientras tendía la túnica en el suelo. Con delicadeza, colocó sobre la tela a su hija, que se sobresaltó y empezó a mirar a sus hermanos, uno por uno, con los ojitos llenos de lágrimas. Daba pena verla tiritar de ese modo.

Bekter hizo una mueca, se sacó un cuchillo del cinturón y lo dejó frente a su madre. Hoelun probó la hoja con el pulgar y asintió. Después, se llevó las manos a la cintura y desató un pesado cordel de pelo de caballo trenzado. Lo había escondido bajo la túnica la última noche, en un esfuerzo por hacerse con cualquier cosa que pudiera ayudarles en su suplicio. Las lazadas eran estrechas pero fuertes y lo sumó a los puñales que los hermanos fueron colocando en un montón.

Aparte de su pequeño cuchillo, todo lo que Temujin podía aportar era la tela con la que se sujetaba la túnica, larga y bien tejida. Sabía sin lugar a dudas que Hoelun le encontraría algún uso.

Todos observaron fascinados a su madre mientras ésta sacaba una minúscula caja de uno de los profundos bolsillos de su túnica. Contenía una pequeña pieza de acero curvado y un buen sílex, que puso a un lado con reverencia. La caja de color amarillo oscuro estaba tallada con hermosos dibujos y, ante la atenta mirada de los hermanos, Hoelun le pasó el pulgar por encima con nostalgia.

—Vuestro padre me dio esto cuando nos casamos —dijo, y a continuación cogió una piedra y rompió la caja en mil pedazos. Cada astilla de hueso estaba afilada como una navaja y las seleccionó con cuidado, eligiendo las mejores y alzándolas ante sus hijos—. Ésta servirá para el anzuelo, estas dos como puntas de flecha. Khasar, coge el cordel y encuentra una buena piedra donde afilar el anzuelo. Utiliza un cuchillo para cavar la tierra y buscar gusanos y encuentra un lugar resguardado. Hoy necesitamos tu suerte.

Khasar tomó las cosas que le correspondían sin un solo rastro de su habitual alegría.

—Comprendo —dijo, al tiempo que se enrollaba el pelo de caballo en el puño.

—Déjame suficiente para hacer una trampa —añadió cuando se puso en pie—. Necesitamos tripas y tendones para construir un arco.

Se volvió a Bekter y a Temujin y les dio una afilada astilla de hueso a cada uno.

—Tomad un cuchillo cada uno y hacedme un arco de abedul. Habéis visto cómo se hace suficientes veces.

Bekter apretó la punta del hueso contra su palma, probando su dureza.

—Si tuviéramos cuerno, o piel de caballo para la cuerda... —empezó a decir.

Hoelun se quedó muy quieta; su mirada le hizo callar.

—Una sola trampa para marmotas no nos mantendrá con vida. No he dicho que quiera que hagáis un arco del que vuestro padre se hubiera sentido orgulloso. Simplemente, corta algo con lo que puedas matar. ¿O tal vez deberíamos tumbarnos sobre las hojas sin más y esperar a perecer de frío y de hambre?

Bekter frunció el ceño, irritado por haber sido criticado delante de los demás. Sin mirar a Temujin, recogió su cuchillo con brusquedad y se alejó a grandes zancadas, apretando con fuerza el trozo de hueso en el puño.

—Podría atar una hoja de acero a un palo y hacer una lanza, para pescar tal vez —sugirió Kachiun.

Hoelun lo miró con gratitud y respiró hondo. Cogió el puñal más pequeño y se lo puso en las manos.

—Muy bien —le dijo, acariciándole la cara—. Vuestro padre os enseñó a todos a cazar. No creo que nunca se imaginara que sería tan importante, pero, sea lo que sea lo que aprendisteis, lo necesitamos.

Miró entonces los escasos objetos que quedaban sobre la tela y suspiró.

—¿Temuge? Si encontraras algo seco para quemar, podría encender una hoguera. Lo que sea.

El rollizo niño se puso en pie, con la boca temblorosa. Todavía no había logrado recuperarse en absoluto del terror que sentía, ni asimilar lo desesperado de la nueva situación. Los otros eran conscientes de lo nerviosa que estaba su madre, pero para Temuge ésta seguía siendo firme como una roca y extendió los brazos para que le abrazara. Su madre le permitió recogerse un momento en sus brazos antes de separarlo con suavidad.

—Encuentra lo que puedas, Temuge. Vuestra hermana no podrá aguantar una noche más si no encendemos un fuego.

Temujin torció el gesto cuando el niño estalló en sollozos. Al ver que Hoelun se negaba a consolarlo, Temuge echó a correr para esconderse bajo los imponentes árboles.

Temujin alargó la mano con torpeza para tratar de consolar un poco a su madre. Le tocó el hombro y, para su satisfacción, ella inclinó la cabeza, con lo que se la rozó fugazmente con su rostro.

—Hazme un arco mortífero, Temujin. Busca a Bekter y ayúdale —pidió, alzando los ojos para encontrar los suyos.

Temujin dio con Bekter guiándose por el sonido de su hoja al clavarse en un abedul. Emitió un suave silbido para hacer saber a su hermano que se estaba acercando y recibió una hosca mirada en respuesta. Sin pronunciar una palabra, se acercó y sujetó el delgado tronco. El cuchillo era una sólida pieza de hierro afilado y hacía tajos profundos. Bekter parecía estar desahogando su ira en la madera y a

Temujin le hizo falta valor para no retirar las manos mientras, uno tras otro, los golpes iban cayendo peligrosamente cerca de sus dedos.

No pasó mucho antes de que Temujin fuera capaz de doblar el arbolillo y dejar al descubierto las fibras blanquecinas de la madera joven. El arco no le serviría prácticamente para nada, pensó con desánimo; era difícil no pensar en las hermosas armas que adornaban las gers de los Lobos. Los corazones de los abedules se pegaban a tiras hervidas de cuerno de carnero y nervios triturados y a continuación se dejaba descansar las piezas un año entero en un lugar seco y oscuro antes de ensamblarlas. Cada uno de aquellos arcos era una auténtica maravilla de ingenio, capaz de matar a una distancia de más de doscientos alds.

En comparación, el arco que él y su hermano estaban construyendo con tanto sudor sería poco más que un juguete de niños, y aun así, de él dependerían sus vidas. Temujin resopló con una sonrisa irónica en los labios cuando Bekter cerró un ojo y sostuvo en su mano el trozo de abedul, todavía con jirones de corteza. De repente, apretó la mandíbula y, para su sorpresa, dobló la madera con un gesto seco y la rompió sobre otro tronco, arrojando el abedul astillado a las hojas.

—Esto es una pérdida de tiempo —exclamó Bekter, furioso. Temujin miró el cuchillo que tenía en la mano, súbitamente consciente de lo solos que estaban.

—¿Cuánta distancia pueden recorrer en un día? —Preguntó Bekter—. Podríamos rastrearlos. Conocemos a los guardias tan bien como a nuestros hermanos. Podríamos adelantarlos.

—¿Para hacer qué? —Preguntó Temujin—. ¿Matar a Eeluk?

Vio cómo los ojos de Bekter se ponían vidriosos mientras paladeaba la idea. Entonces negó con la cabeza.

—No. Nunca llegaremos hasta él, ¡pero podríamos robar un arco! Un único arco y unas pocas flechas y podremos comer. ¿No tienes hambre?

Temujin trató de no pensar en el dolor de su estómago. Había sentido hambre antes, pero siempre consciente de que lo aguardaba un plato caliente. Ahora era mucho peor: sus tripas protestaban irritadas, y sentía dolor al tocarse el vientre. Esperaba que no fuera el primer síntoma de una diarrea producida por una enfermedad o algo que hubiera comido en mal estado. En la situación en la que se encontraban, algo así podría matarlo. Sabía tan bien como su madre que estaban caminando por la delgada frontera que separaba sobrevivir de convertirse en un montón de huesos y piel cuando llegara el invierno.

—Me muero de hambre —admitió—, pero nunca conseguiríamos entrar en una ger sin que dieran la alarma. Aunque lo lográramos, nos seguirían hasta aquí y Eeluk no nos dejaría vivir una segunda vez. Ese palo roto es todo lo que tenemos.

Ambos chicos miraron el arbolillo tronchado y Bekter lo agarró en un arranque de ciega furia, luchando con la resistente madera y luego volviéndolo a lanzar a la

maleza.

—Muy bien, empecemos de nuevo —dijo con gravedad—. Aunque no tengamos cuerda, ni flechas, ni cola. ¡Tenemos las mismas oportunidades de cazar un animal con esto como si le tiráramos piedras!

Temujin no dijo nada, impresionado por el arrebató. Como todos los hijos de su padre, estaba habituado a tratar con alguien que sabía qué hacer. Tal vez se habían acostumbrado demasiado a esa certeza. Desde que había sentido la mano de su padre desfallecer sin vida en la suya, se había sentido perdido. En ocasiones esperaba que la fuerza que le hacía falta se encendiera en su pecho, pero la mayoría de veces no podía evitar limitarse a esperar que todo acabara de una vez y que su antigua vida regresara.

—Trenzaremos unas tiras de tela para tejer una cuerda. Resistirá lo bastante para hacer dos disparos, yo creo. Al fin y al cabo, sólo tenemos dos puntas de flecha.

Como respuesta, Bekter emitió un gruñido y alargó la mano hacia otro joven abedul, flexible y del grosor de su pulgar.

—Entonces, mantén éste bien quieto, hermano —dijo, alzando la pesada hoja—. Haré un arco lo bastante bueno como para brindarnos dos oportunidades de matar. Cuando eso falle, comeremos hierba.

Kachiun llegó hasta donde estaba Khasar, en una alta hendidura entre las colinas. La figura de su hermano mayor se mantenía inmóvil, hasta el punto que casi lo pasó por alto cuando escalaba las rocas, pero al mirar al arroyo, que se había desbordado formando una poza, lo descubrió en la orilla. Khasar se había hecho una simple caña con una larga rama de abedul. Kachiun silbó, anunciándole su presencia, y se aproximó con tanto sigilo como pudo, clavando la mirada en el agua clara.

—Los estoy viendo. Nada más grande que un dedo, por ahora —susurró Khasar—. No parecen gustarles los gusanos.

Ambos miraron fijamente el pedacito de carne que colgaba sobre el agua a una distancia de un brazo de la orilla. Kachiun frunció el ceño, pensativo.

—Vamos a necesitar más de uno o dos si queremos comer todos esta noche —dijo.

—Si tienes alguna idea, dila. No consigo que piquen —gruñó Khasar al oírle.

Kachiun se quedó callado un buen rato; ambos muchachos habrían disfrutado de aquel momento de paz si no hubiera sido por el dolor de barriga. Por fin, Kachiun se puso en pie y empezó a desatarse la tira de tela naranja de la cintura. Medía tres alds, tan larga como tres hombres tumbados uno detrás de otro. No habría pensado en usarlo si Temujin no hubiera añadido el suyo al montón de Hoelun. Khasar alzó la vista, esbozando una sonrisa.

—¿Te vas a dar un baño? —preguntó.

Kachiun negó con la cabeza.

—Una red sería mejor que un anzuelo. Así podríamos cogerlos todos. He pensado

que tal vez podría construir una especie de presa en el arroyo con la tela.

Khasar sacó su empapado gusano fuera del agua y dejó en el suelo el preciado anzuelo.

—Puede que funcione. Remontaré el cauce del río y batiré el agua con un palo según vaya bajando. Si puedes contener el agua con la tela, quizá puedas sacar unos cuantos peces a la orilla.

Los dos chicos miraron de mala gana el agua helada. Kachiun suspiró y se enrolló la tela alrededor de los brazos.

—Muy bien, es mejor que esperar —dijo, estremeciéndose mientras se sumergía en la poza.

El frío les cortó la respiración y torcieron el gesto, pero ambos trabajaron con rapidez para atar la tira de tela a través del curso del arroyo. Una raíz de árbol sirvió de perfecto punto de anclaje a un lado y Kachiun levantó una roca sobre otra mientras doblaba la tela sobre sí misma. Había más que suficiente y olvidó el frío por un momento cuando vio que algunos pececillos tocaban la barrera naranja y daban media vuelta. Vio a Khasar cortar una tira de la tela y atar un cuchillo a un palo para construir una corta lanza.

—Reza al Padre Cielo para que piquen algunos grandes —dijo Khasar—. Tenemos que hacerlo bien.

Kachiun permaneció en el agua, esforzándose por no tiritar demasiado mientras su hermano se alejaba y desaparecía de su vista.

Temujin trató de coger el arco de manos de su hermano y Bekter le pegó en los nudillos con la empuñadura de su cuchillo.

—Lo tengo yo —dijo irritado.

Temujin observó cómo doblaba el abedul para enganchar el bucle de cuerda trenzada en el otro extremo. Hizo una mueca, anticipando el chasquido que supondría la ruina de su tercer intento. Desde el principio, le había molestado la actitud malhumorada de Bekter mientras construía el arma, como si la madera y la cuerda fueran enemigos a los que debía someter para que le obedecieran. Cada vez que Temujin había intentado ayudarlo, lo había rechazado con rudeza, y sólo al fracasar de nuevo aceptó que su hermano sostuviera la madera mientras la doblaba. El segundo arco se había roto y las dos primeras cuerdas habían durado sólo lo suficiente para romperse al ser tensadas. El sol había avanzado sobre sus cabezas, y estaban perdiendo la paciencia a medida que acumulaban fracaso tras fracaso.

Trenzaron la nueva cuerda con tres delgadas tiras cortadas del cinturón de Temujin. El arco era grueso y voluminoso, y Bekter lo dobló y luego lo soltó para probarlo. Con gesto expectante, los muchachos aguardaron la reacción de la madera y comprobaron que ésta vibraba visiblemente y que no se rompía, ante lo que ambos soltaron un suspiro de alivio. Bekter tocó la tensa cuerda con el pulgar, y de ella brotó

un sonido grave como de una guitarra.

—¿Has terminado las flechas? —le preguntó a Temujin.

—Sólo una —respondió, mostrándole la recta rama de abedul con una astilla de hueso firmemente sujeta a la madera.

Había tardado muchísimo en afilarla de modo que tuviera una forma que pudiera atarse, una delicada espiga que encajaba en la madera cortada. Durante parte del proceso había contenido el aliento, sabiendo que si la cabeza se rompía, no había reemplazo.

—Entonces, dámela —dijo Bekter, alargando la mano. Temujin negó con la cabeza.

—Constrúyete una para ti —contestó, alejándola de su alcance—. Ésta es mía.

Vio la rabia en los ojos de Bekter y pensó que su hermano iba a usar el nuevo arco para golpearle. Tal vez el tiempo que había invertido en él le impidiera hacerlo. Finalmente, Bekter asintió.

—Tendría que haber esperado algo así de ti.

Bekter colocó el arco fuera del alcance de Temujin de forma ostentosa mientras buscaba una piedra para afilar su propia punta de flecha. Temujin se quedó inmóvil, observándolo, irritado por tener que colaborar con un idiota semejante.

—Los olkhun'ut no hablan muy bien de ti, Bekter, ¿lo sabías? —le dijo.

Bekter resopló y escupió sobre la piedra, trabajando la astilla adelante y atrás.

—No me importa lo que piensen de mí, hermano —respondió con hosquedad—. Si me hubiera convertido en khan, los habría atacado al siguiente invierno. Les habría mostrado el precio de su orgullo.

—Asegúrate de decirle eso a tu madre cuando volvamos —dijo Temujin—. Estará encantada de oír lo que estabas planeando.

Bekter levantó la vista hacia Temujin, con una mirada asesina en sus pequeños ojos oscuros.

—No eres más que un niño —dijo, un momento después—. Nunca podrías haber gobernado a los Lobos.

Temujin notó que una oleada de ira le invadía, pero no mostró ninguna emoción.

—Ahora ya no lo podremos saber, ¿no?

Bekter le ignoró y siguió afilando el hueso hasta darle una forma puntiaguda.

—En vez de quedarte ahí sin más, ¿por qué no haces algo útil, como encontrar una madriguera de marmota?

Temujin no se molestó en responder. Le dio la espalda a su hermano y se marchó.

Esa noche su cena fue ridícula. Hoelun había logrado encender la llama, pero las hojas húmedas chisporroteaban y echaban humo. Otra noche con aquel frío podría haberlos matado, pero estaba aterrorizada pensando que pudieran ver la luz. La

hendidura en las colinas debería esconder su posición, pero aun así les hizo apiñarse en torno a las llamas, para bloquear la luz con sus cuerpos. Todos se sentían débiles por el hambre. Temuge tenía un cerco verde alrededor de la boca porque había comido hierbas y las había vomitado.

El fruto de sus esfuerzos del día fueron dos peces, ambos capturados más por suerte que por habilidad en la trampa del río. Aquellos dos dedos negros diminutos y crujientes atrajeron los ojos de todos los muchachos.

Temujin y Bekter se mantenían en silencio. Seguían enfadados después de una tarde de frustración. Cuando Temujin encontró una madriguera de marmota, Bekter se negó a entregarle el arco. Se le lanzó encima, hecho una furia, y ambos rodaron juntos por el suelo mojado. Una de las flechas se rompió bajo su peso y el chasquido interrumpió la pelea. Bekter intentó coger la otra, pero Temujin fue más rápido. Ya había decidido tomar prestado el cuchillo de Kachiun para hacer su propio arco al día siguiente.

Hoelun se sentía enferma y temblaba mientras colocaba las ramas en la hoguera y se preguntaba cuál de sus hijos se quedaría sin comer. Kachiun y Khasar se merecían al menos un poco de pescado, pero sabía que su propia fuerza era lo más importante que tenían. Si empezaba a desfallecer de hambre o moría, el resto de ellos perecería. Apretó los dientes con rabia al mirar a los dos mayores. Ambos exhibían magulladuras recientes y deseó coger un palo y pegarles por su estupidez. No entendían que nadie los rescataría, que no habría respiro para ellos. Sus vidas dependían de dos diminutos peces que estaban sobre las llamas, cantidad apenas suficiente para un bocado.

Hoelun pinchó la carne ennegrecida con un clavo, tratando de no rendirse a la desesperación. Un líquido claro goteó por uno de sus dedos al apretarla y Hoelun puso la boca en el ínfimo chorro, cerrando los ojos en algo parecido al éxtasis. Hizo caso omiso del dolor de su estómago y partió el pescado en dos trozos, dando uno a Kachiun y otro a Khasar.

Kachiun negó con la cabeza.

—Tú primero —dijo.

Khasar le oyó y se detuvo con el pescado a medio camino de su boca. Ya podía oler la carne asada y Hoelun vio que la saliva humedecía sus labios.

—Puedo aguantar un poco más que tú, Kachiun —aseguró—. Comeré mañana.

Eso fue suficiente para Khasar, que se metió el pedacito de pescado en la boca y chupó ruidosamente las espinas. Los ojos de Kachiun se oscurecieron por el dolor que le provocaba el hambre, pero volvió a mover la cabeza.

—Tú primero —repitió a su madre, ofreciéndole la cabeza del pescado.

Hoelun, a punto de llorar ante el gesto de su hijo, la cogió con delicadeza.

—¿Crees que puedo quitarte comida, Kachiun, querido hijo mío? —su voz se

endureció—. Cómetelo o lo arrojaré otra vez al fuego.

Se estremeció sólo de pensarlo y el chico volvió a coger el pescado al instante. Todos oyeron cómo se rompían las espinas mientras lo masticaba hasta convertirlo en una pasta, saboreando cada mínimo trozo de alimento.

—Ahora tú —dijo Temujin a su madre. Alargó la mano hacia el segundo pescado con la intención de pasárselo. Bekter le retiró el brazo de un golpe y Temujin estuvo a punto de lanzarse otra vez sobre él en un súbito ataque de rabia—. No necesito comer esta noche —afirmó, controlando su ira—. Y Bekter tampoco. Comparte el último pescado con Temuge.

No podía soportar por más tiempo aquel círculo de ojos hambrientos en torno al fuego, y de pronto se levantó: prefería no verlo. Se balanceó ligeramente, sintiéndose desfallecer, pero entonces Bekter extendió la mano, cogió el pescado y lo partió en dos. Se metió el trozo más grande en la boca y le ofreció el resto a su madre, incapaz de mirarla a los ojos.

Hoelun escondió su irritación, asqueada por la mezquindad que el hambre había introducido en su familia. Perdonó a Bekter, pero el último pedazo de pescado fue para Temuge, que lo saboreó con fruición, mirando a su alrededor a ver si había más. Temujin escupió en el suelo, manchando a propósito el borde de la túnica de Bekter con la flema. Antes de que su hermano mayor tuviera tiempo de levantarse, Temujin se desvaneció en la oscuridad. Sin el sol, el aire húmedo se enfrió velozmente y se prepararon a resistir otra noche helada.

XII

Temujin se mantuvo perfectamente inmóvil mientras estudiaba la trayectoria que seguiría su flecha. Aunque todas se habían dispersado al verle llegar, las marmotas eran criaturas estúpidas y nunca pasaba demasiado tiempo antes de que regresaran. Con un arco decente y flechas emplumadas, se habría sentido seguro de poder llevarle un rollizo macho a su familia.

La madriguera más cercana a la hendidura en las colinas estaba demasiado expuesta. Habría preferido que hubiera algunos pequeños arbustos tras los que esconderse, pero tenía que quedarse totalmente quieto y esperar que los tímidos animales se arriesgaran a regresar. Al mismo tiempo no dejaba de vigilar las colinas que le rodeaban, por si uno de los nómadas sin tribu aparecía sobre una de las cimas. Hoelun había repetido sus advertencias hasta hacerles temer todas las sombras y vigilar el horizonte cada vez que abandonaban el refugio de la grieta.

Se situó de manera que el viento le soplara de cara, para que así su olor no alertara a su presa. Tenía que sostener el arco medio levantado, pues el más mínimo movimiento haría que las marmotas se escondieran como relámpagos marrones en sus madrigueras. Le temblaban los brazos por la fatiga y la vocecita que le decía continuamente en su cabeza que esa vez tenía que matar un animal le impedía concentrarse. Tras cuatro días sobreviviendo a base de minúsculos bocados y un puñado de cebollas silvestres, los hijos y la mujer de Yesugei estaban a punto de morir de hambre. Hoelun había perdido todas sus energías y permanecía sentada en un estado de lánguida apatía mientras su hija la palpaba con sus manitas y lloraba. Sólo el bebé se había alimentado bien durante los primeros tres días, pero luego la leche de Hoelun había empezado a faltar y sus sollozos habían encogido el corazón de sus hermanos.

Kachiun y Khasar habían escalado por encima de la grieta para explorar el terreno y buscar algún animal que se hubiera separado del rebaño. Kachiun se había construido un pequeño arco y tres flechas con ascuas endurecidas y ennegrecidas por el fuego. Temujin les deseaba suerte, pero sabía que él tenía más posibilidades de salvarlos si conseguía un solo disparo certero. Casi podía paladear la carne caliente de la marmota mientras la veía a veinte pasos de distancia. Era un tiro que podría acertar un niño si las flechas tuvieran plumas, pero en esas condiciones, Temujin se veía obligado a esperar mientras un dolor lacerante se iba aposentando en sus brazos. Sin atreverse a hablar, pedía mentalmente a las nerviosas criaturas que se alejaran un poco más de la seguridad de su madriguera, que se acercaran un poco más a él.

Pestañeó para deshacerse del sudor que quemaba sus ojos mientras una de las marmotas miraba a su alrededor, presintiendo que había un depredador en las proximidades. Temujin vio cómo el animal se quedaba paralizado, y supo que su

siguiente movimiento sería escabullirse y desaparecer. Soltó el aliento y dejó partir la flecha, angustiado por la posibilidad de desperdiciarla.

Hirió a la marmota en el cuello. No fue un golpe mortal, pero la flecha se quedó clavada en el animal, que comenzó a debatirse, frenético, mientras la golpeaba con sus patas. Temujin dejó caer el arco, se puso en pie de un salto y echó a correr hacia su presa antes de que ésta pudiera recuperarse y desaparecer en su madriguera subterránea. Mientras se acercaba a la carrera, desesperado por no desperdiciar su oportunidad, vio la piel más clara de la panza y las patas que se sacudían con rabia.

Cayó sobre la marmota, aferrándola con ansia. El animal se movía enloquecido; en su débil estado, Temujin estuvo a punto de perderlo cuando la marmota se agitó y se arqueó para liberarse. La flecha se soltó y la sangre salpicó el seco suelo. Cuando le retorció el cuello, Temujin se dio cuenta de que había llorado de puro alivio. La marmota dio un par de patadas más contra su pierna, debatiéndose aún, mientras Temujin se levantaba jadeante. Comerían. Esperó a que se le pasara el mareo, notando el peso del animal que había capturado. Estaba gordo y sano: aquella noche su madre tendría algo de carne y sangre caliente. Trituraría los tendones para formar una pasta que extenderían sobre su arco formando varias capas con cola de pescado para fortalecerlo. Su próximo tiro sería desde más lejos, sus posibilidades de matar, mayores. Se puso las manos en las rodillas y se rió débilmente de su propio alivio. Era una cosa tan pequeña, pero significaba tanto que apenas podía asimilarlo.

A su espalda, oyó una voz conocida.

—¿Qué has cogido? —preguntó Bekter, cruzando la hierba en dirección a su hermano.

Llevaba al hombro su propio arco y no tenía la mala cara ni la mirada famélica de los demás. Kachiun había sido el primero en expresar la sospecha de que Bekter no estaba entregando a la familia sus presas. Aceptaba su parte con avidez, pero en los cuatro días que llevaban en aquel lugar, no había llevado nada de su parte a la hoguera. Temujin se enderezó, sintiéndose incómodo al ver cómo los ojos de Bekter se desviaban hacia su presa.

—Una marmota —dijo, sosteniéndola en alto.

Bekter se inclinó, aproximándose para verla mejor, y luego la agarró con un movimiento veloz. Temujin se echó hacia atrás y el cuerpo muerto cayó al polvo despatarrado. Ambos chicos se lanzaron sobre él, dándose violentos puñetazos y patadas. Temujin estaba demasiado débil para poder hacer otra cosa que contener momentáneamente a Bekter, que se lo sacudió de encima. Temujin se encontró tirado, mirando al cielo azul, respirando agitadamente.

—Yo llevaré este animal a nuestra madre. Tú lo habrías robado y te lo habrías comido a solas —acusó Bekter.

Era mortificante oír cómo Bekter lo acusaba a él a la cara de lo mismo que

sospechaba Kachiun del primogénito, e hizo otro esfuerzo por levantarse, pero Bekter se lo impidió poniéndole el pie encima, y fue incapaz de luchar contra él. Sus fuerzas parecían haberse evaporado por completo.

—Caza otra para ti, Temujin. No vuelvas hasta que lo hayas hecho.

Entonces Bekter se echó a reír, cogió la marmota muerta y descendió trotando la colina, hacia donde la vegetación se espesaba y oscurecía. Temujin observó cómo se alejaba, tan lleno de ira que pensó que el corazón le iba a estallar. Le latía a toda velocidad dentro del pecho y se preguntó con una punzada de terror si el hambre lo habría debilitado demasiado. No podía morir mientras Eeluk fuera el jefe de los Lobos y Bekter no hubiera recibido su castigo.

Cuando se sentó, había logrado dominarse una vez más. Las estúpidas marmotas habían regresado mientras él estaba tendido en el suelo, aunque se dispersaron en cuanto se levantó. Con tristeza, se volvió hacia su flecha y la enganchó en la cuerda trenzada, adoptando otra vez la inmovilidad del cazador. Le dolían los músculos y sentía que le iba a dar un calambre en las piernas de un momento a otro, pero su corazón recuperó su ritmo normal por fuerza y necesidad.

Esa noche había sólo una marmota para alimentar a toda la familia. Hoelun resucitó cuando Bekter se la entregó y encendió una hoguera mayor para calentar unas piedras. Aunque le temblaban las manos, le abrió la barriga y extrajo las tripas y las vísceras, para a continuación llenar el hueco con guijarros tan calientes que estaban a punto de resquebrajarse. Se había enrollado la túnica en las manos, pero su rostro se crispó de dolor dos veces cuando el calor le quemó los dedos. La carne se asó desde el interior y, luego, Hoelun envolvió ascuas con la hinchada piel hasta que quedó deliciosamente crujiente. El corazón también fue asado en las brasas. No iba a desperdiciar nada.

El solo olor pareció devolver algo de color a las mejillas de Hoelun, y abrazó a Bekter con un suspiro. Su alivio se deshizo en lágrimas, pero ni siquiera las notó. Temujin se guardó para sí lo que había sucedido. Su madre necesitaba que trabajaran juntos y sería una crueldad acusar a su sonriente hermano estando ella tan débil.

Bekter se regodeó de la atención recibida, y de vez en cuando su brillante mirada recaía en Temujin. Éste se la devolvía con gravedad cuando sabía que su madre no podía verle. Mientras el atardecer daba paso a la noche, Kachiun se dio cuenta de que algo no marchaba bien y le dio un codazo a su hermano.

—¿Qué pasa? —susurró el pequeño cuando se acomodaron para comer.

Temujin negó con la cabeza, resistiéndose a compartir el odio que sentía. Casi no podía pensar en nada que no fueran los trozos humeantes de carne que le daba Bekter, que elegía las porciones como un khan que alimentara a sus hombres. Temujin vio que se guardaba la paletilla, la mejor pieza, para él.

Ninguno de ellos había probado nada tan sabroso como aquella carne. La familia

se fue sintiendo un poco más feliz, con algo más de esperanza, a medida que el alimento los iba haciendo entrar en calor. Un disparo con un arco había sido responsable de esos cambios, aunque Kachiun había añadido otros tres pececillos y unos cuantos saltamontes a la hoguera. Era un festín que les estaba haciendo daño y abrasándolos por dentro, porque los chicos engullían los bocados demasiado aprisa y tenían que beber agua para aliviar la quemazón. Tal vez Temujin habría perdonado el robo si sus hermanos no hubieran sido tan generosos con sus alabanzas. Bekter las aceptó como si le correspondieran por derecho y en sus ojos relucía un regocijo interior que sólo Temujin comprendía.

Esa noche no llovió y los muchachos durmieron en el segundo refugio que habían improvisado después de que una pequeña parte de su hambre hubiera sido saciada. Seguía allí aún, dolorosa, pero consiguieron acallarla una vez más y mostrarse indiferentes a la incomodidad cuando se retiraron a un irregular borde rocoso desde donde no era posible vigilar si alguien venía.

Temujin no durmió. Se levantó con sigilo y se adentró en la oscuridad sin hacer ruido, tiritando y alzando la vista hacia la luna. Mientras caminaba se dio cuenta de que el verano no duraría mucho más. Estaba llegando el invierno, que los mataría con tanta precisión como un puñal en el pecho. Las marmotas dormían en sus madrigueras en los meses fríos, escondidas muy abajo, donde nadie podía alcanzarlas. Las aves volaban hacia el sur, y no podían capturarlas. El invierno ya era muy duro para las familias que se resguardaban en sus cálidas gers, rodeadas de ganado y caballos. Para la familia de Yesugei significaba la muerte.

Cuando vació la vejiga en el suelo no pudo evitar acordarse de los olkhun'ut y de la noche que había salido detrás de Koke. Entonces era sólo un niño, sin nada mejor que hacer que ajustar cuentas con otros chicos. Suspiraba por la inocencia de esa noche y deseó que Borte estuviera allí para abrazarla. Resopló para sí al imaginárselo, sabiendo que ella estaba caliente y bien alimentada, mientras que a él se le marcaban los huesos.

Percibió una presencia a su espalda y se volvió y se agachó al instante, listo para atacar o huir.

—Tu oído debe de ser muy bueno, hermano —susurró la voz de Kachiun—. Soy tan silencioso como la brisa nocturna. Temujin le sonrió, relajándose.

—¿Por qué estás despierto?

—Tengo hambre. Había dejado de sentirla durante todo el día de ayer y viene Bekter con un poco de carne de marmota y mi estómago vuelve a despertarse —explicó Kachiun, encogiéndose de hombros.

Temujin escupió en el suelo.

—Esa marmota era mía. Yo la maté, lo único que él hizo fue arrebatármela.

Era difícil descifrar la expresión de Kachiun a la luz de la luna, pero Temujin se dio cuenta de que parecía preocupado.

—Lo adiviné. Pero creo que los demás no se han dado cuenta.

Se quedó callado, una pequeña figura entristecida en la oscuridad. Temujin vio un bulto que sobresalía de su túnica y lo tocó con el dedo.

—¿Qué es eso? —preguntó curioso.

Kachiun miró nervioso hacia atrás, hacia el campamento, antes de sacar algo y mostrárselo a su hermano. Era una enorme carcasa de marmota; Temujin palpó los huesos con la mano, enfadado. Estaban separados exactamente como lo habría hecho un hombre hambriento para romperlos y llegar a los pedacitos de médula. Bekter no se había arriesgado a encender una hoguera. Los huesos estaban crudos y tenían un día, como mucho.

—Lo encontré por donde Bekter había estado cazando —dijo Kachiun, con tono agitado.

Temujin dio la vuelta a los frágiles huesecillos en sus manos, pasando los dedos por el cráneo. Bekter había dejado la piel, aunque no estaban los ojos. Lo había cazado un día en el que no había habido nada de comer en el campamento para ninguno de ellos.

Temujin se arrodilló y buscó cualquier mínimo resto de carne. Los huesos despedían olor a podrido, pero no se habría descompuesto demasiado en un solo día. Kachiun se arrodilló junto a él y chuparon cada uno de los huesos rotos de nuevo, sacándoles hasta el último resquicio de sabor. No tardaron mucho.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Kachiun cuando terminaron.

Temujin tomó una decisión, sin sentir remordimientos.

—¿Has visto alguna vez una garrapata en un caballo, Kachiun?

—Por supuesto —repuso su hermano.

Ambos habían visto cómo esos parásitos llegaban a ponerse tan grandes como la última falange de sus pulgares. Cuando las quitaban, dejaban un rastro de sangre que tardaba siglos en coagular.

—Las garrapatas son peligrosas cuando un caballo está débil —dijo Temujin con suavidad—. ¿Sabes qué debes hacer cuando encuentras una?

—Matarla —susurró Kachiun.

Cuando Bekter abandonó el campamento la siguiente madrugada, Temujin y Kachiun se deslizaron con sigilo tras él. Sabían dónde prefería cazar y dejaron que se adelantara bastante, para que no advirtiera que le estaban vigilando.

Kachiun lanzó varias miradas inquietas a Temujin mientras avanzaban agazapados entre los árboles. Temujin percibió su miedo y se maravilló al ser consciente de que él no estaba asustado en absoluto. Su hambre le producía un dolor

constante en la barriga y en dos ocasiones tuvo que detenerse a vomitar un líquido verdoso. Se limpió con unas hojas húmedas. Se sentía mareado y débil, pero su inmensa hambre había borrado cualquier sentimiento de piedad. Pensó que tal vez tuviera un poco de fiebre, pero se forzó a seguir adelante, aunque el corazón le saltaba en el pecho. Se percató de que eso era lo que significaba convertirse en un Lobo: ni miedo ni arrepentimiento, sólo el impulso de librarse de un enemigo.

No era difícil seguir el rastro de Bekter en el suelo embarrado. No había intentado ocultar el camino que había tomado y el único peligro era que tropezaran con él cuando se hubiera agachado para esperar a su presa. Temujin y Kachiun avanzaban sin hacer ruido en pos de Bekter, aguzando todos sus sentidos. Cuando vio un par de alondras en un árbol que se erguía frente a ellos, Kachiun tocó a su hermano con suavidad en el hombro para avisarle y caminaron en círculo rodeando el lugar para evitar que los pájaros le alertaran con su alboroto.

Kachiun se detuvo y Temujin se volvió hacia él, torciendo el gesto al notar que el cráneo de su hermano se distinguía perfectamente bajo la piel estirada. Hacía daño verlo, y Temujin supuso que él también parecería a punto de morir de tan delgado como estaba. Cada vez que cerraba los ojos perdía el equilibrio, y entonces se tambaleaba y tenía que luchar para sobreponerse al mareo. Hacía falta un auténtico esfuerzo de voluntad para inspirar honda y lentamente y calmar los frenéticos latidos de su corazón.

Kachiun levantó un brazo para señalar y Temujin miró hacia delante. Se quedó paralizado al ver que Bekter se había situado a unos cien pasos de ellos, mirando hacia el arroyo. Era casi imposible no temer a aquella figura arrodillada como una estatua entre los matorrales. Todos los hermanos habían sentido la fuerza de sus puños y su peso sobre ellos mientras jugaba a pelearse. Temujin se lo quedó mirando, pensando en cómo acercarse lo suficiente para disparar. No había ninguna duda en su mente. Veía las cosas borrosas y rodeadas de un extraño resplandor y sentía sus pensamientos como si fueran objetos fríos, de movimientos lentos, pero su camino estaba marcado.

Kachiun y Temujin se sobresaltaron cuando Bekter lanzó una flecha hacia el agua desde su escondite. Ambos muchachos retrocedieron para cubrirse cuando oyeron un aleteo asustado y tres patos despegaron con violencia, dando la alarma demasiado tarde.

Bekter saltó y se adentró en el arroyo. Un árbol lo ocultó momentáneamente, pero cuando regresó a la orilla vieron que sostenía el cuerpo sin vida de un pato rojo.

Temujin lo espiaba oculto entre una maraña de ramas y espigas.

—Esperaremos aquí —murmuró—. Encuentra un Sitio al otro lado de este sendero. Lo cogeremos cuando vuelva al campamento.

A Kachiun se le hizo un nudo en la garganta y tragó con dificultad, tratando de no

dejar traslucir su nerviosismo. No le gustaba la nueva frialdad que veía en Temujin y se arrepintió de haberle enseñado los huesos de marmota la noche anterior. A la luz del día, le temblaban las manos al pensar en lo que pretendían hacer, pero cuando Temujin se volvió hacia él, rehuyó su mirada. El muchacho aguardó hasta que Bekter les dio la espalda y atravesó el sendero como un relámpago, arco en ristre.

Temujin entrecerró los ojos mientras observaba a Bekter recuperar la flecha y meterse el pato bajo la túnica. Sintió una punzada de decepción cuando Bekter estiró sus doloridos músculos y luego se alejó con grandes zancadas en dirección contraria, ascendiendo por la grieta. Temujin alzó la palma de su mano hacia el escondite de Kachiun, aunque no podía verlo. Se imaginó a Bekter devorando el rollizo pato en algún lugar escondido y sintió deseos de matarlo en aquel mismo instante. Si se hubiera sentido fuerte tal vez hubiera ido por él, pero estando tan débil, sólo tenía posibilidades de éxito si le tendía una emboscada. Temujin relajó las piernas para evitar que le diera un calambre. Lo recorrió un espasmo de dolor proveniente de sus tripas que le hizo cerrar los ojos y doblarse en dos hasta que se le pasó. No se atrevía a bajarse los pantalones mientras estuviera esperando, por temor a que la excelente nariz de Bekter pudiera descubrirlo. Yesugei les había enseñado a todos a estar alerta y Temujin no quería perder su ventaja. Trató de no pensar en el malestar que sentía y se dispuso a esperar.

El peor momento fue cuando una paloma torcaz apareció en un árbol situado a unos pasos de donde acechaban agazapados ambos muchachos, escondidos en la húmeda maleza. Temujin la observó con desesperación, sabiendo que a esa distancia podría acertarle con facilidad. El ave parecía no haber notado su presencia y el muchacho sintió retortijones de hambre a los que intentó no prestar atención. Por lo que sabía, Bekter podía estar ya de regreso, y todas las aves de las proximidades alzarían el vuelo y delatarían su posición si Temujin disparaba a la torcaz. Aun así, no podía retirar la vista de ella y, cuando salió volando, siguió su trayectoria con la mirada. Pudo oír el batir de sus alas hasta mucho después de que desapareciera.

Bekter volvió cuando el sol ya había atravesado el pedazo de cielo que se divisaba desde la grieta y las sombras se estaban alargando. Temujin oyó sus pasos y se sacudió del estado de semitrance en el que había caído. Se sorprendió al comprobar cuánto tiempo había pasado y se preguntó si se habría quedado dormido. Su cuerpo le estaba empezando a fallar y el agua del arroyo no lograba acallar el agudo dolor de estómago que sentía.

Temujin preparó su flecha y aguardó, sacudiendo la cabeza para espabilarse y aclarar su visión. Intentó pensar en que Bekter lo mataría si fallaba, para hacer que su cuerpo reviviera y le sirviera sólo durante un poco más de tiempo. Entonces oyó a Bekter aproximarse: el momento había llegado.

Salió al camino a sólo unos pasos de él. Temujin tensó el arco mientras Bekter lo miraba con la boca abierta. Hubo un instante durante el cual su hermano se revolvió para sacar su puñal del cinturón. Temujin soltó la flecha y vio cómo el afilado hueso se clavaba en el pecho de Bekter. Un poco más allá, Kachiun le disparó en un lado, y ese segundo impacto hizo caer a Bekter al suelo.

Se tambaleó y rugió, encolerizado. Sacó su cuchillo y avanzó un paso y luego otro, antes de que sus piernas fallaran y cayera boca abajo sobre las hojas. Ambas flechas le habían alcanzado de lleno y Temujin oyó el burbujeante siseo de un pulmón perforado. No sentía compasión alguna. Como hipnotizado, se acercó a él, dejó caer el arco y le quitó el cuchillo de los dedos.

Miró la expresión horrorizada de Kachiun, después hizo una mueca y se agachó para hundir la hoja en el cuello de Bekter, dejando que se le escapara la sangre y, con ella, la vida.

—Ya está hecho —dijo, observando cómo los ojos fijos de su hermano se ponían vidriosos.

Mientras palpaba el deel y la túnica de Bekter buscando el pato, sentía una especie de ingravidez. No lo encontró. Temujin le dio una patada al cadáver y se alejó de él con paso vacilante, tan mareado que pensó que se iba a desmayar. Presionó la frente contra la fresca humedad de un abedul y esperó a que el agitado latir de su corazón se calmara.

Oyó a Kachiun aproximarse y pisar las hojas mientras rodeaba el cadáver de su hermano. Temujin abrió los ojos.

—Más nos vale que Khasar traiga algo de comer —dijo. No obtuvo respuesta, y recogió las armas de Bekter, colgándose el arco del hombro.

—Cuando los otros vean el cuchillo de Bekter, lo sabrán —apuntó Kachiun, con la voz teñida de sufrimiento.

Temujin alargó la mano y lo cogió por la nuca, calmándose a sí mismo tanto como a su hermano con ese gesto afectuoso. Había percibido el pánico en la voz de Kachiun y él mismo sintió también la primera punzada de pavor. No había pensado en lo que sucedería una vez que su enemigo hubiera muerto. No habría venganza para Bekter, ninguna oportunidad de recuperar las gers y los rebaños de su padre. Se pudriría allí donde había caído. Temujin estaba empezando a darse cuenta de la realidad de lo sucedido y le costaba creer que lo hubiera hecho de verdad. El extraño estado de ánimo que sentía antes de disparar se había evaporado; en su lugar, sólo sentía debilidad y hambre.

—Yo se lo contaré —dijo Temujin. Sintió que su mirada bajaba una vez más hacia el cuerpo de Bekter, como si un peso invisible la arrastrara hasta allí—. Les contaré que estaba dejando que nos muriéramos de hambre. En esta situación no cabe ser blandos. Les diré eso.

Se dirigieron de nuevo hacia la hendidura, reconfortándose mutuamente con la presencia del otro.

XIII

Hoelun presintió que algo iba mal desde el mismo momento en que vio a los dos muchachos volver al campamento. Khasar y Temuge estaban sentados a su lado y había tendido a la pequeña Temulun en un trozo de tela al calor de la lumbre. Hoelun estaba de rodillas y se fue poniendo en pie lentamente. Su delgada cara mostraba ya el miedo que sentía. Cuando su hijo estuvo más cerca, vio que llevaba el arco de Bekter y se puso rígida, reteniendo cada detalle. Ni Temujin ni Kachiun eran capaces de mirarla a los ojos. Cuando por fin habló, la voz de Hoelun era sólo un susurro.

—¿Dónde está vuestro hermano? —preguntó.

Kachiun se quedó mirando al suelo, incapaz de responder. Avanzó un paso mientras Temujin alzaba la cabeza y tragaba saliva.

—Estaba cogiendo comida, quedándosela para él... —comenzó a decir.

Hoelun soltó un grito de furia y le dio un bofetón tan fuerte que le dobló la cabeza hacia un lado.

—¿Dónde está vuestro hermano? —exigió, en tono estridente—. ¿Dónde está mi hijo?

Le sangraba la nariz, y un hilillo rojo caía hasta su boca, así que se vio obligado a escupir. Con un gesto dolorido, dejó ver los dientes ensangrentados a su madre.

—Está muerto —espetó.

Antes de poder seguir hablando, Hoelun lo volvió a abofetear, una y otra vez, hasta que todo lo que pudo hacer fue agacharse y retroceder tambaleante. Ella lo siguió, agitando los brazos con un dolor que no podía soportar.

—¿Lo has matado tú? —gimió—. ¿Qué tipo de persona eres?

Temujin trató de sujetarle las manos, pero era fuerte y los golpes continuaron cayendo sobre su cara y sus hombros, en cualquier sitio donde lograra alcanzarle.

—¡Deja de pegarle! ¡Por favor! —rogó Temuge a sus espaldas, pero Hoelun no podía oírle.

Había un zumbido en sus oídos y una cólera en su interior que parecía que fuera a romperla en dos. Hizo retroceder a Temujin hasta un árbol y lo agarró por los hombros, sacudiendo su delgado cuerpo con tanta violencia que la cabeza le quedó colgando sin fuerzas.

—¿Lo vas a matar a él también? —chilló Kachiun, tirando de ella para tratar de separarla de su hermano.

Hoelun se libró de sus dedos desgarrándose la túnica y cogió los largos cabellos de Temujin, doblándole la cabeza hacia atrás para que la mirara a los ojos.

—Naciste con un coágulo de sangre en la mano, con la muerte. Le dije a tu padre que eras una maldición para nosotros, pero él estaba ciego. —Las lágrimas nublaban

su visión y Temujin notó cómo sus manos se le clavaban como garras en el cuero cabelludo.

—¡Estaba escondiendo comida, dejándonos a todos morir de hambre! —Gritó enojado Temujin—. ¡Dejando que tú te murieras de hambre!

Empezó a llorar, sintiéndose más solo de lo que nunca había estado. Hoelun lo miró como si fuera un apestado.

—Me has quitado un hijo, mi propio hijo —respondió.

Mientras lo miraba y levantaba una mano sobre su cara, vio las uñas rotas estremecerse cerca de sus ojos. Fue un larguísimo momento, mientras él miraba hacia arriba aterrorizado, esperando a que su madre lo arañara brutalmente.

La violencia de los brazos de Hoelun desapareció tan rápido como había surgido y cayó hecha un ovillo, sin fuerzas, desmayada. Temujin se encontró solo, temblando. Sentía calambres en el estómago y le dieron arcadas, aunque no tenía nada dentro aparte del amargo líquido amarillo.

Cuando se apartó de su madre, vio que sus hermanos lo miraban fijamente.

—¡Estaba comiendo marmotas mientras nosotros nos moríamos de hambre! —Gritó como un loco—. Matarlo era lo justo. ¿Cuánto tiempo creéis que habríais vivido con él comiéndose nuestra parte además de sus propias presas? Hoy le he visto coger un pato, pero ¿lo veis aquí para fortalecernos? No: está dentro de su barriga.

Hoelun se agitó en el suelo, detrás de él; Temujin saltó temiendo que le volviera a atacar. Los ojos se le llenaron de lágrimas al mirar a la madre que adoraba. Si lo hubiera pensado, tal vez le hubiera ocultado la verdad, quizá se hubiera inventado que Bekter había caído para explicar su muerte. No, se dijo. No había hecho mal. Bekter era como una garrapata escondida, cogía más de lo que le correspondía y no daba nada a cambio mientras ellos desfallecían. Con el tiempo, Hoelun lo comprendería.

Su madre abrió los ojos inyectados en sangre y se puso de rodillas con esfuerzo, gimiendo con pena y fatiga. No tenía fuerzas para ponerse en pie y fue necesario que Temuge y Khasar la ayudaran a levantarse. Con gesto hosco, Temujin se limpió un rastro de sangre de la piel y la miró. Sintió ganas de echar a correr antes de tener que soportar su mirada de nuevo, pero se obligó a aguantar.

—Nos habría matado —dijo.

Hoelun lo miró con expresión vacía y Temujin se estremeció.

—Di su nombre —le ordenó—. Di el nombre de mi primogénito.

El rostro de Temujin se crispó, sintiendo de pronto un mareo incontenible. Le ardía la nariz y la notaba enorme en la cara; veía oscuros fogonazos. Todo lo que quería era dejarse caer y dormir, pero se quedó allí, mirando fijamente a su madre.

—Di su nombre —repitió ella, y en sus ojos la ira sustituyó al aturdimiento.

—Bekter —dijo Temujin, escupiendo la palabra—, que robó comida mientras nos estábamos muriendo.

—Tendría que haberte matado cuando la matrona te abrió la mano —dijo en un tono tranquilo que era más terrorífico que su ira—. Tendría que haber sabido entonces lo que eras.

Temujin sintió que lo desgarraban por dentro, incapaz de evitar que le siguiera haciendo daño. Quería correr hacia ella y que sus brazos le protegieran del frío, hacer cualquier cosa excepto ver el intenso sufrimiento y desolación que había causado.

—Aléjate de mí —le dijo con suavidad—. Si te veo dormido, te mataré por lo que has hecho. Por lo que me has quitado. Tú no le calmaste cuando le empezaron a salir los dientes. No estabas allí para aliviar su fiebre con hierbas y acunarlo mientras pasaba lo peor. Tú no existías cuando Yesugei y yo amábamos a ese pequeño. Cuando éramos jóvenes y él era todo cuanto teníamos.

Temujin la escuchaba, embotado por la impresión. Quizá su madre no había comprendido en qué tipo de hombre se había convertido Bekter. El bebé que ella había acunado había crecido y se había convertido en un cruel ladrón, y Temujin no lograba hallar las palabras para decírselo. Aunque se formaban en su boca, se mordía la lengua y no las decía, sabiendo que serían inútiles o, aún peor, que harían que se arrojara sobre él de nuevo para atacarle. Movi6 la cabeza.

—Lo siento —dijo, aunque cuando habló se dio cuenta de que sentía el dolor que había causado, no el asesinato.

—Aléjate de aquí, Temujin —susurró Hoelun—. No puedo soportar mirarte.

Temujin estalló en sollozos, se dio media vuelta y echó a correr dejando atrás a sus hermanos, sintiendo el aliento entrar con aspereza en su garganta y el sabor de su propia sangre en la boca.

No lo vieron en los siguientes cinco días. Aunque Kachiun esperó que su hermano apareciera, la única noticia de él que tuvieron fue las presas que cazó y dejó al lado de su pequeño campamento. El primer día fueron dos palomas, todavía calientes, cuya sangre brotaba de sus picos. Hoelun no rechazó el regalo, pero no habló de lo que había sucedido con ninguno de sus otros hijos. Comieron la carne en un silencio abatido; Kachiun y Khasar se cruzaban miradas mientras Temuge gimoteaba y lloraba en cuanto Hoelun lo dejaba solo. La muerte de Bekter podría haber sido un alivio para los pequeños si se hubiera producido mientras estaban a salvo en las gers de los Lobos. Lo habrían llorado y llevado su cadáver para su entierro celeste, y el ritual los habría consolado. En aquella hendidura en las colinas, era sólo otro recordatorio de que la muerte caminaba a su lado. Durante un tiempo, al principio, lo habían sentido como una aventura, hasta que el hambre había estirado la piel sobre sus huesos. Tal y como estaban las cosas, vivían como animales y trataban de no temer el próximo invierno.

Khasar había perdido la risa en la grieta de las colinas. Desde que Temujin se

había marchado, había caído en un grave estado meditabundo, y era él quien le daba un cachete a Temuge por molestar a su madre demasiado a menudo. En ausencia de Bekter, todos habían adoptado nuevos papeles y ahora era Khasar el que dirigía la caza cada mañana, con Kachiun, que lo acompañaba con expresión adusta. Habían encontrado una poza mejor un poco más arriba, aunque para llegar hasta allí tenían que pasar por el lugar donde Bekter había sido asesinado. Kachiun había explorado el terreno y había visto que Temujin se había llevado el cuerpo, lo había arrastrado a un lado y lo había cubierto con ramas. La carne de su hermano atraía a los carroñeros, y cuando Kachiun encontró el flaco cadáver de un perro al borde del campamento la segunda tarde, tuvo que forzarse para poder tragar aquellos bocados. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Temujin matando al animal mientras éste mordisqueaba el cadáver de Bekter, pero Kachiun necesitaba el alimento y el perro era la mejor comida que habían tenido desde que llegaron a aquel lugar.

Al atardecer del quinto día, Temujin regresó al campamento a grandes zancadas. Su familia se quedó paralizada ante su decisión; los hermanos pequeños miraron a Hoelun, espionando su reacción. Su madre lo observó mientras se acercaba y vio que sostenía en los brazos un cabritillo todavía vivo. Se dio cuenta de que su hijo parecía más fuerte y que su tez se había tostado por los días pasados en las colinas, expuesto al viento y el sol. Le confundía experimentar un inmenso alivio al ver que estaba bien al tiempo que el odio que había sentido el primer día por lo que había hecho regresaba. Era incapaz de perdonarle.

Temujin cogió al animal por la oreja y lo empujó hacia el círculo que formaba su familia.

—Hay dos pastores no muy lejos, al oeste —dijo—. Están solos.

—¿Te han visto? —dijo Hoelun de repente, sorprendiéndolos a todos.

Temujin dirigió su vista hacia ella y su firme mirada se tiñó de inseguridad.

—No. Me llevé éste cuando cabalgaban hacia la parte de atrás de esta colina. Podrían echarlo de menos, no lo sé. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

Estaba intranquilo y no paraba de moverse, apoyando su peso primero en un pie y luego en otro, mientras esperaba a que su madre dijera algo más. No sabía qué haría si volvía a expulsarle.

—Lo buscarán y encontrarán tu rastro —dijo Hoelun—. Puede que los hayas guiado hasta aquí.

Temujin suspiró. No tenía fuerzas para otra discusión. Antes de que su madre pudiera protestar, se sentó con las piernas cruzadas y sacó su cuchillo.

—Tenemos que comer para vivir. Si nos encuentran, los mataremos.

Vio que el rostro de su madre se endurecía de nuevo y esperó que se

desencadenara la consabida tormenta. Ese día había recorrido un largo trecho a la carrera y le dolían todos los músculos de su enjuto cuerpo. No podría soportar otra noche a solas y quizá su expresión reveló ese temor.

Kachiun habló para romper la terrible tensión.

—Uno de nosotros debería hacer un reconocimiento alrededor del campamento esta noche por si acaso vienen —sugirió.

Temujin asintió sin mirarlo, con la vista clavada en su madre.

—Nos necesitamos mutuamente —dijo—. Aunque hiciera mal matando a nuestro hermano, eso sigue siendo cierto.

El cabritillo baló y trató de escabullirse por un hueco entre Hoelun y Temuge. Ella alargó la mano y lo agarró por el cuello y, a la luz de la hoguera, Temujin vio que estaba llorando.

—¿Qué puedo decirte, Temujin? —murmuró. El cabrito estaba caliente y Hoelun enterró el rostro en su piel mientras el animal chillaba y se debatía—. Me has roto el corazón y tal vez no me importe lo que le pase a los pedazos.

—Pero sí te importan los demás. Necesitamos que sobrevivas al invierno o todos moriremos —dijo Temujin.

Enderezó la espalda mientras hablaba y sus ojos amarillos brillaron a la luz de las llamas.

Hoelun asintió para sí, tarareando una canción de su infancia mientras le acariciaba las orejas al cabritillo. Había visto morir a dos de sus hermanos de una peste que hinchó y ennegreció sus cuerpos, y luego vio cómo la tribu de su padre los abandonaba en las llanuras. Aún recordaba los gritos de los guerreros mientras agonizaban a causa del dolor de heridas incurables, hasta que la vida finalmente escapaba de sus cuerpos. Algunos habían solicitado la clemencia de que les abrieran el cuello con una espada y se les había concedido. Hoelun había vivido con la muerte a su lado toda su vida: como madre de los Lobos, tal vez fuera capaz de sobrevivir a la pérdida de un hijo.

No sabía si podría amar al hombre que lo mató, aunque ansiaba acogerlo y aliviar su dolor con un abrazo. No lo hizo, sino que buscó su puñal.

Había tallado unos cuencos en madera de abedul mientras sus hijos cazaban, y lanzó uno a Khasar y otro a Kachiun. Temuge se acercó a gatas a coger otro, de modo que ya sólo quedaron dos. Hoelun volvió los ojos entristecidos hacia su último hijo.

—Coge un cuenco, Temujin —dijo, después de un tiempo—. La sangre te dará fuerzas.

Al oírla, el chico agachó la cabeza, sabiendo que se le permitiría quedarse. Se dio cuenta de que le temblaban las manos al coger el cuenco y alargarlo junto a los demás. Hoelun suspiró y agarró el cabrito con más fuerza, antes de introducir la hoja y cortarle las venas del cuello. La sangre empezó a manar, manchándole las manos, y

los muchachos se empujaron para recogerla antes de que se desperdiciara. El cabrito siguió debatiéndose mientras llenaban los cuencos y bebían el cálido líquido, relamiéndose y sintiendo cómo les llegaba a los huesos y aliviaba su dolor.

Cuando el chorro no era más que un hilo, Hoelun Sostuvo al animal desfallecido en una mano y llenó con paciencia su propio cuenco hasta el borde antes de beber. El cabrito aún pataleó en el aire, con ojos enormes y oscuros, pero estaba moribundo o tal vez ya muerto.

—Mañana por la noche cocinaremos la carne, cuando esté segura de que la hoguera no atraerá a los pastores en busca de su animal perdido —les dijo—. Si llegan hasta aquí, no deben marcharse y revelar nuestra posición. ¿Entendido?

Los chicos se relamieron las bocas ensangrentadas mientras asentían con solemnidad. Hoelun respiró hondo y empujó su pena hacia el fondo de su pecho, donde seguía llorando a Yesugei y todo lo que habían perdido. Tenía que encerrarlo donde no pudiera destruirla, pero en algún lugar de su interior sollozaba sin pausa.

—¿Van a venir a matarnos? —preguntó Temuge con su voz aguda, mirando nervioso el cabrito robado.

Hoelun negó con la cabeza, atrayéndolo hacia sí para consolarlo un poco y, a la vez, confortarse ella con su abrazo.

—Somos Lobos, pequeño. No es tan fácil matarnos. —Mientras hablaba, mantuvo la mirada clavada en Temujin, quien se estremeció ante su fría ferocidad.

Con la cara aplastada contra la hierba helada y blanquecina, Temujin estudió a los dos pastores. Dormían boca arriba, envueltos en sus acolchados deels con los brazos protegidos del frío dentro de las mangas. Sus hermanos estaban tumbados a su lado, y todos sentían cómo la escarcha se les metía hasta los huesos. Reinaba una calma perfecta esa noche. Aquel grupo de animales y hombres dormidos era ajeno a la vigilancia a la que los sometían aquellos muchachos hambrientos. Temujin entornó los ojos en la penumbra. Los tres chicos llevaban consigo sus arcos y cuchillos, y su expresión era grave mientras observaban y valoraban sus posibilidades. Cualquier movimiento haría que las cabras empezaran a balar, presas del pánico, y en un instante los dos hombres se despertarían sobresaltados.

—No podemos acercarnos más —susurró Kachiun.

Temujin frunció el ceño mientras consideraba el problema, intentando hacer caso omiso del dolor que le producía estar tendido sobre el suelo helado. Los pastores serían hombres duros, capacitados de sobra para sobrevivir por su cuenta. Tendrían los arcos a mano y estarían acostumbrados a levantarse de un salto y matar a un lobo que tratara de robarles un cordero. No habría ninguna diferencia si su presa eran tres chicos, en especial de noche.

Temujin tragó saliva con dificultad y observó con expresión hostil la tranquila escena. Quizás habría estado de acuerdo con su hermano y aceptado regresar con

sigilo a la grieta entre las colinas si no hubiera sido por el escuálido caballo que los hombres habían maneado a unos pasos de ellos. Dormía de pie, con la cabeza casi rozando el suelo. Temujin anhelaba hacerse con él, cabalgar de nuevo. Significaría poder cazar más lejos que antes, tendrían leche, y su lengua recordó su agrio sabor. Los pastores llevarían consigo todo tipo de prácticos utensilios y no podía soportar la idea de dejarlos ir sin más, no importaba el riesgo que ello supusiera. Se avecinaba el invierno. Podía percibirlo en el aire y en el pinchazo de las agujas de la escarcha en la piel desnuda. Sin grasa de oveja para protegerse, ¿cuánto podrían resistir?

—¿Veis a los perros? —murmuró Temujin.

Ninguno contestó. Los animales estarían tumbados en algún sitio, con el rabo entre las piernas para resguardarse del frío, ocultos a su vista. Odiaba la posibilidad de que se lanzaran sobre él en la oscuridad, pero no había elección. Los pastores tenían que morir para que su familia pudiera sobrevivir.

Respiró profundamente y comprobó que la cuerda de su arco estuviera seca y resistente.

—Mi arco es el mejor. Caminaré hasta ellos y mataré al primer hombre que se levante. Vosotros vendréis detrás y dispararéis a los perros cuando se arrojen sobre mí. ¿Entendido? —A la luz de la luna pudo ver lo nerviosos que estaban sus hermanos—. Primero a los perros, luego al que yo haya dejado en pie —insistió Temujin, deseando asegurarse.

Cuando ellos asintieron, se puso en pie en silencio y se dirigió con paso cauteloso hacia los pastores dormidos, acercándose en la dirección del viento, de modo que su olor no alarmara al rebaño.

El frío parecía haber entumecido a los habitantes del diminuto campamento. Temujin se fue aproximando más y más a ellos, oyendo su propia respiración que rozaba con aspereza sus oídos. Mantuvo el arco en ristre mientras corría. Esperaba que no fuera difícil para alguien que había sido entrenado para disparar flechas desde un caballo al galope.

A treinta pasos, algo se movió junto a los hombres dormidos, una forma oscura que saltó hacia él aullando. Por el otro lado apareció otro perro, gruñendo y ladrando mientras se acercaba. Temujin gritó aterrorizado, intentando con desesperación mantener su atención en los pastores.

Éstos se despertaron con un respingo, poniéndose en pie con dificultad, justo cuando Temujin tensaba el arco y soltaba su primera flecha. En la oscuridad, no se atrevió a intentar disparar en la garganta: su flecha le atravesó a uno de los hombres la túnica y se le clavó en el pecho. El hombre se desplomó sobre una rodilla; Temujin lo oyó gritar de dolor para llamar a su compañero, que rodó sobre sí y se incorporó con el arco preparado. Las ovejas y las cabras balaron presas del pánico y echaron a correr como locas hacia la oscuridad, por lo que algunas pasaron junto a Temujin y

sus hermanos, desviándose bruscamente al ver a los atacantes entre ellas.

Temujin se dio prisa en disparar antes que el pastor. Llevaba la segunda saeta en la banda de la cintura y tiró de ella. Lanzó una maldición cuando la punta de la flecha se enganchó. El pastor preparó su propia flecha con la desenvuelta confianza de un guerrero y, por un momento, Temujin se sintió perdido. No conseguía librar su flecha y el gruñido que oía a su izquierda le aterrorizó. Se volvió y chilló de dolor cuando las fauces de uno de los perros se cerraron sobre su brazo; el animal lo tiró al suelo justo cuando la flecha del pastor silbaba por encima de su cabeza y atravesaba la garganta del animal, poniendo fin a su feroz ataque.

Temujin había dejado caer el arco y vio que el pastor estaba colocando con calma una nueva flecha en su cuerda. Peor aún, el que había derribado se estaba levantando, vacilante. Él también tenía un arco y Temujin se planteó echar a correr. Sabía que tenían que concluir el asunto en ese momento o los dos pastores los seguirían y acabarían con ellos uno a uno bajo la luz de la luna. Volvió a tirar de la flecha y por fin se soltó. La colocó en la cuerda con manos temblorosas. ¿Dónde estaba el otro perro?

La flecha de Kachiun acertó al pastor que estaba en pie, justo bajo la barbilla. Por un instante el hombre se quedó allí, con el arco tendido, y Temujin pensó que llegaría a disparar antes de caer. Había oído hablar de guerreros tan entrenados que podían desenvainar su espada aun después de muertos, pero el pastor se derrumbó ante sus ojos.

El que Temujin había herido estaba debatiéndose con su propio arco, gritando de dolor mientras trataba de tenderlo. La flecha de Temujin le había desgarrado los músculos del pecho y no lograba tensar el arma lo suficiente como para disparar.

Temujin sintió que su corazón se apaciguaba: sabía que la batalla estaba ganada. Khasar y Kachiun llegaron hasta él y los tres se quedaron observando al hombre, a quien le resbalaban los dedos una y otra vez.

—¿Y el segundo perro? —murmuró Temujin.

Kachiun no podía retirar la vista del hombre, que no cejaba en su empeño y que ahora estaba rezando para sus adentros mientras se enfrentaba a sus atacantes.

—Lo he matado.

Temujin le dio a su hermano unas palmadas de agradecimiento en la espalda.

—Entonces, acabemos con esto.

El pastor vio que el más alto de los asaltantes cogía una flecha de uno de los otros y la preparaba. En aquel momento abandonó la lucha, sacó un puñal de su túnica y alzó la vista a la luna y las estrellas. Guardó silencio mientras el disparo de Temujin le alcanzaba en la blanca garganta. Se mantuvo en pie aún por un instante, balanceándose, antes de caer por fin contra el suelo.

Los tres hermanos avanzaron con precaución hacia los cadáveres, atentos a

cualquier signo de vida. Temujin envió a Khasar a buscar el caballo, que había conseguido huir del olor de la sangre pese a tener las riendas amarradas a las patas. Después se volvió a Kachiun y lo cogió por la nuca, acercándolo hacia él de modo que las frentes de ambos se tocaron.

—Sobreviviremos al invierno —le dijo, sonriendo.

Kachiun se contagió de su buen ánimo y juntos emitieron un grito de victoria que recorrió las vacías estepas. Tal vez fuera una tontería, pero aunque hubieran matado a dos hombres, seguían siendo unos niños.

XIV

Con la vista clavada en las llamas, Eeluk pensaba en el pasado. En los cuatro años transcurridos desde que dejaran la sombra de Deli'un-Boldakh y las tierras que circundaban la colina roja, los Lobos habían prosperado, habían crecido en número y se habían hecho fuertes. Había todavía en la tribu quien le odiaba por haber abandonado a los hijos de Yesugei, pero no había habido ningún indicio de malos augurios. En la primavera del año siguiente a su partida, las ovejas habían parido más corderos de lo que pudiera recordar y en las gers habían nacido una docena de chillones bebés. Ni uno solo se había perdido en el parto y quienes escudriñaban el futuro en los signos se habían dado por satisfechos.

Eeluk gruñó para sus adentros, deleitándose en el embriagador efecto del segundo odre de airag negro, que nublaba su visión y desdibujaba las siluetas. Los últimos años habían sido buenos, y él mismo contaba con tres hijos más que correteaban por el campamento y aprendían a usar el arco y la espada. Había engordado, aunque más que por un exceso de grasa se había ensanchado. Sus dientes y ojos seguían fuertes, y su nombre era temido entre las tribus. Sabía que debería sentirse contento.

Los Lobos habían descendido mucho hacia el sur durante aquellos años, hasta llegar a unas tierras tan infestadas de moscas y humedad que sus gentes se pasaban el día sudando y la piel se les había llenado de erupciones y llagas. Eeluk, añorando los vientos frescos y secos de las colinas del norte, había decidido que los Lobos volvieran por los antiguos senderos. En su periplo de regreso, no había podido evitar preguntarse qué habría sido de la familia de Yesugei. Una parte de él seguía deseando haber enviado a uno de sus hombres a acabar de un modo más limpio el trabajo, no porque sintiera remordimientos, sino porque tenía la fastidiosa sensación de tener un asunto pendiente.

Inclinó el odre hacia atrás y descubrió que estaba vacío. Con gesto perezoso, señaló hacia otro; una joven lo cogió y se lo entregó en mano. Eeluk la miró con interés cuando se arrodilló ante él con la cabeza gacha. En la confusa nube del airag no lograba recordar su nombre, pero era esbelta y de piernas largas como un potrillo. Sintió que su deseo se encendía, y alargó la mano para tocar su rostro. Le levantó la cara para que le mirara. Con deliberada lentitud, cogió su mano y la presionó contra su regazo, haciendo que notara su interés. Ella se puso nerviosa, pero a él eso nunca le había importado: a un khan no se le podía rechazar. Si la chica le complacía, pagaría a su padre con uno de los caballos recién nacidos.

—Ve a mi tienda y espérame ahí —dijo, arrastrando las palabras, y la observó alejarse con sigilo.

Buenas piernas, se dijo, y se planteó seguirla. La urgencia se desvaneció con rapidez y volvió a quedarse mirando las llamas.

Todavía recordaba con qué osadía le habían mirado los hijos de Yesugei cuando los abandonó. Si hubiera sido esa mañana, habría segado sus vidas él mismo. Cuatro años atrás, cuando acababa de tomar las riendas de la tribu, no sabía qué respuesta le darían las familias. Yesugei le había enseñado eso, al menos las tribus estaban dispuestas a tolerar mucho de sus líderes, pero siempre había un límite que tener en cuenta, una línea que no se debía cruzar.

El primer invierno se habría llevado a esos flacuchos y a su madre, sin duda. Era extraño regresar a una zona que le despertaba tantos recuerdos. El campamento de aquella noche era temporal, un lugar en el que dejar que los caballos engordaran de nuevo comiendo buena hierba. En un mes o así se dirigirían hacia las tierras en torno a la colina roja. Eeluk había oído que los olkhun'ut habían retornado a esa área, y había traído a los Lobos hacia el norte con más de un sueño de conquista. El airag le calentaba la sangre y le daba ganas de luchar o de poseer a la mujer que aguardaba en la ger.

Eeluk respiró hondo, disfrutando del aire helado. Echaba de menos aquel frío: en las húmedas noches del sur acababa con la piel enrojecida por los mordiscos y cubierta de extraños parásitos que tenían que extraerse con la punta de un cuchillo. El aire del norte parecía más limpio, y la enfermedad de la tos, que se había llevado consigo a un viejo y dos niños a los que habían tenido que abandonar en las colinas a merced de los halcones, había empezado por fin a remitir. Los Lobos se sentían alegres al volver a aquellas tierras conocidas.

—¡Tolui! —exclamó Eeluk.

Miró hacia su siervo, que se hallaba a un lado en cuclillas y se puso en pie. La enorme figura se inclinó ante Eeluk, quien sintió la misma satisfacción que le embargaba cuando observaba sus cada vez mayores rebaños. Los Lobos habían competido bien en la pasada reunión de las tribus, habían ganado dos de las carreras cortas y habían perdido la más larga por un solo cuerpo. Sus arqueros habían sido honrados y dos de sus hombres habían llegado a las finales de la competición de lucha. Tolui había tumbado a cuatro de sus rivales y había recibido el título de Halcón antes de que un naimano lo derrotara. En recompensa, Eeluk lo había tomado a su servicio. En uno o dos años aquel fornido joven se volvería lo bastante fuerte como para vencer a cualquiera que lo retara. Esto y su absoluta lealtad lo hacían el mejor candidato para aquella misión.

—La última vez que cabalgaste por el norte eras apenas un niño —dijo Eeluk. Tolui asintió; sus negros ojos no expresaban ninguna emoción—. Estabas allí cuando abandonamos a los hijos y a la esposa de Yesugei.

—Estaba allí, pero no había sitio para ellos —repuso Tolui con voz grave y segura.

Eeluk sonrió.

—Eso es. Ya no había sitio para ellos. Al trasladarnos al sur nos hemos hecho ricos. El Padre Cielo nos ha colmado de bendiciones.

Tolui no respondió y Eeluk dejó que el silencio se prolongara. Mientras consideraba qué orden quería darle. No eran más que fantasmas y viejas heridas, pero aún se despertaba con la imagen de Hoelun, empapado en sudor. A veces soñaba que se retorció desnuda debajo de él, mientras sus puntiagudos huesos sobresalían de la carne. No eran más que sueños, pero aquellas tierras alrededor de la antigua montaña estaban haciendo renacer el pasado en su mente.

—Llévate a dos hombres de confianza —dijo Eeluk.

Tolui se puso tenso y se inclinó aún más sobre su khan, deseoso de complacerle.

—¿Dónde nos vas a mandar? —preguntó.

Eeluk se sirvió un trago de airag antes de responder.

—Vuelve a la antigua zona de caza —dijo por fin—. Mira a ver si alguno de ellos sigue vivo.

—¿Tengo que matarlos? —inquirió Tolui, sin el menor rastro de emoción en su voz.

Eeluk se frotó el estómago hinchado mientras reflexionaba. A su lado estaba la espada que una vez perteneciera a Yesugei. Sería apropiado acabar con su linaje con unos pocos tajos veloces de esa hoja.

—Si han sobrevivido, estarán viviendo como animales. Haz lo que quieras con ellos. —Hizo una pausa, rememorando el desafío de Bekter y Temujin mientras miraba las llamas—. Si encuentras a los mayores, tráelos ante mí. Les enseñaré en qué se han convertido los Lobos al mando de un khan fuerte antes de que se los entregues a las aves y los espíritus.

Tolui inclinó su pesada cabeza y murmuró un «Como deseas» antes de dar media vuelta e ir a buscar a sus compañeros de misión. A la luz de la hoguera, Eeluk lo observó alejarse con paso firme y seguro. La tribu había olvidado a los hijos de Yesugei. A veces pensaba que él era el único que se acordaba de ellos.

Tolui salió del campamento con Basan y Unegen. Sus dos acompañantes rondaban los treinta años de edad, pero no eran hombres nacidos para liderar, como él mismo. Tolui se deleitaba en su propia fuerza y, aunque sólo había vivido dieciocho inviernos, sabía que temían su temperamento. Era algo que el recio joven apenas mantenía bajo control, pues disfrutaba de las miradas nerviosas que le dirigían hombres mayores que él. Veía con qué cuidado se movían en los meses más fríos y cómo se protegían las rodillas. Tolui podía despertarse y de inmediato ponerse en pie de un salto, listo para trabajar o luchar, orgulloso de su juventud.

El único a quien jamás había visto vacilar era a Eeluk, quien, cuando lo retó a pelear, lo arrojó al suelo con tanta violencia que le rompió dos dedos y una costilla. Contra toda lógica, Tolui se enorgullecía de seguir al único hombre que podía igualar

su fuerza, y no existía entre los Lobos hombre más leal que él.

Durante los primeros tres días, cabalgaron sin hablar. Los otros dos guerreros mantuvieron una distancia precavida del favorito de Eeluk, conscientes de lo rápido que mudaba su humor. Exploraron el terreno hasta la colina roja, y comprobaron que había hierba dulce en abundancia para los rebaños que Eeluk guiaría hasta allí delante de la tribu. Sólo unos cuantos pastores a lo lejos rompían la ilusión de estar solos en las vastas llanuras.

El duodécimo día, vieron una solitaria ger junto a un río y galoparon hacia ella. Tolui exclamó «Nokhoi Khor» para que los pastores nómadas sujetaran a sus perros y, a continuación, descendió de un salto al mullido suelo, avanzó con amplias zancadas hacia la pequeña puerta y pasó agachado al interior. Basan y Unegen cruzaron la mirada antes de seguirle, adoptando una expresión adusta y fría. Ambos se conocían desde que eran niños, aun antes de que Yesugei gobernara a los Lobos. Les irritaba que el arrogante y joven Tolui fuera su jefe en aquella expedición, pero ambos habían querido aprovechar la oportunidad para ver qué había sido de aquéllos que dejaron atrás.

Tolui tomó el cuenco de té salado con leche entre sus manazas y lo sorbió ruidosamente mientras se sentaba en una vieja cama. Los otros se unieron a él inclinando sus cabezas ante el pastor y su esposa, que observaban a los forasteros con evidente miedo desde el otro extremo de su hogar.

—No tenéis nada que temer —les dijo Basan cuando aceptó su té, lo que le valió una mirada desdeñosa de Tolui, a quien no le importaban en absoluto los que no fueran Lobos.

—Estamos buscando a una mujer con cinco hijos y una hija —les informó Tolui, y su poderosa voz sonó demasiado alta en la pequeña tienda.

La esposa del pastor alzó la vista, nerviosa; Basan y Unegen sintieron que sus latidos se aceleraban de pronto.

También Tolui había notado su reacción.

—¿Los conoces? —preguntó, inclinándose hacia delante.

El pastor retrocedió, claramente intimidado por la mole de ese guerrero desconocido. Negó con la cabeza.

—Hemos oído hablar de ellos, pero no sabemos dónde están —contestó.

Tolui sostuvo la mirada del hombre, sin mover ni un solo músculo. Abrió ligeramente la boca y mostró sus blancos dientes. La amenaza había hecho su aparición en la ger y todos podían percibirla.

Antes de que nadie pudiera añadir nada más, un crío entró a la carrera por la puerta, frenando en seco al ver a aquellos extraños en casa de sus padres.

—He visto los caballos —dijo, mirando a su alrededor con los ojos negros bien

abiertos.

Tolui se rió entre dientes. De repente, sin dar tiempo a que sus padres reaccionaran, alargó los brazos y sentó al niño en sus rodillas; lo puso boca abajo y comenzó a columpiarlo. El pequeño se reía, pero la expresión de Tolui era fría. El pastor y su mujer, atemorizados, se pusieron rígidos.

—Tenemos que encontrarlos —dijo Tolui, mientras el niño seguía riéndose. Lo sostenía sin esfuerzo aparente con los brazos extendidos, dándole la vuelta en el aire de modo que caía derecho sobre sus rodillas.

—¡Otra vez! —pedía el niño, sin aliento.

Tolui vio que la madre hacía ademán de ir a levantarse y que su marido la retenía agarrándole el brazo.

—Los conocéis —afirmó Tolui, con certeza—. Decídnoslo y nos iremos.

Una vez más, arrojó al niño al aire para darle la vuelta, ajeno a sus chillidos de placer. Tolui ladeó la cabeza para observar la reacción de sus padres. El rostro de la madre se crispó.

—Hay una mujer con varios hijos a un día a caballo hacia el norte. Viven en un pequeño campamento: sólo dos gers y unos pocos caballos. Son gente pacífica —dijo, casi susurrando.

Tolui asintió, disfrutando del poder que tenía sobre ella, mientras su hijo reía ignorante en sus brazos. Por fin, dejó al niño en el suelo y lo empujó hacia sus padres. La madre abrazó a su hijo, cerrando los ojos con fuerza mientras lo estrechaba contra su pecho.

—Si has mentido, volveremos —dijo Tolui.

Sus ojos oscuros y aquellas manos que podrían haber destrozado a su hijo eran un peligro evidente. Los pastores no se atrevieron a mirarle a los ojos y no levantaron la vista del suelo hasta que Tolui y sus acompañantes se hubieron marchado.

Una vez fuera, mientras montaban, Tolui vio un perro corpulento que llegaba con paso tranquilo de detrás de la tienda. El animal era demasiado viejo para cazar y se quedó mirando a los desconocidos con unos ojos blancuzcos que sugerían que estaba casi ciego. Tolui le enseñó los dientes y el perro respondió con un ronco gruñido que brotaba de su garganta. Tolui se rió y preparó su arco con movimientos veloces y precisos. Basan observó con el ceño fruncido cómo Tolui atravesaba la garganta del animal con una flecha. La bestia comenzó a agonizar, entre espasmos, mientras los tres jinetes espoleaban sus monturas y se alejaban al trote.

Tolui parecía de excelente humor cuando prepararon la comida esa noche. La carne seca de cordero no era demasiado vieja y el queso estaba ligeramente rancio, de modo que a cada bocado les picaba ligeramente en la lengua.

—¿Qué ha ordenado el khan que hagamos con ellos cuando los encontremos? —

preguntó Basan.

Tolui miró al guerrero con el ceño fruncido, como si le molestara su pregunta. Le gustaba intimidar a otros guerreros con miradas hostiles, sabiendo que le respaldaba su fuerza, que podría hacer caer de rodillas a un caballo con un solo golpe. No respondió hasta que Basan desvió la mirada, y sintió que ganaba otra pequeña batalla.

—Que hiciera lo que quisiera, Basan —dijo, saboreando la idea—. Aunque el khan quiere que le llevemos a los mayores. Los ataré a las colas de nuestros caballos y los pondré al galope.

—Quizá no sean los que estamos buscando —le recordó Unegen al joven guerrero—. Al fin y al cabo, éstos tienen gers y caballos.

—Ya veremos. Si son ellos, cogeremos también sus monturas —dijo Tolui, sonriendo al imaginárselo.

Eeluk no le había dicho que pudiera haber algún botín, pero nadie le disputaría a Tolui el derecho a apropiarse de las posesiones de la familia de Yesugei. Su destino se había marcado el día que las tribus los abandonaron. No estaban incluidos en las leyes de la hospitalidad, eran meros vagabundos sin khan que los protegiera. Tolui eructó mientras metía las manos dentro de su deel para dormir. Había sido un buen día. ¿Qué más podía pedir un hombre?

Temujin se limpió el sudor de los ojos mientras amarraba el último travesaño para construir un pequeño corral donde sus ovejas y cabras pudieran dar a luz. Con tan pocas bocas que alimentar, el reducido rebaño había crecido con rapidez. Dos años atrás, los hermanos se habían acercado a otros nómadas para trocar lana y carne por fieltro. Habían obtenido suficiente para levantar dos pequeñas gers y, cada vez que las veía, sentía que su ánimo mejoraba.

Khasar y Kachiun estaban practicando el tiro con arco en las proximidades del campamento, con una diana hecha con gruesas capas de fieltro. Temujin se puso en pie y estiró sus entumecidos músculos. Se inclinó sobre la valla para observarlos y se puso a recordar los primeros meses, cuando la muerte y el invierno acechaban cada uno de sus pasos. Había resultado muy difícil para todos, pero la promesa de su madre se había cumplido: habían sobrevivido. Sin Bekter, había nacido entre los hermanos un vínculo de confianza y fuerza que se había ido estrechando más y más, mientras trabajaban juntos todas las horas del día. La experiencia los había endurecido y, cuando no estaban atendiendo al rebaño o preparando los productos para comerciar, dedicaban todo su tiempo a poner a punto su destreza con las armas.

Temujin se tocó el puñal en su cinturón, que mantenía suficientemente afilado para cortar el cuero. En su ger había un arco que estaba a la altura de los que había tenido su padre, una hermosa arma con una curva de reluciente cuerno. Tensar su cuerda era como coger el filo de un cuchillo con los dedos, y Temujin había pasado

meses tratando de endurecer las manos para soportar el peso. Todavía no había matado a un hombre con él, pero sabía que enviaría una flecha en línea recta y con precisión cuando lo necesitara.

Una fresca brisa atravesó las verdes llanuras. Cerró los ojos, disfrutando de la sensación del aire que le secaba el sudor. Oyó la voz de su madre, que les cantaba a Temuge y Temuhrn en la ger. El sonido le hizo sonreír, y se olvidó por un tiempo de las dificultades a las que se enfrentaban. Comerciabán con pastores solitarios y sus familias, y se habían sorprendido al descubrir que en las llanuras existía otra sociedad más allá de las grandes tribus. Algunos de sus habitantes habían sido desterrados por delitos de violencia o lujuria. Otros habían nacido sin la protección de un khan. Eran personas recelosas, y Temujin había tratado con ellos sólo para sobrevivir. Para alguien que había nacido en la tienda de un khan, seguían siendo hombres y mujeres sin tribu, seres deleznable. No le gustaba ser uno de ellos, y sus hermanos compartían esa misma frustración. A medida que se hacían hombres, no podían evitar recordar cómo deberían haber discurrido sus vidas. En un solo día les habían arrebatado el futuro y Temujin se desesperaba cuando pensaba que continuarían malviviendo con unas pocas cabras y ovejas, hasta hacerse viejos y débiles. Eso es lo que Eeluk les había arrebatado. No sólo su derecho de nacimiento, sino también la tribu, la gran familia cuyos miembros se protegían mutuamente y hacían la vida soportable. Temujin no podía perdonarle por aquellos duros años.

Oyó que Kachiun gritaba encantado, y al abrir los ojos vio una flecha clavada en pleno centro de la diana. Temujin se enderezó y caminó hacia sus hermanos, inspeccionando de forma automática el terreno circundante como había hecho miles de veces antes. Nunca podrían estar a salvo, y vivían con el miedo de ver a Eeluk retornar en cualquier momento con una docena de hombres siniestros al galope.

Ese mal presentimiento era una constante en sus vidas, aunque se había suavizado con el tiempo. Temujin había visto que era posible vivir sin que las grandes tribus lo supieran, como habían hecho otras familias nómadas. Y sin embargo, una sola partida de asalto podía quitárselo todo por placer, perseguirlos como animales y destruir o robar sus gers.

—¿Has visto el disparo? —preguntó Kachiun.

Temujin negó con la cabeza.

—Estaba mirando para otro lado, hermano, pero es un arco excelente.

Tan magnífico como el que él mismo guardaba en su tienda. La doble curva había estado secándose durante un año antes de poder pegar y colocar sobre el bastidor las tiras hervidas de cuerno de carnero. Las gers apestaron durante semanas a cola de pescado, pero la madera estaba tan dura como el hierro con las capas añadidas y se sintieron orgullosos de lo que habían hecho.

—Dispara —dijo Kachiun, alargándole el arco a su hermano.

Temujin le sonrió, notando de nuevo cómo se le habían fortalecido los hombros y cuánto había crecido. Todos los hijos de Yesugei eran altos, aunque Temujin había sobrepasado a los demás, y a los diecisiete años había alcanzado ya la altura de su padre.

Agarró con fuerza el arco y preparó una flecha con cabeza de hueso, tirando de ella hacia atrás con las encallecidas yemas de sus dedos. Vació los pulmones y, en el momento de tomar aliento, soltó la flecha y observó cómo se clavaba al lado de la de Kachiun.

—Es un arco excelente —dijo de nuevo, pasando la mano por la amarilla superficie del cuerno.

Tenía una expresión sombría en el rostro cuando se acercó a ellos, y Kachiun, siempre atento a los pensamientos de su hermano, fue el primero en notarlo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—El viejo Horghuz me ha dicho que los olkhun'ut han regresado del norte —explicó Temujin, observando el horizonte.

Kachiun asintió, comprendiendo de inmediato. Temujin y él estaban unidos por un vínculo especial desde el día en que mataron a Bekter. Al principio, la familia había luchado denodadamente sólo para pasar el primer invierno, y luego el siguiente, pero cuando llegó el tercero, tuvieron suficiente fieltro para las gers y Temujin había trocado lana y un arco por otro caballo para unirlo a la vieja y cansada yegua que les habían quitado a los pastores en los primeros días. La brisa primaveral del cuarto año había traído con ella la inquietud, sobre todo a Temujin. Tenían armas y carne, y su campamento estaba lo bastante cerca de los bosques como para poder esconderse de un grupo al que no pudieran hacer frente. La expresión de la madre había perdido su adustez y, pese a que ella seguía soñando con Bekter y el pasado, la primavera había despertado una sensación de futuro en sus hijos.

En sueños, Temujin seguía pensando en Borte, aunque los olkhun'ut habían desaparecido de las llanuras sin que hubiera forma de seguirlos. Aunque los hubiera encontrado, habrían despreciado a un nómada harapiento. No tenía espada, ni medios para hacerse con una, pero los chicos recorrieron una larga distancia alrededor de su pequeño campamento y hablaron con los nómadas para obtener noticias. Los olkhun'ut habían sido avistados en los primeros días de la primavera y, desde entonces, Temujin había estado inquieto.

—¿Traerás a Borte a este lugar? —preguntó Kachiun, repasando el campamento con la vista.

Temujin siguió su mirada y se tragó el resentimiento que sintió al ver sus rudimentarias gers y sus ovejas. La última vez que había visto a Borte había sido con la promesa tácita de que se casarían y ella sería la esposa de un khan. Entonces Temujin sabía cuánto valía él.

—Quizá ya se la hayan dado a otro —dijo Temujin, con amargura—. Tendrá ¿qué? ¿Dieciocho años? Su padre no la habrá dejado esperar tanto tiempo.

Khasar resopló.

—Te la habían prometido a ti. Si se ha casado con otro, podrías desafiarle.

Temujin miró a su hermano, notando una vez más su falta de perspicacia: él nunca podría haber gobernado a los Lobos. Khasar carecía del fuego que ardía en Kachiun, su instantánea comprensión de planes y estrategias. Y sin embargo, Temujin recordaba la noche que habían matado a los pastores. Khasar había luchado a su lado. Después de todo, había en él algo de su padre, aunque nunca sería tan listo como Yesugei. Si su padre siguiera vivo, habría llevado a Khasar con los olkhun'ut al año siguiente. Su vida también había sido desviada de su trayectoria por la traición de Eeluk.

Temujin asintió a regañadientes.

—Si tuviera un deel nuevo, podría cabalgar hasta su campamento para ver qué ha sido de ella —dijo—. Al menos lo sabría con certeza.

—Todos necesitaremos mujeres —asintió Khasar con tono alegre—. Últimamente yo también he sentido ganas y no quiero morirme sin haber tenido una debajo de mí.

—Las cabras echarán de menos tu amor —dijo Kachiun.

—Tal vez pudiera llevarte yo mismo a los olkhun'ut —dijo Temujin a Khasar, mirándole de arriba abajo—. ¿No soy ahora el khan de esta familia? Al fin y al cabo, eres un tipo muy guapo.

Aunque lo había dicho como una broma, era verdad. Al crecer, Khasar se había fortalecido sin adquirir ni un gramo de grasa, y era de tez oscura, con una mata de pelo que le llegaba a los hombros. Ninguno de ellos se preocupaba ya de trenzarse el cabello, y cuando se decidían a cortárselo, era sólo para despejarse el rostro para poder cazar.

—Hay diez ovejas preñadas —dijo Temujin—. Si nos quedamos los corderos, podríamos vender unas cuantas cabras y un par de los carneros más viejos. Por eso nos darían una nueva túnica bordada y tal vez unas riendas mejores. Horghuz estaba jugando con unas mientras hablaba con él. Creo que quería que le hiciera una oferta.

Khasar trató de disimular su interés, pero hacía demasiado tiempo que habían perdido la costumbre de adoptar la expresión impasible del guerrero. No necesitaban controlar sus emociones del modo en que Yesugei les había enseñado a hacer y habían perdido la práctica. Con lo pobres que eran, la decisión era de Temujin, ya que los demás hermanos habían aceptado hacía mucho su derecho a ser su jefe. Le subía la moral ser khan, aunque fuera de algunos caballos esmirriados y un par de gers.

—Veré al viejo y negociaré con él —dijo Temujin—. Cabalgaremos juntos, pero no puedo dejarte allí, Khasar. Necesitamos demasiado tu habilidad con el arco. Si hay una chica que haya sangrado ya, les hablaré en tu nombre.

La cara de Khasar se entristeció y Kachiun le dio un par de palmadas en el brazo como muestra de solidaridad.

—Pero ¿qué podemos ofrecerles nosotros? Sabrán que no tenemos nada.

Temujin sintió que sus ánimos se desvanecían y escupió en el suelo.

—Podríamos atacar a los tártaros —dijo Kachiun, de repente—. Si asaltamos sus tierras, podemos llevarnos lo que encontremos.

—Y dejar que nos cacen —respondió Khasar, irritado. No vio la luz que se había encendido en los ojos de Temujin.

—La muerte de nuestro padre aún no ha sido vengada —dijo. Kachiun percibió su humor y apretó un puño mientras Temujin proseguía—. Somos lo bastante fuertes y podemos atacar antes de que se den cuenta siquiera de que estamos allí. ¿Por qué no? Los olkhun'ut nos darían la bienvenida si fuéramos a verlos con ganado y caballos; a nadie le importará si llevan marcas tártaras.

Cogió a sus dos hermanos por los hombros y los apretó.

—Nosotros tres podríamos recuperar un poco de lo que nos deben. Por todo lo que hemos perdido por su culpa.

Podía ver que estaban empezando a convencerse, pero de repente Kachiun frunció el ceño.

—No podemos dejar a nuestra madre desprotegida con los pequeños —dijo.

Temujin pensó con rapidez.

—La llevaremos con el viejo Horghuz y su familia. Tiene esposa e hijos. Allí estará más segura que en ninguna otra parte. Le prometeré una quinta parte de lo que traigamos con nosotros y aceptará, sé que aceptará.

Mientras hablaba, vio que Kachiun desviaba la mirada hacia el horizonte. Temujin se puso tenso cuando vio lo que había llamado la atención de su hermano.

—¡Jinetes! —chilló Kachiun a su madre.

Todos se giraron cuando Hoelun apareció en la puerta de la tienda más cercana.

—¿Cuántos? —preguntó.

Se dirigió a ellos y se esforzó por ver a los extraños en la distancia, pero su vista no era tan aguda como la de sus hijos.

—Sólo tres —dijo Kachiun con seguridad—. ¿Corremos?

—Tú nos has preparado para esto, Temujin —dijo Hoelun con suavidad—. La elección es tuya.

Temujin sintió cómo todos le miraban, aunque no separó la vista de las manchas negras de la estepa. Seguía sintiéndose animado por lo que había hablado con sus hermanos y deseó escupir contra el viento y desafiar a los recién llegados. No intimidarían a la familia de Yesugei, no después de haber llegado tan lejos. Respiró hondo y dejó que sus pensamientos se asentaran. Aquellos hombres podían ser una avanzada de un grupo mucho mayor, o tres asaltantes que venían a quemar, violar y

matar. Apretó los puños, pero entonces tomó la decisión.

—Id todos a los bosques —dijo, con furia—. Coged el arco y todo lo que podáis llevaros. Si vienen a robarnos, los destriparemos, lo juro.

Su familia se movió con rapidez: Hoelun desapareció dentro del ger y salió con Temulun apoyada en la cadera y Temuge trotando a su lado. Su hermano menor había perdido su gordura de cachorro en los años duros, pero seguía teniendo la mirada asustada mientras se internaba tras ellos en los bosques, avanzando a trompicones junto a su madre.

Temujin se unió a Khasar y a Kachiun, que recogían los arcos y las flechas, colgándose los fardos al hombro y corriendo hacia los árboles. Oyeron a los jinetes gritar a sus espaldas cuando los vieron correr, pero así estarían a salvo. Temujin tragó bilis mientras se adentraba en el bosque y se detenía, jadeante, para mirar atrás. Fueran quienes fueran los odió por hacerle huir: había jurado que nadie más le haría huir de nuevo.

XV

Los tres guerreros entraron con cautela en el pequeño campamento, percibiendo la voluta de humo que seguía saliendo de una de las tiendas. Oyeron los balidos de las cabras y las ovejas, pero por lo demás, reinaba un extraño silencio y sintieron la presión de miradas invisibles.

Las pequeñas gers y el destartalado corral estaban situados junto a un arroyo al final de una colina boscosa. Tolui había visto a los fugitivos desaparecer entre los árboles y había tenido cuidado de desmontar para que su caballo lo parapetara de la amenaza de una emboscada o un tiro preciso. Bajo sus túnicas, Basan y Unegen vestían una cota de cuero como la suya, una capa que les protegería el pecho y les daría ventaja incluso en un ataque directo.

Tolui mantenía las manos bajas, detrás del cuello del caballo, mientras hacía señas a los otros. Uno de ellos tenía que revisar las tiendas antes de seguir adelante, para no arriesgarse a recibir un disparo desde atrás. El que se hizo cargo con una inclinación de cabeza fue Basan, que dirigió a su yegua hacia las sombras de la ger y la utilizó para bloquear la vista a cualquier observador mientras se introducía en ella. Tolui y Unegen aguardaron mientras la registraba, vigilando los árboles con atención. Ambos vieron los montones de espino atados con cordel entre los troncos, que obligaba a quien quisiera perseguirlos a hacerlo a pie. El terreno había sido preparado por alguien que temía un asalto, y había elegido bien. Para llegar a los árboles, los guerreros tendrían que atravesar treinta pasos de espacio abierto, y si los hijos de Yesugei estaban esperándoles con arcos, la cosa se pondría muy fea.

Tolui frunció el ceño mientras consideraba la situación. Ya no dudaba de que las figuras que había visto salir huyendo eran los niños que habían dejado atrás. Las pocas familias nómadas que buscaban comida en las llanuras no habrían estado pertrechadas de esa manera, como si aguardaran una batalla. Preparó el arco a ciegas mientras mantenía la vista clavada en la oscura maleza que podría estar ocultando un ejército. Sabía que podía marcharse y volver con suficientes hombres para darles caza, pero sin haber visto los obstáculos de espino, Eeluk creería que había perdido el valor. No iba a permitir que su khan pensara eso de él, y empezó a disponerse para la lucha. Su respiración cambió de largas y lentas inhalaciones a breves inspiraciones que aceleraban sus latidos y le llenaban de fuerza, mientras Basan entraba en la segunda tienda y salía negando con la cabeza.

Tolui apretó uno de sus puños y luego extendió tres dedos como un tenedor. Basan y Unegen asintieron para mostrar que habían entendido. Tendieron sus propios arcos y esperaron su señal. Tolui se sentía fuerte, consciente de que sólo el disparo más poderoso de una flecha podría atravesar su armadura de cuero y herirle. Levantó el puño y los tres hombres se lanzaron a la carrera a la vez, separándose al llegar a

campo abierto.

Tolui jadeaba mientras corría, vigilando el más mínimo movimiento. A un lado, vio un destello; se lanzó con una voltereta aprendida en la lucha y se puso de pie a toda velocidad mientras algo pasaba zumbando por encima de su cabeza. Los otros dos hombres se desviaron para cerrar el hueco, pero para entonces Tolui había visto que no se podía pasar a través de la primera línea de árboles. Cada espacio había sido cerrado por los grandes fardos de espinos atados. Los hijos de Yesugei debían de haber colocado el último tras de ellos; Tolui vaciló mientras su corazón palpitaba al verse tan desprotegido.

Antes de poder tomar una decisión, una flecha le atravesó el pecho, haciendo que se tambaleara. El dolor era lacerante, pero hizo caso omiso de él, confiando en que la cota habría evitado que profundizara demasiado. Se dio cuenta de que tenían buenos arcos.

Los tres Lobos tuvieron que detenerse en la peor posición posible, frente a los fardos de espinos. Y, sin embargo, como arqueros, cualquiera de ellos podía acertarle a un pájaro en el ala: la situación no era tan desesperada como Tolui había temido. Para que sus enemigos pudieran disparar tenían que mostrarse, aunque fuera un instante. Si lo hacían, uno de los tres guerreros lanzaría una flecha en una décima de segundo, tan rápida que no podrían esquivarla.

Por lo visto, los hijos de Yesugei se habían dado cuenta de la debilidad de su táctica, ya que el silencio creció y se extendió entre los árboles. Todas las aves habían volado ante la súbita incursión de los guerreros y el único sonido era el jadeo de unos hombres que temían por sus vidas, pero que iban controlando poco a poco su respiración.

Tolui dio dos lentos pasos hacia la derecha, cruzando una pierna por encima de la otra en perfecto equilibrio, mientras Basan y Unegen se movían hacia la izquierda. Todos sus sentidos se habían agudizado, listos para matar o ser matados. Era muy fácil imaginar una flecha desgarrándole la carne, pero Tolui se dio cuenta de que estaba disfrutando de la sensación de peligro. Mantuvo la cabeza alta y, entonces, en un impulso, le habló al enemigo oculto.

—Mi nombre es Tolui de los Lobos —dijo, y su voz resonó alta y fuerte en el claro—. Soy uno de los vasallos de Eeluk, que fue uno de los vasallos de Yesugei —inspiró profundamente—. No hay necesidad de luchar. Si nos otorgáis derechos de hospitalidad, volveremos a las gers y te daré mi mensaje.

Aguardó una respuesta, aunque realmente no esperaba que se entregaran con tanta facilidad. Por el rabillo del ojo vio a Basan cambiar ligeramente de postura, delatando su incomodidad.

—No podemos quedarnos aquí todo el día —murmuró Basan.
Sus ojos se movían incesantemente.

—¿Quieres dejar que se nos escapen? —siseó Tolui.

Sólo los labios de Basan se movieron para responder:

—Ahora sabemos que están vivos, deberíamos llevarle la noticia al khan. Tal vez nos dé órdenes nuevas.

Tolui volvió ligeramente la cabeza para contestar y casi le cuesta la vida. Vio a un chico ponerse en pie, preparar con habilidad el arco y disparar. Tolui sintió que el mundo empezaba a rugir en sus oídos mientras soltaba su propia flecha en el mismo momento en que era derribado con otro impacto en su pecho, justo debajo de la garganta. Se percató, pese al dolor, de que su disparo había sido precipitado. Oyó a Unegen disparar hacia la maleza, y Tolui bramó lleno de ira, mientras se levantaba, colocando otra flecha en la cuerda.

Basan disparó a ciegas cuando vio algo que se movía. No oyeron ningún grito de dolor y, cuando Tolui miró a su izquierda, descubrió a Unegen en el suelo: una flecha le atravesaba el cuello de parte a parte. Se le veía el blanco de los ojos y la lengua le colgaba. Tolui lanzó una maldición, agitando su arco adelante y atrás, presa de la furia.

—¡Habéis querido una muerte cruel y os la voy a dar! —chilló.

Por un instante, pensó echar a correr hacia los caballos, pero su orgullo y su furia lo mantuvieron allí, con un deseo desesperado de castigar a quienes se habían atrevido a atacarle. De su deel sobresalían las saetas y arrancó dos astiles con rápidos tirones de las manos cuando se interpusieron en sus movimientos.

—Creo que he herido a uno —dijo Basan.

De nuevo regresó el silencio con su amenaza de otro ataque.

—Deberíamos volver a los caballos —continuó Basan—. Podemos rodear los espinos y lanzarnos hacia ellos por el claro. Tolui mostró los dientes con rabia. Las puntas de flecha le habían herido y sentía un dolor punzante. Ladraba cada palabra como una orden.

—No cedas terreno —dijo, vigilando los árboles—. Mata a cualquier cosa que se mueva.

Temujin se acuclilló detrás de la barrera de espinos que había preparado meses antes. Había sido su flecha la que había atravesado la garganta de Unegen y eso le había producido una salvaje satisfacción. Recordó cómo Unegen le había entregado la espada de su padre a Eeluk. Había soñado muchas veces con vengarse. Sólo un poco ya sería tan dulce como la miel silvestre para él.

Sus hermanos y él habían planificado la defensa contra un ataque exactamente como aquél, pero les había sorprendido ver a un grupo de vasallos de los Lobos en su campamento. Temujin había preparado una trampa para unos asaltantes que suponía menos mortíferos que los hombres que Eeluk había elegido. El pecho de Temujin se henchía de orgullo por haber eliminado a uno de ellos, aunque su orgullo se mezclaba

con la confusión. Eran los guerreros de su padre, los más veloces y los mejores. Era casi un pecado matar a uno de ellos, incluso a Unegen. Pero eso no impediría que Temujin hiciera cuanto pudiera por matar a los demás.

Se acordaba de cuando Tolui era sólo un muchacho de mirada desafiante. Aunque no era tan tonto como para meterse con los hijos de Yesugei, ya entonces era uno de los niños más fuertes del campamento de los Lobos. Por lo que había alcanzado a ver cuando apuntaba su flecha hacia él, bajo el mando de Eeluk la fuerza y arrogancia de Tolui habían crecido.

Echó una ojeada por una pequeña abertura en los espinos, observando a Tolui y a Basan. Éste parecía descontento y Temujin recordó que fue a él a quien enviaron a la tribu de los olkhun'ut para llevarle a casa. ¿Lo había sabido Tolui cuando lo había elegido? Probablemente no. El mundo era diferente entonces, y Tolui era sólo Otro gamberrillo mugriento que siempre se metía en líos. Ahora llevaba la armadura y la túnica de un vasallo de un khan, y Temujin quería herir su orgullo.

Se mantuvo completamente inmóvil mientras consideraba qué hacer. Kachiun había tomado posiciones. Temía que, en cualquier momento, el movimiento atrajera la penetrante vista de Basan y una saeta cruzara entre los espinos y se le clavara. El sudor goteaba por su frente.

Cuando Temujin vio a su hermano, parpadeó con nerviosismo. Kachiun le estaba mirando, esperando en silencio que notara su presencia. El chico tenía los ojos desorbitados de dolor: tenía una flecha clavada en el muslo. Kachiun había recobrado la expresión impasible de esa mañana en la que la muerte había ido a buscarlos: estaba sentado como una estatua, sus rasgos transidos por el dolor y la tez blanca, mientras devolvía la mirada a su hermano, sin atreverse a gesticular. Pese a su autocontrol, las plumas de la flecha temblaban ligeramente y, con los sentidos agudizados hasta el punto de marearse, Temujin oía incluso el leve movimiento de las hojas. Tolui lo vería, pensó, y lanzaría otra flecha que esta vez sería mortal. Era probable que alguno de los hombres de Eeluk fuera capaz de oler la sangre en la brisa.

Temujin sostuvo la mirada de Kachiun largo tiempo; ambos se observaban mutuamente, en muda desesperación. No podían escapar. Khasar estaba oculto de la vista de Temujin, pero él también estaba en peligro, tanto si lo sabía como si no.

Temujin volvió la cabeza con infinita lentitud hasta ver a Tolui y Basan. Ellos también estaban esperando, aunque era evidente que Tolui estaba furioso y, mientras Temujin lo observaba, se arrancó las flechas que tenía clavadas en el pecho. La rabia del joven habría alegrado a Temujin si la herida de Kachiun no hubiera arruinado todos sus planes.

Temujin comprendió que ese pulso no podía durar eternamente. Existía la posibilidad de que Tolui se retirara para volver con más hombres. Si lo hacía, Khasar

y él tendrían suficiente tiempo para poner a Kachiun a salvo.

Temujin rechinó los dientes, sin saber qué decisión tomar. No creía que Tolui fuera a irse con el rabo entre las piernas, no después de haber perdido a Unegen. Su orgullo no lo permitiría. Si le ordenaba a Basan que avanzara, Khasar y él mismo tendrían que arriesgar otro disparo, pero acertar a la garganta de un hombre con armadura que corría con la cabeza gacha era casi imposible. Temujin sabía que tenía que moverse antes de que Tolui llegara a la misma conclusión y, tal vez, avanzar hacia el claro y acercarse a ellos por otro camino. Los muchachos habían bloqueado las entradas a los bosques en torno al campamento, pero había lugares por donde un guerrero solo podía abrirse paso.

Temujin maldijo su suerte. Sólo habían pasado unos momentos desde el intercambio de flechas, pero el tiempo parecía haberse detenido mientras los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. Sabía lo que tenía que hacer, pero tenía miedo. Cerró los ojos un instante y reunió fuerzas. Un khan tomaba decisiones difíciles y sabía que su padre ya se habría movido. Basan y Tolui tenían que ser alejados de allí antes de que encontraran a Kachiun y acabaran con él.

Temujin empezó a retroceder a gatas, sin dejar de vigilar a los intrusos, que aparecían intermitentemente entre las ramas. Podía ver que estaban hablando, aunque no acertaba a oír sus palabras. Cuando había recorrido diez o veinte alds, utilizó un abedul para ocultar sus movimientos mientras se ponía en pie y sacaba otra flecha del carcaj que llevaba a la espalda. Ya no podía ver a ninguno de los dos hombres y tendría que disparar de memoria. Rogó al Padre Cielo que le concediera unos momentos de confusión, luego tensó el arco y lanzó la flecha hacia donde había visto a Tolui.

Tolui oyó la flecha en la décima de segundo que tardó en atravesar las hojas, llegando desde ninguna parte. Lanzó su propia saeta antes de que la otra le alcanzara, haciéndole un largo arañazo en el antebrazo antes de caer girando inútilmente. Gritó de dolor y sorpresa y luego vio a una figura que corría entre los árboles y lanzó otra flecha confiando tener suerte. Pero el proyectil se perdió en los espesos arbustos de la colina, y la ira de Tolui superó su precaución.

—¡Ve tras él! —le chilló a Basan, que ya se había puesto en movimiento.

Corrieron juntos hacia el este de las barreras, intentando no perder de vista al corredor mientras buscaban un hueco para entrar en el bosque.

Cuando lo encontraron, Tolui se internó sin ninguna vacilación, mientras Basan se quedaba atrás y vigilaba por si acaso el ataque era una trampa. Tolui empezó a subir con paso firme y Basan corrió para ponerse a su altura en su veloz ascenso por la colina. Vieron que el joven llevaba un arco en la mano y ambos sintieron la excitación de la caza. Estaban bien alimentados y eran fuertes, y tenían confianza en sus posibilidades de victoria mientras las ramas los azotaban a su paso y saltaban un

arroyuelo. La figura no se detuvo a mirar, pero le vieron dirigirse hacia la parte más espesa de la maleza.

Tolui empezó a jadear y Basan tenía la cara roja por el esfuerzo de la subida, pero prepararon sus espadas y continuaron, haciendo caso omiso del malestar.

Kachiun alzó la vista cuando la sombra de Khasar cayó sobre su rostro. Buscó con los dedos el cuchillo antes de relajarse al ver que se trataba de su hermano.

—Temujin ha conseguido ganar un poco de tiempo para nosotros —le dijo.

Khasar espió entre los árboles y vio a los dos hombres ascendiendo más y más la colina. Los abedules y los pinos llegaban sólo a la mitad y sabían que Temujin quedaría expuesto hasta que pudiera llegar al valle al otro lado, donde había otro bosque. No sabían si podría escapar de sus perseguidores, pero ambos hermanos estaban emocionados y aliviados de verse libres de los vasallos de Eeluk.

—¿Y ahora qué? —preguntó Khasar, casi para sí.

Kachiun trató de concentrarse en medio de aquel dolor, que parecía un animal devorándole la pierna. La debilidad iba y venía a ráfagas mientras se esforzaba en mantenerse consciente.

—Ahora sacamos esta flecha —dijo, haciendo una mueca al imaginárselo.

Habían visto cómo se hacía cuando los hombres regresaban de sus enfrentamientos con alguna partida de asaltantes. La herida de la pierna era bastante limpia y el flujo de sangre se había convertido en un hilillo. Aun así, Khasar recogió un grueso puñado de hojas para que Kachiun las mordiera. Sujetó el astil de la saeta, lo rompió limpiamente y la empujó para que atravesara el muslo mientras los ojos de Kachiun se abrían de forma desorbitada. Sin poder evitarlo, un grave gemido brotó de sus labios, y Khasar le tapó la boca con la mano para amortiguar el sonido hasta que los pedazos de flecha estuvieron en el suelo. Con movimientos rápidos y hábiles, cortó tiras de su cinturón y le hizo un torniquete.

—Apóyate en mi hombro —le dijo, ayudándolo a levantarse.

Era evidente que su hermano pequeño estaba aturdido y mareado, pero cuando escupió las hojas húmedas, Khasar esperó que dijera qué tenían que hacer ahora.

—Volverán —aseguró Kachiun, cuando se recuperó—. Traerán a los otros. Si nos damos prisa, podemos llevarnos todos los caballos y llegar al segundo campamento.

Khasar se quedó con él hasta que se subió a la silla del caballo de Tolui. Entonces le ayudó a colocarse poniéndole una mano en el hombro, y le dio las riendas en la mano antes de salir como un relámpago hacia donde su madre se había escondido con los niños. Temujin había preparado el refugio, y Khasar dio gracias por la previsión de su hermano mientras corría. La aparición de los guerreros de Eeluk era una pesadilla que había atormentado sus noches en muchos momentos de sus años en solitario. Había sido una suerte que Temujin hubiera repasado los planes una y otra vez, aunque Khasar odiaba la idea de regresar a la oscura grieta en las colinas donde

habían transcurrido sus primeras noches. Temujin había insistido en situar allí una ger diminuta, pero nunca pensaron que tendrían que utilizarla tan pronto. Volverían a estar solos de nuevo, y tratarían de darles caza.

Mientras corría, rezó para que Temujin lograra escapar de sus perseguidores. Cuando volviera, él sabría qué hacer. La idea de que Temujin no regresara era demasiado terrible para contemplarla siquiera.

Temujin corrió hasta que le empezaron a fallar las piernas, y su cabeza se bamboleaba con cada paso. Al principio, había tenido fuerza y velocidad suficientes para saltar y esquivar todos los obstáculos que salían a su encuentro, pero cuando la saliva se convirtió en una pasta amarga en la boca y su energía se desvaneció, sólo fue capaz de avanzar dando tumbos, arañándose la piel con los miles de ramas y espinos.

Lo peor había sido tener que cruzar la cumbre de la colina, desnuda como una piedra de río. Tolui y Basan le habían lanzado varias flechas y Temujin se había visto obligado a reducir el paso para poder observar la trayectoria de las saetas y quitar su cuerpo cansado de su camino con un salto. Sus perseguidores habían acertado terreno en el vasto espacio vacío, pero luego había llegado por fin a los viejos árboles y seguido adelante a trompicones, con la visión borrosa, sintiendo cómo cada bocanada de aire le abrasaba la garganta.

El arco se le enganchó en un arbusto de brezo tan firmemente que no pudo soltarlo y tuvo que darlo por perdido. Se maldijo por ello mientras continuaba corriendo, porque sabía que tendría que haber quitado la cuerda, o incluso haberla cortado. Cualquier cosa menos perder un arma que al menos le habría dado una oportunidad de rechazarlos cuando le alcanzaran. Su pequeño puñal no le ayudaría contra Tolui.

No lograba dejar atrás a los guerreros. Lo mejor que podía hacer era tumbarse en algún sitio. Mientras avanzaba tambaleante, buscó algún arbusto donde esconderse. El miedo le atenazaba la garganta y no conseguía deshacerse de él. Al mirar atrás vio a los dos hombres saltando, sin perder velocidad, a través de los árboles. Habían bajado sus arcos y le invadió la desesperanza. No había planeado que le persiguieran durante tanto trecho, y no tenía sentido desear haber preparado un alijo de armas o una trampa como las que se usan para los lobos en el invierno. Su jadeo se convirtió en un ronquido, y luego en un sonido más fuerte, pues cada vez que respiraba su cuerpo gritaba pidiéndole que se detuviera. El sol seguía brillando en el cielo encima de su cabeza, pero lo único que podía hacer era seguir y seguir, hasta que su corazón estallara o una flecha se hundiera en su espalda.

Tuvo que cruzar un pequeño arroyo que se encontró en el camino, resbaló en una piedra húmeda, tropezó y se cayó dándose un buen chapuzón en el agua helada. Esto le hizo despertar de su trance, y al instante se levantó y continuó corriendo con un

poco más de control. Mientras lo hacía, escuchó atentamente y contó sus pasos hasta que oyó a Tolui y Basan chapotear en el mismo arroyo. Estaban a cincuenta y tres pasos detrás de él, lo bastante cerca para poder derribarlo como a un ciervo si les ofrecía una sola vez un tiro claro. Alzó la cabeza y reunió todas sus energías para seguir adelante. Su cuerpo estaba exhausto, pero recordaba que Yesugei le había dicho que la voluntad de un hombre podía hacerle avanzar mucho después de que su débil carne se hubiera dado por vencida.

Una repentina hondonada lo ocultó de la vista de sus perseguidores y viró para esquivarles a través de un bosquecillo de abedules. En esa zona las zarzas eran tan altas como un hombre y se zambulló en ellas sin pensar, escarbando como un loco en los espinos para profundizar más y más en su sombría protección. Se sentía desesperado, a punto de ser presa del pánico, pero cuando dejó de ver la luz del día, se hizo un ovillo y se mantuvo tan inmóvil como pudo.

Sus pulmones pedían aire a gritos mientras se obligaba a permanecer quieto. La molestia creció y empezó a sudar. Notó que su rostro se sofocaba y le temblaban las manos, pero todo lo que se permitió fue inspirar y espirar un delgado chorro de aire mientras apretaba todos los músculos de su boca y mejillas con fuerza.

Oyó a Tolui y Basan pasar corriendo por su lado, llamándose entre sí. No irían muy lejos antes de regresar a buscarle, estaba seguro. Aunque no había nada que deseara más que cerrar los ojos y descansar, utilizó ese tiempo precioso para avanzar serpenteando y seguir adentrándose en el oscuro corazón de los arbustos. Se le clavaban algunas espinas, pero no podía chillar y simplemente se presionó la carne hasta que salieron. Esas pequeñas heridas no importaban nada en comparación con lo que le pasaría si le cogían.

Se obligó a detener su ciego gatear. Por un tiempo, no había pensado en nada más que en buscar la oscuridad y la seguridad, como un animal perseguido por cazadores. Como hijo de Yesugei sabía que el temblor de las hojas revelaría su posición si no dejaba de moverse. Ese yo interior contemplaba con frío desdén esa manera de escarbar y arrastrarse e intentaba recuperar el control. Al final, fue el sonido de la voz de Tolui lo que le hizo quedarse inmóvil y cerrar los ojos con una sensación semejante al alivio. No podía hacer nada más.

—Se está escondiendo —afirmó Tolui con claridad, a una distancia terroríficamente próxima. Ambos debían de haber dado la vuelta en cuanto lo perdieron de vista.

Temujin sintió un calambre en los músculos del pecho y se metió la mano en la boca para mordérsela y acallar el dolor. Se concentró en una imagen de su padre en la ger y vio de nuevo ante sí la vida que había perdido.

—Sabemos que puedes oírnos, Temujin —dijo Tolui, jadeando.

A él también lo había fatigado la distancia a la carrera, pero los vasallos del khan

de los Lobos eran los hombres más duros y fuertes del mundo y se estaba recuperando de prisa.

Temujin yacía con la mejilla apoyada en las hojas caídas, oliendo la mohosa riqueza de la podredumbre que nunca había visto la luz del sol. Sabía que en la oscuridad podría despistarlos, pero aún faltaban muchas horas para que cayera la noche y no se le ocurría otro modo de mejorar sus posibilidades. Odiaba a los hombres que le perseguían, los odiaba con un ardor que sin duda tenían que notar.

—¿Dónde está tu hermano Bekter? —Exclamó de nuevo Tolui—. Tú y él sois los únicos a los que queremos, ¿entiendes?

En un tono diferente, Temujin oyó a Tolui murmurar entre dientes a Basan.

—Se habrá tumbado en algún sitio por aquí. Explora todo el terreno y llámame si lo ves.

La dura voz había recobrado parte de su confianza y Temujin rezó al Padre Cielo para que lo fulminara, lo quemara o lo destrozara con un rayo como una vez había visto que le ocurría a un árbol. El Padre Cielo no le respondió, si es que le había oído, pero la ira volvió a encenderse en el pecho de Temujin y en su imaginación se sucedieron las visiones de su sangrienta venganza.

El aliento abrasador de Temujin se había aliviado ligeramente, pero su corazón seguía latiendo con fuerza y apenas podía evitar moverse o hacer ruido al jadear. Oyó pasos cerca de él, que hacían crujir los espinos y las hojas. Había un claro por el que entraba la luz desde el exterior y Temujin fijó la vista en él y vio moverse unas sombras. Para su horror, vislumbró una bota que interrumpió un instante la luz, y luego la luz desapareció por completo cuando un rostro se asomó a mirar. Al notar que también le estaban mirando, los ojos se le salieron de las órbitas y dejó los dientes a la vista como un perro salvaje. Durante un momento verdaderamente largo, Basan y él se sostuvieron la mirada, y luego el vasallo desapareció.

—No le veo —dijo Basan, alejándose.

Temujin sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y, mientras el fragor de la sangre le zumbaba en los oídos, acusó de repente todos los dolores y las heridas que su pobre cuerpo había sufrido en la persecución. Recordó que Basan había sido leal a Yesugei y el alivio fue inmenso.

Oyó la voz de Tolui en la distancia y, durante largo tiempo, estuvo a solas con el susurro de su aliento. El sol empezó a ocultarse tras las apartadas colinas invisibles y la oscuridad llegó pronto a la profundidad de las zarzas. Temujin oyó a los dos hombres llamarse entre sí, pero las voces sonaban cada vez más lejanas. Más tarde, el agotamiento le robó de pronto la consciencia y se quedó dormido.

Cuando se despertó, vio una llama amarilla atravesar su campo de visión. Al principio no comprendió de qué se trataba o por qué estaba allí tendido, acurrucado

en unas zarzas tan espesas que apenas podía moverse. Daba miedo estar rodeado de oscuridad y espinos, y no sabía cómo podría salir de allí si no era arrastrándose por donde había venido.

En la penumbra, observó las antorchas y sus llamas se le grabaron en la retina. En una ocasión vio el rostro de Tolui bajo la luz dorada: el guerrero seguía buscándolo y ahora tenía un aspecto adusto y cansado. Sin duda ambos hombres estaban hambrientos y anquilosados, como el propio Temujin.

—Te arrancaré la piel si no te entregas —gritó de pronto Tolui—. Si me obligas a seguir buscándote toda la noche, te daré una paliza de muerte.

Temujin cerró los ojos. Cada vez que las llamas se alejaban trataba de estirar los músculos. En la oscuridad, Tolui no podría ver las zarzas moverse, y Temujin empezó a prepararse para echar a correr de nuevo. Tensó las piernas, que había tenido apretadas contra el pecho, y sintió un enorme alivio. Estaba helado y sentía calambres en todo el cuerpo, así que pensó que lo que le había despertado era el dolor y no los gritos de Tolui.

Se frotó los nudos de los músculos de los muslos con las manos para relajarlos. Tenía que salir rápidamente, era todo cuanto necesitaba: la oscuridad se encargaría de ocultarlo de su vista. Sabía que su familia habría llegado a la grieta en las colinas y, si se esforzaba, creía que podría llegar allí antes del amanecer. Tolui y Basan nunca podrían localizarlo en el pasto seco y tendrían que volver a buscar más hombres. Temujin se prometió en silencio que nunca lo capturarían. Se llevaría a su familia lejos de los Lobos de Eeluk y comenzarían una nueva vida donde pudieran estar a salvo.

Estaba listo para moverse cuando la luz de la antorcha cayó en la franja de terreno donde estaba tendido y se quedó paralizado. Vio la cara de Tolui y le dio la impresión de que el vasallo le estaba mirando directamente. Temujin no se movió, ni aun cuando el guerrero de Eeluk empezó a tirar de las puntas de las zarzas. La luz de la antorcha creaba sombras que bailoteaban, y el corazón de Temujin se aceleró asustado una vez más. No se atrevió a volverse a mirar, aunque oyó la llama de las teas crepitar en los espinos que rodeaban sus piernas. Tolui debía de haber metido la antorcha muy abajo para iluminar la zona que le resultaba sospechosa.

Temujin notó que una mano le atenazaba el tobillo y, pese a que despertó al instante a la vida y le dio una patada, los férreos dedos no le soltaron. Buscó el puñal de su cinturón y lo extrajo, gritando de miedo y rabia mientras le arrastraban por el terreno y lo sacaban al claro.

Tolui había tirado la antorcha al suelo para agarrarle, de modo que Temujin casi no podía ver al hombre que le sujetó por la túnica y elevó un puño en lo alto. Una manaza cayó sobre la mano que sostenía el puñal y Temujin se retorció lleno de impotencia. Vislumbró apenas el golpe que caía sobre él antes de perder la

consciencia y entrar en un mundo todavía más oscuro.

Cuando se despertó de nuevo, había una hoguera delante de él y los dos hombres se calentaban junto a ella. Lo habían amarrado a un joven abedul, cuyo frío sentía contra su espalda. Tenía sangre en la boca y se lamió el pegajoso líquido de los labios con la lengua. Tenía los brazos atados muy arriba, a la espalda, y ni se preocupó de comprobar los nudos. Ningún vasallo de los Lobos habría dejado una cuerda suelta que pudiera alcanzar con los dedos. En unos pocos segundos, Temujin comprendió que no podía escapar y observó a Tolui con la mirada apagada, deseándole la muerte con toda la ferocidad de su imaginación. Si hubiera habido algún dios escuchando, Tolui habría ardidado ante sus ojos.

No sabía qué pensar de Basan. Estaba sentado a un lado, con la cara vuelta hacia el fuego. No habían traído comida y era evidente que preferían pasar una noche en los bosques antes de arrastrarlo a donde sus caballos aguardaban en la oscuridad. Un reguero de sangre cayó resbalando por la garganta de Temujin; se atragantó, y al toser hizo que ambos se volvieran a mirarlo.

Los fuertes rasgos de Tolui se iluminaron al verle despierto. Se puso en pie de inmediato, mientras a sus espaldas Basan negaba con la cabeza y retiraba la vista.

—Te dije que te encontraría —dijo Tolui, en tono alegre.

Temujin miró al joven, recordando al niño de brazos y piernas demasiado largos que conoció. Lanzó un escupitajo de sangre al suelo y vio que la expresión de Tolui se ensombrecía. Como salido de la nada, en la mano del guerrero apareció un cuchillo, y Temujin vio que Basan se levantaba detrás de él.

—Mi khan te quiere vivo —dijo Tolui—, pero ¿no podría sacarte un ojo, por la carrera que nos has obligado a echar? ¿Qué opinas de eso? ¿O partirme la lengua en dos como la de una serpiente? —Continuó, agitando el puñal cerca de los ojos de Temujin—. Solía observaros a Bekter y a ti cuando erais pequeños, para ver si había algo especial en vosotros, algo que os hiciera mejores que yo. —Sonrió y negó con la cabeza—. Era muy joven. No se puede ver qué hace a un hombre un khan y a otro un esclavo. Está aquí. —Se golpeó en el pecho, con los ojos brillantes.

Temujin enarcó las cejas, harto de las poses y la palabrería de Tolui. El olor a grasa rancia que desprendía era fuerte, y mientras lo aspiraba tuvo una visión de un águila batiendo sus alas frente a su cara. Se sintió lejos de allí y, de repente, ya no tenía miedo.

—Ahí no, Tolui, no en ti —dijo con lentitud, alzando la vista para devolverle la mirada al inmenso hombre que le estaba amenazando—. No eres más que un estúpido yak, apto sólo para levantar troncos.

Tolui le cruzó la cara con un brusco golpe que le torció la cabeza. El segundo fue aún peor y, al retirarla, había sangre en la palma de su mano. Temujin vio un destello

de odio y de siniestro triunfo en sus ojos y se preguntó si se detendría, hasta que Basan habló junto al hombro a Tolui, que se sorprendió al encontrárselo a su lado.

—Déjale tranquilo —dijo con suavidad—. No es honorable pegar a un hombre atado.

Tolui resopló y se encogió de hombros.

—Entonces tiene que responder a mis preguntas —espetó, volviéndose hacia su compañero.

Basan guardó silencio y a Temujin se le cayó el alma a los pies. Ya no le ayudaría más.

—¿Dónde está Bekter? —Preguntó Tolui—. A ése le debo una buena paliza. — Sus ojos se enfriaron al pronunciar el nombre y Temujin se preguntó qué habría sucedido entre ellos.

—Está muerto —afirmó—. Kachiun y yo lo matamos.

—¿De verdad?

Fue Basan quien habló, olvidando a Tolui por un instante. Temujin jugó con la tensión que existía entre ellos respondiendo directamente a Basan.

—Era un invierno muy duro y nos estaba robando comida. Tomé la decisión de un khan.

Tal vez Basan le habría respondido, pero Tolui se aproximó un paso, apoyando sus manazas en los hombros de Temujin.

—¿Y cómo sé que estás diciendo la verdad, muchacho? Podría estar acechándonos ahora mismo, y entonces ¿qué pasaría con nosotros?

Temujin sabía que su situación era desesperada. Todo lo que podía hacer era intentar prepararse para la paliza. Adoptó una expresión impasible.

—Cuídate mucho a partir de ahora, Tolui. Te quiero en forma y fuerte para cuando vaya por ti.

Tolui se quedó boquiabierto al oírlo, sin saber si reírse o arremeter contra él. Al final, decidió darle un puñetazo en el estómago, y después continuar golpeándole, riéndose de su propia fuerza y del daño que era capaz de hacer.

XVI

Tolui le había dado otra paliza al descubrir que los caballos no estaban. El joven vasallo se había puesto tan furioso ante la insolencia de los hermanos de Temujin que casi había resultado cómico, y una sonrisa incauta de su cautivo había bastado para que desahogara su rabia contra él en un arrebato de frustración. Basan había intervenido, pero el agotamiento y los golpes se hicieron sentir y, al amanecer Temujin pasó varias horas desmayándose y recobrando el conocimiento intermitentemente, con la mente confundida.

El día discurrió cálido y suave mientras Tolui quemaba las gers que Temujin y sus hermanos habían construido. Las volutas de humo negro ascendían hacia el cielo a sus espaldas y Temujin miró atrás sólo una vez para fijar la imagen en su memoria, para poder recordar algo más por lo que le tendrían que pagar. Siguió a trompicones a sus captores, que comenzaron la larga marcha tirando de él con una cuerda que habían atado a sus muñecas.

Tolui le dijo a Basan que conseguirían nuevos caballos de los nómadas con los que se habían encontrado antes. Sin embargo, cuando llegaron a ese lugar después de un duro día de camino, no había nada esperándoles excepto un círculo quemado de hierba negra que marcaba el lugar donde una vez había estado la ger. Esta vez Temujin disimuló la sonrisa, pero sabía que el viejo Horghuz habría hecho correr la voz entre las familias nómadas y que se habría llevado a la suya lejos de los rudos guerreros de los Lobos. Puede que no fueran una tribu, pero el comercio y la soledad unía a aquéllos que eran débiles. Temujin sabía que la noticia del regreso de los Lobos se propagaría cada vez más lejos. La decisión de Eeluk de volver a las tierras que rodeaban la colina roja era como lanzar una piedra a un lago. Todas las tribus a una distancia de cien días a caballo se enterarían y se preguntarían si los Lobos serían para ellos una amenaza o un aliado. Aquéllos que como el viejo Horghuz se las arreglaban a duras penas sin la protección de las grandes familias se mostrarían aún más precavidos ante las posibles consecuencias y el nuevo orden. Cuando se acercaban los lobos, los perros pequeños se escabullían con el rabo entre las piernas.

Por primera vez, Temujin vio el mundo desde el otro lado. Podría haber odiado a las tribus por el modo en que recorren las llanuras, pero en vez de eso soñó que un día haría huir a otros hombres a su paso. Era el hijo de su padre y era difícil verse como uno de los nómadas sin tribu. Estuviera donde estuviera, el linaje legítimo de los Lobos continuaba en él. Renunciar a eso habría sido deshonorar a su padre y su propia lucha por la supervivencia. Durante todo ese tiempo, Temujin había sabido una simple verdad. Un día, él sería khan.

Con sólo un poco de agua de río para saciar su sed y sin esperanza de rescate, casi podía reírse ante esa idea. Primero tenía que librarse del destino que Tolui y Eeluk

tenían preparado para él. Fantaseaba mientras trotaba detrás, atado de la cuerda. Había considerado adelantarse y lanzar una soga en torno a la garganta de Tolui, pero el fornido joven no lo perdía de vista y, aunque se presentara el momento adecuado, no estaba seguro de tener fuerza para romper el enorme cuello del guerrero.

Tolui permaneció inusitadamente callado durante la marcha. Le daba vueltas al hecho de que estaba regresando con uno solo de los hijos del khan y ni siquiera era el mayor, que les habían robado los valiosos caballos y que habían perdido a Unegen. Si no hubiera sido por su único cautivo, la incursión habría sido un completo desastre. Tolui observaba constantemente a su prisionero, preocupado de que pudiera desvanecerse y los obligara a regresar sólo con su vergüenza. Cuando llegó la noche, Tolui se levantó varias veces de un sueño intranquilo para comprobar las cuerdas. Cada vez que lo hizo, encontró a Temujin despierto y mirándole con secreto regocijo. Él también había pensado en el regreso del grupo a la tribu de los Lobos y estaba encantado de que sus hermanos menores al menos le hubieran negado a Tolui la oportunidad de pavonearse ante Eeluk. Llegar a pie supondría una gran humillación para el orgulloso vasallo y, si no hubiera estado tan fatigado y abatido, podría haber disfrutado del hosco silencio de Tolui.

Sin las provisiones que guardaban en las alforjas, todos estaban debilitándose por momentos. El segundo día Basan se quedó vigilando a Temujin mientras Tolui cogía su arco y se dirigía a una hilera de árboles en la cresta de una montaña. Era la oportunidad que Temujin había estado esperando y Basan notó sus ansias de hablar con él antes siquiera de que abriera la boca.

—No voy a soltarte, Temujin. No puedes pedirme eso —dijo Basan.

El pecho de Temujin se deshinchó como si la esperanza se hubiera escapado de su cuerpo con su aliento.

—No le dijiste dónde estaba escondido —murmuró.

Basan se sonrojó y retiró la mirada.

—Debería haberlo hecho. Te di una oportunidad para honrar la memoria de tu padre, y Tolui te encontró de todos modos. Si no hubiera estado oscuro, podría haberse dado cuenta de lo que había hecho.

—No. Es un idiota —aseguró Temujin.

Basan sonrió. Tolui era un joven en auge en las gers de los Lobos y su temperamento se estaba convirtiendo en legendario. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que oyó a alguien insultarle en voz alta, aun cuando Tolui no estuviera escuchando. Ver que Temujin se mantenía fuerte frente a él era un recordatorio de que había un mundo más allá de los Lobos. Cuando volvió a hablar, lo hizo con amargura.

—Dicen que los Lobos son fuertes, Temujin... y lo somos, con hombres como Tolui. Eeluk ha nombrado nuevos vasallos, hombres sin honor. Nos hace arrodillamos

ante él, y si alguien le hace reír, ha cazado un ciervo o asaltado a una familia nómada, Eeluk le arroja un odre de airag negro como a un perro que ha hecho algo bien. — Mientras hablaba, alzó la vista hacia las colinas, recordando otros tiempos—. Tu padre nunca nos hizo arrodillarnos —añadió con suavidad—. Mientras estuvo vivo habría dado mi vida por él sin pensarlo; nunca hizo que nos sintiéramos como animales.

Era un largo discurso para el taciturno miembro de la tribu y Temujin le escuchó con atención, consciente de la importancia de tener a Basan como aliado. No contaba con ningún otro entre los Lobos, ya no. Podría haber pedido ayuda de nuevo, pero Basan no había hablado a la ligera. Su sentido del honor le impedía dejarle escapar ahora que le habían capturado. Temujin lo aceptó, aunque las anchas llanuras lo llamaban y estaba deseando huir de cualquier muerte horrible que Eeluk hubiera ideado para él. Sabía que no debía esperar compasión por segunda vez, ahora que Eeluk estaba seguro en su posición. Cuando habló, eligió las palabras con cuidado, pues necesitaba que Basan recordara, que escuchara algo más que la súplica de un prisionero.

—Mi padre nació para gobernar, Basan. Se comportaba con amabilidad con los hombres en los que confiaba. Eeluk no está tan... seguro de sí mismo. No puede estarlo. No excuso lo que ha hecho, pero le comprendo, y comprendo por qué ha hecho que hombres como Tolui estén junto a él. Su debilidad les hace despiadados, y a veces hombres como él pueden ser guerreros mortíferos.

Notó que Basan se estaba relajando mientras hablaba, considerando ideas insospechadas, casi como si hubiera olvidado que uno de ellos era cautivo del otro.

—Tal vez eso es lo que Eeluk vio en Tolui —continuó Temujin, pensativo—. No he visto cómo se comporta en un asalto, pero puede que apague su miedo con salvajes actos de valor.

Temujin no sabía decir si creía lo que estaba diciendo. El Tolui que había conocido de niño había sido un bravucón que solía echar a correr gimoteando cada vez que se hacía daño. Ocultó su placer con expresión impasible cuando Basan pareció preocupado, considerando sus recuerdos a la luz de las palabras de Temujin.

—Tu padre no lo habría elegido como vasallo —dijo Basan, moviendo la cabeza—. Ser elegido por Yesugei fue el mayor honor de mi vida. Significó más entonces que tener una armadura y el poder suficiente para atacar a familias débiles y sus rebaños. Significó... —Se sacudió, alejándose de sus recuerdos.

Temujin quería seguir ahondando en ese camino, pero no se atrevió a presionarle más. Se quedaron en silencio durante un tiempo, luego Basan suspiró.

—Con tu padre, podía sentirme orgulloso —murmuró, casi para sí mismo—. Éramos venganza y muerte para aquéllos que nos atacaban, pero nunca para las familias, nunca para los Lobos. Eeluk ha hecho que nos pavoneemos en torno a las

tiendas con nuestra armadura, y no trabajamos la lana para hacer fieltro ni domamos a nuevos caballos. Nos deja que engordemos y nos ablandemos con regalos. Los jóvenes no conocen otra cosa, pero yo he sido esbelto y fuerte y firme, Temujin. Recuerdo lo que era cabalgar con Yesugei contra los tártaros.

—Le sigues honrando, todavía —susurró Temujin, conmovido por los recuerdos que tenía Basan de su padre.

Vio que el rostro de Basan se relajaba en respuesta, y supo que no sacaría nada más de él ese día.

Tolui retornó triunfante con dos marmotas atadas a su cinturón. Basan y él las cocinaron con piedras calientes selladas dentro de la piel y Temujin empezó a salivar al percibir el olor de la carne en la brisa. Tolui permitió que Basan lanzara una de las carcasas hacia donde Temujin pudiera alcanzarla, y el muchacho fue arrancando con deliberado cuidado los restos de carne, sabiendo que necesitaba mantenerse fuerte. Tolui parecía disfrutar tirando de la cuerda cada vez que lograba meterse un bocado de alimento en la boca.

Cuando se pusieron en marcha de nuevo, Temujin luchó contra la fatiga y el dolor y el escozor de sus muñecas. No se quejó, porque sabía que mostrar cualquier debilidad sería darle una satisfacción a Tolui. Sabía que el guerrero lo mataría antes que dejarle huir, y Temujin no veía ninguna posibilidad para escapar de los hombres que le tenían prisionero. La idea de encontrarse con Eeluk de nuevo despertaba un miedo lacerante en su estómago vacío. Cuando llegó la noche, Tolui hizo una parada repentina, con la mirada clavada en algo que vislumbraba en la lejanía. En la penumbra del ocaso, Temujin forzó la vista y se le cayó el alma a los pies.

El viejo Horghuz no había ido muy lejos, después de todo. Temujin reconoció su yegua picaza y el carro que arrastraba, lleno hasta los topes de las escasas posesiones de la familia. Su pequeño rebaño de cabras y ovejas los precedía, y su balido viajaba en la brisa. Tal vez Horghuz no había comprendido el peligro al que se enfrentaba. Temujin sufrió al pensar que quizá se hubiera quedado en la zona para ver qué le pasaba a la familia con la que había entablado amistad.

Horghuz no era idiota. No se acercó a los guerreros, aunque notaron la palidez de su rostro cuando se volvió a mirarlos. Temujin le suplicó en silencio que se alejara galopando tan rápido como pudiera.

Lo único que podía hacer era observar con angustia mientras Tolui le pasaba la cuerda a Basan y se descolgaba el arco del hombro, escondiéndolo de la vista y preparando la flecha con las manos bajadas. Cuando lo vio caminar a toda velocidad hacia el viejo y su familia, Temujin no pudo aguantar más. Con una sacudida que hizo que Basan girara sobre sí mismo levantó los brazos y los agitó frenéticamente para avisar al viejo de que debía alejarse de inmediato.

Horghuz vaciló, se volvió en la silla y miró fijamente a la figura solitaria que avanzaba hacia él. Vio el desesperado gesto de Temujin, pero era demasiado tarde. Tolui ya los tenía a tiro y tensó su arco con un pie, elevando el arma, ya lista, en una décima de segundo. Sin dar tiempo a que Horghuz pudiera hacer otra cosa que alertar con un grito a su mujer y a sus hijos, Tolui disparó.

No fue un lanzamiento demasiado poderoso para un hombre que era capaz de manejar el arco a galope tendido. Temujin gimió cuando vio a Horghuz espolear al caballo, sabiendo que el cansado animal no sería lo bastante rápido. Los guerreros y su prisionero siguieron la trayectoria de la flecha. Tolui había lanzado otra después de la primera, que parecía oscuramente suspendida en el aire mientras las figuras humanas se movían demasiado despacio, demasiado tarde.

Temujin gritó cuando la flecha se clavó en la espalda del viejo Horghuz, haciendo que el caballo se encabritara asustado. Aun a esa distancia, Temujin vio cómo la silueta de su amigo se retorció y sus brazos se agitaban débilmente. La segunda flecha siguió casi el mismo camino, hundiéndose en la silla de madera mientras Horghuz caía al suelo, un bulto de ropa oscura sobre la verde llanura. El rostro de Temujin se crispó al oír el ruido sordo del segundo golpe un instante después de verlo aterrizar. Tolui rugió triunfante e inició el trote del cazador, acercándose a la aterrorizada familia arco en ristre, como un lobo se aproxima a un rebaño de cabras.

La esposa de Horghuz soltó al caballo del carromato y puso a sus dos hijos en la silla tras arrancar la flecha que sobresalía de ella. Quizá le hubiera dado una palmada al caballo para que echara a correr, pero Tolui ya la había amenazado gritando que no lo hiciera. Cuando volvió a levantar el arco, la mujer se dejó caer al suelo, derrotada.

Temujin observó desesperado cómo Tolui se acercaba aún más, colocando otra flecha en el arco con gesto indiferente.

—¡No! —exclamó Temujin, pero Tolui se estaba divirtiendo.

Su primera flecha alcanzó a la mujer en el pecho. Luego acabó con los niños, que lo contemplaban entre alaridos. La fuerza de los impactos los derribó del caballo, haciendo que cayeran espatarrados en el polvoriento suelo.

—¿Qué daño le han hecho, Basan? ¡Dímelo! —preguntó Temujin.

Basan lo miró levemente sorprendido, interrogándolo con sus ojos oscuros.

—No son de nuestro pueblo. ¿Los dejarías marchar para que se murieran de hambre?

Temujin retiró la vista de la figura de Tolui, que de una patada había quitado el cadáver de uno de los niños del camino para montarse en el caballo. Una parte de él sentía que lo que había presenciado era un crimen, pero no encontraba las palabras para expresarlo. No existía ningún vínculo de sangre o matrimonio con el viejo Horghuz o su familia. No habían sido Lobos.

—Tolui mata como un cobarde —afirmó, tratando aún de encontrar la idea—. ¿Se

enfrenta a hombres armados con el mismo placer?

Vio cómo Basan fruncía el ceño y supo que sus palabras habían surtido efecto. Era cierto que la familia de Horghuz no habría sobrevivido al invierno. Temujin sabía que era posible incluso que Yesugei hubiera dado la misma orden, pero con pesar y comprendiendo que era una especie de acto compasivo en una tierra cruel. Temujin adoptó un aire desdeñoso cuando el guerrero regresó a caballo hacia ellos. Tolui era un hombre pequeño pese a su estatura e inmensa fuerza. Los había asesinado para satisfacer su propia frustración y volvió sonriendo con orgullo a los que le habían visto actuar. Temujin juró una nueva venganza en silencio y no volvió a hablar a Basan.

Tolui y Basan se turnaron para montar a la yegua pintada, mientras Temujin caminaba tambaleante, cayéndose y levantándose a sus espaldas. Después de que Tolui recuperara las flechas, arrancándolas de la carne de sus víctimas, dejaron los cadáveres a los carroñeros. El pequeño carro atrajo el interés del guerrero el tiempo suficiente para revisarlo, pero contenía poco más que carne seca y algunos harapos. Los nómadas como Horghuz no poseían tesoros ocultos. Tolui le cortó la garganta a un cabrito y se bebió la sangre con visible placer, y después amarró el cuerpo muerto a su silla y pusieron a los demás animales tras ellos. Tendrían carne fresca más que suficiente para llegar hasta las gers de los Lobos.

Temujin observó los rostros pálidos e inmóviles de Horghuz y su familia al pasar por su lado. Le habían dado la bienvenida y habían compartido con él el té salado y la carne que tenían. Se sentía aturdido y debilitado por las emociones del día, pero cuando los dejaron atrás, supo en un momento de revelación que habían sido su tribu, su familia. No por lazos de sangre, sino por amistad y por el vínculo más amplio de ayudarse a sobrevivir en una época difícil. Con determinación, hizo suya su venganza.

Hoelun cogió a Temuge por los hombros y lo zarandeó. En los años transcurridos desde que los Lobos los abandonaran, había crecido y se había vuelto esbelto como la hierba primaveral, ya no quedaba ni rastro de la gordura infantil en él. Y, sin embargo, no se había fortalecido en lo importante. Ayudaba en el trabajo a sus hermanos, pero sólo hacía lo que le decían y, más a menudo, se escabullía y se pasaba el día nadando en un arroyo o escalando una colina para admirar las vistas. Si se hubiera tratado de simple pereza, Hoelun podría haber conseguido enmendarlo pegándole con una vara. Pero Temuge era un niño infeliz y seguía soñando con volver a casa con los Lobos y recuperar cuanto habían perdido. Necesitaba estar de vez en cuando alejado de la familia y, cuando se le negaba, se ponía nervioso y huraño, hasta que Hoelun perdía la paciencia y le decía que se marchara para que el aire puro le despejara los pensamientos que enmarañaban su mente como telas de araña.

Al caer la noche, Temuge sollozaba en la pequeña ger.

—¿Qué vamos a hacer? —gimoteó, limpiándose un brillante rastro de mocos casi tan ancho como su nariz.

Hoelun, harta de oírle, contuvo su irritación y le alisó el cabello con sus ásperas manos. Era un niño demasiado blando, exactamente como Yesugei le había vaticinado que sería. Tal vez lo había mimado demasiado.

—Seguro que está bien, Temuge. Tu hermano no se deja capturar con facilidad.

Trató de que su voz sonara alegre, aunque ya había empezado a meditar sobre su futuro. Temuge podía llorar, pero Hoelun tenía que prever qué hacer en el futuro, de lo contrario corría el riesgo de perderlos a todos. Sus otros hijos estaban aturridos y deprimidos ante ese nuevo golpe que habían sufrido sus vidas. Temujin les había conferido cierta esperanza. Perderle había sido retornar a la absoluta desesperación de los primeros días en soledad, y la oscura grieta entre las colinas se lo recordó todo, como una losa pesando sobre sus espíritus.

En el exterior de la ger, Hoelun oyó a uno de los caballos que relinchaba suavemente. Pensó en ese sonido mientras tomaba una serie de decisiones que le rompían el corazón. Por fin, mientras Temuge lloriqueaba en una esquina con la mirada perdida en el vacío, habló para todos ellos.

—Si Temujin no ha regresado mañana por la noche, tendremos que marcharnos de aquí. —Había captado la atención de todos, incluso la pequeña Temulun dejó de jugar con sus tabas de colores y se quedó mirando a su madre con los ojos muy abiertos—. No tenemos otra opción, ahora que los Lobos están volviendo a la colina roja. Eeluk hará rastrear toda la región y dará con nuestro pequeño escondite. Ése será nuestro fin.

Fue Kachiun quien le respondió, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Si nos vamos, Temujin no será capaz de encontrarnos de nuevo, pero eso ya lo sabes —dijo—. Yo podría quedarme y esperarle, si te llevas los caballos. Sólo tienes que decirme la dirección que tomaréis y os seguiré cuando venga.

—¿Y si no viene? —dijo Khasar.

Kachiun lo miró con el ceño fruncido.

—Lo esperaré tanto como pueda. Si los Lobos vienen a registrar la grieta, me esconderé o viajaré de noche hacia vosotros. Si nos vamos sin más sería como si estuviera muerto. Nunca nos volveríamos a encontrar.

Hoelun sonrió y asió a Kachiun por el hombro, obligándose a olvidar su desesperación. Pese a su sonrisa, en sus ojos relucía la inquietud.

—Eres un buen hermano y un excelente hijo —aseguró—. Tu padre estaría orgulloso de ti. —Se echó hacia delante, hablando con una intensidad abrumadora—. Pero no arriesgues tu vida si ves que lo han capturado, ¿de acuerdo? Temujin nació

con sangre en su mano y tal vez ése sea su destino. —Su rostro se crispó sin previo aviso—. No estoy dispuesta a perder a todos mis hijos, uno tras otro.

El recuerdo de Bekter le provocó un espasmo de llanto que conmocionó a todos. Kachiun alargó los brazos y rodeó a su madre. Mientras, en la esquina, Temuge empezó a sollozar otra vez.

XVII

En el interior de una ger el doble de grande que las demás del campamento, Eeluk se arrellanaba en un trono de madera y cuero pulido. Yesugei había desdeñado esos símbolos de poder, pero a Eeluk le gustaba sentirse por encima de sus guerreros. Debían recordar quién era el khan. Escuchó el crepitar de las antorchas y las lejanas voces de la tribu. Estaba borracho de nuevo, o casi, y vio desenfocada su mano cuando la pasó por delante de los ojos. Consideró la posibilidad de pedir suficiente airag para caer desmayado en el sueño, pero en vez de eso, siguió sentado en un sombrío silencio, mirando hacia el suelo con fijeza. Sus hombres sabían que era mejor no intentar animar a su khan cuando añoraba días mejores.

Su águila estaba encaramada a una estructura de madera a su derecha. El ave, con su caperuza, era una presencia perturbadora. Podía permanecer inmóvil durante horas como si fuera una estatua de bronce y luego de repente dar un respingo al oír un sonido, ladeando la cabeza como si pudiera ver a través del grueso cuero. Había conservado el tono rojizo de sus plumas, que resplandecían cuando la luz de las antorchas alumbraba sus alas. Eeluk se sentía orgulloso de su tamaño y fortaleza. La había visto atacar a un cabritillo y ascender en el aire con el cuerpo sin vida colgando de su pico. No le había permitido devorar más que un mínimo pedazo de carne por su éxito en la caza, pero había sido un momento glorioso. Había entregado el águila de Yesugei a otra familia, para asegurarse así su gratitud. Le habría encantado enseñarle las dos aves a Temujin o a Bekter, y casi deseaba que estuvieran vivos para presenciar una vez más su rabia.

Aún recordaba el día en que había recibido el ave roja de manos del propio Yesugei. Contra su voluntad, los ojos se le llenaron de lágrimas y maldijo en voz alta el airag por producirle esa melancolía. Entonces era joven, y para los jóvenes todo era mejor, más limpio y hermoso que para los que habían dejado que sus cuerpos engordaran y se emborrachaban todas las noches. No obstante, seguía siendo fuerte, lo sabía. Lo suficiente para vencer a cualquiera que osara ponerle a prueba.

Eeluk buscó a su alrededor con la vista borrosa a Tolui, olvidándose de que aún no había regresado. Los Lobos habían avanzado con lentitud, dirigiéndose más al norte desde que Tolui se marchara con Basan y Unegen. Tendría que haber sido una cuestión sencilla determinar si los hijos de Yesugei vivían aún, o al menos hallar sus huesos. Eeluk recordó su primer invierno como khan y se estremeció. Había sido glacial, aun viajando hacia el sur. Para los que se quedaron en el norte, debió ser terriblemente crudo, tanto para los jóvenes como para los viejos. Hoelun y sus hijos no habrían durado demasiado, estaba casi seguro de ello. Y sin embargo, su recuerdo le perseguía. ¿Qué podría haber retrasado a sus guerreros? Eeluk era consciente de que le era útil tener al joven guerrero cerca. Su lealtad era incuestionable en

comparación con la de algunos de los hombres de más edad. Eeluk sabía que había algunos que seguían negando su derecho a liderar la tribu, que había idiotas que no podían aceptar el nuevo orden de cosas. Se aseguró de que estuvieran vigilados: una madrugada, cuando llegara el momento, se encontrarían con hombres como Tolui aguardándoles fuera de sus tiendas. Les cortaría la cabeza él mismo, como debía hacer un khan. Nunca se olvidaba de que había conseguido ser el jefe de la tribu por la fuerza, y de que sólo por la fuerza conseguiría mantener tal condición. La deslealtad podía estar creciendo libremente mientras aquellos hombres reunían el valor para retarle. ¿Acaso no había sentido él la semilla de la traición en sí mismo mucho antes de que Yesugei fuera asesinado? En lo más profundo de su corazón, la había sentido.

Cuando se oyó el aviso de los cuernos, se puso en pie, tambaleante, y cogió su espada del brazo de la silla, donde estaba apoyada. El águila roja chilló, pero haciendo caso omiso de ella, Eeluk sacudió la cabeza para despejarse antes de salir con grandes zancadas al aire frío de la noche. Sentía de nuevo la sangre correr veloz por sus venas, esa inyección de emoción que tanto le gustaba. Deseó que se tratara de una incursión enemiga, o bien del regreso de Tolui con los hijos del antiguo khan. Tanto una cosa como la otra le permitiría manchar con su sangre su espada y nada hacía su sueño tan agradable y reparador como haber matado a un hombre.

Le trajeron su caballo y montó con cuidado para no correr el riesgo de tambalearse y caer. Sentía el efecto del airag dentro de sí, pero eso sólo le hacía más fuerte. Se volvió a mirar con los ojos rojos y nublados cómo se agrupaban sus hombres y luego espoleó su montura, lanzándola al galope al encuentro de la amenaza.

Eeluk lanzó un grito al helado viento y los jinetes se situaron a su alrededor en perfecta formación. Eran Lobos y eran temibles. Nunca se sentía tan vivo como en ese momento, cuando podía olvidar las deslealtades y había un único enemigo contra el que combatir. Eso era lo que ansiaba cada día, no los nimios problemas y desavenencias de las familias. ¿Qué le importaban a él sus discordias? Su espada y su arco estaban listos para defenderlos y eso era todo lo que estaba obligado a darles. Podían crecer y multiplicarse, igual que hacían las cabras bajo su cuidado. Nada importaba mientras los guerreros siguieran cabalgando y él fuera su líder.

A galope tendido, Eeluk bajó su espada hasta las orejas del caballo y exclamó «¡Vamos!», para que acelerara más, sintiendo el airag arder en su interior. Deseó que hubiera unas huestes enemigas dirigiéndose hacia ellos, poder librar una batalla para probar su coraje y sentir una vez más la sensación embriagadora de caminar al lado de la muerte. Sin embargo, lo que vio en la llanura fueron dos figuras solitarias montadas en dos caballos marrones demasiado cargados para suponer una amenaza. La decepción le dejó un regusto amargo en la garganta, pero lo acalló, obligándose a

ocultar sus sentimientos. Los Lobos le arrebatarían a aquellos hombres todas sus posesiones, dejándoles sólo la vida, a menos que decidieran luchar. Mientras se aproximaba y sus hombres tomaban posiciones, Eeluk rogó para que decidieran esto último.

Con precaución de borracho, Eeluk desmontó y caminó hacia los desconocidos. Para su sorpresa, vio que ambos estaban armados, aunque no fueron tan estúpidos como para desenvainar sus espadas. Era poco habitual ver hojas largas en manos de los nómadas sin tribu. La habilidad para doblar y templar el acero era muy valorada entre las tribus y una buena espada sería una valiosa posesión. Y, sin embargo, aquella pareja no parecía rica. Puede que sus ropas hubieran sido de buena calidad en el pasado, pero ahora estaban manchadas de polvo y suciedad. A través de la confusión que el airag le provocaba, Eeluk notó que su interés se avivaba.

Mientras se aproximaba, observó a los hombres con atención, recordando las lecciones que había recibido de Yesugei sobre cómo juzgar a los enemigos. Uno era lo bastante mayor para ser padre del otro, pero parecía fuerte a pesar de su canoso cabello, que llevaba aceitado y recogido en una trenza a su espalda. Eeluk percibió una inquietante sensación de peligro en su porte y dejó de prestar atención al más joven, sabiendo por instinto que debía vigilar al mayor, pues éste sería el primero en actuar. No sabía por qué, pero aquella intuición le había salvado en más de una ocasión la vida.

Pese a estar rodeados de guerreros a caballo, ninguno de los dos hombres agachó la cabeza. Eeluk los miró con el ceño fruncido, preguntándose de dónde provendría su peculiar carácter y su confianza. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, el mayor de ellos pareció sobresaltarse cuando su aguda vista percibió el lobo saltando en la armadura de Eeluk. Murmuró algo a su acompañante y ambos se relajaron visiblemente.

—Mi nombre es Arslan —dijo el mayor con claridad—, y éste es mi hijo, Jelme. Hicimos una promesa a los Lobos y por fin os hemos encontrado. —Al no recibir respuesta de Eeluk, el forastero miró a su alrededor repasando los rostros de sus vasallos—. ¿Dónde está aquél que se llama Yesugei? He cumplido mi promesa. Por fin os he encontrado.

Eeluk contempló con hostilidad a los desconocidos mientras se sentaban en el calor de su ger. Dos de sus vasallos se quedaron haciendo guardia a la puerta, listos para acudir a su llamada. En el interior, sólo Eeluk estaba armado. Con todo, sentía una tensión constante en su presencia por alguna razón que no conseguía explicarse con claridad. Tal vez fuera la absoluta ausencia de miedo que percibía en ambos. Arslan no había mostrado ningún tipo de sorpresa o asombro al ver la enorme tienda que Eeluk había construido. Había entregado su espada sin volverse a mirarla ni una sola vez. Cuando la mirada de Arslan recorrió el arsenal de armas que colgaba de las

paredes, Eeluk casi podía asegurar haber visto un ligero desprecio en su rostro, que había desaparecido tan rápido como vino, Sólo el ave roja le había llamado la atención y, para disgusto de Eeluk, había hecho un ruido con la parte de atrás de su garganta y acariciado las rojas y doradas plumas de su pecho. El águila no había reaccionado, y Eeluk sintió que su latente ira estaba a punto de estallar.

—A Yesugei lo asesinaron los tártaros hace casi cinco años —dijo Leluk, cuando se hubieron acomodado y bebido los cuencos de té. ¿Quiénes sois y por qué venís ahora hasta nosotros?

El joven abrió la boca para responder pero Arslan le tocó el brazo con suavidad y guardó silencio.

—Habríamos venido antes si os hubierais quedado en el norte. Mi hijo y yo hemos cabalgado más de mil días para encontraros y honrar la promesa que le hice a tu padre.

—Él no era mi padre —espetó Eeluk—. Yo era el primero de sus guerreros. —Vio que ambos cruzaban una mirada.

—Entonces ¿no es un rumor que abandonaste a los hijos y a la esposa de Yesugei en la estepa? —preguntó Arslan sin alterarse.

Eeluk notó que se ponía a la defensiva bajo el tranquilo examen de aquel extraño.

—Soy el khan de los Lobos —contestó—. Los he gobernado durante cuatro años y son más fuertes ahora de lo que fueron nunca. Si estás obligado por una promesa con los Lobos, estás obligado conmigo.

Una vez más, vio cómo padre e hijo intercambiaban una mirada y se enfadó.

—Miradme cuando os esté hablando —ordenó.

Obediente, Arslan miró a los ojos del hombre sentado sobre el trono de madera y cuero, sin decir nada.

—¿Cómo os habéis hecho con las espadas que lleváis con vosotros? —preguntó Eeluk.

—Mi oficio es fabricarlas, mi señor —dijo Arslan, con amabilidad—. Una vez ésa fue mi labor entre los naimanos.

—¿Te desterraron? —inquirió Eeluk de inmediato.

Deseó no haber bebido tanto antes de que llegaran. Sus pensamientos se formaban con lentitud y aún percibía peligro en el mayor de los dos forasteros, por muy calmado que fuera su modo de hablar. Había en él una economía de movimientos que sugería una dureza que Eeluk sabía reconocer. Puede que hubiese sido un espadero, pero también era un guerrero. Su hijo era delgado como un junco, y fuera lo que fuera lo que hacía peligroso a ese hombre, su hijo no lo tenía, con lo que Eeluk podía hacerlo desaparecer de sus pensamientos.

—Dejé al khan cuando tomó a mi mujer por esposa —respondió Arslan.

Eeluk dio un súbito respingo, acordándose de una historia que había oído años

atrás.

—He oído contar eso antes —empezó a decir, esforzándose en recordar—. ¿Tú eres el que desafió al khan de los naimanos? ¿Tú eres el que rompió sus votos?

Arslan suspiró al recordar ese antiguo pesar.

—Eso fue hace mucho tiempo y yo era más joven, pero sí. El khan era un hombre cruel y, aunque aceptó mi desafío, antes regresó a su ger. Luchamos y lo maté, pero cuando fui a reclamar a mi esposa, descubrí que le había mandado cortar el cuello. Es una historia vieja y no he pensado en ella en muchos años.

El dolor había ensombrecido la mirada de Arslan, y Eeluk no le creyó.

—La he oído incluso en el sur, donde el aire está caliente y húmedo. Si eres el mismo hombre, se dice que eres muy hábil con la espada. ¿Es verdad?

Arslan se encogió de hombros.

—Las historias siempre exageran. Quizá un día lo fui. Mi hijo es mejor que yo, ahora. Pero he conservado mis fuelles y puedo forjar. No he perdido mi destreza y todavía puedo fabricar armas de guerra. Conocí a Yesugei mientras cazaba con su halcón. Se dio cuenta del valor que ese arte tenía para sus familias y se ofreció a romper la tradición y a aceptarnos de nuevo en una tribu. —Se detuvo un momento, remontándose al pasado—. Estaba solo y desesperado cuando me encontró. Mi esposa pertenecía a otro y yo no quería seguir viviendo. Me ofreció refugio entre los Lobos si conseguía liberarla a ella y a mi hijo. Creo que era un gran hombre.

—Yo soy más grande —repuso Eeluk, irritado al oír cómo alababan a Yesugei en su propia ger—. Si posees las habilidades que dices, los Lobos estarán honrados de acogeros entre los suyos.

Durante largo tiempo, Arslan no respondió ni desvió la mirada. Eeluk sintió cómo aumentaba la tensión en la tienda y se tuvo que contener para no llevar la mano a la empuñadura de la espada. Vio cómo el ave roja levantaba la cabeza bajo la caperuza, como si también pudiera sentir que el aire se había enrarecido.

—Cerré mi promesa con Yesugei y sus herederos —dijo Arslan.

Eeluk resopló.

—¿No soy yo el khan aquí? Los Lobos son míos y tú te has ofrecido a los Lobos. Os acepto a los dos y os daré una ger, ovejas, sal y seguridad.

De nuevo siguió un largo silencio que resultó tan incómodo que Eeluk sintió deseos de maldecir. Por fin, Arslan asintió con la cabeza.

—Será un gran honor para nosotros —respondió.

Eeluk sonrió.

—Entonces está decidido. Habéis llegado en el momento preciso: voy a necesitar buenas armas. Tu hijo será uno de mis vasallos si es tan rápido con la espada como dices. Iremos a la batalla con espadas forjadas por ti. Créeme cuando te digo que es un momento de gran futuro para los Lobos.

En la cargada oscuridad de la tienda nueva, Jelme se volvió hacia su padre y le habló en voz baja.

—Entonces ¿nos quedamos?

Su padre, invisible en la penumbra, negó con la cabeza. Consciente de que podía haber alguien escuchando, bajó la voz hasta un nivel apenas audible.

—No. Este hombre que se llama a sí mismo khan no es más que un perro ladrador con las manos teñidas de sangre. ¿Me imaginas sirviendo a otro hombre como el khan de los naimanos? Yesugei era un hombre de honor, alguien a quien podía seguir sin arrepentirme. Se encontró conmigo mientras estaba cortando cebollas salvajes, armado sólo con un pequeño cuchillo. Podría haberme robado todo lo que tenía, pero no lo hizo.

—Lo habrías matado si lo hubiera intentado —dijo Jelme, sonriendo en la oscuridad. Había visto pelear a su padre y sabía que, incluso desarmado, era un duro rival para la mayoría de espadachines.

—Podría haberle sorprendido —respondió Arslan sin arrogancia—, pero él no lo sabía. Estaba cazando solo y noté que no quería compañía, pero me trató con honor. Compartió su carne y su sal conmigo. —Suspiró Arslan al recordarlo—. Me gustaba. Siento saber que ha abandonado las estepas. Eeluk es débil donde Yesugei era fuerte. No dejaré que ponga las manos en mis hermosas espadas.

—Lo sabía —dijo Jelme—. No has dado tu palabra, y lo he adivinado. Ni siquiera escuchó las palabras que utilizaste. Este hombre es un estúpido, pero sabes que no nos dejará marchar.

—No, no nos dejará —aseguró Arslan—. Debería haber hecho caso a los rumores sobre el nuevo khan. No tendría que haberte puesto en peligro.

Jelme resopló.

—¿Y adónde hubiera ido, padre? Mi sitio está a tu lado. —Se quedó pensativo por un momento—. ¿Quieres que le rete?

—¡No! —Respondió Arslan con un áspero susurro—. ¿A un hombre que fue capaz de dejar a unos niños y a su madre en la estepa para que murieran de frío? Ordenaría que te apresaran y te decapitaran sin siquiera desenvainar su propia espada. Hemos cometido un error viniendo aquí, pero ahora lo único que podemos hacer es esperar el momento propicio para escapar. Construiré mi forja con ladrillos nuevos de barro. Eso lleva tiempo. Te enviaré a buscar madera y hierbas para que puedas alejarte del campamento. Apréndete los nombres de los guardias y haz que se acostumbren a que salgas a buscar materiales. Puedes encontrar un lugar donde almacenar lo que necesitamos cuando llegue la hora, yo sacaré los caballos.

—Hará que los guardias vengan con nosotros —respondió Jelme. Arslan se rió entre dientes.

—Que lo haga. Todavía no me he topado con un hombre a quien no pueda matar. Nos habremos marchado de aquí para final de verano y la forja que les dejaré no servirá más que para chatarra.

Jelme suspiró. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que vio el interior de una tienda y a una parte de él no le hacía ninguna gracia la perspectiva de volver a las duras noches a la intemperie y a la crudeza de los inviernos.

—Hay algunas mujeres hermosas aquí —dijo.

Su padre se enderezó al notar el anhelo en la voz de su hijo. Durante un tiempo guardó silencio.

—No lo había pensado, hijo mío. Tal vez esté siendo un idiota. No me casaré de nuevo, pero si quieres quedarte aquí y fundar un hogar entre estas gentes, permaneceré a tu lado. No puedo arrastrarte tras de mí el resto de mi vida.

Jelme alargó la mano en la oscuridad buscando el brazo de su padre.

—Yo iré donde tú vayas, lo sabes bien. Tu promesa me ata a mí tanto como a ti.

Arslan resopló.

—Una promesa a un muerto no ata a nadie. Si Yesugei estuviera vivo, o si sus hijos hubieran sobrevivido, iría hasta ellos con el corazón puro. Tal como están las cosas, no hay vida para nosotros fuera de aquí o en las llanuras con los auténticos lobos. No me respondas esta noche. Duerme y hablaremos de nuevo por la mañana.

Eeluk se levantó al amanecer pensando que la cabeza le iba a estallar de dolor. Un sudor pegajoso le cubría la piel. Había pedido más airag cuando Arslan y Jelme se fueron a la ger y había dormido como máximo lo que las estrellas tardan en recorrer el ancho de una palma del cielo. Se sentía fatal, pero al salir de su tienda e inspeccionar el campamento, descubrió sorprendido que Arslan y su hijo ya estaban despiertos. Los dos recién llegados estaban haciendo ejercicio juntos, con las espadas desenvainadas mientras estiraban los músculos y se movían en lo que, a los adormilados ojos de Eeluk, parecía una danza.

Unos cuantos de sus vasallos se habían reunido ya a su alrededor, y algunos estaban riéndose o hacían comentarios groseros. Ambos hombres hacían caso omiso de ellos, como si no existieran; para quienes eran capaces de verlo, el equilibrio y la agilidad que demostraban revelaba una elevadísima destreza. Arslan iba desnudo de cintura para arriba y su piel estaba surcada de multitud de cicatrices. Incluso Eeluk quedó impresionado por esas marcas, desde el blanco entramado de cortes antiguos en los brazos hasta las señales de quemaduras y puntas de flecha en sus hombros y pecho. Era evidente que aquel hombre había librado innumerables combates y, mientras giraba en el aire, Eeluk vio sólo unas pocas heridas en la pálida piel de su espalda. La pareja resultaba impresionante, tuvo que admitir a regañadientes. Arslan relucía de sudor, pero no jadeaba. Mientras los observaba con mirada hostil, Eeluk

trató de recordar la conversación de la noche anterior. Se dio cuenta de que los guerreros se habían quedado en silencio y resopló entre dientes al ver que padre e hijo habían concluido su entrenamiento. No confiaba en ellos.

Cuando se puso en pie vio que dos de sus hombres entablaban conversación con Arslan, obviamente para hacerle algunas preguntas sobre los ejercicios que habían realizado. Eeluk se preguntó si los recién llegados serían espías, o incluso asesinos a sueldo sobre todo el mayor, con aquella mirada letal. No cabía duda de que tendría que inculcarles un poco de obediencia, o se arriesgaría a ver su autoridad cuestionada en su propio campamento.

A pesar de esos recelos, su llegada, justo en el momento en que estaba planeando lanzar una campaña contra los olkhun'ut, había sido una bendición del Padre Cielo. Los Lobos estaban creciendo, y sentía la marea de la primavera en sus entrañas y en su sangre instándole a guerrear. Necesitaría buenas espadas para todos los jóvenes guerreros de las familias, y tal vez Arslan fuera el hombre indicado para fabricarlas. El espadero que tenían era un viejo borracho y sólo su preciada habilidad impedía que le abandonaran en la nieve al llegar el invierno. Eeluk sonrió para sí al pensar que Arslan confeccionaría cotas de malla y espadas que harían a los Lobos aún más fuertes.

Cuando Eeluk soñaba, siempre lo hacía con la muerte. La anciana había arrojado las tabas en su ger y profetizado un gran derramamiento de sangre bajo su mando. Quizá Arslan fuera un mensajero de los espíritus, como contaban las leyendas. Eeluk se desperezó y se sintió fuerte mientras notaba la deliciosa sensación del crujir de los huesos y el estiramiento de los músculos. Tras la muerte de Yesugei, su ambición había despertado. Era imposible saber hasta dónde le llevaría.

Habían pasado cuatro días desde la llegada de Arslan y su hijo cuando Tolui y Basan regresaron a las gers de los Lobos arrastrando a una maltrecha figura tras de sí. Eeluk salió a caballo con sus hombres y lanzó un ronco grito triunfante cuando vio que volvían con un prisionero vivo. Deseó que fuera Bekter, pero en cierto modo fue aún más agradable ver a Temujin devolverle la mirada con los ojos hinchados.

El viaje había sido duro para Temujin, pero se mantuvo tan erguido como le fue posible cuando Eeluk desmontó. Había temido ese momento desde que lo capturaron y, ahora que había llegado, sus emociones estaban anestesiadas por el agotamiento y el dolor.

—¿Me vais a conceder vuestra hospitalidad o no? —dijo. Eeluk bufó y le dio un bofetón con el dorso de la mano que lo tiró al suelo.

—Bienvenido al hogar, Temujin —dijo Eeluk, enseñando sus fuertes y blancos dientes—. He esperado mucho tiempo poder verte así, tirado en el suelo.

Levantó la pierna y pisó a Temujin, hundiéndolo en el polvo.

Poco a poco fue aumentando la presión, con un brillo en sus ojos que hizo que todos los guerreros se quedaran callados. Fue Basan quien rompió el silencio.

—Mi señor, Unegen ha muerto. Los otros han escapado. Eeluk tuvo que retornar de un lugar muy lejano para responder. Liberó a la silenciosa figura bajo su bota.

—¿Sobrevivieron todos? —dijo, sorprendido.

Basan negó con la cabeza.

—Bekter ha muerto. Por lo que sé, los demás han sobrevivido. Encontramos su campamento y lo incendiamos.

A Eeluk no le importó que Unegen hubiera caído. Había sido uno de los antiguos vasallos, y ninguno de éstos lo consideraba un verdadero khan. A medida que pasaban los años, había ido añadiendo a sus efectivos a hombres más jóvenes, ansiosos de sangre y conquistas.

—Lo habéis hecho bien —alabó, mirando a Tolui y notando cómo su pecho se henchía de orgullo—. Podéis escoger el que queráis de mis caballos y una docena de odres de airag. Emborrachaos. Os habéis ganado el elogio de vuestro khan.

Tolui se sintió complacido e hizo una reverencia, doblándose tanto como pudo.

—Me honras, mi señor —dijo, lanzando una mirada de reojo a Temujin—. Me gustaría mucho ver cómo le humillas.

—Muy bien, Tolui. Estarás presente. Los espíritus necesitan sangre para saciar su hambre. Temujin será la mancha en el suelo que nos llevará a la victoria y a la grandeza. Ha llegado un espadero a la tribu. El hijo de un khan será nuestro sacrificio. El Padre Cielo nos traerá bellas mujeres y mil tribus se rendirán a nuestros pies. Puedo sentirlo en mi sangre.

Temujin se puso de rodillas con esfuerzo. Tenía el cuerpo cansado y dolorido del viaje y le ardían las muñecas. Escupió en el suelo y pensó en su padre mientras miraba a su alrededor.

—He visto mierda de oveja con más honor que tú —le dijo a Eeluk lentamente.

Se propuso no hacer ningún gesto de dolor cuando uno de los guerreros se acercó y lo dejó inconsciente pegándole con la empuñadura de su espada. Hicieron falta tres golpes para hacerle caer en el polvo, con los ojos aún abiertos.

Temujin recobró el conocimiento al notar un chorro de líquido templado salpicar su ropa y su rostro. Respiraba entrecortadamente y, al ponerse en pie con dificultad, lanzó un grito de dolor. Descubrió que uno de sus dedos estaba roto y que no podía abrir el ojo derecho porque la sangre coagulada le apelmazaba los párpados. Esperaba que no le hubieran dejado ciego, pero parte de él sentía que todo daba igual. Estaba tan oscuro que no podía percibir dónde se encontraba. Por encima de su cabeza, unos barrotes bloqueaban la luz de las estrellas. Le recorrió un escalofrío. Estaba en un pozo frío como un témpano y la reja de madera se hallaba demasiado lejos para alcanzarla de un salto. Apoyó la mano sana en la pared y notó la tierra resbaladiza por

la humedad. Tenía los pies sumergidos en agua desde arriba le llegó el sonido de unas carcajadas.

Con horror, oyó un leve gruñido al que siguió otra lluvia de pestilente líquido. Los guerreros estaban orinando en el agujero y burlándose de él entre carcajadas.

Temujin se cubrió la cabeza con las manos y luchó contra una sorda desesperación. Sabía que su vida podría terminar en aquel mugriento agujero, quizá apedreado, con las piernas y los brazos rotos. No había justicia en el mundo, pero eso lo sabía desde que su padre murió. Una vez que habían nacido, los espíritus no intervenían en la vida de los hombres. Un hombre tenía que soportar lo que el mundo ponía en su camino o estaba perdido.

Los hombres resoplaron mientras colocaban una pesada losa sobre el entramado de ramas. Cuando se marcharon, Temujin intentó rezar un poco. Para su sorpresa, hacerlo le dio fuerzas y a continuación se acurrucó contra las frías paredes de barro para dormir hasta que amaneciera. Sin embargo, su sueño fue inquieto, y se despertó una y otra vez a lo largo de toda la noche. Tener las tripas vacías era un pequeño consuelo. Se sentía como si siempre hubiera estado hambriento y dolorido. Recordaba una vida previa en la que era feliz y salía a cabalgar hasta la colina roja con sus hermanos. Se aferró a ese pensamiento como a una luz en la oscuridad, pero la llama se desvanecía a cada instante.

Antes del amanecer, oyó unos pasos que se aproximaban y una oscura figura se inclinó sobre el enrejado, tapando aún más las estrellas. El rostro de Temujin se crispó, anticipando el chorro de orina procedente de otra vejiga llena, pero, en vez de eso, la figura le habló.

—¿Quién eres? —susurró una voz.

Temujin no alzó la vista, pero sintió que su orgullo se reavivaba.

—Soy el hijo mayor vivo de Yesugei, que fue el khan de los Lobos —respondió.

Por un instante, vio destellos de luz rodeando su campo de visión y pensó que se iba a desmayar. Recordó las palabras que una vez le dijera su padre y las pronunció en un impulso temerario.

—Soy la tierra y la roca desnuda de las colinas —dijo con fiereza—. Soy el invierno. Cuando muera, vendré por todos vosotros en las noches más frías.

Miró hacia arriba con expresión desafiante, resuelto a no mostrar su sufrimiento. La sombra no se movió pero, unos momentos después susurró unas palabras y luego desapareció, dejando que la luz de las estrellas entrara en el pozo.

Temujin se abrazó las rodillas y aguardó el amanecer.

—¿Quién eres tú que me dice que no desespere? —murmuró para sí.

XVIII

Temujin observó cómo el sol se desplazaba por el cielo. Su fuego estaba amortiguado por unas densas nubes, que permitían mirar aquel disco naranja sintiendo sólo una leve molestia. El calor, aunque fuera escaso, era siempre bienvenido por las mañanas tras la helada nocturna. Cuando se despertó, su primera acción fue liberarse los pies del barro mezclado con hielo y, a continuación, empezó a dar patadas en el suelo y a masajearse los miembros hasta que la sangre volvió a circular. Había utilizado una esquina del pequeño pozo para sus evacuaciones, pero seguían estando prácticamente bajo sus pies y, al tercer día, el aire estaba cargado y tenía un olor nauseabundo. Las moscas bajaban zumbando por el entramado, y se pasaba el tiempo espantándolas, manteniéndolas vivas tanto tiempo como podía para entretenerse.

Le habían lanzado pan sin levadura con cordero por el agujero, riéndose de sus intentos de coger los trozos antes de que cayeran en la porquería. La primera vez que había comido uno del suelo había sentido un retortijón en el estómago, pero era eso o morir de hambre, así que se lo tragó con un simple encogimiento de hombros. Cada día marcaba las sombras móviles producidas por el sol en el barro con pequeños guijarros: cualquier cosa para amenizar el aburrido paso del tiempo y calmar su tristeza.

No entendía por qué Eeluk le había dejado en el pozo en vez de darle una muerte rápida. En las horas de soledad, Temujin fantaseaba con que su captor se sentía abrumado por la culpa, o que se daba cuenta de que era incapaz de hacer daño a un hijo de Yesugei. Tal vez, incluso, era víctima de una maldición o de una enfermedad que lo desfiguraba. A Temujin le divertía imaginarlo, pero en realidad, lo más probable era que sencillamente estuviera cazando o planeando algo atroz. Hacía mucho tiempo que encontraba el mundo real mucho menos satisfactorio que su, propia imaginación.

Cuando retiraron la roca y quitaron el enrejado de ramas casi experimentó alivio al comprender que por fin le llegaba la muerte. Temujin levantó los brazos y dejó que lo sacaran. Había oído las voces de las familias, que se estaban reuniendo, y dedujo que algo así estaba a punto de suceder. No fue de ninguna ayuda que uno de los hombres que tiró de él le agarrara por el dedo roto, haciéndole dar un grito ahogado de dolor.

Cuando le soltaron, Temujin cayó de rodillas. A su alrededor había más de cien rostros y, cuando su visión se aclaró, empezó a reconocer a gente. Algunos de ellos lo abuchearon y los niños más pequeños le lanzaron piedras afiladas. Otros parecía preocupados, y la tensión que los abrumaba se reflejaba en rostros.

Se preparó para la muerte, para el final. Los años transcurridos desde que los

abandonaron habían sido un regalo, pese a la dureza. Había conocido el gozo y el dolor, y se prometió entregar su espíritu sin perder la dignidad. Su padre y su sangre exigían, costara lo que costara.

Eeluk estaba sentado en su enorme silla, que había sacado al sol para la ocasión. Temujin le echó una ojeada antes de retirar la mirada y prefirió observar las caras de las familias. A pesar de todo lo que había sufrido, fue curiosamente reconfortante verlos de nuevo. Haciendo caso omiso de Eeluk, Temujin hizo inclinación de cabeza y sonrió a algunos de los que había conocido bien. No se atrevieron a devolverle el gesto, pero notó que sus miradas se suavizaban un poco.

—Lo habría traído con honor —bramó de pronto Eeluk ante la multitud. Agachó su enorme cabeza y la movió con seriedad adelante y atrás—. Pero lo encontré viviendo como un animal sin las gentilezas de los hombres. Y sin embargo, incluso una rata puede morder, y cuando mató a mi vasallo, hice que trajeran hasta aquí a este nómada sin tribu para hacer justicia. ¿Queréis que le enseñemos lo que es la justicia? ¿Queréis que le demos que los Lobos no se han ablandado?

Temujin contempló a las familias mientras los hombres de Eeluk lo vitoreaban como locos. Algunos de ellos gritaron a favor, pero muchos más se quedaron en silencio observando al mugriento joven que les devolvía la mirada con sus ojos amarillos. Temujin se puso lentamente en pie. Apestaba a sus propias heces y estaba cubierto de picaduras de mosquitos y llagas, pero se enderezó con determinación, aguardando la hoja.

Eeluk desenvainó la espada con la cabeza de un lobo tallada en la empuñadura de hueso.

—Los espíritus han abandonado a su familia, Lobos míos. Mirad en qué estado se encuentra ahora y creedlo. ¿Dónde ha quedado la antigua fortuna de Yesugei?

Fue un error mencionar el nombre del antiguo khan. Muchas cabezas se inclinaron automáticamente al oírlo y Eeluk se puso rojo de ira. De pronto, decapitar a Temujin no le pareció suficiente y enfundó su espada.

—Atadlo a un caballo —dijo—. Arrastradle hasta hacerle sangrar y luego dejadlo en el pozo. Tal vez lo mate mañana.

Mientras observaba, Tolui ensilló un caballo pardo y ató una larga cuerda a la silla. El gentío se separó con nerviosismo, alargando la cabeza para ver ese extraño espectáculo. Mientras le ataban las muñecas con la cuerda, Temujin volvió su pálida mirada hacia Eeluk unos breves instantes y luego escupió en el suelo. Eeluk sonrió de oreja a oreja.

Tolui se dio la vuelta en la silla, con una expresión mezcla de petulancia y malicia.

—¿A qué velocidad puedes correr? —preguntó.

—Vamos a averiguarlo —dijo Temujin, lamiéndose los labios agrietados.

Sintió que el sudor le brotaba de las axilas. Había sido capaz de reunir valor para enfrentarse a una espada. La idea de morir desgarrado tras un caballo al galope era más de lo que podía soportar.

Trató de prepararse, pero Tolui clavó las espuelas en los flancos del caballo y chilló como un salvaje. La cuerda se tensó con brusquedad y Temujin salió propulsado hacia delante: echó a correr y enseguida empezó a tropezar, incapaz de sostenerse sobre sus debilitadas piernas. Tolui cabalgaba con imprudencia, disfrutando del castigo, y no pasó mucho tiempo antes de que Temujin cayera.

Cuando Tolui regresó por fin al campamento, Temujin era un peso muerto al final de la cuerda. Era difícil ver un trozo de piel que no estuviera arañado y sangrando. Sus ropas habían quedado reducidas a unos harapos polvorientos que se agitaban en la brisa mientras Tolui cortaba la cuerda. Temujin no sintió nada cuando se desplomó. Tenía las manos prácticamente negras y de la boca abierta chorreaba una baba roja, porque se había mordido la lengua. Vio a Basan junto a la puerta de la ger de su familia, con el rostro pálido y tenso bajo su mirada.

Eeluk se acercó con grandes zancadas a recibir a Tolui, mirando divertido a la maltrecha figura que una vez había considerado importante. Se sintió complacido de no haber acabado demasiado pronto con él. Sentía su paso más ligero por esa decisión, como si le hubieran quitado un peso de encima. De hecho, estaba de muy buen humor e hizo un jugueteón además de pelea con Tolui antes de que éste devolviera a Temujin al agujero y pusiera el entramado en su sitio.

Temujin estaba sentado en la mugre helada, apenas consciente de su entorno. Había encontrado en la suciedad del fondo un diente lo suficientemente grande como para proceder de la mandíbula de un hombre. No sabía cuánto tiempo había estado mirándolo. Quizá se había quedado dormido, no podía estar seguro. El dolor y la desesperanza habían agotado sus sentidos hasta el punto de que no podía saber a ciencia cierta si estaba despierto o soñando. Le dolían todos los huesos, y tenía la cara tan hinchada por los cardenales que apenas podía ver entre los párpados de uno solo de sus ojos. El otro estaba cerrado por un coágulo de sangre y no se atrevía a tocarlo. No quería moverse en absoluto, para no sentir el dolor de todas sus heridas y arañazos. Nunca se había sentido tan destrozado y se tuvo que esforzar al máximo para no llorar o gritar. Se mantuvo en silencio, hallando una fuerza de voluntad que no había sabido que tenía hasta ese momento. Su carácter se había endurecido en un horno de odio; valoraba esa parte de sí mismo que no se doblegaba y la aumentó al descubrir que podía resistir y vivir.

—¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está mi tribu? —murmuró, crispando el rostro por el pesar.

Había deseado con todas sus fuerzas regresar con los Lobos, pero su destino no les importaba en absoluto. Era difícil renunciar a los últimos restos de su infancia, a

la historia común que le unía a ellos. Recordó la sencilla amabilidad del viejo Horghuz y su familia, cuando sus hermanos y él estaban solos. Por un tiempo que fue incapaz de calcular, se apoyó contra los muros de tierra mientras sus pensamientos se desplazaban lentos como témpanos de hielo por un río.

Algo chirrió por encima de su cabeza. Asustado, dio un respingo, como si se despertara después de un sueño. Parte de él había percibido una sombra que se movía por el suelo del pozo. Miró con los ojos entornados hacia arriba y, para su aturdido asombro, notó que el enrejado había desaparecido. Las estrellas brillaban sin nada que las velara, y sólo podía seguir mirando, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Si no hubiera estado herido, habría intentado subir, pero apenas podía moverse. Era espantoso ver una oportunidad de escapar y no poder aprovecharla. Había hecho lo posible para que el daño se repartiera por todo su cuerpo, pero sentía como si le hubieran desollado la pierna derecha. Todavía manaba de ella algo de sangre que caía en la suciedad que le rodeaba y era tan incapaz de saltar como de salir volando del agujero como un pájaro.

Casi le entró un ataque de risa histérica al pensar que su desconocido salvador se habría marchado dejando que fuera él mismo quien saliera del agujero. Por la mañana, aquel idiota lo vería aún allí, y a partir de entonces Eeluk no le dejaría sin guardia nunca más.

Algo bajó resbalando por el muro y Temujin se alejó con un respingo, creyendo que era una serpiente. Pensó que estaba teniendo visiones, cuando notó la aspereza de las fibras de la cuerda trenzada, y recobró la esperanza. Encima de él, vio una sombra tapando las estrellas y se esforzó en mantener bajo el tono de voz.

—No puedo subir por la cuerda —dijo.

—Átate —dijo la voz de la noche anterior—, pero ayúdame mientras te subo.

Con dedos torpes, Temujin se ató la cuerda alrededor de la cintura, preguntándose de nuevo quién se arriesgaría a despertar la ira de Eeluk. No tenía ninguna duda de que, si les descubrían, su rescatador se uniría a él en el pozo y sufriría su misma suerte.

Cuando sintió que la cuerda se le clavaba en la espalda, buscó con las piernas en vano el apoyo de las paredes de tierra. Se dio cuenta de que podía aferrarse con las manos a la tierra mientras escalaba, aunque el esfuerzo le producía la sensación de tener la piel en llamas. Sintió cómo crecía un grito en su interior hasta que, de modo involuntario, se le saltaron las lágrimas...

Pero no hizo ningún sonido hasta que, por fin, se encontró tendido en el suelo helado de un campamento silencioso.

—Aléjate tanto como puedas —dijo su salvador—. Usa el barro de las orillas del río para ocultar tu olor. Si sobrevives, iré a buscarte y te llevaré más lejos aún.

A la luz de las estrellas, Temujin pudo ver que aquel hombre tenía el cabello

blanco y fuertes hombros pero, para su sorpresa, era un desconocido. Antes de poder responder, el extraño le puso una bolsa en la mano, y la boca de Temujin empezó a salivar al oler cebollas y cordero. La bolsa estaba caliente y la agarró como si fuera su última esperanza.

—¿Quién eres? ¿Por qué me salvas? —susurró. Parte de él gritaba que no importaba, que tenía que correr, pero no podía soportar no saberlo.

—Le hice una promesa a tu padre, Yesugei —respondió Arslan—. Ahora vete, yo te seguiré aprovechando la confusión de la búsqueda.

Temujin vaciló. ¿Era posible que todo aquello fuera una trampa preparada por Eeluk para descubrir el paradero de sus hermanos? No podía arriesgarse a hablarle a un desconocido de la grieta en las colinas.

—Cuando te vayas —dijo Temujin—, cabalga cinco días hacia el norte, de ocaso a ocaso. Busca una alta colina para encontrarme. Iré si puedo y te llevaré con mi familia. Tienes mi agradecimiento eterno, hombre sin nombre.

El valor del joven hizo sonreír a Arslan. En muchos sentidos le recordaba a su hijo, Jelme, aunque había un fuego en ese muchacho que sería difícil extinguir. Su intención había sido no dar su nombre, por si acaso el joven guerrero era capturado y le obligaban a revelarlo. Bajo la mirada de Temujin, asintió, tomando una decisión.

—Me llamo Arslan. Viajo con mi hijo, Jelme. Si vives, nos encontraremos de nuevo —le dijo, aferrándole el brazo con tanta fuerza que el dolor casi le hizo gritar.

Arslan volvió a colocar el entramado y la piedra, y luego se alejó, moviéndose como un gato bajo la helada luz de las estrellas. Temujin se marchó en otra dirección, arrastrando los pies y concentrándose en seguir vivo y llegar tan lejos como pudiera antes de que la cacería comenzara.

En la luz azul grisácea del amanecer, dos niños se desafiaban a acercarse al borde del pozo y mirar al cautivo. Cuando por fin reunieron el coraje para asomarse, no encontraron a nadie que les devolviera la mirada y salieron a la carrera a buscar a sus padres, gritando para dar la alarma.

Cuando Eeluk salió de su ger, su rostro estaba contraído por la excitación. La fuerte ave roja se agarraba a una faja de cuero que rodeaba su brazo derecho y su pico negro se abría tanto que se vislumbraba la punta de la oscura lengua. Dos perros de caza saltaban en torno al guerrero, percibiendo su estado de ánimo y ladrando como locos.

—¡Id hacia los árboles! —gritó Eeluk a sus guerreros, que se estaban congregando junto a él—. Yo me ocuparé de la zona occidental. Aquél que lo traiga de vuelta recibirá un deel nuevo y dos cuchillos con puño de cuerno. Tolui, tú vienes conmigo. Montad, hermanos. Hoy es día de cacería.

Observó cómo los guerreros y el resto de sus efectivos formaban grupos y

comprobaban el equipamiento y las provisiones antes de subir a las sillas de sus caballos. A Eeluk le agradó notar que estaban animados y se felicitó por haber decidido traer a Temujin al campamento. Tal vez verle derrotado y arrastrado por un caballo hubiera sido la prueba final de que el Padre Cielo amaba al nuevo khan de los Lobos. Al fin y al cabo no le había partido un rayo. Hasta la más anciana de las brujas estaría satisfecha de lo que había logrado.

Le pasó por un instante por la mente la pregunta de cómo habría escapado Temujin del pozo, pero ése era un problema que se resolvería cuando regresara. Herido como estaba, no podría haber ido demasiado lejos. Cuando lo trajeran ante él, le preguntaría cómo había escalado las resbaladizas paredes, o quién le había ayudado. El pensamiento le hizo fruncir el ceño. Quizá hubiera algún traidor en las familias. Si era así, acabaría con él.

Se enrolló las riendas en el puño y montó, disfrutando de la sensación de fuerza en sus piernas. El águila roja extendió las alas para mantener el equilibrio mientras se acomodaba en el brazo de Eeluk, que esbozó una sonrisa tensa, notando cómo se le aceleraba el corazón. Solía tardar un tiempo en despertarse por completo, pero la perspectiva de salir a cazar a un hombre herido había encendido su sangre, y estaba listo para galopar. El ave roja lo percibió y agachó la cabeza, tirando de la caperuza de cuero con su larga garra. Eeluk se la quitó y el águila salió volando de su antebrazo, elevándose en el aire con un estridente graznido. Observó cómo batía las alas para tomar altura, mientras su brazo, sin el peso del ave, se alzaba en una especie de saludo o despedida. En una mañana así, podía sentir la tierra. Eeluk miró en derredor e hizo un gesto a Tolui con la cabeza.

—Ven. Vamos a ver hasta dónde ha conseguido llegar.

Tolui sonrió a su señor y maestro, antes de espolear a su montura, que se encabritó y partió al instante. Los perros de caza dejaron de ladrar y salieron corriendo a su lado, ansiosos por encontrar una presa. El aire era frío, pero los guerreros llevaban túnicas almohadilladas y estaba saliendo el sol.

Temujin permanecía tumbado, muy quieto, observando una mosca pasearse por el barro que tenía delante de la cara. Se había revolcado en la orilla enfangada del río para enmascarar su olor, pero no sabía si funcionaría o no. Había avanzado tanto como había podido durante la noche, aunque al final iba cojeando a cada paso. Era extraño cuánta debilidad podía llegar a mostrar cuando estaba solo. Si no había nadie, no le importaba sentir el escozor de las lágrimas en la piel, que tenía en carne viva. Cada paso era una tortura y, sin embargo, se forzaba a seguir adelante, recordando las palabras de Hoelun cuando pasaron las primeras noches en la grieta de las colinas. Nadie llegaría a rescatarles; su sufrimiento no terminaría a menos que ellos mismos acabaran con él. Siguió avanzando, ocultándose en la oscuridad de los vigías que

hubiera apostados en las colinas.

Cuando llegó la madrugada caminaba renqueante como un animal herido, casi doblado por el dolor y la debilidad. Por fin, se desplomó junto a la ribera de un arroyo, jadeando con la cabeza vuelta hacia el pálido cielo que anunciaba el amanecer. Se dio cuenta de que con la primera luz del día descubrirían que había escapado. ¿Cuánto habría avanzado? Vio el primer destello dorado que tocaba el oscuro horizonte y al instante el resplandor fue demasiado brillante para sus ojos. Comenzó a excavar en el barro con las manos hinchadas, dando gritos de dolor a causa de su dedo roto.

Por un tiempo no pensó en nada, y eso fue un alivio para él. El barro se transformó en una pasta que podía apretar entre los dedos y extender por su piel y su ropa. Estaba frío y, al secarse, el cuerpo le empezó a picar de una forma insoportable.

Se quedó mirándose el dedo roto, observando la articulación inflamada y la piel púrpura debajo del barro. Se sacudió del estado de semisueño en que había caído, temiendo que hubiera pasado mucho tiempo y no se hubiera percatado por el agotamiento. Su cuerpo estaba al límite de su resistencia; todo lo que quería era rendirse y perder el conocimiento. En el fondo, en lo más profundo de su alma, todavía había una llama que le empujaba a vivir, pero parecía haberse extinguido en el ser enlodado y atontado que se revolcaba en la orilla del río y apenas podía girar la cara para ver el avance del sol por el cielo.

En la distancia oyó el aullido de unos perros y emergió del frío y la extenuación. Hacía mucho que se había terminado la ración de comida de Arslan, y volvía a estar muerto de hambre. Parecía que los perros estaban cerca y, de repente, temió que el pestilente fango no le protegiera. Se alzó y avanzó por la pendiente de la orilla, escondido tras las hierbas del borde, moviéndose a sacudidas, espasmódicamente, desfallecido. Los ladridos de los perros sonaban cada vez más cerca y el corazón le empezó a palpar con fuerza, aterrorizado al imaginarse que se lanzaban sobre él y le arrancaban la carne de los huesos. Aún no alcanzaba a oír los cascos de los jinetes, pero supo que no había logrado alejarse lo suficiente.

Al sumergirse en el agua helada, lanzó un grito ahogado por la impresión. Se dirigió al punto más hondo, donde crecía un espeso lecho de juncos. La parte de él que todavía podía pensar le obligó a alejarse del primer tramo. Si veían dónde había estado tumbado, buscarían alrededor de esa zona.

El río le anestesió y amortiguó su dolor y, aunque el lugar del arroyo donde se había ocultado no era demasiado profundo, utilizó la corriente para avanzar ayudándose con las manos y las rodillas, clavando las uñas en el blando fango. Sentía cosas vivas moverse entre sus dedos, pero el frío le había reducido a un núcleo de sensaciones que no estaba ligado al mundo. Verían la estela que había dejado en el agua. Seguro que era inútil, pero no se detuvo, siguió desplazándose hacia aguas más

profundas.

El río hacía una curva bajo unos árboles centenarios que pendían sobre el agua. Al otro lado, la orilla estaba recubierta de hielo azulado que, al estar bajo esa sombra perpetua, había sobrevivido al invierno. La fuerza del agua había devorado la parte inferior de ese saliente de hielo y, a pesar de que se imaginaba el penetrante frío de aquella esquina, se dirigió hacia allí sin titubear.

Se preguntó cuánto tiempo podría sobrevivir en el agua helada. Se introdujo con dificultad bajo el saliente de hielo y se arrodilló en el barro. Sólo dejó los ojos y la nariz por encima de la superficie. Tendrían que meterse en el agua para verle, pero no le cabía ninguna duda de que sus perseguidores mandarían a los perros a recorrer el arroyo de arriba abajo.

El frío le había entumecido los miembros por completo y pensó que lo más probable era que estuviera a punto de morir. Apretó con fuerza la mandíbula para silenciar el tiritar de sus dientes y, durante un breve periodo de tiempo, olvidó lo que estaba sucediendo; sencillamente, esperó como si fuera un pez, helado y desprovisto de pensamientos. Podía ver el vapor de su aliento, una neblina sobre la superficie del agua clara mientras la nube de fango se asentaba a su alrededor.

Oyó muy cerca el excitado ladrido de los perros, pero su mente se movía con demasiada lentitud como para sentir miedo. ¿Había oído un grito? Le parecía que sí. Quizá hubieran hallado el rastro que había dejado en el barro. Quizá hubieran entendido que era la marca que deja un hombre que se arrastra sobre su barriga como un animal. Ya no le importaba. El frío parecía haber penetrado en su interior y ahora le atenazaba el corazón, ralentizándolo cada vez más. Sentía cada uno de sus latidos como una explosión de calor en su pecho, pero ésta se iba debilitando poco a poco.

El ladrido de los perros se calmó al rato, pero no se movió de donde estaba. Al final no fue una decisión consciente la que lo impulsó a moverse, sino más bien el instinto de su cuerpo, que se negaba a morir. A punto estuvo de ahogarse cuando lo invadió una oleada de fatiga, y tuvo que luchar para mantener la cabeza fuera del agua. Despacio, se dirigió hacia donde el agua era menos profunda y allí se sentó, sintiendo los miembros tan pesados que apenas podía moverlos.

Se dirigió hacia la orilla contraria y se tendió de nuevo en el oscuro barro, sintiendo su tersura perfecta al meterse entre la hierba que crecía sobre el agua y apoyarse en el fango para salir. Finalmente se desmayó.

Cuando se despertó, seguía siendo de día, pero no se oía ningún sonido cercano aparte del murmullo del propio río, que discurría veloz, arrastrando consigo la nieve procedente del deshielo de las montañas. La sangre volvía a circular por sus venas, y el dolor de las heridas abiertas supurando hacia el agua lo había despertado. Agitó uno de sus brazos y se alejó un poco más del agua, casi llorando por el dolor mientras

su cuerpo iba volviendo a la vida. Logró incorporarse lo suficiente para otear entre los árboles y no vio a nadie en las proximidades.

Eeluk no se daría por vencido, de eso estaba seguro. Si la primera expedición fracasaba, enviaría a toda la tribu a buscarle, cubriendo el terreno que un jinete recorrería en un día en torno al campamento. Sabían que no podía haber ido muy lejos y sin duda acabarían por encontrarle. Tendido boca arriba, se quedó mirando el cielo y se dio cuenta de que sólo había un sitio al que podía ir.

Cuando se puso el sol, Temujin se alzó tambaleante, temblando tanto que le pareció que se le iban a desencajar los miembros. Cuando las piernas le fallaron, avanzó a gatas sobre la hierba. Podía ver las antorchas del campamento y comprendió que en su débil estado no había avanzado mucho. Seguramente, la mayoría de los cazadores había elegido un radio más amplio para buscarle.

Esperó hasta que desaparecieron los últimos rayos de sol y la tierra volvió a estar oscura y fría. Parecía que su cuerpo todavía estaba dispuesto a llevarle un poco más lejos y hacía mucho que había dejado de preguntarse cuánto más podría forzar a sus maltrechos miembros. El río había limpiado un poco su ojo hinchado y descubrió aliviado que veía un poco con él, aunque todo estaba borroso y le lloraba constantemente.

Le daba pavor pensar en los perros del campamento, aunque confiaba en que el fango ocultara su olor. La idea de que uno de aquellos feroces animales corriera hacia él para atacarle le producía un miedo constante, pero no tenía elección. Si detenía su renqueante avance, la segunda tanda de perseguidores lo encontraría por la mañana. Continuó, y cuando miró atrás, se sorprendió al comprobar que había adelantado un buen trecho.

Sabía qué ger era la más conveniente, y agradeció al Padre Cielo que estuviera cerca de las estribaciones del tranquilo campamento. Se tumbó boca abajo largo tiempo, atento al más mínimo movimiento. Eeluk había situado a sus centinelas mirando hacia fuera, pero necesitarían la vista de una lechuza para ver aquella figura enlodada arrastrarse con sigilo por la oscura tierra.

Después de lo que se le antojó una vida, Temujin alargó la mano para tocar la pared de fieltro de una de las tiendas, sintiendo su seca aspereza con una especie de éxtasis. Todos sus sentidos estaban alerta y, aunque había vuelto el dolor, se sentía vivo y exaltado. Pensó intentar acceder por debajo de la pared, pero la habrían asegurado con estaquillas y, además, no quería que alguien gritara asustado creyendo que era un lobo. Sonrió para sí al imaginarlo. Sería un lobo muy desesperado, descendiendo con sigilo de las colinas en busca de calor y de leche. Las nubes ocultaban las estrellas y, en la oscuridad, se acercó a la pequeña puerta de la ger y la empujó. Entró con cuidado y cerró tras de sí, quedándose quieto en la oscuridad del interior, jadeante.

—¿Quién es? —preguntó una mujer. A su derecha, oyó cómo se arrebujaban unas mantas y otra voz más grave habló.

—¿Quién está ahí? —gritó Basan.

Temujin sabía que estaría buscando su puñal.

—Temujin —susurró.

Se produjo un silencio y aguardó, sabiendo que su vida pendía de un hilo. Oyó el golpe de la piedra contra el acero y un fulgor iluminó sus caras un instante. La esposa y los hijos del vasallo estaban despiertos, y todo lo que Temujin podía hacer era mirarlos sin más mientras Basan encendía una lámpara de aceite y bajaba la llama hasta que no fue más que un rescoldo.

—No puedes quedarte aquí —dijo la mujer de Basan.

Temujin vio el temor en su rostro, pero en un ruego silencioso se volvió hacia el vasallo de su padre y esperó.

Basan negó con la cabeza, horrorizado al ver en su casa aquella desgarrada y encorvada figura.

—Te están buscando —le informó Basan.

—Entonces, escóndeme hasta que acabe la búsqueda —repuso Temujin—. Solicito derechos de hospitalidad.

No recibió respuesta y de pronto sufrió un desfallecimiento, perdiendo hasta el último resquicio de sus fuerzas. Se vino abajo de rodillas y su cabeza cayó hacia delante.

—No podemos echarle —oyó que Basan le decía a su esposa—. No para que le maten.

—Nos matarán a todos —repuso ella, elevando la voz.

Con la vista nublada, Temujin observó cómo Basan cruzaba la ger hacia ella, tomándole la cara con ambas manos.

—Hazle un té y busca algo para comer —la apremió—. Lo haré por su padre.

Ella no respondió, pero se dirigió a la tetera y empezó a echar leña en el pequeño hornillo, con una dura expresión en el semblante. Temujin sintió cómo los fuertes brazos de Basan lo levantaban y, después, la oscuridad lo envolvió.

Eeluk no pensó en registrar las gers de las familias. Su buen humor inicial se apagó visiblemente cuando pasó el segundo día y luego el tercero y no había rastro del fugitivo. Al final del cuarto día, Basan regresó y le dijo a Temujin que Arslan y su hijo también habían desaparecido. Habían cabalgado hacia el norte esa mañana con uno de los vasallos, pero ninguno de ellos había vuelto al atardecer. Eeluk estaba fuera de sí de rabia. Había enviado varios hombres a la tienda que le había dado al espadero y había descubierto que sus herramientas más valiosas habían desaparecido con él. Nadie esperaba que el vasallo regresara, y el llanto de su familia se oyó hasta

bien entrada la noche. El humor de los Lobos se había agriado y Eeluk había dejado inconsciente a uno de sus hombres por cuestionar su orden de salir una vez más.

Temujin apenas podía recordar los primeros dos días. Tenía fiebre, tal vez debido al aire pestilente del pozo. El río le había limpiado la piel y quizá eso le había salvado. La esposa de Basan había cuidado sus heridas con severa eficiencia, lavándole lo que le quedaba de la mugre y limpiando la sangre y el pus con un paño empapado en airag hervido. Cuando lo tocaba, gemía, y recordaba la mano de ella tapándole la boca para sofocar el sonido.

Cada mañana, Basan los había dejado para unirse a los demás hombres tras advertir con gravedad a sus dos hijos de que no debían decirle nada a nadie. Observaban a Temujin con enorme curiosidad, asustados por ese forastero que no decía nada y tenía esas horrendas heridas. Tenían edad suficiente para comprender que la vida de su padre dependía de su silencio.

A Eeluk le había dado por beber más y más al ver que sus partidas de búsqueda retornaban día tras día con las manos vacías. Al final de la semana, borracho, ordenó a las familias que continuaran hacia el norte, dejando atrás el pozo y su mala suerte. Esa noche se retiró a su tienda con dos de las chicas más jóvenes de la tribu, cuyas familias no se atrevieron a protestar. Basan pidió una guardia de medianoche al amanecer con la esperanza de hacer desaparecer por fin a Temujin del campamento. Las familias estaban nerviosas y descontentas y sabía que había ojos que observaban todos y cada uno de sus movimientos, por lo que descubrirían a Temujin en cuanto dismantelaran las tiendas. A pesar del peligro que supusiera, Temujin tenía que huir esa noche o nunca.

Basan aguardó cuanto pudo, y dejó la tienda sin el fieltro para ver las estrellas avanzar por la bóveda celeste. La familia entera tuvo que aguardar, muerta de frío, hasta que Basan decidió que los miembros de la tribu ya estarían dormidos. Los que aún estuvieran despiertos no notarían que uno de los vasallos de confianza salía a iniciar su vigilancia, pero a Basan le costó muchísimo decidirse a darle a Temujin uno de sus caballos. Tenía once y los amaba a todos como a sus propios hijos. Al final había elegido una pequeña yegua negra y la había llevado a la puerta de su ger, atándole unas alforjas con suficiente comida para que el joven pudiera alimentarse durante el viaje.

Temujin permanecía oculto entre las sombras y se esforzaba por encontrar palabras con las que expresar su gratitud. No tenía nada que darle a los niños y se sintió avergonzado por la carga y el miedo que había hecho llegar a ese hogar. La esposa de Basan había preferido no mantener relación con él, mientras que el hijo mayor parecía haber perdido su miedo, que había dado lugar al asombro en cuanto supo quién era el extraño que estaba en su casa. Era evidente que el niño había reunido valor cuando Basan le dijo que sería esa noche, y se acercó a Temujin con

toda la timidez de sus doce años. Para su sorpresa, el chico había puesto una rodilla en el suelo y había alargado la mano para coger la suya y hacer que se la apoyara en la coronilla, donde Temujin tocó el mechón en el hirsuto cuero cabelludo.

Notó que se le hacía un nudo en la garganta por la emoción ante el sencillo gesto del niño.

—Tu padre es un hombre valiente —murmuró—. Asegúrate de seguir sus pasos.

—Lo haré, mi khan —respondió el niño.

Temujin lo miró fijamente y la mujer de Basan tragó saliva. En la puerta, Basan oyó la conversación y negó con la cabeza, preocupado. Antes de que Temujin pudiera responder, el guerrero atravesó la ger hacia su hijo y le hizo ponerse en pie.

—No puedes jurar lealtad a este hombre, pequeño. Cuando llegue el momento, entregarás la espada y tu hija a Eeluk, como he hecho yo.

No podía mirar a Temujin a los ojos mientras hablaba, pero la resistencia del niño se dobló bajo la fuerte mano de su padre. Se agachó y se escabulló hacia los brazos de su madre, desde donde observó a ambos por debajo de su codo.

Temujin carraspeó.

—El espíritu de mi padre nos observa —murmuró, viendo su aliento elevarse como una columna de niebla—. Le honras salvándome.

—Ven conmigo ahora —dijo Basan, avergonzado—. No hables con nadie, y así pensarán que eres otro de los guardias de las colinas.

Mantuvo la puerta abierta y Temujin se agachó para salir, torciendo el gesto por el dolor que le causaban aún sus magulladuras. Llevaba una túnica y unos pantalones limpios bajo un deel acolchado que pertenecía a Basan. Bajo las gruesas capas, las heridas más graves estaban vendadas. Le faltaba mucho para estar curado, pero estaba deseando montarse a un caballo. Encontraría a su familia entre los nómadas de las llanuras y los Lobos no volverían a capturarlo jamás.

Basan recorrió con deliberada lentitud el campamento, confiando en que la oscuridad ocultara la identidad de su compañero si alguien era tan idiota como para atreverse a salir con aquel frío. Existía la posibilidad de que notaran que regresaba sin su yegua, pero no había elección. No tardó demasiado en dejar las tiendas atrás; nadie le dio el alto. Ambos hombres caminaron en silencio uno junto al otro, guiando al caballo por las riendas, hasta que el campamento de los Lobos estuvo lejos. Era tarde y Basan tendría que sudar mucho para llegar a su puesto sin despertar ningún comentario. Cuando estuvieron ocultos por la sombra de la colina, le puso a Temujin las riendas en las manos.

—He envuelto mi segundo arco y lo he colocado aquí —dijo, dándole unas palmadas a un fardo atado a la silla—. Hay un poco de comida, pero te he dejado dos flechas, para cuando necesites cazar. Llévala a pie hasta que estés lejos, o los centinelas oirán los cascos. Permanece a la sombra de las colinas todo lo que puedas.

Temujin asintió, alargando la mano para aferrar el brazo del vasallo. Había sido su captor con Tolui, pero luego le había salvado la vida poniendo en riesgo a su familia. No podía más que sentir agradecimiento por aquel hombre.

—Búscame en el horizonte, Basan —dijo—. Tengo cuentas que arreglar con los Lobos.

Basan lo miró, y volvió a ver una determinación que le recordó inquietantemente a Yesugei cuando era joven.

—Me parece estar oyendo a tu padre —dijo, estremeciéndose de repente.

Temujin le devolvió la mirada durante un buen rato, y luego le golpeó en el hombro.

—Cuando me vuelvas a ver, te prometo que tu familia estará a salvo —le aseguró.

Con un chasquido con la garganta, hizo que la yegua se pusiera en marcha de nuevo. Basan lo observó irse antes de darse cuenta de que llegaba tarde y echar a correr. Cuando Temujin saliera de la sombra de la colina, sólo Basan estaría allí para verle, y su cuerno permanecería en silencio.

XIX

Kachiun estaba sentado a solas en una suave pendiente, desayunando un pequeño mendrugo de pan y los últimos restos de cordero especiado. Khasar y él habían logrado recuperar la mayor parte del rebaño que Tolui había dispersado, y Hoelun había sacrificado y ahumado suficientes cabras para que pudiera mantenerse durante los numerosos días que tendría que pasar esperando a su hermano. Las provisiones habían mermado pese a sus esfuerzos por comer con frugalidad y sabía que tendría que cazar marmotas y aves al día siguiente si no quería morir de hambre.

Mientras masticaba la carne seca, se encontró echando de menos a su familia y preguntándose si aún vivirían. Sabía tan bien como cualquiera que una familia de nómadas era vulnerable en las llanuras, aunque se movieran de noche. Al igual que los hermanos habían tendido una emboscada a un par de pastores, su familia podía ser atacada y podían perder su pequeño rebaño o los caballos que montaban. No tenía ninguna duda de que Khasar sería capaz de cuidar bien de sí mismo, pero si tenía que enfrentarse a un par de guerreros que hubieran salido a hacer una incursión, sólo podía haber un resultado.

Kachiun suspiró para sí, harto del modo en que el mundo les había dado la espalda. Cuando Temujin estaba allí, se atrevían a esperar algo más que vivir teniendo miedo de cada extraño con el que se cruzaran. De algún modo, la presencia de su hermano le había hecho sentirse más fuerte, le había servido para recordar cómo era todo cuando su padre estaba vivo. Kachiun temía por todos ellos y su imaginación le iba produciendo pesadillas sangrientas a medida que pasaban los días.

Estar solo era difícil. Kachiun había percibido la extrañeza de su posición cuando Hoelun se llevó a sus otros tres hijos hacia el oeste. Había hecho muchas guardias nocturnas cuando era niño, aunque siempre con un guerrero adulto que se aseguraba de que no se quedara dormido. Ni siquiera esas largas horas le habían preparado para la terrible soledad de las desoladas estepas. Sabía que existía la posibilidad de que nunca más volviera a ver a su familia, a su madre o a Temujin. El mar de hierba era más vasto de lo que se pudiera imaginar y, si morían, tal vez no llegara siquiera a encontrar sus huesos.

Tras los primeros días, había encontrado consuelo en hablar consigo mismo en voz alta mientras inspeccionaba las colinas distantes, sólo para oír el sonido de una voz humana. El lugar que había elegido estaba en una zona alta de la grieta, cerca de donde Temujin y él habían matado a Bekter, hacía tanto tiempo. Seguía estremeciéndose cada vez que pasaba por aquel lugar al amanecer cuando iba al puesto de vigilancia. Se dijo a sí mismo que el espíritu de Bekter no se habría quedado allí, pero su conocimiento de los rituales era borroso. Kachiun recordaba que

el viejo Chagatai se había referido a más de un alma. Una cabalgaría los vientos allá en lo alto, pero ¿no quedaría una parte atada a la tierra? No le importaba tomar ese camino a la luz del sol, pero cuando volvía demasiado tarde, cuando ya se estaba haciendo de noche, era fácil imaginarse a Bekter de pie entre las sombras de los árboles, blanco y mortífero. A Kachiun le recorrió un escalofrío sólo de pensarlo. Sus recuerdos de Bekter parecían haberse congelado en ese único momento, cuando había lanzado aquella flecha que se le clavó en la espalda. Lo que había sucedido antes era sólo una niebla, una vida diferente. Recordaba el terror que había sentido de que Bekter se quitara la flecha de algún modo y se volviera furioso hacia él. El mundo cambió cuando Bekter cayó sobre las húmedas hojas y, a veces, Kachiun se preguntaba si todavía estaba pagando por ese día. Temujin había dicho que los espíritus te daban el ingenio y la fuerza suficientes para vivir y luego perdían el interés por ti, pero parte de Kachiun temía que hubiera que pagar un precio por cada acto de violencia. Entonces era sólo un niño, pero podía haberse negado a seguir a Temujin.

Se rió para sus adentros al pensarlo. Ninguno de sus hermanos podía oponerse a Temujin. Se parecía más a su padre de lo que Kachiun había percibido en los primeros días. Cuando vio cómo Temujin regateaba y comerciaba con las familias nómadas, como el viejo Horghuz y su mujer, le resultó aún más evidente. A pesar de su edad, siempre le tomaban en serio y, si lo habían asesinado, Kachiun lo honraría tratando de seguir el mismo camino que él. Hallaría a su madre y construiría un lugar seguro en alguna zona con agua limpia y buenos pastos. Quizá encontrarán una pequeña tribu para poder fundar una familia. Hoelun podría casarse de nuevo, y todos estarían seguros y resguardados.

Era un sueño, pero no podía evitar pasarse horas fantaseando con él, imaginando algo que se parecía mucho a su infancia entre las gers de los Lobos, cuando se paseaban con sus caballos bajo el sol, cuando no había que preocuparse por el futuro. Echaba de menos la certidumbre de su antigua vida, tener un camino claro frente a sí. Desde la alta colina, mientras el viento agitaba sus cabellos, recordó aquel tiempo con añoranza y volvió a sufrir por Temujin. Hoelun le había cosido la herida del muslo, que todavía no había cicatrizado; Kachiun se descubrió rascándose sin darse cuenta mientras oía la brisa.

No le cabía duda: Temujin no había podido escapar a sus perseguidores. Kachiun se retorció las mangas de su túnica con las manos ante la idea de que su hermano estuviera en poder de Tolui, aquel bravucón rencoroso que de pequeño lo pellizcaba y se burlaba de él cuando nadie miraba. Antes de su llegada, aquella mañana, él y su familia habían pensado que por fin podían llevar una vida normal. Pero ahora les habían arrebatado todo: Temujin no iba a regresar a la grieta en las colinas. Si el Padre Cielo era justo, llevaría sufrimiento a Eeluk y a sus vasallos, pero eso también

era sólo un sueño. No había justicia en el mundo y los malvados prosperaban. Kachiun se esforzaba por no desesperar mientras se ceñía el deel, pero en ocasiones su odio era tan intenso como el del propio Temujin. Tenía que haber justicia. Tenía que haber venganza.

Terminó lo que le quedaba de carne y metió los dedos en las costuras de la bolsa de tela, en busca de un último bocado. Se sentía cansado y anquilosado tras permanecer tanto tiempo sentado, y también sentía frío, aunque no sólo a causa del viento. En algún lugar al oeste, Hoelun podría estar cabalgando hacia el peligro y no estaba allí para matar por ella y morir con ella. Sólo su tozudez lo mantenía en su puesto mientras los días se sucedían.

Desde lo alto de la colina, Temujin vio a dos hombres en la distancia. Su corazón dio un vuelco, pensando que tal vez fueran Arslan y su hijo, pero se aseguró de tener su arco a punto para disparar. Se juró que si eran un par de jinetes en una expedición de asalto, asaría sus corazones a fuego lento. Sus heridas no le impedirían disparar el arco de Basan y no estaba de humor para juegos después de todo cuanto había sufrido.

En los cinco días que había cabalgado, de ocaso a ocaso, siguiendo las instrucciones de Arslan, se le habían caído las postillas. La grieta de las colinas se hallaba a mucha distancia de ese desolado lugar, pero para entonces ya sabía que podía confiar en aquéllos que abandonaban a Eeluk. El nuevo khan de los Lobos no era lo bastante astuto para hacer planes con tanta previsión, aunque era posible que Yesugei sí lo hubiera sido.

Temujin se protegió los ojos del sol poniente para observar a los hombres, que guiaban a sus caballos en el descenso por una empinada colina, echándose para atrás en las sillas para mantener el equilibrio. Resopló para sí cuando vio que uno de ellos desmontaba y caminaba solo hacia él, alzando las manos. El significado era evidente y Temujin levantó su arco como respuesta. Sólo podía ser Arslan.

Temujin avanzó al trote, arco en ristre. Puede que aquel hombre le hubiera salvado del pozo, pero pasaría mucho tiempo antes de que pudiera confiar en alguien de nuevo. Se detuvo y dejó que Arslan cubriera los últimos pasos que los separaban, observando su paso firme sobre la hierba primaveral. Caminaba como Yesugei, y el recuerdo le produjo un súbito dolor que no llegó a plasmarse en su expresión.

—Sabía que lograrías escapar —dijo Arslan con una suave sonrisa mientras se aproximaba—. No esperaba encontrarte hasta muchos días después, pero veo que has conseguido una excelente yegua.

—Ha sido un regalo de un hombre que recordaba a mi padre —respondió Temujin con frialdad—. Pero dime, ¿qué crees que pasará?

Arslan parpadeó y se rió.

—Creo que harás un ademán a mi hijo para que se una a nosotros y nos sentaremos y compartiremos tu comida. Como el campamento es nuestro, te concedo derechos de hospitalidad.

Temujin carraspeó. Tenía una gran deuda con aquel hombre y ese peso le resultaba incómodo.

—¿Por qué me has ayudado? —preguntó.

Arslan alzó la vista, viendo los cardenales, todavía marcados, y la postura encorvada de Temujin sobre la silla. Yesugei se habría sentido orgulloso de aquel muchacho, pensó.

—Hice un juramento a tu padre, Temujin. Tú eres el mayor de sus hijos vivos.

Los ojos de Temujin brillaron al pensar en Bekter. ¿Habría socorrido este hombre a su hermano mayor? Temujin no podía sino maravillarse ante las vueltas del destino.

—No me conoces —arguyó.

Arslan se quedó muy quieto.

—No. Pensé en no actuar mientras te pudrías en ese hoyo, pero no soy un hombre que se quede de brazos cruzados. Aunque no hubiera conocido a tu padre, te habría sacado de allí.

Temujin se sonrojó.

—Te... estoy muy agradecido por lo que hiciste —dijo, desviando la vista hacia las colinas.

—No hablaremos de ello —contestó Arslan—. Ha quedado atrás. Por ahora no me conoces, pero aprenderás que nunca rompo mi palabra.

Temujin echó una mirada de reojo a Arslan, pensando que se burlaba. Pero en él sólo vio un sereno autocontrol.

—Eso es lo que tu padre decía, sí —continuó Arslan—. Me atrajo hacia él y le creí. Si eres la mitad del hombre que él fue, mi hijo te jurará lealtad y nos uniremos mediante vínculos de honor a tu linaje.

Temujin le devolvió la mirada, percibiendo su tranquila fuerza interior. No llevaba armas, pero la yegua se había alejado tres pasos de Arslan mientras conversaban, consciente como su dueño de la presencia de un depredador que poseía un rígido control de sí mismo. Se preguntó si Arslan pensaría que había una hueste de guerreros esperando el regreso de Temujin. Se le ocurrió que un hombre que se medía a sí mismo por su palabra podría mantener una promesa aun cuando descubriera que eran sólo un grupo de hermanos esqueléticos escondidos en las colinas. Tuvo la tentación de mentirle, pero no lo hizo, incapaz de engañar a alguien que le había salvado la vida.

—No tengo tribu, ni riqueza, ni nada aparte de mi familia, que está escondida —explicó—. No tengo nada que ofrecerte, ni a ti ni a tu hijo. Si decides seguir adelante, volveré solo junto a ellos y seguiré bendiciéndote por tu ayuda.

—Dijiste que eras la tierra y la roca de las colinas —dijo Arslan con suavidad—. Creo que estabas pronunciando unas palabras de tu padre. Te seguiré.

—Entonces, llama a tu hijo —pidió Temujin, con repentina exasperación.

No quería empezar a albergar esperanzas, pero la cautividad le había cambiado. Ya no se sentiría satisfecho simplemente con sobrevivir. Miró a Arslan e imaginó un rastro de fuego y sangre a través de las tribus que acabaría en las gers de los Lobos. Lo había visto en los días más oscuros en el pozo. Su imaginación no había dejado de arder cuando las moscas zumbaban a su alrededor.

Mientras Jelme se aproximaba, Temujin desmontó y se dirigió cojeando hacia ambos.

—Si me llamáis khan, vuestra voluntad dejará de ser vuestra —recitó, recordando que su padre había pronunciado las mismas palabras—. Arrodillaos ante mí.

Tanto Jelme como su padre se postraron de hinojos y Temujin les puso las manos heridas sobre la cabeza.

—Dadme sal, leche, caballos, gers y sangre.

—Son tuyos, mi khan —afirmaron los dos hombres al unísono.

—Entonces sois sangre de mi sangre y somos una tribu —sentenció Temujin, sorprendiéndolos—. Os llamo hermanos y somos un solo pueblo.

Arslan y Jelme levantaron la cabeza, conmovidos por el tono y todo lo que éste significaba. El viento arreció, bajando con furia de las montañas. Temujin volvió la cabeza en la dirección en la que su familia se habría ocultado. Sabía que podría encontrar su tribu entre hombres despreciados por todos los demás, entre los nómadas y los pastores. Hombres como Horghuz y su familia, asesinados por Tolui. Eran pocos, pero estaban curtidos. Habían sido expulsados y muchos tendrían hambre de lo mismo que él: una tribu y una oportunidad para devolverle el golpe a un mundo que los había abandonado.

—Aquí empieza todo —susurró Temujin—. Ya me he escondido lo suficiente. A partir de ahora serán ellos los que se escondan de mí.

Cuando Kachiun vio a esos tres hombres dirigiéndose al sur, ignoraba quiénes eran. Se fijó bien en el camino que tomaban y se deslizó por la grieta de las colinas, con su arco y su carcaj a punto. Conocía mejor que nadie el terreno que pisaba y bajó resollando a la carrera las pendientes internas, saltando árboles caídos y madera vieja.

Tomó posición cerca de donde iban a pasar, bien escondido entre la maleza. La muerte palpitaba en su corazón mientras se preparaba. Si Tolui y Basan habían regresado con su prisionero, Kachiun arriesgaría dos disparos largos y confiaría en su destreza. Se había entrenado bien, y ni Khasar ni Temujin lo superaban con el arco. Aguardó en silencio el sonido de los cascos de los caballos, listo para matar.

Cuando estuvieron a la vista, el corazón de Kachiun latió lleno de emoción al reconocer a su hermano. El mero hecho de ver a Temujin con vida lo animó después

de la tristeza en la que se había sumido en los días de soledad. Apretó los labios con fuerza y sólo entonces se dio cuenta de que había murmurado el nombre de su hermano en voz alta. Admitió ante sí mismo que había pasado demasiado tiempo solo, a la vez que apuntaba la flecha hacia el mayor de los hombres que cabalgaba con él.

Kachiun dudó, observando con atención todos los detalles de los tres hombres. Temujin montaba erguido en la silla y no se veía ninguna cuerda o las riendas atadas a los otros. ¿Se fiaban de que un cautivo no fuera a escapar al galope ante la más mínima oportunidad de libertad? Algo no cuadraba, y ajustó su mano en el arco tendido, mientras los poderosos músculos de sus hombros empezaban a temblar. No dejaría que pasaran —no podía hacerlo—, pero si lanzaba una flecha como advertencia, habría perdido la oportunidad de matarlos con rapidez. Ambos hombres estaban armados con arcos, aunque notó que no los tenían preparados. No cabalgaban como hombres en territorio hostil. Kachiun vio que llevaban largas espadas como la que Yesugei ceñía a su cadera. Nada de lo que veía tenía sentido y, mientras vacilaba, habían ido avanzando hasta su posición tras los árboles.

Arriesgó el todo por el todo.

—¡Temujin! —bramó abandonando la posición de cuclillas y tensando de nuevo la cuerda hasta su oreja.

Temujin vislumbró su figura por el rabillo del ojo.

—¡Espera! ¡Espera, Kachiun! —gritó, a la vez que levantaba y agitaba los brazos.

Kachiun vio cómo los dos extraños desaparecían de su vista un instante después de su advertencia, veloces como gatos. Ambos se tiraron de sus caballos y los utilizaron como protección. Kachiun respiró aliviado cuando Temujin le hizo un gesto con la cabeza y se inclinó hacia delante para desmontar con gran torpeza.

El corazón de Kachiun se encogió al verlo. Los Lobos habían herido a su hermano, pero estaba allí y se encontraba a salvo. Temujin cojeaba visiblemente cuando echaron a correr el uno hacia el otro, y Kachiun lo abrazó, embargado por la emoción. Todo saldría bien.

—No sabía si eran amigos o enemigos —explicó sin aliento. Temujin asintió con la cabeza y le tranquilizó poniéndole una mano en la nuca.

—Son mis vasallos, hermano —afirmó—. Arslan y Jelme: me han librado de la cautividad. Han llegado a nosotros enviados por el espíritu de nuestro padre.

Kachiun se volvió a los dos hombres, que se aproximaban.

—Entonces siempre seréis bienvenidos en mi campamento —dijo—. Tengo un par de patos para vosotros si tenéis hambre. Quiero que me contéis la historia.

Temujin asintió y Kachiun se dio cuenta de que no había sonreído desde que lo había visto. Su hermano había cambiado en el tiempo que había pasado fuera, en cierto modo se había ensombrecido bajo el peso de las experiencias.

—Pasaremos la noche aquí —confirmó Temujin—. Pero ¿dónde están mi madre y los demás?

—Se han marchado hacia el oeste. Me quedé solo por si lograbas regresar. Estaba... a punto de irme. Había perdido la esperanza de verte de nuevo.

Temujin resopló.

—Nunca pierdas la fe en mí, hermano. Nunca faltó a mi palabra: siempre volveré a casa.

Para su asombro, Kachiun descubrió que tenía lágrimas en los ojos. Parpadeó para eliminarlas, avergonzado de llorar ante esos desconocidos. Había pasado demasiado tiempo solo y había perdido su carácter imperturbable. Se esforzó por recobrar el control sobre su creciente emoción.

—Vamos. Haré una hoguera y asaré la carne —dijo.

Temujin asintió.

—De acuerdo. Tenemos mucho camino que recorrer en cuanto amanezca. Quiero alcanzar a nuestra madre.

Los tres hombres siguieron a Kachiun a su campamento, un lugar húmedo que casi no merecía ese nombre, con un montón de huesos viejos en torno a un pequeño hueco para el fuego. Kachiun se puso a encender una llama con manos torpes, arrodillándose sobre viejas cenizas.

—Hay una familia nómada a medio día de camino a caballo hacia el oeste —dijo, mientras golpeaba el pedernal contra el acero—. Tres hombres y dos mujeres. Pasaron por aquí ayer por la noche.

Vio que Temujin alzaba la vista con interés y malinterpretó el brillo de sus ojos.

—Podemos evitarlos si vamos directamente al sur en lugar de cortar a través de las colinas negras —explicó, gruñendo satisfecho cuando la llama prendió en la yesca.

Temujin miró con fijeza la pequeña hoguera.

—No quiero evitarlos, hermano. Puede que no lo sepan, pero son de mi sangre tanto como tú mismo.

Kachiun se detuvo y se puso en cuclillas.

—No entiendo —dijo, viendo que Arslan y Jelme cruzaban una mirada—. ¿Qué queremos de los nómadas?

—Son la gran tribu —repuso Temujin, casi para sí mismo. Su voz era tan baja que Kachiun tuvo que esforzarse para oírle—. Les daré una familia de nuevo. Los acogeré y los fortaleceré, y los enviaré contra aquéllos que mataron a nuestro padre. Escribiré el nombre de Yesugei con sangre tártara y, cuando seamos poderosos, regresaré del norte y desperdigaré los cuerpos de los Lobos por la nieve.

De repente, Kachiun se estremeció. Tal vez hubiera sido su imaginación, pero le pareció oír el chasquido de huesos antiguos en el viento.

SEGUNDA PARTE

Khasar esperaba rodeado de abundante nieve. Tenía el rostro entumecido a pesar de la grasa de oveja. No podía evitar compadecerse un poco de sí mismo. Por lo visto, sus hermanos se habían olvidado, pero hoy cumplía dieciséis años. En un arranque, sacó la lengua y trató de capturar unos cuantos copos. Llevaba mucho tiempo allí y estaba cansado y aburrido. Mientras observaba el campamento tártaro, a unos cien pasos de terreno blanco, se preguntó distraído si encontraría en él a una mujer. El viento soplaba helado y las nubes cruzaban raudas sobre su cabeza, como pálidas cabras correteando delante del pastor antes de una tormenta. A Khasar le gustó la imagen que había creado con esas palabras y las repitió para sí. Tenía que recordarlas para decírselas a Hoelun cuando regresaran de la incursión. Khasar consideró tomar un sorbo de airag para calentarse, pero recordó el consejo de Arslan y se aguantó. El espadero le había dado una taza del precioso líquido en un odre de cuero.

—No te quiero borracho —había dicho con severidad—. Si los tártaros llegan hasta ti, necesitaremos una mano firme y una visión clara.

A Khasar le gustaban el padre y el hijo que Temujin había traído consigo, sobre todo el padre. A veces, Arslan le recordaba al suyo propio.

Un movimiento en la lejanía sacó a Khasar de sus divagaciones. Era difícil mantenerse concentrado en la misión que le habían encargado cuando pensaba que se estaba congelando poco a poco. Decidió beberse el airag en vez de arriesgarse a estar demasiado anquilosado para reaccionar. Se movió con lentitud para no romper la capa de nieve que se había acumulado sobre su deel y su manta.

El líquido le escoció en las encías, pero lo tragó deprisa, sintiendo cómo el calor se extendía por la parte inferior de su pecho y ascendía hasta sus pulmones. Ayudaba contra el frío, y ahora que sin duda había actividad en el campamento tártaro necesitaba mantenerse despierto. Khasar estaba situado al oeste de los tártaros, invisible bajo la cubierta de nieve. Vio a varias figuras corriendo y, cuando cesó el viento, oyó cómo gritaban. Asintió para sí. Temujin había atacado. Ahora sabrían si realmente se trataba de un pequeño grupo de tártaros o de la emboscada sobre la que les había alertado Arslan. Los tártaros habían ofrecido una recompensa por el grupito de asaltantes que habían entrado en sus tierras desde el norte. Aquello, más que nada, había ayudado a Temujin a reclutar guerreros de las familias nómadas, tomando a sus mujeres y niños bajo su protección y tratándoles con honor. Los tártaros estaban ayudando a Temujin a reunir una tribu en el desierto nevado.

Khasar oyó el sonido de las flechas lanzándose. Desde esa distancia, no conseguía distinguir si partían de los arcos tártaros, pero no importaba. Temujin le había dicho que se tendiera en aquel punto bajo una capa de nieve y eso es lo que haría. Oía el

ladrido de los perros y deseó que alguien les disparara una flecha antes de que se acercaran a Temujin. Seguía teniendo miedo de esos animales y no sería apropiado que mostrara debilidad ante hombres nuevos, pues algunos de ellos aún se mostraban cautelosos y desconfiados.

Khasar sonrió para sus adentros. Temujin prefería aceptar guerreros con esposas e hijos. No podrían traicionarle mientras sus seres queridos estuvieran en el campamento al cuidado de Hoelun. La amenaza nunca se había pronunciado y quizá sólo Khasar hubiera pensado en ello. Pero su hermano era lo bastante inteligente para haberlo tenido en cuenta, más inteligente que ninguno de ellos.

Khasar entrecerró los ojos y su corazón se aceleró bruscamente al ver dos figuras salir del campamento a la carrera. Reconoció a Temujin y a Jelme, y vio que corrían con los arcos en ristre y las flechas listas para ser disparadas. Tras ellos iban seis tártaros envueltos en sus pieles y ropas adornadas, aullando y enseñando sus amarillos dientes mientras los perseguían.

Khasar no vaciló. Su hermano y Jelme pasaron a su lado como un relámpago, sin mirarle. Aguardó una décima de segundo más a que los tártaros se aproximaran, y luego se alzó de la nieve como un demonio vengativo, tensando la cuerda hasta su oreja derecha al mismo tiempo. Dos flechas mataron a dos hombres, haciéndolos caer de bruces sobre la nieve. El resto frenaron patinando, presas del pánico y la confusión. En ese momento podrían haberse lanzado sobre Khasar destrozándole, pero Temujin y Jelme no le habían abandonado a su suerte. Tan pronto como oyeron el silbido de sus proyectiles, se dieron la vuelta, apoyaron una rodilla en el suelo y clavaron sus flechas en la nieve preparándose para disparar una tras otra. Se deshicieron de los restantes tártaros y Khasar tuvo tiempo de lanzar una última saeta que atravesó con precisión la pálida garganta del hombre más próximo a su posición. El guerrero tártaro agarró el astil de la flecha, y casi había conseguido sacársela cuando quedó inmóvil y se desplomó. Khasar se estremeció mientras veía morir a aquel hombre. Los tártaros vestían túnicas similares a las de su pueblo, pero los hombres del norte eran blancos de piel y extraños, y parecían no sentir el dolor. Aun así, morían con tanta facilidad como las cabras y las ovejas.

Temujin y Jelme recuperaron las flechas de los cadáveres, cortándolas con rápidos tajos de sus cuchillos. Era una labor sangrienta y la cara de Temujin estaba llena de salpicaduras rojas cuando le entregó a Khasar media docena de ellas empapadas de arriba abajo en el espeso líquido. Sin una palabra, dio una palmada a Khasar en el hombro, y Jelme y él regresaron al trote al campamento tártaro, casi en cuclillas, con los arcos rozando el suelo. El corazón palpitante de Khasar empezó a latir más despacio y colocó las ensangrentadas flechas en orden por si tenía que matar de nuevo. Con el máximo cuidado, envolvió su arco en una tira de tela empapada en aceite para mantenerlo seco y resistente, y a continuación retornó a su posición. Notó

el frío en los huesos y, cuando la nieve empezó otra vez a caer sobre él, deseó haber llevado más airag consigo.

—¡No hay emboscada, Arslan! —exclamó Temujin desde el otro lado del campamento tártaro.

El espadero se encogió de hombros y asintió. Eso no quería decir que no fuera a producirse más tarde. Sólo significaba que no había sido así en esta ocasión. Había tratado de disuadirlos de su idea de hacer incursiones tan frecuentes en tierras tártaras si Temujin atacaba todas y cada una de las veces que se le presentaba la oportunidad era muy probable que les tendieran una trampa.

Arslan observó al joven khan recorrer a grandes zancadas las gers de los hombres difuntos. Había comenzado el llanto de las mujeres, y su sonido hacía sonreír a Temujin. Significaba la victoria de todos ellos, y Arslan nunca había conocido a nadie con menos propensión al remordimiento que el hijo de Yesugei.

Arslan levantó la vista hacia los suaves copos, sintiendo cómo se posaban en su cabello y en sus pestañas. Había vivido... cuarenta inviernos y había engendrado dos hijos, ahora muertos, y uno vivo. Sabía que si hubiera estado solo habría vivido los últimos años de su vida lejos de las tribus, quizás en las zonas más altas de las montañas, donde sólo los más fuertes pueden resistir. Con Jelme a su lado, sólo podía pensar como un padre. Sabía que un hombre joven necesitaba a gente de su edad y oportunidades de encontrar una mujer y tener hijos propios.

Arslan sintió el frío cortante atravesar el deel acolchado que le había quitado a un tártaro muerto. No había previsto que tendría que jugar con fuego de aquel modo. Le preocupaba el modo en que Jelme veneraba a Temujin, a pesar de que éste sólo contaba dieciocho años. Pensó con amargura que, cuando él era joven, un khan era siempre un hombre atemperado por numerosas estaciones y batallas. Y, sin embargo, el valor de los hijos de Yesugei era intachable, y Temujin no había perdido ni un solo hombre en sus ataques. Arslan suspiró para sí, preguntándose si esa suerte podría durar.

—Te vas a morir congelado si te quedas quieto, espadero —dijo una voz a sus espaldas.

Arslan dio media vuelta y se encontró ante la figura inmóvil de Kachiun. El hermano de Temujin poseía una serena intensidad que mantenía todo oculto en su interior. Arslan admitió que sabía moverse con sigilo. Le había visto disparar con su arco, y Arslan ya no dudaba de que el chico pudiera haberles acertado desde su posición cuando regresaban a caballo a la grieta de las colinas. Había algo especial en toda la familia; Arslan pensó que en el futuro les esperaba la fama o una muerte temprana. Comprendió que, sucediera lo que sucediera, Jelme estaría con ellos.

—No noto el frío —mintió Arslan, esforzándose en sonreír.

Kachiun no se había abierto a él como Khasar pero poco a poco iba perdiendo su

natural reserva. Arslan había visto la misma frialdad en muchos de los que acababan de llegar al campamento de Temujin. Iban allí porque él los aceptaba, pero a aquellos hombres que habían vivido tanto tiempo separados de una tribu les era difícil romper con los viejos hábitos. Los inviernos eran demasiado crueles para seguir viviendo si uno se mostraba confiado.

Arslan era lo bastante sabio como para comprender que Temujin elegía a sus compañeros de incursión con extremo cuidado. Algunos necesitaban reafirmación constante y Temujin dejaba que fuera Khasar quien se ocupara de ellos, con su humor y su ruda naturalidad. Otros no dejaban a un lado sus latentes dudas hasta que no habían visto a Temujin arriesgar su vida con ellos, hombro con hombro. Porque con cada nueva incursión comprobaban que no sentía el menor miedo, que se enfrentaría a la espada de sus enemigos consciente de que no lo haría solo. Y hasta ahora, siempre le habían seguido. Arslan confiaba en que, por el bien de todos, siguiera siendo así.

—¿Atacará de nuevo? —Preguntó Arslan de repente—. Los tártaros no lo tolerarán por mucho tiempo más.

Kachiun se encogió de hombros.

—Primero exploraremos los campamentos, pero en invierno están atontados y son lentos. Temujin dice que podemos continuar a este ritmo durante varios meses más.

—Pero tú sabes que no es buena idea, ¿verdad? —Dijo Arslan—. Nos atraerán hacia ellos con una presa apetitosa y habrá hombres escondidos en todas las ger. ¿No harías tú lo mismo? Antes o después caeremos en una trampa.

Para su sorpresa, Kachiun le sonrió.

—Sólo son tártaros. Podemos enfrentarnos a tantos como quieran enviarnos, creo yo.

—Podrían ser miles si los provocamos durante todo el invierno —dijo Arslan—. En cuanto llegue el deshielo, enviarán un ejército.

—Eso espero —dijo Kachiun—. Temujin piensa que es el único modo de lograr que las tribus se unan. Dice que necesitamos un enemigo y una amenaza para la tierra. Le creo.

Kachiun dio un par de palmadas a Arslan en el hombro como para consolarle antes de proseguir su camino por la nieve. El espadero permitió aquel gesto por puro asombro. Después de todo no tenía que jugar con fuego, tenía que meterse dentro de la hoguera, de cuerpo entero.

Llegó una figura caminando con paso suave y oyó la única voz que amaba.

—¡Padre! Te vas a congelar aquí fuera —dijo Jelme, deteniéndose frente a él.

Arslan suspiró.

—Ya me lo han dicho antes, gracias. No estoy tan viejo, como todos parecéis creer.

Miró a su hijo mientras hablaba y reconoció algo en su porte. Jelme estaba borracho de victoria, le brillaban los ojos. El corazón de Arslan se llenó de orgullo por su hijo, notando que el joven apenas podía mantenerse quieto. En algún lugar cerca de allí, Temujin estaría celebrando una reunión de guerra de nuevo, planeando el siguiente ataque contra la tribu que había asesinado a su padre. Cada nueva incursión era más audaz y más difícil que la anterior, y a menudo las noches se transformaban en fiestas salvajes en las que los guerreros bebían y capturaban mujeres lejos del campamento principal. Por la mañana sería diferente, y Arslan no podía culpar a su hijo por desear la compañía de sus nuevos amigos. Temujin respetaba su habilidad con el arco y la espada. Al menos, Arslan le había dado algo a su hijo.

—¿Te han herido? —preguntó.

Jelme sonrió, enseñando sus dientes pequeños y blancos.

—No tengo ni un rasguño. He matado a tres tártaros con el arco y otro con la espada, utilizando el golpe alto que me enseñaste. —Imitó el movimiento automáticamente y Arslan asintió, aprobador.

—Es bueno si el oponente ha perdido el equilibrio —respondió, confiando en que su hijo notara el orgullo que sentía. No era capaz de expresarlo—. Recuerdo cuando te lo enseñé —continuó Arslan sin convicción. Deseó tener más palabras, pero de algún modo se había creado una distancia entre ellos y no sabía cómo salvarla.

Jelme dio un paso adelante y alargó la mano para agarrar a su padre por el brazo. Arslan se preguntó si se había habituado al contacto físico por influencia de Temujin. Para alguien de la generación del espadero, tocar a otro era una intrusión, y siempre tenía que contener el impulso de quitarse la mano de encima de un golpe. Pero no cuando era su hijo. Le amaba demasiado para que le importara.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó Jelme.

Arslan tuvo que resoplar reprimiendo apenas una carcajada, que en el fondo estaba teñida de tristeza. Esos jóvenes eran tan arrogantes que le herían, pero con las familias nómadas se habían convertido en una banda de asaltantes que no cuestionaban la autoridad de su líder. Arslan había visto cómo se creaban entre ellos los vínculos de la confianza y, cuando estaba desanimado, se preguntaba si tendría que ver a su hijo morir antes que él mismo.

—Recorreré el perímetro del campamento y me aseguraré de que no haya más sorpresas que perturben mi sueño esta noche —dijo Arslan—. Vete.

Forzó una sonrisa y Jelme se rió, haciendo aflorar su emoción a la superficie. Fue corriendo hacia las gers blancas, de donde venía un intenso jolgorio. Los tártaros habían estado lejos de su tribu principal, se dijo. Por lo que sabía, buscaban a la misma fuerza que los había aplastado sin piedad. Las noticias llegarían hasta los khanes locales y éstos responderían, tanto si Temujin lo entendía como si no. No

podían permitirse hacer caso omiso de las incursiones. Al este, las grandes ciudades del imperio Jin habrían enviado a sus espías, siempre buscando la debilidad de sus enemigos.

Mientras recorría el campamento, descubrió a otros dos hombres que hacían lo mismo y, una vez más, reconsideró la imagen de Temujin. El joven guerrero escuchaba, tenía que admitirlo, aunque no le gustaba pedir ayuda. Merecía la pena recordarlo.

Mientras sus pasos crujían en la nieve, Arslan oyó un suave sollozo procedente de un bosquecillo de árboles cerca de las últimas tiendas de los tártaros. Sacó la espada en absoluto silencio al oírlo, desenvainando la hoja del todo y quedándose quieto como una estatua. Podría ser una trampa, pero no lo creía. Las mujeres del campamento se habrían quedado en las gers o se habrían escondido justo donde finalizaban las tiendas. En una noche de verano, habrían sido capaces de esperar a que se fueran los asaltantes para luego regresar con sus propios pueblos, pero no bajo la nieve invernal.

No habría llegado a los cuarenta años de edad sin su sensata cautela, así que Arslan aferró con fuerza la espada hasta que vio el semblante de una joven que tendría la mitad de la edad de él. Con una sonrisa encantada, enfundó el arma y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie. Cuando ella se quedó mirándole sin más, se rió para sus adentros.

—Necesitarás a alguien que te caliente entre las mantas esta noche. Te irá mejor conmigo que con uno de los jóvenes, yo creo. Para empezar los hombres de mi edad tienen menos energía.

Para su inmenso placer, la joven se rió. Arslan supuso que no era pariente de los hombres que habían muerto aquel día, pero se dijo que mantendría los cuchillos bien escondidos en caso de que llegara a dormir. Había oído de más de un hombre asesinado por una cautiva de dulce sonrisa.

Ella cogió su mano y se levantó apoyándose en su hombro. Se sacudió la nieve del culo mientras Arslan regresaba al campamento con amplias zancadas. Cuando encontró una ger con un hornillo y una cama caliente donde resguardarse de la nieve, que caía suave, iba tarareando para sí.

Temujin apretó un puño con satisfacción cuando supo el número de muertos. Los cadáveres tártaros no hablarían, pero había demasiados para ser una partida de caza, sobre todo en el corazón del invierno. Kachiun pensó que probablemente se había tratado de una partida de asalto, como la suya propia.

—Nos quedaremos los caballos y nos los llevaremos con nosotros —le dijo a sus compañeros.

Estaban pasándose el airag de mano en mano y el ánimo general era de júbilo.

Dentro de poco tiempo estarían borrachos y cantando, o tal vez persiguiendo mujeres con lujuria, aunque sin esperanzas de hallar ninguna en aquel campamento vacío. Temujin se había sentido muy decepcionado al comprobar que la mayoría de las mujeres eran mayores, de las que se suelen llevar a los páramos para cocinar y coser más que como lúdicos objetos de deseo. Todavía tenía que encontrarles una esposa a Khasar y Kachiun y, como su khan, necesitaba tantas familias leales alrededor como fuera posible.

Habían interrogado a las ancianas sobre los hombres de su tribu, pero, por supuesto, éstas afirmaban no saber nada. Temujin observaba a una especialmente arrugada mientras removía un guiso de cordero en la ger que él había elegido para sí. Tal vez debería hacer que alguien más lo probara, se dijo, sonriendo ante la idea.

—¿Tienes todo lo que necesitas, anciana? —inquirió.

La mujer se volvió hacia él y escupió con cuidado en el suelo. Temujin se carcajeó en voz alta. Era una de las grandes verdades de la vida: no importaba lo furioso que estuviera un hombre, siempre se le podía intimidar; nadie, sin embargo, podía amedrentar a una mujer enfadada. Quizá debería hacer que alguien probara la comida primero. Miró a su alrededor, satisfecho con todos ellos.

—A menos que la nieve haya cubierto a unos cuantos —dijo—, tenemos un recuento de veintisiete muertos, incluyendo la anciana a la que disparó Kachiun.

—Venía hacia mí con un cuchillo —replicó Kachiun, irritado—. Si la hubieras visto, también habrías disparado.

—Agradecemos a los espíritus que no te hiriera, pues —dijo Temujin muy serio.

Kachiun puso los ojos en blanco mientras algunos de los hombres se reían entre dientes. Jelme estaba allí con una capa de nieve recién caída sobre los hombros, así como tres hermanos que habían llegado hacía apenas un mes. Estaban tan verdes que casi se les podía oler el musgo en la ropa, pero Temujin los había elegido para estar a su lado en los primeros momentos caóticos de la lucha en la nieve. Kachiun intercambió miradas con Temujin tras mirar en su dirección. El pequeño gesto de su hermano mayor fue suficiente para que él los aceptara a todos como si fueran de su propia sangre. La aceptación no era fingida, ahora que habían demostrado su valía, y los tres sonreían a los demás de oreja a oreja, disfrutando de su primera victoria en su compañía. El airag se mantenía caliente sobre el hornillo y cada uno iba dando tragos tan grandes como podía para mantener a raya el frío antes de que el guiso devolviera la fuerza a sus fatigados miembros. Todos se habían ganado la comida y el ambiente era muy alegre.

Temujin se dirigió al mayor de los hermanos, un hombre menudo y veloz, de tez muy oscura y pelo desgreñado. Antes había estado con los quirai, pero una disputa con el hijo del khan lo obligó a marcharse con sus hermanos antes de que se produjera un derramamiento de sangre. Temujin les había dado la bienvenida a todos.

—¿Batu? Creo que es hora de que mi hermano Khasar regrese de entre la nieve. Esta noche no habrá más sorpresas.

Cuando Batu se alzó, Temujin se volvió hacia Jelme.

—Supongo que tu padre está inspeccionando el campamento, ¿no? —Jelme asintió, tranquilizándose al ver la sonrisa de Temujin—. No esperaría menos de él —dijo Temujin—. Es un hombre concienzudo. Puede que sea el mejor de todos nosotros.

Jelme asintió despacio, feliz de oír aquello. Temujin hizo una señal a la vieja tártara para que le sirviera el guiso. Resultó evidente que se planteó negarse, pero se lo pensó mejor y le sirvió una ración bien grande del hirviente estofado.

—Gracias, anciana —dijo Temujin, llevándose una cucharada a la boca—. Está bueno. No creo haber probado nada mejor que degustar en su propia ger un guiso preparado para otro hombre. Si tuviera a su hermosa mujer e hijas para entretenerme, lo tendría todo.

Sus compañeros se rieron mientras recibían su propia comida caliente y la atacaron con ganas, comiendo como animales salvajes. Tras los años pasados lejos de una tribu, en alguno de ellos no había quedado ni rastro de civilización, pero Temujin valoraba su ferocidad. No eran hombres que se pararan a cuestionar sus órdenes. Si les decía que mataran, matarían hasta estar empapados de sangre hasta los codos, independientemente de quién se interpusiera en su camino. Cuando llevó a su familia hacia el norte, los había ido encontrando desperdigados por la tierra. Los más brutales de ellos estaban solos, y uno o dos de ellos se asemejaban demasiado a perros locos para ser dignos de confianza. A éstos los había sacado de las gers y los había matado al instante con la primera espada que Arslan había forjado para él.

Mientras comían, Temujin repasó los meses que habían transcurrido desde que volvió con su familia. No podría haberse imaginado entonces que encontraría hombres con tanta necesidad de volver a ser aceptados. Y sin embargo, no todo había sido fácil. Una de las familias se había unido a ellos sólo para escabullirse en la mitad de la noche con todo lo que podían transportar. Temujin y Kachiun los habían localizado y habían retornado al campamento con sus cadáveres despedazados, para que los demás los vieran antes de abandonarlos a merced de los animales salvajes. No había vuelta atrás a sus antiguas vidas, no una vez se habían unido a ellos. Teniendo en cuenta el tipo de hombres a quienes había decidido aceptar en el grupo, sabía que no podía permitirse mostrar debilidad o lo destrozarían.

Khasar llegó con Batu, soplándose y frotándose las manos. Se sacudió a propósito cerca de Temujin y Kachiun, salpicándoles de nieve. Ambos maldijeron y se agacharon para huir de los blandos copos que volaban en todas direcciones.

—Te has vuelto a olvidar de mí, ¿verdad? —preguntó Khasar. Temujin negó con la cabeza.

—¡Claro que no! Eras mi arma secreta, por si acaso había un ataque final cuando todos estuviéramos en posición.

Khasar lanzó una mirada hostil a sus hermanos y luego se volvió para coger una ración de guiso.

Cuando lo hizo, Temujin se inclinó sobre Kachiun.

—Se me había olvidado que estaba allí —exclamó muy alto para que lo oyeran todos.

—¡Lo sabía! —Rugió Khasar—. Estaba a punto de congelarme, pero todo el tiempo me decía: «Temujin no te ha abandonado, Khasar. Volverá de un momento a otro para decirte que vayas a calentarte».

Los otros observaron divertidos cómo Khasar metía la mano en sus pantalones y se ponía a hurgar.

—Creo que, de hecho, uno de los cojones se me ha congelado —dijo con voz acongojada—. ¿Es posible que pase eso? Aquí abajo no hay más que una bola de hielo.

Temujin se rió a carcajadas ante el tono lastimero de su hermano y estuvo a punto de derramar el resto de su estofado.

—Has hecho un buen trabajo, hermano. No he enviado a ese lugar a un hombre en quien no pudiera confiar. ¿Y no ha sido lo mejor que estuvieras allí?

Le contó a los demás la avalancha de guerreros tártaros que Khasar y Jelme habían matado. A medida que el airag iba templándoles la sangre, los demás fueron respondiendo con historias propias, aunque unos las narraban en tono humorístico y otros en un tono sombrío y lúgubre que hizo penetrar un soplo de invierno en la cálida ger. Poco a poco, todos fueron compartiendo sus experiencias. El pequeño Batu no había disfrutado del tipo de entrenamiento con el arco que tuvieron los hijos de Yesugei, pero era rápido como el rayo con el cuchillo y se jactaba de que ninguna flecha podría alcanzarle si la veía partir del arco. Jelme era tan bueno como su padre con la espada o el arco, y tan fríamente competente que Temujin se había habituado a hacerle su lugarteniente en los ataques. Se podía confiar en Jelme, y Temujin dio gracias a los espíritus por el padre y el hijo y todos los demás que le habían seguido.

En ocasiones soñaba que regresaba al pestilente hoyo, a esperar la muerte. A veces estaba entero, el cuerpo en perfecto estado. Otras se veía atado, con cicatrices o incluso en carne viva y sangrando. Allí es donde había forjado ese extraño pensamiento que seguía ardiendo en su interior: había una única tribu en las estepas, ya se llamaran Lobos o olkhun'ut, o incluso nómadas sin tribu, hablaban la misma lengua y estaban unidos por vínculos de sangre. Aun así, sabía que sería más fácil echarle el lazo a una niebla invernal que reunir a las tribus tras mil años de guerra. Lo que había hecho era un primer paso, pero nada más que eso.

—¿Y qué vamos a hacer cuando terminemos el recuento de los nuevos caballos y

las gers? —preguntó Kachiun a su hermano, interrumpiendo sus pensamientos. El resto dejó un momento de comer para escuchar la respuesta.

—Creo que Jelme puede ocuparse de la próxima incursión —dijo Temujin. El hijo de Arslan alzó la vista de su estofado, boquiabierto—. Quiero que seas el azote de los tártaros —le ordenó Temujin—. No arriesgues a mi pueblo, pero si puedes encontrar un grupo reducido, quiero que lo aplastes en memoria de mi padre. No son nuestra gente. No son mongoles, como nosotros. Haz que los tártaros nos teman mientras seguimos creciendo.

—¿Estás pensando en algo más? —Preguntó Kachiun con una sonrisa. Conocía a su hermano.

Temujin asintió.

—Es hora de regresar a ver a los olkhun'ut para reclamar a la mujer. Y tú también necesitas una. Khasar dice que necesita una. Todos necesitamos hijos para perpetuar el linaje. No se burlarán de nosotros cuando cabalgemos entre ellos. —Se volvió al hijo de Arslan y lo miró fijamente. Sus ojos amarillos no pestañeaban y Jelme tuvo que retirar la vista al poco tiempo—. Estaré fuera varios meses, Jelme. Traeré conmigo más hombres para que nos ayuden, ahora que sé dónde encontrarlos. Mientras no esté, tu tarea será hacer que los tártaros sufran y teman la primavera.

Jelme alargó las manos y ambos se estrecharon los antebrazos para sellar el acuerdo.

—Seré el terror de los tártaros —afirmó Jelme.

En la oscuridad, Temujin se acercó tambaleante a la tienda que Arslan había elegido y escuchó los sonidos que provenían del interior, divertido al ver que el espadero por fin había encontrado alguien que le liberara de la tensión. Temujin nunca había conocido a nadie tan controlado como él, ni nadie a quien hubiera preferido tener al lado en una batalla, excepto su propio padre. Tal vez debido a que Arslan pertenecía a otra generación, Temujin descubrió que podía respetarle sin irritación o sin probarse a sí mismo con cada palabra y gesto. Vaciló antes de interrumpir su coito, pero ahora que la decisión estaba tomada, su intención era partir hacia el sur por la mañana y quería saber que Arslan estaba con él.

Lo que pedía no era poco. Todos veían cómo Arslan miraba hacia su hijo cada vez que volaban las flechas. Obligarle a abandonar a Jelme solo en el frío norte sería una prueba de lealtad, pero Temujin no creía que Arslan le fallara. Al fin y al cabo, nunca faltaba a su palabra. Levantó el puño para llamar a la pequeña puerta, pero luego se lo pensó mejor. Que el espadero disfrutara de su momento de paz y placer. Por la mañana cabalgaría de vuelta al sur. Temujin notó que el resentimiento se agitaba en su interior al pensar en las estepas de su infancia, girando como el aceite en el agua. La tierra recordaba.

XXI

Temujin y Arslan atravesaban al trote el mar de hierba. Para sorpresa de Arslan, no le resultaba incómodo estar en silencio junto a él. Hablaban por la noche, alrededor del fuego, y practicaban con las espadas hasta estar cubiertos de una fina película de sudor. La espada que llevaba Temujin tenía un hermoso equilibrio y un canal para que la sangre manara y así poder liberarla de una herida sin que se atascara. Arslan la había fabricado para él y le había instruido sobre cómo mantener el filo y aceitar el acero. Los músculos del brazo derecho de Temujin fueron hinchándose y marcándose a medida que se iba acostumbrando al peso y, con Arslan como tutor, su destreza mejoraba día a día.

Los días a caballo pasaban tranquilos: cada uno iba inmerso en sus pensamientos o bien en la apacible ausencia de los mismos. Para Arslan era tan relajante como cuando viajaba con su hijo Jelme. Observaba a Temujin, que se adelantaba unos pasos o exploraba una colina para buscar la mejor ruta hacia el sur. Rodeaba al joven jinete una serena seguridad, una confianza en sí mismo que podía percibirse en cada uno de sus movimientos. Arslan recordó las extrañas vueltas del destino que le habían llevado a rescatar a Temujin de los Lobos. En el pequeño campamento lo llamaban khan, pese a que apenas tenía a veinte hombres a sus órdenes y sólo un puñado de mujeres y niños. Aun así, caminaba con orgullo entre ellos y luchaban y ganaban asalto tras asalto. Había veces en que Arslan se preguntaba qué tipo de fuerza había desencadenado.

Los olkhun'ut habían trasladado su campamento varias veces desde que Temujin se alejara de allí con Basan, poco después de haber conocido la noticia de la herida de su padre. Tardaron dos lunas sólo en llegar a las tierras que circundaban la colina roja y una vez allí Temujin todavía no sabía dónde encontrarlos. Era posible incluso que hubieran iniciado otro viaje hacia el sur, como hicieran años atrás, poniéndose fuera de su alcance. Arslan notó cómo la tensión aumentaba en su joven compañero a medida que interrogaban a todos los nómadas y pastores con que se topaban, buscando cualquier pista sobre su paradero.

Para Temujin, no era tarea fácil acercarse a extraños con Arslan a su lado. Aunque sujetara el arco a la silla y cabalgara con las manos alzadas, les recibían las flechas listas para partir y los ojos atemorizados de los niños. Desmontaba para hablar a los nómadas sin tribu cuando los encontraba, aunque más de uno escapaba al galope en cuanto los divisaban. A algunos los enviaba hacia el norte, prometiéndoles que serían bienvenidos en su nombre. No sabía si le creían. Era un esfuerzo frustrante, pero una anciana sin miedo por fin asintió al oír el nombre y los mandó hacia el este.

El espíritu de Temujin no se calmó al recorrer las tierras que había conocido de

niño. También pidió información sobre los Lobos, con el fin de evitarlos. Eeluk seguía en algún sitio por aquella región y Temujin no quería tropezarse con una partida de caza sin estar preparado. Ajustarían cuentas un día, lo sabía, pero no hasta que hubiera reunido suficientes guerreros para arrasar las gers de los Lobos como una tormenta de verano.

Cuando avistaron el vasto campamento de los olkhun'ut, al cabo de otro mes, Temujin frenó a su montura, sobrecogido por los recuerdos. Vio el polvo que levantaban los batidores que salieron a su encuentro como un enjambre que guardara los límites del territorio de la tribu.

—No muevas la mano hacia la espada cuando se acerquen —murmuró a Arslan.

El espadero contuvo una mueca ante el innecesario consejo y permaneció sentado como una estatua. Su caballo trató de comerse una mata de hierba pardusca y Temujin le dio una palmada en el cuello, manteniendo tirantes las riendas. Recordaba a su padre tan claramente como si estuviera allí con él, pero controló su emoción, adoptando una expresión impasible que Yesugei hubiera aprobado.

Arslan percibió el cambio en el joven, la tensión en sus hombros y su modo de montar. El pasado de un hombre siempre está lleno de dolor, pensó, relajándose deliberadamente mientras aguardaba a que los guerreros, quienes gritaban haciendo alarde de valentía, acabaran su exhibición.

—¿Y si se niegan a entregárnosla? —preguntó Arslan.

Temujin posó sus ojos amarillos en el espadero y Arslan sintió una extraña emoción bajo su fría mirada. ¿Quién era aquel muchacho para perturbarle de esa manera?

—No me marcharé sin ella —afirmó—. No seré rechazado sin una muerte.

Arslan asintió, preocupado. Todavía se acordaba de cómo era él a los dieciocho años, pero hacía mucho que había dejado atrás la imprudencia de esa edad. Su habilidad se había acrecentado y aún no había encontrado al hombre que pudiera vencerlo con la espada o el arco, aunque suponía que ese hombre existía. Lo que no podía hacer era seguir a Temujin en su frialdad, en la pura indiferencia ante la muerte, que sólo los muy jóvenes podían sentir. Después de todo, tenía un hijo.

Arslan no dejó traslucir su lucha interna en absoluto. Cuando los guerreros olkhun'ut estuvieron a su lado, había vaciado su mente y estaba perfectamente en calma.

Los jinetes aullaban y galopaban cerca de ellos con los arcos en ristre y las flechas colocadas en las cuerdas. La exhibición pretendía impresionarlos, pero ninguno de los dos prestó atención. Arslan vio que uno de los jinetes se detenía y tiraba de las riendas al ver la cara de Temujin. El brusco movimiento casi hizo caer a su caballo de rodillas, y en la expresión del guerrero se dibujó la estupefacción.

—Eres tú —dijo el jinete.

Temujin asintió.

—He venido a buscar a mi esposa, Koke. Te dije que lo haría.

Arslan observó cómo el guerrero olkhun'ut carraspeaba y escupía la flema. Con un golpe de sus talones aproximó su caballo a él hasta estar a menos de dos pasos. Temujin lo miró impasible, mientras Koke levantaba la mano como si fuera a pegarle, con el rostro embargado de una pálida ira.

Arslan se movió, acercando su caballo. Sacó la espada con delicadeza extrema y colocó la afilada punta bajo la garganta de Koke, apoyándola allí. Los otros guerreros bramaron furiosos, arremolinándose a su alrededor. Prepararon los arcos para disparar, pero Arslan hizo caso omiso de ellos, como si no estuvieran allí. Esperó hasta que los ojos de Koke se volvieron hacia él y percibió su pavor.

—No toques al khan —ordenó Arslan con suavidad.

Utilizó su visión periférica para observar a los demás hombres, viendo que uno de los arcos se inclinaba más que los otros. La muerte estaba lo bastante cerca para sentirla en la brisa y el día pareció detener su avance.

—Habla con cuidado, Koke —dijo Temujin, sonriendo—. Si tus hombres disparan, estarás muerto antes que nosotros.

Arslan vio que Temujin había advertido el arco a punto y volvió a maravillarse de su calma.

Aunque su montura se agitaba inquieta, Koke estaba inmóvil como una estatua. Agarró las riendas con más fuerza para evitar que le cortaran la garganta por un súbito respingo de su caballo.

—Si me matas, te despedazarán —susurró.

Temujin esbozó una ancha sonrisa.

—Eso es verdad —respondió, sin añadir nada más.

Aunque sonreía, sentía que una oleada de ira se iba formando en su pecho. No tenía paciencia para esa ritual humillación de los forasteros, no cuando procedía de ese pueblo.

—Retira la espada —dijo Koke.

Había que reconocer que su voz sonaba tranquila, pero Temujin vio cómo el sudor penaba su frente, a pesar del viento. No le vendría mal sentirse próximo a la muerte, pensó. Se preguntó por qué él mismo no estaba asustado, pero no sentía ningún miedo. Un vago recuerdo de alas batiendo frente a su rostro retornó a su memoria y tuvo la sensación de estar muy lejos, ajeno a aquel momento, de ser inmune al peligro. Se dijo que tal vez el espíritu de su padre le siguiera observando.

—Dame la bienvenida a tu campamento —dijo Temujin.

La mirada de Koke saltó de Arslan al joven que conoció hacía tanto tiempo. Temujin sabía que se encontraba en una posición imposible. O se echaba atrás y era humillado o, si no, moriría.

Temujin aguardó, indiferente. Miró en torno suyo a los demás hombres, dedicando un largo momento a contemplar al guerrero que había tensado el arco al máximo. Estaba listo para disparar y Temujin alzó la barbilla con un breve gesto, indicando que lo sabía.

—Te doy la bienvenida al campamento —susurró Koke.

—Más alto —pidió Temujin.

—Te doy la bienvenida —repitió Koke, apretando los dientes.

—Excelente —repuso Temujin. Se volvió en la silla hacia el hombre que aún esperaba con el arco en ristre.

—Si dejas salir esa flecha, me la sacaré y te la clavaré en la garganta —le amenazó.

El guerrero pestañeó y Temujin siguió mirándole fijamente hasta que bajó la afiladísima punta, casi avergonzado.

Oyó el jadeo ahogado que emitió Koke cuando Arslan retiró la hoja, y respiró hondo, descubriendo, para su sorpresa, que se estaba divirtiendo.

—Cabalga a nuestro lado y entremos pues, Koke —dijo, dándole una palmada en la espalda a su primo—. He venido a buscar a mi esposa.

Era imposible entrar en el campamento y no rendir visita al khan de los olkhun'ut. De repente le vinieron a la mente los juegos de poder que Yesugei había practicado con Sansar, de un khan a otro khan. Mantuvo la cabeza alta, pero no sintió vergüenza mientras Koke lo guiaba hacia la ger de Sansar en el centro del campamento. A pesar de sus éxitos frente a los tártaros, no era el igual de Sansar, como su padre lo había sido. Como mucho, era un líder guerrero, un reputado salteador que apenas merecía ser recibido. Si no hubiera alcanzado ni siquiera ese estatus, Temujin sabía que sólo el recuerdo de su padre le habría ayudado a conseguir una audiencia y quizá ni siquiera así lo habría logrado.

Arslan y él desmontaron y permitieron que se llevaran sus caballos y sus arcos con ellos. Koke se había hecho un hombre en los años que habían pasado sin verse, y Temujin se sintió interesado al comprobar que los vasallos del khan aceptaban el derecho de su primo para entrar en la tienda con sólo murmurar unas palabras. Temujin se dio cuenta de que la posición de Koke en la tribu había mejorado visiblemente. Se preguntó qué servicio habría prestado al khan de los olkhun'ut para lograrlo.

Cuando vio que Koke no regresaba, Temujin se acordó de algo de pronto y se echó a reír, sobresaltando a Arslan, que se mantenía en una silenciosa tensión.

—Siempre me hacen esperar, estos olkhun'ut —explicó—. Pero tengo paciencia, ¿verdad, Arslan? Soporto los insultos con enorme humildad.

Sus ojos brillaron, pero no era la risa lo que relucía en ellos, y Arslan sólo inclinó la cabeza. El frío control que había percibido en Temujin estaba siendo puesto a

prueba en aquel campamento. Aunque no lo dejaba traslucir, Arslan creía que existía la posibilidad de que los mataran a ambos por un comentario precipitado.

—Honras a tu padre conteniendo tus impulsos —murmuró con suavidad—, sabiendo que no lo haces porque seas débil, sino porque eres fuerte.

Temujin le lanzó una mirada cargada de dureza, pero aquellas palabras parecieron calmar sus nervios. La expresión de Arslan no mostró ningún alivio. Por hábil que fuera, Temujin sólo tenía dieciocho años. Con ironía, Arslan admitió que el muchacho había sabido elegir a su compañero de viaje. Se habían adentrado en un terrible peligro y Temujin era tan fácil de irritar como cualquier joven en lo que atañía a su nueva categoría y a su orgullo. Arslan se dispuso a ser la influencia tranquilizadora que Temujin había sabido que necesitaría cuando su juicio estaba lúcido.

Koke volvió al cabo de una eternidad, moviéndose con un rígido desdén.

—Mi señor Sansar os recibirá —dijo—, pero tenéis que entregar las armas.

Temujin abrió la boca para protestar, pero Arslan se desató la vaina con un rápido gesto de los dedos y puso la empuñadura de su espada en la palma abierta de Koke.

—Cuida bien de esta espada, chico —le conminó Arslan—. No verás una de mejor calidad en lo que te queda de vida.

Koke no pudo resistirse a probar el equilibrio de la espada, pero Temujin arruinó su intento poniéndole la segunda hoja de Arslan en los brazos, de modo que se viera obligado a cogerla o a dejar caer las dos armas. Al entregar la espada, Temujin sintió su mano vacía, y su mirada no se separó de las armas mientras Koke se retiraba con ellas.

Fue Arslan quien se dirigió en primer lugar a uno de los vasallos del khan en la puerta, abriendo los brazos de par en par, invitándolo a que lo cacheara. No había nada pasivo en su actitud, y a Temujin le recordó la mortífera quietud de una cobra a punto de atacar. El centinela también lo percibió y registró hasta el último rincón del espadero, incluyendo los puños de su deel y sus tobillos.

Temujin tuvo que hacer lo mismo y soportó el cacheo sin inmutarse, aunque en su interior estaba empezando a temblar de ira. Ese pueblo nunca le gustaría, por mucho que soñara con formar una inmensa tribu de tribus en todo el territorio. Cuando lo hiciera, los olkhun'ut no formarían parte de ella hasta que hubieran sido purgados de sus elementos contaminados.

Cuando se hubieron dado por satisfechos, los vasallos los dejaron entrar. Ambos se agacharon para pasar al interior de la ger y, al instante, Temujin se sintió transportado a la noche en la que le habían informado de que su padre estaba herido. El suelo de madera pulida era el mismo, hasta el propio Sansar parecía haber sido preservado del paso de los años.

El khan de los olkhun'ut permaneció sentado mientras se aproximaban; sus ojos

oscuros les contemplaban con un brillo de hastiada diversión.

—Me siento honrado de estar en tu presencia, señor —saludó Temujin con voz clara.

Sansar sonrió, y su piel se arrugó como un pergamino.

—No pensé que volvería a verte, Temujin. El fallecimiento de tu padre fue una gran pérdida para todos nuestros pueblos, para todas las tribus.

—Aquéllos que lo traicionaron todavía tienen que pagar un precio muy alto —respondió Temujin.

Notó una leve tensión en el aire y Sansar se inclinó hacia delante en su alta silla, como si esperara algo más. Cuando el silencio resultó intolerable, Sansar sonrió.

—He oído hablar de tus ataques en el norte —siseó la voz del khan en la penumbra—. Te estás labrando una reputación. Creo, sí, creo que tu padre estaría orgulloso de ti.

Temujin bajó la mirada, sin saber cómo reaccionar.

—Pero no has venido aquí a presumir de esas batallitas contra unos cuantos tártaros, estoy seguro —continuó Sansar.

En su voz resonaba una maldad que puso a Temujin los nervios de punta, pero respondió con calma.

—¿He venido a buscar lo que me prometiste? —Dijo, mirando a Sansar directamente a los ojos.

Sansar fingió sentirse confuso por un momento.

—¿La chica? En aquel entonces te presentaste ante nosotros como el hijo de un khan, como alguien que podría llegar a heredar el liderazgo de los Lobos. Ésa es una historia que ya ha llegado a su fin.

—No del todo —contestó Temujin, observando cómo Sansar parpadeaba despacio y cómo brillaba en su mirada el regocijo que sentía en su interior.

Se estaba divirtiendo, no cabía duda. Temujin se preguntó de pronto si le permitirían marcharse con vida. Había dos guerreros junto al khan en la ger, ambos armados con espadas. Koke estaba a un lado, con la cabeza gacha. Con una ojeada, Temujin vio que podría arrebatarse las espadas que sostenía entre los brazos si era necesario. Su primo seguía siendo un idiota.

Temujin se obligó a sí mismo a relajarse. No había ido a esa tienda a morir. Aunque había visto a Arslan matar con sus propias manos y sabía que podrían sobrevivir a las primeras embestidas de los vasallos de Sansar, una vez que los guerreros acudieran a defender a su khan, sería el fin. Desechó la idea Sansar no merecía que perdiera su vida, no en aquel momento, ni nunca.

—Entonces ¿los olkhun'ut no tienen palabra? —preguntó con suavidad.

Sansar inspiró una larga bocanada de aire, dejando que saliera silbando entre sus dientes. Sus guerreros cambiaron de postura, haciendo que sus manos tocaran los

puños de sus espadas.

—Sólo a los jóvenes les preocupa tan poco su vida —dijo Sansar— como para arriesgarse a insultarme en mi propia casa.

Su mirada se posó en Koke y su interés se encendió al ver las espadas gemelas.

—¿Qué puede ofrecerme un simple salteador por una de las mujeres de los olkhun'ut? —preguntó.

No vio a Arslan cerrar los ojos durante un instante, luchando para controlar su indignación. La espada que llevaba había estado con él más de una década y era la mejor que había fabricado jamás. No tenían nada más que ofrecer. Por un segundo, se preguntó si Temujin había adivinado que habría un precio y había decidido no avisarle.

Al principio, Temujin no respondió. El guerrero que estaba junto a Sansar le observaba como quien vigila a un perro rabioso, esperando a que enseñe los colmillos para matarlo.

Temujin respiró hondo. No había elección y no miró a Arslan para obtener su aprobación.

—Te ofrezco una espada perfecta fabricada por un hombre sin igual en todas las tribus —repuso—. No como precio, sino como un regalo de honor al pueblo de mi madre.

Sansar inclinó la cabeza con cortesía, haciendo a Koke ademán de que se acercara. El primo de Temujin ocultó su sonrisa y presentó las dos espadas.

—Parece que tengo varias entre las que elegir, Temujin —dijo Sansar, sonriendo.

Temujin observó con frustración cómo Sansar toqueteaba las empuñaduras talladas, frotando el cuerno y el metal con las yemas de los pulgares. Incluso en la penumbra de la ger, eran hermosas, y no pudo evitar recordar la espada de su padre, la primera que le habían arrebatado. En el silencio, se acordó de la promesa que había hecho a sus hermanos, y habló de nuevo antes de que Sansar pudiera responder.

—Además de la mujer que me prometisteis, necesito dos esposas más para mis hermanos.

Sansar se encogió de hombros, luego desenfundó la espada de Arslan y la sostuvo frente a sus ojos para admirar su longitud.

—Si me regalas ambas espadas, encontraré aceptable tu oferta, Temujin. Tenemos demasiadas chicas en las tiendas. Puedes llevarte a la hija de Sholoi si ella te acepta. Ha sido una molestia para nosotros durante tiempo suficiente, y nadie puede decir que los olkhun'ut no cumplen sus promesas.

—¿Y dos más, jóvenes y fuertes? —insistió Temujin.

Sansar lo miró largo tiempo, apoyando las hojas en su regazo. Por fin, asintió con desgana.

—Por la memoria de tu padre, te daré dos hijas de los olkhun'ut. Fortalecerán tu

linaje.

Temujin deseó alargar las manos y agarrar el flaco cuello del khan. Hizo una inclinación de cabeza y Sansar sonrió.

Las huesudas manos del khan seguían palpando las armas y adoptó una expresión ausente; parecía que casi había olvidado a los hombres que le rodeaban. Con gesto lánguido, indicó que aquella pareja debía desaparecer de su presencia. Los vasallos los condujeron de regreso al frío aire exterior y Temujin inspiró una profunda bocanada. Sentía que el corazón le iba a estallar en el pecho.

El semblante de Arslan estaba tirante de ira y Temujin alargó una mano para rozar con suavidad su muñeca. El contacto hizo dar un respingo al espadero y Temujin se quedó inmóvil, percibiendo la fuerza interior de Arslan vibrar dentro de él.

—Es un regalo más importante de lo que crees —dijo Arslan.

Temujin negó con la cabeza, viendo a Koke aparecer a sus espaldas con los brazos vacíos.

—Una espada es sólo una espada —contestó. Arslan lo miró con expresión fría, pero Temujin no se inmutó—. Fabricarás una mejor, para cada uno de nosotros dos.

A continuación se volvió hacia Koke, que escuchaba fascinado el diálogo.

—Llévame con ella, primo.

Aunque los olkhun'ut habían viajado mucho desde la última vez que había estado en su campamento, por lo visto el estatus de Sholoi y su familia no había cambiado en absoluto. Koke guió a Temujin y Arslan hasta el borde exterior de las gers, a la misma tienda remendada y recosida que recordaba. Temujin sólo había pasado unos días allí, pero seguían frescos en su memoria. Entonces no era más que un niño. Como hombre, se preguntó si Borte se alegraría de su regreso. Si se hubiera casado en su ausencia, Sansar se lo habría dicho, ¿no? Pensó con desánimo que el khan de los olkhun'ut no tendría ningún reparo en quedarse con dos estupendas espadas a cambio de nada.

Cuando Koke se aproximó, vio a Sholoi que salía encorvado por la pequeña puerta. A continuación, estiró la espalda y engancho una correa de cuerda. El viejo los vio llegar y se cubrió los ojos con la mano para protegerse del sol de la mañana. Los años se notaban más en Sholoi que en el khan. Estaba más delgado de lo que Temujin recordaba y tenía los hombros hundidos bajo un deel viejo y mugriento. Cuando estuvieron cerca, Temujin advirtió que tenía las manos nudosas surcadas de venas azules; de repente el viejo pareció sobresaltarse, como si acabara de reconocerle. Sin duda la vista empezaba a fallarle, aunque en sus piernas había un rastro de su antigua fuerza, como una vieja raíz que se sostiene hasta justo antes de romperse.

—Pensé que estabas muerto —dijo Sholoi, limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

Temujin negó con la cabeza.

—Todavía no. Te dije que volvería.

Sholoi empezó a resollar y a Temujin le costó un segundo o dos darse cuenta de que se estaba riendo. El sonido terminó en tos, y observó cómo el viejo carraspeaba y escupía una asquerosa flema marrón.

Koke carraspeó a su vez, irritado.

—El khan ha concedido su permiso, Sholoi —dijo Koke—. Trae a tu hija.

Sholoi se burló de él.

—No vi al viejo Sansar aquí el invierno pasado, cuando se rompió la costura de mi tienda. No lo recuerdo a mi lado mientras el viento me azotaba y sólo tenía un remiendo y un poco de hilo. Ahora que lo pienso, tampoco le veo aquí en este momento, así que muérdete la lengua mientras hablamos.

Koke se sonrojó, y sus ojos se movieron veloces de Temujin a Arslan.

—Trae a las chicas para mis hermanos, Koke —ordenó Temujin—. He pagado un precio muy alto por ellas, así que asegúrate de que sean fuertes y guapas.

Koke se esforzó por controlar su rabia, molesto al ver que se deshacían de él. Ni Temujin ni Arslan lo miraron mientras se alejaba.

—¿Cómo está tu esposa? —preguntó Temujin cuando su primo se hubo marchado.

Sholoi se encogió de hombros.

—Murió hace dos inviernos. Se tendió en la nieve y se fue, sin más. Borte es todo lo que tengo ahora para cuidar de mí.

Temujin notó que su corazón se aceleraba al oír mencionar, su nombre. Hasta ese momento, no había sabido con certeza si seguía con vida. Por un instante, sintió compasión por lo solo que estaba aquel viejo: pero tras los golpes y las duras palabras que había dirigido contra sus hijos ya era tarde. Demasiado tarde para sentir remordimientos, aunque daba la impresión de que era algo habitual en los ancianos.

—¿Dónde...? —comenzó Temujin.

Iba a proseguir cuando la puerta de la ger se abrió de par en par y una mujer salió de ella. Se irguió y Temujin pudo ver que: Borte había crecido mucho, era casi tan alta como él. Se situó al lado de su padre y lo miró a los ojos con franca curiosidad, bajando la cabeza al final en señal de saludo. Su gesto rompió el hechizo, y vio que estaba vestida con ropas de viaje, con un deel forrado de piel y el pelo negro echado hacia atrás.

—Has tardado mucho en venir —fue lo primero que dijo.

Su voz resonó en su memoria y los recuerdos inundaron su pecho. Ya no era la niña huesuda que había conocido. Sus facciones eran fuertes, con unos ojos oscuros que parecían atravesarle. No podía distinguir nada más de ella bajo la gruesa túnica, pero su porte era esbelto y la enfermedad no había marcado su piel. Cuando se

inclinó y besó a su padre en la mejilla, vio cómo le brillaba el cabello.

—Hay que sajar una de las pezuñas del potro negro —dijo—. Lo habría hecho hoy.

Sholoi asintió con pena, pero no se abrazaron. Borte cogió una bolsa de tela de la puerta y se la colgó en bandolera.

Temujin estaba hipnotizado mirándola, y apenas oyó a Koke, que volvía con sus caballos. Dos chicas caminaban a su lado, ambas llorando, con la cara enrojecida. Temujin sólo les echó una ojeada cuando una de ellas tosió y se llevó un trapo sucio a la boca.

—Ésa está enferma —le dijo a Koke.

Su primo se encogió de hombros con insolencia y la mano de Temujin se dirigió hacia donde debería haber estado su espada. Koke vio los dedos cerrarse en el aire y esbozó una ancha sonrisa.

—Es una de las que Sansar me dijo que te trajera, con su hermana —contestó.

Temujin apretó los labios y alargó la mano para coger a la chica por la barbilla, alzándole el rostro para mirarla. Se dio cuenta de que su tez estaba muy pálida, y se le cayó el alma a los pies. Era típico de Sansar tratar de obtener una ganga cuando ya se habían acordado las condiciones.

—¿Cuánto tiempo llevas enferma, pequeña? —le preguntó.

—Desde la primavera, señor —respondió. Por su expresión, resultaba evidente que Temujin la aterrorizaba—. Viene y va, pero soy fuerte.

Temujin desplazó su mirada hacia Koke y la mantuvo en él hasta que su primo perdió la sonrisa. Quizás estuviera rememorando la paliza que había sufrido a manos de Temujin aquella noche tanto tiempo atrás. Temujin suspiró. La chica tendría suerte si sobrevivía al viaje de vuelta a su campamento en el norte. Si moría, uno de sus hermanos tendría que encontrar una esposa entre las mujeres tártaras que capturaran.

Arslan tomó las riendas, y Temujin montó, mirando a Borte. En la silla de madera no había sitio para los dos, así que alargó un brazo y ella se aupó para sentarse en su regazo, aferrando su bolsa contra el pecho. Arslan hizo lo mismo con la chica que tosió. Su hermana tendría que caminar detrás de ellos. Temujin se percató de que debería haber traído más caballos, pero era demasiado tarde para lamentarse.

Hizo una inclinación de cabeza a Sholoi, sabiendo que nunca más volverían a encontrarse.

—Has sido fiel a tu palabra, anciano —dijo.

—Cuídala —respondió Sholoi, sin separar la mirada de su hija.

Temujin no respondió e hizo dar media vuelta a su montura; Arslan lo imitó, y ambos regresaron por donde habían venido, con la chica de los olkhun'ut trotando tras ellos.

XXII

Arslan tuvo el acierto de dejarlos solos esa primera noche. El espadero seguía dándole vueltas a la pérdida de sus aceros y prefirió coger un arco y salir a cazar mientras Temujin iba conociendo a las mujeres de los olkhun'ut. Esa noche, cuando hicieron un alto, la joven que había ido detrás caminando tenía los pies doloridos y estaba agotada. Temujin averiguó que su nombre era Eluin y que estaba acostumbrada a cuidar de su hermana, Makhda, desde que la enfermedad la debilitó. Temujin dejó a ambas con los caballos después de que comieran, pero todavía se oía a intervalos la tos ronca de Makhda. Aunque tenían las mantas de los caballos para protegerse del frío, ninguna de las dos hermanas parecía muy resistente. Si Makhda vivía lo suficiente para llegar al norte, Temujin pensó que su madre podría encontrar algunas hierbas para ella, pero era una esperanza exigua.

Mientras desenrollaba una manta sobre el suelo junto al crepitante fuego, Borte apenas habló. Temujin estaba acostumbrado a dormir sin nada aparte de su deel para protegerse de la escarcha, pero no le parecía adecuado pedirle que ella hiciera lo mismo. No sabía a qué vida estaba habituada, ni cómo la había tratado Sholoi después de que él se hubiera ido. No había crecido entre hermanas y se sentía raro en su presencia de un modo que no acababa de entender.

Habría querido conversar con ella mientras cabalgaban, pero ella iba sentada con la espalda rígida y erguida, balanceándose con el movimiento del caballo, la mirada fija en el horizonte.

Había perdido la oportunidad de iniciar una conversación con naturalidad y ahora parecía existir una tensión entre ellos que no lograba hacer desaparecer.

Cuando Arslan volvió de cazar, desempeñó el papel de sirviente con su habitual eficiencia. Despedazó una marmota que había capturado, asando las tiras de carne hasta que estuvieron deliciosamente tostadas. Después se retiró a un lugar cercano, perdido en la creciente penumbra. Temujin esperaba que Arslan le hiciera notar de algún modo que aceptaba el trueque que había hecho por su esposa, pero todo lo que el espadero le concedió fue un adusto silencio.

Cuando las estrellas llegaron al norte, Temujin, inquieto, comenzó a dar vueltas en el sencillo lecho, incapaz de hallar una postura cómoda. Había visto la suavidad de la piel morena de Borte mientras se lavaba la cara y los brazos en un arroyo, lo bastante frío para hacer que le castañetearan los dientes. Se dio cuenta de que eran unos dientes fuertes y blancos. Por un instante, consideró alabarla por ellos, pero le pareció como admirar un caballo nuevo y no llegó a pronunciar las palabras. No podía fingir que no quería tenerla bajo la manta con él, pero los años que habían pasado separados se elevaban entre ellos como un muro. Si se lo hubiera preguntado, le habría contado todo lo que le había sucedido desde la última vez que se vieron,

pero no lo había hecho, y no sabía cómo empezar.

Mientras estaban tendidos bajo las estrellas, deseó que oyera sus hondos suspiros, pero sí lo hizo, no dio ninguna muestra de ello, ni tan siquiera de estar despierta. Era como si estuviera solo en el mundo, y así era exactamente como se sentía. Imaginó que se quedaba despierto hasta el amanecer para que ella notara su cansancio y se arrepintiera de haber hecho caso omiso de él. Era una idea interesante, pero no pudo mantener la sensación de orgullo herido demasiado tiempo.

—¿Estás despierta? —preguntó de repente, sin pensar. Bajo las estrellas, vio cómo Borte se incorporaba.

—¿Cómo podría dormir, contigo enfurruñado y resoplando de esa forma? —respondió.

Temujin recordó la última vez que había oído esa voz en la oscuridad y el beso que le siguió. El pensamiento le resultó excitante, y sintió que su cuerpo se calentaba bajo el deel, a pesar del aire helado.

—Había pensado que pasaríamos la primera noche bajo una manta, los dos juntos —explicó.

Pese a sus buenas intenciones, sus palabras sonaron como una queja irritada y la oyó resoplar antes de responder.

—¿Quién podría resistirse a tan dulces palabras?

Él aguardó expectante, pero su persistente silencio fue respuesta suficiente. Al parecer, ella sí podía. Temujin suspiró, frenando el sonido cuando oyó su risa, ahogada enseguida bajo la manta. En la oscuridad, él sonrió, repentinamente divertido.

—He pensado muchas veces en ti durante estos años —dijo.

Entonces notó que su figura se movía y adivinó que se había vuelto hacia él. Se tumbó sobre su costado frente a ella y se rascó la nariz donde la hierba húmeda le hacía cosquillas.

—¿Cuántas veces? —murmuró ella.

Se quedó pensativo un momento.

—Once —contestó—. Doce, contando esta noche.

—No pensaste en mí —le dijo ella—. ¿Qué recuerdas de mí?

—Recuerdo que tenías una voz agradable y un moco debajo de la nariz —dijo él, con un tono despreocupado y sincero que la redujo a un silencio atónito.

—Esperé que volvieras y me llevaras contigo durante mucho tiempo —prosiguió ella por fin—. Hubo noches en las que soñé que venías a caballo, ya adulto, como khan de los Lobos.

En la oscuridad, Temujin se puso tenso. ¿Era eso lo que pasaba? ¿Su nuevo estatus le había hecho parecer menos a sus ojos? Se apoyó en un codo para responder, pero ella continuó, sin darse cuenta de los constantes cambios de estado de ánimo de

Temujin.

—Rechacé a tres jóvenes de los olkhun'ut —le contó—. Al último, cuando mi madre estaba enferma y no era probable que sobreviviera al duro invierno. Las mujeres se reían de la chica que suspiraba por un Lobo, y aun así caminaba con orgullo entre ellos.

—Sabías que vendría —dijo Temujin con un toque de petulancia.

Ella resopló otra vez.

—Pensé que estabas muerto, pero no quería casarme con alguno de los muchachos que se ocupa de los caballos de las gers y convertirme en madre de sus hijos. Se rieron de mi orgullo, pero era todo lo que tenía.

El joven khan se quedó mirando fijamente la penumbra, tratando de entender la lucha a la que se había enfrentado, tal vez tan dura a su modo como la suya. Si había aprendido algo en la vida, era que había quien prosperaba y cobraba fuerza en soledad. Eran personas vitales y peligrosas y valoraban todo lo que los mantenía aparte. Por lo visto, Borte era una de ellas. Él mismo lo era. Pensó en su madre por un momento. Ella le había dicho que fuera amable.

—La primera vez que estuve entre los olkhun'ut, me entregaron a ti, y fuiste aceptada por mi padre —dijo con suavidad—. La segunda vez he venido por propia voluntad a buscarte.

—Querías poner tu semilla dentro de mí —afirmó ella sucinta.

Temujin deseó poder ver su rostro en la oscuridad.

—Sí —contestó—. Quiero tu espíritu en mis hijos e hijas: lo mejor de los olkhun'ut. Lo mejor de los Lobos.

Oyó un crujido y sintió la calidez de su cuerpo: se había acercado a él y extendió su manta sobre ambos.

—Dime que soy hermosa —le susurró al oído, excitándole.

—Lo eres —respondió, con la voz más grave y ronca. Movié las manos sobre su cuerpo en la negrura, abriendo su túnica y sintiendo la suavidad de su barriga—. Tienes los dientes muy blancos.

La oyó reír en su oído ante esa alabanza, pero las manos de ella empezaron a acariciarle y él ya no tenía más palabras, ni las necesitaba.

Al día siguiente, mientras Temujin cabalgaba con Borte, lo percibía todo de un modo extrañamente vívido. Sus sentidos parecían agudizados, casi doloridos. Cada vez que se tocaban, pensaba en la noche anterior y en las próximas noches, emocionado por el recuerdo y la proximidad a ella.

No avanzaron demasiado, aunque Arslan tomó las riendas y dejó que ambas hermanas cabalgaran juntas durante la mayor parte de la tarde. Se detuvieron a cazar y, con los dos arcos, consiguieron carne suficiente para asar todas las noches. La tos

de Makhda fue empeorando al alejarse del refugio de las gers de los olkhun'ut y se oían los sollozos de su hermana cuando se ocupaba de ella. Arslan las trataba a ambas con gentileza, pero al acabar el primer mes, tuvieron que atar a Makhda a la silla para evitar que cayera desfallecida. Aunque no hablaban sobre el tema, ninguno de ellos esperaba que viviera mucho más.

El verde de la tierra se fue apagando a medida que avanzaban hacia el norte, y una mañana, al despertarse, Temujin vio que estaba nevando. Iba envuelto en mantas con Borte; habían dormido profundamente, agotados por el frío y las interminables llanuras. Ver la nieve hizo que el hielo retornara en parte al espíritu de Temujin, marcando el fin de una época feliz, tal vez la más feliz que hubiera conocido jamás. Sabía que regresaba a las penurias y a la lucha, a liderar a sus hermanos en una guerra contra los tártaros. Borte percibió una nueva distancia en él y se retrajo ante ella, de modo que pasaron horas y horas en tedioso silencio.

Arslan fue el primero en avistar a los nómadas en la distancia: su voz sacó a Temujin de su ensoñación. Tres hombres habían reunido un pequeño rebaño a sotavento de una colina y habían montado una sucia ger contra el frío invernal. Desde que Sansar les quitó las espadas, Temujin había temido un encuentro así. Con Borte en sus brazos, maldijo para sí en voz baja. A lo lejos, los desconocidos montaron enseguida, poniendo los caballos al galope. Quizá sus intenciones fueran pacíficas, pero al ver a las tres jóvenes sin duda se abalanzarían sobre ellos. Temujin tiró de las riendas y le dijo a Borte que bajara del caballo. Sacó el arco de su funda y colocó la mejor cuerda que le quedaba, quitándole la tapa a su carcaj. Vio que Arslan estaba preparado. El espadero había cortado la cuerda que sostenía a Makhda a la silla, dejándola sentada junto a su hermana en el suelo helado. Mientras montaba, Temujin y él cruzaron una mirada.

—¿Esperamos? —preguntó Arslan.

Temujin observó a los guerreros al galope y deseó tener una espada. Tres pobres nómadas no serían propietarios ni de una larga hoja entre todos, y habría bastado para que el resultado fuera claro. Tal como estaban las cosas, Arslan y él podrían acabar convertidos en carroña para las aves en pocos instantes. Era menos arriesgado atacar.

—No —exclamó por encima del viento—. Los mataremos.

Oyó a las hermanas gemir asustadas a sus espaldas, espoleó a su montura y preparó su arco. No pudo evitar sentir una especie de euforia al conducir al caballo únicamente con las rodillas, manteniendo un equilibrio perfecto para lanzar la muerte desde su arco.

La distancia que los separaba de los desconocidos parecía amplia mientras corrían por la llanura, pero de pronto estuvieron cerca y el viento rugía en sus oídos. Temujin escuchó el sonido de los cascos de su caballo golpeando el suelo, sintiendo el ritmo. Había un punto en el galope en el que las cuatro pezuñas se despegaban de él al

unísono durante una décima de segundo. Yesugei le había enseñado a lanzar la flecha justo en ese instante, para que su puntería fuera siempre perfecta.

Los hombres a los que se enfrentaban no habían soportado años de ese tipo de adiestramiento. En su excitación, midieron mal la distancia y las primeras flechas pasaron silbando por encima de las cabezas de Temujin y Arslan antes de que hubieran llegado hasta ellos. Los cascos resonaban y una y otra vez se producía ese momento de libertad en el que los caballos volaban. Temujin y Arslan dispararon al unísono, y las saetas salieron hacia lo lejos.

El guerrero al que Arslan había apuntado cayó como un plomo de la silla, derribado por una flecha que le atravesó el pecho. Su montura relinchó salvajemente, mientras daba patadas y corcoveaba. El disparo de Temujin fue igual de limpio y el segundo hombre giró sobre sí mismo para desplomarse inmóvil en el suelo helado. Temujin vio que el tercero disparaba su arco cuando se cruzaron a toda velocidad, apuntando directamente a su pecho.

Se tiró hacia un lado y la flecha pasó por encima de él, pero había caído demasiado abajo y no podía levantarse de nuevo. Gritó presa de la ira cuando se resbaló del estribo y se encontró aferrado con todas sus fuerzas al cuello palpitante de su caballo que corría a galope tendido. El suelo pasaba a toda velocidad por debajo de él mientras tiraba cruelmente de las riendas, y todo su peso sacó el freno de la boca del animal, de modo que se le soltó el otro pie. Por unos instantes, el caballo le arrastró por la tierra congelada y luego, con un gran esfuerzo de voluntad, abrió la mano que sujetaba las riendas y cayó, haciendo un ímprobo esfuerzo por retirarse rodando del camino de las pezuñas para que no le aplastaran.

El caballo siguió corriendo sin él, y el ruido que producía se fue desvaneciendo hasta desaparecer en el silencio de la nieve. Temujin quedó tendido de espaldas, escuchando su propio aliento acelerado y tratando de recobrase. Le dolía todo y le temblaban las manos. Parpadeó atontado mientras se incorporaba y se volvió a ver cómo estaba Arslan.

El espadero había clavado su segunda saeta en el pecho del caballo del guerrero, que se había venido abajo. Mientras Temujin observaba, el desconocido se levantó tambaleante, evidentemente aturdido.

Arslan se sacó un cuchillo de su deel y caminó sin prisas para acabar con su presa. Temujin intentó gritar, pero al tomar aliento sintió un dolor punzante en el pecho y se dio cuenta de que se había roto una costilla al caer. Con esfuerzo, se puso en pie y llenó sus pulmones.

—¡Espera, Arslan! —chilló, torciendo el gesto por el dolor.

El espadero le oyó y se detuvo, observando al hombre que había derribado. Temujin se puso una mano en las costillas, encorvado por el dolor mientras caminaba.

El nómada lo vio llegar con resignación. Sus compañeros yacían desplomados a

su alrededor y sus caballos estaban paciando con las riendas sueltas y enredadas entre sí. Su propia montura agonizaba sobre la escarcha. Mientras se aproximaba, Temujin vio que el nómada se dirigía hasta el animal, que coceaba desesperado, y le hundía un puñal en la garganta. Las patas dejaron de sacudirse y quedaron sin vida, y la sangre manó en un chorro rojo y humeante.

Temujin vio que el desconocido era bajo y musculoso, con piel muy oscura, rojiza, y los ojos hundidos bajo una frente prominente. Se protegía del frío con muchas capas de ropa y llevaba un sombrero cuadrado acabado en punta. Con un suspiro, se alejó del caballo muerto y le hizo señas a Arslan con su cuchillo sangriento.

—Ven y mátame —dijo—. Mira lo que tengo para ti.

Arslan no respondió, aunque se volvió hacia Temujin.

—¿Qué crees que va a suceder aquí? —le gritó Temujin al hombre, mientras cubría la distancia entre ellos.

Se retiró la mano del costado al hablar y trató de enderezarse, a pesar de que cada vez que respiraba lo atravesaba un espasmo de dolor. El hombre lo miró como si estuviera loco.

—Supongo que me mataréis como habéis matado a mis amigos —dijo—. A menos que vayáis a darme un caballo y una de vuestras mujeres.

Temujin se rió, mirando a donde Borte estaba sentada con Eluin y Makhda. Pensó que podía oír la tos incluso desde lejos.

—Eso puede esperar a que hayamos comido —repuso—. Te otorgo derechos de hospitalidad.

El semblante del desconocido se contrajo por el asombro.

—¿Derechos de hospitalidad?

—¿Por qué no? Es tu caballo lo que nos vamos a comer.

Cuando iniciaron la marcha a la mañana siguiente, las dos hermanas iban montadas en caballos y contaban con un nuevo guerrero con el que asaltar a los tártaros. El recién llegado no se fiaba de Temujin en absoluto, pero con suerte, sus dudas y confusiones sólo durarían hasta alcanzar el campamento entre las nieves. Si no, le daría una muerte rápida.

El viento los atacaba con crueldad, y la nieve los golpeaba como si se la arrojaran directamente a los ojos y a cualquier parte desprotegida de su piel. Eluin estaba sentada sobre sus rodillas en la nieve, aullando junto al cadáver de su hermana. Makhda no había tenido una muerte fácil. El frío constante había empeorado el estado de sus encharcados pulmones. A lo largo de la última luna, cada mañana Eluin se había dedicado a golpearle en la espalda y el pecho hasta lograr que los rojos coágulos de sangre y flema se despegaran y pudiera luego escupirlos. Cuando estaba

demasiado débil incluso para esto último, su hermana se encargaba de limpiarle la boca y la garganta con sus propios dedos, mientras Makhda, aterrorizada, luchaba en vano por no asfixiarse y lograr aspirar una bocanada del gélido aire. Su piel había adoptado una tonalidad parecida a la cera y, el último día, la oyeron respirar trabajosamente, como si aspirara a través de una flauta. Temujin se había admirado de su resistencia y más de una vez había considerado darle una muerte rápida con un tajo en la garganta. Arslan le había insistido para que lo hiciera, pero Makhda, con gesto cansado, negó con la cabeza todas las veces que se lo ofrecieron cuando ya el fin estaba próximo.

Hacían casi tres meses desde que habían partido del campamento de los olkhun'ut cuando la joven se desplomó sobre la silla. Cayó hacia el lado donde estaban las cuerdas que la sujetaban, de modo que Eluin no podía ponerla derecha otra vez. Arslan la había bajado del caballo y Eluin había empezado a sollozar. El sonido era apenas audible entre el furioso viento.

—Debemos proseguir —le dijo Borte a Eluin, poniéndole una mano en el hombro—. Tu hermana ya no está contigo.

Eluin asintió, callada y con los ojos enrojecidos. Le colocó las manos sobre el pecho al cadáver de su hermana. Tal vez la nieve la cubriera antes de que la encontraran los animales salvajes que buscaban alimento en su propia lucha por la supervivencia.

Sin dejar de llorar, Eluin dejó que Arslan la ayudara a subir al caballo. Durante mucho tiempo siguió volviéndose a mirar aquella diminuta figura antes de que la distancia la ocultara. Temujin vio que Arslan le había dado otra camisa, que ella se puso bajo el deel. Todos tenían frío pese a llevar varias capas de ropa y pieles. Estaban próximos al agotamiento, pero Temujin sabía que su campamento no podía estar lejos. La Estrella Polar había ascendido en el cielo mientras viajaban hacia el norte y calculó que habían entrado en territorio de los tártaros. Al menos, la nieve los ocultaría de sus enemigos, del mismo modo que los escondía de sus hermanos y de Jelme.

Se detuvieron para que los caballos descansaran y avanzaron con dificultad por la nieve, sintiendo los pies helados. Borte caminaba al lado de Temujin, con los brazos entrelazados dentro de las amplias mangas, de modo que al menos una parte de ambos estaba caliente.

—Tendrás que encontrar un chamán para que nos case —dijo Borte sin mirarle.

Caminaban con las cabezas gachas para protegerse del viento, y la nieve que se les pegaba a las cejas les daba el aspecto de demonios del invierno. Temujin emitió una especie de gruñido para dar su conformidad y le dio un breve apretón en el brazo.

—Este mes no me ha bajado la sangre.

Temujin asintió distraído, mientras seguía poniendo un pie delante del otro. Al no

disponer de buena hierba, los caballos estaban esqueléticos, también ellos desfallecerían pronto. Deberían proseguir su camino durante algunas horas. Le dolían las piernas y su costilla rota aún le molestaba cada vez que tiraba de las riendas.

De repente, frenó en seco y se volvió hacia ella.

—¿Estás embarazada? —preguntó incrédulo.

—Es posible. Hemos comido muy poco... y a veces la sangre no baja por eso. Pero creo que sí, que estoy embarazada.

Borte vio cómo retornaba de su trance: en los ojos de Temujin apareció una sonrisa.

—Haber comenzado su vida en un viaje tan duro como éste hará que sea un hijo fuerte —afirmó.

Una enorme ráfaga de viento bramó mientras hablaba y tuvieron que darse media vuelta. No podían ver el sol, pero el día estaba llegando a su fin y le gritó a Arslan que buscara un refugio.

Mientras su compañero empezaba a explorar el terreno que los circundaba en busca de un lugar resguardado del viento, Temujin vio algo moverse fugazmente por el rabillo del ojo a través de las sábanas de nieve. Se le erizó el vello de la nuca presintiendo un peligro y emitió un largo silbido para avisar a Arslan de que debía retornar. El nómada lo miró burlón, pero sacó su puñal sin decir una palabra y se puso a escudriñar la nieve.

Los tres aguardaron en un tenso silencio a que Arslan regresara, mientras la nieve volaba y se agitaba a su alrededor. La tormenta no les permitía ver prácticamente nada, pero de nuevo a Temujin le pareció reconocer la figura de un hombre a caballo, una sombra. Borte le hizo una pregunta, pero él no la oyó: estaba sacudiendo el hielo del envoltorio de su arco y sujetando la cuerda de cola de caballo a uno de los extremos. Con un gruñido de esfuerzo, se dio cuenta de que la cuerda estaba húmeda a pesar del paño engrasado. Consiguió enganchar el lazo en la muesca del extremo, pero crujía de modo alarmante y se dijo que era muy posible que se rompiera en cuanto tirara de ella. ¿Dónde estaba Arslan? Oía el ruido de caballos al galope cerca de ellos, pero el eco del sonido resonaba en la inmensa blancura, hasta que no pudo distinguir por dónde llegaban. Empezó a girar con una flecha preparada en el arco. Estaban más cerca. Oyó al nómada respirar sonoramente entre los dientes, listo para el ataque. El hombre se mantenía firme y dio gracias por contar con un valeroso compañero más dispuesto a luchar a su lado. Temujin levantó el chirriante arco. Vio figuras oscuras y oyó gritos y, por una décima de segundo, imaginó que los tártaros estaban allí para exigir su cabeza.

—¡Aquí! —Gritó una voz—. ¡Están aquí!

Aliviado, Temujin casi dejó caer el arco al reconocer a Kachiun y saber que volvía a estar entre los suyos. Se quedó allí como atontado mientras su hermano

saltaba de su silla y se arrojaba sobre él para abrazarlo.

—Ha sido un buen invierno, Temujin —le dijo excitado, dándole golpes en la espalda con la mano enguantada—. Ven y verás.

XXIII

Temujin y los demás montaron para recorrer el último trecho, aunque sus caballos se caían de cansancio. El campamento estaba situado a la sombra de un antiguo desprendimiento de tierras, resguardado del viento por un saliente y por la colina a sus espaldas. Dos docenas de gers se apiñaban allí unas contra otras como el liquen, con perros salvajes y caballos amarrados en cualquier lugar donde no diera el viento. Pese a su imperiosa necesidad de descanso y comida caliente, Temujin no pudo evitar echar un vistazo a aquel bullicioso lugar escondido en la nieve. Vio que Jelme mantenía el campamento en pie de guerra. Varios guerreros de camino a una larga guardia pasaron a su lado con las cabezas gachas para protegerse del viento. Al ver el campamento con los ojos de un extraño, Temujin se percató de que había muchos más hombres que mujeres y niños. Eso era una bendición mientras estuvieran siempre a punto de salir a combatir, pero no podía seguir así eternamente. Los hombres seguían a sus líderes a la guerra, pero querían tener un hogar al que retornar, un hogar donde les esperara la piel de una mujer en la oscuridad y niños que les rodearan como cachorrillos.

Los que habían conocido el hambre y el miedo de la vida nómada podían contentarse con esa tribu en ciernes entre la nieve, aunque incluso ellos desconfiaban entre sí como perros salvajes. Temujin contenía su impaciencia. Los nómadas aprenderían a ver un hermano en quien una vez había sido su enemigo.

Aprenderían que el Padre Cielo veía sólo un pueblo y no tribus. Eso llegaría con el tiempo, se prometió a sí mismo.

Mientras recorría el campamento, fue sintiéndose más y más alerta, deshaciéndose de su fatiga a medida que los detalles despertaban su interés. Vio que había centinelas apostados en el risco que descollaba sobre sus cabezas, envueltos en pieles para protegerse del viento. No los envidiaba y se dijo que no podrían ver mucho bajo la nieve constante. Aun así, demostraba la meticulosidad de Jelme, y Temujin se sintió complacido. En cada movimiento del campamento se advertía una sensación de urgencia muy distinta del habitual letargo invernal en que se sumían las tribus. Percibió la excitación contenida en cuanto estuvo entre ellos.

Había caras nuevas, hombres y mujeres que lo miraban como si fuera un extraño. Imaginó que veían a su harapiento grupo como otra familia de nómadas que se había unido al campamento bajo la colina. Se volvió a Borte para ver cómo estaba asimilando su primera impresión de su pequeña tribu norteña. Ella también estaba pálida por el cansancio, pero cabalgaba cerca de él y su penetrante mirada iba absorbiéndolo todo. No supo distinguir si lo aprobaba o no. Pasaron junto a una tienda donde Arslan había construido una forja de ladrillo meses atrás y Temujin vislumbró el brillo de su llama, una lengua de luz en la nieve. Había hombres y

mujeres en su interior calentándose al fuego y, al pasar al trote, oyó risas. Se volvió hacia Arslan para ver si había caído en la cuenta, pero el espadero era ajeno a esos detalles. Su mirada buscaba incesantemente entre los hombres de la tribu el rostro de su hijo.

En cuanto oyó gritar a Kachiun, Jelme salió a su encuentro. Khasar también salió corriendo y resbalando sobre la nieve de otra ger, sonriendo encantado al ver la pequeña partida que se había marchado hacía medio año. Cuando desmontaron, varios niños se aproximaron con una sonrisa para llevarse sus caballos sin necesidad de que los llamaran. Temujin le dio un amable coscorrón a uno de ellos, que se agachó intentando esquivarlo. Se sentía satisfecho con la forma en la que Jelme había liderado la tribu. No había dejado que engordaran y perdieran reflejos en su ausencia.

El orgullo que Arslan sentía por su hijo era evidente, y Temujin vio que Jelme hacía un gesto con la cabeza a su padre. Para sorpresa de Temujin, Jelme se postró de hinojos ante él y buscó su mano.

—No, Jelme, ponte en pie —le pidió, casi enfadado—. Quiero resguardarme del viento.

Jelme permaneció donde estaba, pero alzó la cabeza.

—Deja que los nuevos hombres te vean, mi señor khan. Todavía no te conocen.

Temujin comprendió, y su reconocimiento hacia Jelme subió un grado más. Algunas de las familias nómadas habrían visto a Jelme como la figura más cercana a un khan, a lo largo de los meses que Temujin había estado fuera. Era importante mostrarles que el verdadero líder había regresado. No volvió a discutir y permitió que el otro le tomara la mano para colocársela sobre la cabeza antes de hacer que se alzara para abrazarlo.

—¿Hay algún chamán entre los nuevos? —preguntó Temujin.

Jelme torció el gesto al oírle.

—Hay uno, pero robó la reserva de airag y cambia su ración de alimento por más en cuanto tiene ocasión.

—Entonces manténle sobrio durante unos pocos días —dijo Temujin—. Si puede dedicarles mi matrimonio al Padre Cielo y a la Madre Tierra, le permitiré pasarse borracho todo un mes después de la boda.

Volvió a mirar en derredor, comprobando que muchas caras se habían detenido en medio de la nieve y el viento para observar la escena. Cuando su mirada se cruzó con las personas que conocía, éstas inclinaron la cabeza en señal de reconocimiento. La mirada de Jelme se posó en Borte y Eluin, e hizo una profunda reverencia.

—Nos sentimos honrados de teneros entre nosotros, hijas de los olkhun'ut —saludó.

Borte no sabía qué pensar de ese desconocido tan seguro de sí mismo. Agachó con brusquedad la cabeza a su vez, sonrojándose y desviando la vista. Nada en su

vida la había preparado para ser tratada con respeto y, por un instante, tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

Liberado de las formalidades de la bienvenida, Jelme pudo por fin tomar a su padre del brazo y abrazarle.

—He debilitado a los tártaros con mis repetidos ataques —le contó, esforzándose en no parecer demasiado orgulloso.

Su padre se rió y dio a su hijo unos amistosos golpecitos en la espalda. Tal vez con el tiempo se acabaría acostumbrando al trato cordial que Temujin fomentaba entre sus hombres.

—Estoy en casa —murmuró Temujin entre dientes, sin que los demás le oyeran.

Era poco más que un campamento de asaltantes en un terreno helado, con apenas suficiente comida o refugio para todos ellos, pero no había ninguna duda, había llevado a Borte al hogar.

—Guíame hasta dónde está mi madre, Jelme —pidió, temblando al viento—. Estará deseosa de tener noticias de los olkhun'ut. —Notó el nerviosismo que había invadido a Borte al oír sus palabras y trató de tranquilizarla—. Te acogerá como si fueras su propia hija, Borte.

Cuando Jelme se puso al frente de ellos para dirigirlos, Temujin vio que el nómada que habían tomado bajo su tutela permanecía a sus espaldas, ligeramente separado del pequeño grupo y evidentemente incómodo. La mente de Temujin bullía con cientos de cosas que debía recordar, pero no podía dejar a aquel hombre solo entre extraños.

—¿Kachiun? Éste es Barakh, un excelente guerrero. Necesita practicar con el arco y nunca ha utilizado una espada, pero es valiente y fuerte. Mira a ver qué puedes hacer con él. —Frunció el ceño mientras hablaba, acordándose de otra deuda contraída—. Asegúrate de que Arslan obtiene todo cuanto necesite para forjar nuevas espadas. Envía a algunos hombres a buscar una veta de mineral.

Kachiun asintió.

—Hay un filón en la colina. Tenemos un montón de piedras grises listas para él. Jelme no permitió que nadie las tocara hasta que su padre regresara.

Temujin se dio cuenta de que Arslan y su hijo estaban escuchando.

—Una decisión acertada —aprobó de inmediato—. Arslan fabricará las dos espadas más magníficas que jamás hayan existido, ¿no es así?

Arslan, todavía no recuperado de la alegría de ver a su hijo vivo y tan fuerte, convertido en líder, inclinó la cabeza.

—Sí, así lo haré —afirmó.

—Ahora, por el Padre Cielo, protejámonos de este viento —dijo Temujin—. Creí que ya habría llegado la primavera. Khasar se encogió de hombros.

—Creemos que, de hecho, la primavera es así estando tan al norte. Yo mismo me

siento aliviado de que el tiempo se haya suavizado un poco.

Temujin miró a Khasar, Kachiun, Jelme y Arslan. Todos ellos eran excelentes guerreros y su corazón se regocijó al pensar en lo que habían logrado juntos. Estaba en casa.

Hoelun tenía una ger para ella sola y una joven de las familias nómadas para ayudarla. Estaba frotándole grasa de oveja limpia en la piel cuando oyó el ajeteo. Su sierva salió a la nieve a buscar noticias y regresó del frío con la cara roja y jadeando.

—Tu hijo está en el campamento, señora —anunció.

Hoelun dejó caer la vasija de grasa y se limpió las manos en un trapo viejo. Emitió un chasquido con la garganta para hacer que la chica se diera prisa mientras extendía los brazos y se metía en la túnica. La fuerza de sus emociones la asombró, su corazón había dado un vuelco al oír la buena nueva. Una vez más, Temujin había sobrevivido. Aunque no podía olvidar lo que hizo en la época más aciaga, seguía siendo su hijo. El amor era algo extraño y enrevesado para cualquier madre, era algo que desafiaba la razón.

Cuando oyó su voz en el exterior, Hoelun había recobrado la compostura, tomó a la pequeña Temulun en su regazo y se puso a peinarle el cabello para calmar sus manos temblorosas. La niña parecía presentir el raro ánimo de su madre y miraba a su alrededor con los ojos desorbitados cuando se abrió la puerta. Temujin traía el invierno consigo: con él entró una ráfaga helada de nieve y aire que hizo estremecerse a Hoelun, mientras Temulun lanzaba un chillido de gozo al reconocer al hermano mayor que hacía tanto que no veía.

Hoelun observó a Temujin mientras abrazaba a su hermana y alababa sus hermosos cabellos como hacía siempre. La niña parloteaba mientras la madre absorbía cada pequeño detalle de ese hombrecito que inspiraba sentimientos tan contradictorios en ella. Lo supiera o no, se había convertido en el hijo que Yesugei habría querido. En sus momentos más sombríos, sabía que su esposo habría aprobado el asesinato de Bekter en aquel momento en que estaban a punto de morir de hambre. Sus hijos habían heredado la falta de misericordia de su padre, o quizá la vida que habían llevado se la había inculcado a la fuerza.

—Me alegro de verte, hijo mío —dijo Hoelun, en tono formal.

Temujin simplemente sonrió, echándose a un lado para dejar paso a una joven alta y a otra muchacha detrás de ella. Los ojos de Hoelun se abrieron un poco más al identificar los rasgos delicados de su propio pueblo. Sintió una punzada de nostalgia que le sorprendió después de tantos años. Se puso en pie y tomó a ambas jóvenes de la mano, acercándolas al calor. Temulun se unió a ellas, colándose en medio y exigiendo saber quiénes eran.

—Más leña para el fuego —le pidió a su sirvienta—. Estaréis heladas. ¿Cuál de

vosotras es Borte?

—Soy yo, madre —respondió Borte con timidez—, de los olkhun'ut.

—Lo he sabido por tus facciones y las marcas de tu deel —dijo Hoelun mientras se giraba hacia la otra—. Y tú, hija, ¿cómo te llamas?

Eluin seguía aturdida por el dolor, pero se esforzó en responder. Hoelun percibió su tristeza y, obedeciendo un impulso, la abrazó. Las llevó a donde pudieran sentarse, y pidió cuencos de té caliente para que entraran en calor. Mantuvieron entretenida a Temulun con una bolsita de aruul dulce que atacó con fruición sentada en una esquina. Temujin observó cómo conversaban las mujeres de los olkhun'ut y vio complacido que Borte empezaba a sonreír al oír los recuerdos de su madre. Hoelun comprendía su temor ante tanta novedad. Ella misma había experimentado la misma sensación cuando llegó. Mientras se iban distendiendo, les hizo incesantes preguntas y su voz fue adoptando el viejo acento que Temujin reconocía de los olkhun'ut. Era extraño oírlo en su madre. Se acordó de nuevo de la vida que había tenido antes de Yesugei o sus hijos.

—¿Sigue Sansar siendo el khan? ¿Qué tal está mi sobrino, Koke? ¿Y su padre, Enq?

Borte respondía a Hoelun con facilidad, reaccionando sin vergüenza a su actitud maternal. Temujin la miraba con orgullo, como si fuera obra suya. Su madre parecía haberle olvidado, así que se sentó y le hizo un gesto a la sirvienta para que le trajera un cuenco de té. Lo aceptó con gratitud y cerró los ojos, regodeándose mientras su calor iba haciendo efecto. Eluin empezó a participar también en la conversación y se permitió relajarse por fin.

—Esta tormenta no puede durar mucho más —oyó decir a su madre—. El deshielo ya ha comenzado, y los pasos de la colina han empezado a abrirse.

—Creo que nunca he tenido tanto frío en toda mi vida —respondió Borte, frotándose las manos.

Parecía que las mujeres se habían caído bien, y Temujin se echó hacia atrás dando gracias por ello.

—He traído a Eluin para que sea esposa de Khasar o Kachiun. Su hermana murió durante el viaje —dijo, abriendo los ojos ligeramente.

Las mujeres lo miraron; luego la charla se reinició como si no hubiera hablado. Ningún hombre podía ser khan para su madre. El calor amodorró a Temujin, y con el arrullo de sus suaves voces se quedó dormido.

Kachiun y Khasar estaban sentados en una ger cercana, masticando cordero caliente que había estado hirviendo en caldo la mayor parte del día. Con el frío, era necesario mantener un guiso al fuego todo el tiempo, de modo que siempre hubiera un cuenco para calentarlos cuando tuvieran que salir. Había habido pocas oportunidades de

relajarse mientras Temujin estuvo fuera. Los hermanos toleraban las órdenes de Jelme con buen humor, sabiendo que era lo que Temujin habría querido. Sin embargo, en privado, se quitaban las máscaras y fingimientos, y hablaban hasta bien entrada la noche.

—Me ha gustado esa Eluin —dijo Khasar.

Kachiun mordió el anzuelo al instante, como su hermano había sabido que haría.

—Tu chica murió, Khasar. Eluin me la prometieron a mí y lo sabes.

—Yo no sé nada de eso, hermanito. El mayor consigue antes el té y el guiso, ¿no lo has notado? Con las esposas es lo mismo.

Kachiun resopló, entre enfadado y divertido. Había sido el primero en ver a Eluin cuando salió a caballo al oír la llamada del explorador. En aquel momento casi no se había fijado en ella, envuelta en ropas para protegerse del frío, pero sentía que tenía algún tipo de derecho de descubridor. Sin duda su reivindicación tenía más fuerza que la de Khasar, quien simplemente se había topado con ella al salir de una tienda.

—Temujin decidirá —dijo.

Khasar asintió, con una amplia sonrisa.

—Me alegro de que no discutamos. Al fin y al cabo, soy el mayor.

—He dicho que decidirá él, no que te elegiré a ti —remachó Kachiun, con acritud.

—Me pareció bonita. Con largas piernas.

—¿Cuánto de sus piernas pudiste ver? Parecía un yak con todas esas mantas.

Khasar fijó la mirada en la lejanía.

—Era alta, Kachiun, ¿no lo has notado? A menos que creas que sus pies no llegaban al suelo, debía de haber un par de piernas largas en alguna parte. Piernas fuertes para rodear a un hombre, ya sabes a qué me refiero.

—Puede que Temujin quiera casarla con Jelme —contestó Kachiun, más para picar a su hermano que porque lo creyera. Khasar negó con la cabeza.

—Los vínculos de sangre están antes —dijo—. Temujin lo sabe mejor que nadie.

—Si te pararas un momento para escucharle, oirías que defiende que hay un vínculo de sangre que une a todo hombre y a toda mujer del campamento, independientemente de la tribu o la familia a la que pertenecen —le explicó Kachiun—. Por todos los espíritus, Khasar, piensas más en tu estómago y en tus entrañas que en lo que está intentado crear aquí.

Los dos hermanos se quedaron mirándose con gesto torvo.

—Si quieres decir que no le sigo como un perro extraviado, entonces tienes razón —dijo Khasar—. Entre Jelme y tú, cuenta con su propia carnada de adoradores.

—Eres un idiota —rezongó Kachiun, lenta y deliberadamente. Khasar se ruborizó. Sabía que carecía de la aguda inteligencia de Temujin y quizá hasta de Kachiun, pero el mundo se pararía en seco antes de que él lo admitiera.

—Tal vez deberías ir a tumbarte en la nieve junto a la puerta de la ger de nuestra madre —dijo—. Podrías apretar la nariz contra ella o algo así.

Ambos habían matado a muchos hombres, con Temujin y con Jelme, pero cuando se enfrentaban entre ellos lo hacían con la ruidosa energía de dos críos, una lucha llena de codos y rostros rojos de ira. Ninguno de ellos movió la mano hacia su puñal. En un segundo, Khasar tenía la cabeza de Kachiun bajo el brazo y le estaba sacudiendo.

—Di que eres un perro —gruñó Khasar, respirando trabajosamente por el esfuerzo—. Deprisa, me toca hacer guardia.

—Vi a Eluin yo primero y por tanto es mía —contestó Kachiun, ahogándose.

Khasar le apretó aún más.

—Di qué prefieres que se vaya a la cama con tu guapo hermano mayor —exigió.

Kachiun luchó con violencia y, cuando cayeron juntos contra la cama, Khasar le soltó. Ambos se quedaron tumbados, jadeando, observándose con recelo.

—No me importa si soy su perro —dijo Kachiun—. Ni tampoco a Jelme. —Respiró hondo por si acaso su hermano se lanzaba contra él de nuevo—. Ni a ti tampoco.

Khasar se encogió de hombros.

—Me gusta matar tártaros, pero si me siguen enviando viejas con sus partidas de asalto, no sé qué voy a hacer. Hasta Arslan consiguió encontrar una hermosa jovencita antes de irse.

—¿Sigue rechazándote? —preguntó Kachiun.

Khasar frunció el ceño.

—Dijo que Arslan me mataría si la tocaba, y puede que tenga razón. Es alguien a quien no quiero enojar.

Arslan estaba en la ger que había construido alrededor de su forja, dejando que el calor le calentara los huesos. Sus preciosas herramientas habían sido engrasadas y envueltas en un paño para que no se oxidaran y no encontró nada que objetar. Se volvió hacia Jelme.

—Has hecho un gran trabajo aquí, hijo mío. He visto cómo te miran los demás hombres. Quizá haya sido el Padre Cielo el que nos ha guiado hasta los Lobos.

Jelme se encogió de hombros.

—Eso forma parte del pasado. He encontrado un propósito aquí, padre, un sitio. Ahora me interesa el futuro, sí es que este invierno termina algún día. Nunca he visto un invierno así.

—En tus larguísimos años de vida —respondió Arslan, sonriendo.

Parecía que la seguridad de Jelme en sí mismo había aumentado durante su separación, y no sabía muy bien cómo tomarse a ese joven y fuerte guerrero que le

hablaba con tanta calma. Tal vez hubiera necesitado la ausencia de su padre para convertirse en hombre. Era algo que le hacía pensar, y en ese momento lo que Arslan quería era perder la cabeza.

—¿Puedes traerme un odre o dos de airag para beber mientras charlamos? —le pidió—. Quiero que me cuentes cómo fueron los ataques a los tártaros.

Jelme entró en su tienda y sacó un grueso odre de aquel potente líquido.

—He dispuesto que nos traigan un estofado caliente. No es muy espeso, pero todavía tenemos un poco de carne seca y salada.

Ambos hombres se apoyaron en la forja, relajándose junto al fuego. Arslan se desató la túnica para que penetrara el calor.

—He notado que tus espadas han desaparecido —dijo Jelme. Arslan gruñó irritado.

—Fueron el precio que pagamos por las mujeres que trajo Temujin.

—Lo siento. Fabricarás otras igual de buenas, o mejores.

Arslan frunció el ceño.

—Cada una de ellas supone un mes de trabajo continuo, y eso no incluye el tiempo de extraer el mineral o de fabricar los lingotes de hierro. ¿Cuántas más crees que podré hacer todavía? No viviré eternamente. ¿Cuántas veces puedo conseguir el acero adecuado y trabajarlo sin fallos? —Escupió en la forja y observó cómo burbujeaba con suavidad, aún no estaba lo bastante caliente para retirarla—. Pensé que heredarías la hoja que llevaba.

—Quizás aún lo haga, si nos fortalecemos lo suficiente para arrebatársela a los olkhun'ut —contestó Jelme.

Su padre se separó de la forja y lo miró fijamente.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que este pequeño grupo de asaltantes arrasará las tierras en primavera?

Jelme lo miró a los ojos con terquedad, pero no respondió. Arslan resopló.

—Te eduqué para que tuvieras más sentido común. Piensa tácticamente, Jelme, como te enseñé. Tenemos, ¿cuántos?, ¿treinta guerreros, como máximo? ¿Cuántos de ellos han sido adiestrados desde que eran pequeños como tú, como Temujin y sus hermanos?

—Ninguno de ellos, pero... —empezó a decir Jelme.

Su padre bajó el brazo con brusquedad, cada vez más furioso.

—Las tribus más pequeñas pueden llegar a tener entre sesenta y ochenta hombres de buena calidad, Jelme, hombres que pueden acertar a un ave en el ala con sus arcos, hombres con buenas espadas y suficientes conocimientos para atacar en formación, o retirarse en orden. No confiaría en que este campamento organizara un ataque contra la quinta parte de los guerreros olkhun'ut. ¡No te engañes! Este pequeño lugar helado necesitará la bendición del Padre Cielo para sobrevivir una única estación tras el

deshielo. Los tártaros llegarán aullando, buscando venganza por cada una de las veces que hayan sido atacados durante el invierno, por nimias que fueran las pérdidas.

Jelme apretó la mandíbula al oír eso y miró con hostilidad a su padre.

—Les hemos robado caballos, armas, comida, e incluso espadas...

Una vez más, su padre le hizo callar.

—¡Espadas que podría doblar con mis propias manos! Conozco la calidad de las armas de los tártaros, hijo.

—¡Para ya! —Rugió Jelme de repente—. No tienes ni idea de lo que hemos hecho. Ni siquiera me has dado la oportunidad de decírtelo antes de que empezaras a soltar advertencias y profecías catastrofistas. Sí, puede que nos destruyan en primavera. He hecho lo que he podido para formarles y adiestrarles mientras no estabais. ¿Cuántos hombres has aceptado para que trabajen la forja y aprendan tu arte? No he oído de ninguno.

Arslan abrió la boca, pero Jelme era presa de la furia y no había modo de detenerlo.

—¿Preferirías que me rindiera y me tendiera en la nieve? Éste es el camino que he elegido. He encontrado un hombre al que seguir y he hecho un juramento. Siempre cumplo mi palabra, padre, como tú me enseñaste que debía ser. ¿Querías decir que había que cumplirla cuando lo tuviéramos todo a nuestro favor? No. Me enseñaste demasiado bien. Si crees que voy a dejar plantada a esta gente te equivocas. Tengo un lugar, te lo he dicho, no importa lo que suceda. —Hizo una pausa y respiró hondo por la fuerza de su emoción—. He hecho que los tártaros nos teman, tal y como dije que haría. Esperaba que estuvieras orgulloso de mí y, en vez de eso, explotas como un viejo timorato con tus miedos.

Arslan no pretendía pegarle. Su hijo estaba demasiado cerca, y cuando movió las manos, Arslan reaccionó por instinto, lanzando un puño de hierro contra la mandíbula de su hijo. Jelme se desplomó, aturdido, y su hombro chocó contra el borde de la forja.

Arslan observó lo que sucedía, desolado, mientras Jelme tardaba un momento en levantarse con una calma glacial. Su hijo se frotó la mandíbula, con el semblante muy pálido.

—No vuelvas a hacer eso —dijo Jelme con voz suave, pero sus ojos tenían una mirada dura.

—Ha sido un error, hijo mío —respondió Arslan—. Ha sido por culpa de la preocupación y el cansancio, nada más.

Por su expresión, se diría que sentía el dolor en su propia carne.

Jelme asintió. Había recibido golpes peores en sus combates de práctica juntos, pero la ira todavía le recorría el cuerpo y era difícil deshacerse de ella.

—Enseña a algunos hombres a fabricar espadas —pidió Jelme, pero sonó como una orden—. Necesitaremos todas y cada una de ellas y, como tú dices, no vivirás eternamente. Ninguno de nosotros lo hará. —Se frotó la mandíbula otra vez, torciendo el gesto cuando dio un chasquido—. Aquí he encontrado algo valioso —dijo, tratando de que su padre lo entendiera—. Las tribus luchan entre sí y desperdician su fuerza. Aquí hemos demostrado que un hombre puede empezar de nuevo, no importa si una vez fue un naimano o un Lobo.

Arslan vio una extraña luz en los ojos de su hijo que le preocupó.

—Les llena la barriga de comida y, por un momento, olvidan antiguas rencillas y odios. ¡Eso es lo que estoy viendo aquí! —Le espetó a su hijo—. Las tribus llevan mil años luchando. ¿Crees que un hombre puede eliminar toda esa historia, ese odio?

—¿Cuál es la alternativa? —preguntó Temujin desde la puerta.

Ambos se giraron hacia él, y Temujin vio el oscuro cardenal de la mandíbula de Jelme, comprendiendo al instante su origen.

Parecía exhausto mientras se acercaba a la forja.

—No podía dormir con tres mujeres y mi hermanita parlotando como cotorras, así que decidí venir aquí.

Ni el hijo ni el padre respondieron, y Temujin continuó, cerrando los ojos cuando sintió el calor del fuego.

—No pido que me sigan ciegamente, Arslan —dijo—. Tienes razón al cuestionar nuestro propósito. Ves un grupo harapiento con apenas suficiente alimento para superar el invierno. Quizá podríamos encontrar un valle en algún sitio y criar ganado y niños mientras las tribus siguen vagando y masacrándose las unas a las otras.

—No me vas a decir que te importa cuántos desconocidos mueran en esas batallas —espetó Arslan con tenacidad.

Temujin fijó sus ojos amarillos en el espadero y pareció que su mirada llenaba el pequeño espacio de la ger.

—Alimentamos la tierra con nuestra sangre, nuestras interminables desavenencias —dijo un rato después—. Siempre lo hemos hecho, pero eso no significa que debamos hacerlo para siempre. He demostrado que una tribu puede formarse a partir de miembros de los quirai, los Lobos, los woyela, los naimanos. Somos un pueblo, Arslan. Cuando seamos lo bastante fuertes, haré que vengan a mí o los destruiré uno por uno. Te digo que somos un pueblo. Somos mongoles, Arslan. Somos el pueblo de plata, y un solo khan puede liderarnos.

—Estás borracho, o soñando —contestó Arslan, haciendo caso omiso de la incomodidad de su hijo—. ¿Qué te hace creer que llegarían a aceptarte algún día?

—Soy la tierra —respondió Temujin—. Y la tierra no ve diferencia en las familias de nuestro pueblo. —Su mirada pasó de uno a otro—. No os pido vuestra lealtad. Eso me lo disteis con vuestro juramento y os obliga de por vida. Puede que todos

encontremos la muerte en el intento, pero no seríais los hombres que creo que sois si eso os detuviera. —Se rió entre dientes durante un momento y se frotó los ojos con los nudillos, sintiendo todavía más sueño por el calor—. Una vez subí en busca de un polluelo de águila. Podría haberme quedado al pie de la montaña, pero el precio merecía el riesgo. Resultó que había dos, así que tuve más suerte de la que había esperado tener. —Su risa sonó amarga, pero no explicó la razón. Palmeó al padre y al hijo en el hombro—. Ahora dejad las discusiones y subid conmigo —dijo.

Se detuvo un momento para ver cómo reaccionaban ante sus palabras, luego regresó a la fría nieve para encontrar algún lugar donde dormir.

XXIV

Wen Chao vigilaba de cerca a sus sirvientes a través de las cortinas de la litera, mientras avanzaban trabajosamente bajo su peso. Con tres hombres por cada mango de madera, el esfuerzo debería ser el justo para mantenerles calientes, pero cuando echó una ojeada fuera del toldo de seda, se dio cuenta de que a más de uno se le estaba tiñendo de azul el contorno de los labios. No se había movido antes de que la nieve invernal empezara a fundirse, pero seguía habiendo hielo que crujía bajo sus pies y el viento era cruel. Sospechó que perdería otro esclavo antes de alcanzar el campamento mongol, si no dos. Se ciñó las pieles y se preguntó irritado si llegarían a encontrarlo.

Durante un tiempo se entretuvo maldiciendo a Togrul, el khan de los keraítas, que había afirmado que sabía dónde pasaba el invierno la banda de asaltantes. Con un poco más de calor e imaginación, practicó insultos aún más complicados para los miembros de la corte Jin de Kaifeng.

Supo que le habían ganado la mano desde el momento en que vio las expresiones de los eunucos. Eran tan cotillas como mujeres viejas, y pasaban pocas cosas en la corte de las que no se enteraran. Wen recordaba el ácido deleite del pequeño Zhang, el primero de ellos, cuando lo había llevado a presencia del primer ministro.

Wen frunció los labios, irritado al recordarlo. Se enorgullecía de su experiencia en los juegos de poder, pero se habían burlado de él. Se había quedado dormido junto a una mujer del mejor burdel de Kaifeng y se había perdido una importante reunión. Suspiró al pensar en la habilidad de la desconocida, recordando cada roce desvergonzado y aquella cosa extraña que había intentado hacer con una flecha. Esperaba que sus servicios les hubieran costado caros a sus enemigos, al menos. Cuando lo convocaron mientras todavía estaba en su cama en medio de la noche, supo de inmediato que pagaría por su placer. Diez años de inteligencia habían sido desperdiciados por una noche alcohólica de poesía y amor. Y tampoco había sido buena poesía, reflexionó. El ministro había anunciado una misión diplomática con las tribus bárbaras como si se tratara de un gran honor y, por supuesto, Wen se había visto obligado a sonreír y tocar el suelo con la frente, como si aquella misión hubiera satisfecho sus más íntimos deseos.

Dos años más tarde, seguía esperando que lo volvieran a llamar. Al estar lejos de las maquinaciones y los juegos de la corte Jín, sin duda había sido olvidado. Dirigió copias de sus informes a sus amigos de confianza con instrucciones de que los enviaran a otras personas, pero lo más probable es que nunca se leyeran. No era una tarea demasiado difícil hacer que se perdieran en manos de los miles de escribas que atendían la corte del Reino del Medio, al menos no para alguien tan taimado como Zhang.

Aunque Wen se negaba a dejarse llevar por la desesperación, existía la posibilidad de que terminara sus días entre las feas tribus mongolas, congelado hasta la muerte o envenenado por su eterno cordero rancio y su leche agria. Era demasiado para un hombre de su posición y de edad tan avanzada. Llevaba consigo apenas una docena de sirvientes, además de sus guardias y portadores, pero el invierno había sido excesivo para los más débiles, devolviéndolos a la rueda de la vida para su próxima reencarnación. Recordar el modo en que su escriba personal había cogido unas fiebres y había muerto seguía poniéndolo furioso. El hombre se había sentado en la nieve y se había negado a continuar. Uno de los guardias le había dado una patada, siguiendo instrucciones de Wen, pero el hombrecito murió mostrando un placer malicioso al hacerlo.

Wen deseó fervientemente que se reencarnara en un limpiador de suelos, o en un caballo al que le dieran palizas con regularidad y entusiasmo. Ahora que el hombre se había ido, Wen sólo podía arrepentirse de no haberle pegado más él mismo. Nunca había tiempo suficiente, ni para el amo más concienzudo.

Oyó el rítmico golpear de los cascos y se planteó abrir de un tirón la cortina que protegía su litera del viento, pero se lo pensó mejor. No había ninguna duda de que serían los guardias avisando de que no pasaba absolutamente nada, como habían hecho los anteriores doce días. Cuando los oyó gritar, su viejo corazón se sintió aliviado, aunque mostrarlo no era digno de él. ¿No era él el quinto primo de la segunda esposa del emperador? Lo era. En vez de eso, alargó la mano hacia uno de los papeles y leyó las filosóficas palabras, encontrando la calma en sus simples pensamientos. Nunca se había sentido cómodo con el elevado tono moral del Confucio, pero su discípulo Xun Zi era un hombre con quien a Wen le habría gustado compartir un trago. Era a sus palabras a las que recurría con más frecuencia cuando su ánimo estaba bajo.

Wen hizo caso omiso de la excitada cháchara de sus guardias, mientras decidían quién debería perturbarle en su solitario esplendor. Xun Zi creía que el camino hacia la excelencia era el camino hacia la ilustración, y Wen estaba considerando un delicioso paralelo con su propia vida. Estaba buscando sus herramientas para escribir cuando dejaron la litera en el suelo y oyó el sonido de una garganta que carraspeaba nerviosa junto a su oído. Suspiró. El viaje había sido aburrido, pero la idea de mezclarse una vez más con los sucios miembros de las tribus lo llevaría al límite de su paciencia. Todo eso por una sola noche de disipación, se dijo, mientras echaba a un lado la cortina y se quedaba mirando fijamente la cara de su guardia de mayor confianza.

—Bueno, Yuan, parece que nos hemos detenido —dijo, dando unos ligeros golpecitos con sus largas uñas en el pergamino que sostenía para mostrar su descontento.

Yuan estaba acucillado junto a la litera y se tumbó cuan largo era en cuanto Wen habló, apoyando la frente en el suelo helado. Wen suspiró de forma audible.

—Puedes hablar, Yuan. Si no lo haces, estaremos aquí todo el día.

En la distancia oyó el sonido quejumbroso de los cuernos en el viento. Yuan se volvió a mirar hacia la dirección de donde había llegado cabalgando.

—Los hemos encontrado, amo. Están de camino.

Wen asintió.

—Eres el primero de mis guardias, Yuan. Cuando hayan acabado de bravuconear y aullar, házmelo saber.

Dejó caer la tela de seda en su lugar y comenzó a atar los pergaminos con sus cintas escarlata. Oyó el ruido de caballos acercándose y sintió que el cosquilleo de la curiosidad se volvía insoportable. Suspirando ante su propia debilidad, Wen abrió el agujero que había en el borde de madera de la litera para espiar y miró a través de él. Sólo Yuan sabía que estaba allí; él no diría nada. A los esclavos les parecería que su amo despreciaba el peligro. Era importante presentar una imagen adecuada a los esclavos, pensó, preguntándose si era el momento de añadir una nota a sus propios pensamientos filosóficos. Se prometió que haría coser y enviar a publicar su obra. Era especialmente crítica con el papel de los eunucos en la corte de Kaifeng. Mientras entrecerraba los ojos para mirar a través del agujerito, se dijo que sería mejor publicarla de forma anónima.

Temujin cabalgaba flanqueado por Arslan y Jelme. Diez de sus mejores hombres iban con ellos, mientras que Khasar y Kachiun habían repartido grupos más reducidos alrededor del campamento para hacer frente a un posible segundo ataque.

Desde el primer momento, Temujin supo que había algo que no cuadraba en la pequeña escena. Se preguntaba por qué tantos hombres armados para custodiar una caja. Además tenían un aspecto extraño, aunque sabía reconocer a unos guerreros curtidos cuando los veía. En vez de atacarles, habían formado una especie de cuadrado defensivo en torno a la caja mientras esperaban que ellos llegaran. Temujin miró de reojo a Arslan enarcando las cejas. Ante el fragor de los caballos al galope, Arslan se vio obligado a gritar.

—Actúa con cautela, mi señor. Sólo puede ser un representante de los Jin, alguien de alto rango.

Temujin observó la peculiar escena que tenía ante sí con renovado interés. Había oído hablar de las grandes ciudades del este, pero nunca había visto a sus habitantes. Se decía que eran tantos que las ciudades parecían hormigueros y que el oro era tan común que lo utilizaban como material de construcción. Fueran quienes fueran, eran lo suficientemente importantes para viajar con una docena de guardias y suficientes esclavos para transportar la caja lacada. En sí misma, aquélla resultaba un extraño

objeto en aquellas tierras semidesérticas. Era de un negro brillante y a sus lados caían en hermosos pliegues unas cortinas del color del sol.

Temujin tenía una flecha lista en el arco y estaba guiando al caballo con las rodillas. Bajó el arco y ordenó con un breve grito a los demás que hicieran lo mismo. Si era una trampa, los guerreros de los Jin descubrirían que habían cometido un error adentrándose en aquellas tierras.

Frenó su caballo. Los que tenían perspicacia suficiente notaron que sus hombres mantenían perfectamente la formación cuando lo imitaron. Temujin ató su arco a la correa de su silla, tocó la empuñadura de su espada para que le diera suerte y avanzó hacia el hombre que ocupaba el centro de la comitiva.

No habló. Aquellas tierras eran de Temujin por derecho y no tenía que explicar su presencia en ellas. Su mirada ámbar se posó con calma en el guerrero y Temujin observó la armadura de múltiples capas con interés. Como la propia caja, los paneles estaban lacados con una sustancia que brillaba como agua negra, y los broches quedaban ocultos por el dibujo. Parecía capaz de detener una flecha y Temujin se preguntó cómo podría obtener una para comprobarlo.

El guerrero observaba a Temujin por debajo del borde de un casco acolchado, con piezas de hierro para las mejillas que le cubrían la mitad del rostro. A Temujin le dio la impresión de que estaba enfermo: su tez tenía un espectral tono amarillo que revelaba demasiadas noches de alcohol. Y, sin embargo, el blanco de sus ojos estaba limpio, y no se inmutó al ver tantos hombres armados mientras esperaba órdenes.

El silencio se alargó y Temujin aguardó. Por fin, el oficial frunció el ceño y habló.

—Mi amo de la Corte de Jade desea hablarte —dijo Yuan con fría formalidad, con un acento que sonó extraño a los oídos de Temujin.

Como a su amo, a Yuan no le gustaban los guerreros de las tribus. Por muy feroces que fueran, carecían de disciplina tal y como él la entendía. Los veía como perros malhumorados y consideraba indigno tener que conversar con ellos como si se tratara de seres humanos.

—¿Está escondido en esa caja? —preguntó Temujin.

El oficial se puso tenso, y Temujin acercó la mano a la empuñadura de su arma. Había pasado cientos de tardes entrenándose con Arslan y no temía un súbito duelo de espadas. Tal vez sus ojos hicieron traslucir esa diversión, porque Yuan se contuvo y permaneció inmóvil como una estatua.

—Me han encargado que transmita un mensaje de Togrul de los keraítas —continuó Yuan.

El nombre despertó en Temujin una intensa curiosidad. Lo había oído antes: en su campamento residían tres nómadas que habían sido desterrados de esa tribu.

—Entrega tu mensaje, pues —respondió Temujin.

El guerrero habló como si recitara, mirando fijamente a la lejanía.

—Confía en estos hombres y acógelos bajo las leyes de la hospitalidad en mi nombre —dijo Yuan.

De repente, Temujin esbozó una ancha sonrisa que sorprendió al soldado Jin.

—Tal vez eso sea lo más inteligente. ¿Has considerado la alternativa?

Yuan miró a Temujin con gesto irritado.

—No hay alternativa. Éstas son las órdenes que has recibido. Al oír eso, Temujin estalló en sonoras carcajadas, aunque sin dejar de vigilar al soldado armado.

—Togrul de los keraítas no es mi khan —afirmó—. No da órdenes aquí. —Con todo, su interés por aquel grupo que se había internado en las tierras que rodeaban su campamento de guerra creció. El oficial no dijo nada más, pero irradiaba una gran tensión—. Podría hacer que os mataran a todos y coger lo que sea que contenga esa hermosa caja que protegéis —continuó Temujin, más para molestar al guerrero que por otra cosa.

Para su sorpresa, el oficial no se enfadó como antes, sino que una sonrisa siniestra se dibujó en sus labios.

—No tienes hombres suficientes —respondió Yuan con Seguridad.

Cuando Temujin estaba a punto de contestar, una voz proveniente de la caja soltó una orden en una lengua que no entendía. Sonaba como el graznido de los gansos, pero el oficial inclinó la cabeza de inmediato.

Temujin no podía contener su curiosidad por más tiempo.

—Muy bien. Os otorgo derechos de hospitalidad en mi hogar —dijo—. Cabalgad junto a mí para que mis guardias no os atravesen la garganta con sus flechas al llegar. —Vio que Yuan fruncía el ceño y habló de nuevo—. Cabalgad despacio y no hagáis gestos bruscos. Hay hombres en el campamento a quienes no les gustan los extraños.

Yuan alzó un puño y los doce portadores aferraron los largos mangos y se levantaron como uno solo, mirando impasibles hacia el frente. Temujin no sabía qué pensar de todo aquello. Dio órdenes a sus hombres y se puso en cabeza con Arslan, mientras que Jelme y los demás trotaban con sus caballos alrededor del pequeño grupo de desconocidos para cerrar la retaguardia.

Cuando llegó a la altura de Arslan, Temujin se inclinó sobre la silla.

—¿Conoces a esta gente? —murmuró.

Arslan asintió.

—Los he visto antes.

—¿Son una amenaza para nosotros? —Temujin se quedó mirando a Arslan mientras éste meditaba.

—Pueden serlo. Poseen una gran fortuna y se dice que sus ciudades son inmensas. No sé qué quieren de nosotros, qué les ha traído hasta aquí.

—O a qué juego está jugando Togrul —añadió Temujin. Arslan asintió y no volvieron a hablar mientras cabalgaban.

Wen Chao aguardó hasta que su litera fue depositada en el suelo y Yuan se situó a su lado. Había observado la llegada al campamento con interés y contuvo varios gruñidos de descontento cuando vio las familiares gers y las descarnadas ovejas. Había sido un invierno muy crudo y las personas con las que se cruzaron tenían mala cara. Olió la grasa de oveja en la brisa mucho antes de entrar en el campamento y recordó que el olor se adheriría a sus ropas y no se desprendería hasta después de lavarlas una y Otra vez. Cuando Yuan retiró las cortinas de seda, Wen salió y se unió a ellos, aspirando tan poco aire como podía. Por experiencia, sabía que se acostumbraría a ello, pero nunca había conocido a un solo miembro de esas tribus que se lavara más de una o dos veces al año, y únicamente si se caía al río. En cualquier caso, tenía una tarea que cumplir y, a pesar de que maldecía al pequeño Zhang entre dientes, se adentró en el frío con tanta dignidad como le fue posible.

Aunque no hubiera visto cómo todos los hombres respetaban al joven de los ojos amarillos, Wen le habría identificado como el líder. En la corte de Kaifeng reconocían a aquéllos que eran «tigres entre los juncos», aquéllos por cuyas venas corría sangre de guerrero. Ese Temujin era uno de esos tigres, decidió Wen en cuanto vio sus ojos. ¡Qué ojos! Nunca había visto nada parecido.

El viento resultaba glacial para alguien con vestiduras tan finas, pero Wen no mostró su malestar al enfrentarse a Temujin, e hizo una reverencia. Sólo Yuan se daría cuenta de que la inclinación del saludo era mucho menos profunda de lo que dictaba la cortesía, pero Wen se divertía insultando a los bárbaros. Para su sorpresa, el mongol se limitó a observar el movimiento y Wen se sintió irritado.

—Me llamo Wen Chao, embajador de la corte Jin de la dinastía Sung del norte. Me siento honrado de estar en tu campamento. Las noticias de tus batallas contra los tártaros se han propagado por toda la tierra.

—Y por eso has venido hasta aquí en tu cajita, ¿verdad? —respondió Temujin.

Le fascinaba cada detalle de aquel extraño hombre a quien atendían tantos sirvientes. También él tenía esa piel amarilla que a Temujin le parecía enfermiza, pero mantenía la compostura mientras el viento agitaba sus vestiduras. Temujin calculó que tendría más de cuarenta años, aunque no se le veían arrugas. El diplomático de los Jin era una curiosa visión para los que habían crecido en las tribus. Llevaba una túnica verde que parecía refulgir. Sus cabellos eran tan negros como los de los suyos, pero los llevaba peinados muy tirantes hacia atrás y sujetos con un broche de plata en una coleta. Temujin se quedó estupefacto al ver que sus manos terminaban en uñas como garras que reflejaban la luz. Parecía no notarlos, pero los labios se le estaban poniendo azules mientras Temujin lo estudiaba.

Wen hizo otra reverencia antes de hablar.

—Traigo saludos de la Corte de Jade. Hemos oído hablar de tu éxito y hay

muchos asuntos que quisiéramos tratar. Tu hermano de los keraítas te envía sus saludos.

—¿Qué quiere Togrul de mí? —repuso Temujin.

Wen estaba tan enfadado que echaba humo, sufriendo el azote del frío en la carne. ¿No iban a invitarle al calor de las gers? Decidió hacer un poco de presión.

—¿No me ha otorgado su hospitalidad, mi señor? No es apropiado hablar de asuntos importantes con tantos oídos escuchando.

Temujin se encogió de hombros. Era evidente que el emisario se estaba congelando y, al fin y al cabo, él quería oír lo que le había hecho cruzar la hostil estepa antes de que se desmayara.

—Te doy la bienvenida a mi hogar —dijo, y paladeó el nombre en su lengua antes de escupirlo—, ¿Wencho?

El viejo reprimió una mueca y su orgullo hizo sonreír a Temujin.

—Wen Chao, mi señor —corrigió el diplomático—. La lengua debe rozar el paladar.

Temujin asintió.

—Entra entonces a calentarte, Wen. Haré que te traigan té con sal.

—Ah, el té —murmuró Wen Chao mientras seguía a Temujin al interior de una rudimentaria ger—. Cómo lo he echado de menos.

En la penumbra, Wen se sentó y esperó pacientemente hasta que el propio Temujin le puso el cuenco de té caliente en las manos.

La tienda se llenó de hombres que lo examinaban con inquietud y Wen se obligó a respirar tomando poco aire hasta que se habituó a su sudorosa proximidad. Estaba deseando darse un baño, pero esos placeres habían quedado muy atrás.

Temujin observó a Wen probar el té con los labios fruncidos; era evidente que estaba fingiendo que le gustaba.

—Háblame de tu pueblo —pidió—. He oído que sois muy numerosos.

Wen asintió, agradeciendo la ocasión que le brindaban de poder hablar en vez de beber.

—Somos un reino dividido. Las fronteras del sur cuentan con más de sesenta millones de almas bajo el poder del emperador Sung —explicó—. En Jin del Norte, tal vez la misma cifra.

Temujin parpadeó. Eran más de lo que nunca habría podido imaginar.

—Creo que estás exagerando, Wen Chao —replicó, pronunciando el nombre correctamente para sorpresa del funcionario Jin.

Wen se encogió de hombros.

—¿Quién puede estar seguro? Los campesinos se multiplican más rápido que los conejos. Hay más de mil oficiales sólo en la corte de Kaifeng y el recuento llevó muchos meses. No conozco la cifra exacta. —Wen se deleitó viendo las miradas de

asombro que se intercambiaban los guerreros.

—¿Y tú? ¿Eres un khan entre ellos? —inquirió Temujin. Wen negó con la cabeza.

—He pasado mis... —revisó su vocabulario y se dio cuenta de que no había palabra—, ¿combates? No —pronunció una palabra extraña—. Significa sentarse en una oficina y responder a una serie de preguntas junto a cientos de otros candidatos, primero en un distrito, luego en el propio Kaifeng para los oficiales del emperador. Obtuve el primer puesto entre todos los que se examinaron aquel año. —Escudriñó las profundidades de su memoria y se llevó el cuenco a los labios—. Eso fue hace mucho tiempo.

—¿A qué hombre sirves, entonces? —insistió Temujin, tratando de entender.

Wen sonrió.

—Tal vez al primer ministro de la administración pública, pero creo que te refieres a los emperadores Sung. Gobiernan en el norte y en el sur. Quizá viva para ver la reunificación de ambas mitades del Reino del Medio.

Temujin se esforzó en comprender. Mientras lo miraban con fijeza, Wen apoyó su cuenco y metió la mano en su túnica para buscar una bolsa de piel. La tensión colectiva le hizo detenerse.

—Estoy buscando un retrato, señor mío, eso es todo.

Temujin le hizo señas para que continuara, fascinado ante la idea. Vio cómo Wen extraía un paquetito de papeles de colores brillantes y le pasó uno. Había extraños símbolos dibujados en ellos, pero en su centro se veía el rostro de un joven que miraba con fiereza. Temujin sostuvo el papel desde ángulos distintos, maravillándose al comprobar que la pequeña cara parecía seguirle con la vista.

—Tenéis pintores de talento —admitió a regañadientes.

—Eso es cierto, mi señor, pero el papel que sostienes fue impreso en una gran máquina. Tiene valor y se entrega a cambio de bienes. Con unos cuantos más como éstos, podría comprar un buen caballo en la capital, o una mujer joven para pasar la noche.

Temujin se lo pasó a los demás para que lo vieran y Wen estudió sus expresiones con interés. Eran como niños, se dijo. Quizá debiera darles un billete a cada uno como regalo antes de marcharse.

—Empleas palabras que no conozco —confesó Temujin—. ¿Qué es «impreso»? ¿Y qué es «una gran máquina»? Quizá pretendes burlarte de nosotros en nuestras propias gers.

No hablaba a la ligera y Wen se recordó a sí mismo que aquellos hombres eran implacables incluso con sus amigos. Si pensaban por un momento que se estaba riendo de ellos, no sobreviviría. Podía tomarlos por niños, pero no debía olvidar que eran también guerreros letales.

—Es sólo una manera de pintar más veloz de lo que lo haría un hombre solo —

dijo Wen, con voz tranquilizadora—. Tal vez visites el territorio de los Jin un día y lo veas por ti mismo, señor. Sé que el khan de los keraítas está muy interesado en mi cultura. Ha hablado muchas veces de su deseo de obtener tierras en el Reino del Medio.

—¿Togrul ha dicho eso? —preguntó Temujin.

Wen asintió, cogiendo el billete de la mano del último hombre. Lo dobló con cuidado y volvió a colocar la bolsa en su sitio mientras todos lo miraban.

—Es su mayor deseo. Hay allí tierras tan ricas y oscuras que puede plantarse todo lo que se desee, hay rebaños de innumerables caballos salvajes y mejor caza que en ninguna otra parte del mundo. Nuestros señores viven en grandes casas de piedra y poseen mil sirvientes que cumplen sus más mínimos deseos. Togrul de los keraítas desearía esa vida para él y para sus herederos.

—¿Cómo puedes mover una casa de piedra? —preguntó de pronto uno de los otros hombres.

Wen hizo un movimiento con la cabeza como saludo.

—No puede moverse, como vosotros movéis vuestras gers. Hay algunas del tamaño de montañas.

Temujin se rió al oírlo, confirmando por fin que aquel hombrecillo raro estaba jugando con ellos.

—Entonces no serían adecuadas para mí, Wen —arguyó—. Las tribus deben moverse cuando falta caza. Me moriría de hambre en esa montaña de piedra, creo yo.

—No te morirías, mi señor, porque tus sirvientes comprarían alimentos en los mercados. Criarían animales para comer y plantarían cosechas para hacer pan y preparar arroz para ti. Podrías tener mil esposas y nunca saber lo que es el hambre.

—Y eso le gusta a Togrul —dijo Temujin con suavidad—. Sí, me parece que veo por qué le gustaría.

En su mente se arremolinaban multitud de nuevas y extrañas ideas, pero todavía no había oído el motivo por el que Wen había ido a buscarle a la helada estepa, tan lejos de su hogar.

Le ofreció a Wen una taza y la llenó de airag. Cuando vio que Wen se sujetaba la mandíbula para hacer que sus dientes dejaran de castañetear, Temujin emitió un gruñido.

—Frótatelo en las manos y la cara y rellenaré la taza —dijo.

Wen inclinó la cabeza en señal de gratitud antes de hacer lo que le sugería Temujin. El claro líquido tiñó de rubor su piel amarilla, haciendo que le invadiera un súbito calor. Apuró el resto y yació la segunda en su garganta en cuanto Temujin se la llenó, extendiendo la taza para que le sirviera una tercera.

—Tal vez viaje hacia el este algún día —dijo Temujin— y vea esas extrañas cosas con mis propios ojos. Y sin embargo, me pregunto por qué tú, Wen, has dejado todo

eso para venir adonde mi pueblo gobierna con espada y con arco. Aquí no pensamos en tu emperador.

—Aunque él es padre de todos nosotros —dijo Wen automáticamente. Temujin se le quedó mirando con fijeza y Wen se arrepintió de haber bebido tan deprisa con el estómago vacío—. He pasado dos años entre las tribus, mi señor. Hay ocasiones en las que echo mucho de menos a mi pueblo. Me enviaron aquí para reunir aliados contra los tártaros en el norte. Togrul de los keraítas considera que compartes nuestra aversión hacia esos perros de piel pálida.

—Por lo visto, Togrul está bien informado —contestó Temujin—. ¿Cómo sabe tanto de mis asuntos?

Llenó la taza de Wen por cuarta vez y observó cómo seguía el mismo camino que las otras. Le gustó ver beber a aquel hombre y se sirvió una taza, sorbiendo con cuidado para mantener despejada la mente.

—El khan de los keraítas es un hombre sabio —contestó Wen—. Ha luchado contra los tártaros durante años en el norte y ha recibido mucho oro como tributo de mis amos. Es un intercambio, ¿comprendes? Si doy orden a Kaifeng de que conduzcan cien caballos al oeste, llegan en una estación y, a cambio, los keraítas derraman sangre de los tártaros y los mantienen lejos de nuestras fronteras. No queremos que anden vagabundeando por nuestras tierras.

Uno de los hombres que estaban escuchando se movió, incómodo, y Temujin lo miró.

—Querré tu consejo sobre este tema, Arslan, cuando estemos a solas —le indicó.

El hombre se tranquilizó, satisfecho. Wen miró en derredor a todos ellos.

—Estoy aquí para proponeros el mismo acuerdo. Puedo daros oro, o caballos...

—Espadas —dijo Temujin—. Y arcos. Si accedo, querría una docena de armaduras como las de tus hombres, además de cien caballos, tanto yeguas como machos. El oro no me sirve más que una casa de piedra que no puedo mover.

—No he visto cien hombres en el campamento —protestó Wen, pero en su fuero interno se regocijó. La negociación había comenzado mucho más fácilmente de lo que había imaginado.

—No los has visto a todos —dijo Temujin, con un bufido—. Y no he dicho que haya accedido. ¿Qué papel desempeña Togrul en esto? No lo he visto en mi vida, aunque conozco a los keraítas. ¿Vendrá después de ti a rogarme que le ayude?

Wen se sonrojó, a la vez que apoyaba la taza de airag que sostenía en alto.

—Los keraítas son una tribu fuerte, con más de trescientos hombres armados, mi señor. Los prisioneros tártaros le contaron que tus incursiones iban ascendiendo más y más hacia el norte. —Hizo una pausa para elegir sus palabras—. Togrul es un hombre con visión y me ha enviado, no a rogar, sino más bien a hacer que unas tus fuerzas a las suyas. Juntos expulsaréis a los tártaros por doce generaciones, tal vez.

El hombre al que Temujin había llamado Arslan pareció irritarse de nuevo, y Wen vio que Temujin le ponía una mano en el hombro.

—Aquí soy el khan, soy responsable de todo mi pueblo —dijo—. ¿Quieres que me arrodille ante Togrul por un puñado de caballos? —En el aire de la abarrotada tienda flotó de pronto una sutil amenaza y Wen deseó que hubieran permitido que Yuan lo acompañara al interior.

—Sólo tienes que rechazar la oferta y me marcharé —respondió—. Togrul no necesita un vasallo. Necesita un líder guerrero que sea implacable y fuerte. Necesita a todos los hombres que puedas traer.

Temujin echó una ojeada a Jelme. Tras el interminable invierno, sabía tan bien como todos que los tártaros estarían ansiosos de venganza. La idea de unir fuerzas con una tribu más grande era tentadora, pero necesitaba tiempo para pensar.

—Has dicho cosas muy interesantes, Wen Chao —dijo Temujin, un tiempo después—. Déjame ahora para que pueda tomar una decisión. ¿Kachiun? Encuentra camas calientes para estos hombres y haz que traigan un poco de estofado. —Notó que la mirada de Wen se posaba en el odre de airag medio vacío que había a sus pies—. Y más airag para calentarse por la noche —añadió, dejándose llevar por su generosidad.

Todos se pusieron en pie cuando Wen se levantó, algo menos firme que cuando había llegado. Hizo otra reverencia, y Temujin se percató de que era ligeramente más profunda que la primera. Tal vez antes estuviera anquilosado por el viaje.

Cuando estuvieron a solas, Temujin posó su brillante mirada en sus hombres de más confianza.

—Quiero hacerlo —dijo—. Quiero aprender tanto como pueda de este pueblo. ¡Casas de piedra! ¡Esclavos a miles! ¿No sentisteis como un cosquilleo al oír eso?

—No conoces a ese Togrul —irrumpió Arslan—. El pueblo de plata está en venta, ¿entonces? —resopló—. Estos Jin creen que pueden comprarnos con promesas, que pueden dejarnos boquiabiertos hablándonos de la ingente población de sus ciudades. ¿Qué son ellos para nosotros?

—Pues averigüémoslo —propuso Temujin—. Con los hombres de los keraítas, puedo clavar una estaca en el corazón de los tártaros. Hacer que los ríos se tiñan de rojo con nuestras incursiones.

—Mi juramento es contigo, no con Togrul —espetó Arslan. Temujin se volvió hacia él.

—Lo sé. No seré vasallo de nadie. Y, sin embargo, si une sus fuerzas a las nuestras, ganaré con el trato. Piensa en Jelme, Arslan. Piensa en su futuro. Estamos demasiado llenos de vida para hacer crecer nuestra tribu sumándole sólo una o dos personas cada vez. Demos un salto de gigante y arriesguemos el todo por el todo. ¿Os quedaréis sentados esperando a los tártaros?

—Sabes que no —contestó Arslan.

—Entonces mi decisión está tomada —dijo Temujin, lleno de entusiasmo.

Wen Chao permaneció tres días en el campamento, negociando las condiciones. Dejó que le pusieran en las manos unos cuantos odres de airag antes de cerrar las cortinas doradas de su litera y Yuan hizo señas para que lo alzarán.

Tras las colgaduras de plata, Wen se rascó, convencido de que había cogido piojos en las gers. Como había imaginado, estar con ellos había sido un suplicio, pero parecían estar tan deseosos de entrar en guerra con los tártaros como Togrul había esperado. No era de extrañar, se dijo Wen mientras era transportado sobre las llanuras. Las tribus se atacaban mutuamente incluso en invierno. Ahora que la primavera había hecho brotar las primeras hierbas a través del suelo helado, se dedicarían a ello de lleno. Siempre habían actuado así. Wen sonrió entre dientes mientras leía las obras de Xun Zi y se quedaba medio adormilado, escribiendo anotaciones al margen de cuando en cuando. Pensó que el ministro había acertado al enviar a alguien con sus habilidades diplomáticas. El pequeño Zhang no podría haber negociado ese acuerdo, aun con las promesas de los caballos y las armaduras. El eunuco, con su ceceo, sin duda habría mostrado su desagrado ante la ceremonia de bodas que Wen Chao había presenciado el día anterior. Se estremeció al recordar la bebida caliente de leche y sangre que le habían dado. Xun Zi habría aplaudido su disciplina en ese momento. La mujer, Borte, era tan fibrosa y dura como su marido, reflexionó Wen. No era para nada su estilo de mujer, aunque el joven mongol parecía encontrarla de su gusto. ¡Lo que habría dado Wen por una noche con una de las cortesanas de la ciudad! En esa tierra difícil no había lugar para la elegancia y la pulcritud ni para muslos empolvados; Wen, con tristeza, maldijo una vez más su trabajo.

Al cuarto día de viaje, estaba a punto de dar la orden de alto para comer cuando Yuan regresó al galope de su exploración. Wen escuchó con impaciencia desde el interior de la litera mientras Yuan gritaba órdenes a derecha e izquierda. Era frustrante desempeñar el papel del noble cuando sucedían cosas interesantes a su alrededor. Suspiró. Su curiosidad le había metido en líos más de una vez.

Cuando Yuan finalmente se acercó a la litera, Wen había guardado sus pergaminos y se había calentado con un trago del líquido claro que hacían las tribus. Eso, al menos, era útil, aunque la bebida palidecía en comparación con el licor de arroz que se tomaba en su hogar.

—¿Por qué me molestas esta vez, Yuan? —preguntó—. Iba a dormir un poco antes de comer.

De hecho, una sola mirada al rostro sofocado de su primer guardia le había acelerado el pulso. Necesitaba recobrar el equilibrio, no había duda. Demasiado

tiempo entre las tribus y acabaría pensando en coger una espada como un vulgar soldado. Tenían ese efecto incluso sobre los hombres más cultivados.

—Jinetes, mi señor, tártaros —dijo Yuan, apoyando la frente en la hierba helada.

—¿Y bien? Estamos en tierra de tártaros, ¿no? No es de extrañar que nos encontremos a unos cuantos mientras viajamos hacia el sur a territorio de los keraítas. Déjalos pasar, Yuan. Si se interponen en nuestro camino, mátalos. Veo que me has molestado por nada.

Yuan inclinó la cabeza y Wen se corrigió con rapidez para evitar avergonzar a su primer guardia. Era tan quisquilloso como un eunuco en cuestiones de honor.

—He hablado con precipitación, Yuan. Has hecho bien haciéndomelo notar.

—Mi señor, son treinta guerreros, todos ellos bien armados y montados en caballos descansados. Sólo podrían ser parte de un campamento más grande.

Wen respondió despacio, tratando de contener su impaciencia.

—No veo en qué puede eso afectarnos, Yuan. Saben que no deben interferir con un representante de los Jin. Diles que nos rodeen.

—Pensé... —empezó a decir Yuan—. Me preguntaba si no sería posible enviar un jinete al campamento que acabamos de abandonar, mi señor. Para advertirles. Los tártaros bien podrían estar buscándoles a ellos.

Wen parpadeó sorprendido mirando a su primer guardia.

—Te has encariñado con nuestros anfitriones, por lo que veo. Es una debilidad, Yuan. ¿Qué me importa si los tártaros y los mongoles se matan entre sí? ¿No es ésa mi tarea, dictada por el propio primer ministro? La verdad, creo que tú mismo lo estás olvidando.

Uno de los guardias emitió un grito de alerta y tanto Wen como Yuan oyeron la llegada de los jinetes. Yuan no se movió de su sitio.

Wen cerró los ojos un momento. No había paz en esas tierras, no había silencio. Siempre que creía haberlo encontrado, alguien pasaba cabalgando a su lado, buscando enemigos que matar. Sintió una ola de añoranza que lo golpeó intensamente, pero la reprimió. Hasta que lo volvieran a convocar a la corte, ése era su destino.

—Si no te importa, Yuan, diles que no hemos visto a los asaltantes. Diles que estoy ejercitando a mis hombres para prepararlos para la primavera.

—Como desees, amo.

Wen observó mientras los guerreros tártaros se aproximaban. Se fijó en que parecían ir armados para la guerra, aunque no le importaban nada ni Temujin ni sus andrajosas gers. No derramaría una lágrima si toda la nación tártara fuera destruida y las tribus mongolas con ella. Quizá entonces lo devolverían a casa de nuevo.

Vio que Yuan hablaba con el líder, un hombre fornido envuelto en gruesas pieles. Wen se estremeció al ver un guerrero tan mugriento y desde luego no se rebajaría a

dirigirse a él en persona. Los tártaros parecían enfadados, pero a Wen le daba exactamente igual. Sus hombres eran elegidos entre la guardia personal del primer ministro y cualquiera de ellos valía lo que media docena de hombres de las tribus. El mismo Yuan había ganado su espada en un torneo en el que competía todo el ejército, y había quedado el primero de su división. En ese sentido, al menos, a Wen lo habían tratado bien.

Lanzando miradas furiosas hacia la litera, los tártaros soltaban bravatas y la señalaban con sus espadas, mientras Yuan seguía sentado en su caballo sin inmutarse, negando con la cabeza. Sólo su orgullo juvenil les impidió marcharse al galope y Wen se preguntó si al final se vería obligado a salir para recordarles su categoría. Hasta los sucios tártaros sabían que el representante de los Jin era intocable y se sintió aliviado cuando los guerreros concluyeron su exhibición y siguieron cabalgando sin mirar atrás. Una pequeña parte de él se sintió decepcionada al ver que habían decidido envainar sus espadas. Yuan los habría despedazado. Con languidez, Wen se preguntó si Temujin estaría preparado para enfrentarse a una fuerza de ese tamaño. Decidió que no le importaba. Si encontraban el campamento mongol, uno u otro grupo prevalecería. Fuera como fuera, habría menos guerreros tribales para perturbar su sueño.

Cuando se marcharon, Wen sintió una ligera indigestión. Resopló, irritado, y llamó a Yuan para decirle que instalara el pequeño pabellón que utilizaba para vaciar sus tripas a resguardo de miradas curiosas. Hizo todo lo que pudo para ponerse cómodo, pero los placeres de la corte llenaban sus sueños y hacía mucho, mucho tiempo que no disfrutaba de una mujer. Tal vez si escribiera con humildad al pequeño Zhang pudiera organizar su retorno. No. No podía soportar ni siquiera pensar en ello.

En cuanto oyeron los cuernos avisando de su llegada, los jinetes tártaros entraron en tromba. Espolearon a sus caballos para lanzarse al galope, todos ellos con el arco a punto, listos para clavar una mortífera flecha en la garganta de todo aquél que se pusiera en su camino.

Temujin y sus hermanos ya estaban en el exterior de sus gers cuando la nota del primer cuerno aún resonaba en el aire. Los guerreros se dirigieron a sus posiciones sin dejarse llevar por el pánico. Los que se encontraban en el camino principal levantaron del suelo varias barreras de madera e introdujeron debajo bastones para mantenerlas firmes e impedir que los jinetes pasaran galopando entre las tiendas. Tendrían que desviarse para evitar los obstáculos, lo que reduciría su velocidad.

Temujin vio a sus hombres preparar las flechas sobre el terreno helado. Acabaron instantes antes de que el primer enemigo envuelto en malolientes pieles apareciera ante su vista.

Los tártaros cabalgaban de tres en tres, puestos de pie en sus sillas para localizar a

sus víctimas. Temujin notó que contaban con aprovecharse del miedo y la confusión y enseñó los dientes mientras los observaba acercarse. Sentía la tierra temblar bajo sus pies y deseó contar con la espada que Arslan había fabricado para él. En su lugar tenía que conformarse con una espada tártara de mala calidad. Pero serviría.

Los primeros jinetes llegaron al punto donde las barreras se interponían en su camino. Dos de ellos las rodearon con sus monturas, entorpeciendo los movimientos del tercer jinete. Vieron a los hombres ocultos bajo su sombra y lanzaron sus flechas movidos por el instinto, clavándolas inútilmente en la madera.

En cuanto dispararon, Kachiun y Khasar se pusieron en pie por detrás de la barrera y lanzaron sus flechas, que partieron acompañadas del zumbido vibrante de las cuerdas. Dos de los tártaros cayeron al duro suelo, atravesados por sus saetas, y ya no volvieron a levantarse.

Fue el comienzo de una masacre. Los tártaros que galopaban detrás de sus compañeros se encontraron con que su camino estaba bloqueado por los caballos sin jinete y los cadáveres. Dos de ellos saltaron la barricada antes de que Kachiun y Khasar pudieran preparar otra flecha, hallándose de pronto en un espacio abierto, rodeados de arcos dirigidos contra ellos. Apenas tuvieron tiempo para gritar antes de ser atravesados por las oscuras flechas, que cortaron sus gritos de guerra y los derribaron de la silla.

Otro de los tártaros intentó saltar la primera barrera. Su caballo falló y cayó contra ella, rompiendo la vara que la mantenía en pie. Khasar escapó rodando sobre sí mismo, pero la pierna de Kachiun quedó atrapada, y gritó y juró de dolor. Se quedó tendido boca arriba, indefenso, mientras seguían llegando más y más tártaros, y supo que tal vez sólo le quedarán unos pocos minutos de vida.

Un jinete vio a Kachiun luchando por liberarse y tendió su arco con la intención de clavarlo al suelo. Antes de que pudiera disparar, Arslan salió de un lado y le cortó el cuello con su espada. El tártaro se desplomó y su caballo salió disparado en otra dirección. Las flechas silbaban a su alrededor mientras Arslan liberaba a Kachiun tirando de él con fuerza. Khasar había apoyado una de sus rodillas y lanzaba flecha tras flecha hacia los tártaros, pero había perdido la calma y seis hombres lograron pasar sin que ninguna de ellas los rozara.

Temujin los vio aproximarse. Superada la primera barrera, los tártaros podrían entrar a caballo por la izquierda hasta el camino principal. Dos de sus hombres se enfrentaron a ellos y cayeron: las puntas de flecha sobresalían de sus espaldas. El grupo de la segunda barrera se volvió para lanzar flechas hacia ellos y, detrás, otros seis hombres consiguieron entrar y dejar atrás a sus hermanos. El desenlace del asalto todavía era incierto, a pesar de sus preparativos.

El joven khan aguardó a que un tártaro disparara su flecha, y entonces salió y le hizo un tajo en el muslo con su afilada hoja. El hombre gritó y tiró con energía de las

riendas, mientras su sangre salpicaba a Temujin. Fuera de control, el caballo se precipitó contra una ger que se desplomó con un crujido de madera rota, y el tártaro salió catapultado por encima de la cabeza de su montura.

El primer grupo de seis giró sus arcos hacia Temujin, obligándole a saltar para ponerse a cubierto. Un guerrero cabalgó hacia él, gruñendo y dirigiendo su afilada flecha hacia su pecho. Temujin rodó sobre sí mismo, alzándose con la espada en ristre. El hombre chilló cuando la hoja se hundió en sus tripas y la flecha pasó zumbando junto a la cabeza de Temujin. El caballo le golpeó al pasar y lo derribó. Se puso en pie aturdido y miró a su alrededor.

El campamento estaba sumido en el caos. Los tártaros habían perdido muchos hombres, pero los que seguían con vida cabalgaban en círculos con aire triunfal, mientras buscaban objetivos. Muchos de ellos habían dejado caer sus arcos y habían sacado sus espadas para iniciar el combate cuerpo a cuerpo. Temujin vio a dos de ellos espolpear sus monturas y abalanzarse sobre Arslan, que echó mano de su arco para coger una flecha y disparársela. La primera que tocó estaba rota y el resto desperdigadas por el suelo. Tras un momento de frenética búsqueda, encontró una que podía servirle. Entonces Temujin oyó gritar a su madre y, cuando se volvió hacia ella, vio a Borte salir como un relámpago de la tienda tras la pequeña Temulun. Su hermanita había echado a correr presa del pánico y ninguna de ellas vio al tártaro que se les venía encima. Temujin contuvo el aliento, pero Arslan estaba armado y dispuesto a enfrentarse a sus atacantes. Su elección estaba hecha.

Temujin tiró de la cuerda de su arco, apuntando al guerrero solitario que se cernía sobre Borte. De repente, oyó un estruendo y vio que otro tártaro estaba cabalgando hacia él, la espada oscilando en el aire con la intención de decapitarle. No había tiempo para esquivarlo, pero Temujin se dejó caer de rodillas a la vez que disparaba, esforzándose en precisar el tiro. En ese momento, algo le golpeó con la suficiente fuerza para hacer que el mundo temblara bajo sus pies y se derrumbó.

Jelme se puso al lado de su padre y los dos tártaros se arrojaron sobre ellos.

—A la izquierda —ordenó Arslan a su hijo, al tiempo que él mismo se dirigía a la derecha.

Los tártaros los vieron moverse, pero padre e hijo habían hecho el movimiento en el último segundo y no les dio tiempo a reaccionar. La punta de la hoja de Arslan se clavó en la garganta de uno de ellos, mientras Jelme le cortaba el cuello al otro, con un tajo tan profundo que casi lo decapitó. Ambos tártaros murieron al instante y sus caballos continuaron su galope desorientados.

El líder de los tártaros no había sobrevivido al primer ataque en las barricadas y quedaban apenas doce guerreros de la fuerza original. Con la colina cerrando la parte trasera del campamento, no disponían de la posibilidad de atravesarlo con los caballos y escapar, de modo que los que aún estaban vivos gritaban y daban vueltas

atacando a cualquiera que se lanzara contra ellos. Arslan vio a dos tártaros retorcerse y chillar al ser acuchillados tras ser derribados de sus sillas. Había sangre por todas partes, pero la principal fuerza tártara había sido derrotada. Los escasos supervivientes regresaban por donde habían venido, inclinados hacia delante sobre sus sillas y perseguidos por una ráfaga de flechas silbantes.

Arslan vio a uno que volvía del otro extremo del campamento y se preparó para matar de nuevo, interponiéndose, perfectamente inmóvil, en el camino del caballo. En el último momento advirtió que a un lado de la silla se agitaban las piernas de un prisionero y frenó su golpe. Alargó velozmente la mano izquierda para agarrar a Borte, pero sus dedos cogieron sólo el borde de su ropa y, al instante, el tártaro lo había dejado atrás. Arslan vio que Khasar estaba siguiendo al jinete con una flecha y gritó.

—¡No tires, Khasar! ¡No tires!

La orden resonó por todo el campamento, que se había quedado silencioso de repente, sin el estruendo provocado por los tártaros. No más de seis habían escapado y Arslan ya se dirigía a la carrera hacia los caballos.

—¡Montad! —bramó—. Tienen a una de las mujeres. ¡Montad!

Mientras corría, buscó a Temujin con la mirada y, al ver su figura inerte, se detuvo en seco, horrorizado. Temujin estaba tumbado en el suelo, rodeado de cadáveres. Un caballo con una pata rota estaba a su lado, temblando, con los flancos surcados de un sudor blanquecino. Arslan hizo caso omiso del animal, empujándolo para que se retirara y poder arrodillarse junto al joven que había rescatado de los Lobos.

Había mucha sangre y Arslan sintió que el corazón se le encogía con un doloroso espasmo. Alargó la mano y tocó el pedazo de carne que habían rebanado del cuero cabelludo de Temujin. Con una exclamación de alegría, notó que seguía sangrando en el charco que se había formado alrededor de su cabeza. Arslan levantó a Temujin, sacándolo de la roja laguna que cubría la mitad de su rostro.

—Está vivo —susurró.

Temujin permaneció inconsciente mientras Arslan lo trasladaba a una tienda. Sus hermanos salieron al galope tras los asaltantes, tras conceder sólo una fugaz mirada a la figura que Arslan sostenía en sus brazos. Cuando pasaron por su lado, la expresión de sus rostros era adusta y colérica, y Arslan compadeció al tártaro que cayera en sus manos aquel día.

Arslan tendió a Temujin en la ger de su madre, entregándoselo. Temulun estaba llorando amargamente en una esquina; sus sollozos eran tan sonoros que casi hacían daño. Hoelun alzó la vista del cuerpo de su hijo y cogió aguja e hilo.

—Consuela a mi hija, Arslan —dijo, concentrándose en su tarea.

Arslan hizo una inclinación de cabeza y se acercó a la niña.

—¿Quieres que te coja en brazos? —le preguntó.

Temulun asintió entre lágrimas y el espadero se obligó a sí mismo a sonreír. La reacción a la matanza estaba empezando a hacerse notar y se sintió mareado: su corazón latía demasiado deprisa. Hoelun atravesó el primer pedazo de cuero cabelludo de Temujin con la aguja de hueso y Arslan vio cómo el rostro de la niña se crispaba y abría la boca para reanudar su llanto.

—No te preocupes, pequeña, te voy a llevar con Eluin. Te ha estado buscando —dijo.

No quería que la niña viera los cadáveres del exterior, pero al mismo tiempo era incapaz de permanecer en la tienda sin hacer nada. Confiaba en que Fluin siguiera con vida.

Cuando se dio media vuelta para marcharse, Temujin emitió un grito ahogado que le hizo estremecerse. Lo miró y vio que tenía los ojos abiertos y limpios, y observaba a Hoelun mientras le cosía con manos rápidas y precisas.

—No te muevas —dijo Hoelun, cuando su hijo trató de incorporarse—. Necesito hacer esto bien.

Temujin se dejó caer de nuevo. Entonces vio a Arslan en la puerta.

—Infórmame —ordenó.

—Contuvimos el ataque. Pero se han llevado a Borte —respondió.

Mientras hablaba, Hoelun tiró del hilo y una parte del cuero cabelludo de Temujin se frunció. Arslan balanceó a Temulun en sus brazos para distraerla, pero la niña se había calmado otra vez y parecía contenta jugando con un botón de plata del deel del espadero.

Hoelun utilizó un paño para enjugar la sangre de los ojos de su hijo. La herida del cuero cabelludo seguía sangrando mucho, pero las puntadas ayudaban a reducir el flujo. Introdujo la aguja en otro pedazo de carne y percibió la tensión de Temujin.

—Necesito estar en pie, madre —murmuró—, ¿te queda mucho?

—Tus hermanos han salido detrás de ellos —dijo Arslan enseguida—. Con una herida así, no tiene sentido perseguirlos, todavía no. Has perdido mucha sangre y no debes arriesgarte a sufrir una caída.

—Es mi esposa —respondió Temujin, con la mirada fría.

Su madre se inclinó sobre él como si fuera a besarle, pero en vez de eso cortó con los dientes el extremo del hilo que salía de su piel.

Temujin se incorporó tan pronto como Hoelun se hubo retirado y alzó la mano para tocar la línea de puntos con los dedos.

—Gracias —dijo, y sus ojos perdieron su dureza.

Hoelun asintió a la vez que le limpiaba la sangre seca de la mejilla.

Arslan oyó la voz de Eluin fuera de la ger y cruzó la puerta para dejar a Temulun a su cuidado. Regresó y su cara adoptó una expresión grave al ver que Temujin

intentaba levantarse. El joven khan se tambaleó y tuvo que apoyarse en el palo central de la tienda para mantenerse derecho.

—Hoy no puedes cabalgar —le dijo Arslan—. Lo único que podrías hacer es seguirles la pista a tus hermanos. Deja que sean ellos quienes la encuentren.

—¿Harías tú eso? —preguntó Temujin.

Había cerrado los ojos para evitar el mareo, y el corazón de Arslan se agitó al ver su determinación. Suspiró.

—No. Iría tras ellos. Te traeré un caballo y cogeré el mío. Salió de la tienda y Hoelun se puso en pie y tomó la mano de Temujin.

—No querrás oír lo que tengo que decirte —murmuró. Temujin abrió los ojos, parpadeando para librarse de un delgado reguero de sangre.

—Di lo que tengas que decir —contestó.

—Si tus hermanos no pueden darles caza antes de la noche, los tártaros le harán daño.

—La violarán, madre. Lo sé. Borte es fuerte.

Hoelun negó con la cabeza.

—No, no sabes. Se sentirá humillada. —Se detuvo un instante, esforzándose para que él entendiera—. Si le han hecho daño, tendrás que ser muy fuerte. No puedes esperar que sea la misma, contigo o con cualquier otro hombre.

—Los mataré —prometió Temujin, y la rabia se encendió en su pecho—. Los abrasaré en una hoguera y me comeré su carne si lo hacen.

—Eso te apaciguará a ti, pero no cambiará nada para Borte —dijo Hoelun.

—¿Qué más puedo hacer? Ella no puede matarlos como yo, ni obligarlos a matarla siquiera. Nada de lo que suceda será culpa suya. —Se dio cuenta de que estaba llorando y, con un gesto rabioso, se limpió las lágrimas mezcladas con sangre que rodaban por sus mejillas—. Ella confiaba en mí.

—No puedes hacer nada por arreglarlo, hijo mío. No si se les escapan a tus hermanos. Si la encuentras con vida, tendrás que ser muy paciente y amable.

—¡Ya lo sé! La amo; eso es suficiente.

—Era suficiente —insistió Hoelun—. Puede que eso sólo ya no baste.

Soplaba un viento helado, y a Temujin parecía que le iba a estallar la cabeza. Cuando Arslan le trajo los caballos, miró a su alrededor, percibiendo el olor a sangre que flotaba en la brisa. El campamento estaba plagado de cuerpos destrozados. Algunos todavía se movían. Un tártaro se hallaba tendido boca arriba como si estuviera muerto, pero sus dedos, retorciéndose como blancas arañas, trataban de extraer dos astiles de flecha de su pecho. Temujin se sacó un cuchillo del cinturón y se lanzó sobre él con movimientos renqueantes. Al hombre no podían quedarle más que unos momentos de vida, pero aun así, Temujin se arrodilló a su lado y colocó la punta de su espada en la palpitante garganta. El roce del acero detuvo el movimiento

de los dedos y el tártaro volvió los ojos en silencio hacia Temujin. Cuando sus miradas se encontraron, Temujin hundió lentamente la hoja, cortando la tráquea a la vez que aspiraba una honda bocanada de aire y sangre.

Cuando se levantó, el paso de Temujin seguía siendo vacilante. El sol parecía demasiado brillante y, sin previo aviso, se dobló hacia delante y vomitó. Oyó la voz de Hoelun dirigiéndose a él, pero se le mezcló con una especie de confuso zumbido. Arslan y ella estaban discutiendo sobre el hecho de que fuera a salir en ese estado, y Temujin vio que Arslan fruncía el ceño, dubitativo.

—No me caeré —dijo Temujin a ambos, sujetándose a la silla—. Ayudadme a subir. Tengo que seguirlos.

Hizo falta la fuerza de los dos para auparle pero, una vez arriba, Temujin se sintió un poco más seguro. Sacudió la cabeza, y su rostro se crispó por el dolor penetrante que sentía detrás de los ojos.

—¿Jelme? —llamó—. ¿Dónde estás?

El hijo de Arslan estaba salpicado de sangre seca y, mientras avanzaba entre cadáveres en dirección a ellos, aún sostenía la espada desnuda en la mano. Temujin lo observó acercarse, comprendiendo vagamente que nunca antes había visto a Jelme encolerizado.

—Mientras estemos fuera, debéis trasladar el campamento —ordenó Temujin, arrastrando las palabras.

Notaba su cabeza demasiado grande y pesada para su cuello, sosteniéndose apenas sobre sus hombros. No oyó lo que Jelme le respondía.

—Viaja de noche. Llévalos a las colinas, pero muévete hacia el sur, en dirección a los keraítas. Si Togrul tiene hombres como nosotros, borraré a los tártaros de la faz de la tierra. Os buscaré cuando haya encontrado a mi esposa.

—Como desees, mi señor —dijo Jelme—. Pero ¿y si no regresas? Esa posibilidad debía discutirse. El dolor casi insoportable, hizo que el rostro de Temujin volviera a crisparse.

—En ese caso, encuentra ese valle del que hemos hablado y haz que nuestros hijos y nuestros rebaños crezcan y se multipliquen —respondió por fin.

Había cumplido con su deber como khan. Jelme era un excelente jefe; quienes lo seguían estarían a salvo con él. Aferró las riendas con firmeza. Sus hermanos no podían haberle sacado demasiada ventaja. Todo lo que le quedaba por hacer era vengarse.

XXVI

Cuando el sol se puso por el oeste y bañó las llanuras en su luz dorada, Khasar y Kachiun se toparon con el cadáver de uno de los hombres que estaban siguiendo. Temiendo una trampa, Kachiun permaneció en la silla con su arco listo para disparar, mientras su hermano se aproximaba y le daba la vuelta al cuerpo con la punta de la bota.

Una flecha, que el mismo tártaro había roto al intentar arrancársela, sobresalía de su estómago. Toda la parte inferior de su cuerpo estaba ennegrecida por la sangre, mientras que su cara relucía blanca como la tiza y completamente rígida. Sus compañeros se habían llevado su caballo y aún eran visibles las huellas de sus cascos, más ligeros, sobre la hierba. Khasar registró el cadáver con presteza, pero si había habido algo útil entre sus pertenencias, los tártaros ya lo habían cogido.

Los hermanos cabalgaron mientras pudieron ver las huellas, pero al final la creciente penumbra los obligó a detenerse si no querían arriesgarse a perder a los hombres que estaban persiguiendo. Ninguno de ellos habló mientras mezclaban un trago de leche y sangre extraída de la vena de la yegua de Kachiun. Ambos habían visto a Temujin inconsciente en brazos de Arslan y deseaban desesperadamente capturar a los asaltantes.

Durmieron incómodos y se despertaron antes del alba para seguir avanzando en cuanto la primera luz reveló una vez más el rastro de los tártaros. Sin más comunicación que un intercambio de miradas, pusieron sus caballos al galope. Ambos estaban curtidos y en forma. Si se les escapaban no sería por debilidad.

A lo largo del segundo día, las huellas de los cascos que se iban encontrando eran cada vez más y más recientes y fáciles de ver. Kachiun era mejor rastreador que su hermano, que nunca había tenido paciencia para aprender las sutilezas de ese arte. Fue Kachiun quien saltó de la silla para apretar con la mano las heces de los caballos en busca de un resto de calor. La tarde del segundo día, tras introducir los dedos en una oscura bola, sonrió de oreja a oreja.

—Más reciente que el anterior. Les estamos ganando terreno, hermano —le dijo a Khasar.

Los tártaros se esforzaban poco en borrar su rastro. Al principio habían tratado de perder a sus perseguidores, pero las huellas de la segunda mañana avanzaban casi en línea recta, a toda velocidad, hacia un destino concreto. Si los tártaros sabían que aún los seguían, habían cejado en su empeño de zafarse de ellos.

—Espero que los atrapemos antes de que lleguen adondequiera que vayan —apuntó Khasar, con pesimismo—. Si van hacia un campamento más grande, los perderemos a ellos y a Borte.

Kachiun montó de nuevo con una mueca provocada por la queja de sus fatigados

músculos.

—De algún sitio tienen que haber venido —dijo—. Si consiguen llegar a lugar seguro, uno de nosotros volverá y reunirá a los otros. Tal vez incluso Temujin se dirija hasta los keraítas y una nuestras fuerzas a las de ellos. No lograrán escapar de nosotros. De un modo u otro les daremos caza.

—Si Temujin está vivo —murmuró Khasar.

Kachiun negó con la cabeza.

—Lo está. Ni los propios Lobos podrían detenerlo. ¿Crees que una herida de los tártaros lo conseguiría?

—Detuvo a nuestro padre —dijo Khasar.

—Ésa es una deuda que aún deben pagar —repuso Kachiun con ferocidad.

Cuando se tendieron a dormir la tercera noche, ambos hermanos estaban exhaustos y anquilosados por las muchas horas pasadas sobre el caballo. La mezcla de sangre y leche podía sustentarlos indefinidamente, pero no tenían monturas de repuesto y la yegua estaba empezando a estar tan dolorida como ellos mismos. Ambos habían sufrido fuertes impactos durante el ataque y el tobillo de Kachiun se había hinchado y le dolía si lo tocaba. No se lo contó a su hermano, pero no podía ocultar su cojera cada vez que desmontaban. Estaban durmiendo profundamente cuando Kachiun se despertó sobresaltado al sentir la frialdad de una hoja en la garganta.

La noche estrellada estaba oscura como boca de lobo cuando sus ojos se abrieron de repente. Intentó escapar rodando sobre sí mismo, pero el alivio le confortó al oír una voz que conocía.

—Arslan podría enseñarte un par de cosas sobre cómo rastrear, Kachiun —susurró Temujin junto a su oído—. Casi está amaneciendo, ¿estás listo para un día más?

Kachiun se puso en pie de un salto y abrazó a Temujin y luego a Arslan, quien se sorprendió ante su gesto.

—No podemos estar lejos de ellos —aventuró.

Unos pasos más allá, Khasar había dejado de roncar y se había dado la vuelta. Kachiun se acercó a él a grandes zancadas y le dio un puntapié en las costillas.

—Levántate, Khasar tenemos visita.

Oyeron a Khasar ponerse de pie apresuradamente, y el crujido de su arco al tenderse. Aunque su sueño era tan pesado como si estuviera muerto, sus reflejos funcionaban a la perfección.

—Estoy contigo, hermano mío —dijo Temujin suavemente en la oscuridad.

El arco volvió a crujir cuando Khasar soltó la cuerda.

—¿Cómo tienes la cabeza? —le preguntó Khasar.

—Duele, pero los puntos se mantienen en su sitio —contestó Temujin. Miró hacia

el este y vio la primera luz gris del amanecer, antes de que saliera el sol. Les alargó un odre de airag negro—. Bebed rápido y preparaos para cabalgar —dijo—. Esta persecución ya se está prolongando demasiado.

En su voz resonaba un dolor sordo que todos comprendían. Borte había pasado tres noches con la partida de asalto. No hablaron de ello. El airag les calentó los estómagos vacíos y les dio una inyección de energía que necesitaban con urgencia. A eso le seguirían más tarde la leche y la sangre. Sería suficiente.

Los tres hermanos y Arslan estaban cansados y cubiertos de polvo cuando avistaron a sus presas. El rastro daba la vuelta en torno a una hilera de colinas y el terreno irregular había ralentizado su precipitado avance. Hasta ese momento Temujin no había dicho una sola palabra y había mantenido la mirada clavada en el horizonte, buscando sin pausa a los últimos tártaros.

El sol estaba bajo en el horizonte cuando alcanzaron una de las cimas y vieron al maltrecho grupo en el otro extremo del valle. Los cuatro bajaron de las sillas e hicieron agacharse a sus caballos para no ser tan visibles. Temujin pasó un brazo por el cuello de su montura, presionándola para que bajara la cabeza hacia la hierba.

—Entonces será esta noche —dijo—. Les atacaremos cuando preparen el campamento.

—Tengo tres flechas —dijo Kachiun—. Eso era todo lo que me quedaba en el carcaj cuando me marché.

Temujin se volvió hacia su hermano pequeño, con el rostro impasible.

—Si puedes, quiero que los derribes, pero que no los mates. No quiero que su fin sea rápido.

—Lo haces más difícil, Temujin —intervino Arslan, esforzándose en distinguir las figuras del pequeño grupo en la distancia—. Mejor lanzar un ataque sorpresa y matar tantos como podamos. Recuerda que ellos también tienen arcos y espadas.

Temujin hizo caso omiso del espadero y siguió mirando a Kachiun a los ojos.

—Si puedes —repitió—. Si Borte está viva, quiero que ella los vea morir, tal vez con su propio puñal.

—Comprendo —murmuró Kachiun.

Recordó cuando él y Temujin mataron a Bekter: su hermano había tenido entonces la misma expresión, aunque la fea costura que le cruzaba la frente la empeoraba aún más. Kachiun no fue capaz de sostener su feroz mirada y él también miró hacia el valle. Los tártaros habían llegado al final y se habían adentrado en la espesura de los árboles.

—Es hora de avanzar —dijo Temujin, poniéndose en pie—. Debemos llegar hasta ellos antes de que acampen para la noche. No quiero perderlos en la oscuridad. — Cuando forzó a su caballo a iniciar el galope de nuevo, no se volvió a comprobar que

los otros le seguían. Sabía que lo harían.

Borte estaba tendida sobre una capa húmeda de hojas caídas y agujas de pino. Sus pies y manos habían sido atados con nudos expertos por los tártaros para inmovilizarla mientras levantaban su campamento en la espesura. Llena de miedo, los observaba cortar la madera seca de un árbol muerto con un hacha y preparar una pequeña fogata. Estaban todos muertos de hambre, y la aturdida desesperación de las primeras noches apenas había empezado a remitir. Borte escuchaba sus voces guturales y trataba de controlar su terror. Era difícil. Habían entrado a caballo en el campamento de Temujin convencidos de que su incursión tendría éxito. En vez de eso, los habían aplastado y destruido, habían perdido hermanos y amigos, y por poco no pierden sus propias vidas. Dos de ellos en particular todavía estaban furiosos por la humillante retirada. Fueron éstos los que habían ido a buscarla la primera noche, dando rienda a su frustración e ira del único modo que les quedaba. Borte se estremeció, sintiendo de nuevo sus ásperas manos sobre ella. El más joven no era más que un muchacho, pero había sido el más cruel de todos y le había golpeado la cara con el puño cerrado hasta dejarla atontada y sangrando. Luego, la había violado al igual que los otros.

Borte hizo un pequeño ruido con la garganta, un sonido de animal asustado que no pudo contener. Se dijo que tenía que ser fuerte, pero cuando el joven se levantó de la hoguera y se dirigió hacia ella, notó que su vejiga cedía y dejaba salir un súbito torrente caliente que desprendió vapor en el frío aire. Aunque estaba oscureciendo, el tártaro lo vio y enseñó los dientes.

—He pensado en ti durante todo el día mientras cabalgábamos —le dijo, acuclillándose a su lado.

Borte empezó a temblar y se odió a sí misma por mostrar su debilidad. Temujin le había dicho que era una Loba, como él mismo era un Lobo, que podía soportarlo todo. No gritó cuando el joven la cogió por el pie y la arrastró hacia los hombres que rodeaban la fogata. Trató de pensar en su infancia y en cómo corría entre las gers. Aun entonces, sólo conseguía evocar recuerdos de su padre pegándole, o de la indiferencia de su madre hacia su dolor. El único buen recuerdo era el del día que Temujin había ido por fin a buscarla, tan alto y atractivo en sus pieles que los olkhun'ut no soportaban ni mirarlo.

Los tártaros sentados en torno a la hoguera observaron con interés cómo el más joven le desataba los pies. Borte veía la lujuria en sus ojos y se preparó para enfrentarse a ellos otra vez. Su resistencia no los detendría, pero era todo cuanto tenía y no les entregaría el último resquicio de orgullo que le quedaba. En cuanto le liberaron las piernas, empezó a dar patadas, golpeando en vano con los pies desnudos el pecho del joven tártaro, que los retiró de un manotazo con una risita siniestra.

—Sois todos hombres muertos —exclamó Borte—. Os matará a todos.

El joven estaba rojo de excitación y no respondió mientras le tiraba de la túnica y descubría sus pechos en el frío de la noche. Cuando ella se defendió con violencia, él hizo un gesto con la cabeza a uno de sus compañeros para que le ayudara a sujetarla. El que se puso en pie tenía el cuerpo rechoncho y apestaba. Había olido su fétido aliento en su rostro la noche anterior y el recuerdo le dio arcadas, y su estómago vacío se agitó inútilmente. Siguió dando patadas con todas sus fuerzas y el joven lanzó una maldición.

—Cógele las piernas, Aelic —ordenó, tirando de sus pieles para desnudarse.

Cuatro hombres salieron de entre los árboles. Tres de ellos llevaban una espada en la mano y el cuarto tenía la cuerda de un arco tensada hasta la oreja.

Los tártaros reaccionaron con rapidez, saltando y agarrando sus armas. Dejaron caer a Borte al suelo húmedo y ella se puso de rodillas apresuradamente. Al ver a Temujin y a sus hermanos, con Arslan el espadero entre ellos, su corazón le dio un vuelco en el pecho. Avanzaron a la carrera con pies ligeros, en perfecto equilibrio para asestar de inmediato los primeros golpes.

Los tártaros rugieron alarmados, mientras los recién llegados penetraban en el campamento en completo silencio. Temujin esquivó una hoja que se abalanzaba sobre él y luego utilizó la empuñadura de su espada para derribar a su atacante. Después le dio una fuerte patada, notando cómo se rompía el hueso de la nariz bajo su talón. Su siguiente objetivo estaba levantándose de encima de Borte. Temujin no tuvo coraje para mirarla mientras el hombre se abalanzaba sobre él, armado sólo con un cuchillo. Temujin le dejó llegar hasta él y se retiró sólo un poco, de modo que el puñal se clavó en su túnica. Lanzó un fuerte puñetazo con su mano izquierda, haciendo que el tártaro resbalara hacia atrás, y luego le lanzó un tajo en los muslos, dándole un empujón que lo tiró de espaldas mientras chillaba de dolor. Cuando Temujin se dio media vuelta jadeante, buscando otra víctima, el puñal cayó entre las hojas y quedó al lado de Borte, que lo recogió con las manos atadas.

El joven tártaro se quedó tumbado en el suelo, aullando y debatiéndose sin conseguir levantarse. Temujin se había desplazado para atacar al tercero con Kachiun y, en un primer momento, el tártaro no vio a Borte arrastrarse hacia él de rodillas. Cuando su mirada se posó en ella, sacudió la cabeza desesperado. Levantó los puños, pero Borte le sujetó el brazo derecho con la rodilla y trató de clavarle el cuchillo; la mano libre del tártaro la cogió por el cuello, con una fuerza todavía escalofriante. La joven sintió cómo se le nublaba la visión mientras él seguía apretando con todas sus energías, pero no lograría vencerla. Mientras él le mantenía la cabeza echada para atrás con el brazo, le encontró la palpitante garganta con los dedos. Podría haberle hundido el puñal allí, pero subió un poco más la mano, inmovilizando su cabeza lo mejor que pudo. Él se debatía, pero la sangre continuaba manando de sus piernas y

Borte notaba cómo se iba debilitando mientras ella se sentía cada vez más fuerte.

Le encontró los ojos y le clavó las uñas mientras escuchaba sus gritos. La punta del cuchillo le arañó la cara, abriéndole la mejilla antes de que Borte llegara a hundir el arma con todo su peso. De pronto, la resistencia cesó, había encontrado la cuenca de uno de los ojos. Empujó la hoja. El brazo que le aferraba por el cuello cayó y Borte se desplomó, jadeando. Todavía podía oler a los tártaros en su piel y movió los labios con una ira sin palabras mientras retorcía la hoja del cuchillo dentro de la órbita del ojo, hundiéndolo aún más.

—Está muerto —dijo Arslan, a su lado, poniéndole una mano en el hombro. Borte se retiró con un respingo, como si su roce la hubiera quemado y, cuando alzó la vista, la mirada del espadero estaba llena de tristeza—. Ahora estás a salvo.

Borte no respondió, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas. De repente, los sonidos del campamento volvieron a ella desde el vacío donde se había perdido. A su alrededor, el resto de los tártaros aullaban, doloridos y aterrorizados. No era más de lo que ella hubiera querido.

Se puso en cuclillas y miró con expresión aturdida la sangre que cubría sus manos. Dejó caer el cuchillo y su mirada se perdió en la distancia.

—Temujin —oyó llamar a Arslan—. Ven a cuidar de ella.

Vio que el espadero recogía el cuchillo y lo arrojaba entre los árboles. No entendía por qué desperdiciaba una buena hoja y alzó la cabeza para preguntarle.

Temujin cruzó a grandes pasos el campamento, esparciendo las ramas encendidas de la hoguera sin darse cuenta o sin que le importara. La cogió por los hombros y la estrechó entre sus brazos. Ella se resistió y estalló en sollozos mientras trataba de separarse de él.

—¡Estate quieta! —ordenó mientras ella levantaba los puños para golpearle en la cara. Los primeros puñetazos le hicieron agachar la cabeza y la sujetó con más fuerza—. Ya ha terminado, Borte. ¡Estate quieta!

Al instante siguiente, dejó de luchar y se dejó caer en sus brazos, llorando.

—Ya te tengo —susurró—. Estás a salvo: todo ha terminado.

Repitió las palabras en un murmullo, mientras sentía cómo las emociones se arremolinaban en su pecho. Estaba aliviado de verla viva, pero en lo más íntimo de su ser seguía habiendo un impulso que quería hacer daño a los hombres que la habían raptado. Miró hacia donde sus hermanos estaban atando a los tártaros. Dos de ellos chillaban como niños y las flechas de Kachiun sobresalían de sus brazos y piernas. Alguno de ellos moriría por la herida que Arslan le había abierto en las tripas, pero los demás vivirían lo suficiente.

—Avivad el fuego —dijo Temujin a sus hermanos—. Quiero que sientan el calor y sepan lo que les va a pasar.

Khasar y Kachiun se pusieron a reunir las brasas que Temujin había desperdigado

al pasar, colocando un viejo tronco sobre ellas. Pronto, las llamas estaban lamiendo la madera seca, que prendió con rapidez.

Arslan observó el abrazo de marido y mujer. El rostro de Borte tenía una expresión perdida, casi como si se hubiera desmayado. El espadero negó con la cabeza.

—Deja que los matemos y regresemos con los demás —pidió—. No hay honor en lo que planeas hacer.

Temujin se volvió hacia él, con un brillo salvaje en los ojos.

—Vete si lo deseas —exclamó—. Ésta es una deuda de sangre. Arslan permaneció muy quieto.

—No participaré en ella —dijo por fin.

Temujin asintió. Khasar y Kachiun se habían acercado y se situaron a su lado. Los tres hermanos lo miraron y el espadero sintió frío. No había piedad en los ojos de ninguno de ellos. A sus espaldas, los tártaros gimieron aterrorizados mientras el fuego crepitaba e iba avivándose.

Temujin tenía el pecho desnudo. El sudor relucía en su piel. Sus hermanos habían alimentado la hoguera con leña hasta que ardía como las llamas del infierno y no podían ni aproximarse al rugiente corazón amarillo.

—Entrego estas vidas al cielo y a la tierra, dispersando sus almas en el fuego —clamó Temujin, levantando la vista hacia las frías estrellas.

Tenía la boca y el pecho ensangrentados, con una gran raya negra que le llegaba a la cintura. Sostenía al último tártaro por la garganta. Éste estaba debilitado por sus heridas, pero seguía debatiéndose débilmente, dejando marcas en el suelo con las piernas. Temujin no parecía sentir el peso. Estaba tan cerca del fuego que el fino vello de sus brazos había desaparecido, pero estaba absorto en el trance de la muerte y no sentía el dolor.

Kachiun y Khasar observaban en un grave silencio a unos pasos de distancia. Ellos también llevaban manchas de sangre de los tártaros y tenían en la boca sabor a carne quemada entre las llamas. Había tres cuerpos desnudos a un lado de la hoguera, dos de ellos tenían un agujero negro en el pecho y suficiente sangre para borrar el dolor y la ira. No habían despedazado al tártaro que había matado Borte. El fuego era sólo para los vivos.

Ajeno a todos ellos, Temujin empezó a entonar un cántico que no había oído desde que el viejo Chagatai lo susurrara en una helada noche hacía mucho tiempo. El canto del chamán hablaba de pérdida y venganza, de invierno, de hielo y sangre. No tuvo que esforzarse para recordar las palabras; las sintió listas en su lengua, como si siempre las hubiera sabido.

El último tártaro gimoteó aterrorizado, clavando los dedos en el brazo de Temujin, arañándole con las uñas rotas. Temujin lo miró.

—Acércate, Borte —dijo, sosteniendo la mirada de su víctima.

Borte apareció a la luz de la hoguera. Las sombras del fuego se movían sobre su piel. En sus ojos se reflejaba la temblorosa luz y daba la impresión de que las llamas ardían dentro de ella.

Temujin miró a su mujer y sacó su cuchillo del cinturón, ya pegajoso de sangre. Con un brusco ademán, abrió un tajo en el pecho del tártaro, moviéndolo adelante y atrás para asegurarse de cortar el músculo. La boca del tártaro se abrió, pero no emitió ningún sonido. Los brillantes órganos palpitaban cuando Temujin metió la mano y efectuó varios cortes precisos. Con dos dedos, sacó un trozo de carne sangrante del corazón. Lo apretó contra la punta de su hoja y lo sostuvo sobre las llamas, quemándose él también mientras la carne del otro chisporroteaba. Gruñó, notando el dolor, pero haciendo caso omiso de él. Dejó al tártaro caer sobre las crujientes hojas, con los ojos aún abiertos. Sin una palabra, Temujin sacó la carne chamuscada del cuchillo y se la pasó a Borte, observando cómo ella se llevaba el bocado a los labios.

La carne seguía estando casi cruda y tuvo que masticar con fuerza para poder tragar, sintiendo la sangre caliente gotear de sus labios. No sabía qué esperaba. Ésa era la vieja magia: comerse las almas. Sintió la carne resbalar por su garganta y con ella llegó una sensación de gran ligereza y de fuerza. Sus labios se retiraron y enseñó los dientes, y de pronto Temujin pareció encorvarse, como si algo le hubiera abandonado. Antes, había sido el creador de oscuros encantamientos, un vengador. Un instante después, no era más que un hombre cansado, agotado por el dolor y la pena.

Borte alzó la mano hasta el rostro de su esposo, tocándole la mejilla y dejando en ella un rastro de sangre.

—Es suficiente —dijo Borte, sobre el crepitar de las llamas—. Ahora puedes dormir.

Fatigado, asintió, alejándose del fuego al fin para unirse a sus hermanos. Arslan se quedó atrás, con expresión sombría. No había participado en el derramamiento de sangre ni había comido aquella carne cortada de hombres vivos. No había sentido la inyección de vida que acompañaba a ese ritual. No miró los cuerpos mutilados de los tártaros mientras se acomodaba en el suelo y metía los brazos en su deel. Sabía que esa noche sus sueños serían terribles.

XXVII

La mano de su primera esposa despertó a Togrul de los keraítas, sacudiéndole con fuerza.

—¡Arriba, perezoso! —exclamó, interrumpiendo con la fuerza de su dura voz un sueño feliz.

Togrul abrió los ojos con un gruñido. Seis hijas le había dado y ni un solo varón. La miró irritado, frotándose la cara.

—¿Por qué me molestas, mujer? Estaba soñando que eras otra vez joven y atractiva.

Su respuesta fue un buen codazo entre las costillas.

—Ese hombre nuevo que convocaste ha llegado con su andrajoso séquito. Por su aspecto no parecen mejores que unos sucios nómadas. ¿Te vas a quedar todo el día engordando en la cama mientras ellos inspeccionan tus gers?

Togrul frunció el ceño, reprimiendo un bostezo, y se rascó. Bajó las piernas al frío suelo y miró en derredor.

—No veo aquí comida para darme fuerzas —gruñó, con gesto enfadado—. ¿Tengo que salir a verlos con el estómago vacío?

—Ese estómago nunca está vacío —replicó ella—. No es correcto hacerles esperar mientras te tragas otra oveja más.

—Mujer, recuérdame por qué te mantengo a mi lado —rezongó Togrul, levantándose—. Se me ha olvidado.

Su esposa resopló mientras él se vestía con movimientos sorprendentemente rápidos para un hombre de su tamaño. Mientras se echaba agua en la cara, ella le puso un trozo grasiento y caliente de cordero en la mano. Al verlo, Togrul sonrió por fin, comiendo la mitad de un solo mordisco y soltando un suave eructo mientras masticaba. Se sentó de nuevo y se concentró en terminar mientras su mujer le ataba las botas. La amaba tanto.

—Pareces un pastor de ovejas —le dijo cuando Togrul se dirigía a la puerta—. Si te preguntan dónde se esconde el auténtico khan de los keraítas, diles que te lo has comido.

—Mujer, eres la luz de mi corazón —respondió, agachando la cabeza para salir a la luz del alba.

Ella le tiró algo que chocó con estruendo contra la puerta que se estaba cerrando y él se rió divertido.

Su humor cambió al ver a los guerreros que habían llegado a las tiendas de los keraítas. Habían desmontado y parecían irritados por la agobiante proximidad de las familias, que los habían rodeado. Togrul resopló y deseó haber traído un poco más de comida consigo. Su estómago rugió y se dijo que los recién llegados agradecerían un

banquete en su honor. Su esposa no podría quejarse de algo así.

El enjambre de niños keraítas se abrió para dejarle pasar, y vio que sus vasallos habían llegado antes que él. Buscó con la mirada a Wen Chao, pero el embajador de los Jin todavía no estaba despierto. A medida que se acercaba al grupo y veía los pocos que eran se sentía más desanimado. ¿Dónde estaba la horda que Wen había prometido?

Muchos de los recién llegados observaban lo que les rodeaba con fascinación y nerviosismo. En el centro, Togrul vio a cinco hombres de pie junto a sus monturas, con semblantes duros y tensos. Se dirigió a ellos con una sonrisa de oreja a oreja y sus vasallos cerraron filas a sus espaldas.

—Os concedo derechos de hospitalidad en mi hogar —saludó—. ¿Quién de vosotros es Temujin de los Lobos? He oído hablar mucho de ti.

El más alto de ellos dio un paso adelante, haciendo una brusca inclinación de cabeza, como si no estuviera acostumbrado a ese gesto.

—Ya no soy Temujin de los Lobos, mi señor. No le debo lealtad a la tribu de mi padre. Ahora mi pueblo son sólo los que ves.

Temujin nunca había visto un hombre tan gordo como Togrul. Trató de ocultar su sorpresa mientras el khan saludaba a sus hermanos y a Jelme y Arslan. No podía tener más de treinta años y su mano era fuerte, pero lo cubría una gruesa capa de carne y su túnica estaba tirante, sujeta por un ancho cinturón. Tenía la cara redonda, con una enorme papada. Aún más extraño era el hecho de que llevara una túnica muy parecida a la de Wen el día que visitó a Temujin. Su cabello también estaba echado hacia atrás a la manera de los Jin, y Temujin no sabía qué pensar de un hombre así. No se parecía a ningún khan que hubiera visto antes, y sólo los rasgos familiares y la tez rojiza lo identificaban como un miembro de su propio pueblo.

Temujin cruzó una mirada con Kachiun mientras Togrul finalizaba el ritual de bienvenida y se colocaba las pesadas manos sobre la barriga.

—La bestia ha despertado, amigos míos. Tendréis hambre después de tan largo viaje, ¿verdad?

Dio unas palmadas y pidió que trajeran comida. Temujin observó cómo el gentío se dirigía a las gers, sin duda para buscar alimento suficiente para saciar el apetito del khan. Parecían estar muy familiarizados con la tarea.

—No veo más de treinta guerreros —dijo Togrul, contando para sus adentros. Wen Chao me dijo que erais unos cien.

—Encontraré más —le aseguró Temujin, poniéndose a la defensiva de inmediato. Togrul enarcó una ceja, sorprendido.

—Entonces ¿es verdad que aceptas a nómadas en tu campamento? ¿Y no roban?

—A mí no —respondió Temujin—. Y son buenos luchadores. Me han dicho que necesitabas un líder guerrero. Si no es así, regresaré con ellos al norte.

Togrul parpadeó ante su áspera respuesta. Por un momento, deseó tener al menos un hijo en vez de todas las hijas que su mujer le había dado. Tal vez entonces no tendría que tratar de ganarse el favor de unos salvajes recién salidos de las colinas.

—Wen Chao habló muy bien de ti y confío en su recomendación —dijo—. Pero hablaremos de eso cuando hayamos comido. —Sonrió de nuevo al pensar en la comida, oliendo ya el cordero tostándose en las tiendas.

—Hay un campamento tártaro a un mes a caballo hacia el norte —continuó Temujin, haciendo caso omiso de la oferta—. Habrá unos cien guerreros. Si me das treinta de tus hombres para unirlos a los míos, te traeré las cabezas de los tártaros para que veas lo que somos capaces de hacer.

Togrul volvió a sorprenderse. Aquel joven guerrero estaba rodeado por un campamento enorme y muchos hombres armados. Estaba hablando con un hombre a quien necesitaba persuadir, pero por su tono se diría que fuera Togrul el que tenía que inclinar la cabeza ante él. Por un instante se preguntó si debería recordarle cuál era su posición, pero se lo pensó mejor.

—Hablaremos de eso también —dijo—. Pero si no coméis conmigo, me sentiré insultado.

Observó cómo Temujin asentía. Togrul se relajó mientras iban sacando tablas de carne humeante al aire frío de la mañana. Vio que las miradas de los recién llegados se clavaban en la comida. Era evidente que habían pasado mucha hambre durante todo el invierno. Habían encendido un fuego en medio del campamento y Togrul hizo un gesto con la cabeza señalando hacia las llamas que empezaban a subir. Temujin intercambió una mirada recelosa con sus compañeros, y Togrul vio que sus hermanos se encogían de hombros y uno de ellos sonreía al pensar en el banquete.

—Muy bien, mi señor —dijo Temujin, a regañadientes—. Comeremos primero.

—Será un honor para mí —contestó Togrul, incapaz de evitar que su voz sonara algo seca. Se dijo que debía recordar las propiedades que Wen le había prometido. Tal vez este joven guerrero lograra ponerlas al alcance de su mano.

Wen Chao se les unió junto a la hoguera cuando el sol iluminaba ya el horizonte. Sus sirvientes habían desdeñado las mantas que habían extendido para protegerse del frío suelo y, en vez de eso, habían colocado un pequeño banco para su amo. Temujin observó con interés cómo los sirvientes sazonaban la carne con unos polvos provenientes de unas botellitas antes de dársela a Wen. Togrul chasqueó los dedos para que condimentaran asimismo su carne y los sirvientes le complacieron. Era obvio que no era la primera vez que el khan de los keraítas se lo pedía.

Los soldados de Wen Chao no tomaron parte en el festín. Temujin vio que el primero de ellos, Yuan, daba órdenes a los demás de adoptar posiciones defensivas en torno al campamento, mientras su amo comía, aparentemente ajeno a sus acciones.

Togrul no quiso entablar conversación hasta que su apetito estuvo saciado. En dos ocasiones Temujin empezó a hablar, pero en ambas Togrul simplemente señaló al cordero con un ademán, demasiado ocupado comiendo. Resultaba frustrante y Temujin estaba seguro de haber visto una chispa de diversión en los ojos de Wen Chao. Sin duda estaba recordando su propio asombro ante la prodigiosa capacidad de Togrul para beber y comer. El gordo khan parecía no tener límite. Temujin y sus hermanos terminaron mucho antes de que él lo hiciera, poco después de Ven, que comía como un pajarito.

Por fin, Togrul anunció que estaba satisfecho y se llevó la mano a la boca para ocultar un eructo.

—Como podéis ver, no hemos pasado hambre en el invierno —dijo alegremente, dándose unas palmaditas en la panza—. Los espíritus han sido generosos con los keraítas.

—Y seguirán siéndolo en el futuro —añadió Wen Chao, mirando a Temujin—. Me agrada ver que has aceptado la oferta que te hice, mi señor.

Las últimas palabras sonaron extrañamente falsas, pero Temujin las recibió como si le correspondieran.

—¿Para qué me necesitas? —le preguntó a Togrul—. Tienes suficientes hombres y armas para aplastar a los tártaros sin mi ayuda. ¿Por qué me has convocado a mí y a mis hombres?

Togrul alzó el brazo y se limpió los labios grasientos con el dorso de la mano. Le pareció que la mirada de Wen Chao se posaba en él y sacó un paño de su túnica para limpiarse.

—Tu nombre es famoso, Temujin. Es verdad que los keraítas somos poderosos, demasiado poderosos para que otra tribu se atreva a atacarnos, pero Wen me ha convencido de la necesidad de ampliar la lucha hacia el norte, como has hecho tú.

Temujin guardó silencio. Desde que viera por primera vez a ese hombre inmenso, no había necesitado preguntar por qué no los dirigía el propio Togrul. Se preguntó si sería capaz siquiera de montar un caballo más allá de unas pocas horas. Y, sin embargo, veía a cientos de keraítas en torno al banquete, además de los cincuenta que se les habían unido junto al fuego. La tribu era más grande que los Lobos o incluso que los olkhun'ut. ¿No habría entre ellos alguien que pudiera liderar una partida de ataque? No expresó en voz alta su pensamiento, pero Togrul advirtió su expresión y se rió.

—Podría enviar a uno de mis hombres contra los tártaros, ¿no? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se acercara a mí con un puñal escondido en la manga? No soy ningún tonto, Temulun, no pienses eso. Los keraítas son fuertes porque los mantengo fuertes y porque Wen Chao nos ha traído caballos, comida y oro del este. Tal vez un día poseeré tierras propias en aquel país. Si logro expulsar a los tártaros, los keraítas

tendrán paz y abundancia mientras viva.

—¿Trasladarías toda la tribu de los keraítas al territorio Jin? —inquirió Temujin, incrédulo.

Togrul se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Es demasiado pedir imaginar vivir sin una docena de tribus ávidas de sangre a nuestro alrededor, esperando a que mostremos una sola debilidad para atacar? Wen nos ha prometido la tierra y los keraítas prosperarán allí.

Temujin lanzó una rápida e intensa mirada al representante de los Jin.

—He oído muchas promesas —dijo—, pero todavía no he visto nada real, excepto esas pinturas sobre papel. ¿Dónde están los caballos que me prometiste, las armaduras y las armas?

—Si nos ponemos de acuerdo en el camino a seguir hoy, enviaré un mensajero a la ciudad de Kaifeng. Los recibirás en menos de un año —respondió Wen.

Temujin negó con la cabeza.

—Más promesas —dijo—. Hablemos de cosas que pueda tocar. —Miró a Togrul, y sus ojos amarillos relucieron como el oro en la luz de la mañana—. Como os he dicho, hay un campamento tártaro al norte. Mis hermanos y yo lo hemos explorado concienzudamente y hemos estudiado las posiciones que adoptan sus hombres. Seguimos a un grupo reducido hasta una distancia de un día de camino y no nos han descubierto. Si quieres que ayude a tus hombres en las incursiones, deja que me lleve una partida de guerreros que ya hayan peleado y destruiré a los tártaros. Que ese ataque selle nuestra negociación, en vez de unos regalos que quizá no lleguen nunca.

Wen Chao se enfadó al ver que se ponía en duda su palabra, pero cuando habló su rostro permaneció sereno.

—Has tenido suerte de no encontrarte con los centinelas de ese campamento, mi señor. Me crucé con ellos cuando regresaba hacia las tierras de los keraítas.

Temujin volvió su pálida mirada hacia el diplomático Jin.

—Están todos muertos —dijo. Wen se quedó helado mientras digería las noticias—. Perseguimos hasta el último de ellos cuando escapaban de vuelta a su campamento principal.

—Tal vez por eso has traído tan pocos hombres hasta aquí —aventuró Wen, asintiendo—. Comprendo.

Temujin frunció el ceño. Había exagerado el número de sus efectivos y le habían pillado, pero no podía dejarlo pasar.

—Perdimos a cuatro hombres y matamos a treinta. Nos quedamos sus caballos y sus armas, pero no tenemos hombres para montarlos, a menos que los encuentre aquí.

Togrul miró a Wen Chao, aguardando su reacción con interés.

—Han hecho un buen trabajo, Wen, ¿no es cierto? Merece la reputación que le precede. Al menos ahora sé que has traído al hombre adecuado para los keraítas.

La mirada del khan recayó en unos grasientos restos de carne sobre la bandeja. Alargó la mano hacia ellos, cogiendo los pringosos pedazos.

—Tendrás tus treinta hombres, Temujin, los mejores de los keraítas. Tráeme cien cabezas y haré que incluyan tu nombre en las canciones de mi pueblo.

Temujin esbozó una tirante sonrisa.

—Me honras, mi señor, pero si te traigo cien cabezas, lo que querré serán cien guerreros para el verano.

Observó a Togrul mientras se limpiaba las manos con el paño, pensativo. Era obscenamente gordo, pero Temujin reconocía con claridad la aguda inteligencia que brillaba en sus oscuros ojos. Togrul ya había expresado su temor a ser traicionado. ¿Cómo iba a confiar más en un desconocido que en alguien de su propia tribu? Temujin se preguntó si Togrul creía que los guerreros keraítas retornarían a sus tiendas siendo iguales a como partieron después de combatir contra los tártaros. Temujin recordó unas palabras que su padre había pronunciado hacía mucho tiempo: no existía vínculo más fuerte que el que surgía entre aquéllos que habían arriesgado su vida juntos. Podía ser más fuerte que el vínculo que unía una tribu o una familia, y la intención de Temujin era considerar a aquellos guerreros keraítas como propios.

Fue Wen Chao el que rompió el silencio, adivinando quizá los recelos de Togrul.

—Dedica un único año a la guerra, mi señor —le dijo— y tendrás otros treinta años de paz. Gobernarás en tierras de gran belleza.

Hablaba casi en susurros, y el desagrado que despertaba en Temujin se incrementó. Tras oírle, Togrul no se movió, pero un poco después, asintió.

—Te daré a mis mejores hombres para aplastar el campamento tártaro —dijo—. Si lo consigues, tal vez te confíe aún más. No te cargaré con más promesas, ya que parece burlarte de ellas. Podemos ayudarnos mutuamente y cada uno de nosotros conseguirá lo que desea. Si me traicionas, me ocuparé de ello cuando llegue el momento.

Temujin mantuvo una expresión impasible, sin mostrar las ansias que tenía de actuar.

—Entonces estamos de acuerdo. También quiero que venga tu guerrero conmigo, Wen Chao. El que se llama Yuan.

Wen no se movió, considerando la petición. De hecho, había estado a punto de sugerir lo mismo y se maravilló de su suerte. Fingió mostrarse renuente.

—Para este primer ataque, puedes llevarlo contigo. Es un excelente soldado, aunque preferiría que él no supiera que he dicho eso.

Temujin extendió su mano y Togrul fue el primero en estrecharla con sus dedos regordetes; después, Wen apretó las manos de ambos con sus dedos huesudos.

—Haré que se vuelvan locos —dijo Temujin—. Haz que Yuan se presente ante mí, Wen Chao. Quiero probar esta armadura y ver si puedo hacer más.

—Haré que te envíen cien en el plazo de un año —protestó Wen. Temujin se encogió de hombros.

—Dentro de un año podría estar muerto. Manda llamar a tu soldado.

Wen hizo un gesto con la cabeza a uno de sus omnipresentes sirvientes, que salió disparado y regresó al poco con Yuan. Al inclinarse ante Togrul y Wen Chao, y luego ante el propio Temujin, el rostro del soldado no mostraba ninguna emoción. Temujin se acercó a él mientras Wen gritaba órdenes en su propia lengua. Fuera lo que fuera lo que decía, Yuan se quedó quieto como una estatua mientras Temujin examinaba atentamente su armadura, estudiando cómo las placas superpuestas se unía entre sí y estaban cosidas a una tela fuerte y rígida que la recubría por debajo.

—¿Puede frenar una flecha? —preguntó Temujin.

Yuan bajó la mirada y asintió.

—Una de las vuestras, sí —contestó.

Temujin esbozó una sonrisa con los labios apretados.

—Quédate muy quieto, Yuan —dijo, alejándose unos pasos.

Wen Chao observó con interés cómo Temujin cogía su arco y lo tendía, poniendo una flecha en la cuerda. Yuan no mostró ningún miedo, y Wen se sintió orgulloso de su evidente calma mientras Temujin tensaba la cuerda hasta la oreja, manteniendo el arco perfectamente inmóvil por un momento mientras apuntaba.

—Averigüémoslo —dijo Temujin, soltando la flecha.

La flecha se clavó con la suficiente fuerza para hacer que Yuan perdiera pie y se cayera de espaldas. Se quedó aturdido durante un momento, y entonces, cuando Temujin creía ya que estaba muerto, levantó la cabeza y se puso en pie con dificultad. Su expresión seguía siendo impasible, pero Temujin vio un brillo en sus ojos que sugería que había vida en ellos.

Temujin hizo caso omiso de los gritos espantados de los keraítas que sonaban a su alrededor. Togrul estaba en pie y sus vasallos se habían desplazado precipitadamente para situarse entre su khan y aquel desconocido. Con cuidado, para no ponerles nerviosos, Temujin dejó su arco en el suelo y soltó la cuerda antes de dirigirse hacia Yuan.

La flecha había atravesado la primera placa de hierro lacado: la punta había quedado clavada en la gruesa tela de debajo, de modo que el astil sobresalía y vibraba con la respiración de Yuan. Temujin deshizo los nudos de la garganta y la cintura de Yuan, y retiró la túnica de seda, dejando desnudo su pecho.

Ante sus ojos, en la piel de Yuan empezó a aparecer poco a poco un cardenal, alrededor de un corte oval. Un delgado hilo de sangre resbalaba por los músculos hasta el estómago.

—¿Puedes seguir luchando? —preguntó Temujin.

La voz de Yuan sonó forzada al responder con sequedad:

—Ponme a prueba.

Temujin se rió al ver su ira. Era un hombre muy valiente, y Temujin le palmeó la espalda. Observó con más atención el orificio hecho por la flecha.

—La túnica de seda no se ha desgarrado —dijo, tocando la mancha de sangre.

—Es un tejido muy resistente —respondió Yuan—. He visto heridas en las que la seda penetró mucho en la carne sin que se agujereara.

—¿Dónde puedo conseguir ropas de ese material? —murmuró Temujin.

Yuan lo miró.

—Sólo en las ciudades Jin.

—Tal vez pida que me manden unas cuantas —dijo Temujin—. Nuestro cuero cocido no detiene las flechas con tanta eficacia. Vuestra armadura nos vendría muy bien. —Se volvió hacia Togrul, que todavía no se había recobrado de la impresión—. ¿Los keraítas tienen forja? ¿De hierro?

Togrul asintió en silencio, y Temujin miró a Arslan.

—¿Podrías fabricar una armadura así?

Arslan se levantó para inspeccionar a Yuan como había hecho Temujin, extrayendo la flecha de donde se había alojado y examinando el roto cuadrado de gris metal. La laca se había desprendido en escamas y el metal se había combado antes de permitir que pasara la flecha. Bajo la presión de los dedos de Arslan, el último de los espuntes se soltó y le cayó en la mano.

—Podríamos llevar repuestos —dijo Arslan—. Esta placa no puede reutilizarse.

Los ojos de Yuan siguieron la pieza rota de hierro en la mano de Arslan. Su respiración se había normalizado y Temujin no pudo por menos que sentirse impresionado por su disciplina y autocontrol.

—Si nos quedamos con los keraítas cinco días, ¿cuántas armaduras podrás proporcionarme? —le preguntó Temujin, presionándole.

Arslan negó con la cabeza mientras pensaba.

—Estas placas de hierro no son difíciles de fabricar, pero cada una de ellas debe terminarse a mano. Si las dejas toscas y cuento con algunos ayudantes en la forja y mujeres para coserlos... —Se detuvo a meditarlo bien—. Tal vez tres, puede que más.

—Entonces ésa es tu tarea —dijo Temujin—. Si Wen Chao nos presta algunas de sus armaduras, tendremos una fuerza que los tártaros no podrán detener. Haremos que nos teman.

Wen frunció la boca mientras lo consideraba. Era cierto que el primer ministro le enviaría oro y caballos si se lo pedía. La corte no escatimaba en mercancías a la hora de sobornar a las tribus. No estaba seguro de que fueran tan generosos con las armas y las armaduras. Sólo un estúpido revelaría los secretos que le daban ventajas en la guerra, por muchas promesas que Wen le hubiera hecho al joven guerrero. Si permitía

que Temujin utilizara las armaduras de sus hombres, no tenía ninguna duda de que más de uno en la corte levantaría una ceja si ese hecho llegaba alguna vez a sus oídos, pero ¿qué elección tenía? Inclino la cabeza, esbozando una sonrisa forzada.

—Son tuyas, mi señor. Haré que te las entreguen esta misma noche.

Reprimió un escalofrío al imaginar a los hombres de Temujin tan bien armados como cualquier soldado de los Jin. Quizá en su debido momento tendría que ganarse el favor de los tártaros para dominar a las tribus mongoles. Se preguntó si con ello no habría prolongado su permanencia en las estepas, y su corazón se encogió al pensarlo.

En las gers de los keraítas, la noche siguiente, Khasar le dio un coscorrón a su hermano menor, haciéndole tambalearse. A los trece años de edad, el chico carecía del fuego de sus hermanos mayores y las lágrimas brotaron en sus ojos mientras recobraba el equilibrio.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Temuge.

Khasar suspiró.

—¿Cómo puede ser que seas hijo de tu padre, hombrecito? —preguntó a su vez—. Kachiun me habría arrancado la cabeza si hubiera intentado pegarle a él y sólo tiene un par de años más que tú.

Con un grito, Temuge se lanzó sobre Khasar, sólo para caer todo lo largo que era contra el suelo cuando éste le golpeó de nuevo.

—Eso está un poco mejor —admitió Khasar, a regañadientes—. Yo ya había matado a un hombre cuando tenía tu edad... —Se detuvo al ver que Temuge estaba gimoteando y las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Dime que no estás llorando. Serás mierdecilla... Kachiun, ¿te lo puedes creer?

Kachiun estaba tendido en una cama en la esquina de la tienda, absorto mientras aplicaba una capa de aceite a su arco. Cuando oyó la pregunta, se detuvo y miró a Temuge, que se estaba frotando la nariz y los ojos.

—Sigue siendo un niño —dijo, retornando a su tarea.

—¡No lo soy! —chilló Temuge, con la cara colorada. Khasar le sonrió de oreja a oreja.

—Lloras como si lo fueras —le provocó—. Si Temujin te viera así, dejaría que te cogieran los perros.

—No, no lo haría —dijo Temuge, y las lágrimas aparecieron de nuevo en sus ojos.

—Sí que te dejaría. Te desnudaría y te dejaría en una colina para que te comieran los lobos —continuó Khasar, adoptando una expresión compungida—. Les gustan los más jóvenes, porque tienen la carne más tierna.

Temuge resopló desdeñoso.

—Dijo que podía cabalgar a su lado contra los tártaros, si quería —anunció.

Khasar sabía que Temujin se lo había dicho, pero simuló asombrarse.

—¿Quién, una mierdecilla como tú? ¿Contra esos tártaros greñudos y enormes? Son peores que los lobos, chico, esos guerreros. Más altos y blancos que nosotros, como fantasmas. Hay quien dice que son fantasmas y vienen por nosotros cuando nos quedamos dormidos.

—Déjalo en paz —murmuró Kachiun.

Khasar se lo pensó y enseguida, a regañadientes, se calmó. Kachiun tomó su silencio como un asentimiento y se incorporó en la cama.

—No son fantasmas, Temuge, pero sí hombres muy duros y hábiles con el arco y la espada. Todavía no eres lo bastante fuerte como para enfrentarte a ellos.

—Tú lo eras, a mi edad —dijo Temuge.

Había una línea de moco brillante bajo su nariz y Khasar se preguntó si resbalaría hasta los labios del chico. Lo observó con interés mientras Kachiun ponía los pies en el suelo para dirigirse a Temuge.

—Podía disparar un arco mejor que tú a tu edad, sí. Practiqué todos los días hasta que tenía calambres en las manos y los dedos me sangraban. —Se palmeó el hombro derecho con la mano izquierda, señalando el compacto músculo que tenía. Era más grande que el del hombro izquierdo y se retorcía fibroso cada vez que se movía—. Desarrollé mi fuerza física, Temuge. ¿Has hecho tú lo mismo? Siempre que te veo estás jugando con los niños o hablando con nuestra madre.

—He practicado —dijo Temuge, hosco, aunque ambos sabían que estaba mintiendo, o al menos disimulando la verdad.

Aun con un anillo de hueso para protegerse los dedos, era un arquero pésimo. Kachiun había salido muchas veces a correr con él, para aumentar su resistencia, pero el ejercicio no parecía servir para que el chico respirara mejor en absoluto. Al cabo de cinco minutos, el muchacho acababa resoplando y jadeando.

Khasar negó con la cabeza como si estuviera harto.

—Si no sabes disparar un arco y no tienes fuerza suficiente para luchar con la espada, ¿los piensas matar a patadas? —dijo.

Pensó que el muchacho saltaría sobre él de nuevo, pero Temuge se había rendido.

—Os odio —estalló el pequeño—. Espero que los tártaros os maten a los dos.

Habría salido a la carrera de la ger, pero cuando pasó por su lado, Khasar le puso la zancadilla y cayó boca abajo en la entrada. Salió disparado sin mirar atrás.

—Eres demasiado duro con él —dijo Kachiun, y cogió su arco otra vez.

—No. Si vuelvo a oír que es un «chico sensible», creo que voy a vomitar la cena. ¿Sabes con quién estaba hablando hoy? Con el Jin, Wen Chao. Les oí parlotando sobre pájaros o algo así al pasar junto a ellos. Ya me dirás por qué hace eso.

—No lo sé, pero es mi hermanito pequeño y quiero que dejes de darle la lata como una mujer mayor. ¿Es demasiado pedir?

La voz de Kachiun sonaba algo enojada y Khasar consideró su respuesta. Todavía ganaba en las peleas, pero en las últimas Kachiun le había hecho tantos moretones que no quería provocar otra a la ligera.

—Todos le tratamos de forma distinta, ¿y hemos conseguido que se convierta en un guerrero? —apuntó Khasar.

Kachiun alzó la vista.

—Tal vez se convierta en un chamán, o en un contador de historias como Chagatai.

Khasar se mofó.

—Chagatai fue un guerrero cuando era joven, o al menos eso decía él siempre. No es trabajo para un hombre joven.

—Deja que encuentre su camino, Khasar —dijo Kachiun—. Puede que no sea el mismo hacia el que le estamos guiando.

Borte y Temujin estaban tumbados juntos, sin tocarse. Con sangre fresca en la boca, la primera noche de la incursión de castigo contra los tártaros habían hecho el amor, aunque Borte había gritado de pena y de dolor cuando el peso de su marido se apoyó sobre ella. Podría haberse detenido en aquel momento, pero ella había aferrado sus nalgas, sujetándolo mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Había sido la única vez. Desde ese día, no conseguía soportar que él la tocara. Cada vez que él se acercaba a las pieles, Borte le besaba y se acurrucaba en sus brazos, pero nada más. Su sangre mensual no había bajado desde que abandonaran a los olkhun'ut, pero ahora pensar en el niño le daba miedo. Tenía que ser de él, estaba casi segura. Había visto el modo en que muchos perros montaban a una perra en el campamento de los olkhun'ut. En ocasiones, los cachorros mostraban los colores de más de uno de los padres. No sabía si lo mismo era aplicable a ella, y no se atrevía a preguntárselo a Hoelun.

En la oscuridad de una tienda extraña, lloró de nuevo mientras su esposo dormía, y no sabía por qué.

XXVIII

Temujin se limpió el sudor de los ojos con gesto enfadado. La tela blindada que Arslan había fabricado era mucho más pesada de lo que se había imaginado. Sentía como si estuviera envuelto en una alfombra y el brazo que sostenía la espada fuera la mitad de veloz. Fue a ver a Yuan cuando salió el sol y comprobó con irritación que él llevaba la misma armadura sin un solo rastro de transpiración en la frente.

—Otra vez —dijo Temujin.

Los ojos de Yuan brillaron divertidos y se inclinó antes de levantar la espada. Les había dicho que llevaran puesta la armadura en todo momento, hasta que se convirtiera en una segunda piel. Una semana después de que hubieran iniciado el regreso hacia el campamento tártaro, seguían siendo demasiado lentos. Temujin obligó a sus hombres a practicar dos horas al amanecer y al atardecer, tanto si llevaban armadura como si no, lo que retrasaba el avance de los sesenta guerreros que habían salido del campamento de los keraítas, pero Yuan aprobaba el esfuerzo. Sin él, los hombres con armadura serían como las tortugas que recordaba de su hogar. Podrían sobrevivir a las primeras flechas de los tártaros, pero en el cuerpo a cuerpo serían presas fáciles.

Con la ayuda de los espaderos de los keraítas, Arslan había fabricado cinco armaduras. Además, Wen había cumplido su promesa y les había entregado diez más, quedándose sólo con una para su nuevo escolta personal. El propio Yuan había elegido a su sustituto, asegurándose de que comprendiera cuáles eran sus responsabilidades antes de marcharse.

Temujin llevaba una de las armaduras nuevas, con placas cosidas a una larga pieza pectoral así como otra que le cubría la entrepierna y dos más en los muslos. Las protecciones de los hombros iban desde el cuello hasta el codo, y esa parte era la que le causaba más dificultades. Una y otra vez, Yuan simplemente se hacía a un lado y esquivaba con facilidad sus lentos golpes.

Observó cómo se acercaba a él Temujin, adivinando sus intenciones por la manera en la que ponía los pies. El peso del joven khan recaía más en el pie izquierdo y Yuan sospechó que iniciaría el golpe desde abajo, por ese lado, hacia arriba. Utilizaban unas afiladas hojas de acero, pero hasta el momento había habido escaso peligro para cualquiera de los dos. Yuan era demasiado perfeccionista para herir a Temujin en un asalto de entrenamiento y Temujin nunca se acercaba lo suficiente.

En el último segundo, Temujin cambió el peso de su cuerpo de pie y convirtió el golpe amplio en una embestida al fondo. Yuan retiró su pierna derecha para esquivarle, y la hoja raspó las placas de su armadura. No temía un golpe desprovisto de fuerza, y eso también lo estaba teniendo que aprender Temujin. Era posible hacer

caso omiso de muchos más golpes o simplemente esquivarlos con un poco de delicadeza.

Cuando la espada atravesó el aire y llegó al fondo, Yuan dio un rápido paso adelante y rozó la nariz de Temujin con la empuñadura de su espada. Al mismo tiempo, dejó que el aire saliera de sus pulmones como una explosión y gritó: «¡Hey!», antes de retirarse de nuevo.

—Otra vez —dijo Temujin irritado, moviéndose antes de que Yuan se hubiera situado en posición.

Esta vez mantuvo la espada por encima de la cabeza y la bajó como si fuera a dar un hachazo. Yuan detuvo la hoja con su propia espada y quedaron enfrentados pecho contra pecho con un estruendo metálico. Temujin había colocado su pie más adelantado detrás del de Yuan y el soldado perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Se quedó mirando a Temujin desde el suelo, esperando el siguiente golpe.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —Dijo Temujin—. Ahora te hundiría la espada en el pecho.

Yuan no se movió.

—No, no lo harías. He sido entrenado para luchar desde esta posición —mientras hablaba, dio una patada y derribó a Temujin con limpieza.

Temujin se levantó de un salto, con el rostro tenso.

—Si no llevara puesta esta pesada armadura, no te resultaría tan fácil —dijo.

—Te dispararía desde la distancia —respondió Yuan—. O dispararía a tu caballo, si viera que llevabas armadura.

Temujin estaba levantando la espada de nuevo. Sus muñecas ardían de cansancio, pero estaba resuelto a asestar un solo golpe contundente antes de montar para recorrer el trecho de la jornada. En vez de eso, se detuvo.

—Entonces tenemos que ponerle coraza a los caballos, en la cabeza y en el pecho.

Yuan asintió.

—Lo he visto hacer. Las placas de hierro pueden coserse al arnés de cuero tan fácilmente como a tu armadura.

—Eres un profesor muy hábil, Yuan, ¿te lo había dicho? —dijo Temujin.

Yuan lo observó con atención, sabiendo que era posible que descargara un golpe repentino. En realidad, seguía estando asombrado de que a Temujin no pareciera importarle ser derrotado una y otra vez delante de sus hombres. Yuan no podía imaginar que sus antiguos oficiales permitieran una exhibición así. La humillación habría sido excesiva para ellos, pero Temujin no parecía darse cuenta, o que le importara. Los hombres de las tribus eran una raza extraña, pero absorbían con avidez todo lo que Yuan les decía sobre sus nuevas armaduras. Incluso había empezado a hablar de tácticas con Temujin y sus hermanos. Era una nueva experiencia para Yuan que hombres jóvenes le escucharan con tanto interés. Cuando protegía a Wen Chao,

sabía que existía para dar su vida por el embajador, o al menos para matar tantos enemigos como pudiera antes de caer. Los hombres con los que había venido a las estepas conocían bien su trabajo y rara vez tenía que corregirles. Había descubierto que le gustaba enseñar.

—Una vez más —oyó decir a Temujin—. Voy a atacarte por la izquierda.

Yuan sonrió. Las últimas dos veces que Temujin le había advertido, el ataque había llegado por la derecha. No importaba demasiado, pero le divertían sus intentos de confundir su juicio.

Temujin se abalanzó velozmente sobre él y su espada se movió a más velocidad que las otras veces. Vio que el hombre derecho bajaba y alzó su espada. Demasiado tarde para corregirse, se dio cuenta de que Temujin había seguido por la izquierda de forma deliberada. Yuan aún habría podido detener el golpe, pero decidió no hacerlo y permitió que la punta de la hoja de Temujin, que jadeaba eufórico, le tocara la garganta.

—Mucho mejor —dijo Yuan—. Cada vez te mueves más rápido dentro de la armadura.

Temujin asintió.

—Dejaste pasar la espada, ¿no?

Yuan se permitió una sonrisa.

—Cuando seas mejor todavía, lo sabrás —concluyó.

Mientras cabalgaba a galope tendido, Yuan miró a derecha e izquierda, comprobando que los hermanos de Temujin mantenían la línea. Los ejercicios continuaron durante todo el día y Yuan se encontró ocupándose de resolver los problemas de un ataque en masa. Montaba con el arco sujeto a la silla, pero lo que fallaba no era la capacidad de aquellos sesenta hombres para el tiro con arco. Togrul había contribuido con veinte de sus vasallos al grupo. Estaban en forma y eran hábiles, pero no tenían experiencia en combate y, al principio, Temujin fue mordaz con ellos. Sus propios guerreros seguían sus órdenes al instante, mientras que los nuevos hombres se mostraban siempre lentos.

Yuan se había sorprendido cuando le fue asignado el mando del ala izquierda. La posición requería a un oficial superior y había pensado que el honor recaería en Khasar. Sin duda eso mismo había creído éste. A Yuan no se le habían escapado las hostiles miradas que le lanzaba el hermano de Temujin mientras cabalgaba con sus diez hombres justo a su lado. Tras los entrenamientos de todas las tardes, Temujin los reunía en torno a una pequeña fogata para darles las órdenes para el día siguiente. Tal vez fuera un detalle sin mayor trascendencia, pero incluyó a Yuan en su consejo, junto con Jelme y Arslan, y le hacía mil y una preguntas. Cuando Yuan podía hablar por experiencia, escuchaban con atención. En ocasiones, Temujin negaba con la

cabeza a mitad del discurso y, cuando disentía, Yuan comprendía su razonamiento. Los hombres que Temujin comandaba no habían luchado juntos durante años. Había un límite a lo que podía enseñarse en poco tiempo, aun con una disciplina implacable.

Yuan oyó el cuerno de Temujin emitir dos breves toques. Significaba que el ala izquierda debía adelantarse al resto, torciendo la línea. Mientras los cascos resonaban contra el suelo, Yuan y Khasar se miraron y ambos grupos de diez aceleraron hacia su nueva posición.

Yuan miró a su alrededor. El desplazamiento se había efectuado con limpieza, y esa vez incluso los vasallos de Togrul habían oído la llamada y habían reaccionado. Estaban mejorando, y Yuan sintió un cierto orgullo brotar en su corazón. Si sus antiguos oficiales pudieran verlo, se habrían muerto de risa. La primera espada de Kaifeng y aquí estaba, cabalgando con aquellos salvajes. Trató de burlarse de sí mismo como habrían hecho los soldados de casa, pero, por alguna razón, fue incapaz de hacerlo.

Temujin hizo sonar una única nota y el ala derecha se adelantó, dejando atrás el centro. Yuan miró a Kachiun y a Jelme, que cabalgaban con expresión adusta, en sus armaduras. Los jinetes que acompañaban al hermano de Temujin formaban una línea un poco más irregular, pero la enderezaron cuando Yuan los miró y avanzaron como uno solo en medio de un gran estruendo. Yuan asintió para sí mismo, empezando a disfrutar de la perspectiva de la batalla.

Desde atrás, Temujin hizo sonar una larga nota descendente. Todos disminuyeron la velocidad a la vez y cada oficial dio órdenes a su grupo de diez hombres. Los resistentes caballos redujeron el galope al trote y Temujin hizo avanzar el grupo central con Arslan.

Temujin se adelantó mientras la línea se rehacía, llevando su montura hacia el ala izquierda. Dejó que lo alcanzaran y Yuan vio que su rostro estaba sofocado por la emoción y que tenía los ojos brillantes.

—Haz avanzar a los exploradores, Yuan —mandó Temujin—. Dejaremos descansar a los caballos mientras rastrean.

—Como desees, mi señor —contestó Yuan de forma automática.

Se dio cuenta de su propia actitud al volverse en la silla hacía dos jóvenes guerreros, luego se encogió de hombros. Había sido soldado demasiado tiempo como para cambiar sus hábitos y, en el fondo, estaba disfrutando de la tarea de convertir a los miembros de la tribu en un grupo de batalla.

—Tayan, Rulakh, avanzad hasta la puesta de sol. Si veis algo más que unos cuantos nómadas, regresad.

Ya conocía los nombres de los sesenta, los había grabado en su memoria por una cuestión de costumbre. Ambos guerreros inclinaron la cabeza cuando pasaron por su lado, y espolearon sus monturas. Yuan no dejó traslucir ni un ápice de su oculta

satisfacción, aunque Temujin pareció percibirlo en la sonrisa que apareció en su rostro.

—Creo que echabas de menos esto, profesor —exclamó Temujin—. La primavera se te está metiendo en la sangre.

Yuan no respondió y Temujin se reunió con la fila. Llevaba dos años con Wen Chao como su escolta personal. El juramento que había hecho al emperador le obligaba a seguir cualquier orden dada por una autoridad legal. En lo más hondo de su corazón, reconocía la verdad de las palabras de Temujin. Había echado de menos la camaradería de la campaña, aunque los hombres de la tribu no se parecían en nada a los soldados que había conocido. Esperaba que los hermanos sobrevivieran al primer encuentro armado.

Un mes después de haber abandonado el campamento de los keraítas, la luna volvía a estar llena. La exuberancia de las primeras semanas había sido reemplazada por una sombría determinación. No había tanta charla alrededor de las hogueras como antes y los exploradores estaban nerviosos. Habían encontrado el lugar en el que Temujin y sus hermanos habían visto al nutrido grupo de tártaros. Los círculos de hierba ennegrecida les trajeron los oscuros recuerdos de los hombres que habían estado allí. Cuando montaron de nuevo, Kachiun y Khasar estaban especialmente silenciosos. La noche que habían rescatado a Borte se les había quedado grabada a fuego en la memoria, demasiado adentro como para olvidar el cántico de Temujin, o la explosión de luz que habían sentido cuando comieron la carne de sus enemigos. No habían hablado de lo que habían hecho. Esa noche les había parecido interminable, pero cuando el amanecer finalmente llegó, habían explorado el área tratando de averiguar hacia dónde pretendía llevar a Borte el pequeño grupo. Descubrieron que el principal campamento tártaro no estaba demasiado lejos; los últimos guerreros podrían haber llegado allí en una mañana, y Borte podría haber estado perdida durante meses, si no para siempre.

Temujin puso la mano en las cenizas de una fogata y torció el gesto. Estaban frías.

—Enviad más lejos a los exploradores —dijo a sus hermanos—. Si los cogemos mientras están en marcha, acabaremos con ellos con rapidez.

El campamento tártaro se había preparado para toda una estación, quizá con la intención de perseguir a los asaltantes que los habían molestado durante todo el invierno. Avanzaban con carros cargados de gers y grandes rebaños cuyas heces podían ser interpretadas y contadas. Temujin se preguntó si estarían muy cerca. Recordó la frustración que sintió mientras estaba tumbado con sangre tártara en la boca y vio un campamento tranquilo y demasiado grande para ser atacado. Dejarlos escapar quedaba totalmente descartado. Había ido a ver a Togrul porque no tenía elección.

—Aquí ha habido muchas personas —comentó Yuan junto a su hombro. El guerrero Jin había contado los círculos negros y las huellas—. Más de los cien que le dijiste a Togrul.

Temujin lo miró.

—Es posible, no podría asegurarlo.

Yuan observó al hombre que los había guiado a través de las vacías estepas para asesinar a sus enemigos. Pensó que habría sido mejor contar con cincuenta de los mejores hombres de Togrul que con treinta. Aunque entonces los recién llegados habrían superado en número a los guerreros de Temujin y tal vez eso no le habría gustado al joven khan. Yuan había notado que había mezclado los grupos, haciéndoles trabajar juntos. Temujin era bien conocido por todos por su ferocidad, y también por sus victorias. Ya se dirigían a él como khan. Yuan se preguntó si Togrul sabía el riesgo que estaba corriendo. Suspiró para sí mientras Temujin se alejaba a hablar con sus hermanos. El oro y la tierra compraban la asunción de enormes riesgos, si se sabían usar. Wen Chao había demostrado cuán cierto era eso.

Temujin hizo un gesto con la cabeza a sus hermanos, incluido Temuge, a quien le habían dado la armadura más pequeña. Los hombres de Wen Chao solían ser de constitución ligera, pero, aun así, era demasiado grande para él, y Temujin contuvo una sonrisa cuando vio a Temuge, rígido como un palo, dar media vuelta a su caballo para probar las correas y las riendas.

—Bien, hermanito —dijo Temujin al pasar por su lado. Oyó a Khasar resoplar por allí cerca, pero hizo caso omiso de él—. Pronto los encontraremos, Temuge. ¿Estarás preparado cuando atacemos?

Temuge alzó la vista hacia su hermano, al que reverenciaba. No habló del miedo que sentía en el estómago, ni de que cabalgar durante todo el día le había fatigado tanto que creía que se iba a caer de la silla y a avergonzarles a todos. Cada vez que desmontaba, las piernas se le habían agarrotado tanto que había tenido que aferrarse con fuerza al caballo para no desplomarse de rodillas.

—Estaré preparado, Temujin —dijo, con alegría forzada.

En realidad, se sentía desesperado. Sabía que su técnica con el arco apenas merecía tal nombre, y la espada tártara que Temujin le había dado era demasiado pesada para él. Llevaba una espada más corta escondida en su túnica y confiaba en poder usarla. Aun así, la idea de cortar piel y músculos reales, de sentir cómo la sangre le manchaba las manos, le daba escalofríos. No conseguía ser tan fuerte y despiadado como los demás. Todavía no sabía para qué les iba a servir a cualquiera de ellos, pero no había podido soportar el desprecio en los ojos de Khasar. Kachiun

había ido a verle la noche antes de que partieran para decirle que Borte y Hoelun necesitarían ayuda en el campamento de los keraítas. Había sido un claro intento de evitar que participara en la batalla, pero Temuge se había negado a quedarse. Si realmente necesitaban ayuda, cincuenta guerreros no podrían salvarlas mientras se hallaban en el corazón mismo de la tribu de los keraítas. Su presencia entre ellos era una garantía de que Temujin volvería con las cabezas que había prometido.

De todos los hermanos, Temuge era el único que no había sido ascendido a oficial. Con Jelme, Arslan y Yuan, además de sus hermanos, Temujin tenía los seis que necesitaba, y Temuge sabía que él era demasiado joven e inexperto en combate. Tocó la hoja de su largo cuchillo mientras montaba, notando su cortante filo. Soñaba con salvarles la vida, una y otra vez, para que le miraran con asombro y se percataran de que verdaderamente era hijo de Yesugei. No le gustaba despertarse de aquellas ensoñaciones. Cuando reemprendieron la marcha se estremeció, sintiendo el frío más de lo que parecían sentirlo los demás. Buscó en su interior el valor espontáneo que los otros exhibían, pero no encontró nada excepto terror.

Los exploradores habían encontrado a la principal fuerza de los tártaros sólo dos días después de que Temujin llegara al antiguo campamento. Los hombres entraron a galope tendido, saltando de sus caballos para informar a Temujin.

—Están avanzando, mi señor —exclamó el primero—. Han enviado oteadores en todas direcciones, aunque el ejército está atravesando el siguiente valle y se dirige lentamente hacia aquí.

Temujin enseñó los dientes.

—Enviaron a treinta hombres a buscarnos y ni uno solo consiguió regresar con vida. Deben creer que hay una tribu grande en la zona. Bien: si son precavidos, dudarán.

Levantó el brazo para convocar a sus oficiales. Todos habían visto las nerviosas acciones de los exploradores y se aproximaron a toda prisa ávidos de recibir noticias.

—Decidles a vuestros hombres que sigan las órdenes —dijo Temujin mientras montaba—. Cabalguemos todos juntos, a la velocidad que yo marque. Si algún guerrero rompe la formación, haré que se lo coman los halcones.

Vio a Khasar sonriendo y lo fulminó con la mirada.

—Aunque sea mi propio hermano, Khasar, aun así. Disparad cuando yo lo diga, luego desenfundad las espadas. Los atacaremos en una sola línea. Si perdéis el caballo, manteneos vivos el tiempo suficiente para que los demás finalicemos la matanza.

—¿No vas a hacer prisioneros? —preguntó Arslan.

Temujin no vaciló.

—Si alguno sobrevive a nuestro ataque, interrogaré a sus líderes para obtener más

información. Después de eso, no me servirán para nada. No engrosaré nuestras filas con nuestros enemigos naturales.

Los oficiales regresaron a sus posiciones e informaron de inmediato a los guerreros. Hicieron avanzar a sus caballos en una sola línea. Tras pasar unas colinas, todos vieron la formación de los tártaros, sus jinetes y sus carros moviéndose con lentitud a través de la llanura.

A un tiempo, los guerreros se lanzaron al trote hacia el enemigo. Temujin oyó el sonido distante de los cuernos y desató su arco, colocó una cuerda y la probó. A continuación, alargó la mano hacia atrás para abrir el carcaj sujeto a su silla, extrajo la primera flecha y comprobó las plumas con el pulgar. Surcaría el aire derecha y certera, como su ejército.

XXIX

A los tártaros no les faltaba coraje. Cuando el aviso de sus cuernos gimió a través de la estepa, todos los guerreros corrieron hacia sus caballos y montaron emitiendo agudos gritos que llegaron con el viento hasta los oídos de los que acompañaban a Temujin. Como uno solo aumentaron la velocidad hasta poner a sus monturas al galope. Los oficiales gritaban órdenes a cualquier hombre que pareciera demasiado ansioso, observando al propio Temujin mientras se preparaba para disparar su primera flecha en perfecto equilibrio.

Yuan había explicado las ventajas de golpear al enemigo en formación de una línea y quedaron probadas en el primer contacto sangriento con las avanzadillas tártaras. Cuando los hombres de Temujin llegaron hasta ellos, los ensartaron con sus largas saetas, derribándolos junto a sus caballos. Temujin se dio cuenta de que los tártaros habían dividido su fuerza para dejar a algunos guerreros defendiendo los carros, pero vio aún más hombres de los que había imaginado extendiéndose por las llanuras como avispas.

La carga de Temujin los arrasó, pasando por encima de caballos y hombres moribundos que iban cayendo a pares, de cinco en cinco, o de diez en diez. Los arcos disparaban sus mortíferas flechas desde monturas al galope y la fuerza de su impacto era demasiada para poder ser rechazada por las desorganizadas formaciones tártaras. A Temujin le dio la impresión de que apenas habían tardado unas décimas de segundo en dejar esa estela de muertos y caballos sin jinete a sus espaldas y que los carros se aproximaban a una velocidad vertiginosa. Miró a izquierda y derecha antes de dar tres breves soplidos al cuerno ordenando que adoptaran la formación de media luna. Por poco no había retrasado en exceso ese momento, pero los hombres de Yuan subieron y se pusieron a la altura de Kachiun y Jelme en el flanco derecho. Cayeron sobre los carros en perfecta posición, envolviendo los rebaños y a los tártaros con estruendo.

Los dedos de Temujin descubrieron que su carcaj estaba vacío y arrojó su arco al suelo para desenvainar la espada. En el centro de la media luna encontró su camino bloqueado por un pesado carro cargado de fieltro y cuero. Apenas vio al primer hombre que se interpuso en su camino; le seccionó la cabeza de un solo tajo, antes de espolear a su montura y cargar contra un informe grupo de guerreros tártaros. Arslan y diez más se unieron a él en el centro, matando enemigos a diestro y siniestro. Las mujeres y los niños se tiraban bajo los carros aterrorizados al paso de los jinetes y sus aullidos eran como el lamento de los halcones en el viento.

El cambio se produjo sin previo aviso. Uno de los tártaros dejó caer su espada y, aun así, le habrían matado si no se hubiera arrojado al suelo boca abajo cuando pasaba Khasar. Otros lo imitaron, postrándose ante Temujin y sus oficiales, mientras

galopaban por el campamento buscando alguna resistencia. Hacía falta cierto tiempo para que la sed de sangre se calmara, y fue el propio Temujin el que cogió su cuerno y emitió la nota descendente que significaba reducir el ritmo. Sus hombres estaban salpicados de sangre fresca, pero le oyeron y pasaron los dedos por las hojas de sus espadas, limpiándolas del brillo de la vida.

Por un momento reinó un silencio absoluto. Donde antes sus oídos habían sufrido el atronador ruido de los cascos y las órdenes a gritos, ahora se extendía la quietud. Temujin escuchó maravillado ese silencio que duró hasta que sus hermanos llegaron a su lado. En algún sitio, una mujer empezó a llorar y se reanudó el balido de las ovejas y las cabras. Quizá no hubiera cesado nunca, y Temujin no lo hubiera percibido debido al torrente de sangre que se agolpaba en sus oídos y hacía que el corazón le palpitara con fuerza en el pecho.

Tensó las riendas, hizo girar a su caballo y recorrió la escena con la vista. El campamento había sido arrasado. Los tártaros que aún quedaban con vida apoyaban sus caras en la hierba, silenciosos y hundidos. Se volvió para observar el curso de avance del ataque y vio un jinete que de algún modo había logrado sobrevivir a la carga. Se había quedado boquiabierto ante lo que había presenciado y estaba demasiado estupefacto para espolear a su caballo y salvar la vida.

Temujin miró con ojos entornados a aquel jinete solitario e hizo un gesto a Kachiun.

—Tráelo aquí o mávalo —dijo.

Kachiun asintió brevemente y palmeó a Khasar en el hombro pidiendo más flechas. A Khasar le quedaban sólo dos, pero se las dio, y Kachiun cogió el arco, que tenía cuidadosamente sujeto a su silla. Con una sonrisa irónica, Temujin se percató de que no había arrojado al suelo aquella valiosa arma.

Temujin y Khasar observaron cómo Kachiun galopaba hacia el jinete tártaro. Al verlo acercarse, el otro pareció salir de un trance y por fin dio media vuelta a su montura para escapar. Kachiun cubrió la distancia que los separaba antes de que el tártaro pudiera poner el caballo a galope tendido y disparó una flecha que se le clavó en lo alto de la espalda. Siguió avanzando unos momentos antes de desplomarse, y Kachiun lo dejó allí, regresando al campamento y alzando el arco para indicar que lo había matado.

Temujin se sobresaltó cuando sus hombres lo aclamaron a voz en cuello. Todos habían estado observándole y el gesto dio rienda suelta a su excitación. Los que conservaban sus arcos los levantaron, sacudiendo sus armas en ademán triunfante. El ataque había sucedido tan deprisa que se habían quedado en cierto modo rondando la meta, sin saber qué hacer. Ahora la enorme inyección de gozo proveniente de haberse enfrentado a la muerte y haber sobrevivido los llenaba a todos, y se apresuraron a desmontar. Algunos de los vasallos de Togrul se dirigieron excitados a los

carromatos, retirando las pieles para ver qué botín habían obtenido.

Los hombres de Arslan ataron a los prisioneros tras quitarles las armas. Algunos no tenían ni un solo rasguño y los trataron con rudeza y desprecio. No tenían derecho a estar vivos después de una batalla así y a Temujin no le importaban nada. Se dio cuenta de que le temblaban las manos y, cuando descendió del caballo, cogió las riendas para guiar al animal y esconder así su debilidad.

Alzó la vista de sus pensamientos, cuando vio a su hermano Temuge aproximarse con su caballo y desmontar. El chico estaba blanco como una sábana y obviamente conmocionado, pero Temujin vio que llevaba una espada ensangrentada en la mano que estaba mirando como si no supiera cómo había llegado hasta allí. Temujin trató de que sus miradas se cruzaran para felicitarle, pero Temuge se volvió y vomitó en la hierba. Temujin se alejó para no avergonzarle. Cuando se hubiera recuperado, le dirigiría unas cuantas palabras de elogio.

Temujin se situó en el centro del círculo de carros, sintiendo los ojos de los oficiales posados en él. Estaban aguardando algo, y se llevó una mano a los ojos, desterrando los sombríos pensamientos que se deslizaban en su cabeza, disputándose su atención. Carraspeó y proyectó la voz.

—¡Arslan! Encuentra los odres de airag que tuvieran y monta guardia para custodiarlos, encárgaselo a alguien en quien confíes. Khasar, envía a ocho hombres a explorar los alrededores. Puede que haya más por ahí. —Se volvió hacia Kachiun, que había regresado y bajaba con agilidad de su caballo—. Reúne a los prisioneros, Kachiun, y que tus diez hombres levanten tres de sus gers lo antes que puedan. Haremos noche aquí.

Comprendió que no era suficiente. Seguían mirándole con ojos brillantes y un inicio de sonrisa en los labios.

—Lo habéis hecho bien —exclamó—. Sea lo que sea lo que hayamos ganado, es vuestro. Repartiremos el botín a partes iguales entre vosotros.

Sus palabras fueron acompañadas de una ovación y los guerreros lanzaron miradas furtivas a los carros cargados de objetos de valor. Sólo los caballos significarían la riqueza instantánea para muchos de ellos, pero a Temujin le daba igual el botín. En el momento en que la batalla estuvo ganada, había contemplado la perspectiva de regresar a ver a Togrul. El khan de los keraítas reclamaría su parte, por supuesto. Era lo justo, aunque no hubiera estado presente. A Temujin no le dolería darle unas docenas de caballos y espadas. A pesar de todo, le fastidiaba. No quería volver. La idea de devolver dócilmente los guerreros que le habían servido tan bien hizo que apretara las mandíbulas con rabia. Los necesitaba a todos, y Togrul veía sólo las tierras de los Jin como recompensa. Siguiendo un impulso, Temujin se agachó y rozó la hierba que crecía a sus pies. Se dio cuenta de que alguien había muerto en ese lugar. Había diminutas gotas de sangre pegadas a las briznas y cuando se enderezaba

divisó una mano. Alzó la voz de nuevo.

—Recordad esto cuando le contéis a vuestros hijos que luchasteis con los hijos de Yesugei. Hay una tribu y una tierra que no reconoce fronteras. Esto es simplemente el comienzo.

Quizá vitorearon porque les seguía desbordando la excitación de la victoria; no importaba.

Los tártaros se habían preparado para una larga campaña. Los carros contenían aceite para lámparas, cuerdas tejidas, paños de la más fina seda y lonas tan gruesas que costaba doblarlas. Además había una bolsa de cuero de monedas de plata y suficiente airag negro para calentar las más frías gargantas en las noches de invierno. Temujin hizo que le trajeran los odres de airag y los colocaran contra la pared interior de la primera ger que se estaba levantando. Más de veinte tártaros habían sobrevivido al ataque y los había interrogado para averiguar quién era su líder. La mayoría se le quedaron mirando, sin hablar. Temujin había desenfundado su espada y matado a tres de ellos antes de que el cuarto jurara y escupiera en el suelo.

—Aquí no hay ningún líder —dijo el tártaro furioso—. Murió con los demás.

Sin una palabra, Temujin lo había agarrado y lo había puesto en pie y se lo había pasado a Arslan. Observó la fila de hombres, con expresión indiferente.

—No siento ningún afecto por vuestro pueblo, ni necesidad de manteneros con vida —dijo—. A menos que podáis serme útiles, os mataré aquí mismo.

Ninguno respondió, y evitaron mirarle a los ojos.

—Muy bien —continuó Temujin ante su silencio. Se volvió al guerrero que estaba más cerca de él, uno de los hermanos que había llevado a su campamento del norte—. Mátales rápido, Batu. —Le ordenó.

El hombre menudo, impasible, sacó su cuchillo.

—¡Esperad! Yo puedo seros útil —dijo uno de los tártaros de repente.

Temujin se detuvo, luego se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Es demasiado tarde.

En la tienda, Arslan había atado al único superviviente de la fuerza tártara. Los gritos del resto habían sido penosos y los guerreros lo miraban con odio.

—Habéis matado a los demás. Me mataréis, diga lo que diga —dijo, tratando de librarse de las cuerdas que le ataban las manos a la espalda.

Temujin meditó un instante. Necesitaba saber tanto como pudiera sobre los tártaros.

—Si no me ocultas nada, te doy mi palabra de que vivirás —afirmó.

El tártaro resopló.

—¿Cuánto tiempo sobreviviría yo solo ahí fuera sin tener ni siquiera un arma? —exclamó—. Prométeme que me darás un arco y un caballo y te diré todo lo que

quieras.

De pronto, Temujin sonrió.

—¿Estás regateando conmigo?

El tártaro no respondió, y Temujin se rió.

—Eres más valiente de lo que esperaba. Tienes mi palabra de que te daremos lo que pides.

El tártaro se relajó, aliviado, pero Temujin volvió a hablar antes de que pudiera poner en orden sus pensamientos.

—¿Por qué habéis entrado en las tierras de mi pueblo?

—¿Eres Temujin de los Lobos? —le preguntó el prisionero.

Temujin no se molestó en corregirle. Era el nombre que propagaba el miedo por el norte, independientemente de que fuera parte de esa tribu o no.

—Sí, soy yo.

—Se ofrece una recompensa por tu cabeza. Los khanes del norte te quieren muerto —dijo el tártaro con un placer macabro—. Te perseguirán a donde quiera que vayas.

—No se persigue a un hombre que viene a buscarte —le recordó Temujin con suavidad.

El tártaro parpadeó, reflexionando sobre los acontecimientos del día. Había comenzado esa mañana en medio de fuertes guerreros, y lo terminaba rodeado de pilas de muertos. Se estremeció al pensarlo y de pronto soltó una risa que sonó como un ladrido.

—Así que nos perseguimos los unos a los otros y sólo los cuervos y los halcones engordan —dijo.

Las carcajadas se tornaron amargas y Temujin esperó con paciencia a que recobrará el control.

—Tu gente mató al khan de los Lobos —le recordó Temujin.

No mencionó a Borte. Esa herida era todavía demasiado reciente como para permitir que traspasara sus labios.

—Lo sé —contestó el tártaro—. Sé quién nos lo entregó, también. No fue uno de los míos.

Temujin se echó hacia delante, con un brillo feroz en los ojos amarillos.

—Has jurado decirme todo cuanto sepas —murmuró—. Habla y salvarás la vida.

El prisionero agachó la cabeza mientras pensaba.

—Desátame las ataduras, primero.

Temujin desenvainó la espada que aún estaba salpicada de la sangre de los hombres que había matado. El tártaro empezó a volverse, extendiendo los brazos para que le cortara las cuerdas. En vez de eso, sintió el frío metal en su garganta.

—Dímelo —ordenó Temujin.

—El khan de los olkhun'ut —dijo el tártaro—. Le pagamos con plata por avisarnos.

Temujin dio un paso atrás. El tártaro se puso derecho otra vez, con los ojos enloquecidos.

—Allí es donde empezó esta venganza. ¿Cuántos habéis matado ya?

—¿Por mi padre? No los suficientes —contestó Temujin—. Ni mucho menos. — Pensó otra vez en su mujer y en la frialdad que había surgido entre ellos—. Ni siquiera he empezado todavía a saldar cuentas con tu gente.

Temujin no separó los ojos del tártaro mientras la puerta se abría. Al principio, ninguno de ellos miró a ver quién había entrado en la ger, luego el tártaro se movió y alzó la vista. Dejó escapar un grito ahogado al ver a Yuan de pie frente a él, con expresión adusta.

—¡Te conozco! —dijo el tártaro, tratando de desatarse las ligaduras de las muñecas con desesperación. Volvió el rostro hacia Temujin, claramente aterrorizado—. Por favor, puedo...

Con un raudo movimiento, Yuan desenvainó y mató al tártaro de un solo tajo. Su hoja le seccionó el cuello, y la sangre empezó a salir a chorro de la herida.

Temujin reaccionó con la velocidad del rayo: cogió a Yuan de la muñeca y lo empujó hacia atrás hasta que su espalda chocó contra el entramado de mimbre que constituía la pared de la ger y lo inmovilizó allí. Sujetó a Yuan por la garganta y por la mano, con una expresión en el rostro que reflejaba toda la furia que sentía.

—Le dije que viviría —dijo Temujin—. ¿Quién eres tú para deshonrar mi palabra?

Yuan no podía contestar. Los dedos que le atenazaban la garganta eran duros como el acero y la cara se le empezó a amoratar. Temujin apretó los huesos de su muñeca hasta que la espada resbaló de sus dedos y luego lo zarandeó con rabia, maldiciendo.

Sin previo aviso, Temujin lo soltó y Yuan cayó de rodillas. Después alejó su espada de una patada antes de que pudiera recuperarse.

—¿Qué secretos guardaba, Yuan? ¿Cómo es que te conocía?

Cuando habló, la voz de Yuan era un áspero graznido y los cardenales estaban empezando a aparecer en su cuello.

—No sabía nada. Quizá le hubiera visto antes, cuando mi amo viajó al norte. Creí que te estaba atacando.

—¿De rodillas? ¿Con las manos atadas? Eres un mentiroso —se mofó Temujin. Yuan alzó la vista, con ojos centelleantes.

—Si me retas, aceptaré tu desafío. No cambia nada.

Temujin le abofeteó con tanta fuerza que la cabeza de Yuan cayó hacia un lado.

Detrás de ambos, la puerta se abrió de nuevo y entraron Arslan y Kachiun a la

carrera, con las armas en la mano. Las tiendas no protegían demasiado la privacidad del interior y, como estaban cerca, habían oído la lucha. Yuan hizo caso omiso de las espadas, aunque su hosca mirada se posó un instante en Arslan. Mientras le observaban, respiró hondo y cerró los ojos.

—Estoy listo para morir, si decidís quitarme la vida —dijo con calma—. Es cierto lo que has dicho, te he deshonrado.

Temujin tamborileó con los dedos de una mano sobre la otra mientras observaba a Yuan, de rodillas en el suelo.

—¿Cuánto tiempo lleva Wen Chao entre los míos, Yuan? —preguntó.

Cuando respondió, dio la impresión de que Yuan tenía que hacer un gran esfuerzo de voluntad, como si regresara de muy lejos.

—Dos años —dijo.

—Y antes de él, ¿a quién envió tu primer ministro?

—No lo sé —repuso Yuan—, entonces yo todavía estaba en el ejército.

—Tu amo ha negociado con los tártaros —continuó Temujin.

Yuan no respondió y sostuvo la mirada sin pestañear.

—He oído que el khan de los olkhun'ut traicionó a mi padre —dijo Temujin con suavidad—. ¿Cómo pudieron los tártaros acercarse a una tribu tan grande para organizar algo así? Haría falta un intermediario neutral en quien ambos confiaran, ¿no es así?

Oyó a Kachiun dar un grito ahogado al asimilar lo que acababa de oír.

—¿Fuiste tú también a visitar a los olkhun'ut? ¿Antes que a los keraítas? —prosiguió Temujin, presionándolo.

Yuan permaneció inmóvil, parecía como si estuviera hecho de piedra.

—Hablas de un momento anterior a la llegada de mi amo a estas tierras —dijo Yuan—. Estás buscando secretos donde no los hay.

—Antes de Wen Chao, me pregunto quién más ha estado entre nosotros —dijo Temujin, en un murmullo—. Me pregunto cuántas veces más los Jin han enviado a sus hombres a mis tierras para traicionar a mi pueblo. Me pregunto qué promesas han hecho.

El mundo que esa misma mañana le parecía tan sólido se estaba desmoronando a su alrededor. Eran demasiadas revelaciones a la vez para poder digerirlas sin más, y Temujin empezó a respirar con dificultad, casi mareado.

—No quieren que nos fortalezcamos, ¿verdad, Yuan? Quieren que los tártaros y los mongoles nos despedacemos entre nosotros. ¿No es eso lo que me dijo Wen Chao? ¿Que los tártaros se habían hecho demasiado fuertes, que estaban demasiado cerca de sus preciosas fronteras?

Temujin cerró los ojos, imaginando la fría mirada de los Jin estudiando las tribus. Por lo que sabía, llevaban siglos ejerciendo influencia sobre ellas de forma sutil,

haciendo que estuvieran permanentemente enfrentadas.

—¿Cuántos hombres de mi pueblo han muerto por culpa de los tuyos, Yuan? — prosiguió.

—Te he dicho todo lo que sé —contestó Yuan, levantando la cabeza—. Si no me crees, entonces quítame la vida o envíame otra vez con Wen Chao. —Su expresión se endureció mientras proseguía—. O dame una espada y permíteme defenderme de esas acusaciones.

Fue Arslan quien habló, con el rostro pálido por lo que acababa de escuchar.

—Permíteme, mi señor —le dijo a Temujin, sin separar los ojos de Yuan—. Dale una espada y lucharé contra él.

Yuan se volvió a mirar al espadero y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. Sin hablar, hizo una leve inclinación de cabeza, aceptando la propuesta.

—He oído demasiado. Que permanezca atado hasta el amanecer y entonces decidiré —concluyó Temujin.

Observó a Kachiun atarle las manos con destreza. No se resistió, no se debatió, ni siquiera cuando lo tiró a un lado de una patada. Quedó tendido junto al cadáver del tártaro que había matado, con el rostro en calma.

—Que un centinela lo vigile mientras comemos —ordenó Temujin, moviendo la cabeza—. Necesito pensar.

Bajo la primera luz del alba, Temujin caminaba arriba y abajo entre el grupo de pequeñas gers, con el rostro preocupado. No había dormido. Los exploradores que había enviado a las llanuras no habían retornado aún y sus pensamientos seguían arremolinándose en su mente sin alcanzar una respuesta. Había pasado varios años de su vida castigando a los tártaros por lo que habían hecho, por la vida de su padre y por la de los hijos a quienes debía haber guiado. Si Yesugei hubiera sobrevivido, Bekter o Temujin se habrían convertido en khan de los Lobos y Eeluk se habría mantenido leal. Había una estela de muerte y dolor que partía del día en que le habían informado de su muerte y llegaba a ése en el que se desplazaba por su campamento agitado y deprimido, con la vida destrozada. ¿Qué había logrado en esos años? Pensó en Bekter y, por un instante, deseó que estuviera vivo. El curso de su vida podría haber sido muy distinto si Yesugei no hubiera sido asesinado.

En su soledad, Temujin sintió cómo la ira se reavivaba en su pecho. El khan de los olkhun'ut merecía pagar de algún modo el sufrimiento que había causado. Temujin recordó la revelación que había experimentado como prisionero de los Lobos. No había justicia en el mundo... a menos que te la tomaras por tu propia mano. A menos que hiriera el doble de profundo de lo que había sido herido y devolviera los golpes recibidos uno por uno. Estaba en su derecho.

En la borrosa distancia, vio a dos de sus exploradores regresar al galope hacia las

tiendas. Temujin frunció el ceño al notar su urgencia, y su corazón se aceleró. Su llegada no había pasado inadvertida y el campamento fue reviviendo a su alrededor: los hombres se ponían los deels y armaduras y ensillaban a sus monturas con rápida eficiencia. Estaba orgulloso de todos ellos y se preguntó una vez más qué debía hacer con Yuan. Ya no podía confiar en él, pero le había tomado simpatía desde que le disparara una flecha al pecho en el campamento de los keraítas. No quería matarlo.

Cuando los exploradores se aproximaron, vio que Khasar, que montaba como un loco, era uno de ellos. Su caballo resoplaba con fuerza y estaba completamente cubierto de sudor. Temujin sintió cómo la alarma se propagaba entre los hombres que aguardaban noticias. Khasar no era presa del pánico con facilidad y cabalgaba sin atender a la seguridad de su caballo o la suya propia.

Temujin se esforzó en conservar la calma hasta que Khasar llegó a su lado y saltó al suelo. Los hombres debían considerarle diferente, ajeno a los miedos de los demás humanos.

—¿Qué sucede, hermano? ¿Qué te hace cabalgar a tanta velocidad? —preguntó Temujin, con voz firme.

—Más tártaros de los que jamás haya visto —respondió Khasar, jadeante—. Un ejército tan grande que hace que los que matamos parezcan una mera partida de asalto. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Dijiste que era posible que en primavera lanzaran una gran fuerza sobre nosotros, y lo han hecho.

—¿Cuántos? —exclamó Temujin.

—Más de los que he podido contar, están a un día de camino como mucho, ahora probablemente más cerca. Los que matamos eran sólo una avanzadilla. Vienen con cientos de carros, caballos. Tal vez mil hombres. Nunca he visto nada así, hermano, nunca.

—Yo también tengo noticias que darte, y no te van a gustar. Te pondré al tanto más tarde. Dale de beber a tu caballo antes de que muera. Dile a los hombres que monten y búscate otro caballo para ti. Quiero ver a ese ejército que es capaz de asustar a mi hermano pequeño —dijo Temujin haciendo una mueca.

Khasar bufó.

—No he dicho que me hayan asustado, pero pensé que querías saber que toda la nación tártara viene hacia aquí en busca de tu cabeza. Eso es todo. —La idea le hizo sonreír—. Por todos los espíritus, Temujin. Los hemos provocado una y otra vez, y ahora están rugiendo de furia. —Miró a los hombres que estaban a su alrededor, escuchando cada palabra que pronunciaban—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Espera, Khasar. Hay algo que tengo que hacer antes —señaló Temujin.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la ger donde Yuan había pasado la noche y desapareció en su interior. Arslan y Kachiun fueron tras él y los tres salieron al poco escoltando a Yuan, que se frotaba las muñecas liberadas de las ataduras, hasta la gris

luz de la mañana. Khasar se quedó estupefacto, preguntándose qué había sucedido en su ausencia.

Temujin se dirigió al soldado Jin.

—Había llegado a considerarte mi amigo, Yuan. No puedo matarte hoy —dijo. Mientras Yuan permanecía en silencio, Temujin acercó un caballo ensillado y le entregó las riendas—. Vuelve con tu amo —añadió Temujin.

Yuan montó con agilidad y se quedó largo tiempo mirando a Temujin.

—Te deseo buena suerte, mi señor —expresó Yuan, por fin. Temujin dio una palmada en la grupa del caballo y Yuan se alejó al trote, sin volver la vista atrás.

Khasar se reunió con sus hermanos mientras lo seguía con la mirada.

—Supongo que eso significa que el ala izquierda es mía —dijo. Temujin se rió.

—Encuentra un caballo nuevo, Khasar, y tú también, Kachiun. Quiero ver lo que viste. —Miró en derredor buscando a Jelme, que ya había montado y estaba listo para partir—. Regresa con los hombres a ver a los keraítas y diles que se está reuniendo un ejército. Togrul tendrá que luchar o escapar, como guste.

—Y nosotros ¿qué? —dijo Khasar, desconcertado—. Necesitamos más de sesenta guerreros. Necesitamos más hombres de los que los keraítas pueden llevar al campo de batalla.

Temujin giró el rostro hacia el sur, lleno de amargos recuerdos.

—Cuando haya visto esas huestes invasoras con mis propios ojos, volveremos a las tierras que circundan la colina roja —explicó—. Encontraré a los hombres que necesitamos, pero antes tenemos otro enemigo contra el que luchar. —Su rostro adoptó una expresión tan sombría que ni siquiera Khasar se atrevió a hablar. La voz de Temujin era tan baja que resultaba casi inaudible—. Mis hermanos y yo tenemos una deuda que saldar con los olkhun'ut, Arslan. Podríamos morir todos. No tienes que venir con nosotras.

Arslan negó con la cabeza. No miró a Jelme, aunque sintió los ojos de su hijo posarse sobre él.

—Eres mi khan —respondió.

—¿Y es suficiente? —preguntó Temujin.

Arslan asintió con lentitud.

—Lo es todo.

Temujin mantuvo los brazos extendidos mientras los siervos de los olkhun'ut lo cacheaban concienzudamente. Khasar y Arslan consintieron a su vez que esas mismas manos registraran hasta el último rincón de su cuerpo. Los hombres que hacían guardia ante la ger de Sansar percibieron el ánimo hostil de los visitantes y no dejaron ni un resquicio sin comprobar. Los tres hombres llevaban armaduras Jin sobre sus deels de verano y las camisas de seda robadas a los tártaros. Temujin fulminó con la mirada a los vasallos mientras recorrían con los dedos las extrañas placas cosidas al pesado tejido. Uno de los hombres empezó a hacer un comentario sobre ellas, pero Temujin eligió ese momento para alejar su mano de un golpe, como si le irritara aquella afrenta a su dignidad. El corazón le latía deprisa mientras aguardaba el encuentro con su más antiguo enemigo.

A su alrededor, los curiosos olkhun'ut se habían reunido, charlaban entre sí y señalaban a aquellos hombres de extraño atuendo que habían perturbado su actividad matutina. Temujin no vio al viejo Sholoi entre ellos, pero sí a su tío, nada alegre de verlo de nuevo, y a Koke, que se había hecho con sus espadas otra vez y luego había desaparecido en la tienda del khan para anunciar su llegada. El joven guerrero había recogido sus espadas con una especie de desprecio en el rostro. Con sólo una mirada notó que no eran de la misma calidad que las que llevaba antes Temujin. El trabajo de los tártaros era basto, y las hojas tenían que ser afiladas con más frecuencia que el acero de Arslan, que era mejor.

—Puedes entrar —dijo por fin uno de los siervos—. Y tú —añadió señalando a Khasar—. Tu amigo tendrá que esperar fuera.

Temujin ocultó su consternación. No estaba seguro de poder confiar en que Khasar mantuviera la calma, pero Kachiun había tenido otras tareas que atender esa mañana. No se molestó en responder y se agachó para atravesar la pequeña puerta, mientras las ideas se agolpaban en su mente.

Por una vez, Sansar no estaba sentado en el gran trono que dominaba la ger que utilizaba para los encuentros formales. Cuando Temujin entró, estaba hablando en voz baja a otros dos de sus vasallos. Koke estaba a un lado, observándolos. Sus espadas estaban amontonadas con descuido contra la pared, lo que indicaba su valor.

Al oír el crujido de la puerta, Sansar interrumpió sus murmullos y se dirigió a su asiento. Temujin vio que se movía con precaución, como si tuviera los huesos quebradizos por la edad. El khan seguía pareciendo una vieja serpiente, con la cabeza rapada y los ojos hundidos, que nunca se quedaban quietos. A Temujin le resultaba difícil mirarle sin revelar el odio que sentía, pero adoptó una expresión imperturbable. Los vasallos se situaron en posición a ambos lados de su amo y contemplaron con hostilidad a los recién llegados. Temujin se obligó a recordar las

cortesías debidas al khan de una poderosa tribu.

—Me siento honrado de estar en tu presencia, mi señor Sansar —dijo.

—Una vez más —repuso Sansar—. Creí que no te volvería a ver. ¿Por qué vienes a mi casa a molestarme, Temujin? Me da la sensación de que te veo más a ti que a mis propias mujeres. ¿Se puede saber qué más quieres de mí?

Temujin vio sonreír a Koke por el rabillo del ojo, y el tono del khan hizo que le subiera la sangre a la cabeza. Notó rebullir con irritación a Khasar y le lanzó una mirada de advertencia antes de empezar a hablar.

—Quizás hayas oído que el ejército de los tártaros está avanzando a toda velocidad desde las estepas del norte. Los he visto con mis propios ojos y he venido a alertarte.

Sansar soltó una risita seca.

—Todo nómada y todo pastor de la región habla de ellos. Los olkhun'ut no tienen ninguna cuenta pendiente con los tártaros. Hace cuarenta años, antes de que yo fuera khan, que no nos desplazamos tan al norte.

Se inclinó hacia delante en su silla con los ojos brillantes, mirando a los dos hombres que tenía ante sí.

—Los has incitado a la guerra, Temujin, con tus incursiones. Debes aceptar las consecuencias. Temo por ti, ésa es la verdad. —El tono desmentía sus palabras, y Temujin deseó que Khasar guardara silencio como le había ordenado.

—No respetarán siquiera a las tribus que no tienen ninguna deuda con ellos, mi señor —continuó Temujin—. He visto mil guerreros, con igual número de mujeres y niños, en su campamento. Han entrado en nuestras tierras en mayor número de lo que puedo recordar.

—Estoy horrorizado —dijo Sansar, sonriendo—. Entonces ¿qué propones que hagamos?

—Interponernos en su camino —soltó Temujin, perdiendo él mismo los estribos ante el evidente tono burlón del anciano.

—¿Con los keraítas? Sí, he oído que os habéis aliado, Temujin. Las noticias se propagan con rapidez, cuando el tema es así de interesante. Pero ¿basta con eso? No creo que Togrul pueda aportar más de trescientos guerreros a esa fiesta en concreto.

Temujin respiró hondo, controlándose.

—Los arqueros olkhun'ut tienen una excelente reputación, mi señor. Con trescientos de tus hombres, podría...

Se interrumpió cuando Sansar se echó a reír, mirando a Koke y a sus dos vasallos. Sansar advirtió la expresión enfadada de Temujin y Khasar y trató de recobrar la seriedad.

—Lo siento, pero la idea era tan... —negó con la cabeza—. ¿Has venido a rogar

que te entregue a mis guerreros? ¿Esperas que todas las huestes de los olkhun'ut os sigan cabalgando bajo tu mando? No.

—Los tártaros acabarán con nuestras tribus, una por una —dijo Temujin, dando un paso adelante en su urgencia por persuadir al khan. Los vasallos vieron el movimiento y se pusieron tensos, pero Temujin hizo caso omiso de ellos—. ¿Cuánto tiempo estaréis a salvo cuando los keraítas hayan sido destruidos? ¿Cuánto tiempo sobrevivirán los quirai, los naimanos, los Lobos? Hemos estado distanciados durante tanto tiempo que creo que olvidas que somos un mismo pueblo.

Sansar se quedó muy quieto, observando a Temujin desde las cuevas de sus ojos oscuros.

—No tengo hermanos entre los keraítas —dijo por fin, con una voz que era sólo un susurro—. Los olkhun'ut se han fortalecido sin su ayuda. Deberás quedarte aguardando el ataque o correr, pero por tu cuenta, Temujin. No tendrás a mis guerreros a tu lado. Ésa es mi respuesta. No obtendrás otra de mí.

Por un momento, Temujin guardó silencio. Cuando habló, fue como si le estuvieran arrancando las palabras.

—Tengo bolsas llenas de lingotes de oro que les hemos arrebatado a los tártaros. Dime un precio por hombre y te los compraré.

Sansar echó la cabeza hacia atrás para reírse, y Temujin actuó. Con un violento movimiento, arrancó una de las placas de su armadura, saltó hacia delante y la clavó en la desnuda garganta de Sansar. La sangre le salpicó la cara mientras le segaba el cuello con el borde de metal, haciendo caso omiso de las manos de Sansar que se clavaban como garras en su brazo.

Los vasallos no estaban preparados para reaccionar ante aquella muerte repentina. Cuando se recobraron de la impresión y desenvainaron las espadas, Khasar ya se había adelantado y le dio un puñetazo en la nariz al hombre que tenía más cerca. Él también arrancó una pieza de hierro afilado de la zona de la armadura en la que habían debilitado los hilos. La utilizó para cortarle el cuello al segundo guerrero con un tajo salvaje. El vasallo retrocedió tambaleándose y cayó con gran estruendo al suelo de madera. Las tripas del guerrero, que aún agitaba las piernas espasmódicamente, se vaciaron, y un olor acre se extendió por el aire.

Temujin se retiró del maltrecho cuerpo del khan que, cubierto de sangre, luchaba por respirar. El vasallo al que Khasar había derribado de un puñetazo se levantó, ciego de furia, pero Khasar había cogido la espada de su compañero. Cuando se encontraron, Temujin saltó de la silla, chocando contra el hombre de Sansar y arrojándolo al suelo. Mientras Temujin lo sujetaba, Khasar le hundió la hoja en el pecho, moviéndola adelante y atrás hasta que él también dejó de agitarse.

Ya sólo quedaba Koke en pie, con la boca abierta, enmudecido por el terror. Cuando Temujin y Khasar volvieron sus duras miradas hacia él, retrocedió hasta la

pared y sus pies chocaron contra las espadas tártaras. Agarró una desesperado y la sacó de su funda de un tirón.

Temujin y Khasar intercambiaron una mirada. Temujin recogió la segunda espada y ambos avanzaron hacia él con actitud deliberadamente amenazante.

—Soy tu primo —dijo Koke. La mano que sostenía la espada temblaba visiblemente—. Déjame vivir, por tu madre, al menos.

Temujin oyó gritos de alarma que venían de fuera. Los guerreros de los olkhun'ut se estarían reuniendo, sus vidas pendían de un hilo.

—Suelta la espada y vivirás —le respondió.

Khasar miró a su hermano, pero Temujin negó con la cabeza. La espada de Koke cayó al suelo con un ruido metálico.

—Ahora, sal —ordenó Temujin—. Corre si quieres, no te necesito.

Koke casi rompió los goznes en su precipitación por abrir la puerta. Temujin y Khasar se quedaron un instante en silencio, mirando la garganta abierta del khan de los olkhun'ut. Sin una palabra, Khasar se acercó a la silla y le dio una patada al cadáver. La fuerza del golpe hizo que resbalara y quedara despatarrado a sus pies.

—Cuando veas a mi padre, dile cómo moriste —le dijo Khasar al difunto khan en un murmullo.

Temujin vio dos espadas que conocía muy bien en la pared y alargó la mano hacia ellas. Podían oír los gritos y el alboroto de los hombres que se estaban reuniendo en el exterior. Miró a Khasar con sus fríos ojos amarillos.

—Y ahora, hermano, ¿estás listo para morir?

Salieron al sol primaveral y sus miradas se movieron rápidas a derecha y a izquierda para juzgar lo que les aguardaba. Arslan se encontraba a un paso de la puerta, con dos cadáveres a sus pies. La noche anterior habían discutido en profundidad todos los detalles del plan, pero no había modo de saber qué sucedería a continuación. Temujin se encogió de hombros cuando su mirada se encontró con la de Arslan. No esperaba sobrevivir a los siguientes minutos. Les había dado a ambos una oportunidad para escapar, pero habían insistido en quedarse con él.

—¿Está muerto? —preguntó Arslan.

—Sí —contestó Temujin.

Cogió las viejas espadas de Arslan y le puso al espadero la suya en la mano. Arslan sabía que tal vez no la sujetaría durante mucho tiempo, pero hizo una inclinación de cabeza al cogerla y dejó caer al suelo la tártara que llevaba. Temujin miró por encima del hombro de Arslan hacia el caos en el que estaban inmersos los guerreros olkhun'ut. Muchos de ellos sostenían arcos tendidos, pero, sin órdenes que obedecer, vacilaban, y Temujin aprovechó esa oportunidad antes de que se calmaran y les dispararan.

—¡Quietos! ¡Y callados! —gritó al gentío con un rugido.

Si acaso, el tumulto de los gritos y del terror se incrementó, pero los que estaban más próximos se detuvieron y se quedaron mirándole. A Temujin le recordaron la forma en que los animales podían quedarse inmóviles, atrapados por la mirada del cazador hasta que era demasiado tarde.

—Reclamo a los olkhun'ut por derecho de conquista —bramó, intentando que le oyera el mayor número posible de personas—. No os haré daño, os lo juro.

Miró a su alrededor, calculando el nivel de miedo e ira que sentían. Algunos de los guerreros parecían estar incitando a los demás, pero todavía no había ninguno dispuesto a precipitarse hacia la ger del khan y matar a los hombres que aguardaban frente a la puerta llenos de seguridad en sí mismos.

Por instinto, Temujin dio dos pasos hacia delante, avanzando hacia un grupo de vasallos de Sansar. Eran guerreros curtidos y sabía que entre ellos el riesgo era mayor. Una sola palabra equivocada, una sola duda, y estallarían en un arrebato de violencia, demasiado tardío para salvar al hombre que habían jurado proteger. La humillación y la ira se debatían en sus rostros cuando Temujin alzó de nuevo la voz.

—Soy Temujin de los Lobos. Conocéis mi nombre. Mi madre era una olkhun'ut. Mis hijos lo serán. Reclamo el derecho de herencia por vínculos de sangre. Con el tiempo, reuniré a todas las tribus bajo mi estandarte.

Los vasallos seguían sin reaccionar. Temujin mantuvo la hoja baja, junto a sus pies, sabiendo que levantarla provocaría su muerte. Vio varios arcos tendidos apuntando hacia él y se obligó a mostrar un rostro en calma. ¿Dónde estaba Kachiun? Su hermano tenía que haber oído el tumulto.

—No temáis cuando oigáis los cuernos de los vigías —dijo en tono más bajo a los vasallos—. Serán mis hombres, pero tienen órdenes de no tocar a mi pueblo.

Habían empezado a perder la pálida estupefacción de los primeros momentos y Temujin no sabía qué harían a continuación. Los que estaban más cerca parecían estar escuchando.

—Sé que estáis furiosos, pero recuperaréis el honor cuando lleve a mi pueblo contra los tártaros —les dijo—. Vengaréis la muerte de mi padre y seremos una única tribu en las llanuras, un solo pueblo. Como siempre habría tenido que ser. Hagamos que los tártaros nos teman. Hagamos que los Jin nos teman.

Vio que sus tensas manos empezaban a relajarse y se esforzó para que su rostro no revelara la sensación de triunfo que sentía. Oyó sonar los cuernos de alarma y, una vez más, trató de tranquilizar a la multitud.

—Ni uno solo de los olkhun'ut sufrirá daño, lo juro por el alma de mi padre. No de mano de mis hombres. Dejadles entrar y considerad el juramento que os pediré que toméis.

Miró a su alrededor al gentío y se encontró con que todos le estaban mirando, con que todos los ojos estaban clavados en los suyos.

—Habéis oído decir que soy un lobo salvaje para los tártaros, que soy su azote. Habéis oído que siempre cumplo con mi palabra. Ahora os digo que los olkhun'ut están a salvo bajo mi mando.

Vio que Kachiun había llegado y avanzaba entre la muchedumbre cabalgando despacio con sus diez hombres, más aliviado de verlos de lo que podía expresar con palabras. Algunos de los olkhun'ut seguían paralizados en su sitio y tuvieron que empujarlos suavemente a un lado con los caballos para poder pasar. La gente permaneció en silencio mientras Kachiun y sus hombres desmontaban.

Kachiun no sabía qué esperaba encontrar, pero quedó asombrado al ver a los olkhun'ut congelados mirando fijamente a su hermano. Para su sorpresa, Temujin lo abrazó enseguida, desbordado por unas emociones que ponían en peligro lo que había ganado.

—Veré a los vasallos en privado y aceptaré su juramento —dijo Temujin al gentío. En el silencio, todos pudieron oírle—. Al atardecer, aceptaré el vuestro. No tengáis miedo. Mañana el campamento se desplazará hacia el norte para unirnos a los keraítas, nuestros aliados.

Miró a su alrededor, viendo que habían bajado por fin los arcos. Hizo una rígida inclinación de cabeza a los arqueros.

—He oído que los olkhun'ut son temibles en combate —dijo—. Demostraremos a los tártaros que no pueden entrar en nuestras tierras sin recibir castigo.

Desde la retaguardia, un hombre de anchas espaldas se abrió paso a empujones entre la multitud. A un chico que tardó demasiado en moverse le aporreó en la cabeza con el dorso de la mano, dejándole inconsciente.

Temujin lo vio venir y su triunfo empezó a evaporarse. Sabía que Sansar tenía hijos. El que se acercaba tenía las facciones de su padre, aunque su constitución era más robusta. Quizás el mismo Sansar hubiera sido fuerte una vez.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó con autoridad mientras avanzaba.

Los vasallos se giraron a mirarlo y muchos de ellos agacharon la cabeza de manera automática. Temujin apretó la mandíbula, preparándose por si se abalanzaban sobre él. A su lado, notó cómo se tensaba el cuerpo de sus hermanos y al instante las manos de todos los hombres aferraban una espada o un hacha.

—Tu padre está muerto —dijo Temujin—. He reclamado la tribu.

—¿Quién eres tú para hablar así? —exclamó. Antes de que Temujin pudiera responder, el hijo de Sansar gritó una orden a los vasallos, que estaban dispuestos para intervenir—. Matadlos a todos.

Ninguno de ellos se movió, y Temujin sintió que una chispa de esperanza retornaba a su maltrecho espíritu.

—Es demasiado tarde —dijo con suavidad—. Los he reclamado por vínculo de sangre y por conquista. No hay lugar para ti, aquí.

El hijo de Sansar abrió la boca, asombrado, y miró a su alrededor a la gente que conocía de toda la vida. Los hombres desviaron la mirada y poco a poco su expresión se fue endureciendo. Temujin vio que no le faltaba valor. Tenía los ojos de su padre, que se movían constantemente, inquietos, mientras valoraba la nueva situación. Al final hizo una mueca.

—Entonces reclamo el derecho de desafiarte delante de todos. Si quieres tomar el lugar de mi padre, tendrás que matarme, si no te mataré yo.

Habló con absoluta seguridad, y Temujin sintió una punzada de admiración hacia aquel hombre.

—Acepto —dijo—. Aunque no sé tu nombre.

El hijo de Sansar empezó a hacer movimientos circulares con los hombros, para relajarlos.

—Mi nombre es Paliakh, khan de los olkhun'ut.

Era una afirmación valiente, y Temujin inclinó la cabeza en vez de refutarla. Caminó hacia Arslan y le cogió la espada de las manos.

—Mátalo con rapidez —susurró Arslan entre dientes—. Si empiezan a aclamarlo, estamos muertos.

Temujin lo miró a los ojos sin responder, se volvió a Paliakh y le lanzó la espada, observando cómo la recogía para juzgar su habilidad. Frunció el ceño. La vida de todos ellos dependía ahora de su propia destreza y de los interminables asaltos de entrenamiento con Arslan y Yuan.

Paliakh movió la espada en el aire, enseñando los dientes. Se mofó de Temujin cuando se le acercó.

—¿Con esa armadura? ¿Y por qué no haces que me disparen desde lejos sin más? ¿Te da miedo enfrentarte a mí sin ella?

Temujin habría hecho caso omiso de sus palabras si los E olkhun'ut no hubieran emitido un murmullo de aprobación. Extendió los brazos y esperó a que Arslan y Kachiun desataran los paneles. Debajo de ellos, llevaba sólo una ligera túnica de seda y gruesos pantalones de algodón. Elevó la hoja ante los ojos de todos los hombres y mujeres olkhun'ut.

—Ven hacia mí —dijo Temujin.

Paliakh rugió y se abalanzó sobre él como un rayo, con la espada levantada por encima de la cabeza, tratando en su furia de decapitar a Temujin con un único golpe. Temujin dio un paso a la izquierda para esquivarlo, a la vez que asestaba un rápido tajo en el pecho de Paliakh. Le abrió un profundo corte en un costado, que el hijo de Sansar no pareció sentir. La hoja giró a toda velocidad y Temujin tuvo que levantar la suya para rechazarle. Forcejearon frente a frente durante unos momentos, antes de que Paliakh se lo quitara de encima con un empujón de su mano libre. Temujin aprovechó ese instante para atacar y el borde afilado de la hoja seccionó el cuello de

su rival.

Paliakh trató de escupir la sangre que brotaba de su garganta. La espada de Arslan le resbaló de los dedos y se llevó ambas manos al cuello, tratando de sujetárselo con terrible fuerza. Bajo la mirada de Temujin, se volvió como si fuera a marcharse, y entonces cayó de cara y se quedó inmóvil. Un suspiro recorrió el gentío, y Temujin los observó con frialdad, preguntándose si lo despedazarían. Vio que Koke estaba entre ellos, con la boca abierta, horrorizado. Cuando sus miradas se encontraron, su primo dio media vuelta y se alejó avanzando a empujones entre la multitud.

El resto de los olkhun'ut se lo quedaron mirando fijamente como borregos, y Temujin notó que la paciencia empezaba a faltarle. Pasó entre ellos con amplias zancadas hasta una hoguera y cogió una tea en llamas de debajo de la olla. Dándoles la espalda, tocó con ella los bordes de la ger del khan, observando con expresión sombría cómo se propagaba el fuego y empezaba a ascender prendiendo el fieltro seco. Ardería bien y ahorraría a los vasallos la vergüenza de ver el cadáver de su khan.

—Dejadnos ahora, hasta el anochecer —gritó a la muchedumbre—. Siempre hay trabajo que hacer y nos marcharemos cuando amanezca. Estad preparados para entonces.

Los observó con fijeza hasta que la atónita multitud empezó a alejarse, dispersándose en pequeños grupos para hablar de lo que había ocurrido. Se volvieron muchas veces a mirar a las figuras que rodeaban la tienda en llamas, pero Temujin no se movió hasta que los únicos que quedaron a su lado fueron los vasallos.

Los hombres que Sansar había elegido como su guardia personal eran menos de los que le habían parecido a Temujin. Hacía varias generaciones que los olkhun'ut no entraban en guerra, y hasta los Lobos tenían a más hombres armados protegiendo a su khan. Aun así, el grupo era más numeroso que el que había venido con Kachiun y se produjo una incómoda tensión entre ambos cuando se quedaron solos.

—No molestaré a las esposas e hijos pequeños de Sansar esta noche —les dijo Temujin—. Les permitiremos llorar su pérdida con dignidad. No sufrirán por mi mano, ni serán abandonados como lo fui yo.

Algunos de los guerreros asintieron, en señal de aprobación. Todos conocían la historia de los hijos y la esposa de Yesugei. Había sido transmitida de una tribu a otra hasta que había entrado a formar parte de la infinidad de cuentos y mitos que narraban los contadores de leyendas.

—Estáis invitados a compartir mi hoguera —prosiguió Temujin.

Habló como si no existiera la posibilidad de que su oferta fuera rechazada, y tal vez por eso ninguno de ellos protestó. No sabía ni le importaba la razón. Una inmensa fatiga había descendido sobre él, y se dio cuenta de que tenía hambre y de que estaba tan sediento que apenas podía hablar.

—Haced que nos traigan comida mientras hablamos sobre la guerra que está por venir —pidió—. Necesito hombres inteligentes para que sean mis oficiales y todavía no sé cuál de vosotros dará órdenes y cuál las obedecerá.

Esperó a que Kachiun y Khasar dispusieran la leña en un entramado sobre el fuego, que creció y se avivó. Por fin, Temujin tomó asiento en el suelo, junto a las llamas. Sus hermanos y Arslan se unieron a él y los demás los imitaron, hasta que todos ellos estuvieron sentados en el frío suelo, observando con cierto recelo a la nueva fuerza que había entrado en sus vidas.

Que los olkhun'ut se dirigieran a los keraítas para algo distinto a combatir era un hecho sin precedentes, y los guerreros de ambos bandos estaban nerviosos. Las dos tribus estaban avanzando, pues Togrul deseaba que la distancia entre su pueblo y los invasores tártaros, que estaban descendiendo hacia el sur, se mantuviera.

Temujin había mandado a Kachiun que se adelantara para informar a Togrul, pero aunque se hallaban sobre aviso, los keraítas se habían armado, habían montado a sus caballos y habían adoptado una formación defensiva alrededor del centro de su campamento. Los cuernos emitían una y otra vez su lúgubre nota en el aire inmóvil. Temujin hizo avanzar al pueblo de su madre hasta que ambos grupos pudieron verse, a unos dos mil pasos de distancia. Entonces dio el alto y cabalgó hasta el centro con Khasar, Arslan y diez de los vasallos de Sansar. Dejó a sus propios hombres junto a los carromatos, vigilando todos los ángulos por si se producía un ataque sorpresa. La tensión era patente y no hacía falta que les conminara a estar alerta. A pesar de que los keraítas se estaban retirando hacia el sur, los tártaros no podían estar a más de dos semanas de camino, y todavía no estaban preparados para responder a un posible ataque de ellos.

Desmontó en la verde hierba y permitió que su caballo bajara la cabeza y empezara a mordisquearla. En la distancia, divisó a Togrul y se preguntó distraídamente cómo iba a encontrar un caballo que pudiera con él. Esbozó una sonrisa irónica cuando lo vio aparecer montado en un carro tirado por dos caballos negros, a los que fustigaba con las riendas para que se dirigieran al grupo de Temujin. Wen Chao iba con él, y los siervos de los keraítas, provistos de arcos y espadas, formaban un apretado cuadrado en torno a su amo.

Temujin levantó las manos cuando se acercaron lo suficiente para poder oírle, con el fin de mostrar que estaban vacías. Era un gesto sin sentido, teniendo en cuenta que estaba rodeado de hombres armados, pero no quería preocupar a Togrul más de lo que ya lo había hecho. Necesitaba el apoyo de aquel orondo khan.

—Sé bienvenido a mi campamento, Togrul de los keraítas —exclamó Temujin—. Será un honor otorgarte derechos de hospitalidad.

Togrul desmontó con enorme cuidado, manteniendo una expresión pétrea en su mofletuda cara. Cuando estuvo a un par de pasos de Temujin, miró por encima de su hombro y contempló las filas de guerreros y la masa de los olkhun'ut en formación. La asamblea de guerreros era casi tan nutrida como la suya y se mordió el labio inferior antes de hablar.

—Los acepto, Temujin —respondió. Algo en los ojos de Temujin le movió a continuar—. ¿Eres ahora el khan de los olkhun'ut? No lo entiendo.

Temujin eligió sus palabras con cautela.

—Los he reclamado por derecho de madre y esposa. Sansar está muerto y se han unido a mí para combatir a los tártaros.

Conociéndole, Temujin había dispuesto que se encendieran las hogueras para cocinar en cuanto los olkhun'ut se detuvieran en la verde llanura. Mientras hablaba, fueron apareciendo enormes bandejas de cordero y cabra asados y el suelo se cubrió con grandes telas blancas de fieltro. Como anfitrión, normalmente Temujin se habría sentado el último, pero quería que Togrul se tranquilizara, así que se sentó sobre el fieltro con las piernas dobladas. Tras ese gesto, el khan de los keraítas no tenía elección y se acomodó frente a él, haciendo gestos a Wen Chao para que se les uniera. Temujin empezó a relajarse y no se volvió mientras Khasar y Arslan tomaban asiento con los demás. Por cada uno de ellos se sentó también un guerrero de los keraítas, hasta que las fuerzas estuvieron equilibradas. A espaldas de Temujin, el pueblo de los olkhun'ut aguardaba y observaba a su nuevo khan en silencio.

También Yuan estaba presente, y agachó la cabeza para no mirar a Temujin cuando se acuclilló para sentarse en la gruesa alfombra de fieltro. Wen Chao lanzó una mirada furtiva a su primer soldado y frunció el ceño.

—Si nadie más va a preguntarlo, Temujin —empezó Togrul—, ¿cómo es que te marchaste con una docena de hombres y ahora vuelves con una de las tribus más grandes bajo tu mando?

Temujin señaló la comida con un ademán antes de responder, y Togrul empezó a comer casi automáticamente, sus manos se movían con independencia de sus agudos ojos.

—El Padre Cielo me protege —dijo Temujin—. Recompensa a aquellos miembros de nuestro pueblo que reaccionan cuando alguien amenaza nuestras tierras.

No quería hablar de cómo había acabado con Sansar en su propia ger, no delante de un hombre que necesitaba como aliado. Podría suscitar fácilmente los temores de Togrul hacia el comandante de sus tropas.

Era evidente que la respuesta no había satisfecho a Togrul, que abrió la boca dispuesto a volver a hablar, dejando a la vista una papilla de carne y salsa. Antes de que prosiguiera, sin embargo, Temujin intervino con rapidez.

—Los he reclamado por vínculo de sangre, Togrul, y no me han rechazado. Lo que importa es que tengamos suficientes hombres para destruir a los tártaros cuando éstos lleguen.

—¿Cuántos has traído? —preguntó Togrul, masticando afanosamente.

—Trescientos jinetes, bien armados —repuso Temujin—. Tú puedes igualar esa cifra.

—Nos dijiste que los tártaros eran más de mil —intervino de repente Wen Chao.

Temujin posó su mirada ambarina en el embajador de los Jin sin responder. Notó

que Yuan lo estaba observando, y se preguntó cuánto sabría Wen Chao, cuánto le habría contado Yuan.

—No será fácil —le dijo Temujin a Togrul, como si Wen Chao no hubiera hablado—. Necesitaremos muchas armaduras Jin. Los olkhun'ut tienen dos hombres con forjas y la habilidad de fabricar espadas y placas. Ya les he dado órdenes explícitas. También necesitaremos proteger con corazas a nuestros caballos, cubriéndoles el cuello y el pecho con hierro y cuero. —Hizo una pausa y observó a Togrul, que lidiaba con un trozo de carne correoso—. He demostrado el éxito de nuestra táctica contra las partidas más reducidas —continuó Temujin—, aunque incluso en esos momentos nuestro grupo era inferior en número. Los tártaros no utilizan la formación de carga en una línea como nosotros, ni la formación de media luna para rodear por los flancos. —Dirigió una mirada fugaz a Wen Chao—. No le tengo miedo al hecho de que sean tan numerosos.

—Aun así, me pides que lo arriesgue todo —dijo Togrul, negando con la cabeza.

Ambos se quedaron callados, y fue Wen Chao quien interrumpió su silenciosa comunicación.

—Ese ejército de tártaros debe ser aplastado, mi señor khan —le dijo a Togrul con voz suave—. Mis amos recordarán el servicio prestado. Hay tierras destinadas para tu pueblo cuando finalice el combate. Serás su rey y nunca más tendrás que pasar hambre o enfrentarte a una guerra.

Una vez más, Temujin tuvo ante sí la evidencia de que Wen Chao ejercía una peculiar influencia sobre el gordo khan, y su desagrado hacia el embajador de los Jin se incrementó aún más. Por mucho que sus necesidades fueran las mismas, no le gustaba ver a alguien de su propio pueblo subyugado por el diplomático extranjero.

Para ocultar su irritación, Temujin empezó a comer, deleitándose en el sabor de las hierbas que empleaban los olkhun'ut. Se percató de que sólo entonces Wen Chao lo imitó y alargó la mano hacia las bandejas. Aquel hombre estaba demasiado habituado a las intrigas, se dijo Temujin. Eso le hacía peligroso.

Togrul también había percibido el gesto, y durante un instante se quedó mirando la carne que tenía en la mano antes de embutírsela en la boca con un encogimiento de hombros.

—¿Quieres comandar a los keraítas? —inquirió Togrul.

—En esta batalla sí, como hice la otra vez —respondió Temujin. Ésa era la cuestión principal, y no podía reprocharle a Togrul que desconfiara—. Ahora tengo mi propia tribu, Togrul. Muchos me buscan para obtener seguridad y liderazgo. Cuando hayamos aplastado a los tártaros, me desplazaré hacia el sur y permaneceré en tierras más cálidas durante un año o así. Ya he soportado bastante el frío norte. La muerte de mi padre ha sido vengada y quizá encuentre la paz y pueda criar muchos hijos e hijas.

—¿Para qué luchamos si no? —Murmuró Togrul—. Muy bien, Temujin. Tendrás los hombres que necesitas. Tendrás a mis keraítas, pero cuando hayas acabado, vendrán a Oriente conmigo a tierras nuevas. No esperes que se queden cuando no nos amenace ningún enemigo.

Temujin asintió y extendió la mano. Los grasientos dedos de Togrul la estrecharon, y sus miradas, al encontrarse, expresaban el recelo de ambos.

—Ahora, estoy seguro de que a mi esposa y a mi madre les gustará reunirse con su gente —dijo Temujin, apretando con fuerza la mano de Togrul.

Togrul asintió.

—Haré que las lleven.

Y Temujin notó que el último resto de tensión se evaporaba en su interior.

Hoelun atravesó el campamento de su infancia con Borte y Eluin. Las tres mujeres iban acompañadas por Khasar y Kachiun, además de Arslan. Temujin les había advertido que no debían bajar la guardia. Aparentemente, los olkhun'ut los habían aceptado, arrastrados por la irresistible marea de acontecimientos, pero eso no significaba que estuvieran a salvo paseando con libertad entre las gers.

El embarazo de Borte estaba bastante avanzado y alteraba su paso, de modo que apenas podía seguir el ligero ritmo a Hoelun. Estaba encantada de poder visitar las familias de los olkhun'ut. Los había dejado como esposa de un mero asaltante, y volver como esposa de un khan le proporcionaba un placer exquisito. Caminaba con la cabeza alta, llamando a aquéllos que reconocía. Eluin estiraba el cuello emocionada, buscando a su familia. Cuando los vio, pasó como una flecha al lado de dos perros dormidos para abrazar a su madre. Su confianza en sí misma se había incrementado desde que llegó al campamento. Khasar y Kachiun la estaban cortejando, y a Temujin no parecía importarles que lo decidieran entre ellos. Eluin había florecido bajo su atención. Hoelun los miró mientras Eluin les anunciaba la muerte de su hermana en una voz tan baja que resultaba inaudible. Su padre se dejó caer sin fuerzas en un leño a la puerta de su tienda, con la cabeza gacha.

En cuanto a ella, Hoelun sólo sentía tristeza mientras observaba el campamento. Todos cuantos conocía habían crecido, envejecido o se habían unido a los pájaros y a los espíritus. Era una experiencia extrañamente incómoda ver las gers y las túnicas decoradas de las familias que había conocido de niña. En su mente, todo había permanecido igual, pero la realidad la enfrentaba a un montón de rostros desconocidos.

—¿Irás a ver a tu hermano, Hoelun? ¿A tu sobrino? —murmuró Borte.

Se había quedado casi en trance mirando la reunión de Eluin.

Hoelun notó el anhelo en la joven esposa de su hijo. No había hablado de hacer una visita a su propio hogar.

En la distancia, oyeron el sonido de los cascos de los caballos con los que Temujin y sus oficiales adiestraban a los olkhun'ut y los keraítas en sus tácticas bélicas. Habían salido al amanecer y Hoelun sabía que su hijo los haría correr hasta agotarlos durante los primeros días. Su nuevo estatus no afectaba al rencor que muchos de los keraítas sentían por tener que luchar junto a familias de inferior categoría. Poco antes de que terminara la primera noche se habían producido dos peleas y un keraíta había sido apuñalado. Temujin había matado al vencedor sin darle oportunidad de hablar. Hoelun se estremeció al recordar el rostro de su hijo. ¿Habría sido alguna vez Yesugei tan despiadado? Pensó que lo hubiera sido si a su mando se hubiera hallado un grupo tan numeroso. Si los chamanes estaban en lo cierto al afirmar que había un alma que quedaba en la tierra y otra que se unía al cielo, Yesugei se sentiría orgulloso de lo que su hijo había logrado.

Hoelun y Borte observaron cómo Eluin besaba a su padre en la cara, una y otra vez, y sus propias lágrimas se mezclaban con las de él. Por fin se puso en pie para marcharse, y su madre tomó la cabeza de Eluin y la apoyó en su pecho, sujetándola allí. Borte, con una expresión indescifrable en el rostro, retiró la vista de ese momento de afecto.

A Hoelun no le había hecho falta preguntar qué había pasado con los tártaros que habían separado a Borte de su marido. Era absolutamente evidente por la forma en que se resistía a cualquier roce, echándose para atrás con un respingo hasta cuando Hoelun alargaba la mano para cogerle el brazo. El corazón de Hoelun sufría por lo ocurrido, pero sabía mejor que nadie que con el tiempo el puñal del dolor estaría menos afilado. Incluso los recuerdos de Bekter parecían ahora distantes en cierto modo; no menos vívidos, pero desprovistos de pesadumbre.

El roce de los rayos de sol en la piel le resultó frío, y Hoelun se dio cuenta de que no estaba disfrutando de su regreso con los olkhun'ut como había esperado. Todo había cambiado demasiado. Ya no era la niña que había salido a cabalgar con sus hermanos y se había topado con Yesugei. Le recordaba tal y como era aquel día, atractivo y audaz mientras cargaba contra ellos. Enq había gritado al recibir la flecha de Yesugei en la cadera, había espoleado a su caballo y había huido al galope. En aquel momento había sentido odio por aquel guerrero desconocido, pero ¿cómo podía saber entonces que Yesugei sería el hombre al que llegaría a amar? ¿Cómo podía saber que volvería a estar rodeada de su gente y como madre de un khan?

Entre las gers vio a un anciano que caminaba con dificultad, apoyándose en un bastón. Borte emitió un grito ahogado al reconocerlo y Hoelun adivinó quién era por el modo en que su hija se enderezó cuanto pudo, recuperando su orgullo.

Sholoi se dirigió cojeando hacia ellos, observando y absorbiendo hasta el último detalle de los guerreros que las protegían. Sus ojos pasaron sin detenerse por Hoelun, pero de repente la reconoció y volvió a mirarla.

—Te recuerdo, muchacha —dijo—, aunque ha pasado mucho tiempo.

Hoelun entrecerró los ojos, tratando de recordar el aspecto que debía tener él cuando ella era joven. Desenterró una vaga visión de un hombre que le había enseñado a hacer arneses trenzando cuerda y cuero. Entonces ya era un anciano, al menos para sus jóvenes ojos. Para su sorpresa, notó que se le saltaban las lágrimas.

—Yo también me acuerdo —dijo ella, y él esbozó una sonrisa de oreja a oreja, enseñando sus marrones encías.

Borte no había hablado, y él hizo una inclinación de cabeza saludando a su hija, ensanchando aún más su desdentada sonrisa.

—No pensé que volvería a verte en estas tiendas —dijo el viejo.

Borte pareció ponerse rígida y Hoelun se preguntó si percibía el afecto que subyacía tras el tono brusco de su padre. De pronto, Sholoi se echó a reír.

—Dos esposas de dos khanes, dos madres de más. Y, sin embargo, sólo hay dos mujeres frente a mí. Ganaré un odre o dos de airag con un acertijo tan bueno.

Alargó la mano y tocó el dobladillo del deel de Borte, frotando la tela entre dos dedos para juzgar su calidad.

—Ya veo que hiciste la elección correcta, chica. Pensé que ese Lobo tenía algo. ¿No te lo dije?

—Dijiste que lo más probable es que estuviera muerto —contestó Borte, con la voz más fría que Hoelun había oído jamás. Sholoi se encogió de hombros.

—Puede que dijera eso, sí —afirmó con tristeza.

El silencio se tensó entre ellos, y Hoelun suspiró.

—La adoras, anciano —intervino—. ¿Por qué no se lo dices? Sholoi se ruborizó, aunque no podían distinguir si era de ira o de vergüenza.

—Ella lo sabe —musitó.

Borte palideció y sacudió la cabeza.

—No —dijo—. ¿Cómo podría saberlo si nunca me lo has dicho?

—Creí que lo había hecho —respondió Sholoi, recorriendo el campamento con la mirada.

Las maniobras de las masas de guerreros en la llanura parecían captar su atención, no era capaz de mirar a su hija.

—Estoy orgulloso de ti, chica, deberías saberlo —dijo súbitamente—. Si pudiera criarte de nuevo, te trataría con más amabilidad.

Borte negó con la cabeza.

—Pues no puedes —afirmó—. Y ahora no tengo nada que decirte.

El anciano pareció marchitarse al oír aquellas palabras, y cuando Borte se volvió hacia Hoelun tenía lágrimas en los ojos. Sholoi no las vio y continuó clavando la vista en las llanuras y las gers.

—Volvamos —dijo Borte, con ojos suplicantes—. Venir ha sido un error.

Hoelun pensó dejarla allí unas cuantas horas con su padre. Pero Temujin se había mostrado tajantemente firme al respecto. Borte llevaba a su heredero en su seno y en ningún caso podían ponerlo en peligro. Hoelun contuvo su enfado. Quizás aquello formaba parte de la misión de ser madre, pero las dificultades entre ambos le parecían estúpidas. Si se iba en ese momento, Hoelun sabía que Borte nunca volvería a ver a su padre y pasaría los años posteriores lamentando la pérdida. Sencillamente, Temujin tendría que esperar.

—Poneos cómodos —ordenó Hoelun a sus hijos y a Arslan. Al menos Khasar y Kachiun estaban acostumbrados a su autoridad—. Nos quedaremos aquí mientras Borte visita a su padre en su tienda.

—El khan fue muy claro... —empezó a decir Arslan.

Hoelun se volvió bruscamente hacia él.

—¿No somos ahora un solo pueblo? —Preguntó con firmeza—. No hay nada que temer de los olkhun'ut. Si fuera de otro modo, yo lo sabría.

Arslan bajó la mirada, sin saber qué responder.

—Kachiun —dijo Hoelun—, vete a buscar a mi hermano Enq y dile que su hermana comerá con él.

Aguardó mientras Kachiun se alejaba enseguida a la carrera, poniéndose en marcha antes incluso de preguntar dónde estaba la ger en cuestión.

Hoelun lo vio vacilar en una encrucijada y sonrió. Preguntaría a alguien para no tener que regresar avergonzado, estaba segura. Sus hijos sabían pensar por sí mismos.

—Me acompañarás, Khasar, y tú también, Arslan. Comeréis conmigo y luego recogeremos a Borte y a su padre y los llevaremos de vuelta.

Arslan titubeaba, recordando las advertencias de Temujin. No le hacía ninguna gracia que le colocaran en esa situación, pero seguir discutiendo avergonzaría a Hoelun delante de los olkhun'ut y no podía hacer eso. Al final, inclinó la cabeza.

Sholoi se había vuelto a escuchar su diálogo. Echó una mirada furtiva a su hija para ver cómo se lo estaba tomando.

—Eso me gustaría —dijo el viejo.

Borte asintió con un gesto rígido, y una sonrisa iluminó el rostro arrugado. Juntos, caminaron entre las gers de los olkhun'ut: el orgullo de Sholoi se notaba a la legua. Hoelun observó con satisfacción cómo se alejaban.

—Vamos a entrar en guerra —murmuró—. ¿Les negarías su última oportunidad de hablar como padre e hija?

Arslan no sabía si la pregunta iba dirigida a él, así que no contestó. Hoelun parecía estar inmersa en sus recuerdos, pero luego se obligó a despertarse.

—Tengo hambre —anunció—. Si la tienda de mi hermano está donde solía estar, todavía puedo encontrarla.

Empezó a caminar a grandes zancadas y Arslan y Khasar se quedaron atrás,

incapaces de mirarse a la cara.

Cuatro días después de que Temujin hubiera traído a los olkhun'ut, los cuernos de alarma sonaron al ponerse el sol en las estepas. Aunque los guerreros de ambas tribus se habían entrenado hasta el agotamiento durante el día, abandonaron de un salto su plato de comida, olvidando el hambre mientras cogían sus armas.

Temujin montó en su caballo para poder ver mejor. Por un solo momento escalofriante pensó que los tártaros de algún modo los habían rodeado o habían dividido sus fuerzas para atacar desde dos frentes. Luego sus manos se aferraron a las riendas y palideció.

La vista de Kachiun era tan penetrante como siempre, y él también se puso rígido. Arslan observó la reacción de ambos jóvenes, incapaz aún de distinguir los detalles en la penumbra.

—¿Quiénes son? —preguntó, entornando los ojos para mirar al grupo de oscuros jinetes que se aproximaban al galope.

Temujin escupió con furia junto a los pies de Arslan. Sin alterar su gesto amargo, advirtió lo bien que mantenían la formación los jinetes.

—Es la tribu de mi padre, Arslan. Son los Lobos.

XXXII

En el viento nocturno centelleaban y rugían las antorchas de hierro mientras Eeluk entraba en el campamento. Temujin había enviado a Arslan a concertar una reunión con el khan en cuanto los Lobos se detuvieron. Él no iba a ir a buscarlo, y aun cuando vio a Eeluk caminando entre las tiendas hacia donde Temujin lo aguardaba con sus hermanos, no estaba seguro de si sería capaz de dejarle irse con vida. Atacar a un invitado era un delito que dañaría su imagen ante los olkhun'ut y los keraítas, pero pensó que podría convencer a Eeluk para quebrantar el vínculo de protección, y entonces sería libre para matarle.

El cuerpo de Eeluk se había robustecido en los años en que Temujin no le había visto. Llevaba la cabeza descubierta, rapada excepto por un único mechón de pelo trenzado que se balanceaba cuando caminaba. Vestía una pesada túnica negra, bordeada de piel oscura, sobre un jubón y unos pantalones. Temujin entrecerró los ojos al reconocer la cabeza de lobo de la empuñadura de la espada que llevaba al cinto. Eeluk caminaba entre las tiendas sin mirar en derredor, manteniendo la mirada fija en las figuras que había junto al fuego central. Tolui iba a su lado, aún más alto y poderoso de lo que Temujin recordaba.

Temujin había planeado permanecer sentado para demostrar lo poco que le importaba el hombre que había ido a visitarle, pero no pudo. Cuando Eeluk y Tolui se aproximaron, se puso en pie y sus hermanos se levantaron a la vez, como obedeciendo una señal. Togrul notó su tensión y, con un suspiro, también se puso de pie con esfuerzo. Yuan y una docena de sus mejores hombres le guardaban las espaldas. Fuera lo que fuera lo que pretendía Eeluk, la más mínima provocación le costaría la vida.

La mirada de Eeluk pasó de Temujin a Khasar y Kachiun, y frunció el ceño al ver allí a Temuge. No reconoció al hijo menor de Yesugei, pero vio el miedo en sus ojos.

Los demás no tenían el menor temor. Estaban preparados para atacar: los rostros pálidos, los músculos tensos y los corazones palpitantes. El khan de los Lobos había visitado los sueños de todos ellos y lo habían asesinado de mil maneras distintas antes de despertar. La última vez que le habían visto Kachiun y Khasar fue cuando se llevó a los Lobos dejándolos atrás para que murieran en las inhóspitas llanuras con el invierno a punto de llegar. En su imaginación había adoptado las facciones de un monstruo y les resultó extraño ver a un hombre, más viejo, pero aún fuerte. Era difícil mantenerse impassibles.

La mirada de Tolui se vio atraída por Temujin y quedó atrapado en sus ojos amarillos. Él también tenía sus propios recuerdos, pero sentía mucha menos confianza en sí mismo que cuando había capturado al hijo de Yesugei para llevárselo a su khan. Había aprendido a meterse sólo con los que eran más débiles que él y a

adular a los que le gobernaban. No sabía cómo reaccionar ante Temujin y desvió la mirada, incómodo.

Fue Togrul el que habló primero, cuando el silencio empezó a resultar incómodo.

—Bienvenido a nuestro campamento —saludó—. ¿Comerás con nosotros?

—Sí —respondió Eeluk sin retirar la vista de los hermanos.

Oír su voz provocó un nuevo arrebato de odio en Temujin, pero se sentó con los demás en la alfombra de fieltro, vigilando por si Eeluk o Tolui alargaban la mano hacia un arma. Tenía su propia espada lista junto a su mano y no se relajó. Sansar había creído estar a salvo en su propia tienda.

Eeluk tomó su cuenco de té salado con ambas manos, y sólo entonces Temujin cogió el suyo, sorbiendo la bebida sin paladearla en absoluto. No habló. Como invitado, Eeluk debía hablar antes, y Temujin ocultó su impaciencia detrás del cuenco, sin dejar traslucir nada de lo que sentía.

—Hemos sido enemigos en el pasado —dijo Eeluk cuando hubo vaciado el cuenco.

—Seguimos siendo enemigos —replicó Temujin de inmediato, liberado de su mutismo.

Eeluk volvió su rostro chato hacia él y se quedó muy quieto. Con tantos hombres dispuestos a saltarle al cuello, parecía tranquilo, aunque tenía los ojos inyectados en sangre, como si hubiera estado bebiendo antes de la reunión.

—Puede que sea verdad, aunque no he venido aquí por eso —dijo Eeluk en voz baja—. Todas las tribus están hablando del ejército tártaro que se dirige hacia el sur, un ejército que han creado como consecuencia de tus repetidas incursiones.

—¿Y qué? —exclamó Temujin.

Eeluk esbozó una sonrisa tensa, empezando a perder los nervios. Hacía muchos años que nadie se atrevía a utilizar un tono tan seco con él.

—Los nómadas han abandonado las extensas llanuras —continuó Eeluk—. Se han unido a ti contra un enemigo común.

Temujin comprendió de repente por qué Eeluk había venido con los Lobos hasta él. Su boca se entreabrió ligeramente, pero no dijo nada, dejando que Eeluk prosiguiera.

—He oído muchas veces hablar del joven Lobo que asaltaba a los tártaros una y otra vez —dijo Eeluk—. Tu nombre es famoso en las estepas. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Temujin tuvo que esforzarse para no abalanzarse sobre él y sintió la ira ascender por su garganta como roja bilis. Le costó mucho contenerse, y Eeluk lo observó con atención, percibiéndolo.

—No sabía que te habías unido a los olkhun'ut con los guerreros keraítas hasta que los Lobos ya estábamos en marcha. Aun así, creo que necesitarás a mis hombres

si quieres aplastar a los tártaros y obligarlos a regresar al norte.

—¿Con cuántos guerreros cuentas? —preguntó Togrul. Eeluk se encogió de hombros.

—Ciento cuarenta —contestó, y miró a Temujin—. Sabes que son unos guerreros excelentes.

—No los necesitamos —dijo Temujin—. Ahora soy el comandante de los olkhun'ut. No te necesitamos.

Eeluk sonrió.

—Veo que no estás tan desesperado como creía. Pero necesitas a todos los jinetes que puedas encontrar si las cifras que he oído son ciertas. Tener a los Lobos contigo significará que al final sobrevivirán más... miembros de tu tribu. Lo sabes.

—¿Y a cambio? No has venido aquí a proponer esto a cambio de nada —dijo Temujin.

—Los tártaros tienen plata y caballos —contestó Eeluk—. Tienen mujeres. Ese ejército ha puesto en movimiento a muchas tribus juntas. Tendrán objetos de valor.

—Así que ha sido la codicia lo que te ha puesto en marcha —afirmó Temujin, burlón.

La rabia hizo que Eeluk se sonrojara ligeramente y Tolui se movió inquieto a su lado, irritado por el insulto.

—Los Lobos no podrían enfrentarse a ellos solos —respondió Eeluk—. Tendríamos que replegarnos hacia el sur a medida que avanzaran. Cuando oí que los keraítas les plantarían cara y que tus guerreros se les habían unido, pensé que tal vez dejarías a un lado nuestra historia. Nada que haya visto aquí cambia eso. Necesitas a los Lobos. Necesitas que me una a ti.

—Por una sexta parte de sus riquezas —murmuró Togrul.

Eeluk lo miró, escondiendo su desagrado por el khan de los keraítas.

—Si tres khanes se enfrentan a ellos, el botín se debería dividir en tres partes.

—No pienso negociar como un mercader —intervino Temujin en tono cortante antes de que Togrul pudiera responder—. Todavía no he dicho que te vaya a permitir unirte a nosotros.

—No puedes impedir que luche contra los tártaros si decido hacerlo —dijo Eeluk con suavidad—. No es deshonoroso discutir cómo se repartirá el botín cuando los hayamos derrotado.

—Podría detenerte con una simple orden —advirtió Temujin—. Podría hacer que aplastaran a los Lobos antes.

Había perdido los estribos y una pequeña parte de él sabía que estaba hablando como un insensato, pero la calma era sólo un recuerdo en su memoria. Casi sin darse cuenta, empezó a ponerse en pie.

—No le harías eso a las familias —dijo Eeluk con certeza, atajándole—. Y

aunque pudieras, sería una pérdida inútil de vidas que necesitas para luchar contra los tártaros. ¿Qué sentido tiene combatir entre nosotros? Me han dicho que eres un hombre con visión de futuro, Temujin. Muéstralo ahora.

Todos los presentes se volvieron hacia Temujin para ver cómo reaccionaba. Sintió sus miradas sobre él y abrió los puños que había mantenido fuertemente apretados, se volvió a sentar y retiró la mano de la empuñadura de su espada. Eeluk no se había movido. Si lo hubiera hecho, habría muerto. El coraje de su enemigo al atreverse a venir a verle avergonzaba a Temujin, haciéndole evocar el momento en el que él era un niño entre hombres. Sabía que necesitaba a los guerreros que Eeluk traía consigo si era capaz de soportar la alianza.

—¿Aceptarán los Lobos mis órdenes? ¿Y lo harás tú? —preguntó.

—Sólo puede haber un líder en una batalla —dijo Eeluk—. Danos un ala y permite que yo la comande. Cabalgaré con tanta furia como cualquiera de tus hombres.

Temujin negó con la cabeza.

—Es necesario que conozcáis las señales con el cuerno, las formaciones que utilizo con los demás. No se trata sólo de cabalgar y matar a tantos como puedas.

Eeluk retiró la vista. Cuando les dijo a los Lobos que empaquetaran, recogieran gers y montaran sus caballos, no sabía qué se iba a encontrar. Había considerado la posibilidad de pelear por el botín de las tribus derrotadas por los tártaros, pero en el fondo de su corazón había olido sangre en el viento como un lobo auténtico y no podía resistirse a su perfume. A lo largo de toda su vida, no había habido nada en las estepas como el ejército de los tártaros. Yesugei habría luchado contra ellos, y saber que los hijos del antiguo khan iban a atacar a esas huestes que se dirigían hacia el sur había hecho arder su alma.

Con todo, había esperado ser recibido por hombres temerosos. Aquella alianza con los olkhun'ut había cambiado el valor de sus guerreros. Había planeado exigir la mitad del botín y, en vez de eso, tenía que aguantar la fría arrogancia de los hijos de Yesugei. Y, sin embargo, estaba implicado en su empresa hasta el final. No podía marcharse sin más y decirles a los Lobos que regresaban, su control sobre la tribu se tambalearía tras verle irse rechazado. A la luz parpadeante de las antorchas, veía docenas de tiendas extendiéndose a su alrededor y perdiéndose en la oscuridad. ¿Qué podía lograr un hombre que tenía tantos a la espalda? Si los hijos de Yesugei morían en combate, sus hombres se sentirían perdidos y asustados. Podrían pasar a engrosar las filas de los Lobos.

—Mis hombres obedecerán tus órdenes a través de mí —dijo por fin.

Temujin se echó hacia delante.

—Pero después, cuando los tártaros hayan sido destruidos, arreglaremos esa vieja cuenta que queda pendiente entre nosotros. Reclamo a los Lobos como hijo mayor

con vida de Yesugei. ¿Te enfrentarás a mí con esa espada que empuñas como si fuera tuya?

—Es mía —respondió Eeluk, con expresión tensa.

A su alrededor se hizo el silencio en el campamento. Togrul miró a ambos, observando el odio apenas oculto tras una máscara de urbanidad. Eeluk se obligó a mantenerse quieto fingiendo que reflexionaba. Ya sabía que Temujin quería matarlo. Había barajado la posibilidad de hacerse con los guerreros que sobrevivieran, tomarlos de las manos sin vida de Temujin para sumarios a los Lobos. En vez de eso, estaba sentado frente al khan de los olkhun'ut y el premio era cien veces superior. Tal vez los espíritus estaban a su lado como nunca antes lo habían estado.

—Cuando hayamos destruido a los tártaros, me enfrentaré a ti —dijo, con ojos centelleantes—. Me alegraré de tener esa oportunidad.

Temujin se puso en pie de repente, haciendo que varias manos aferraran sus espadas. Eeluk ni se inmutó y alzó la vista hacia él, pero los ojos de Temujin miraban otra cosa.

Hoelun se dirigía con paso lento hacia la reunión, como si estuviera en trance. Eeluk se volvió para ver qué había captado la atención de Temujin y, cuando vio a la esposa de Yesugei, él también se puso en pie, girándose hacia ella. Tolui lo imitó.

Hoelun estaba pálida y Eeluk vio que se pasaba la punta de la lengua por el labio inferior, una punta roja como el aviso de una serpiente. Cuando sus miradas se encontraron, Hoelun se lanzó a toda velocidad sobre él con el brazo levantado para golpear.

Kachiun se interpuso entre ellos antes de que pudiera llegar al khan de los Lobos. Sujetó a su madre con firmeza mientras ella intentaba atacar a Eeluk con la mano encogida como una garra, esforzándose en alcanzar su rostro. Las uñas no llegaron a tocarle y Eeluk no dijo nada, sintiendo la presencia de Temujin a sus espaldas, listo para actuar si era necesario. Hoelun luchaba para liberarse, y su mirada buscó a su hijo mayor.

—¿Cómo puedes dejarlo vivir después de lo que nos hizo? —preguntó, debatiéndose para desembarazarse de Kachiun.

Temujin negó con la cabeza.

—Es mi huésped en el campamento, madre. Cuando hayamos luchado contra los tártaros, yo me quedaré con los Lobos o él se quedará con los olkhun'ut.

Eeluk se volvió a mirarlo y Temujin sonrió con ironía.

—¿No es eso lo que quieres, Eeluk? No veo más gers en tu campamento que cuando nos dejaste en las llanuras para que muriéramos. El Padre Cielo ha abandonado a los Lobos bajo tu gobierno, pero eso cambiará.

Eeluk se rió entre dientes y echó los hombros hacia atrás.

—He dicho todo lo que había venido a decir. Cuando cabalguemos, verás que el

que dirige tu ala es mejor que tú. Después de eso, te daré una buena lección. No te dejaré con vida una segunda vez.

—Vuelve a tus gers, Eeluk —dijo Temujin—. Mañana empezaré a adiestrar a tus hombres.

A medida que los tártaros avanzaban hacia el sur, adentrándose en las verdes llanuras, diversas tribus pequeñas huyeron al ver un grupo tan inmenso. Algunos ni se detuvieron al ver las huestes que había reunido Temujin, evitándolos. Temujin y los suyos los veían cruzar las colinas, manchas oscuras moviéndose a lo lejos. Otros se unieron a sus guerreros, de modo que el ejército crecía a diario con un goteo de furiosos jinetes. Temujin había enviado mensajeros a los naimanos, los oirats, a todas las grandes tribus que lograron localizar. O bien no pudieron dar con ellos o rechazaron su oferta. Comprendía su reticencia, aunque se burlara de ellos. Las tribus no habían luchado juntas en toda su historia. Haber reunido aunque sólo fuera a tres de ellas en una única fuerza era asombroso. Se habían adiestrado juntos hasta que sintieron que estaban preparados, tanto como podían llegar a estarlo. Y, sin embargo, en los atardeceres había tenido que acudir una y otra vez a impedir ajustes de cuentas, o para castigar a bandas que se habían enfrentado entre sí al recordar agravios sufridos generaciones antes.

No había visitado las tiendas de los Lobos. Ninguna de las antiguas familias había defendido a su madre cuando fue abandonada junto con sus hijos. Había habido una época en la que lo habría dado todo por caminar entre aquellas personas que conocía desde su niñez, pero, como Hoelun había descubierto antes que él, ya no eran las mismas. Mientras Eeluk los gobernara, no tendría paz.

Al amanecer del vigésimo día tras la llegada de los Lobos, los exploradores volvieron a la carrera para informar de que el ejército tártaro había aparecido en el horizonte, a menos de un día de marcha. Con ellos venía otra familia de nómadas, a la que conducían delante de ellos como si se tratara de cabras. Temujin dio la señal de reunión con el cuerno y mientras los guerreros se despedían con un beso de sus seres queridos y, subían a sus monturas, se hizo el silencio en los campamentos. Muchos de ellos masticaban, para fortalecerse, pedazos de cordero caliente con pan que les habían puesto en las manos sus hijas y sus madres. Las alas se formaron: los Lobos de Eeluk se situaron a la izquierda y Kachar y Kachiun a la derecha, dirigiendo a los olkhun'ut. Temujin lideraba a los keraítas en el centro y, cuando miró a derecha e izquierda a la línea de jinetes, se sintió satisfecho. Ochocientos guerreros aguardaban su señal para lanzarse contra sus enemigos. Las forjas de los keraítas y los olkhun'ut habían ardido noche y día, y casi un tercio de los hombres llevaban armaduras al estilo de las que les había entregado Wen Chao. Llevaban sus caballos protegidos con una especie de mandil tachonado con placas superpuestas de hierro. Temujin sabía

que los tártaros nunca habían visto nada parecido. Esperó mientras las mujeres iban retrocediendo y vio a Arslan agacharse para besar a la joven tártara que había capturado y, más tarde, desposado. Temujin miró a su alrededor. No se veía a Borte por ningún lado. Ya había salido de cuentas y no esperaba encontrarla fuera de la ger. Recordaba que Hoelun le había dicho que Yesugei había partido la noche de su propio nacimiento y sonrió irónicamente al pensarlo. El círculo había girado, pero las apuestas habían aumentado. Había hecho todo lo que había podido y no era difícil imaginar a su padre vigilando a sus hijos. Temujin cruzó una mirada con Khasar y Kachiun, y luego encontró a Temuge en la segunda fila a su izquierda. Les hizo un gesto con la cabeza y Khasar esbozó una ancha sonrisa. Habían recorrido un largo camino desde aquella grieta en las colinas, donde cada día que sobrevivieron había supuesto un triunfo.

Cuando estuvieron listos, el chamán de los olkhun'ut se adelantó sobre una yegua de un blanco purísimo. Era un hombre delgado y anciano, con el cabello del color de su montura. Todos los ojos estaban posados en él mientras cantaba y elevaba las manos hacia el Padre Cielo. Sostenía un omóplato quemado de una oveja y hacía gestos con el hueso como si fuera un arma. Temujin sonrió para sus adentros. El chamán de los keraítas no había sentido tanta urgencia por luchar, Temujin había elegido al hombre adecuado para el ritual.

Mientras le observaban, el chamán desmontó y se tumbó en el suelo, abrazando a la Madre Tierra que los gobernaba a todos. El canto sonaba débil en la brisa, pero las filas de guerreros permanecían perfectamente quietas, esperando a que hablara. Por fin, el viejo estudió las líneas negras del hueso, leyéndolas mientras pasaba sus nudosos dedos por las fisuras.

—La Madre se regocija —exclamó—. Está anhelando recibir la sangre tártara que haremos manar sobre ella. El Padre Cielo nos pide que actuemos en su nombre. — Rompió el omóplato con la mano, demostrando una fuerza sorprendente.

—La tierra conoce sólo un pueblo, hermanos míos —bramó Temujin ante la línea de su ejército tras llenarse de aire los pulmones—. Recuerda el peso de nuestros pasos. Luchad bien hoy y saldrán corriendo delante de nosotros.

Levantaron los arcos con un estruendoso rugido y Temujin sintió que el corazón se le aceleraba. El chamán montó en su yegua y se retiró a la retaguardia de las filas. Movidos por un miedo supersticioso, ninguno de los guerreros se atrevió a mirar a los ojos al viejo, pero Temujin le saludó con una inclinación de cabeza.

En los extremos de las líneas, los jinetes llevaban pequeños tambores y empezaron a hacerlos sonar al compás de los latidos de su propio corazón. Temujin alzó el brazo y, al momento, lo dejó caer hacia la derecha. Cruzó una mirada con su hermano Khasar, que se había adelantado al trote con cien de los mejores guerreros olkhun'ut. Todos ellos llevaban la armadura con paneles. Temujin confiaba en que

serían imparables cuando se lanzaran a la carga. Se alejaron de la fuerza principal y, mientras los observaba, Temujin rezó para que volvieran a verse.

Cuando la línea quedó en silencio y los cien hombres de Khasar estuvieron a algo más de dos mil pasos de distancia, Temujin espoleó a su montura, y los keraítas, los Lobos y los olkhun'ut avanzaron juntos, dejando atrás a las mujeres y a los niños, alejándose de la seguridad del campamento.

XXXIII

Aunque todos sabían a qué enemigo se enfrentaban, no pudieron evitar sentirse impresionados al ver las vastas huestes de la fuerza tártara. Avanzaban como una lenta mancha por las estepas, una oscura masa de jinetes, carros y gers. Temujin y sus hermanos ya los habían encontrado mucho más al norte, pero seguía siendo una visión perturbadora. Y sin embargo, ninguno de ellos vacilaba. Los hombres que cabalgaban con los hijos de Yesugei sabían que estaban listos para luchar. Si había miedo entre las filas, los rostros impassibles no lo mostraban. Sólo la constante comprobación de que las flechas estaban a punto revelaba la tensión que los invadió al oír los cuernos de los tártaros en la distancia.

Temujin atravesó un verde valle, y su yegua se fortaleció comiendo la hierba primaveral. Una y otra vez, bramaba distintas órdenes para controlar a los más impetuosos entre sus líderes. Eeluk era el peor de todos y su ala izquierda se adelantó y tuvo que ser frenada varias veces, hasta que Temujin se preguntó si no estaría desobedeciendo de forma deliberada sus órdenes. Delante de ellos, vieron a los tártaros bullir en torno a sus gers, aunque aún estaban lejos y sus voces no les llegaban. El sol brillaba con fuerza y Temujin recibió su calor en la espalda como una bendición. Volvió a comprobar sus flechas, encontrándolas preparadas en el carcaj como las otras veces que lo había hecho antes. Quería disparar contra los tártaros a galope tendido y sabía que debía mantener la aceleración hasta el último momento. Los tártaros llevaban avanzando al menos tres lunas, cabalgando todos los días. Confiaba en que no estarían tan frescos como sus guerreros, ni tan sedientos de sangre.

Cuando estuvieron a tres mil pasos, echó su peso hacia delante, acelerando el ritmo de los cascos de su montura hasta un medio galope. Sus hombres lo imitaron a la perfección, aunque una vez más Eeluk intentó ponerse el primero. Temujin hizo sonar el cuerno y notó que el khan de los Lobos le lanzaba una mirada hostil mientras reducían la velocidad y volvían a ponerse a la altura de los demás. El ruido de los cascos los ensordecía y algunos guerreros empezaron a lanzar gritos excitados, mientras todos entornaban los ojos para protegerse de la creciente fuerza del viento. Temujin colocó la primera flecha en la cuerda de su arco, sabiendo que pronto el aire se llenaría de ellas. Tal vez una le atravesara la garganta y lo derribara al suelo, en un último abrazo mortal. Su corazón bombeaba con fuerza y perdió el miedo al concentrarse. Las primeras flechas llegaron silbando desde el campamento tártaro, pero no dio la señal de lanzarse a galope tendido. Tenía que ser perfecto. Mientras los ejércitos se aproximaban, esperó a que llegara el momento preciso.

Temujin hincó los talones en los flancos de su caballo, diciéndole «¡Arre!». La yegua reaccionó con un aumento de la velocidad, prácticamente dando un salto

adelante. Tal vez sintiera la misma excitación que ellos. La línea lo siguió y Temujin tensó el arco con toda la fuerza de sus músculos. Por unos momentos, fue como si sostuviera el peso de un hombre adulto con sólo dos dedos, pero su pulso era firme. Sintió cómo le atravesaba el ritmo del galope y se creó un momento de perfecta quietud cuando la yegua dejó de tocar el suelo.

Los tártaros ya avanzaban a galope tendido. Temujin se arriesgó a echar una ojeada a sus hombres. Dos filas cabalgaban por la llanura retumbando y los setecientos guerreros estaban preparados para luchar, los arcos en ristre. Enseñó los dientes por la tensión que soportaban sus hombros y disparó la primera flecha.

El ruido que se oyó a continuación fue un único chasquido que resonó en las colinas que los rodeaba. Las flechas salieron volando a través del cielo azul y parecieron quedarse suspendidas allí un instante antes de caer sobre las filas tártaras. Muchas se perdieron y se clavaron en el suelo hasta las plumas. Pero muchas más desgarraron la carne y les arrancaron de un solo golpe la vida a los jinetes.

Antes de que Temujin pudiera ver lo que había sucedido, se produjo la respuesta y las flechas volaron por encima de sus cabezas. Nunca había visto tantas y sintió que una sombra pasaba por encima de su línea desde el sol distante. Las flechas tártaras se movían con lentitud mientras las miraba, esforzándose en que su rostro no se crispara al verlas cernerse sobre él. De pronto, parecieron acelerar y las oyó acercarse con un zumbido de insectos. Buscó a tientas la segunda flecha y sus hombres dispararon de nuevo antes de que los proyectiles tártaros golpearan sus líneas como un martillo.

A galope tendido, varios hombres desaparecieron de sus sillas y sus gritos se perdieron, quedándose atrás en un instante. Temujin sintió que algo chocaba contra su muslo y su hombro y rebotaba. No había perforado la armadura y, con un grito triunfante, se puso casi de pie en los estribos, mientras lanzaba flecha tras flecha a sus enemigos. El viento le empañó los ojos y no podía ver los detalles, pero escogió a sus víctimas y mató con salvaje decisión.

Sólo debían haber transcurrido unos instantes desde que se encontraron con los primeros jinetes tártaros, pero parecía que había pasado muchísimo tiempo. Cuando se aproximaron, Temujin dejó el arco en un gancho de la silla para tenerlo a mano. Era una de las diversas ideas que habían tenido él y sus oficiales. Desenvainó la espada que Arslan había fabricado para él, oyendo la hoja raspar la funda al salir. Cada décima de segundo era una eternidad y él tenía tiempo. Tiró del cuerno que colgaba de su cuello con una cuerda y se lo llevó a los labios, soplando tres veces. Por el rabillo del ojo, vio avanzar las alas y tomó la espada con ambas manos mientras continuaba galopando, listo y en equilibrio.

Cayeron sobre los tártaros con un inmenso estruendo. Los caballos se encontraron a toda velocidad, sin que ningún jinete cediera ni una pulgada, por lo que muchos

salieron disparados de la silla con el sonido del trueno. Los ejércitos chocaron entre sí y las flechas se lanzaron contra rostros y cuellos desde la corta distancia. La muerte llegó veloz y ambas fuerzas perdieron docenas de hombres en un solo instante. Temujin advirtió que la armadura daba resultado y volvió a rugir desafiante, animando al enemigo a que se arrojara contra él. Un guerrero tártaro pasó junto a él como un rayo borroso, pero Temujin ya lo había atravesado con su hoja. Otro disparó una flecha desde tan cerca que atravesó la armadura y la punta cortó el pecho de Temujin haciéndole gritar de dolor. Sentía cómo se movía la flecha desgarrándole la carne con cada violento ademán. Su espada describió un amplio arco y decapitó al arquero.

Estaba empapado de sangre, que resbalaba entre las placas de hierro de la armadura. La carga había destruido la primera línea de los tártaros, pero eran tan numerosos que no se derrumbaron. Las líneas de batalla habían empezado a deshacerse en pequeños grupos de hombres que asestaban golpes a diestro y siniestro, y lanzaban flechas hasta que se les dormían los dedos, y, cuando los arcos fueron inservibles, recurrían a las espadas. Temujin buscó a sus hermanos con la vista, pero no los encontró en esa masa de hombres. Mató y mató sin cesar y su yegua avanzaba bruscamente cada vez que la tocaba con las rodillas. Un tártaro aullante se lanzó contra él con la boca abierta llena de sangre. Temujin hundió la espada en su pecho, tirando con violencia para liberarla. Otro llegó por un lado con un hacha, con la que le golpeó la armadura. Los golpes no penetraban, pero la fuerza derribó a Temujin. Sintió como si los músculos de sus muslos fueran a desgarrarse mientras se esforzaba para permanecer en la silla, pero el tártaro había seguido camino.

Los Lobos de Eeluk estaban aplastando a los tártaros por la izquierda. Algunos habían desmontado y se habían dirigido juntos hacia el centro del grupo de los tártaros, disparando flecha tras flecha. Llevaban armaduras de cuero bajo las túnicas y de muchos de ellos sobresalían flechas rotas. Algunos tenían gotas rojas en las comisuras de los labios, pero seguían luchando, presionando para acercarse más y más al corazón de los tártaros. Temujin vio a Eeluk cabalgando entre ellos, con el rostro manchado de sangre, mientras asestaba golpe tras golpe con la espada que una vez había pertenecido a Yesugei.

Había caballos tendidos en el suelo, muriendo y dando frenéticas coces, poniendo en peligro a cualquiera que se acercara demasiado a ellos. Temujin guió a su yegua en torno a uno de ellos al ver a un guerrero olkhun'ut atrapado debajo. Le miró a los ojos y lanzó una maldición, desmontando de un salto para liberarlo. Al tocar el suelo, otra flecha chocó contra su pecho, siendo detenida por el hierro. Cayó de espaldas, pero se puso en pie con esfuerzo y tiró del hombre hasta que él también estuvo en pie. Un carcaj lleno de flechas estaba tirado allí cerca y Temulun lo agarró antes de montar de nuevo, alargando la mano para coger su arco. Espoleó a su caballo,

cobrando renovado brío. Los tártaros no parecían notar sus pérdidas y seguían aguantando. Los llamó, retándoles a que se atrevieran a enfrentarse a él, y sus guerreros notaron su remontada. Se animaron, dando tajos y luchando con renovada energía. No podía durar, lo sabía. Vio que los olkhun'ut seguían presionando por la derecha, aunque no contaban con efectivos suficientes para rodear al enemigo. Cuando las flechas se les hubieron agotado, arrojaron hachas contra los tártaros, matando a muchos antes de que tuvieran tiempo de coger las espadas.

Temujin oyó el estruendo de los cascos antes de ver a Khasar llegar con su reserva. Habían dado la vuelta al campo de batalla describiendo un gran círculo, escondidos tras las colinas. Desde el lomo de su yegua, Temujin podía ver la sólida línea avanzando a una velocidad insensata, con Khasar a la cabeza. Los tártaros del flanco trataron de enfrentarse a ellos, pero sus filas estaban demasiado apretadas. Por encima del ruido de los caballos al galope, Temujin oyó gritar a muchos de ellos al quedar atrapados entre los suyos.

Los caballos y los hombres, todos protegidos por sus corazas, cayeron sobre los tártaros como el envite de una lanza, hundiéndose profundamente en su flanco y dejando un rastro de cadáveres sangrantes. Las flechas tártaras hirieron a guerreros y monturas, pero apenas redujeron su marcha mientras penetraban hasta el núcleo del ejército enemigo, haciéndoles tambalearse y bramar de dolor.

Temujin sintió que los tártaros cedían terreno y fue incapaz de hablar por la feroz excitación que le llenaba el pecho. Hizo pasar a su yegua al trote entre una masa de hombres y notó que el animal se estremecía de dolor cada vez que una flecha golpeaba el cuero y el hierro que protegían su palpitante pecho. Su carcaj volvía a estar vacío y Temujin utilizó la espada de Arslan para atacar a todo aquél que se le aproximaba.

Buscó a sus oficiales con la mirada y vio que se habían reagrupado en formación y estaban avanzando como un solo guerrero. Kachiun y Arslan habían obligado a los olkhun'ut a unirse al salvaje ímpetu de Khasar y a lanzarse hacia el centro, chillando mientras luchaban. Muchos habían perdido sus monturas, pero se mantenían juntos y recibían meros cortes en la armadura mientras ellos mataban con un solo golpe. Los tártaros oyeron sus voces a sus espaldas y los atravesó una oleada de pánico.

La batalla remitió a medida que los soldados se fueron cansando. Algunos de ellos se habían agotado con la matanza y, en ambos bandos, sus pechos subían y bajaban con la respiración entrecortada. Muchos fueron presa fácil de hombres con más energía y sus rostros expresaron su desesperación al sentir que su fuerza finalmente les fallaba. La hierba bajo sus pies estaba enrojecida por la sangre y plagada de cuerpos tendidos, algunos de los cuales todavía se agitaban débilmente mientras trataban de no pensar en el frío que se iba apoderando de ellos. La brisa soplaba a través de los grupos de hombres en combate, introduciendo el olor a muerte

en sus exhaustos pulmones. Los tártaros empezaron a vacilar por fin, retrocediendo paso a paso.

Eeluk se arrojó contra unos tártaros como si se hubiera vuelto loco. Iba cubierto de sangre y parecía un espíritu de la muerte de ojos salvajes. Utilizó su enorme fuerza para derribar a varios tártaros con puños y codos, a los que luego pisoteó para seguir avanzando. Sus Lobos iban con él y, presas del terror que les había arrebatado todo su valor, los tártaros apenas alzaron las espadas.

Sin desmontar, Temujin vio los pálidos rostros de mujeres y niños, que observaban luchar a sus hombres. No le importaban nada. El Padre Cielo recompensaba a los fuertes con la suerte. Los débiles caerían.

—¡Ya los tenemos! —rugió, y sus hombres reaccionaron al verlo cabalgar con ellos. Estaban cansados, pero cobraron nuevas fuerzas al descubrir que estaba entre ellos y la matanza continuó. Los dedos de Temujin estaban resbaladizos de sangre cuando agarró el cuerno que colgaba de su cuello y lo hizo sonar tres veces indicando que debían rodear al enemigo. Dejó la huella de su palma en la pulida superficie, pero no se dio cuenta, pues Eeluk y Kachiun ya avanzaban y se apresuró a unirse a ellos. Todos los carcajes estaban vacíos, pero los guerreros seguían blandiendo sus espadas y los tártaros por fin se vinieron abajo, echando a correr de vuelta a sus gers antes de que los encerraran por completo. Temujin adivinó que organizarían allí una última resistencia y se alegró.

Sus hombres empezaron a correr tras ellos y Temujin hizo sonar una nota descendente para ralentizar la carga. Caminaron por encima de los muertos, hacia las tiendas tártaras. Los que habían escapado a la carrera eran menos de doscientos, todos los que quedaban con vida. Temujin no los temía ahora. Para su irritación, vio que los hombres de Eeluk, inmersos en la emoción de la matanza, no prestaban atención a su llamada. Por un instante, consideró permitirles luchar contra los guerreros de las gers ellos solos, pero no podía soportar ver a Eeluk morir sin más. Los tártaros tendrían arcos y flechas allí. Quienquiera que se enfrentara a ellos tendría que atravesar una destructiva lluvia de proyectiles. Tal vez Eeluk había tenido razón al no disminuir la marcha. Temujin preparó su mandíbula e hizo sonar una sola nota, ordenando el avance. Espoleó a su caballo, que pasó por encima de los cadáveres con un crujido de huesos, y se puso a la cabeza de sus hombres.

Una ráfaga irregular de flechas llegó desde las gers. Algunas se quedaron cortas, lanzadas por mujeres que habían recogido los arcos, pero otras surcaron el aire con suficiente fuerza para robar la vida de hombres que ya cantaban victoria. Temujin oyó a los miembros de su ejército jadear mientras corrían o azuzaban a sus monturas. Nada los detendría y las flechas silbaban entre sus filas en vano, haciendo únicamente que los hombres se tambalearan cuando chocaban contra las placas de hierro de su armadura. Temujin se inclinó contra el viento. La distancia que lo separaba de los

tártaros fue disminuyendo y se preparó para concluir lo que habían iniciado.

Cuando todo hubo terminado, podía deducirse cómo habían planteado los tártaros la última resistencia por el modo en que los muertos se agrupaban. Durante un tiempo se habían mantenido en línea, hasta que los jinetes de Khasar los aplastaron. Temujin echó un vistazo a su alrededor mientras las tres tribus buscaban el botín entre los carros, actuando por una vez unidos por una única idea. Habían luchado y vencido unidos, y se dijo que sería difícil que volvieran a sentir su vieja desconfianza, al menos respecto a hombres que conocían.

Con cansancio, Temujin desmontó, y su rostro se crispó cuando tiró de las correas que le ceñían la pieza del pecho. Una docena de esas placas habían sido arrancadas y muchas de las que seguían allí estaban abolladas. Tres astiles rotos sobresalían de entre ellas. Dos colgaban lánguidos, pero el tercero estaba muy derecho y ése era el que quería extraerse. Se dio cuenta de que no podía quitarse la armadura. Mientras lo intentaba, algo se desgarró en sus músculos, provocándole un mareo.

—Déjame ayudarte —dijo Temuge, a su lado.

Temujin miró a su hermano menor y le hizo un gesto indicándole que le dejara solo. No le apetecía hablar y, ahora que la fiebre de la batalla había pasado, su cuerpo empezaba a sentir todos los dolores y golpes que había recibido. Lo único que quería era deshacerse de su pesada armadura y sentarse, pero ni siquiera podía hacer eso.

Temuge se aproximó y Temujin lo ignoró mientras sus dedos tanteaban la placa rota y la flecha que sobresalía de su cuerpo, subiendo y bajando con su respiración.

—No puede ser profundo —murmuró Temuge—. Si puedes quedarte quieto, te la sacaré.

—Entonces, hazlo —respondió Temujin, agotado hasta la indiferencia.

Le rechinaron los dientes mientras Temuge serraba el astil de la flecha con su cuchillo y luego introducía la mano en la armadura para agarrarla por el otro lado. Con un pausado tirón, quitó el protector del pecho y lo dejó caer mientras examinaba la herida. La seda no estaba agujereada, pero se había clavado muy adentro en el músculo pectoral. La sangre manaba en torno a la punta, pero Temuge parecía satisfecho.

—Un poco más adentro y estarías muerto. Creo que puedo sacarlo.

—¿Has visto alguna vez cómo se hace? —dijo Temujin, mirándole fijamente—. Tienes que girar la flecha al tiempo que tiras. Para su sorpresa, Temuge sonrió de oreja a oreja.

—Lo sé. La seda la ha atrapado. Tú quédate quieto.

Temuge respiró hondo y agarró la resbaladiza vara de madera, clavando las uñas en la madera para tener un apoyo. Temujin gruñó de dolor cuando la punta de flecha se movió en su carne. Su pecho se estremeció involuntariamente, como un caballo espantando moscas.

—Al revés —dijo.

—Ya la tengo —avisó Temuge ruborizándose, y Temujin sintió que el músculo se relajaba cuando su hermano dio la vuelta a la flecha.

Cuando se le clavó, había penetrado girando. Los hábiles dedos de Temuge la hicieron girar en dirección contraria y salió con facilidad, seguida por un delgado chorro de sangre medio coagulada.

—Mantén algo presionando contra la herida durante un rato —dijo Temuge. En su voz resonaba un sereno triunfo y Temujin inclinó la cabeza en reconocimiento y le dio una palmada en el hombro.

—Tienes una mano muy firme —dijo.

Temuge se encogió de hombros.

—No era yo quien la tenía clavada. Si no, habría gritado como un niño.

—No, no lo habrías hecho —dijo Temujin.

Alargó el brazo y cogió a su hermano por la nuca antes de darse la vuelta. Sin previo aviso, su expresión cambió con tanta rapidez que Temuge también se volvió para averiguar qué había visto.

Eeluk estaba subido a uno de los carros tártaros, con un odre de airag en una mano y una espada sangrienta en la otra. Aun desde la distancia, se le veía peligroso y lleno de vida. Verle devolvió la fuerza a los miembros de Temujin, acabando con su fatiga. Temuge se quedó mirando a Eeluk, que les gritaba algo a los Lobos.

—No lo recuerdo —murmuró con la vista clavada al otro extremo de la hierba roja—. Lo he intentado, pero todo sucedió hace mucho.

—Para mí no —exclamó Temujin—. Veo su cara cada vez que me duermo.

Desenvainó despacio. Temuge se asustó ante lo que vislumbró en el rostro de su hermano. Podían oír a los hombres reír en torno a las carretas y a algunos de ellos aclamar a Eeluk cada vez que les hablaba desde lo alto del carromato.

—Deberías esperar a estar descansado —dijo Temuge—. La herida es superficial, pero te habrá debilitado.

—No. Es el momento —contestó Temujin y echó a andar.

Temuge estuvo a punto de unirse a él, pero vio a Kachiun y a Khasar intercambiar una mirada y se fue hacia ellos. Temuge no quería ver otra muerte. No podía soportar la idea de que Temujin pudiera morir, y el miedo le hizo sentir mareo y un nudo en el estómago. Si Eeluk luchaba y ganaba, todo lo que habían logrado se perdería. Temuge observó cómo Temujin se alejaba con paso firme y de pronto supo que tenía que estar allí. Eran los hijos de Yesugei y era el momento. Dio un paso titubeante y, al instante siguiente, estaba corriendo en pos de su hermano.

Eeluk estaba riéndose a carcajadas de algo que le habían gritado. Había sido una victoria gloriosa contra el invasor tártaro. Había luchado con coraje y los hombres le habían seguido hasta el corazón de la batalla. No se engañaba al aceptar como justa

su ovación. Había desempeñado su parte y más aún, y ahora se repartirían y disfrutarían de la riqueza de los tártaros. Las mujeres escondidas bajo los carros serían parte de la celebración, y llevaría a muchas jóvenes nuevas a los Lobos para que le dieran hijos a sus vasallos. La tribu crecería y la noticia de que los Lobos habían participado en aquella batalla se propagaría por todas partes. Estaba embriagado por los placeres de la vida, mientras dejaba que el viento le secara el sudor. Tolui estaba peleando en broma con un par de guerreros de los Lobos, riéndose mientras intentaban derribarlo. Los tres cayeron hechos un ovillo y Eeluk rió, sintiendo que la piel se le tensaba mientras la sangre seca se agrietaba. Dejó la espada a un lado y se frotó la cara con sus manazas, quitándose la mugre reseca de la batalla. Cuando alzó la vista, vio a Temujin y sus hermanos dirigiéndose hacia él.

Eeluk hizo una mueca antes de agacharse y recoger su espada de nuevo. El carromato era alto, pero saltó al suelo para evitar bajar dándoles la espalda. Aterrizó bien y se enfrentó a los hijos de Yesugei con una sonrisa bailándole en los labios. Temujin y él eran los únicos khanes que habían presenciado la victoria. Aunque los keraítas habían peleado bien, su gordo líder estaba en sus gers, a una hora de allí, en el sur. Eeluk cogió aliento y asentó bien los pies mientras miraba a su alrededor. Sus Lobos lo habían visto saltar y se estaban acercando poco a poco, rodeando a su khan. Los olkhun'ut y los keraítas también habían interrumpido el saqueo y se aproximaron en parejas y tríos para ver qué pasaba. Se había corrido la voz del resentimiento que existía entre sus dos líderes y no querían perderse la pelea. Las mujeres ocultas bajo los carromatos lloraban sin que nadie les hiciera caso, mientras los guerreros cruzaban la hierba hasta donde Eeluk y Temujin se miraban en silencio.

—Ha sido una gran victoria —dijo Eeluk, mirando a los hombres reunidos.

Cien de sus Lobos habían sobrevivido a la batalla, y habían dejado de sonreír al ver la amenaza. Y, sin embargo, eran muy inferiores en número, y Eeluk sabía que era algo que sólo podía saldarse entre los dos hombres que los habían llevado a aquel lugar.

—Ésta es una vieja deuda —les gritó Eeluk—. No habrá represalias. —Sus ojos brillaban mientras miraba a Temujin, de pie frente a él—. No he pedido que se derrame sangre entre nosotros, pero soy el khan de los Lobos y no me negaré.

—Reclamo el pueblo de mi padre —dijo Temujin, y su mirada recorrió las filas de guerreros—. No veo en ti a ningún khan. Eeluk emitió una risita y alzó la espada.

—Entonces tendré que hacer que lo veas —lo retó.

Vio que Temujin se había quitado parte de la armadura y Eeluk levantó la palma de la mano. Temujin se colocó en posición, sin moverse mientras Eeluk se desataba los escudos de cuero que habían protegido su cuerpo en el combate. Temujin alzó los brazos y sus hermanos hicieron lo mismo con él, de modo que ambos hombres se quedaron sólo con las túnicas, los pantalones y las botas, llenos de manchas oscuras

de sudor que la brisa empezó a secar. Ambos escondieron su fatiga y se preocuparon de lo descansado que veían a su rival.

Temujin alzó la espada y miró la hoja que Eeluk sostenía como si no pesara nada. Había visto el rostro de Leluk en mil sesiones de entrenamiento con Arslan y Yuan. La realidad era otra cosa, y no conseguía recobrar la calma que necesitaba desesperadamente. Eeluk parecía en cierto modo haber crecido en altura. El hombre que había abandonado a su suerte a la familia de Yesugei era inmensamente fuerte y, aun sin su armadura, su constitución resultaba intimidatoria. Temujin sacudió la cabeza, como para vaciarla de miedo.

—Ven a mí, carroña —murmuró, y los ojos de Eeluk se estrecharon.

Súbitamente, desde la más absoluta inmovilidad, ambos hombres se movieron, lanzándose hacia delante con pasos veloces. Temujin rechazó el primer golpe dirigido contra su cabeza, sintiendo sus brazos temblar por el encontronazo. Notó un dolor en el pecho donde la flecha le había desgarrado el músculo y se esforzó para controlar la indómita ira que le embargaba y que podía hacer que su rival lo matara. Eeluk lo presionó, blandía su espada como un cuchillo de carnicero con su enorme fuerza, obligando a Temujin a saltar a un lado o a soportar el poderoso golpe con su hoja. El brazo derecho se le estaba quedando entumecido de recibir y devolver mandobles. Los hombres de las tres tribus les habían dejado suficiente espacio, un gran círculo, pero no gritaban sus nombres ni los vitoreaban. Temujin veía sus rostros como manchas borrosas mientras se movía en torno a su enemigo, cambiando el ritmo y dirección de sus pasos para dar marcha atrás y vigilando cómo la espada de Eeluk cortaba el aire.

—Eres más lento que antes —le dijo Temujin.

Eeluk no respondió, pero se le enrojeció el rostro. Entró a fondo, pero Temujin desvió la hoja a un lado con un golpe y hundió el codo en la cara de Eeluk. Éste se revolvió al instante, dando un puñetazo en el pecho desprotegido de Temujin.

El dolor lo atravesó como un puñal y Temujin se dio cuenta de que Eeluk había apuntado a la mancha de sangre de su túnica. Se abalanzó sobre él rugiendo, su furia alimentada por el inmenso dolor. Eeluk paró su agresivo mandoble y le pegó de nuevo en el músculo ensangrentado, haciendo que empezara a manar un delgado chorro rojo que tiñó la túnica, donde ya se veían rastros secos de sangre. Temujin gritó y dio un paso atrás, pero cuando Eeluk le siguió, se hizo a un lado para evitar la espada de su padre y descargó la suya con fuerza en el brazo de Eeluk, por debajo del codo. En un hombre menos fornido, el brazo podría haber sido seccionado, pero los antebrazos de Eeluk eran tremendamente musculosos. Aun así, la herida era terrible y la sangre brotaba a chorros. Eeluk ni miró su mano inutilizada, pese a que la sangre le bañaba los nudillos y caía al suelo en gruesas gotas.

Temujin le hizo una inclinación de asentimiento con la cabeza, enseñando los

dientes. Su enemigo se debilitaría y no quería apresurarse.

Eeluk volvió a atacar, tan veloz que su hoja fue sólo un borrón reluciente en los ojos de Temujin. Cada vez que chocaban sus metales, Temujin sentía un temblor que lo atravesaba de arriba abajo, pero estaba exultante porque sentía que la fuerza de Eeluk estaba mermando. Cuando se echaron atrás, Temujin recibió un tajo en el muslo que hizo que le fallara la pierna derecha, así que permaneció quieto mientras Eeluk giraba a su alrededor. Ambos estaban jadeando: habían perdido las últimas reservas de energía que consiguieran recobrar tras la batalla. La fatiga había aplastado sus fuerzas y sólo la voluntad y el odio los mantenían a uno enfrente del otro.

Eeluk trataba de sacar partido de la herida en la pierna de Temujin, lanzando un ataque y echándose con rapidez a un lado antes de que el otro tuviera tiempo de resituarse. Dos veces, las hojas resonaron cerca del cuello de Temujin y Eeluk rechazó el contraataque con facilidad. Pero estaba flaqueando. La herida de su brazo no había cesado de sangrar y, al retroceder, de pronto se tambaleó y su mirada se desenfocó. Temujin echó una ojeada al brazo de Eeluk y vio que la sangre seguía manando. Podía oír cómo sonaba al salpicar en el polvo cada vez que Eeluk se detenía, y su piel mostraba una palidez que antes no tenía.

—Te estás muriendo, Eeluk —dijo Temujin.

Eeluk no contestó y atacó de nuevo, respirando con dificultad. Temujin esquivó el primero de los golpes y dejó que el segundo le cortara el costado, para que Eeluk quedara más cerca de él. Devolvió el ataque como una serpiente y Eeluk salió despedido hacia atrás sobre sus piernas vacilantes. Tenía un agujero en lo alto del pecho del que goteaba la sangre. Eeluk se dobló, tratando de sostenerse aferrándose a sus rodillas. Su mano izquierda no respondía y casi se le cayó la espada mientras se esforzaba en respirar.

—Mi padre te quería —dijo Temujin, contemplándole—. Si te hubieras mantenido leal, ahora estarías aquí a mi lado.

La piel de Eeluk, que boqueaba tratando en vano de coger aire y recobrar fuerzas, había adoptado un blanco enfermizo.

—En vez de eso, traicionaste su confianza —continuó Temujin—. Muere, Eeluk. Ya no me sirves para nada.

Observó cómo Eeluk trataba de hablar, pero la sangre mojaba sus labios y de su boca no brotó ningún sonido. Eeluk cayó sobre una rodilla y Temujin envainó su espada, esperando. El tiempo parecía pasar a cámara lenta, porque Eeluk se aferraba a la vida, pero por fin se desplomó, cayendo al suelo despatarrado. Su pecho se detuvo y Temujin vio que uno de los Lobos se alejaba de donde habían estado contemplando la pelea. Temujin se puso tenso, temiendo otro ataque, pero vio que se trataba de Basan, y titubeó. El hombre que le había salvado de Eeluk una vez se acercó hasta el cadáver y se quedó mirándolo. El rostro de Basan tenía una expresión agitada, pero

sin hablar, se agachó, recogió la espada con cabeza de lobo y se enderezó. Mientras Temujin y sus hermanos le observaban, Basan le alargó la espada a Temujin, con la empuñadura por delante, y éste la tomó, notando su peso en la mano como si fuera un viejo amigo. Pensó por un momento que se iba a desmayar y notó cómo sus hermanos lo sostenían.

—He esperado mucho tiempo para ver esto —murmuró Khasar entre dientes.

Temujin se sacudió la apatía y recordó la patada que su hermano le había dado al cuerpo muerto de Sansar.

—Trata al cadáver con dignidad, hermano. Necesito ganarme a los Lobos, no nos perdonarán si le tratamos mal. Llémosle a las colinas y dejémoslo allí para los halcones. —Se volvió a mirar las filas silenciosas de las tres tribus—. Después, quiero regresar al campamento y reclamar lo que es mío. Soy el khan de los Lobos.

Paladeó las palabras en un susurro y sus hermanos lo agarraron con más fuerza al oírlas, aunque sus rostros no mostraban nada a los que los contemplaban.

—Yo me ocuparé —dijo Khasar—. Hay que vendar esa herida antes de que te desangres.

Temujin asintió, vencido por la fatiga. Basan no se había movido y pensó que debía hablar con los Lobos, que seguían rodeándoles paralizados. Pero eso tendría que esperar. Al fin y al cabo, tampoco tenían otro sitio adonde ir.

XXXIV

Habían perdido más de doscientos guerreros en la batalla contra los tártaros. Antes de que las huestes de Temujin abandonaran la zona, los cielos se llenaron de halcones, buitres y cuervos que trazaban círculos sobre ellos y en las laderas de las colinas agitaban sus alas mientras merodeaban entre los cadáveres, peleándose y graznando. Temujin había ordenado que no se hicieran diferencias entre los keraítas, los olkhun'ut y los Lobos. Los chamanes de las tres tribus superaron su rechazo mutuo y cantaron los rituales funerarios mientras los guerreros observaban a las aves de presa planeando por encima de sus cabezas. Aun antes de que el cántico hubiera concluido, varios buitres negros se habían posado a su lado y vigilaban con sus oscuros ojos a los vivos mientras saltaban entre los muertos.

Dejaron a los tártaros allí donde hubieran caído, pero los carromatos no emprendieron el regreso a su campamento principal hasta el final del día. Temujin y sus hermanos cabalgaban a la cabeza, con los guerreros de los Lobos a su espalda. Si no hubiera sido el hijo del antiguo khan, tal vez le habrían matado en cuanto cayó Eeluk, pero Basan le había entregado la espada de su padre y no se habían movido. Aunque no estaban exultantes, como los olkhun'ut o los keraítas, se mantenían en calma. Eran sus guerreros. Tolui montaba entre ellos, tieso e incómodo, con marcas de una paliza en el rostro. Khasar y Kachiun se lo habían llevado aparte por la noche y ahora evitaba su mirada mientras cabalgaban.

Cuando llegaron al campamento de Togrul, las mujeres salieron a recibir a sus maridos e hijos, buscando las facciones de sus seres queridos con la desesperación pintada en el semblante hasta que comprobaban que habían sobrevivido. Se oían voces gritar tanto de alegría como de dolor y la llanura hervía en vítores y bullicio.

Temujin avanzó al trote con su maltrecha yegua hacia donde había aparecido Togrul, con Wen Chao al lado. El khan de los keraítas se había quedado con algunos guardias para proteger a las familias y esos hombres bajaron los ojos ante Temujin cuando recorrió el grupo con la mirada. No habían luchado con él.

Temujin desmontó.

—Los hemos aplastado, Togrul. No volverán a venir al sur.

—¿Dónde está el khan de los Lobos? —preguntó Togrul, buscándole entre el remolino de guerreros y familias.

Temujin se encogió de hombros.

—Lo tienes ante ti —dijo—. He reclamado la tribu.

Cansado, Temujin se dio media vuelta para dar órdenes a sus hermanos y no vio cómo cambiaba la expresión de Togrul. Todos podían oler en la brisa el aroma del cordero tostándose y los guerreros que acababan de regresar aplaudieron contentos. Se estaban muriendo de hambre tras el esfuerzo del día anterior y toda actividad

quedaría en suspenso hasta que hubieran comido y bebido hasta saciarse.

Wen Chao vio a Yuan cabalgar hacia él con un trapo ensangrentado atado a su espinilla. Temujin se dirigía hacia la ger de su esposa y Wen Chao aguardó con paciencia a que Yuan desmontara y pusiera una rodilla en tierra frente él.

—Nadie nos ha dado detalles del combate, Yuan. Tienes que contarnos lo que has visto.

Yuan mantuvo la vista fija en el suelo.

—Como deseas, amo —contestó.

Al atardecer, las colinas se encendieron con franjas de oro y sombra. El banquete continuó hasta que los hombres estuvieron borrachos y saciados. Togrul había participado en el festín, aunque no había vitoreado a Temujin junto a los demás, ni siquiera cuando los guerreros de los Lobos habían traído a sus familias para jurar lealtad al hijo de Yesugei. Togrul había visto los ojos de Temujin llenarse de lágrimas cuando se postraron ante él y sintió cómo un rencor latente brotaba en su interior. Ciertamente que no había luchado con ellos, pero ¿acaso no había desempeñado un papel en la victoria? No podrían haber vencido sin los keraítas y había sido Togrul quien había mandado a buscar a Temujin al frío norte. No estaba ciego y había notado cómo sus keraítas se habían mezclado con los demás hasta el punto de que ya no era posible distinguir a los guerreros de una tribu de los de las otras. Miraban al joven khan con admiración, al hombre que había reunido a las tribus bajo su mando y había obtenido una victoria aplastante contra un antiguo enemigo. Togrul vio todas las miradas y las inclinaciones de cabeza y notó cómo el miedo se iba abriendo paso hasta asentarse en su estómago. Eeluk había caído y, antes que él, Sansar. No era difícil imaginar que una noche los cuchillos buscaran a Togrul, de los keraítas.

Al término del banquete se sentó en su tienda con Wen Chao y Yuan, y se quedaron hablando hasta bien entrada la noche. Cuando ascendió la luna, respiró hondo y sintió los efluvios del airag negro llenarle los pulmones. Estaba borracho, pero necesitaba estarlo.

—He hecho todo lo que prometí, Wen Chao —le recordó al embajador.

La voz de Wen sonó tranquilizadora.

—Lo has hecho. Serás khan de vastas comarcas y tus keraítas conocerán la paz. Mis amos estarán encantados de saber de su victoria tan magnífica. Cuando hayáis dividido el botín, me voy con vosotros. No queda nada para mí aquí, ya no. Tal vez tenía la oportunidad de disfrutar mis últimos años en Kaifeng.

—Si se me permite marcharme —exclamó Togrul de repente. Se estremeció con indignación e inquietud, y Wen Chao inclinó la cabeza para mirarle, como un pájaro a

la escucha.

—Temes al nuevo khan —murmuró.

—¿Cómo no voy a temerlo, con ese rastro de muertos a sus espaldas? —Resopló Togrul—. He apostado guardias en torno a esta ger, pero por la mañana quién sabe cuánto tiempo pasará hasta que... —Se calló y se retorció las manos mientras reflexionaba—. Has visto cómo lo aclamaban, incluidos mis propios keraítas.

Wen Chao estaba preocupado. Si Temujin asesinaba a ese tonto gordo a la mañana siguiente, las represalias lo alcanzarían a él. Se quedó meditando sobre qué hacer, muy consciente de la expresión impasible de Yuan, que estaba Sentado en la zona de penumbra.

Cuando el silencio se hizo opresivo, Togrul dio un largo trago de airag, eructando con suavidad.

—¿Quién sabe en quién puedo confiar ahora? —dijo, y su voz adquirió un tono lastimero—. Esta noche estará borracho y dormirá con un sueño profundo. Si muere en su ger, no habrá nadie que me impida marcharme por la mañana.

—Sus hermanos te detendrían —le advirtió Wen Chao—. Reaccionarían con furia.

Togrul sintió que la vista se le nublaba y se frotó los ojos con los nudillos.

—Mis keraítas son la mitad del ejército que nos rodea. No le deben nada a esos hermanos. Si Temujin muere, sería capaz de deshacerme de ellos. Ellos no pueden detenerme.

—Si intentas matarlo y fallas, las vidas de todos nosotros penderán de un hilo —advirtió Wen Chao.

Le preocupaba que Togrul saliera dando tumbos en la oscuridad y consiguiera que lo mataran a él justo cuando la oportunidad de regresar a la corte Jin se había materializado tras tantos años en aquellas desiertas estepas. Se dio cuenta de que su propia seguridad estaba amenazada de un modo u otro, pero parecía mejor esperar a que llegara la mañana. Temujin no le debía nada, pero lo más probable era que permitiera que Wen regresara a su casa.

—No debes arriesgarte, Togrul —le dijo al khan—. Las leyes de la hospitalidad os protegen a ambos y sólo desencadenarás destrucción si las pones en peligro por miedo. —Wen se reclinó en su asiento, observando cómo asimilaba el khan sus palabras.

—No —contestó Togrul, agitando la mano en el aire—. Has visto cómo le vitoreaban. Si muere esta noche, me llevaré a mis keraítas antes de que amanezca. Cuando salga el sol, habremos dejado atrás el campamento, inmerso en el caos.

—Es un error... —empezó a decir Wen Chao. Para su asombro, fue Yuan quien le interrumpió.

—Yo iré al frente de algunos hombres hasta su ger, mi amo —dijo Yuan a Togrul

—. No es mi amigo.

Togrul se volvió hacia el soldado Jin y estrechó su mano entre sus regordetas palmas.

—Hazlo, Yuan, deprisa. Dile a los guardias que rodeen la ger y mávalo. Sus hermanos y él han bebido más que yo. Esta noche no estarán preparados para recibirte.

—¿Y su esposa? —Preguntó Yuan—. Duerme con él y se despertará y empezará a gritar.

Togrul negó con la cabeza bajo la influencia del airag.

—No, a menos que sea necesario. No soy un monstruo, pero sobreviviré a esta noche.

—¿Yuan? —Exclamó Wen Chao—. ¿Qué necesidad es ésta?

Su primer oficial volvió su rostro hacia él, sombrío y pensativo en las sombras.

—Ese hombre ha subido muy rápido y muy alto en poco tiempo. Si muere esta noche, no lo veremos en nuestras fronteras dentro de unos años.

Wen consideró el futuro. Sería aún mejor dejar que Temujin se despertara. Si el joven khan decidiera matar a Togrul, al menos no tendría que soportar su compañía de regreso a las fronteras de su país. Temujin dejaría marchar al embajador Jin, ¿no? No estaba seguro y, mientras titubeaba, Yuan se puso en pie, hizo una inclinación ante ambos hombres y salió con amplias zancadas. Atrapado en la indecisión, Wen Chao no fue capaz de pronunciar palabra y su soldado se marchó. Se volvió a Togrul con el ceño fruncido por la preocupación, mientras escuchaba a Yuan hablar con los guardias en el exterior. Poco después se adentraron en la oscuridad del vasto campamento, y al instante estaban ya demasiado lejos para poder llamarlos.

Wen decidió avisar a sus porteadores. Pasara lo que pasara, cuando saliera el sol quería estar fuera de allí. No podía deshacerse de una irritante sensación de peligro y miedo que le invadía el pecho. Había hecho todo lo que el primer ministro podía haber soñado. Los tártaros habían sido aplastados y, por fin, regresaría a la paz y al santuario que significaba la corte. Ya no tendría que volver a soportar el perpetuo olor a sudor y a cordero. El pavor alcoholizado de Togrul podría destruir todo aquello y, sentado junto al khan, frunció el ceño, sabiendo que esa noche sería inútil intentar descansar.

Temujin estaba profundamente dormido cuando la puerta de su ger se abrió con un crujido. Borte, tumbada a su lado, también dormía, pero su sueño era agitado. Con el bebé en su interior, su volumen era inmenso y tenía tanto calor que había retirado las pieles que la protegían del frío invernal. El tenue brillo de la estufa iluminaba la tienda con un resplandor naranja. Cuando Yuan entró con otros dos hombres, ninguno de ambos esposos se movió.

Los guardias llevaban las espadas en ristre y avanzaron un paso por delante de Yuan mientras él miraba a Temujin y Borte. Alargó las manos y sujetó a sus compañeros por los antebrazos, lo que los frenó como si se hubieran topado con un muro.

—Esperad —siseó—. No pienso matar a un hombre dormido.

Intercambiaron una dubitativa mirada, incapaces de comprender a aquel extraño soldado. Guardaron silencio mientras Yuan tomaba aliento y susurraba al oído del khan:

—¿Temujin?

Su propio nombre arrancó a Temujin de un sueño inquieto. Abrió los ojos adormilado, vio a Yuan a su lado y, durante un momento, simplemente se miraron el uno al otro. Las manos de Temujin estaban ocultas bajo las pieles y, cuando se removió, Yuan vio que sostenía la espada de su padre. El joven estaba desnudo, pero saltó de la cama y arrojó a un lado la vaina. Borte abrió los ojos al notar el movimiento y Yuan la oyó lanzar un grito ahogado, asustada.

—Podría haberte matado —dijo Yuan en voz baja al hombre desnudo que tenía ante sí—. Una vida por una vida, porque tú una vez perdonaste la mía. Ahora hemos saldado ya nuestras deudas.

—¿Quién te envía? ¿Wen Chao? ¿Togrul? ¿Quién? —Temujin negó con la cabeza, pero la habitación pareció tambalearse. Hizo un esfuerzo para despejarse.

—Mi amo no ha participado en esto —continuó Yuan—. Nos marcharemos por la mañana y regresaremos a casa.

—Entonces ha sido Togrul —dijo Temujin—. ¿Por qué se vuelve contra mí ahora?

Yuan se encogió de hombros.

—Te teme. Quizá tenga razón. Recuerda que podría haberte quitado la vida esta noche. Te he tratado con honor.

Temujin suspiró y su corazón palpitante empezó a calmarse. Se sentía aturdido y mareado y se preguntó si iba a vomitar. El airag se revolvía en su estómago y, pese a haber dormido algunas horas, seguía estando agotado. No tenía ninguna duda de que Yuan podría haberlo asesinado limpiamente si hubiera querido. Por un instante, se planteó llamar a sus guerreros para que fueran a sacar a rastras a Togrul de su ger. Tal vez fuera simple cansancio, pero sintió que había visto demasiadas muertes, y la sangre de Eeluk todavía le escocía.

—Os marcharéis antes de que amanezca —dijo—. Llévate a Wen Chao y a Togrul contigo. —Temujin miró a los dos hombres que habían entrado con Yuan. Se habían quedado estupefactos ante el giro de los acontecimientos, incapaces de mirarlo a la cara—. Sus guardias pueden acompañarlo. No quiero que estén aquí después de lo que han tratado de hacer.

—Querrá a los keraítas —afirmó Yuan.

Temujin negó con la cabeza.

—Si quiere, puedo convocarlos a todos y contarles este acto de cobardía. No seguirán a un loco. Las tribus son mías, Yuan, los keraítas incluidos. —Se enderezó un poco más mientras hablaba y Yuan vio relucir la cabeza de lobo en el puño de la espada a la débil luz de la estufa—. Dile que no le quitaré la vida si se va antes de que salga el sol. Si lo encuentro aquí, lo desafiareé delante de sus guerreros. —La mirada que clavaba en el soldado Jin era sombría y dura—. Todas las familias que cabalgan sobre el mar de hierba me reconocerán como khan. Díselo a tu amo Wen Chao cuando vuelvas a él. Ahora está a salvo, pero le volveré a ver.

Sus palabras evocaban las que había pronunciado el propio Yuan, pero las tierras de los Jin estaban a muchos días de distancia. Todas las tribus reunidas al nombre de Temujin eran apenas una mínima parte de los ejércitos que Yuan había visto. No temía su ambición.

—El campamento se despertará cuando nos marchemos —advirtió Yuan.

Temujin lo miró y luego trepó de nuevo a la cama sin molestarse en responder. Vio que Borte tenía los ojos desorbitados por el terror y alargó una mano para retirarle con delicadeza el pelo de la cara. Ella le permitió hacerlo, parecía que ni siquiera lo había notado.

—Vete, Yuan —dijo Temujin con voz suave. Estaba a punto de cubrirse con las pieles de nuevo cuando se detuvo—. Y gracias.

Yuan hizo salir a los dos guardias de nuevo a la fría noche. Cuando la ger había quedado atrás, les dijo que pararan otra vez, y en la oscuridad percibió cómo se giraban hacia él con gesto interrogante. No vieron el cuchillo que se sacó del cinturón y, aunque lo hubieran visto, no habrían sido rivales para un hombre que había sido primera espada en Kaifeng. Dos rápidos golpes les hicieron caer de rodillas y Yuan aguardó hasta que se desplomaron y quedaron inmóviles. Había desobedecido sus órdenes, pero se sentía de buen humor. Ya no había testigos que pudieran informar a Wen Chao de lo que había hecho. El campamento estaba en silencio, helado bajo las estrellas. El único sonido lo producían sus pasos en el suelo cuando regresó a decirle a su amo que Temujin estaba demasiado bien protegido. Yuan echó sólo una vez la vista atrás hacia la ger del khan mientras se alejaba bajo la luz de la luna, y la fijó en su memoria. Había pagado su deuda.

Cuando la luna estaba hundiéndose en dirección a las colinas, Temujin se despertó una segunda vez al entrar Khasar en su tienda. Antes de estar completamente alerta, Temujin ya había cogido la espada de su padre y se había puesto en pie de un salto. Borte se movió, gimiendo en sueños, y Temujin se volvió hacia ella, alargando una mano para acariciarle la mejilla.

—No pasa nada, sólo es mi hermano —murmuró.

Borte farfulló algo, pero esta vez no salió del todo del sueño. Temujin suspiró, mirándola.

—Veo que has estado soñando con mujeres atractivas —dijo Khasar, riéndose entre dientes.

Temujin se sonrojó y cuando se sentó en la cama se subió las pieles hasta la cintura.

—Baja la voz. La vas a despertar —susurró—. ¿Qué quieres? —Vio que Kachiun entraba detrás de Khasar y se preguntó si llegaría a tener algo de paz aquella noche.

—Pensé que tal vez querrías saber que hay dos cadáveres ahí fuera.

Temujin asintió, adormilado. Lo esperaba. Khasar frunció el ceño al ver que no reaccionaba.

—Togrul y Wen Chao parecen estar preparándose para partir —dijo Khasar, todavía sonriendo—. Sus guardias han reunido a los caballos y han sacado esa ridícula caja que utiliza Wen Chao. ¿Quieres que se lo impida?

Temujin volvió a dejar la espada de su padre sobre las pieles y se quedó pensando.

—¿Cuántos hombres se llevan con ellos? —preguntó.

—Quizá tres docenas —dijo Kachiun desde el umbral—, incluyendo a la esposa y a las hijas de Togrul. Con Yuan y los guardias Jin, son un grupo grande. Togrul tiene un carro para él. ¿Sabes algo que nosotros no sabemos?

—Togrul envió a unos hombres a matarme, pero eligió a Yuan —respondió Temujin.

Khasar dejó escapar un siseo indignado.

—Puedo mandar a los Lobos tras él de inmediato. Son los más próximos y nada les une a Togrul.

Observó con sorpresa que Temujin negaba con un gesto.

—Deja que se vayan. Tenemos a los keraítas. De todas formas, tendría que haberlo matado.

Kachiun emitió un suave silbido.

—¿Cuántos más vas a traer, hermano? No hace mucho eras el khan de unos cuantos asaltantes en el norte.

Temujin tardó en responder. Por fin, alzó la cabeza y habló sin mirar a su hermano.

—Seré el khan de todos ellos. Somos un solo pueblo y un solo hombre puede gobernarlos. ¿De qué otro modo podríamos tomar las ciudades de los Jin?

Khasar miró a su hermano y una sonrisa empezó a dibujarse lentamente en sus labios.

—Hay tribus que no participaron en la batalla contra los tártaros —les recordó

Kachiun a ambos—. Los naimanos, los oirats...

—No pueden enfrentarse solos a nosotros —dijo Temujin—. Los atacaremos uno por uno.

—Entonces ¿volvemos a ser los Lobos? —pregunto Khasar con los ojos brillantes.

Temujin reflexionó unos instantes.

—Somos el pueblo de plata, los mongoles. Cuando te pregunten, diles que no hay tribus. Diles que soy el khan del mar de hierba, y me conocerán por ese nombre, Gengis. Sí, diles eso. Diles que soy Gengis, y que cabalgaré por las estepas.

EPÍLOGO

El fuerte construido en la frontera de las tierras de los Jin era una inmensa edificación de madera y piedra. Los pocos hombres de los keraítas que habían acompañado a su khan al exilio se iban poniendo más y más nerviosos a medida que se acercaban. Nunca habían visto ningún edificio así, con sus murallas y sus patios. La entrada era una enorme puerta de madera con refuerzos de hierro en la que se abría una puerta más pequeña. La guardaban dos soldados, vestidos con una armadura muy similar a la que llevaban los hombres de Wen Chao. Bajo el sol de la mañana, se diría que se trataba de estatuas, pulidas y perfectas.

Togrul levantó la vista hacia los altos muros y vio más hombres armados observándoles. La frontera en sí no era más que un simple sendero.

Durante el viaje, Wen Chao se había jactado de una gran muralla que se prolongaba más allá de lo imaginable, pero se encontraba más al sur. En cuanto vieron el fuerte, se había dirigido hacia allí sin rodeos, sabiendo que, de lo contrario, se arriesgaban a una muerte rápida.

Los amos de los Jin no daban la bienvenida a aquéllos que entraban en su territorio arrastrándose con sigilo. Togrul se sintió fuera de lugar y abrumado ante el edificio más alto que había visto jamás. Mientras los porteadores dejaban la litera de Wen Chao en el suelo y el embajador descendía de ella, Togrul no podía ocultar su excitación.

—Aguarda aquí. Tengo que mostrarles unos documentos para que nos permitan entrar —dijo Wen Chao.

Él también estaba animado al tener a su patria ante sus ojos. Dentro de poco estaría en el centro de Kaifeng y Zhang tendría que rechinar los dientes en privado por su éxito.

Togrul bajó de su carro y observó atentamente cómo Wen Chao se aproximaba a los guardias y hablaba con ellos. Se quedaron mirando un momento al grupo de mongoles, soldados y esclavos, y uno de ellos hizo una inclinación de cabeza, abrió la pequeña puerta y desapareció en el interior del fuerte. Wen Chao no mostró ninguna impaciencia mientras esperaba. Después de todo, había sobrevivido durante años lejos de las comodidades de la corte.

Yuan también observaba en silencio la escena. El comandante del fuerte salió y examinó los papeles de Wen Chao. No podía oír lo que decían e hizo caso omiso de las miradas interrogativas que le lanzaba Togrul. Como su amo, estaba cansado de aquellos mongoles, y la visión de las tierras de los Jin le había recordado a su familia y amigos.

Por fin, el comandante pareció satisfecho. Le devolvió los papeles a Wen Chao y el embajador le habló de nuevo, como a un subordinado. La autoridad del primer

ministro exigía obediencia instantánea y los guardias se enderezaron, poniéndose tan rígidos como si los estuvieran inspeccionando. Yuan vio que la puerta se abría de nuevo y el comandante entraba, llevándose a sus soldados con él. Wen vaciló, sin saber si debía seguirlos, y se volvió hacia el grupo. Buscó con la mirada a Yuan, y sus ojos reflejaban su preocupación. Habló en el dialecto Jin de la corte, en el estilo más formal.

—No permiten entrar a estos hombres, Yuan. ¿Te dejas con ellos?

Yuan entornó los ojos, y Togrul dio un paso al frente.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué está pasando?

La mirada de Wen Chao no se apartó de Yuan.

—Me fallaste, Yuan, cuando decidiste no matar al khan en su tienda. ¿Qué valor tiene tu vida para mí ahora?

Yuan permaneció inmóvil, sin mostrar ni el más mínimo temor.

—Dime que me quede aquí y me quedaré. Dime que entre y entraré.

Wen Chao asintió lentamente.

—Entonces entra, y vive, sabiendo que has conservado la vida gracias a mí.

Yuan recorrió la distancia hasta la puerta y entró. Togrul los miró, sintiendo que se adueñaba de él un pánico creciente.

—Y nosotros ¿cuándo pasamos? —preguntó su mujer.

Togrul se volvió hacia ella, cuyo rostro, al ver el pavor pintado en su expresión, se crispó en una mueca de horror. Wen, el embajador de los Jin, habló de nuevo, esta vez en el lenguaje de las tribus. Deseó que aquella fuera la última vez que esos desagradables sonidos salieran de sus labios.

—Lo siento —dijo.

Dio media vuelta y penetró en el fuerte. La puerta se cerró a sus espaldas.

—¿Qué es esto? —Gritó Togrul, desesperado—. ¡Respóndeme! ¿Qué está pasando?

Se quedó paralizado al percibir movimiento en los altos muros de la fortaleza. Una hilera de hombres había aparecido y Togrul vio horrorizado que estaban tensando sus arcos y apuntándolos hacia él.

—¡No! ¡Me lo habías prometido! —bramó Togrul.

Las flechas surcaron el aire y los atravesaron, pese a que ya se habían dado la vuelta para huir aterrorizados. Togrul cayó de rodillas con los brazos extendidos, con una docena de flechas clavadas en el cuerpo. Sus hijas gritaron, sus chillidos interrumpidos por el impacto de las flechas dirigidas contra ellas, y su dolor le hirió tanto como su propia agonía. Durante un momento, maldijo a aquellos hombres que se habían aproximado a las tribus como aliados y habían logrado gobernar sus voluntades con oro y promesas. La delgada hierba que crecía bajo su cuerpo era el polvo de las tierras mongoles, que fue llenando sus pulmones y asfixiándolo. La ira

fue disminuyendo y, al poco, la mañana recobró su calma.

COLOFÓN

El mayor placer que puede sentir un hombre es derrotar a sus enemigos y que éstos sean conducidos ante él. Cabalgar sus caballos y quitarles sus posesiones, ver los rostros de sus seres queridos bañados en lágrimas y estrechar en sus brazos a sus esposas e hijas.

GENGIS KHAN

Los acontecimientos que tuvieron lugar cuando Gengis Khan era joven y que forjaron su personalidad componen un relato apasionante. Se conservan muy pocos documentos de la época, e incluso el más famoso, *La historia secreta de los mongoles*, estuvo a punto de perderse. El original, que Gengis ordenó escribir en su propia lengua, no ha sobrevivido al paso de los siglos. Por suerte, la historia se transcribió fonéticamente al chino y es precisamente de esta versión de la que proceden la mayoría de nuestros conocimientos sobre Temujin de los Borjigin, o Lobos Azules. Mi fuente principal de información a la hora de escribir *El lobo de las estepas* ha sido la traducción al inglés realizada por Arthur Waley.

Aunque no hay acuerdo sobre cuál es el significado exacto de su nombre, sabemos que Temujin recibió su nombre de Temujin-Uge, un guerrero tártaro al que su padre Yesugei dio muerte. El nombre se asemeja a la palabra hierro en mongol y ése es su significado más aceptado, aunque podría tratarse de una mera coincidencia. Temujin nació con un coágulo de sangre en la mano y se cree que eso provocó el temor de los que creían en ese tipo de presagios.

Temujin era de estatura elevada para un mongol y tenía «ojos de gato». Incluso en un pueblo tan duro como el suyo, era famoso por su capacidad para soportar el calor y el frío y por su indiferencia ante las heridas que le infligían. Tenía un absoluto dominio sobre su cuerpo. Como pueblo, los mongoles poseen una vista y una dentadura excelentes, pelo moreno y tez rojiza. Creen ser descendientes de las mismas tribus que atravesaron el estrecho de Bering hace unos ciento cincuenta mil años, cuando éste estaba congelado, y penetraron en Alaska. Las similitudes entre ambos pueblos son asombrosas.

En la actual Mongolia, la mayoría de la población sigue cazando con arco o rifle, poseen rebaños de ovejas y cabras y sienten un profundo amor y respeto por sus pequeños caballos. Practican el chamanismo y marcan todos los lugares elevados con

largas tiras de tela azul para honrar al Padre Cielo. Los entierros celestes —dejar los cadáveres en un lugar elevado para que sean devorados por las aves— siguen teniendo lugar tal y como los describo en la novela.

El padre del joven Temujin lo llevó a la antigua tribu de su madre, los olkhun'ut, para encontrarle esposa, aunque su madre, Hoelun, llegó a ser la mujer de Yesugei utilizando el «otro método»: Yesugei y sus hermanos la secuestraron, arrebatándosela a su marido. Se cree que lo más probable es que Yesugei muriera envenenado por sus enemigos, los tártaros, aunque los detalles al respecto son mínimos.

Cuando falleció su padre, la tribu eligió un nuevo khan y abandonó a Hoelun y a sus siete hijos, incluida Temulun, que era sólo un bebé. No he mencionado a un hermanastro, Begutei, ya que su papel en la historia es insignificante y ya había demasiados nombres parecidos. De igual modo, he cambiado los nombres cuando he considerado que el original era excesivamente largo o complicado. Eeluk es mucho más sencillo que «Tarkhulai-kiriltukh». El idioma mongol no es fácil de pronunciar, pero merece la pena mencionar que no existe el sonido «k», de manera que khan debería pronunciarse «jaan». El nombre Kubia Khan, el nieto de Gengis, se habría leído «Jublai Jaan». Es cierto que «Chinggis» sería una transcripción mejor que Gengis, pero Gengis es el nombre que aprendí y que despierta en mí los ecos de su leyenda.

Nadie pensaba que Hoelun y sus hijos fueran a sobrevivir, y el hecho de que ninguno de ellos muriera aquel invierno es una prueba de la valía de esa mujer extraordinaria. No sabemos con exactitud cómo sobrevivieron al hambre y a temperaturas inferiores a los grados bajo cero, pero la muerte de Bekter demuestra lo cerca del límite que estuvieron en ese periodo. Dicho esto, lo cierto es que mi guía en Mongolia dormía protegido exclusivamente por su deel y, cuando se levantaba, tenía el pelo congelado y pegado al suelo. Los mongoles son un pueblo fuerte y, hasta la fecha, los únicos deportes que practican son el tiro con arco, la lucha y las carreras de caballos.

Temujin mató a Bekter de forma muy similar a como lo he contado, aunque fue Khasar y no Kachiun quien disparó la segunda flecha. Después de que Bekter robara comida, ambos muchachos le tendieron una emboscada, armados con sus arcos. Para comprender este acto, creo que antes es necesario ver a tu familia muriéndose de hambre. Mongolia es una tierra implacable. Cuando era un muchacho, Temujin nunca fue cruel y en ningún documento se dice que disfrutara destruyendo a sus enemigos, pero sí era capaz de ser absolutamente despiadado.

Cuando la tribu envió a un grupo de hombres a averiguar qué le había sucedido a la familia que habían abandonado, los hermanos opusieron una resistencia feroz y los recibieron con una lluvia de flechas. Cuando lo persiguieron, Temujin se escondió de

ellos en unos espesos matorrales durante nueve días, hasta que el hambre le obligó a salir. Fue capturado, pero escapó y se escondió en un río. La orilla de hielo azulado que he descrito no aparece en La historia secreta..., aunque he visto algo similar en mis viajes a Mongolia. He cambiado el nombre de Sorkhansira por Basan para el hombre que lo descubrió y no lo delató. Fue Sorkhansira quien ocultó a Temujin en su propia ger. Cuando la expedición de búsqueda fracasó, Sorkhansira le dio una yegua de color caramelo con el morro blanco, víveres, leche y un arco con dos flechas antes de enviarlo de vuelta con su familia.

Fue la tribu de los merkitas y no los tártaros quienes raptaron a la esposa de Temujin, Borte. Temujin resultó herido durante el ataque y ella estuvo desaparecida durante meses, no unos cuantos días. Por eso, la paternidad de su primer hijo, Jochi, nunca estuvo del todo clara, y Temujin nunca aceptó completamente al chico. De hecho, más adelante, Gengis nombró heredero a su tercer hijo, Ogedai, debido a que Chagatai, el segundo, se negó a aceptar a Jochi como sucesor de su padre.

El canibalismo, en el sentido de comerse el corazón de un enemigo, era una práctica poco habitual, pero no insólita entre las tribus de Mongolia. A decir verdad, la mejor parte de la marmota, la paletilla, se conocía como «carne humana». También en este punto existe un vínculo con las prácticas y creencias de las tribus indias americanas.

Es cierto que a Togrul de los keraítas le prometieron un reino en el norte de China. A pesar de que, al principio, fue un mentor del joven khan, acabó sintiéndose amenazado por su veloz ascenso al poder y organizó un atentado contra su vida, que falló. Ese fracaso rompió una de las normas básicas de las tribus: un khan nunca debe fallar. Togrul fue enviado a un exilio forzoso y fue asesinado por los naimanos, al parecer antes de ser reconocido.

Ser traicionado por aquéllos en quienes confiaba parece haber encendido ese ansia de venganza en Temujin y un deseo de poder que jamás le abandonó. Su experiencia de la infancia creó al hombre que fue de adulto, un hombre que nunca se doblegaría o se permitiría sentir temor ni ningún tipo de debilidad. Le daban igual las posesiones o la riqueza, lo único que le importaba era derrotar a sus enemigos.

El arco mongol de doble curva es tal como lo he descrito, de mayor potencia que los arcos largos ingleses que tanto éxito tuvieron dos siglos más tarde contra las armaduras. La clave de su fuerza es la forma laminada, con capas de cuerno cocido y tendones añadidos a la madera. La capa de cuerno se sitúa en la parte interior, ya que el cuerno resiste la compresión. La capa de tendones se sitúa en la cara exterior, ya

que resiste la expansión. Estas capas, del grosor de un dedo, añaden potencia al arma, de modo que tensarla equivale a levantar a dos hombres en el aire con dos dedos... a galope tendido. Las flechas están hechas de madera de abedul.

Gengis se hizo con un imperio gracias a la habilidad de sus tribus con el arco y a su increíble movilidad. Sus jinetes se desplazaban a mucha más velocidad que las columnas acorazadas modernas y podían subsistir durante largos periodos a base de una mezcla de sangre y leche de yegua, por lo que no necesitaban líneas de aprovisionamiento.

Cada guerrero llevaba dos arcos y dos carcajes con entre treinta y sesenta flechas, una espada si la tenían, un hacha y una lima de hierro para afilar las puntas de flecha sujeta al carcaj. Aparte de estas armas, llevaban un lazo de crin de caballo, una cuerda, un punzón para hacer agujeros en el cuero, aguja e hilo, una olla de hierro, dos odres de piel para el agua y cinco kilos de aruul, de la que comían unos doscientos cincuenta gramos al día. Cada unidad de diez hombres contaba con una tienda con un caballo de refresco, lo que los hacía completamente autosuficientes. Si tenían carne seca de cordero, la ablandaban llevándola durante días bajo la silla de madera para que fuera comestible. Es significativo que la palabra «pobre» en mongol se forme a partir del verbo «ir a pie» o «caminar».

Una historia que no he contado es que su madre, Hoelun, enseñó a sus hijos que se podía romper un arco, pero un haz de arcos resistía: la clásica metáfora de la fuerza del grupo.

La alianza de Temujin con Togrul de los keraítas le permitían convertir a sus seguidores en una partida de asalto de la máxima eficacia bajo la protección de un poderoso khan. Si no hubieran llegado a comprender que los Jin llevaban mil años manejando a los suyos como a marionetas, podría haber actuado solo locuazmente. No obstante, tal como se desarrollaron los acontecimientos, tuvo la visión de una nación que sacudiría el mundo sus cimientos. La increíble habilidad militar de los mongoles se había desperdiciado en luchas intestinas. Desprovisto de apoyo o posesiones, rodeado de enemigos, Temujin surgió de la nada los unió a todos.

Lo que sucedió a continuación cambiaría la historia del mundo.

CONN IGGULDEN



CONN IGGULDEN, londinense, nacido en 1971, estudió en la St. Martin's School y en la Taylor's School, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la St. Gregory's Roman Catholic School de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Irrumpió con fuerza en la escena literaria con *Emperador*, una serie de gran éxito sobre Julio César. Dentro del género de no ficción, su obra *El libro peligroso para los chicos*, escrita en colaboración con su hermano, fue el best seller del año en Reino Unido.

La serie *Conquistador*, sobre Gengis Khan y sus descendientes, una apasionante saga épica iniciada con *El lobo de las estepas* le ha reportado un gran éxito internacional.

Vive en Hertfordshire con su esposa y sus hijos.